
7

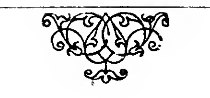
'4

# LA
# CONQUISTA DEL PERÚ

POEMA HISTÓRICO

POR

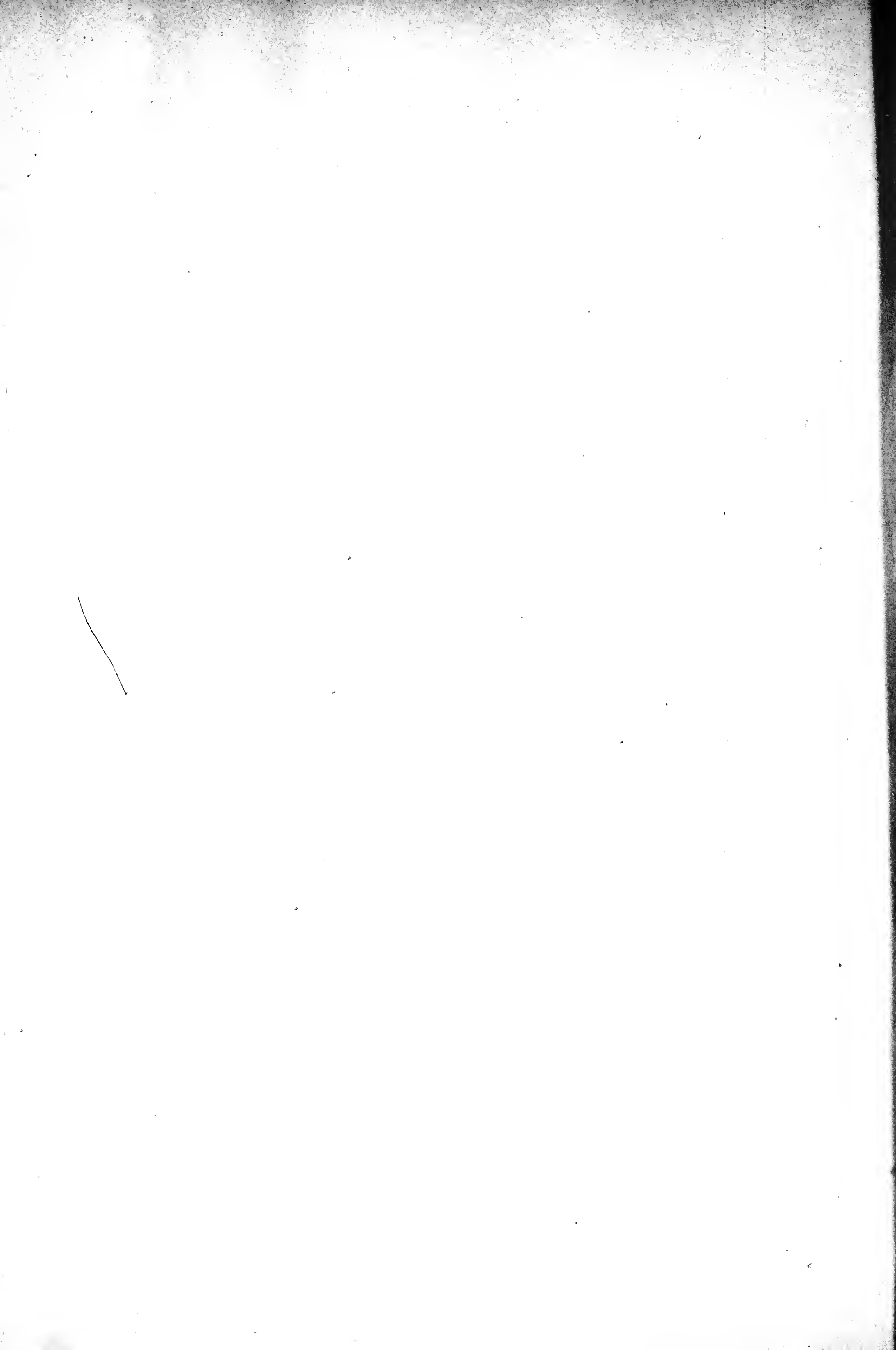
BERNABÉ DEMARÍA



BUENOS AIRES

Imprenta Europea de M. A. Rosas, Moreno 423

1905





FRANCISCO PIZARRO.

# HOMENAJE

*á la memoria del Protector de la Independencia del Perú*

## General José de San Martín

DEDICO ESTA OBRA HISTÓRICA

AL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

**Dr. JOSE PARDO**

Y Á SU MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

Dr. JAVIER PRADO Y UGARTECHE

AUTOR DEL ESTADO SOCIAL DEL PERÚ DURANTE LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

*Bernabé Demaría*

El autor de esta obra agradecerá á los lectores, literatos y periodistas, que se dignen ocuparse de ella, bien sea privadamente ó emitiendo su juicio por la prensa, tengan la bondad de remitírselo: — República Argentina, Buenos Aires, calle Independencia 550, para que le sirvan de norma y hacer aquellas correcciones que le indicasen y creyere convenientes, si hiciere una segunda edición.

Al final de la Conquista del Perú sigue la *Fé de erratas*, y despues las notas; lo que advertimos al lector, para que haga, si quiere, las debidas correcciones, antes de comenzarla.



# UNA EXPLICACIÓN AL LECTOR

Viejo ya el cuerpo tengo por los años
bastante falto de memoria y vista;
pero siento fenómenos extraños
á esta mi edad, y cual si fuera artista
ó divagante mozo,
la llama del espíritu me inquieta,
y cuadros pinto ó trazo algún esbozo
de costumbres ó escenas familiares;
y aún otras veces, cual novel poeta,
que en su ídolo sonriente está pensando,
versadas ó renglones á millares
escribo fácilmente y sin enmienda,
como éstos, que ligero voy trazando,
cual soñoliento fraile su leyenda
siguiendo va tan solo de memoria,
y gazmoña beata va pasando
aburrida las cuentas del rosario,
ó vueltas, incansable, sigue dando
la mansa mula en torno de la noria,
á los triviales y felices seres,
en las reuniones, al seguir danzando,
se contemplan en múltiples espejos.

¡Ya no me es dado amar á las mujeres,
que ni escuchan consejos
de los osados viejos,
ni las sobras les dan de sus placeres;
y ni aun pueden seguir á las beldades,
cual yo, en mejores tiempos, las seguía
por villas y ciudades,
gozándome en su gracia y su belleza;
pues aun la más escuerzo se reiría,
lanzándome mortífera agudeza,
y cubriéndose el rostro, pudorosa,
como virgínea niña temerosa;
ó altiva ó con fiereza,
por ese mi caduco atrevimiento,
me haría que bajase la cabeza,
y aparentase hipócritos sonrojos;
y ella altiva, enojos,
como si envejeciese el sentimiento,
y no pudiesen admirar los ojos,
en cualesquiera edad, lo lindo y bello;
porque el *genio*, la *gracia* y la *belleza*
de Dios son un destello;
y por instinto natural quererlas,
como se admiran á las bellas perlas,
es elevar de Dios á las deidades
de alabanzas y plácemes un coro!

Si aún teniendo un alma de poeta,
me es vedado admirar á las beldades,
por mi propio decoro,
y cantar sus recuerdos y bondades
de otra época pasada,
y ojos brillantes y cabellos de oro,
ó negrísima trenza perfumada
y tez blanca ó morena,
¿qué haré en estas mis largas soledades
de la vejez incómoda y cansada
y de disgustos llena?
¿Me dejaré morir y no haré nada?
En lágrimas deshecho,
¿iré al templo, contricto, á arrepentirme,
implorando perdón, como un beato,
y á golpearme el pecho

por pecados veniales?
¿Iré á pagar visitas y aburrirme,
entre el cumplido tono y fino trato
de fórmulas sociales?
¿Iré á bailes, á teatros y carreras,
cual tieso viejo verde, empalagoso,
y á los demás cansar con mis zonceras?
¡Sería un insensato!

¡Cuán dulces son las horas placenteras
y anhelado reposo
del aislamiento espiritual y grato!
¡De la noche al silencio, cuan hermoso
el contemplar las tímidas estrellas,
soñando ver en ellas,
en miles de universos,
á otros seres queridos,
que errantes y dispersos,
descienden á avivar nuestras pasiones
con las revelaciones,
que siguen, modulando en los oídos!

¡Siempre á la augusta soledad sombría
desde niño busqué, meditabundo,
y tuvo para mi celajes tersos,
y sus ecos extraña melodía:
y ahora, separado ya del mundo,
ledo voy por la noche á escribir versos...
ledo voy á pintar, durante el día!

¿Y cuál será el asunto ó rica trama?
¿Escribiré una clásica tragedia
en resonante verso asonantado,
ó trazo audaz, en aterrante drama,
romántico galán de la edad media,
á ilustre cortesana ó gran guerrero?
Pero ya Calderon nos ha pintado
á la donosa dama
y al gentil caballero,
y ninguno, hasta ahora le ha igualado,
á pesar de tres siglos transcurridos.
Y la escuela romántica ó moderna,
ora en medio de aplausos ó silbidos,
ya los tipos del mundo y su baraja,
sin fin los ha agotado,
desde el rey, al patán y la taberna,
hasta la gran *cocotte* y alegre maja,
que entre la media y liga de su pierna,
más que otra cosa, oculta su navaja.

De sábio, entonces, la echaré, copiando
las cuestiones científicas del día,
de alguna compasiva enciclopédia,
como la de Larousse, que está de moda?
No: tarde llegaría...

porque á miles plagiarios hallaría!
En el chiste especial de la comedia
¿me ensayaré burlón y majadero,
buscando un lindo tema,
y hábil fingiendo ingenio y alegría?
¡No es mi cuerda la burla y el enredo....
si alguna *floja tengo*, por desgracia!

Entonces, ¿tendré flema,
por no decir obstinación y audacia,
para osar escribir otro poema,
después de mi Colón y mi Balboa,
cuando inéditos se hallan todavía
por falta de editor y no la mía,
ignorando si son buenos ó malos;
y quizá en vez de aplauso ó pobre loa,
si á imprimirse llegasen algún día,
de críticos reciba sendos palos?

¿Cuál, pues, será el asunto
ó el preferido tema
del futuro trabajo, que barrunto,
y así me libre de indolencia y tedio?
Solo encuentro, como único remedio,....
*otro tercer poema!*

Pues á él me dispongo y Dios me ayude,
y su gracia divina
de extravios históricos me escude....
de ripios y cansadas disgresiones....
de imágenes y vanas deducciones....
del amaneramiento y la rutina
y las divagaciones,
que en débil verso y discordante nota
hacen cualquiera relación cansada.
¿Mas cuál será la célebre heroína,
la belleza afamada,
el invicto guerrero ó el patriota
á quien mis cantos épicos encumbren
ó pongan en berlina y la picota?

¡Oh! ya cruza su imágen por mi mente,
y aparecer le veo en este instante,
ciñéndose triunfante
la corona imperial de un continente.
Expósito es el paladín bizarro
á quien, desde hoy, constante,
estas mis horas de labor consagro,
que después de escribir mi Vasco Nuñez,
seguir debo las huellas de *Pizarro*
y de don Diego *Almagro*....
y *pardon*, como dicen los franceses,
pido ahora á las reglas y lectores
y rítmicos oídos

por los *dos asonantes* repetidos,
pues ninguno está excento de reveses,
ni al escribir, de faltas y descuidos...
aunque este á la verdad, es voluntario.

Pero á Dios pediré, como otras veces,
por el amor al hombre en el calvario,
que me conceda inspiración y acierto
para cantar de mi héroe *la leyenda*,
á través de las islas y los mares,
los Andes y el desierto,
y del Perú la colosal contienda,
y hasta que coronado
con la imperial diadema de Atahualpa,
fué por la ***Rada*** en su palacio muerto,
y Almagro *al fin vengado*?
¡Sería importunarle demasiado,
é ignoro todavía,
si en mis pasadas súplicas fervientes
he sido ó no escuchado;
y si hoy insistiese *majadero*,
sólo á Dios otra cosa pediría,
pues me hace mucha falta... *algún dinero!*

A númenes, oráculos y dioses
de la mitología,
¿alzaré, entonces, mis cansadas voces,
ó á aquellas del parnaso nueve musas
a los vates risueños y accesibles,
y en poéticas dádivas profusas?
¿Me ampararía acaso
Santa Rita, abogada de imposibles,
á falta de las ninfas del parnaso,
como á pobre beata, que suspira?
¿Pediré á los pastores de la Tracia
su dulce flauta, ó su inspirada lira
al hijo de Latona, el rubio Apolo?
¡No: válgame mi audacia,
que cual fuerte león, errante y solo,
viviendo peregrino,
afrontar supe siempre la desgracia
y seguir, entre espinas, mi camino!

Y también al lector aquí prevengo,
aunque no es mi sistema el de bravatas,
que si acaso me diese el cielo vida
para poder finar este poema,
todavía corage y bríos tengo
para ufano emprender otro en seguida,
como si ya me fuese trivial cosa,
eligiendo por tema
la conquista de Méjico famosa,
desde que el capitán Diego Velazquez
envía desde Cuba
á don Juan de Grijalva, su pariente,
con Dávila, Montejo y Alvarado
á hacer en Yucatán exploraciones,
y el Río de Banderas descubrieron,
—donde noticias ciertas recibieron,
cual sale limpio el sol, entre la bruma,
que allí existía un reino dilatado,
de oro, plata y riquezas atestado,
y á la sazón mandaba Motezuma,—
hasta que Hernán Cortés, héroe famoso,
en Méjico penetra,
destrona á ese monarca, y arrogante,
al sucesor Guatimozin venciendo,
en la gran capital entra triunfante.

Pero cualquier librejo,
sea moderno ó viejo,
desde Homero y Horacio
hasta nuestros romances y novenas,
lleva su introducción ó su prefacio,
ó su dedicatoria á algún Mecenas....
cuatro palabras al lector querido,
que el libro *con su plata* haya adquirido....
y no á los mogollones,
ó del célebre autor la biografía,
sus insomnios, amor, inspiraciones,
con sus proezas y notables prendas:
y yo, que he demostrado
*mi constante osadia*,
en extensos poemas ó leyendas,
y que también en ellas he invocado
cuanto invocable es dado,
y bien ó mal, finarlos he sabido....
no sé si en duro verso ó mala prosa,
¿dejaré á este, que escribir pretendo,
sin que esté precedido
de introducción, prefacio ú otra cosa,
cuando yo, como padre cariñoso,
que no hace entre sus hijos preferencia,
quiero que todos ellos... mis poemas,
gozando vayan por igual su herencia?

Entonces, á este póstumo heredero,
¿dejaré de mi vida algunos rasgos,
como postrer recuerdo verdadero,
que una alma deja á otra alma muy querida?
¡Imposible! Me impide mi modestia
que me tome yo mismo la molestia
de narrar mi ignorada y pobre vida;
y dándola al olvido,
narraré complacido
de los guerreros del Perú la historia;
pues solo es permitido
narrar su propia vida,
sin que atarse merezcan á una noria,

á los que han alcanzado eterna gloria,
ó á alguna encantadora cortesana,
cuando ya miran su cabeza cana,
dando su adios postrero,
él á la gloria y ella á la belleza,
en luctuoso suspiro lastimero,
al desprenderse de la pompa humana;
y así complaceré al lector benigno,
que la mía escribir fuera simpleza.

¿Qué diría Orellana,
de *Varones ilustres* autor digno,
si de su tumba alzara la cabeza,
y viese que á Pizarro, *su pariente*,
—á quien para colmar de eterna fama,
el Julio César español aclama,—
por Balboa pospongo,
pues persisto, rehacio,
sus hechos al narrar, sin un prefacio
ni invocación ferviente?
Solo vería en mi cabeza el hongo
de un hombre delirante,
y empezaria á dar diente con diente,
é iríase á su tùmulo vacante,
cual si tuviese frío,
llorando por la fama del pariente
y este tenaz atrevimiento mío.

Con solo referir las mil proezas,
que los iberos héroes realizaron
en la conquista del Perú famosa.
y el oro y las grandezas
y la corte de nobles respetuosa.
que absortos encontraron
en el extenso imperio de Atahualpa,
que rendido á sus reyes entregaron:
con solo referir sucintamente
el cariño de aquellas muchedumbres
al gran hijo del sol, su *Inca sagrado*,
como un Dios venerado;
los usos y costumbres,
las leyes y sistema de gobierno,
y dogmas y progreso sorprendente
de esa del nuevo mar peruana casta,
que á los lados moraba de los Andes,
para épica leyenda el tema basta,
y argumento magnífico hay de sobra
en sus nuevas escenas y hechos grandes,
y ellos serán el material de mi obra:
y aquí debo exponer honradamente,
con la ingénua verdad de un buen muchacho,
y en descargo también de mi conciencia,
que si fuese mi libro un mamarracho,
confesaré al lector, arrepentido:
—que es culpa de mi propia insuficiencia
que se haya transformado en un libelo,
y no del magno asunto, que he elegido,
que es de *primo cartello*,
hasta en sus más recónditos detalles.—

Sin saber que decir tomé la pluma,
—como el que sale á recorrer las calles,
cuando el tédio le abruma,
y de las *nouveautés*, que las vidrieras
de bazares y ricas joyerías
exhiben con furor todos los días,
va pasando revista,
como también de damas hechiceras
y tímida modista
ó de alegre florista,
que se cruzan con aire zalamero,—
así tómé la pluma, distraido;
pero al dejarla ahora en el tintero,
ya me hallo decidido
á escribir del Perú la gran conquista,
desde que la emprendió el audaz Pizarro,
con titánico aliento,
hasta que el eminente padre Gasca.
de émulos jefes el motín sangriento
y de guerra civil, larga y funesta,
disipó sábiamente la borrasca;
y de caudillos el imperio extinto,
el riquísimo trono de Atahualpa
entrega á Cárlos quinto,
quien admirando el colosal presente,
y de su enviado Gasca
el gènio, habilidad y suficiencia,
le acordó altos honores dignamente,
con el aplauso de su pueblo entero,
y á más, nombróle obispo de Palencia.

Y al dejar ya la pluma en el tintero,
una idea me asalta:
¿*qué hago con esto*, que al poema sobra,
cuando algo como prólogo le falta?
¡Pues que sirvan de exordio para mi obra
*estos breves renglones*,
y de este modo, cual las otras queda,
también con su prefacio ó precedente;
y consigo á la vez que el lector pueda,
sin más explicaciones,
conocer el orígen de este libro;
y otra darle también, que es oportuna,
pues había resuelto firmemente
no volver á escribir de cosa alguna;
y me parece haberlo prometido,
no sé si en verso ó prosa, antes de ahora;
de lo que estoy por cierto, arrepentido

y confieso mi culpa: *he delinquido*,
como lo hace la *pobre pecadora*,
que olvida sus promesas,
cuando la orgía vé, provocadora,
con vinos y manjares en las mesas
y perfumadas flores,
y en torno á sus amantes,
que con abiertos brazos, delirantes,
imploran sus amores,
después de su sentida y larga ausencia,
pidiéndola que olvide los dolores
de su *promesa vana*,
pues harta larga fué su penitencia:
yo así también acallo mi conciencia,
cual lo hace la mujer tierna y liviana.
Ni estoy arrepentido,
ni desistir me pesa
de tan vana promesa....
sino de haberla por demás cumplido!

¡Ya tiene auroras para mí *el mañana*,
y el sol ya tiene sus celajes tersos,
y la plácida noche melodía;
pues cuadros pintaré *durante el día*,
y *por la noche* seguiré mis versos!

Espíritus errantes, que en la noche,
cuando el silencio sepulcral avanza,
solísteis moludar en mis oídos
tiernos ecos de amor y de esperanza...
Espíritus queridos,
- que en mis noches de insomnio
seguísteis imprimiendo en mi memoria
los versos, que componen
de Vasco Núñez y Colón la historia,
y *que al siguiente día*,
con sus puntos y comas escribía; —
venid también ahora
al llamamiento de mi humilde ruego,
no con augusta voz inspiradora;
porque jamás la inspiración divina
quiso abrasar mi mente con su fuego:
venid cual mansa hebra cristalina,
que fecundiza al valle con su riego,
cubriéndolo de flores y hermosura:
venid así, ahora,
entre el silencio de la noche oscura,
como un suspiro del amor doliente,
á refrescar mi ya cansada mente,
*con voz alentadora*,
y á dictarme los versos, que consagro,
en épica leyenda,
á Pizarro y Almagro,
rindiendo á su memoria esta mi ofrenda!

Velad mi lecho, espíritus errantes,
como lo hicisteis antes,
cuando en insomnio mi anhelar se exalta,
y ardiente fé en el éxito me sobra;
porque si vuestro aliento no me falta,
en breve tiempo escribiré mi obra!

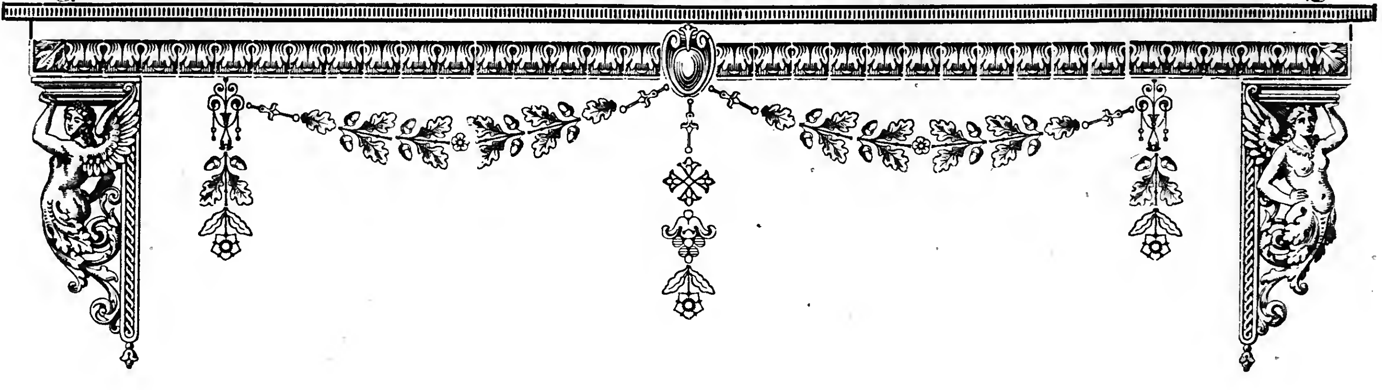
¡Y plegue á Dios, que el comenzarla sea
nuncio de mejor suerte y alegría,
tras los golpes de la lucha abrumadora,
*que soporto valiente*,
como después de tempestad sombría,
suele mostrarse la risueña aurora,
coronada del sol resplandeciente!

¡Feliz yo, si tuviera
la gran facilidad de Lope insigne,
que de *fénix* el título le diera:
de Calderon el estro poderoso,
su régia pompa y magistral altura,
que de la escena hiciéronle el coloso:
de Espronceda la rica fantasía,
espléndida y lozana:
de García Gutiérrez la ternura,
el castizo decir y el sentimiento:
la inspiración de Plácido, sublime.
la gracia y energía
del coronado vate, el gran Quintana!
¡Oh, entonces dignamente cantaría
la conquista gloriosa
de la tierra peruana
por los hijos de Iberia poderosa!

Buenos Aires, Enero 1º de 1885.





# LA CONQUISTA DEL PERÚ

24. Por tanto, él envió los dedos de una mano, que escribió esto que está grabado.
25. Esta es pues, la escritura, que está allí dispuesta: MANE, THECEL, PHARES.
26. Y esta es la interpretación de las palabras: MANE: Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término.
27. THECEL: Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto.
28. PHARES: Dividido ha sido tu reinado, y se ha dado á los Medos y á los los Persas.
29. Entonces por mandato del Rey fué Daniel vestido de púrpura y le rodearon al cuello un collar de oro; y se hizo publicar, que él tendría poder el tercero en su reino.
30. Aquella misma noche mataron á Baltasar, Rey Caldeo.
31. Y Darío, que era Medo, le sucedió en el reino, siendo de edad de sesenta y dos años.

*Profecía V de* DANIEL.

11. He aquí que el Señor hizo oir en las extremidades de la tierra, decid á la hija de Sión: Mira que viene tu Salvador: mira su galardón con él, y su obra delante de él.

*Profecía LXII de* ISAÍAS

## I

### 1519 hasta 1524



L hacha, que segara la cabeza
del ya célebre Nuñez de Balboa,
—que fué inmolado por el vil Predárias,
de sus glorias y hazañas envidioso,—
parecía también haber cegado
el noble aliento de emprender conquistas
entre aquellos guerreros invencibles,
que siguieron por cumbres y por mares
á ese su jefe, que cruzando el istmo
y otro mar de su cima descubriendo,
con ellos á explorar se preparaba
las tierras y riquezas de esta costa,
que al colosal imperio conducía,
que entonces gobernaba Huayna Cápac,
quien ya triunfante en Atacama y Quito
en Quito residía, apasionado
de la hija del rey, muerto en la lucha.

Parecía que aún sangre destilaba,
cual si corriese de mortal herida,

esa horrible segur, ese suplicio,
que hizo Pedrárias levantar en Acla,
y la apotéosis fué del gran Balboa:
parecía, que ese hecho, tan infame,
que llenó de terror á la colonia,
y aún lloraban sus buenos compañeros,
lo peligroso que es les recordase,
en las conquistas adquirir laureles,
cuando los manda un déspota envidioso:
y esos guerreros, que formó Balboa,
y partícipes fueron de sus triunfos,
en Darien, indolentes vegetaban,
solo viendo por premio otro suplicio,
si intentasen seguir otras empresas,
cuando ya en *mil quinientos diezinueve*,
á *los dos años* del suceso infausto,
el nuevo emperador mandó á Pedrárias:
—que su pueblo y gobierno trasladase
del mar del sur en conveniente costa,
para seguir buscando *aquel estrecho,*
que allí Colón, con ardimiento heróico,
en su *viaje postrer* buscó incansable;
continuar á la vez en el Pacífico
la comenzadá empresa de Balboa,
y extender los dominios hacia el Norte,
donde ya Hernán Cortés á Motezuma
de su expléndido trono derribaba.

Y trasladó Pedrárias la colonia
á un excelente puerto, un poco al Este
de donde hoy *Panamá* se halla asentado,
y como puerto céntrico el primero
para poder enviar expediciones,
ora hacia el norte ó sud se dirijiesen;
mas como el rey quería, *que ante todo*,
hacia el norte el estrecho se buscase,
para allá sus bajeles dirijían
los pilotos, guerreros y empresarios,
buscando algunos el ansiado estrecho,
y otros el oro de las nuevas tierras,
yendo hasta Costa Rica y Nicaragua,
donde las bravas tropas españolas
fueron venciendo á las salvajes tribus;
y al través de los bosques y montañas
y de eriales, llanuras y desiertos,
hasta el confín de *Honduras* se internaron,
hallando allí las avanzadas huestes,
que mandó Hernán Cortés, que descendieran
á explorar *Centro América* hasta el istmo,
mientras él, coronado de laureles,
desde uno á otro extremo conquistaba
el dilatado imperio mejicano,
dejando así al mundo descubiertos
los encantos, misterios y riquezas
de esa edénica tierra bendecida,
y á la España el dominio asegurado.

No mucho complugeron á Pedrárias
tales descubrimientos y noticias,
pues si ellos ensanchaban los dominios
de su altiva y triunfante madre patria,
tanto en su hemisferio como en otro,
no le daba á él riqueza alguna,
que era lo que buscó en esas regiones,
como hombre avaro y de tendencias ruínes.

Pero Andagoya, noble caballero,
y señor muy bienquisto en la colonia,
en *mil quinientos veintidos* se hizo
al mar del sud, eu busca de ese reino,
que rumores pasados y presentes,
cada vez más grandioso presentaban;
mas tan solo en su empresa llegar pudo
hasta el *Puerto de Piñas*, do Balboa
había ya antes hasta allí llegado,
pues peligrando su salud de pronto,
tuvo á su casa que volverse en breve. 2

Y las recientes nuevas de Andagoya,
respecto á la existencia de ese imperio,
que hacia el sud se extendía, *interminable*,
mas reavivar hicieron la esperanza
en los aventureros, decididos
á emprender cualesquier gigante empresa,
por loca y temeraria, que ella fuese,
con tal que oro y gloria les dejase. 3

En Panamá *tres hombres* se encontraban
capaces de emprender esa conquista
y darla cima con sublime aliento:
el uno por su influjo é inteligencia
y tener los recursos necesarios
para equipar las naves y guerreros,
que debían, activos, comenzarla;
los otros dos por su valor, pericia,
sus anteriores y gloriosos hechos,
y su constancia, nunca vacilante.

El *primero* era el cura Hernando Luque,
estimable sujeto y muy querido
de Pedrárias y toda la colonia;
y Pizarro y Almagro *eran los otros*,
ya probados guerreros en las lides
y en adquirir para su rey dominios,
y que de años atrás se conocian,
en Panamá ya siendo inseparables.

Si dudosa la historia nos refiere:
—que *una loba*, ó mujer con este nombre,

dió de mamar al fundador de Roma,
cuando á orillas del Tíber fué encontrado,
con igual seriedad también nos dice:
—que Pizarro, de un atrio recogido;
recibió de *una cerda* el alimento,
hasta que fué entregado á una nodriza; —
en esta circunstancia y en su suerte,
así desde el nacer son parecidos,
el que fundó un imperio memorable
y el que otro imperio conquistó á sus reyes;
y también en su fin, porque murieron
en su propio palacio asesinados. 4

Y este ejemplo elocuente nos demuestra,
que el que quiera adquirir un nombre ilustre,
—y no pueda ostentar agenas glorias....
porque al fin de otros son las heredades,—
por sí propio procure ennoblecerse,
que es la mejor nobleza, en estos tiempos,
la que se adquiere por su génio el hombre,
como lo es el labrarse una fortuna
á fuerza de honradez y de trabajo,
y no por un capricho de la suerte,
heredarla y vivir, sin noble lucha!

Como Pizarro, expósito era Almagro,
é iguales en valor y bizarría;
pero muy superior en sentimientos;
y á medida que glorias é intereses
fueron asimilando su destino,
cuanto más avanzaba la conquista,
se fué entibiando las amistad en ellos,
hasta que alzado Almagro con su gente,
por las intrigas de su falso socio,
trágicamente sucumbió en el Cuzco. 5

Pero no debo anticipar los hechos,
porque pierden su efecto, sin oirlos
por su orden cronológico narrando,
desde que doy comienzo *á mi leyenda*,
que es, por su exactitud, *más bien historia*,
y más que historia, por sus hechos grandes,
de otros tiempos *magnífico poema.*

Y animados de un noble pensamiento
se convinieron, pues, en tal empresa
Pizarro, el padre Luque y Diego Almagro,
poniendo el eclesiático el dinero,
porque los otros dos no lo tenían,
y como era preciso una licencia
parar aprontar bajeles y soldados,
influyó el padre Luque con Pedrárias,
quien movido por sórdida codicia,
en darles consintió su asentimiento,
después que estipulóse:—que una parte
igual á la de los socios se le diese
en todas las riquezas, que se hallaran,
sin que él pusiera *capital alguno.*—

Ya arreglado el asunto de este modo,
al cuidado de Almagro encomendóse
el preparar los buques y la gente;
y en seguida compró *dos buquecitos*,
y como era el mejor uno de aquellos,
que en la *Isla Rica* construyó Balboa,
y desde entonces en el puerto estaba,
encontrándose ya desmantelado,
se le compuso lo mejor posible,
mientras las provisiones y pertrechos
iba mandando con afán Almagro;
y hallóse lista la equipada nave
para surcar las ondas procelosas
de aquel aún desconocido océano,
cuyo misterio en breve cesaría,
mostrando al mundo su tesoro inmenso,
ante el heróico arrojo de Pizarro,
cual humilló el atlántico sus ondas,
dando paso á Colón, al verle firme
en la misión divina, que cumplía!!!

Estuvo listo el buque, mas sin gente,
pues la buena no hallábase dispuesta
á correr de los socios los azares,
que aunque animados de elevadas miras,
también el efectuar pingüe ganancia
aguijoneaba su codicia de oro:
peligroso además era enbarcarse
en aquella estación de vientos, lluvias,
y muchos, con temor y desconfianza,
auguraron mal éxito á la empresa;
pero habian también en la colonia
aventureros, mal entretenidos,
ociosos y entrampados, que dispuestos
á todo estaban por hacer fortuna
ó escapar de presidio y acreedores;
de esta clase de resuelta gente,
*la menos propia* para tal empresa,
como algo *más de cien* alistó Almagro,
quien debía quedarse en aquel puerto,
haciendo preparar *el otro buque*,
y procurando para el viaje suyo,
otro refuerzo igual de aventureros;
pues se había acordado que Pizarro
saliese en el que listo se encontraba,
y que en el otro Almagro le siguiese,
cuando hubiera la gente reclutado,
que afanoso buscaba en la colonia. 6

Ya el inmortal Colón, *Díos de los mares*,
á otros génios había descubierto

con su inspirado génio sobrehumano,
de esos ignotos mares tenebrosos,
las corrientes, las rutas y misterios,
solo dejando á sábios y cosmógrafos
y á atrevidos viajeros y marinos,
que fuesen, de su gran descubriendo,
perfeccionando la obra y sus estudios.

Fué Colón *el primero,* y tras sus huellas
lanzóse Hernán Cortés á otra conquista;
y ante el brillo triunfal de su estandarte,
en ambos hemisferios victorioso,
y el denuedo invencible de sus huestes,
sometió al gran imperio mejicano:
es ahora Pizarro quien se lanza
á explorar otro mar desconocido,
recogiendo también aventureros,
como los recogió Colón en Palos,
que osaron en su empresa secundarle;
porque ya para el génio no hubo vallas,
desde que el gran Colón borró por siempre
la palabra *imposible*, que la ciencia
y la opinión unánime del mundo,
como un axioma sostenía entonces,
contra las cosmográficas ideas
que sostuvo Colón en Salamanca,
derrotando á sus *teólogos famosos!*

Y para el ardimiento de Pizarro
ya no existía, no, ese *imposible,*
que de fé santa y de esperanza ungido,
á vencer ó morir, como otras veces,
ya su inquebrantable ánimo resuelto,
de Panamá encontrábase en la playa,
de su gente y amigos rodeado,
y ansiosos todos de emprender el viaje,
soñando con *imperios y coronas,*
y tener más riquezas que el rey Midas.

Seguido de mujeres y muchachos,
mozos y viejos y en tropel revueltos,
el cura Hernando Luque presentóse,
que abrazando á *Pizarro* y sus amigos
echó después á los viajeros todos
su santa bendición, de Dios en nombre,
que de rodillas y mirando al cielo,
como nuncio feliz la recibían.
Pizarro alzóse, y la tendida mano
conmovido besó del padre Luque,
y empuñando en la diestra una bandera
entró en su bote; y levantada el ancla
de su orgullosa empavesada nave,
partieron *á mediados de Noviembre*
*del año mil quinientos veinticuatro.*

# II

## 1524 y 1525

Con los recientes datos de Andagoya
y de esperanza henchido
por la luz divinal que á la alma riela,
Pizarro para el Sud se hizo á la vela,
flotando sus banderas españolas
en ese nuevo mar desconocido;
y creyó que las olas
el camino trazábanle al henderlas,
como el guía que en vírgenes campiñas,
conduce por las sendas al jinete:
tocó de paso en la *Isla de las Perlas*,
y dirigióse al puerto de las *Piñas*,
del distrito llamado *Biruquete*.

Doblóse luego el puerto,
y en el río Birú ancló la nave; 7
bajáronse las tropas á un desierto;
mas en vez de florido fertil llano
de rica tropical naturaleza,
encontraron vastísimo pantano
y tupidos ramajes y maleza;
y pudo apenas internarse un poco
la legión afanosa
en una espesa tierra montañosa,
que de piedras pequeñas y afiladas
era un triste y agreste extenso foco,
dejándoles las plantas destrozadas,
hasta el extremo de tirarse al suelo;
y de hambre y sed postrados,
y de horrible calor insoportable,
demandaban exánimes al cielo
el fin de su existencia miserable,
maldiciendo esa empresa,
que iba ya cruenta, apenas comenzada,
de todos á cavar allí la huesa.

En medio de esos ecos lastimeros,
Pizarro alzó su voz y fué escuchada
por todos sus valientes compañeros;
é irguiéndose entre todos así dijo,

procurando alentar á su partida:
«Decidme, que por jueces os elijo,
¿no es cierto, que en la vida,
sin trabajos, afanes ni proezas
y tormentos crueles,
no se obtienen de gloria los laureles,
ni honorables riquezas?
Pues entonces, paciencia, y prosigamos
nuestro heróico programa,
y con gigante aliento en esta empresa,
que nuestra justa fama,
no á cavar nuestra huesa,
sino un imperio á conquistar nos llama!
Salgamos, pues, de aquí: nadie vacile,
que harta mengua sería, harta vileza,
ser vencidos por piedras y maleza:
en nuestro buque entremos
y sigamos.... sigamos adelante,
que premiado veremos
*con gloria eterna* nuestro afan triunfante,
que el triunfo es infalible
*del que prosigue audaz, siempre constante*».

A la voz de su jefe, los soldados
pusiéronse de pié, como impulsados
por eléctrica fuerza irresistible,
y á desandar volvieron el camino
de arenas, pedrezuelas y pantanos,
consiguiendo salir de aquel desierto,
después de hacer esfuerzos sobrehumanos;
y llegados al río y junto al buque,
recobraron su aliento y su coraje;
y luego de un descanso de *dos dias*,
firmes siguieron hacia el sud el viaje.

De camino *diez dias* llevarían,
cuando en desierta playa, no risueña,
á echar el ancla viéronse obligados
para poder surtirse de agua y leña;
y al continuar siguiendo el mismo rumbo,
fuéronse levantando, atronadoras,
las ondas mugidoras
y horrendos vendavales;
la lluvia desprendiéndose á torrentes
en cascadas de rápidos raudales,
como solo en los climas tropicales
se ven esas tormentas imponentes,
con espanto y horrores,
y esa electricidad, rayos y truenos,
que incesantes bramando, entre fulgores,
conmueven los cimientos de la sierra
y turbios horizontes,
cual si al crujir, abriéranse los montes,
ante esos cataclismos de la tierra!

Y la pequeña nave, exploradora,
juguete fué *diez dias*
de aquella tempestad asoladora;
y *haciendo agua* por todos sus costados,
rompíanse sus cuerdas
y volaban sus lienzos destrozados;
y entre ayes y gemidos
y ya sin provisiones,
creíanse perdidos
y pasto de voraces tiburones;
mas la violenta furia fué calmando
del viento y de las olas,
y la sañuda suerte más risueña,
el cielo de turbiones despejando;
y ya entonces hacer rumbo pudieron
al puerto do tomaron agua y leña,
y salvos se creyeron;
y hallábase la nave en tal pobreza
de todo bastimento,
que concedió Pizarro, con largueza,
como diario alimento,
*de maiz dos mazorcas* por cabeza.

Los expedicionarios
pisaron *otra vez* la costa ansiada,
que fangoza y salvaje
de impenetrables bosques solitarios
hallábase cercada,
do las lianas colgando su follaje,
y enredaderas miles y fibrosas,
formaban tupidísimo ramaje:
y todo aquel desierto
de amarillentas hojas tumultuosas
veíase cubierto,
que las lluvias y vientos arrastraban,
en discordantes voces quejumbrosas:
no habían animales, ni de pájaros
los armoniosos cantos se escuchaban:
y de la oscura noche en el sosiego,
de insectos solamente, en densas nubes,
en los campos brillaban
las chispas de sus alas, como fuego:
todo era muda soledad, sombría,
en esa playa lúgubre y desierta;
y la gente corría
y no encontraba amparo ni alimento,
sintiéndose postrada y medio muerta,
y para resistir ya sin aliento,
clamando el regresar para salvarse,
pues con salvajes yerbas y con bayas
y con ciertos mariscos de las playas,
casi apenas podían sustentarse:
y las emanaciones
de la humedad y el aire envenenado,

de oxígeno cargado,
al vital desarrollo se oponían;
y esos fuertes guerreros,
entre charcos y el barro
exánimes caían.
Allí, por *vez primera*,
conocióse el caracter de Pizarro,
que firme, inexorable, decidido,
cual si cumpliese divinal precepto,
allí quizo que todo pereciera,
antes que deshonrado y confundido,
volverse á Panamá, como un inepto.

Con la elocuente voz de la amargura,
terrible y persuasiva,
que en la alma imprime la contraria suerte,
les hizo ver Pizarro:
—que aquella heróica muerte
era mejor que la humillante vida,
que allá, como baldón, les esperaba,
al desertar de la obra, ya emprendida.—
Así los alentaba,
y así á sus tropas pudo contenerlas,
esperando que Almagro se le uniese;
y sin perder momentos,
mandó al buque con parte de la gente,
á la isla de *Las Perlas*
en busca de alimentos,
por un tal Montenegro dirigido.

Con unos pocos hombres,
y sin darse Pizarro por vencido,
rompiendo de los bosques el follaje,
en busca se lanzó de alguna aldea,
donde dar hospedaje
á las personas débiles y flacas;
más vano fué su empeño,
porque eriales tan solo se veían;
tuvo que regresar y hacer barracas,
y apiñados allí se recogían
los enfermos y sanos;
pudiéndose librar de la intemperie
y de lluvias y vientos cotidianos.

Era, en fin, de contrastes una série,
cada día más cruenta,
la que sin esperanza allí sufrían;
pues las hojas, las yerbas y raíces,
que á comer obligados se veían,
envenenando fueron
á esos desamparados infelices,
y *veintiseis murieron*,
entre horribles dolores espantosos;
y aquellos que de pié aún quedaban,
con la muerte luchando valerosos,
en medio de su angustia y amargura,
atentos contemplaban
á la azulada líquida llanura;
pero era su esperar una agonía,
pues iban *mes y medio* transcurridos,
y ni lejana vela se veía,
ni de indios canoa bogadora.

En medio de esa crísis
de lucha aterradora,
avisóse con júbilo á Pizarro:
—que del bosque á través de una abertura,
fluctuante luz lejana,
vieron algunos en la noche oscura:—
y despuntando apenas la mañana,
salió al punto indicado,
con un corto piquete decidido;
y cuando del breñaje hubo salido,
en un llano un pueblito halló situado:
y tímidos los indios,
al ver á aquella tan extraña gente,
corrieron á ocultarse entre las brozas,
como si vieran brujas ó visiones
de la tierra salidas,
mientras la alegre tropa, ávidamente,
asaltando á las chozas,
halló *cocos*, *maiz* y *provisiones*
y *diversas bebidas*.

Viendo después los indios,
que no les ofendían esos hombres
de tan brillantes armas y denuedo,
á ellos poco á poco se acercaron,
hasta perder el miedo;
y con simplicidad les preguntaron,
quizá no comprendiendo en su ignorancia
la ofensa que inferían:
—¿qué por qué, en vez de cultivar su tierra,
de otras los frutos á robar salían,
haciendo á gente inofensiva guerra,
cuando jamás les hizo mal alguno?—
Y en vez de contestar los invasores
al reproche importuno,
con gozo contemplaban
los diversos adornos de oro y perlas,
que sin temor los indios ostentaban.

A un locuaz viejo interrogó Pizarro,
sobre el reino opulento, que buscaban;
y el viejo francamente
le dijo: - que á *diez soles* de camino
un monarca existía,
en un extenso imperio poderoso;

mas que el hijo del sol, omnipotente,
sus antiguos dominios invadía,
con ejército invicto y numeroso.
Y aquel viejo erudito,
de toda su comarca respetado,
sin duda, en tal error, se refería
á la invasión á Quito,
que *treinta años* hacía
ya estaba por Huayna conquistado;
lo que apenas confusa y vagamente,
en tan vasto desierto despoblado
y lejanos parajes,
por tradición sabrían
de Panamá y Colombia los salvajes.

Regresó de su viaje Montenegro,
después de *seis semanas* transcurridas,
trayendo de la Isla de *Las Perlas*
bastantes alimentos;
y las penas contáronse sufridas
de una y de otra parte;
mas ya, todos contentos,
creyéndose un dios Marte,
cada cual de esos bravos castellanos,
loaron de Pizarro la constancia,
y en los trabajos su pericia y arte;
y ya gordos y sanos,
con el buen alimento recibido,
otra vez adquirieron su arrogancia,
pidiéndole á su jefe esclarecido,
que ya el ídolo allí de todos era:
—que sin fijarse en rumbo ni distancia,
los condujese, en fin, donde quisiera.—

Este era el grato día,
que con ánsia esperaba
la calma, persistencia y enérgia
del decidido é intrépido Pizarro;
porque ya siendo el ídolo de todos,
podría uncirlos á su duro carro
y desafiar la suerte,
pues á su edad, tan solo ya aspiraba,
harto de afanes, luchas y proezas,
á asombrar con un acto de heroísmo,
ó encontrar pronta muerte,
descendiendo con todos al abismo,
ó protegido por brillante lumbre,
de la gloria, el poder y las riquezas
subir hasta la cumbre!

Y enérgico y fogoso,
arengando al tropel de aventureros,
cual si fuese un caudillo poderoso,
revelóse en su empresa, inexorable:
embarcáronse todos placenteros,
y una brisa templada y favorable
las velas impulsando,
hacia el sud misterioso prosiguieron,
las penas olvidando
del ávido desierto,
y de vichos é insectos el enjambre,
que entoldaban, cual nubes, ese puerto,
al que infamó Pizarro, designando
con el *Puerto del Hambre.*

# III

## 1525

Si en vez de proseguir por esa costa,
que mostrábase ya inhospitalaria,
hubiérase Pizarro aventurado
á salir mar afuera,
para abreviar su empresa temeraria,
habríase encontrado
mucho antes con el reino, que buscaba;
pero siendo *el primero*
que aquel ignoto mar audaz surcaba,
ni un imperfecto mapa se tenía,
y era la costa el único sendero
que *á ciegas* los llevaba,
y sin rumbo hacia el sud los dirigía,
cual brillante lucero,
entre las selvas de la noche obscura,
sirve de guía á intrépido viandante.

Ellos buscaban oro *por do quiera*
de esa zona en los bosques y llanura,
puertos, ríos ó á plácida ribera;
y por eso, con ánimo anhelante,
en las costas *bajaban y seguian*,
siempre tocando en ellas, y adelante
en pos de otras corrían,
como escuadrón triunfante,
que entra al sitiado muro, sin tardanza,
porque pensaban ver en cada costa
*cumplida su esperanza.*

De viaje *á pocos días*,

avistaron un campo más abierto,
y sin selvas espesas ni sombrías,
y con otros bajó Pizarro al puerto,
poniendo á ese paraje *Candelaria,*
pues el *dos de Febrero* allí bajaron;
y dejando la costa solitaria
de aquel nuevo distrito,
como *más de dos leguas* se internaron,
llegando á un pueblecito:
con gritos y clamores
huyeron sus absortos habitantes
de aquellos invasores,
que encontraron *acopios abundantes*
y adornos toscos y planchuelas de oro;
y de cuerpos humanos y en pedazos,
en ollas, junto al fuego y con tocino,
pechos, torsos y brazos;
y á su vez espantados del banquete,
que los indios dejaron,
aunque llevando el oro y los acopios,
como si fueran propios,
en la nave siguieron su camino.

Un tiempo borrascoso
al dejar aquel puerto sobrevino,
y fué aumentando en huracán furioso;
mas Pizarro, en su empresa inexorable,
afrontó los furiosos elementos.
y en su rumbo invariable,
entre lluvias y vientos,
siguió surcando la irritada costa,
cuyos contornos y perdidas rayas
destacaba el fulgor de los relámpagos:
y después de calmada la tormenta,
bajaron á las playas,
donde unidas zarzas como viñas,
hacia el Sud se hallarían *veinte leguas*
del *Puerto de las Piñas*,
y apenas de su empresa en los umbrales;
y la nave quedó casi varada
en las agretes zarzas y nopales,
que la costa cubrían, y Pizarro
llamó *Punta Quemada,*
pues parecía hallarse calcinada
por los rayos del sol abrasadores
y la cálida bruma de los valles.

Los bravos invasores
viendo trilladas sendas, como calles,
que al interior seguían,
y otros varios detalles,
que presumir hacían,
que hallábase poblado aquel paraje,
*una legua* marcharon,
los asilos buscando del salvaje;
y en un risueño valle de esmeralda,
una ciudad hallaron
de un verde monte en la tendida falda,
y que en torno encontróse defendida
de *fuerte empalida*, bien tupida;
y no obstante, la indiana muchedumbre
desierta la dejó, según costumbre,
y entregada al pillaje
de aquellos temerarios invasores
de audaz aspecto y varonil belleza,
que apropiándose el oro y alimentos,
ufanos y contentos,
como dueños tomaron hospedaje
en esa fortaleza.

Por lo pronto, allí Pizarro
estableció el campamento,
conceptuándose seguro
en ese cercado pueblo;
y mandó, con un piquete
al oficial Montenegro
á recorrer los contornos
y observar los movimientos
de los espantados indios,
que suponía dispersos
y asilados en los montes
ó vagando en los desiertos;
pero los indios astutos,
solo internáronse en ellos
para ocultar sus mujeres
y á los chicos y los viejos,
y tornar á los suburbios,
conservándose en acecho
del plan de los invasores
y todos sus movimientos;
pues aunque instantáneamente
despavoridos huyeron,
ante el brillo de las armas
de esos extraños guerreros,
que de pronto imaginaron
que bajaban de los cielos,
eran indios belicosos,
que peleaban con esfuerzo,
de sus lares en defensa,
así es, que en cuanto vieron,
que lejos de la ciudad
se encontraba Montenegro,
y con muy pocos soldados,
de su emboscada salieron,
y dando gritos de guerra,
fueron sus flechas blandiendo,
como oscuras, densas nubes,
arrastradas por los vientos.

Los absortos castellanos,
de su sorpresa repuestos,
con sus ballestas y espadas
al instante respondieron;
pues para aquella invasión
no hallaron armas de fuego,
lo que hizo largo el combate
y lamentable el encuentro
de parte de los cristianos,
porque tuvieron *tres muertos*
y también *varios heridos*,
que salvar lograron luego.

Pero los astutos indios,
con pleno conocimiento
de todos aquellos campos
y sus ocultos senderos,
se adelantaron, en mucho,
de Montenegro al regreso,
y cayeron por sorpresa
en el descuidado pueblo,
renovando el fuerte ataque
que dieron á Montenegro;
pero no era hombre Pizarro
de esperarlos en los cercos;
así es que reunió á su gente
y formada en campo abierto,
corrió de ella á la cabeza
á provocar el encuentro:
admirados los salvajes
de la arrogancia y denuedo
de esos pocos castellanos,
que eran uno para ciento,
retiráronse de pronto,
transidos de horror y miedo
ante esa legión sublime,
que parecía, sonriendo,
burlarse del entusiasmo
de ese numeroso ejército,
que con desprecio miraba;
pero á los pocos momentos,
de su espanto avergonzados,
y de no aceptar el reto,
con tal ímpetu cargaron
y tal furor embistieron,
que apenas tan rudo empuje,
entre alaridos tremendos,
consiguieron contener
la punta de los aceros
y disparadas ballestas;
y los indios, comprendiendo,
que el descollante Pizarro
al frente siempre y sereno,
era el temible caudillo
de esos osados guerreros,
le rodearon, afanosos,
con más encarnizamiento,
y dirigiéronle flechas
todos los duchos arqueros;
y á través de la armadura
*siete dardos* le metieron,
y que otras tantas heridas
resultaron en su cuerpo;
y no obstante el bravo jefe
siguió luchando y venciendo;
mas resbaló de una altura
y cayó de pronto al suelo:
entonces, un grupo de indios
dió alaridos de contento,
y corrió para ultimarle;
pero el caudillo, ligero
púsose erguido y de pié,
y espada y broquel cogiendo,
arremetió á todo el grupo
y dejó *dos indios muertos*;
y vacilante y temblando
no osó el resto acometerlo,
y púsose en dispersión
al notar que Montenegro,
llegando á paso de carga
y de venganza sidiendo,
atacó á la retaguardia,
y sobre tendidos cuerpos
abriéndose ráudo paso
sus largas espadas fueron.

El campo de ese combate
de indios *quedó cubierto*,
y *dos* castellanos más
en esta otra acción murieron,
quedando *muchos heridos*,
que se llevaron al pueblo.

Pero si este *primer triunfo*
no dejó de ser completo,
también fué por demás caro
para núcleo tan pequeño.

Y habiendo aquel nuevo punto,
después *del triste suceso*,
perdido todo el encanto
que brindábales, risueño,
y temiendo nuevos golpes
en un tan aislado pueblo,
á los jefes y oficiales
reunió Pizarro en consejo,
pues sabía ser prudente,
cuando era preciso serlo,

y gustaba oir de todos
los pareceres diversos,
para *apropiarse el mejor*
y proceder con acierto,
y la reunión resolvió:
—que no era prudente y cuerdo
otra vez allí exponerse
á esos ataques tremendos,
que algunas vidas costaban,
cuando era el número inmenso
de esa belicosa indiada
y tan reducido el de ellos,
no pudiendo intimidarlos
por falta de armas de fuego;
y que quizá en adelante,
el sostener ese pueblo
más pérdidas les costasen,
sin lograr ningún objeto;
y tal vez la vida á todos,
sin auxilio en tal desierto,
á medida que los indios
el temor fuesen perdiendo,
y otras tribus acudiesen
á lidiar por sus derechos;
y que cuanto antes debían
salir todos de esos cercos
y acercarse á Panamá,
para esperar el refuerzo
que Almagro conduciría;
y ya, con más elementos,
más gente y otro bajel,
y buenas armas de fuego,
que eran el terror del indio,
seguir la empresa de nuevo,
sin tales contrariedades,
ni el hacer tantos esfuerzos,
hasta llegar á las puertas
del buscado gran imperio.—

Pesaron tales razones
en el claro entendimiento
del precavido Pizarro,
aunque en el alma sintiendo
no seguir más adelante,
y que se perdiese el tiempo,
y en vez de ir avanzando,
comenzar el retroceso;
más poder enviar el oro
sirvióle al fin de consuelo,
como una evidente muestra
de grandes descubrimientos
y de futuras riquezas,
que á miles de aventureros
llevasen á sus banderas,
realizando sus deseos.

Y en breve de aquellas playas
para *Chicamá* salieron,
donde animosos bajaron,
sin tener un contratiempo.

Y como hallábase el buque
averiado y sin pertrechos,
mandó el jefe, precavido,
á su amigo y tesorero
don Nicolás de Ribera,
que todo el oro reuniendo,
para Panamá saliera
y lo invirtiese en ponerlo
en buen estado de equipo,
para buscar el gran reino;
y al gobernador y á Luque,
comunicando sus hechos,
daba grandes esperanzas
de realizar sus intentos.

## IV

### 1525

Interin Pizarro anduvo
cruzando costas y selvas,
consiguió el activo Almagro
aprontar su carabela;
y como *setenta hombres*
seguiríanle en su empresa,
aunque de clase tan ínfima,
que eran del jefe vergüenza.

De una india de Panamá
jóven, desvalida y bella,
el buen Almagro, aunque viejo,
tuvo un hijo, dulce prenda,
que con locura quería,
y en quien toda su existencia
con pasión reconcentraba;
porque expósito en la tierra

y siempre en los campamentos,
y entre el juego y las torpezas
de esa vida licenciosa,
ó asaltando las aldeas
de las indianas regiones,
y haciendo imperar la fuerza,
jamás había gozado
su alma, de dichas sedienta,
las delicias del hogar;
y entonces, por vez primera,
para su seno se abrían
las nobles pasiones tiernas;
así es que antes de partir,
y como quien solo ruega,
recomendó mucho á la india:
que á su hijo Diego atendiera,
que ya *seis años* tenía,
y al padre Luque, en su ausencia,
lo preciso demandase,
mientras él, en nuevas guerras
y peligrosas conquistas,
buscaba nombre y riquezas
para el hijo, que adoraba,
de la vejez en las puertas;—
pues aunque *dicen los pobres*,
que Dios amó á la pobreza
y ensoberbece el dinero,
*nadie ser pobre quisiera*,
y todos horror le tienen;
y más, *el que pobre queda,*
como si fuese deshonra
ó maldita sucia lepra.

Y poco antes que llegase
el tesorero Ribera
al puerto de Panamá,
hízose Almagro á la vela;
y como Almagro y Pizarro
para hallarse convinieran,
en que iría éste dejando
*señales en las riberas*,
donde bajase ó se hallara,
así Almagro fué sus huellas
siempre en las costas siguiendo,
hasta encontrar la postrera,
que estaba en *Punta Quemada*,
y allí bajaron á tierra;
mas ya con demostraciones
de hostilidad y fiereza
recibidas esta vez
de Almagro fueron las fuerzas;
pero entrándose hasta el pueblo
redujeron á una hoguera
las chozas y empalizadas,
ya las indiadas dispersas;
pues así vengarse quiso
de Almagro la ira cruenta,
porque al entrar en el pueblo
de su gente á la cabeza,
*le hizo saltar un ojo*
una bien tirada flecha;
y aunque fuerte inflamación
rendirse al dolor le hiciera,
continuar quiso su viaje;
y bajó en un valle ó selva,
do falleciendo un soldado,
puso *Valle de Baeza,*
en recuerdo de su nombre;
y costeando la ribera,
penetraron en el río
y vieron, con estrañeza,
que las aguas arrastraban,
entre las ondas ligeras,
un melón ó calabaza,
caído de alguna huerta;
y por esta sola cáusa,
pues la gente es novelera,
le puso *Rio Melón;*
siguieron á unas aldeas,
que vieron á la distancia,
y cuyo aspecto, entre piedras,
á lo lejos semejaban
castillos, en altas sierras,
y por eso le pusieron
*Rio de las Fortalezas;*
y por último, llegaron
á otro río, y con sorpresa
admiraron su hermosura
y su bien cuidadas huertas,
y el arte, con que las chozas,
bajo de inhiestas palmeras,
se alzaban con simetría
y cierto lujo y belleza,
revelando más cultura
y una ya evidente muestra,
que no lejos se encontraba
la rica y buscada tierra,
objeto de sus afanes;
y como la carabela
ancló *en Junio veinticuatro*
del río á la márgen bella,
*Rio de San Juan* le puso
el buen Almagro, en ofrenda
del gran santo, que ese día
la santa iglesia venera.

Aunque juntó por las chozas
hojuelas de oro bastantes,

acuitado estaba Almagro,
pues ya no hallaba señales
para pensar que Pizarro
se hallase más adelante;
y supuso:—que en alguna
de esas tantas tempestades,
que azotando aquellas costas,
estallaron meses antes,
hubiérase ido á pique,
sin que encallase su nave,
ni pisar tierra lograran
los perdidos navegantes;
porque sino el casco ó restos
del esparcido velámen
hubiera visto en las costas,
que inspeccionaban constantes;
ó quizá en obscura noche
ambos bajeles pasasen
sin verse el uno ni el otro,
al regresar de su viaje
para Panamá Pizarro,
cansado ya de esperarle.—

Y así Almagro discurriendo
en aquellas soledades,
comprendió, que era imposible,
á pesar de sus afanes,
faltándole allí su socio,
llevar la empresa adelante,
con los cortos elementos,
que llevó para ayudarle:
determinó, pues, volverse,
alentándole incansable
en su vida de aventuras,
la esperanza de encontrarse
con Pizarro en Panamá,
y que Dios los amparase.

Y del río de *San Juan*
y con viento favorable,
llegó á *Isla de las Perlas*,
en donde diéronle parte:
—que Pizarro en Chicamá
permanecía esperándole;—
y para allá salió Almagro,
teniendo el gusto de hallarse
ambos amigos y socios,
y contarse sus percances;
y con mayor ardimiento
formular postreros planes
para seguir su campaña,
que más rica é importante
ambos jefes conceptuaron,
después de hacer ese viaje,
pues adquirieron más oro
y pruebas más terminantes,
que las que hallar presumieron,
apenas al alejarse.

Y convinieron:—que Almagro
á Panamá se tornase
y al gobernador y á Luque
comunicara al instante,
todas las buenas noticias,
y de ellos dos procurase
nueva licencia y recursos,
para lanzarse, cuanto antes,
en empresa tan grandiosa
y al trono tan honorable:
que exagerase las nuevas
y que no ocultara á nadie
los brillantes resultados,
que debían esperarse,
para que de oro sedientos,
dispuestos ya se encontrasen
millares de aventureros
en sus filas á enrolarse,
mientras Pizarro esperaba
que su socio regresase,
con todos los elementos,
que para salir triunfantes
ya tener necesitaban,
en esa empresa árdua y grande,
que iba á hacerlos poderosos
y fama inmortal á darles.—

Como alegre, feliz niño,
á quien un juguete dan,
así lleno de esperanzas
llegó Almagro á Panamá;
pero hallóse, que Pedrárias,
el gobernador falaz,
estaba aprontando gente
para en persona mandar
una pronta expedición,
contra el rebelde oficial
Hernández, que en Nicaragua
alzóse de tiempo atrás,
y este acto de defección,
que quería castigar,
aunque hiciera un largo viaje
en su ya abanzada edad,
y arrastrase cuanta gente
se hallara en la capital,
á su irascible carácter
tenía irritado más,
y á Almagro, con gran enojo,
quiso apenas escuchar,

diciéndole:—que quería
á él y á la sociedad,
que formaron con la idea
de á los necios explotar,
y ellos el oro guardarse
de la región virginal,
el hacerlos responsables
ante esa su autoridad,
de todas aquellas vidas,
que hicieron sacrificar
en temerarias empresas;
por oro ó por vanidad,
cuando él las necesitaba
para el servicio real,
y poder restablecer
en *Nicaragua* la paz;
y que otra vez el venir
más gente á solicitar
y recursos y licencia,
era una temeridad,
que nunca consentiría
y sabría refrenar,
pues demasiado abusaron
de su paciencia y bondad.—

Pero el cura Hernando Luque,
hombre más vivo y sagaz
que cuantos Pedrárias hubo,
formóse un juicio cabal
del valor de tal empresa;
y ya no pudo dudar
que tal imperio existia,
cuando la voz general
y unánime las noticias
llegábanlo á asegurar;
y recordando á *Marchena*....
—á ese gran fráile ejemplar,
que llevó al pobre Colòn
hasta el palacio real;
le alentó en sus decepciones
con su cristiana piedad,
y él tan solo comprendió
á ese genio colosal;
y en Moguer le hizo dar buques
y le bendijo al marchar:—
recordando á ese gran sabio,
y queriendo que inmortal
también su nombre se hiciera
en el pacífico mar;—
y ante sus ojos teniendo,
como hecho providencial
de Méjico la conquista
para llegarle á alentar,
y persistir en su idea,
sin cejar de ella jamás;
y conociendo el influjo
que tenía en Panamá,
y el respeto con que siempre
llególe el jefe á escuchar,
incansable habló con todos,
y cada vez más y más
á todos fué convenciendo
de la gran felicidad
y de la gloria, que habría,
tal empresa en realizar;
y hasta el extremo, que algunos
viéndole en manía tal
persistir á todas horas,
llegáronse á imaginar,
que había perdido el juicio
con su charla sin igual;
y el *maniático ó el loco*
diéronle en fin, en llamar;
pero él no hizo caso á nada
y persistió más tenaz,
y al irritado Pedrárias
con perseverante afán
habló, pidió y suplicó,
y con toda claridad
demostróle las ventajas
de en la empresa continuar;
y el clamor del pueblo todo
y de Luque el tenaz plan,
consiguieron de Pedrárias
la oposición ablandar;
más siempre ruin y celoso
y en toda empresa, fatal,
por su envidia miserable
y conocida ruindad,
consintió en dar la licencia
y á su parte renunciar,
cuando prometióle Almagro
darle, por todo caudal,
*mil pesos fuertes en oro,*
del que pudiérase hallar. 8

Y Pedrárias en intrigas
ducho, astuto y suspicaz,
para que Almagro y Pizarro
llegáranse á enemistar,
y siempre el uno del otro
fuera celoso rival,
hízole á Almagro la gracia
*del grado de capitán,*
que era el que dióle á Pizarro
tal empresa al iniciar.
Y al fin pudo el padre Luque
dejar de ser tan locuaz,

conseguido ya su objeto...
y no hizo poco, en verdad!

Así todo convenido,
y *el año ya al terminar*,
ufano salió Pedrárias
del puerto de Panamá,
adonde volvió Pizarro
con toda seguridad,
en cuanto aviso le dieron
que había salido ya,
pues de Pedrárias temía
la oposición afrontar.

Tiempo hacía que en la corte,
y todos en general,
hallábanse disgustados
con Pedrárias por demás;
y sostituyóle el rey,
*el nuevo año al comenzar*,
con don Pedro de los Ríos,
de Córdoba natural,
lo que todos aplaudieron,
canzados ya de aguantar
la insolente altanería
de ese viejo criminal,
*verdugo* del gran Balboa;
y después de regresar
de su viaje á Nicaragua,
vivió algunos años más
entregado á las rencillas,
impropias ya de su edad
y de un hombre, que ejerció
un puesto tan principal
en Panamá y en la Antigua;
y murió *en la oscuridad*,
de donde para el progreso
de esa parte occidental
y sus nacientes colonias,
nó debió salir jamás!

## V

## 1526

Cuando supo Pizarro, que Pedrárias
había á Almagro dado
de capitán el grado,
para que, con igual grado y derecho,
pudieran ambos dirigir la empresa,
á Luque demostró *su gran disgusto*,
poseído *de envidia y de despecho*,
diciéndole alterado:—que era injusto
que le igualase á él, que había hecho
por Pedrárias notables sacrificios,
y tenía más práctica y pericia
y mejores servicios
para mandar *él solo* la campaña:
que antes que soportar esa injusticia,
resuelto ya tenía
volverse para España,
donde pobre y oscuro moriría,
mas sin ser á sus años humillado.—

Atento el padre Luque
escuchó tales quejas, resignado,
y díjole:—que Almagro era su amigo,
y que espontáneamente,
sin haberlo jamás solicitado,
le confirió Pedrárias ese grado;
y que por consiguiente
sería siempre Almagro *su segundo*,
dejándole, como antes,
la dirección completa de la empresa,
hasta salir triunfantes:
que Almagro era su amigo y generoso,
y no por celos y temores vanos
se mostrase mezquino ni envidioso;
sino firmes y unidos, como hermanos,
hasta haber conseguido
el que esperaban éxito glorioso;
y que en tan gran conquista,
estando de los tres comprometido
en público el decoro,
*veinte mil pesos fuertes*
daría *en barras de oro*,
que era todo su haber y su fortuna,
para que de ellos la honra se salvase,
y de su fé en la empresa
no hubiese duda alguna:
que si quejas tenía,
prudente las guardase
para otra ocasión más oportuna;
y otra vez á partir se preparase,
porque *un presentimiento le decía*,
que al volver á ese mar, que era un misterio,
ya la gloria al encuentro le saldría,

brindándole *un imperio.*—

Y añadió el padre Luque: —«¡Hijo mío,
que será otra tu suerte, en Dios confío,
cuanto antes desgraciada fué historía!»
«¡Ah! sí, padre, mi suerte es irrisoria;
pero aunque vivo, mísero, entre el barro,
soy feliz.... porque sueño con la gloria!»
repúsole Pizarro.

Así Luque halagaba
la ambición y pasiones
del caudillo tenaz, que precisaba;
y al fin sus reflexiones
hicieron que Pizarro
su envidia por entonces ocultase
á todos manifiesta,
y aceptando del cura la propuesta
otra vez á partir se preparase.

Por escritura pública
efectúose *esta vez* el compromiso:
y por ante el actuario,
*veinte mil pesos fuertes*
*en barras de oro* dióles el vicario,
y Pizarro y Almagro declaraban:
que al padre Luque daban
igual parte á la que ellos obtuviesen:—
y juraron cumplir esta promesa
con ánimo cristiano,
colocando su mano
en un misal, *encima* de ese pliego;
y á dos de los testigos
pidieron que firmaran á su ruego. 9

Queriendo *al otro día* el padre Luque
reconciliar á aquellos dos amigos
con vínculos sagrados,
pidióles:—que asistiesen á su misa;—
y todos en el templo congregados,
y allí *los dos rivales*,
al decir misa dividió la hóstia
*en tres partes iguales*;
con una comulgó, llamando luego
á Pizarro, así dijo:
«Por esta hóstia sagrada,
imágen de Dios hijo,
don Francisco Pizarro, yo os conjuro:
¿jurais, que ahora y siempre
tendreis á Diego Almagro por hermano?»
—«Sí, padre, sí lo juro.»—
«¿Y vos también jurais, Diego de Almagro,
por la hóstia que consagro,
y en vuestra santa fé y honor seguro,
que á Pizarro querreis toda la vida?»
—Sí, padre, sí lo juro.»—
Y comulgaron ambos en seguida.
Y añadió el padre Luque:
«Así de Dios cumplido el mandamiento,
el cristiano recibe nueva vida,
y se hace noble y grande:
y el que llegue á faltar al juramento,
que Dios se lo demande,
y aquí en el mundo sea escarnecido,
y en la otra vida con castigo eterno!»

Cada cual sorprendido
ante aquel acto majestuoso y tierno,
observó á los caudillos levantarse,
ir del cura á besar la noble mano,
y después abrazarse,
llamándose á la vez-«¡Hermano!-¡Hermano!»—

¿Pero Luque creyó con fé sincera,
que por tal juramento al pié del ara,
ya siempre los uniera,
esa estrecha amistad indisoluble,
que liga á los leales caballeros?
¿O solo por un acto de egoismo
llevó á cabo la extraña ceremonia,
confiado en el ciego fanatismo
de ambos aventureros,
caudillos de alta prez en la colonia?

Pero sea el que fuere
el impulso que á Luque
tan nuevo acto á celebrar moviere,
de su feligresía con sorpresa,
el móvil fué loable
para tratar de asegurar la empresa;
y debido á su fé, influjo y dinero
y constancia admirable
en persuadir y hablar hombre por hombre,
realizóse gloriosa la conquista,
*de los tres inmortal* haciendo el nombre.

Después del juramento,
los tres activos socios
no perdieron momento;
y *dos buques* compráronse más grandes,
bastantes provisiones,
unos caballos, armas, municiones
y cuanto preciso era
y encontrarse podía
en la nueva ciudad, en donde entonces
de lo más esencial se carecía,
y era muy cara cualesquiera cosa;
pues de un mar á otro mar, entre montañas,

cruzando el istmo, casi sin caminos,
era la travesía
muy lenta y trabajosa,
y correos y arrieros,
y mulas y peones
con trabajo pasaban por senderos.

Llamóse por avisos y pregones
á los aventureros,
que quisieran lanzarse á la conquista
y hacerse de dominios y millones
y fabulosa renta;
mas apenas quisieron alistarse
*unos ciento sesenta,*
y eran los más, de la mitad de aquellos
que pudieron salvarse
de la anterior expedición funesta.

Bartolomé Ruiz, hábil piloto,
tomó á su cargo el dirigir los buques
de esta expedición, harto modesta,
para buscar un reino en mar ignoto,
y con espada en mano
conquistarlo y ponerlo
ante las gradas del monarca hispano.

Al *Río de San Juan*, último punto
que Almagro descubriera,
salieron los dos buques,
llegando felizmente á aquella playa,
sin tocar en ninguna otra ribera:
la aldea sorprendieron,
y de oro un botín considerable
en breve recojieron,
que juzgaron un signo favorable,
y un augurio feliz de la conquista
y futuras riquezas,
que veian brillar ante sus ojos:
y acordóse:—que Almagro
á Panamá volviérase en seguida
con tan ricos despojos,
para avivar á la ambición dormida
de la incrédula gente, que dudaba,
y presurosa fuera
á buscar entusiasta su bandera,
al saber que tanto oro se encontraba.—

Partió Almagro; y Ruiz, en la otra nave,
fué al Sud á explorar las nuevas costas,
para el sitió elegir mejor situado,
de donde la campaña se emprendiera,
con fácil y seguro resultado,

Pizarro, con el resto de la gente,
quedóse en esa aldea abandonada;
pues contestes los indios
dijéronle:—que había, no distante,
una región abierta y cultivada,
de donde facilmente
podría proseguir más adelante.

Esa extendida costa fué explorando
el marino Ruiz,
y á *dos grados* al Norte halló una isla,
que por el modo hostil
y el penetrante grito, con que el indio
salióle á recibir,
la puso *Isla del Gallo;* y avanzando
halló más cultivado ya el país;
y llegó á la bahia *San Mateo,*
cuyos indios de aspecto varonil,
sin miedo y con respeto á los cristianos
vieron llegar allí:
y amigos de esos indios apacibles,
hiciéronse á la mar,
y con sorpresa vieron á lo lejos
*un gran buque* surcar,
con extendida vela aquellas ondas,
y hacia ellos la marcha acelerar.

«¡Un buque en estos mares!»
Cada cual, admirado, murmuró;
pues ni aùn el imperio mejicano
el uso de las velas conoció.
«¿Quién, exclamó Ruiz, quién ha podido
surcar antes que yó,
estos remotos mares, y de vuelta
llega ya ufano, cuando apenas voy?
¡Un buque, vive el cielo!
¡Dudo y no creo lo que estoy viendo!»

Y la vela, sin casco y sin castillos,
más cerca cada vez,
*una gran balsa,* de ligadas vigas,
fué dejando entrever:
piso de cañas, con *timón y proa*
tenía ese bajel;
en el centro *una choza* para abrigo
de las lluvias y el sol,
y *dos* inhiestos *mástiles ó palos,*
do *la cuadrada vela* de algodón,
henchida suavemente,
daba impulso veloz
á esa cargada de hombres y mujeres
extensa embarcación,
que tanto á los marinos, desde lejos,
*justa extrañeza* con placer causó.

Ruiz y sus marinos, presurosos,
junto á la balsa ya,
descendieron á ella y admiraron,
con incansable afan,
*ricos adornos, planchas y vajillas*
del preciado metal;
*una balanza* para el oro y plata
en los cambios pesar;
*bebidas y conservas* y otros frutos,
en mucha cantidad;
bellos tejidos *de brillante lana*
matizados *de púrpura y carmín*,
y otros muchos y níticos colores,
con figuras de pájaros y flores
muy raros del país;
y otros varios objetos importantes,
que harto prolijo fuera el referir.

Todas estas riquezas y adelantos
de civilización,
revelaron al fin á los marinos,
sin dudas ni temor,
que próximos se hallaban al gran reino,
que con gloria buscara el español;
y de esos mismos indios escucharon
con ávida atención:
—que el oro y plata y miles de rebaños,
que dábanles su lana en profusión,
eran cosas allí tan abundantes,
como serlo podría en su nación
de sus cadenas, anclas y armamento
la férrea producción.—

Y si en este relato del salvaje
encuentras, oh lector,
después que los misterios se aclararon,
que hubo exageración,
débote prevenir que tales hechos,
cual los narra la historia, los repito,
demostrando *á lo más*,
que hasta en el hombre primitivo existe
*la ciega vanidad*,
como todos los vicios y pasiones,
grandezas y miserias, que se ostentan
en el hombre de culta sociedad.

Y también, oh lector, debo decirte,
queriendo esta ocasión aprovechar,
que tal vez esta histórica leyenda
por datos peque y *raye en nimiedad;*
pero hasta *lo más trivial* narro, sujeto
*á la extricta verdad!*

A unos indios, y entre ellos *dos* de Túmbez,
hicieron embarcar,
para que todas esas maravillas
á Pizarro llegasen á contar,
y sirvieran de intérpretes;
y á la balsa dejaron ir en paz.

Siguió Ruiz andando,
hasta llegar al *medio grado* Sud;
y á la altura de *Punta de Pasado,*
en esa latitud,
determinó volverse, y fué el *primero*
que allí pasó la línea equinoccial;
y después *de dos meses*,
la ufana nave vieron fondear
los esforzados huéspedes
del Río de San Juan.

# VI

## 1526 y 1527

Así que los bajeles salieron de aquel río,
Pizarro con su tropa marchóse al interior,
en busca de esa fértil campiña deliciosa,
de donde al fin pudiera seguir su expedición.

Más solo halló, como antes, eriales y espesuras,
y bosques gigantescos, que alzábanse hasta el cielo.
y ríos y lagunas y estériles llanuras;
colinas y montañas, que con brumoso velo
perdíanse en los Andes, en muda soledad:
reptiles venenosos y miles de rebaños
de monos, que con gestos diabólicos y extraños,
burlarse parecían de la falange audaz:
la boa aterradora su víctima acechaba,
plegándose en el tronco del arbol colosal;
y á orillas de los ríos, paciente la aguardaba,
y oculto entre la arena, el ávido caimán.

Algunos invasores así muriendo fueron,
y en choques y sorpresas, cayendo otros tambien
y en un bote encallado, *catorce* perecieron
á manos de los indios, *en una sola vez.*

Tormentos indecibles sufrían de continuo,

hallando en todas partes señales de exterminio,
que al más osado hacían del éxito dudar;
y el hambre y la miseria y tanto desamparo
hicieron que hasta el oro tirase el más avaro,
y solo su existencia tratara de salvar.

Pizarro, erguido y solo, constante persistía,
y á todos dando aliento, su fé les infundía,
con gusto prefiriendo dichoso allí morir,
en busca de su reino, dejando su honra ilesa,
y no por contratiempos, su digna y gran empresa
dejar abandonada, partiendo ya de allí.

En tan horrible crísis, miróse entrar al puerto,
con gran gozo de todos, la nave de Ruiz;
y súbito alentados, el ánimo antes muerto,
oyendo sus noticias, sintióse revivir,
y unánimes ya fueron las varias opiniones;
y luego entrando Almagro *con nuevas provisiones*
la empresa únicamente tratóse de seguir.

Dicen que la mala suerte
y su constante rigor
precavido hacen al hombre,
que harta confiado nació;
por eso al llegar Almagro
á Panamá, con temor,
algo distante del puerto
cauteloso el ancla echó;
más don Pedro de los Ríos,
que era actual gobernador,
á felicitar á Almagro
fingiendo placer salió;
porque de ayudar en todo
á esa magna expedición,
á instancias del padre Luque,
orden tuvo superior;
aunque con pena miraba
que se diera protección
á cada viaje de aquellos,
que de babor á estribor
iban repletos de gente
y abundante provisión,
yendo todo á perecer,
como hasta allí sucedió,
en desierta costa estéril,
por obstinada ambición;
y haciendo que de este modo
tuvieran precio mayor
los víveres, que la empresa
en su acopio encareció,
y disminuyendo fuese
la naciente población.

Un grupo de caballeros,
afanosos por medrar,
con otro de aventureros,
como galgos perdigueros,
acababan de llegar,
la madre patria dejando,
y en la colonia soñando
un tesoro improvisar.

Como bajados del cielo,
*á los ochenta* buscó
Diego Almagro, con anhelo,
y mordieron el anzuelo,
que mañoso les tendió;
y con este contingente,
provisiones y vestuario
y todo lo necesario,
de Panamá, diligente
para *San Juan* se marchó.

De Almagro la colmada nave alígera,
y las nuevas del Sud, que los indígenas
contestes daban y afirmó Ruíz,
hicieron que á Pizarro, hasta los tímidos
marchar allá pidiéranle solícitos,
fabulosas riquezas á adquirir;
y aunque ya la estación de blandos céfiros
pasado había rápido y fugaz,
y los vientos del Sud, constantes, tétricos
empezaban contrarios á soplar,
no por eso dejaron, impertérritos
y ledos todos de lanzarse al mar.

Entre tormentas, truenos y relámpagos,
*ocho dias* errantes, como náufragos,
siguieron de las ondas á merced;
y en la Isla del Gallo al fin bajáronse,
pasando *dos semanas* en los árboles,
pero el viaje volvieron á emprender;
y ya, cuanto más iban internándose,
iba todo con gala revelándoles,
que mucho les faltaba que admirar:
gigantes bosques de ébanos y sándalos,
plantíos de cacao, sabrosos plátanos
y un perfume gratísimo, oriental:
pobladas villas y llanuras fértiles,
sembrados de patatas y de maiz;
y por do quiera el orden y buen régimen
del interno progreso del país.

En *Tacamez* anclaron las dos naves,
y una ciudad hallaron *de mil casas*,
con espaciosas calles y arrabales,
lindas plazas y extensa población. 11

Los hombres y mujeres ostentaban
adornos de oro con preciosas piedras;
que allí estaban *las minas de esmeraldas*,
con que el Inca su templo enriqueció.

Y esas eran las costas opulentas
del hoy bello *Ecuador*, siempre sonrientes,
en la región del Sud,
que conquistadas por continuas guerras,
se anexaron al centro prepotente
del Inca del Perú.

Y al fondear allí los castellanos,
salieron en canoas los flecheros
su puesto á defender;
mas tornáronse á tierra á los disparos,
y un piquete y Pizarro descendieron,
dispuestos á vencer.

Como *unos diez mil* indios, en la playa,
colocados en orden de batalla,
aguardaban de cerca al invasor:
mandóles sus intérpretes Pizarro;
pero hostiles rehusaron escucharlos,
gritos dando de guerra y de furor.

Y murieran allí los españoles,
como una torre al derrumbarse aplasta
al mísero mortal;
pero un jinete al maniobrar cayóse,
y á la ecuestre figura al ver tronchada
la tribu audaz echóse á disparar;
pues caballo y jinete suponían
que era *una pieza*, indivisible, unida,
y tal hecho un pronóstico fatal. 12.

Pasado ya el peligro,
reuniéronse en consejo
los jefes invasores,
y todos convinieron:
—que sus escasas fuerzas,
lidiando cuerpo á cuerpo
con esos por millares
diestrísimos flecheros,
serían impotentes
para poder vencerlos;
y aunque vencer pudiesen
en un primer encuentro,
aterrando á los indios
con las armas de fuego,
después anonadados
serían por los pueblos,
que irían á torrentes
mandando á sus guerreros,
como en cercado bosque,
al mal herido ciervo
acosan los lebreles,
hasta dejarlo muerto.—

Así todos pensaban,
hallándose de acuerdo;
los unos proponían,
como único remedio:
—volverse á Panamá,
pensando que era un sueño
poder ya realizar
delirios tan funestos;—
los otros opinaban:
—mandar buscar refuerzos
para así ver, cuanto antes,
cumplidos sus deseos,
ya que de la existencia
del celebrado imperio,
nadie dudar podía,
al ver tan ricos pueblos.—

Tales fueron las razones
que unos y otros expusieron,
hasta que Almagro de pié,
les habló de esta manera:
«Puesto que todos conformes
nos hallamos en ideas,
de que adelante se lleve
nuestra comenzada empresa,
soy de opinión, que Pizarro,
al frente de nuestras fuerzas
y en un paraje seguro
se quede en estas riberas,
mientras que yo á Panamá
me hago rápido á la vela
y regreso con mas gente,
para abatir la soberbia
de esas numerosas tribus
y dominar á esta tierra,
haciéndonos poderosos
con sus ocultas riquezas;
y si triunfar no podemos,
cada cual lidiando muera,
que tal cosa es preferible
á que del honor en mengua,
cobardes y cual mendigos,
en Panamá se nos vea
llegar á pedir limosna,
ó á los que han dejado deudas,
vayan á lóbrega cárcel
á morirse de miseria,
Esta es mi opinión, amigos,
y no dudo también sea,

según las razones dadas,
de los que tengan vergüenza.

El ceño frunció Pizarro,
cual ruge acosada fiera,
al oir que Diego Almagro,
dando la cuestión resuelta,
proponía, como base
y sin su acuerdo siquiera,
partir él á Panamá,
haciendo lindas promesas,
mientras quedábase él siempre,
en desamparo y miseria,
viendo morir á su gente
y escuchando ayes y penas.
Y esto, con ágrias palabras
y con infundadas quejas,
reprochó Pizarro á Almagro,
quien con sobrada extrañeza,
le contestó:—que gustoso
una y mil veces quisiera
quedarse allí con la gente
y pasar angustias cruentas,
antes que ir á Panamá
á sufrir otras vergüenzas,
algo peores que la muerte.
al implorar que le dieran
otra vez nuevos auxilios,
que con hidalga franqueza
siempre amigo presentóle,
aunque esos auxilios fueran
para encumbrar á Pizarro
como jefe de la empresa:
que él no ambicionaba honores,
y en cualquier playa de aquellas
contento se quedaría,
y que Pizarro partiera
á mendigar lo preciso,
á costa de su vergüenza—

Ciego de ira Pizarro,
los respetos atropella
del caballero y amigo,
y le insulta con dureza,
haciendo así que peligre
el éxito de la empresa,
ante ese público escándalo,
que provocó su insolencia
y á los guerreros sorprende;
é ingrato llevó la diestra
sobre el pomo de su espada,
su ira de sangre sedienta,
que la ira del soberbio
*es muy mala consejera.*

Almagro sacó la suya
y en guardia el ataque espera,
que si á nadie insultar quiso,
tampoco ninguna afrenta
de nadie dejaba impune,
sin arrancarle la lengua;
pero el piloto Ruiz
y el tesorero Ribera
pusiéronse de por medio,
y evitando la pelea,
consiguieron que las manos
ambos amigos se dieran
y satisfacción cumplida;
aunque quizá sus ofensas
dentro del alma guardasen,
aparentando prudencia,
para vengarlas después
de terminada la empresa;
y adoptóse el plan de Almagro,
*que el mejor de todos era.*

Al norte *varios días* navegaron,
buscando algún paraje,
do Pizarro pudiérase quedar,
pero en toda esa costa solo hallaron
al astuto salvaje
más alerta y dispuesto á guerrear;
y entonces los dos jefes acordaron:
—que en la Isla del Gallo se bajasen,
y Pizarro y las fuerzas se quedasen
refuerzos á esperar.—

Mas los aventureros
clamaron, entre gritos:
—que duelos infinitos
restábanles sufrir,
en esa isla funesta,
de males precursora,
donde en aciaga hora
llegaban á morir,
sin que un lugar sagrado
sus huesos recibiese,
ni amparo humano hubiese
en cárcel tan fatal:
que fueron engañados
con viles sutilezas,
pues ni oro ni riquezas
halló ningún mortal.—

En este estado, Almagro,
tan triste y peligroso,
á Panamá afanoso
su marcha apresuró.
Y aquel que se quedaba,

á amigos y parientes,
en frases elocuentes,
sus penas escribió!

Creyó prudente Almagro,
que tan contrarios planes,
minando sus afanes,
debíanse frustrar;
y todas esas cartas
de quejas y lamentos,
rasgadas y en fragmentos
*lanzólas á la mar.*

Pero otros, más astutos y versados,
temiendo ser burlados,
*una solicitud,* muy quejumbrosa,
mandaron á la esposa
del buen gobernador,
refiriendo sus penas y tormentos,
y en sentidos acentos,
pidiendo á la señora compasión:
y para que no fuera interceptado,
y de cualquier evento en precaución,
el pliego fué cerrado
de tejido algodón en un ovillo,
como un obsequio y *muestra de algodón.*

Y un tal Saavedra, hijo de Trujillo,
—queriendo á los dos socios bosquejar;
y ellos de sus engaños ó cuchilla
cual víctimas pasar,—
por su cuenta agregó esta redondilla
al largo memorial,
que en muy diversos tonos
cantaron los colonos,
y se hizo popular:
«*Pues señor gobernador,*
*mírelo bien por entero,*
*que allá va el recogedor*
*y acá queda el carnicero.*» 13

Viendo el constante Pizarro,
que en la isla su partida
quedaba triste, aflijida,
después que Almagro salió,
y temiendo que insurrecta
dirijirla no pudiese,
y que diezmarla tuviese,
con imprudente rigor;
ó ser la víctima de ella,
y perdido ya su afecto,
como venenoso insecto
á sus manos perecer;
pretestó que *el otro buque*
hallábase en mal estado,
y en seguida fué mandado
á Panamá á componer;
y á los más agitadores,
y que eran inútil cosa
para empresa tan grandiosa,
*volverse, altivo, mandó;*
y firme, perseverante,
y alentando al que vacila,
su gente, *algo más tranquila,*
en la isla se quedó.

# VII

## 1527

Causó profunda pena y desaliento
el ver llegar á Almagro á Panamá,
con solo un grupo escuálido y hambriento
de esos guerreros, que con noble aliento
salieron un imperio á conquistar;
y mayor fué aún el sentimiento,
al llegarse á saber:
—que el resto, abandonado,
en una isla habíase quedado,
donde ya muerto hallárase tal vez,
por haber escuchado
la palabra insidiosa,
que usó el caudillo con su humilde grey.—

Y recibió don Pedro de los Ríos,
de manos de su esposa,
la triste y lastimosa
larga solicitud;
y á la isla del Gallo, incontinente,
*dos bajeles,* mandados por Tafúr,
envió en busca del resto de la gente,
ya asumiendo una enérgica actitud,
contra la marcha osada é independiente
del caudillo insolente,
y los desastres en el mar del Sud;
pero Luque y Almagro le escribieron
por seguro conducto y con afán:
—que firme y sin volver se mantuviese,
pues pronto le enviarían

cuanto preciso fuese
para seguir, con éxito su plan.—

Hallábase en la isla,
sufriendo afanes rudos,
la hueste de Pizarro,
con ínclito valor;
y escuálidos, hambrientos
y ya medio desnudos,
ansiosos esperaban
socorro salvador.

Y de Tafúr las naves
gozosos al mirar,
que á la isla se acercaban
y en la ribera anclar,
sintieron el contento
que sienten, indecible,
los náufragos perdidos,
en medio de la mar,
cuando un ligero buque
hacia ellos ven llegar,
después de largos días
y noches de remar.

Tafúr dijo á Pizarro y los soldados:
—que venía con orden terminante
de su gobernador,
de embarcarlos á todos *al instante*,
pues todos indignados
en Panamá se hallaban
por el fin de tan loca expedición,
y á Pizarro culpaban
por su ciega, ambiciosa obstinación.—

Pero algunos soldados vacilaron,
testigo de los grandes sacrificios
de aquel caudillo audaz;
y su voz esperaron,
para hacerle los últimos servicios,
y luego regresar;
y el gran caudillo, entónces alentado
por tal demostración,
y las cartas, que había recibido,
irguióse descollante, y poseído
de santa inspiración:
y firme, inconmovible,
como altivo peñasco, ennegrecido,
que en medio de los mares, combatido
por fieras ondas y huracán terrible,
cuanto mayor se azota,
más terso, firme y colosal se nota;
así firme y audaz,
elevando á los cielos su mirada,
cual león, que sacude su melena,
sacó arrogante su gloriosa espada,
*y trazando en la arena*
de Este á Oeste una línea prolongada,
así les dijo á todos: «¡Escuchad!
Por ese lado,—señalando al Norte,—
ireis á Panamá,
y el que oro tenga brillará en la corte....
y hasta *duque* será;
pero si os vais sin oro, honra ni gloria,
todos sereis allá
despreciables bufones y la escoria
de aquella sociedad!
Por este otro,—añadió, su brazo fuerte,
tendiendo al mar del Sud,—
se halla el hambre, el dolor... tal vez la muerte;
pero se va al Perú....!
Y allí hay luchas, y glorias y riquezas....
para el héroe proezas
y perlas y oro y esplendente luz!
Libres del compromiso estais conmigo...
nada quiero por fuerza; pero os digo:
todo indigno español, que abrigue miedo,
y ame cobarde el ócio y la quietud,
sin tener, como yo, *de gloria un credo*,
váyase á Panamá... siga á Tafür....
porque ese, no merece
pisar ni ver el Sud!
¡Yo de mi empresa colosal no cedo,
que rico quiero ser y celebrado,
ó con gloria morir....
quien piense como yo, venga á mi lado,
que yo voy á la gloria por aquí!»

Y hacia el Sud cruza la línea,
su acero envaina, arrogante,
y á los suyos un instante
allí tranquilo esperó:
*trece héroes* le siguieron,
cuyos nombres y memoria
ha conservado la historia,
que tan magno hecho narró. 14

Y *esos trece* leales adalides,
por *el eco del genio* congregados,
eran ya, sino dioses, nuevos Cides:
y escuálidos, hambrientos, desarmados,
descalzos y andrajosos,
y en solitaria isla abandonados,
como horribles leprosos,
viviendo á la intemperie y soportando
de un sol de fuego rayos tropicales
y horrendos vendavales,
y sin tener un bote carcomido

do poderse arrojar al oceano,
creían ya seguro y sometido
á su incansable aliento soberano
el imperio peruano,
y su nombre en el mundo engrandecido!

¿La historia acaso y sus anales cuentan,
ó relatos de tiempos fabulosos
de hércules y titanes,
algún otro hecho superior presentan
al de estos trece héroes prodigiosos?
*¡Ninguno*, en sacrificios ni en afanes,
superior á tal hecho reproducen!

Inmenso, como el sol, el genio tiene
destellos luminosos,
rayos vivificantes,
que como acero eléctrico conducen
su genio, resplandores y cambiantes,
su fe, santa esperanza y sus ideas
á las grandes y bien templadas almas;
y en ellas repercuten, se comprenden,
y como amantes palmas
en célicos vergeles,
abrázanse lozanas, y se extienden,
y cantares remedan,
desprendiendo coronas de laureles,
que adquiere el heroismo *y no se venden,*
pues no hay riquezas, *que comprarlas puedan!*

Como en la tela ó en la piedra bruta
ó preparado barro
da forma á su ideal y lo ejecuta
el inspirado artista,
así artista y guerrero el gran Pizarro,
del Perú delineó la gran conquista,
con el buril y pluma *de su espada*,
esa línea al trazar sobre la arena;
que al héroe, que en su estado hace tal cosa,
*al borde del abismo,*
la tierra *le abre paso*, avasallada...
vence á su adversa suerte, *y encadena*
á la voluble diosa;
y el genio divinal del heroismo,
al mundo absorto, con su nombre llena!!!

Y este acto de Pizarro,
que era el colmo *del genio y del dolor*,
sacó su nombre del oscuro barro,
y le hizo, en adelante, *un semidios!!!*

Puesto que no he hecho digresión alguna,
ésta grandiosa acción al referir,
como cosa oportuna
citaré aquel adagio del latín:
«que ayuda á los audaces la fortuna;»
—mas cuando no se rompen la cabeza
ó no perecen al cruzar el mar,—
faltóle, en mi concepto,
al adagio agregar;
pues si esto dijera, se podría
replicarme muy bien:
—que entonces para nada serviría,
porque es para impulsar á la osadía
á que arrostre las penas y martirios,
ó á escusar, si son grandes los delirios;
pues del progreso humano *el lema es.*—

Partieron de Tafúr los dos bajeles,
y el piloto Ruiz partió también,
mandado por Pizarro,
para activo ayudar á Almagro y Luque,
y cuanto antes auxilios obtener.

Pizarro y sus compañeros,
cuando solos se encontraron,
á partir se resolvieron
de la triste isla del Gallo
y á la costa aproximarse,
los auxilios esperando:
una balsa construyeron
con sumo afán y trabajo,
ayudado por los indios
de Túmbez, que allí quedaron;
y arrojándose á la mar
*veintiseis leguas* vogando,
hasta una pequeña isla,
del mar su suelo elevado,
con verdes bosques y caza,
que en abundancia lograron
con sus certeras balletas,
á este alimento agregando
la diaria pesca que hacían.
Y dista esta isla ó peñasco
como *unas cinco ó seis leguas*
del contorno colombiano;
y por sus fuentes y arroyos
la *Gorgona* la llamaron,
en donde firmes, pacientes,
fueron sus chozas alzando,
para ponerse al abrigo
del sol ardiente y chubascos,
pues terminado no había
la estación en que eran diarios.

Así pacientes vivieron,
los socorros esperando,
como *unos cinco ó seis meses*,

animados por Pizarro,
que inspirábales la fé,
que ciega hace en los cristianos,
cuando de Dios todo esperan,
*mártires, héroes y santos;*
rezaba con todos ellos
salves, plegarias y salmos,
por la mañana y la noche,
ante una cruz inclinados.

En tanto, el buque de Tafúr, ligero
á Panamá llegó,
y aquella resistencia de Pizarro
aún más indignó al gobernador,
aunque órdenes tenía terminantes
de proteger á aquella expedición.
Así es que Almagro y Luque,
á Ríos recordando *ese mandato*,
diariamente formaban su alegato,
haciéndole observar:
—que él tan solo sería el responsable
ante el poder real,
al no dejar cumplirles su contrato,
ni permitir que un buque miserable
pudieran alistar,
para que aquella empresa tan grandiosa,
consiguiera cuanto antes, victoriosa,
un riquísimo imperio conquistar.

Y al fin, á tantos ruegos y objeciones
cedió el gobernador:
—ya permitiendo que saliera el buque,
sin conducir más gente
que la tripulación,
debiendo expresamente,
*antes de los seis meses* regresar,
cualesquiera que fuese el resultado.—
Y en un pequeño buque, presuroso,
el piloto Ruiz se hizo á la mar.

¿No veis en los desiertos
de la *estendida Pampa*,
al gáucho, en su caballo,
cual flecha disparar,
cuando los secos campos,
cubriéndose de llamas,
en ráudos remolinos
se llegan á incendiar?

Y si contraria brisa
detiene al vasto incendio,
¿también no veis que alegre,
llegando á respirar,
sofrena á su caballo,
y ya extinguido el fuego
por lluvia bienhechora,
vuelve al tranquilo hogar?

Así la pobre gente,
que hallábase en la isla
hacía *siete meses*,
creyóse ya feliz,
después de tantas penas,
al ver entre la brisa
mecerse la bandera
del buque de Ruiz.

No el constante y enérgico Pizarro
su angustia hizo notar,
al saber que las puertas ya cerradas
tenía en Panamá;
así es que febriciente, presuroso,
y dejando en la isla *á dos enfermos*,
á descubrir lanzóse en ese mar
ignoto y misterioso,
el oscuro problema
de la existencia de un imperio al Sud,
llevando audaz, tan solo por emblema,
no ya la ciencia, que ilumina y guía,
ni el poder y las fuerzas, que avasallan
y se abren paso por doquier sin miedo,
sino la santa Cruz,
profunda fe en sí propio y su energía,
en su entusiasmo, audacia y su denuedo,
que cuando libres en el genio estallan,
cual hórrido huracán,
por el genio se imponen,
como un eco del gran juicio final:
muda, entonces, la tierra escucha y calla,
los cetros se deponen,
y el genio que se espande y avasalla,
vése en su cima entonces fulgurar!

Y Pizarro y sus *once compañeros*
hiciéronse á la mar;
y hacia Túmbez Ruiz puso la proa,
sin que nadie llegase á vacilar.

De *Tacúmez* la punta recorrieron,
siguiendo, sin anclar,
hasta el *Cabo Pasado*,
que ya en su anterior viaje descubrieron;
y avanzando en el mar desconocido
la nave presurosa,
una playa se vió fértil y hermosa,
sin tupidos manglares ni espadañas,
y el suelo presentóse más florido,
mostrando sus cabañas,
cuyo humo en espirales ascendía,

revelando á los pobres navegantes
que allí gente existía
en extendidas tribus abundantes.

Después de *veinte días* de camino
y con la mar serena,
el buque presuroso
la punta recorrió de *Santa Elena*,
y deslizóse rápido al hermoso
golfo de *Guayaquil*,
de donde alzarse en breve
vieron el colosal *Cotopaxi*,
cuyo deslumbrador cono de nieve
tan solo se deshace
por su volcán de fuego,
que eterno vive y de por sí renace,
como era el fuego griego:
con asombro creciente
del magno *Chimborazo* contemplaron
la ancha cumbre, redonda y reluciente,
como tallado plomo,
que es de los Andes el augusto domo:
y cada nuevo día
aumentábase en todos la alegría,
al observar las pruebas de adelanto
y civilización,
y las floridas costas y el encanto
de tan bella región,
que Dios ante sus ojos presentara
de su heróica constancia en galardón:
fondear resolvieron,
después de tan felice travesía,
á la que allí pusieron
*Isla de Santa Clara*,
de Túmbez al entrar en la bahía.

Y en la desierta isla solo hallaron,
sin haber choza alguna,
*pedazos de oro* de groseras formas,
que ídolos formaban, diferentes,
y adonde iban los indios reverentes,
de la próxima isla de la Puna
su culto á celebrar;
mas los indios de Túmbez, que llevaban,
en su idioma á Pizarro aseguraban:
—que en Túmbez abundaba ese metal.—
Y alzóse el ancla, y *al siguiente día*
entróse en la bahía
de aquella Túmbez, opulenta ya.

# VIII

## 1527

Cuando entraron al puerto, vió Pizarro
de balsas deslizarse una flotilla
de la verdosa orilla,
colmada de indios y ágiles flecheros,
á los cuales causó gran maravilla
ver en el mar esa ciudad flotante,
que bajada creyeron, por sus alas,
del sol ó de la luna:
y usaban esos indios camisetas,
tapados de colores y otras galas,
é iban á lidiar con los de Puna.

Detúvoles Pizarro,
pidiendo al jefe de ellos:
—que se volviesen á anunciar en tierra,
que como enviados de su rey venían
á pedirles la paz y saludarlos:
y si estaban en guerra,
y sus servicios aceptar querian,
con su buque y sus armas á ayudarlos,
yendo al combate juntos.—
Volviéronse los indios,
y hallaron *al curaca*,
que era como el *cacique* en otros puntos,
muellemente meciéndose en su hamaca:
diéronle la noticia sorprendente
de la llegada del coloso buque,
y á la playa corrió toda la gente,
absorta y sorprendida;
y el curaca mandóles en las balsas
gran provisión de *plátanos y cuyas*,
*maiz, patatas, piñas y bebida*,
*mucha caza y pescado*,
y otros productos del florido valle
de que Túmbez hallábase cercado.

Como ante lindo, seductor juguete
ó de dulces ornado ramillete,
olvida los paternos mojicones
el travieso muchacho,
así ante aquellas ricas provisiones,
los hambrientos marinos olvidaron

las dietas que pasaron,
sin tristes recordar, como solían,
su indígeno *gazpacho;*
porque ya se veían
en otras ledas bodas de Camacho.

En Túmbez se encontraba
un noble y distinguido personaje,
que fué también á bordo con los indios
á rendir á Pizarro su homenaje,
y á observar, minucioso,
todo aquello que viese, para luego
referírselo á su Inca poderoso:
y usaba el noble un esmerado traje,
teniendo *dilatadas las orejas*,
por el continuo peso
de los adornos de oro, que llevaba,
en forma de zarcillos ó eslabones,
distinción de nobleza en los peruanos;
y por esta fealdad los castellanos
llamáronles después *los orejones*.

Los recibió Pizarro complacido,
y mostrando su buque al personaje,
atento le explicaba,
por medio de un intérprete,
todo lo que sorpresa le causaba;
y aquel noble salvaje,
desconfiado después pidió á Pizarro:
—le explicase el objeto de su viaje;—
y simulando un aire candoroso,
Pizarro replicóle;
«Soy, noble indio, súbdito y enviado
del príncipe más grande y poderoso,
de todo el universo;
y vengo á redimiros del pecado,
y á hacer que conozcais en vuestra tierra
á nuestro único Dios omnipotente,
que lleva al cielo y para siempre salva
al alma del creyente.»

Y el salvaje escuchaba
con atención profunda y aparente;
pero á todo callaba,
ocultando su incrédula sonrisa:
y era lo cierto, que él ni los intérpretes,
podían darse cuenta *tan de prisa*,
ni de ese modo insólito y ligero,
de esas raras ideas y doctrinas,
ni del Dios verdadero,
por más que muy divinas
y muy claras Pizarro las creyese;
mas el noble peruano,
á su manera astuto y cortesano,
hallándose dudoso
de lo que hacer entonces conviniese,
*sonrióse*.... y nada dijo,
no creyendo que en todo el mundo hubiese
otro señor más rico y poderoso
que su Inca, del sol hijo;
pero alabó á Pizarro la comida,
sus salsas y guisados,
conservas y tocino,
y expresó, que era aquel gustoso vino,
mejor que sus licores fermentados:
y con agrado y tino
suplicó al despedirse:
—que á Túmbez visitasen,
para ver al curaca antes de irse
y amigos de él quedasen.—
Y regalóle el jefe castellano,
entre otras varias cosas,
*un hacha de hierro*, que al peruano
había sorprendido,
pues en el Perú y Méjico
era el hierro *un metal desconocido*.

Y queriendo Pizarro congraciarse
al jefe de la tribu,
envió *al día siguiente*,
cual digno mensajero,
á Alonso de Molina,
que llevó de asistente
á *un negro*, de la nave marinero,
*con dos cerdos, un gallo* y *su gallina*.

Volvió Molina ufano y placentero,
refiriendo afluente
todo cuanto hubo visto y observado:
díjoles: —que el curaca
habíale atendido y obsequiado:
que bienquisto en su tribu y con influjo,
en linda casa, con bordada hamaca,
vivía con gran lujo,
cercado de solícitos guardianes:
que una falange grata
de doncellas, haciendo su ventura,
con amor y ternura,
cuidábale y servía
en lucientes vajillas de oro y plata:
que Túmbez era un pueblo floreciente
y lleno de riqueza,
descollando de piedra y bien construída,
extensa fortaleza,
como aquellas que alzó en España el moro,
y un suntuoso templo,
con ídolos de oro:
que cuando cantó el gallo,

absortos preguntáronle los indios:
—si como ellos hablaba,
al expresarse en tan agudos tonos;
y si el negro también era vasallo
del poderoso rey que los enviaba,
ó de la raza *de los grandes monos*: -
que creyendo esas tribus inocentes,
que del negro el color era postizo,
á lavarle empezaron,
más el negro mostrándoles sus dientes
blanquísimos, lucientes,
burla á su vez les hizo,
y de lavarle todos se cansaron:—
Por último, añadió, muy orgulloso:
«Sabed, amigos míos,
que he sido con las indias muy dichoso:
todas me seducían...
con su lascivo amor me perseguían,
hasta que al fin... faltáronme los bríos
para dejar á todas complacidas:
y propusieron darme por esposa,
si allí quedaba, á la india más hermosa
de todo el territorio;
mas quedáronse tristes y aflijidas,
como burlado suegro
por travieso tenorio,
cuando vieron que ya con mi buen negro,
después de tanto holgorio,
mis pasos á la playa dirigía:
y os digo con franqueza,
que allí he pasado el más dichoso día!»

Escuchóle su jefe amostazado
de esta última simpleza,
y juzgando el relato exajerado,
mandó que Pedro Cándia á Túmbez fuese,
y verídicos datos le trajese
de cuanto hubo Molina referido;
y Pedro Cándia púsose su malla,
al hombro su arcabuz echóse erguido,
ciñó su espada y ostentó su casco.
como si fuese á entrar en gran batalla
ó á matar á un león enfurecido,
rugiendo desde lo alto de un peñasco.

Mas que el ver al blanquísimo Molina
ó aquel gran mono ú hombre denegrido,
ó un huevo poner á la gallina,
sorprendió á los salvajes la apostura
y brillante armadura
de don Pedro de Cándia,
que con conducta pedantesca y sándia
díjoles:—que su rey, fuerte en la guerra,
dirigía á los rayos y los truenos;—
y su arma disparó sobre una tabla:
y al ver la tabla que voló en pedazos,
y oir el estampido,
los indios cruzáronse de brazos,
lanzaron un gemido
y cayeron en tierra,
transidos de pavor y asombros llenos;
porque un extraño rey, fuerte en la guerra,
dirigía á los rayos y los truenos
por medio de su enviado.

Mas repuestos los indios de su asombro,
soltaron al terrible caballero
un tigre, que encerrado
en el fuerte real era cuidado;
pero el tigre feroz *cayó rendido*
á los piés del guerrero,
sin dar humilde de su fuerza asomo,
lamiéndole las manos,
cuando el guerrero púsole en el lomo
esa gran cruz, que adoran los cristianos,
y en su cuello llevaba: 15
y al ver este acto la asombrada tribu,
entre ellos inaudito y sin ejemplo,
ya no dudando en su poder divino,
lleváronle sobre hombros hasta el templo,
en donde, como en nidos de palomas,
estaban congregadas
las vírgenes, llamadas *mamacomas*,
del sol, su Dios, al culto consagradas;
y que hacían finísimos labores,
después de concluir sus ceremonias,
aspirando el perfume de las flores:
y tiernas y afectuosas
las vírgenes hermosas
obsequiaron al noble caballero,
cuyos ojos tan solo contemplaban
las planchas de oro y plata, que cubrían
los de piedra anchos muros, que brillaban,
y ese oro y plata codiciar le hacían,
despreciando el amor y gentileza
de esas curiosas vírjenes ardientes,
amables y sonrientes.

Huayna Cápac, padre de Atahualpa,
construído había tan lujoso templo,
do reunir quizo el lujo y la belleza;
y otro su antecesor, el gran Yupanqui,
erigió la imponente fortaleza,
que en la ciudad de Túmbez
era hacia el Norte su ultimo distrito,
sobre esas costas dilatadas, antes
de la reciente adquisición de Quito.
Por medio de acueductos

de agua surtida la ciudad estaba,
y extendiéndose el riego en la campiña,
sus variados productos
á la rica ciudad suministraba.

Al despedirse Cándia del cacique,
recibió provisiones abundantes,
*frutas, caza y loros y dos llamas,*
que por camellos chicos,
cabras, carneros, toros ó borricos
tomaron los cristianos.

Aunque es muy natural que pareciesen
á Cándia y á Molina
magníficos vergeles y lozanos
esos valles y huertos,
y una bella ciudad esa mediocre,
después de cruzar islas y desiertos,
como horrenda *via-crucis* perdurable,
con exageración premeditada
contó Cándia, incansable,
todo cuanto hubo visto,
para dar más coraje á sus paisanos,
jurándoles por Cristo,
que era todo lo expuesto irrefutable.

Con insana alegría
recibióse tal nueva: ya los sueños
de oro y de grandezas,
en verdad y contento se trocaban,
y la luctuosa época sombría
del funesto pasado era ilusoria;
y todos á Pizarro proclamaban
ilustre genio por su fé notoria;
y ese genio palpó, que ya subía
por el primer peldaño de su gloria;
que *en realidad* sus sueños se trocaran,
y en hechos los deseos,
que en su alma *á la vejez* se despertaran.

Despidióse Pizarro de los indios,
á Túmbez prometiéndoles volver;
y hacia el Sud hizo desplegar las velas
de su ráudo bajel:
doblando el *Cabo Blanco,*
en el *Puerto de Páita* entró después,
y en sus cargadas balsas los indígenas,
peces y fruta fuéronle á ofrecer:
siguieron por la costa
de la arenosa playa de *Sechuza,*
con incansable ardor,
y doblando la *Punta de la Aguja,*
hacia el Este la costa se siguió;
pero un contrario viento
de la costa los hizo separar;
mas sin perder de vista *en esos días*
la cadena del Andes colosal:
calmada la tormenta
y el viaje prosiguiendo con afán,
á la tierra llegaron de *Colaque,*
en donde años después el gran Pizarro
la ciudad de *Trujillo* hizo fundar,
como un recuerdo del nativo suelo;
y hasta el *Puerto de Santa*
consiguieron su enseña hacer flamear.

Con fé y arrojo dignos de su empresa,
y sin tener que usar del arcabuz,
ya habían navegado esos valientes
*nueve grados* al Sud;
y siendo en todas partes obsequiados,
por todas partes púdose observar,
que *mucha plata y oro* encontrarian
bajo ese bello suelo tropical;
y todos esos pueblos
no cesaron, en fin, de ponderar
el lujo, el esplendor y las riquezas
de su *Inca poderoso* y sin igual,
al que los españoles suponían
una especie de *sátrapa oriental.*

Por el traje y el brillo de las armas
y audacia y blanca tez del español,
los indios supusieron
que eran hijos del sol,
y ofrecíanle el oro á los cristianos;
pero astuto Pizarro les prohibió
el no aceptarlo ni cambiar por dijes,
para no *demostrarles su valor,*
ni creer, que la codicia
el móvil fuese de esa expedición: 16
y teniendo hartas pruebas
de la existencia del grandioso imperio,
tomar á Panamá se resolvió,
para poder cuanto antes
el miedo y la ignorancia disipar,
confundir al incrédulo
y su magna conquista comenzar.

# IX

## 1527 y 1528

Despejada ya la incógnita
para esa gente resuelta,
y segura que un imperio
*lleno de oro y de riquezas*
floreciente se encontraba
en el centro de esas tierras,
hacia Panamá en seguida
hízose el buque á la vela;
y en la costa de *Colaque*
escapóse Bocanegra,
que era un guapo marinero,
como este hecho lo revela,
seducido por las gracias
de las indianas bellezas,
y la muelle y libre vida
que pasar se prometiera,
como un sultán en su haren
á los placeres se entrega;
y por más que hizo Ruiz
por disipar tal idea,
nada alcanzó del marino,
quien díjole con franqueza:
—que él contento se quedaba,
para cuando ellos volvieran,
ya un *buen padre* le encontrasen,
aunque misa no dijera;
pero absolviendo á las indias,
que livianas y coquetas,
con el sesto mandamiento,
por su culpa, no cumplieran.—

Y cerca de *Santa Cruz*
salieron balsas lijeras
al encuentro de la nave,
de frutas y obsequios llenas,
previniéndole á Pizarro:
—que su señora ó princesa,
para inspirarle confianza,
ser quería la primera
que á su buque fuese á verle,
para que él bajase á tierra,
sin tener recelo alguno
de oculta intención siniestra.—

Correspondiendo Pizarro
á tan galante fineza,
hizo que fuese primero
don Nicolás de Rivera
con Pedro Alcón y otros varios,
á quienes afable y leda
obsequió la hermosa india;
y después, con entereza,
los acompañó hasta el buque
por la noche y placentera,
seguida de muchas balsas,
donde iba su nobleza.

Con el respeto debido
á una mujer de sus prendas,
fué por Pizarro atendida,
quien obsequióla *con cuentas,*
*espejitos y otros dijes,*
que gustaron mucho á ella,
manifestando al cristiano:
—que si ella, que mujer era,
hasta el buque había ido,
él que era hombre y de empresa,
según por aquellas costas
corríanse ya las nuevas,
podría mejor bajar
á visitarla en su tierra,
dándole, como rehenes,
á los nobles que quisiera.—
Y prometióle Pizarro:
—que iría á su casa á verla,
sin aceptar tales rehenes,
de su hidalguía en ofensa,
aunque ella lo pretendiese
por suma delicadeza.—

Y al verse en el nuevo día
salir la aurora risueña,
la nave hallóse cercada
de balsas, *como cuarenta;*
y algunos indios subieron
de los que más nobles eran
y rogaron á Pizarro:
—les acordase licencia
para quedarse en el buque,
mientras él se hallaba en tierra;—
pero nada consiguió
del jefe la resistencia,
y quedáronse los indios
enviados por la princesa:

y Pizarro y sus amigos,
al bajar á la ribera,
á la india allí encontraron,
que vistiendo ricas telas
y de su pueblo seguida,
con músicas placenteras
y palmas y verdes ramos,
les llevó, con reverencia,
hasta una larga enramada,
donde en *cómodas banquetas*
cada cual halló su asiento
para presenciar las fiestas,
que improvisó *Capillana,*
como ya á esa india esbelta
llamaban los españoles,
pues creyeron que así era
como los indios nombraban
á su señora ó princesa.

Y sirvióse allí un banquete
de muchos platos compuesto,
de los mejores productos
de ese rico y feraz suelo,
y de sazonadas frutas
y de licores diversos,
con profusión y orden todo
y con limpieza y esmero;
y siguiéronse festivas
danzas, músicas y juegos,
en que jóvenes parejas,
bien preparadas, lucieron
su agilidad y destreza,
al compás del instrumento,
que aunque rústico en su forma,
melodioso era en sus ecos.

Y después que las alegres,
largas fiestas concluyeron
y la tarde declinaba,
alzóse Pizarro en medio
de toda la alegre tribu,
aglomerada en el pueblo,
demostrando á Capillana:
—su gratitud y contento
por su amistosa acogida:
de su monarca el gran reino
le explicó por un intérprete,
y de su Dios verdadero
el poder sobre otros falsos;
y hábil, astuto y atento
prometióles, que muy pronto
daría allí otro paseo,
pidiendo por despedida,
que le hicieran el obsequio
*de levantar su bandera,*
como una prueba de afecto.—

Así lo hicieron los indios,
y *tres veces* á los vientos
desplegáronla entre vivas,
no por este acto creyendo
inferir á su Inca amado
deshonor ni menosprecio,
pues adoraban á su Inca
y era unánime el respeto
que profesábanle, idólatras,
en todo ese vasto imperio.

Y obsequiados los cristianos,
embarcáronse contentos;
pero Pedro Alcón, que era
enamorado y travieso,
y la echaba de buen mozo
y vestirse con esmero,
por cuya razón decían
sus descalzos compañeros:
—que en la campaña de Italia,
cruzando cortes y reinos,
hecho hubiera más carrera
que entre islas y desiertos;—
púsose su garbin de oro,
su jubón de terciopelo,
ciñóse su espada al cinto
y encasquetóse su yelmo,
rogando á su bravo jefe
le dejase en ese puerto,
hasta que su vuelta diese
con más fuerzas y elementos,
pues vencida Capillana
por sus tiernos galanteos,
á sus plantas hallaría
sometido á todo el pueblo.—

Mas conociendo Pizarro,
que era Alcón *un majadero,*
y que en vez de conquistarse
de los indios el afecto,
insoportable se haría
por *su modo pedantesco,*
causando mal y no bien,
su vénia rehusó severo,
por más que Alcón suplicóle,
mandándole mil empeños;
y cuando vió su esperanza
alejarse como el viento,
al darse el buque á la vela,
empezó á lanzar denuestos
contra su jefe y amigos,

maldiciendo su hado adverso;
y quiso armarles pelea,
un sable roto cogiendo
y exclamando como un loco:
—que aquel país descubierto
era de su hermano y suyo,
sin admitir otros dueños,
que solapados vinieran
á usurparles sus derechos;—
por donde todos á una,
con razón se supusieron,
que *habíase trastornado*,
por sus amores y ensueños,
revelando una ambición
muy superior á su genio;
y amarrado á una cadena
en la bodega fué puesto. 17

Y por esa larga costa
fué Pizarro recibiendo
de todos sus moradores
constantes pruebas de afecto;
y al tocar en una de ellas,
fuéronle al punto devueltos
*un sable y jarro de plata*,
que olvidaron en el puerto;
y comestibles y mantas
recibió en todo el trayecto,
quedándose un tal Jinés
en uno de aquellos pueblos,
con permiso de su jefe,
para aprender el dialecto;
y como Alonso Molina
quedóse en Túmbez contento,
donde era ya conocido,
y tocaron de regreso,
el curaca dió á Pizarro
dos nobles indios expertos
para aprender el idioma;
y por nombres les pusieron
Martín y Felipe; y á éste,
que por ágil y travieso
llamáronle Felipillo,
algunos le atribuyeron,
que por simpatía á Huáscar
ó por venganza y despecho,
tuvo gran parte en la muerte
de Atahualpa y su proceso,
después que el hábil Pizarro
capturóle entre su ejército.

Y todos los habitantes
de aquellas costas y puertos
quedáronse deslumbrados
al ver erguidos y apuestos
á esos blancos tan barbudos
y de brillantes aceros,
que saliendo de los mares
unos dioses parecieron,
rayos llevando en sus manos;
como quedárase ciego
quien viese por vez primera
fijo al sol y á esos objetos,
ó cual si en sus capitales
mirasen los europeos
bajar ángeles y arcángeles
de los entreabiertos cielos,
sus abrillantadas alas
en el espacio extendiendo;
y posándose en la tierra
refiriesen los misterios
de Dios en su trono santo,
y divinales portentos.

Con propicia blanda brisa
á Panamá prosiguieron,
tocando en la isla Gorgona
para alzar los dos enfermos,
pero *uno solo* embarcóse,
porque había el otro muerto.

Y después de recorrer,
con asombroso denuedo,
*doscientas leguas* de costa
y haber *hallado un imperio*,
llegaron á Panamá,
ufanos de sus esfuerzos.

Como vuelve orgulloso audaz jinete,
vencedor de valientes paladines,
del corcel oprimiendo los ijares,
así Pizarro, á fines
del año *mil quinientos veintisiete*,
volvió á sus viejos lares
con sus muy decididos compañeros,
después de trascurrir *dieziocho meses*,
soportando animosos
el hambre, la miseria y los reveses,
y del gobernador el anatema....
pero ya victoriosos,
y por ellos resuelto *el gran problema!*

Con vivas de entusiasmo y alegría
recibiéronse á todos los viajeros;
pues ya toda la gente los creía
muertos, entre manglares ó senderos,
por ocultos flecheros,
ó pasto de los peces

de ese mar tenebroso,
después de trascurrir *dieziocho meses*
de interminable lucha y de reveses
en desierto espantoso.

Con toda la efusión de un alma ardiente,
que mira sus ensueños realizados,
se abrazaron Pizarro, Almagro y Luque;
pero ya sus recursos agotados
en tan larga jornada,
y en haber un imperio descubierto,
¿con qué otros ahora la seguían?
¿Acaso algo esperaban, qué tenían?
¡Solo ilusiones... pero en plata, nada!
Y viéronse los tres, esto es lo cierto,
como aquel que se salva, en un contagio,
ó escapa de un naufragio,
para ir á morir... en un desierto!

Era, pues, ya esa empresa,
bajel deshecho, que vagando incierto,
sin dirección ni brújula camina....
de esplendorosa luz negra pavesa,
y de sus tres autores *la ruína!!!*

¿Qué importaba á Pizarro, Almagro y Luque,
que un resuelto tropel de aventureros
en su busca corriese diariamente,
cuando ya no tenían
para fletar un buque,
ni armarlo, ni equipar á tanta gente?
¿Qué hacer en tal momento
en aquella cuestión *de vida ó muerte*,
cuando del deshonor *la muerte avanza*?
¿Tranquilos aceptar la adversa suerte,
ó proseguir como antes,
en su empresa obstinados y constantes?

Como *última esperanza*
habló al gobernador el padre Luque
á favor de ese gran descubrimiento,
pidiéndole tan solo un pobre buque
y algún viejo armamento;
pero el gobernador, duro, insensible,
mostróse inexorable,
y dijo al sacerdote:
—que sería ridículo y punible
entrar en una lucha interminable,
*para no conquistar quizá un islote*:
y que necesitando allí la gente,
para irse poblando aquella tierra,
no quería, *que fuese estérilmente*,
en otros á morir en dura guerra,
á naufragar errante,
teniendo el mar tan solo por proscenio.—

Presa de insomnio, y casi delirante,
pasó toda esa noche el padre Luque;
mas su fecundo genio
sugirióle *una idea* en el instante:
iba á partir para la madre patria
Corral, el licenciado,
por un asunto público mandado;
y encomendarle:—que á la reina viese
y ayuda le pidiese,
presumió que era un excelente medio,
y el que quedaba *único remedio;*—
no juzgando oportuno,
porque existían ya rivalidades,
que partiera ninguno
de los dos asociados para España;
y además, porque Almagro,
en cortesanas luchas inexperto,
era feo, vulgar, pequeño y tuerto,
aunque locuaz y decidor pomposo,
pero sin genio ni arte;
y Pizarro, egoista y ambicioso,
vería de obtener la mejor parte.
Y por esta razón creyó oportuno,
que no fuese ninguno
sino que al licenciado
quedase el asunto encomendado.

Así es que Luque, al despuntar el día,
corrió á comunicarles su proyecto;
mas Diego Almagro, generoso y recto,
con rasgos de hidalguía,
ó por el tierno afecto
que á Pizarro tenía,
se opuso noblemente, y solo quiso
que á Pizarro se fiase tal negocio,
y dijo:—que ninguno
estaba más al cabo que su socio,
para poder pedir lo conveniente
y dar explicaciones,
sobrándole talento y perspicacia
para obtener, más que otro, concesiones,
si propicia la corte se encontrase;—
y concluyó, sincero,
suplicando á su antiguo compañero,
que por el bien de todos aceptase.—

Rogar se hizo Pizarro,
manifestando astuto:
—que por su vida y porte
era hombre de guerra y no de corte,
y en la corte creerían que era un bruto,

sin dar á su propuesta la importancia
que Corral ú otro diese;—
mas cedió de su amigo á tanta instancia;
y aunque ya el padre Luque no creyese
oportuno expresar su descontento,
no pudo menos que exclamar con bríos
y profético acento:
«¡Plegue á Dios, hijos míos,
que no la bendición el uno al otro
os hurteis del monarca,
como en mal de Esaú, Jacob hurtóla
de Isaac el patriarca!
¡Pero si al menos fuérades entrambos,
yo holgara todavía!
¡En fin, de todo daño Dios os guarde!» 18

Y del insigne Luque
la fatal profecía
cumplióse.... y no muy tarde!

Determinóse entonces:
—que Pizarro el gobierno demandase
de todo el territorio
que en ese imperio de Indias conquistase:
que allí *un nuevo obispado*
al incansable Luque se acordase,
en premio de sus muchos sacrificios:
y que de *adelantado*
fuese Almagro nombrado,
y Ruiz, el piloto,
como *alguacil mayor*; y otras mercedes
para aquellos que en ese mar ignoto,
con heroico ardimiento,
realizaron tan gran descubrimiento.—

Y para que este viaje se efectuase
sin escasez, demoras ni litigio,
pudo recolectar el padre Luque,
no sin que gran trabajo le costase,
*mil y quinientos fuertes*,
debidos á su crédito y prestigio.

Para el Nombre de Dios salió Pizarro
con don Pedro de Cándia, el viejo amigo,
confiado en Dios y lleno de esperanza;
y llevando consigo
*varios indios*, vestidos á su usanza,
*vajillas de oro y plata, mantas, pieles,*
*unas dos ó tres llamas,*
*algunas piedras finas, y de perlas*
*una rica bolsilla:*
*y á mediados del año*
*mil quinientos veintiocho,*
entró en la alegre y oriental Sevilla
con sus indios de insólito rebaño,
llevados desde el muelle en un birlocho.

## X

## 1528

En la época famosa, que los héroes
de esa invicta nación llamada España,
del Perú la conquista concibieron,
este opulento imperio se extendía
por la risueña costa del Pacífico,
desde *el grado segundo*, más ó menos,
latitud Norte, hasta *el treinta y siete*
de opuesta Sud, y entre los que hoy se encuentran
las modernas repúblicas hermanas
del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile:
y limitada hallábase su anchura
por la gran cordillera de los Andes,
aunque en ciertos parajes, desbordando
su población, dominio y excursiones,
*de seiscientos kilómetros pasaba,*
allí donde el *Sorata y Chimborazo,*
irguiendo sus cabezas colosales,
hacían accesible algún sendero
á esos ágiles hijos de sus faldas,
que las contemplan con su eterna nieve,
que su sol tropical jamás derrite,
sino el fuego, que arroja sus volcanes.

Piérdese en las tinieblas de la fábula
la fundación ú orígen de ese imperio;
y su confusa, primitiva historia,
llena de inverosímiles relatos,
es la estupenda concepción, que narran,
con más ó menos ingeniosos cuentos,
todos los grandes pueblos de la tierra,
que se han hecho en el orbe memorables.

Y entre otros muchos cuentos ó relatos
de tradición oral, que recogieron
los del Perú conquistadores célebres,
es:—que después del deplorable estado,
que sus perennes guerras y barbarie
á comer los cautivos los redujo,

en lúbricas orgías y festines,
do á mil excesos ébrios se entregaban,
sacarlos quiso de abyección tan triste
el gran astro del día compasivo,
y envió á *Mama Oello* y *Manco Cápac*,
hijos del sol, y celestial pareja,
hermanos, y á la vez mujer y esposo,
para que á esas dispersas, vastas tribus,
en pueblos y en comarcas congregasen,
enseñando las artes y las ciencias
de una civilizada, honesta vida:
y dándoles el sol *de oro en una barra*,
orden tuvieron de asentar su tienda,
donde *en el suelo entrase por sí sola*. 19

Y las altas llanuras, que circundan
de *Titicaca* el lago trasponiendo,
hasta el valle del Cuzco caminaron,
do dejando caer la barra de oro,
*para siempre perdióse bajo tierra*:
y allí entonces *su escuela y su morada*
los dos hijos del sol establecieron:
y Manco Cápac comenzó á enseñarles
las artes, la moral y agricultura;
y su esposa á las jóvenes dispuestas,
del hilado y tejido los trabajos,
el doméstico arreglo de la casa,
y sus deberes como esposa y madre.

Y el pueblo dócil á la voz y ejemplo
de esos hijos del sol, por él mandados,
de tribu en tribu, hasta la más distante,
fué aprendiendo sus máximas y leyes,
moral, costumbres, artes y labranza,
mientras la prole de los dos hermanos,
con *iguales virtudes y sapiencia*,
fué siempre sucediéndose en el trono;
y ya ostentaba con orgullo el nombre
de la imperial familia de los Incas,
cuando invadió Pizarro sus hogares;
y *cuatrocientos años* ya llevaba
de continuada posesión de mando. 20

Pero de *trece reyes* solamente
hace mención la crónica peruana,
que en esos cuatro siglos gobernaron;
y vése que tal número *es pequeño*,
con relación al tiempo trascurrido.

Sin duda la ficción de Manco Cápac
y su hermana y mujer Mama Oello
para adular la vanidad forjóse
de sus ya grandes reyes ó sus Incas,
que suponían *de celeste origen*....
como también supúsose en Europa.

Y aún otras leyendas ó ficciones
hacen más insondable de ese imperio
los primitivos tiempos fabulosos;
más de lo que *no hay duda* es que existía
desde antes que los Incas imperasen,
una raza ó región civilizada,
que aunque lenta en progresos y conquistas,
los fué extendiendo de una en otra tribu,
ora atraídas por la influencia y brillo,
que el bienestar y el adelanto imponen,
ora postradas y rendidas luego
á las triunfantes armas de los Incas;
y en los llanos se halló de Titicaca
el material vestigio de grandeza
de los ya derruídos edificios,
cuyas gastadas piedras esparcidas,
su antiquísimo orígen revelaban. 21

Había, en tanto, la ciudad del Cuzco
crecido en población, progreso y fama,
y era la capital de aquel imperio,
y hallábase situada en fértil valle
de elevada región, sana y benigna,
cruzándola un riachuelo, cuyos puentes
de maderos formados y de piedras,
con sorprendente solidez y gusto,
daban á ambas orillas fácil paso:
bajas eran y cómodas las casas,
y de piedra adornadas y lujosas
las de los nobles y edificios públicos:
construído de quincho ó barro y paja
era el albergue de los indios pobres:
largas y angostas las cuidadas calles,
y las plazas extensas, donde el pueblo
con ascética fé se congregaba
á celebrar sus religiosas fiestas,
con el de otras provincias aumentado;
porque era el Cuzco *la ciudad sagrada*,
donde en masa acudían peregrinos,
desde uno á otro confin de aquel imperio
al gran templo del sol que por su lujo,
riqueza, adornos y edificio magno,
de granítica piedra *era el primero*
que en todo el nuevo mundo se hubo visto. 22

Y el extenso palacio también era,
como mansión del Inca y su familia
y noble servidumbre, otro edificio
de mucho lujo y trabajada piedra.

Aun cuando la ciudad miraba al Norte

estando por las sierras resguardada,
defendíala á más por este lado
*una gran fortaleza*, inexpugnable,
y una gruesa muralla alta y extensa,
y *otras dos* en el opuesto extremo,
de forma *circular y paralelas;*
y cuyo espacio hallábase colmado
de dura tierra, do lidiar pudiesen,
en caso de un ataque, firmes tropas.
En tres macizas torres y elevadas
hallábase el castillo dividido,
con sus reparticiones convenientes;
la mayor destinada estaba al Inca,
y más que un punto militar seguro,
era el suntuoso albergue de un monarca,
pues nadie, ni aún en sueños, presumiera
que hubiese algún mortal en ese reino,
que no mirase prosternado á su Inca:
y en las otras dos torres residían
las militares fuerzas, comandadas
por un caudillo de la regia estirpe,
y compuestas de grupos aguerridos
de la más noble juventud peruana.
Debajo de estas torres formidables,
hondas escavaciones y secretas,
y varias subterráneas galerías,
con toda la ciudad comunicaban,
y palacios del Inca bendecido.

Esta gran fortaleza era admirable
por su imponente construcción severa,
su inexpugnable solidez grandiosa
y verse los obstáculos vencidos,
ante la voluntad del rey del mundo,
ante el hombre.... por bárbaro que sea!
Sus galerías, patios y murallas,
y sus altos, parduscos, gruesos muros,
de enormes piedras eran levantados;
pero no de tamaño iguales todas,
ni por capas de mezclas sucesivas
unos trozos unidos á los otros,
sino que el intersticio de los grandes
era cerrado por las chicas piedras,
y con tal hábil método ensambladas,
que ni la fina hoja de un cuchillo
ni una pulgada penetrar podía,
y pulidos hallábanse sus bordes.

Inmenso era el tamaño de esas piedras,
pues muchas se midieron y pasaban
*diez metros de largo por seis de ancho,*
y hasta *dos de espesor*, que es asombroso:
y allí más, donde el hierro no existía
y hallábanse distante las canteras,
de cuatro á quince leguas, y teniendo
que atravesar los ríos y barrancos,
y conducir esos enormes trozos,
sin la ayuda de fuertes animales,
que hicieran soportable tal camino;
y después, ensamblarlos en los muros,
de mayor á mayor altura siempre,
y exactamente el irlos colocando,
sin conocer las máquinas ni inventos
ni del hierro gruesísimas cadenas,
que en el antiguo mundo se adoptaban. 23

¿Cómo, pues, esos indios tan pacientes,
y á la par que tan tímidos, sufridos,
trasportar consiguieron esas piedras
de tan enorme peso y dimensiones,
y luego colocarlas en los muros,
con ensamblaje tan exacto y fuerte?

Esto era inconcebible y misterioso
y superior á las humanas fuerzas
para esos españoles temerarios,
que nada puso diques en el mundo
á su pasmosa audacia y energía,
ni hubo *nada imposible* á sus deseos,
ni *nada irresistible* en sus empresas;
pues sus cuerpos de acero y no de carne,
desnudos y descalzos afrontaban
la sed, el hambre, luchas y miserias,
ora entre nieves ó ardorosos rayos!

Esto era inconcebible y misterioso
para aquellos titanes, cuyo oficio
era ir de conquista tras conquista,
la cruz santa y su lábaro imponiendo,
al trazar á su patria *una epopeya*,
que cambiando del orbe los destinos,
*ninguna otra nación* cuenta en el orbe.

Esto era inconcebible y misterioso
para aquellos titanes invencibles;
y no pudiendo concebir ninguno
tan audaz concepción en esos indios,
ni como realizarla consiguieron,
unos creían *obra del demonio*
la construcción de aquella fortaleza,
y otros, los más cristianos en sus juicios,
que Dios les concedió *su santa ayuda.*

Y según muy verídicos autores,
y coetáneos también á la conquista,
*más de veinte mil indios* se ocuparon
en erigir la inmensa fortaleza
empleando en concluirla *medio siglo.* 24

Pero esta fortaleza sorprendente
no era más que la muestra de otras muchas,
que en todos sus dominios erigieron
los grandes Incas, con igual constancia;
y que sus dignos sucesores iban
en todas las provincias levantando,
que á su poder omnímodo anexaban.

Mas no era, no, la régia fortaleza,
ni sus excavaciones subterráneas,
de la ciudad sagrada *la gran joya*,
ni de todos la insigne maravilla;
sino el célebre templo, consagrado
al sol, su Dios, y cuyo culto ardiente
con fanatismo idólatra cumplían,
desde el indio infeliz hasta el monarca;
y tanta fué del templo la riqueza
á la constante protección debida
de los Incas, que dábanle por nombre
depósito del oro ó *coricancha*.

Era el templo de piedra, como el fuerte,
de la ciudad hallábase en el centro,
y con varias capillas y edificios,
todos circunvalados por un muro,
que *cien metros* tendría por costado:
de pajas y de mimbres era el techo,
pero su hábil construcción prolija,
sólido y á la lluvia impenetrable.

No cinceladas piedras ni damascos
de purpúreo color, ni grandes lienzos
de clásicos artistas, ni columnas
de pórfido y de mármol de colores,
sus internas paredes exornaban,
como en los templos del antiguo mundo:
allí todo salvaje y primitivo,
como su virgen mundo inexplorado,
sin cuadros, bronces, pórfidos ni estatuas,
ni las nociones de las nobles artes;
su riqueza infantil resplandecía
en *láminas bruñidas* de oro puro,
enclavadas *en techos y paredes*,
cual si una mina de oro el todo fuera;
y en el muro, que daba al occidente
y sobre enorme y gruesa plancha de oro,
veíase *en relieve* con sus rayos,
*llenas de finas piedras y esmeraldas*,
su gran divinidad, mirando al pórtico;
así es que el sol, al despuntar el día,
asomando sus rayos por oriente,
los rayos y las piedras de su imágen
hacía fulgurar, como una hoguera,
reflejando su luz dorada y viva
sobre todas las láminas del templo,
con sobrenatural, divinas luces;
y los mismos colores remedando,
que al sol circundan al alzar su frente,
entre rojos celajes divinales. 25

Y todas las cornisas interiores
de anchas varillas del metal preciado,
con profusión veíanse cubiertas;
y larga faja ó friso, también oro,
en la piedra incrustado circundaba
en todo su exterior á este santuario,
que tenía además *cuatro capillas:* 26
la primera *á la luna consagrada*,
como después del sol deidad suprema
y tierna madre de sus nobles Incas,
veíase tambien en gran efigie,
en medio de las láminas de plata,
que todo aquel costado revestian,
siendo su luz de pálidos reflejos,
como es el de esa augusta, tierna diosa,
de los amantes y el dolor amiga:
la otra *á las estrellas dedicada*,
estrellas de oro su interior cubrían,
sus constantes reflejos titilando:
la tercera *al arco iris*, cuya curva
con tan puros colores imitaba
las sus diáfanas tintas trasparentes,
que casi el verdadero parecía,
en sus pálidos muros reflejado:
y la cuarta *al relámpago y al trueno*,
con sus rayos de ignífera venganza,
como ministros de su Dios terrible,
en cataclismos de nefastos días.
Y otros *varios y aislados edificios*
asilo daban grato y silencioso
de aquel templo á los muchos sacerdotes,
solo ocupados en su culto y fiestas.

Los incensarios, vasos y utensilios,
que usábanse en las fiestas religiosas,
y los adornos, fuentes y herramientas
para el diario cultivo destinadas
de los jardines del suntuoso templo,
eran todos de rica *plata ú oro;*
tambien de plata *en doce* inmensas tinas
guardábanse de aquel jardín sagrado
los granos de maíz más rozagantes,
que anhelaba obtener, más que un tesoro,
el muy devoto labrador sencillo,
para obtener opíparas cosechas. 27

Y relucientes hojas de oro y plata,
imitando *las flores naturales*,

al jardín adornaban de este templo,
como á todos los otros de su culto;
y tambien las moradas ó palacios,
que tenían los Incas esparcidos
para hospedarse en sus lujosos viajes.
Y adornaban tambien tales recintos
efigies de animales y esculturas,
y era la más notable allí en el Cuzco
la de una llama del jardín sagrado,
por su vellón luciente y semejanza,
donde *el arte y el oro* competían. 28

# XI

## 1528

El más antiguo templo que encontróse
estaba en *Titicaca*, sacra cuna
de la divina estirpe de los Incas,
según la antigua crónica peruana,
que de su religión fué el evangelio.

Elevaron después los españoles
sobre el mismo terreno, que ocupaba
el gran templo del Cuzco y sus jardines,
otro suntuoso, que es *Santo Domingo*,
y uno de los mejores, que se encuentran
en las colonias, que de España fueron,
y que hoy son libres pueblos, florecientes.

Además de su templo ó *Coricancha*,
en la ciudad del Cuzco y los suburbios
*cuatrocientas capillas* existían
y casas religiosas, donde todas
sus diversas deidades se adoraban;
pues no había edificios ni camino,
que algún hecho sagrado no tuviese....
allí estaba la Meca de ese imperio. 29

En todas las provincias, sin embargo,
suntuosamente hallábanse esparcidos
los templos y mansiones religiosas,
rivalizar queriendo con su lujo
con el que la metrópoli ostentaba.

Es de todos sabido, que las tribus,
que en el nuevo hemisferio se extendían,
tuvieron todas su remota historia
de fantásticos cuentos fabulosos,
por muy salvaje que su estado fuese,
como también su religión y culto
á una deidad suprema, que á los buenos
recompensar debía en otro mundo,
é imponer á los malos su castigo,
como inmortal reconociendo al alma;
y aunque adoraron ídolos diversos,
y á sus altares víctimas llevasen,
como el pagano mundo, en holocausto,
coronadas llevara al sacrificio,
adoraban á un Dios á su manera:
y las entonces muy civilizadas
de Méjico y Perú ricas naciones,
con relación á otros salvajes pueblos,
ceremonial magnífico tenían
y espléndidas grandezas ostentaban,
como en el viejo mundo el cristianismo,
en exímias basílicas, suntuosas.

Y como en el Perú tenidos eran
como de orígen celestial, divino,
sus grandes Incas *de poder supremo,*
el culto y religión se unificaban
á la vida social y la política,
y una fuerte teocracia era el gobierno;
mas no como en la Europa envejecida,
de civilización haciendo alarde,
viéronse esclavizados sus monarcas
por un inquisidor, fraile ó jesuita;
sino el Inca de todos era el jefe,
asumiendo y legando entre su estirpe
*el político* mando *y religioso....*
*era el papa y el rey, con cetro y tiara.*

Y extrañarse no debe, que ese pueblo,
que debía á los Incas su grandeza,
su progreso y poder, así creyese,
cuando en la vieja Europa, *de este siglo*,
hay todavía tiaras y mandones,
menguados reyes con abyectos pueblos,
que estúpidos sostienen y proclaman,
que de orígen divino son los reyes,
y sus mandatos son la voz del cielo;
y eternamente gobernar al orbe
deben los reyes de divino orígen.

Del *gran diluvio* universal tenían
tambien su tradición, como otras zonas
de todo el continente americano,

y en ella de este modo se narraba:
—que en misteriosa cueva guarecidos,
siete personas de uno y otro sexo,
librarse consiguieron del diluvio;
y que después que las rugientes olas
á los mares volvieron y á su cáuce,
á poblar esa tierra comenzaron.—
Y es casi igual en este antiguo punto
la mejicana historia, pues refiere:
—que siete seres de diversas tribus
de Aztla salieron de otras tantas cuevas
á poblar otra vez toda esa zona;
y que á esta unión debia aquel imperio,
después del cataclismo, su grandeza.—

Al gran Dios, que adoraban los peruanos,
llamaron *Viracocha* ó *Pachacámac;*
y *mucho antes* del tiempo de los Incas,
en un valle encontrábase su templo,
próximo á la ciudad, llamada hoy Lima;
mas la augusta deidad, que por do quiera
templos tenía, y las triunfantes huestes
al extender su imperio iban alzando,
era el sol, *como padre de sus Incas*,
árbitro del destino de los hombres,
y sus luces, calor y vida daba
al perenne reflujo de los mares,
á la apacible brisa de los bosques,
al verdor de la tierra y sus productos,
amores al hogar, al mundo dichas,
belleza á la mujer, al hombre aliento,
su brillo á las estrellas por la noche
y su sonrisa célica á la luna.

Los nobles sacerdotes, que oficiaban
en el templo del sol del rico Cuzco,
formaban por su número un ejército,
y tan solo oficiar allí podían. 30

De todo el clero estaba á la cabeza
el sumo sacerdote ó *Villac Umu*,
cediendo solo al Inca en gerarquía;
y era entre sus hermanos ó parientes
electo por el Inca, y vitalicia
tan alta dignidad la que nombraba
todos los otros inferiores grados,
debiendo para el gran templo del Cuzco
ser de la regia sangre de los Incas,
y para las iglesias provinciales
los que eran de familias de curacas,
de esta manera procurando siempre
dignificar al alto sacerdocio,
y ennoblecido siempre se encontrase.

No estaba en manos la peruana ciencia
del noble clero, ni enseñanza pública,
ni hallábase en contacto con el pueblo,
como era en el imperio mejicano;
pues constituia la nobleza Inca,
que al culto religioso se entregaba,
otra orden sagrada del estado;
y muchos dignatarios revestían
esas insignias, para estar más lejos
del vulgo oscuro y de la clase media.

Y del clero el deber se limitaba
á oficiar en los templos, subsistiendo
de las inmensas rentas de su culto;
pero después de su peculio propio,
cuando en la rotación establecida
iban dejando por la edad su puesto
á otros dignos hermanos de la orden. 31

Su ocupación y ciencia se cifraban
en conocer las épocas de ayunos,
aquellas de sus fiestas religiosas
y estudiar sus prolijas ceremonias,
cuyo ritual, confuso y complicado,
gran práctica y estudio requería.

A más de la *mensual* fiesta ordinaria,
*cuatro más* celebraban anualmente
del sol en los solsticios y equinoccios,
siendo la más solemne la de Raymi,
en días del solsticio de verano,
cuando habiendo llegado el sol triunfante
al fin meridional de su carrera,
torna incesante, joven, siempre eterno,
á desandar su curso magestuoso,
así llenando de infantil ventura
á su escogido pueblo reverente. 32

En *los tres días* de contínua fiesta,
en casa alguna se encendía lumbre,
y era severo el *general ayuno*;
y el Inca y corte, en tan solemnes días,
seguidos de la inmensa muchedumbre,
en la gran plaza pública esperaban
la salida del sol, para de hinojos
bendecir su salida y saludarlo:
y apenas sus primeros resplandores
vertíanse en las cumbres y montañas,
cuando un inmenso y expansivo grito
y cánticos triunfales resonaban,
seguidos de los toscos instrumentos.

Todos vestían sus mejores trajes,
sus adornos y alhajas ostentando,
y las entradas de la extensa plaza,

con las más ricas telas se cubrían.
Después el Inca, en grande copa de oro
y llena de licor hasta los bordes,
brindando por el sol, gustaba el néctar
y pasábalo á todos sus parientes,
siguiendo luego hasta el suntuoso templo;
y á medida que á él se aproximaban,
iban dejando sus sandalias todos,
excepto el Inca y real familia,
que solo las dejaban á la entrada,
sin que allí el pueblo penetrar pudiese,
cuando oraba el monarca con su séquito.

El usual holocáusto de esta fiesta
era el del sacrificio *de una llama*,
en cuyos tibios miembros, palpitantes,
del porvenir los hechos misteriosos
buscaba el sacerdote, ávidamente;
pero los más comunes holocaustos
eran de granos y olorosos frutos,
y solo por algún hecho notable,
como tras larga lucha gran victoria,
ó la coronación del heredero,
llevábase al altar, en sacrificio,
un bello niño ó cándida doncella. 33

Concluíanse las fiestas, recogiendo
las doradas primicias luminares:
por un espejo cóncavo y bruñido
del preciado metal, en rico foco,
del sol reunían los ardientes rayos
sobre seco algodón; y este era el fuego
que cuidaban las vírgenes sagradas,
como imagen y un don de su gran astro:
si por algún descuido irremediable
la conservada lumbre se extinguía,
augurábanse males al imperio,
en cuyo caso, infinidad de llamas
y otra clase de gordos animales
de los rebaños de los bosques sacros,
llevados al altar del sacrificio,
no solo al Inca y á la corte daban
por unos días suculentas mesas,
sino que con largueza, tanta carne
en el pueblo frugal se repartía.

Así en la gran festividad de *Raymi*
repartíase al pueblo pan y vino;
y á bailar y beber se congregaba
por unos días, con pueril contento,
después de aquellas populares fiestas,
para luego seguir en su trabajo,
cual grey paciente de absoluto dueño.

El obtenido fuego de esta fiesta
entregábase al férvido cuidado
de sus queridas vírgenes sagradas,
que desde niñas eran escogidas,
ora por su nobleza ó hermosura;
y *como mil quinientas* se contaban
del Cuzco en el extenso monasterio,
do matronas, llamadas *mamacomas*,
y envejecidas dentro de esos muros,
cuidaban con solícita ternura
é instruían en sus ritos y deberes,
y el bordar y tejer las enseñaban
para surtir á la familia regia,
y tambien á exornar los muchos templos;
mas siendo siempre su primer cuidado
el fuego conservar de la gran fiesta;
y desde que pisaban el convento,
nadie verlas podía, ni aun sus padres,
con excepción del Inca y sus esposas;
y enviábase anualmente una visita
que informe diese del recinto sacro,
con toda exactitud y pormenores,
respecto á su moral y disciplina.
Y ¡ay! desdichada la doncella ardiente,
que su corona virginal perdiera;
porque la dura ley la condenaba
*al escarnio y que viva se enterrase*,
y su pueblo natal *se destruyera*,
sembrándose *con piedras su recinto*,
y *que ahorcado* el amante feneciese. 34

Pero no obstante, el Inca venerado,
como señor y jefe de la iglesia,
*escogía á placer* las más hermosas,
entre las bellas *vírgenes sagradas*,
para ornar sus palacios ó serrallos
donde eran como reinas atendidas;
y cuando ya repletas se encontraban
esas mansiones de lascivos goces,
y reducir el número quería,
las *de mayor edad* iban pasando,
no á la infantil morada del convento,
sino aquella nativa y propia casa,
do se las daba *vitalicia renta*
para vivir con fausto *y envidiadas*,
por haber alcanzado la gran dicha
y tenido el honor, *por su belleza*,
de haber tenido al Inca por esposo!

La casa de las vírgenes sagradas
era de baja construcción y piedra;
pero de extensa dimensión y lujo,
y de altos muros circundada toda,
para que nadie ver ni entrar pudiese;
y ocupadas en místicos afanes

ó aspirando la brisa embalsamada
de sus jardines, siempre florecientes,
allí esas puras vírgenes sentían
muellemente su vida deslizarse,
sino gozando su alma de esos sueños,
que hacen un cielo los floridos años,
al menos embriagados sus sentidos
entre un lujo oriental, igual tan solo
al que tenía el Inca en sus palacios.
Y con el mismo lujo y atenciones
en todas las provincias se encontraban
diseminados estos monasterios.

Los nobles del Perú tambien podían
tener, como en Oriente los caudillos,
mujeres en sus casas ó serrallos;
no así el hombre plebeyo ó de trabajo,
que por legal mandato y su pobreza,
una sola tenía por esposa.

Todos los años, en fijado día,
y con asentimiento de sus padres,
los jóvenes podían desposarse,
ya pasada la edad *de veinticuatro*
en el varón, y la mujer *diesiocho*,
si podía el varón formar familia
con su trabajo ó heredados bienes:
y en la plaza más grande de su pueblo,
los novios y parientes se reunían:
presidía en el Cuzco el Inca este acto,
asiendo por la mano á la pareja,
y que uno y otro se la diese luego,
así quedando unidos como esposos;
y hacían igual cosa los curacas
en los otros distritos inferiores,
teniendo que elegir esposa el novio
en el distrito á que él pertenecía;
así es que casi las anuales bodas
eran generosamente entre parientes;
mas *solo* al Inca con *su propia hermana*
érale dado unirse en matrimonio,
por conservar su soberana estirpe. 35

Declarábase nulo todo enlace,
que los padres no hubiesen consentido;
mas después de efectuado, la pareja
*un pedazo de tierra* recibía,
repartida por todos los distritos,
para poder vivir con su producto.

Como eran celebradas tales bodas
todos los años, *en fijado día*,
varios días duraban los festejos,
y era en el reino general la fiesta.

Se ve, pues, que la ley sus condiciones
para casarse á todos imponía,
y que cada familia, cada clase,
girar debía dentro de su esfera,
sin bajar ni subir del propio estado,
y cada cual al suyo limitarse;
pues ni el humilde por vulgar que fuese,
ni el encumbrado por su noble orígen,
libres estaban de la acción directa,
del señor soberano, omnipotente,
que aunque muy justo y suave en su gobierno,
era como sistema el más despótico
y absorvente tambien, como teocrácia.

¿Y no es pasmosa la igualdad, que hallamos
entre este pueblo de ignorado mundo,
con los antiguos pueblos europeos,
en culto, religión y sacrificios,
en sistema político y costumbres
y su superstición é idolatría?

¿Qué diferencia entre *el espejo* existe,
que usaron este pueblo y el romano,
para encender el su sagrado fuego?
¿Cuál hay entre las vírgenes vestales,
en solitarias casas encerradas?
En ambos pueblos, no eran escogidas
entre las niñas de mayor nobleza,
para solo cuidar del fuego sacro,
sufriendo igual muerte a infelice,
que su diadema virginal perdiese?

Entre sus sacrificios y sus dioses,
ceremonias, altares y holocaustos
y materiales, ídolos diversos,
¿existe acaso diferencia alguna?

Y no era allí tambien el matrimonio,
de eminente carácter religioso,
y preciso el permiso de los padres?

En la distribución *del pan y el vino*
que se daba en las fiestas á la plebe,
¿no veis la analogía y el principio
del emblema eucarístico cristiano?

¿Es *rara coincidencia*, que revela
de especie igual, *idénticos efectos*,
en instintos, tendencias y pasiones,
como en la raza irracional se observa?
¿O por ventura, *sin saberse cómo*,
los usos y costumbres del antiguo,
sus leyes, tradición y religiones
pasaron hasta el nuevo continente,
desde los siglos *de perdida historia*?

Por eso, al efectuarse la conquista,
notando sus *teólogos y sabios*
tan semejantes hechos, *sorprendidos*,
indignados al diablo atribuyeron
de los cristianos ritos *la paródia*,
y el de la eucaristía profanada
en la distribución del *pan y el vino*,
así un poder supremo dando al diablo;
pero otros á la vez, sino tan teólogos,
menos propensos á explicar misterios,
ni á conceder al diablo tanto influjo,
un más posible y natural orígen
para explicar este misterio hallaron. 36

# XII

## 1528

Pasando fué del regio padre al hijo
el venerado cetro de los Incas,
sin que esta sucesión se interrumpiese,
mientras duró su larga dinastía,
y para que el divino orígen, siempre puro
en la regia familia germinase,
desposábase el Inca con su hermana,
que era reina legítima y su esposa,
llamándose *la Coya*, pues las otras
teníanse por meras concubinas;
así es que de la Coya, *el primojénito*
el príncipe real era *tan solo*,
sin que sangre corriese por sus venas
de la raza vulgar de los mortales. 37

Confiábase el infante á los cuidados
de los *amáutas* ó peruanos doctos,
que instruíanle en las ciencias y en las artes,
y sobre todo en los confusos ritos,
que cual futuro jefe de la iglesia
debía conocer, más que ninguno:
tambien en el manejo de las armas,
la táctica, ejercicios y trabajos,
que demandaba tan viril carrera,
en un colegio militar se instruía,
con otros Incas jòvenes y amigos;
pues *de Inca* el nombre, como timbre honroso,
dábase aquellos, que por línea recta
de su Inca soberano descendiesen:
y ya *de dieziseis* la edad pasada,
rendían estos jóvenes su exámen,
ante ilustres maestros y guerreros,
para seguir la militar carrera,
préviamente unos días ayunando;
y para demostrar después sus fuerzas,
agilidad, valor y sufrimiento,
simulaban combates y derrotas,
luchas, carreras, duelos y sorpresas;
y aunque sin filo sus pesadas armas,
varios solían resultar heridos,
y hasta muertos tambien algunas veces;
y duraba este exámen *treinta días*,
intertanto teniendo los alumnos
que andar *descalzos y dormir en tierra*,
y soportar los soles y las lluvias,
haciendo el regio neófito lo mismo,
para que este recuerdo de su infancia
compasión hacia el pueblo le inspirase,
cuando él monarca de su pueblo fuese.

El exámen y pruebas terminadas,
y pasada la lista al soberano,
que acostumbraba presidir la fiesta,
en un breve discurso á los alumnos
sus futuros deberes recordaba,
y que en los muchos y gloriosos hechos
de sus predecesores se inspirasen,
al abrazar la militar carrera.
Y postrándose todos de rodillas,
abríales el Inca las orejas,
con hilo de oro, que quedaba adentro,
hasta que el agujero se secase,
para luego ponerse los pendientes
que eran muy grandes y de plata ú oro;
y tan macizos eran los del Inca,
que *á los hombros* llegábale el pulpejo. 38

¿No era así la Europa
hasta el modo de abrirles las orejas
al sexo, que llamamos sexo bello?
¿Y en la edad media
no se enseñaba en ese antiguo mundo,
antes de leer y de escribir, en toda
esa sangre azul, vana nobleza
el varonil manejo de las armas,
ó ya el latín, chapurreado apenas
para llegar á obispo ó hasta papa?

Terminada esta regia ceremonia,
iba un noble guerrero venerable,
calzando á los alumnos las sandalias,
que usaba la orden do ingresar debía,
acto igual al que usaban los cristianos
al calzar á los nobles las espuelas:
y ya entonces los jóvenes podían
una faja ceñirse á la cintura,
como de edad viril el distintivo,
cual la toga viril de los romanos:
adornábanle luego la cabeza
con guirnaldas de flores de colores,
emblema de clemencia en el guerrero,
ante el contrario, débil y rendido;
y con hojas tambien de siemprevivas
las olorosas flores se enlazaban,
para significar, que sus virtudes
de otros serían el eterno ejemplo:
y al príncipe, además de estas insignias,
*una venda* ceñíanle en la frente,
tejida con la lana de vicuña
y adornada *con borlas amarillas*,
que era la insignia peculiar, que usaba
el heredero del peruano cetro;
y ante él, arrodillada la nobleza,
pleito homenaje y adhesión vehemente,
aclamando su nombre le rendía,
como al excelso sucesor del trono.

Y luego la selecta concurrencia
en la gran plaza pública reunida,
entregábase el pueblo, alborozado,
á sus danzas, sus juegos y cantares.

Y después de haber pasado el joven príncipe
por esta prueba, que le hacía idóneo
para ocupar los puestos más notables,
dábasele un asiento en el consejo,
que de sábios ancianos existía,
ó iba á seguir su militar carrera
de algún ilustre general al lado,
al servicio de su Inca envejecido,
hasta que con más años y experiencia,
de las fuerzas el mando se le daba,
para llevar glorioso á otras regiones
el peruano estandarte *del arco iris*,
que de su dinastía era la enseña.

Y aunque el gobierno del Perú era suave,
como en su proceder humano y recto,
era absoluto en su sistema y forma,
teocrático y señor de sus vasallos,
único juez y sin control alguno;
y aún con más poder sobre su pueblo,
que en sus negros esclavos tiene el amo;
porque este amo responde ante los jueces,
si en vez de amo conviértese en verdugo;
y hasta el mismo magnate de su orígen,
solo osaba ante el Inca presentarse
cargado *con un bulto y sin sandalias*,
como de sumisión seña evidente:
y como hijo del sol, era en la tierra
su gran representante, y del gran templo
quien presidía ceremonia y fiestas:
en persona mandaba los ejércitos,
si anhelaba en la guerra distinguirse:
contribuciones, leyes imponía,
y la administración, magistratura
y sacerdocio á voluntad nombraba,
y disponer podia á su capricho:
dueño del poder y las riquezas,
del oro y plata de las ricas minas,
de vidas y de haciendas: y ninguno
acercarse podía ni mirarle,
sino más sometido que un esclavo;
y si el rey Luis catorce, osado dijo,
en un momento de supremo orgullo,
*—el estado soy yo;*—sin pretenderlo
el Inca del Perú, ni osar decirlo,
*era el Dios de su pueblo y el estado.* 39

Creyéndose, en verdad, el Inca mismo,
que era un sér superior á los mortales,
su persona y palacios revestia
de regia pompa y majestad augusta:
sus mantas, trajes, colgaduras, ropas
eran por las vestales fabricadas
de la más fina lana de vicuña
y más firmes colores y brillantes,
bordándose con oro y piedras finas:
ceñíase *un turbante* en la cabeza
con unas borlas, como usaba el príncipe;
pero no amarillentas, sino *rojas*,
con *dos plumas* del bello *coraquenque*,
pájaro raro, que se hallaba solo
de la montaña en la región desierta;
y como al recibirse cada Inca,
á las viejas por nuevas reemplazaba,
los muy crédulos indios suponían,
que era único el casal de aquella especie
para dar este adorno á la diadema.

En las solemnes fiestas religiosas
solía á los magnates dar convites,
haciendo la honra á los que más quería,
con sobrias frases de brindar por ellos;
y aunque hallábase el Inca á gran distancia
de sus adictos súbditos humildes,

á conocer llegábanle en los viajes,
cuando en algunos años recorría
con regia pompa su extendido imperio,
yendo escoltado de selectas tropas
y en su silla de manos, tachonada
*de perlas, esmeraldas, plata y oro*,
y por membrudos indios conducida,
que seguían corriendo en muchedumbre,
para ir alternando, y que viajase
con toda rapidez por los caminos,
que aunque bien atendidos y cuidados,
iban limpiando los vecinos todos,
y cubriendo *de flores perfumadas*:
y todos disputábanse la honra
de conducir los regios equipajes
á los alojamientos preparados,
por si el Inca á los suyos no llegase:
y solía en los pueblos detenerse
para escuchar consultas judiciales,
ó á los curacas dar sus instrucciones:
cuando *para ser visto* descorría
de su rica litera los encajes,
la aglomerada multitud ansiosa,
con entusiastas himnos le aclamaba,
de sus queridos dioses invocando
para su gran monarca, eternas dichas;
y hasta donde quedábase en la noche,
como *un lugar sagrado* lo tenían. 40

No solo se encontraban esparcidos
en el Cuzco y ciudades principales
los palacios magníficos del Inca,
sino que hasta en los pueblos más remotos
con igual lujo y profusión se hallaban:
de grandes piedras y de tosco aspecto,
como la fortaleza eran del Cuzco,
y sus techos de pajas y maderas,
y las puertas tenían su salida
á un gran patio común; porque su lujo
en el interno adorno se cifraba,
cubiertas de oro y plata las paredes,
con nichos y esculturas de animales
del preciado metal, como los útiles
del servicio ordinario del palacio:
y tan de rica lana eran tejidas
las mantas, colgaduras y las ropas
de purpúreos y límpidos colores,
que los reyes de España *las usaron
por el abrigo y suavidad notables.*
Y en los muchos palacios de provincia
la regia servidumbre era formada
de vecinos de pueblos comarcanos,
que á los palacios siempre abastecían,
y como propia casa los cuidaban. 41

Del Yacay en el valle delicioso,
del viento por su sierra defendido,
existía el palacio predilecto
y el mejor adornado de los Incas,
como *á veinte kilómetros* del Cuzco;
y cuando de lisonjas y cuidados,
aburrido encontrábase en su corte,
corría presuroso, allá á entregarse
á indolente descanso y los placeres,
y á los baños del agua cristalina,
que descendiendo de las altas sierras,
por conductos de plata, subterráneos,
iba á llenar las bañaderas de oro,
y á regar los jardines y sus calles,
y allí el Inca á porfía acariciado
*por sus cientos de bellezas favoritas*,
que su amor y caricias imploraban:
y en las tranquilas noches apacibles,
siguiéndole tambien las más ardientes,
como á la luna cercan las estrellas,
voluptuoso vagaba en los jardines,
que en esa tibia zona de los trópicos,
sin esfuerzo florecen y perfuman
sus mansas áuras, murmurando amores;
y en torno á ese jardín, otros lucientes
de artificiales plantas de oro y plata,
remedaban las plantas naturales,
descollando el maíz, producto indígena,
é imitando sus granos con los de oro,
y secas hojas, inclinadas, mústias;
y á las erguidas chalas y penachos,
con hilos y hojas de bruñida plata.

Si *tanta profusión* de plata y oro
parece exagerada ó fabulosa
á algún pobre lector, que no los tenga,
y más que el pan bendito los desee;
ó si ora como autor, juzga que quiero
dorar la historia y platear las faltas
de esta que escribo *á la verdad ceñido*,
es oportuno recordar á todos,
que en el Perú, ni el oro, ni la plata
jamás en *numerario* convirtieron;
y que todo el producto de las minas,
ÍNTEGRO á su monarca se entregaba,
como único señor *de todo dueño*;
y que solo en los templos y palacios
y en los adornos, trajes y utensilios,
que usaba la nobleza se invertía;
y por último, ¿acaso se ha olvidado,
que de Bolivia y del Perù las minas,
en la conquista apenas explotadas,
atestaron después á toda Europa,

como ahora su *huano inagotable,*
*de grandes cargamentos* de oro y plata? 42

Y más sorpresa causará al que ignore,
que esa tanta riqueza acumulada
del Inca en los palacios, era solo
adquirida durante su gobierno;
porque al morir su antecesor, quedaban
sin habitarse todos sus palacios;
é intactos sus tesoros y menajes,
pues era creencia popular, que el Inca
había al sol subido por su muerte,
y otra vez á *morarlos bajaria.*

Al muerto Inca extraíanle las víceras,
las que en el templo *Tambu* colocaban,
*enterrando* con ellas los adornos
y su plata labrada; y en su tumba
se inmolaban sus *criados y mujeres,*
y un *duelo general* se sucedía
á tan triste, aflictiva ceremonia;
y en *ciertos dias* y durante *un año,*
el congregado pueblo desplegaba
del Inca fenecido el estandarte,
en procesiones y canturias tristes,
como una prueba del dolor del reino;
y se encargaba á los mejores bardos,
para hacer memorables sus hazañas,
que en muy sentidos cantos las narrasen.

Y su cuerpo, después de embalsamado,
—con esa misma habilidad y acierto,
que el suyo los egipcios perpetuaban,—
era al templo del Cuzco conducido,
*y el último en la fila* colocado
de sus predecesores, que se hallaba
del refulgente sol á la derecha,
y á la izquierda la fila de los Coyas:
allí estaban sus célebres monarcas,
todos cubiertos con sus ricas ropas,
con las cruzadas manos sobre el pecho,
y en la inclinada frente su diadema:
el cano pelo ó el tupido oscuro,
intacto conservábase en el cráneo,
y en el rostro la piel, cual pergamino,
el color bronceado remedaba,
con más exactitud y semejanza,
que en la límpida tez del europeo;
y en macizos sillones todos de oro,
así se hallaron *á las regias momias.* 43

Y tal era el amor ó la ignorancia,
ó el sagrado respeto por sus Incas,
que proseguían, aún después de muertos,
rendiéndoles honores, como á vivos,
y siguiendo su guardia en el palacio,
cuyos jefes y empleados de la corte,
en las solemnes fiestas, que á la momia
en procesión sacábase á la plaza,
convidaban á opíparos banquetes
á los actuales jefes y nobleza,
reuniéndose en la gran plaza del Cuzco,
por sus criados servidos, y llevando
cada cual sus alhajas y vajillas,
con la misma etiqueta y parsimonia,
que si el muerto monarca presidiese
esas mesas, do el oro deslumbraba
como rayos del sol á sus reflejos;
pues en nación alguna *en todo el orbe,*
viéronse acumuladas más riquezas.

## XIII

### 1528

Como gozaba el privilegio el Inca
de tener las mujeres *que quisiese,*
era grande su prole y esos hijos
por línea masculina descendiendo,
y ser así su orígen innegable,
*la primera nobleza* constituían,
que hízose cada vez más numerosa;
y esas familias, orgullosas todas,
de descender de tal ó cual monarca,
privilegios gozaban importantes:
su traje era especial y hablaban solo
el idioma que usábase en la corte,
y era desconocido para el vulgo;
al príncipe seguían, y en su mesa
solícitos tambien le acompañaban;
y para que viviesen con holgura,
una no escasa asignación tenían
de las mejores rentas del estado:
dábanseles las altas dignidades
del sacerdocio, mando en los ejércitos,
el gobierno de todas las provincias
y los empleos de confianza y lucro,

como acontece en todas las naciones,
donde impera un monárquico gobierno;
y hasta esas para el pueblo *duras leyes*,
parecían no fuesen sancionadas
para que la nobleza las cumpliese. 44

La *otra segunda* é inferior nobleza
era la de caciques ó curacas
de las tribus de aquellos territorios,
que iba siempre el imperio conquistando,
y do quedaban por merced del Inca,
trasmitiendo á sus hijos el gobierno;
más limitado su poder estaba
al del gobernador de la provincia,
donde uníase el nuevo territorio,
teniendo obligación cada curaca,
de cuando en cuando visitar al Cuzco,
rendir pleito homenaje al soberano
y á sus hijos allí dejar en rehenes,
y para que se fuesen instruyendo
en el progreso, religión y leyes
y poder sucederles en el mando;
mas ellos á ascender nunca llegaban
como los nobles de primera clase,
y local su poder era tan solo,
sin poder aspirar á más altura;
pues la nobleza Inca era la fuerza
en que esa monarquía se apoyaba,
como eran los romanos los señores,
respecto á los señores y caudillos,
de esos pueblos, al suyo esclavizados.

Y era sábia medida la del Inca
el dejar en su puesto á los caciques,
porque así menos resistencia hallaban
sus numerosas huestes vencedoras;
y así en la capital y en las provincias,
esparcida del Inca la nobleza
daba unidad á su poder omnímodo,
y sus legiones aumentando siempre,
iban así extendiendo más su imperio. 45

Y se dice, que aquella noble raza
era muy superior á la del vulgo,
en desarrollo *intelectual y en formas*.
Y si en verdad lo fué, ¿de dónde vino,
y á ese extremo del mundo, aùn ignorado,
como llegó, se impuso y sin esfuerzos,
hija del sol llamándose esa raza,
á una salvaje fué civilizando,
hasta fundar aquella monarquía?

¿Trajo acaso sus leyes y costumbres,
idioma, religión y su teocracia
de otros antiguos pueblos ó naciones,
ó eran las tradiciones y los restos
de otras civilizaciones, que existieran
tambien allí, como en el viejo mundo,
ó allí las inventó, tan semejantes
á los de esos imperios primitivos,
que todo el viejo mundo dominaron? 46

El *nombre* equivocado de un cacique,
que en Panamá existió, cuando Balboa
hizo el descubrimiento del Pacífico;
ó el no bien comprendido en adelante,
cuando á un indio el del río demandaron
de Pizarro las huestes invasoras,
la causa fué, que aquellas mismas huestes
*Perú* denominasen á ese imperio;
pero TAVANT NSUYU se llamaba,
es decir: *las del mundo cuatro partes*;
pues hallábase en cuatro dividido,
gobernando un virrey en cada una,
que por largo camino, bien cuidado,
con el Cuzco en contacto se ponía,
cada una de ellas con su nombre propio;
y tambien la ciudad, cómodamente,
se hallaba *en cuatro barrios* dividida,
morando las familias y viajeros
en el barrio á su pueblo más cercano,
y sus trajes usando peculiares,
asi es que fácilmente conocidos,
de donde eran, al verlos, se sabía.

Cada gobernador, virey ó jefe
de una de aquellas cuatro divisiones,
un consejo tenía de notables,
y á otros inferiores gobernaba,
que á su vez á otras villas dirigían.

Toda la población de aquel imperio,
como en tiempos de guerras el romano,
en décadas estaba dividida,
teniendo un decurión que la mandaba,
así formando cuerpos de cincuenta,
de quinientos y mil, á cuyo frente,
un jefe idóneo el mando retenía:
y dividíase el reino por secciones
de diez mil habitantes, y mandadas
por nobles ó curacas, dependientes
del noble que mandaba esa provincia:
todo armónico hallábase y sencillo....
del Inca una señal solo esperando.

Había regular magistratura,
y jueces superiores é inferiores,
según era del pueblo la importancia,

como ahora su *huano inagotable,*
*de grandes cargamentos* de oro y plata? 42

Y más sorpresa causará al que ignore,
que esa tanta riqueza acumulada
del Inca en los palacios, era solo
adquirida durante su gobierno;
porque al morir su antecesor, quedaban
sin habitarse todos sus palacios;
é intactos sus tesoros y menajes,
pues era creencia popular, que el Inca
había al sol subido por su muerte,
y otra vez á *morarlos bajaría.*

Al muerto Inca extraíanle las víceras,
las que en el templo *Tambu* colocaban,
*enterrando* con ellas los adornos
y su plata labrada; y en su tumba
se inmolaban sus *criados y mujeres*,
y un *duelo general* se sucedía
á tan triste, aflictiva ceremonia;
y en *ciertos dias* y durante *un año*,
el congregado pueblo desplegaba
del Inca fenecido el estandarte,
en procesiones y canturias tristes,
como una prueba del dolor del reino;
y se encargaba á los mejores bardos,
para hacer memorables sus hazañas,
que en muy sentidos cantos las narrasen.

Y su cuerpo, después de embalsamado,
—con esa misma habilidad y acierto,
que el suyo los egipcios perpetuaban,—
era al templo del Cuzco conducido,
*y el último en la fila* colocado
de sus predecesores, que se hallaba
del refulgente sol á la derecha,
y á la izquierda la fila de los Coyas:
allí estaban sus célebres monarcas,
todos cubiertos con sus ricas ropas,
con las cruzadas manos sobre el pecho,
y en la inclinada frente su diadema:
el cano pelo ó el tupido oscuro,
intacto conservábase en el cráneo,
y en el rostro la piel, cual pergamino,
el color bronceado remedaba,
con más exactitud y semejanza,
que en la límpida tez del europeo;
y en macizos sillones todos de oro,
así se hallaron *á las regias momias.* 43

Y tal era el amor ó la ignorancia,
ó el sagrado respeto por sus Incas,
que proseguían, aún después de muertos,
rendiéndoles honores, como á vivos,
y siguiendo su guardia en el palacio,
cuyos jefes y empleados de la corte,
en las solemnes fiestas, que á la momia
en procesión sacábase á la plaza,
convidaban á opíparos banquetes
á los actuales jefes y nobleza,
reuniéndose en la gran plaza del Cuzco,
por sus criados servidos, y llevando
cada cual sus alhajas y vajillas,
con la misma etiqueta y parsimonia,
que si el muerto monarca presidiese
esas mesas, do el oro deslumbraba
como rayos del sol á sus reflejos;
pues en nación alguna *en todo el orbe*,
viéronse acumuladas más riquezas.

## XIII

## 1528

Como gozaba el privilegio el Inca
de tener las mujeres *que quisiese*,
era grande su prole y esos hijos
por línea masculina descendiendo,
y ser así su orígen innegable,
*la primera nobleza* constituían,
que hízose cada vez más numerosa;
y esas familias, orgullosas todas,
de descender de tal ó cual monarca,
privilegios gozaban importantes:
su traje era especial y hablaban solo
el idioma que usábase en la corte,
y era desconocido para el vulgo;
al príncipe seguían, y en su mesa
solícitos tambien le acompañaban;
y para que viviesen con holgura,
una no escasa asignación tenían
de las mejores rentas del estado:
dábanseles las altas dignidades
del sacerdocio, mando en los ejércitos,
el gobierno de todas las provincias
y los empleos de confianza y lucro,

como acontece en todas las naciones,
donde impera un mónárquico gobierno;
y hasta esas para el pueblo *duras leyes*,
parecían no fuesen sancionadas
para que la nobleza las cumpliese. 44

La *otra segunda* é inferior nobleza
era la de caciques ó curacas
de las tribus de aquellos territorios,
que iba siempre el imperio conquistando,
y do quedaban por merced del Inca,
trasmitiendo á sus hijos el gobierno;
más limitado su poder estaba
al del gobernador de la provincia,
donde uníase el nuevo territorio,
teniendo obligación cada curaca,
de cuando en cuando visitar al Cuzco,
rendir pleito homenaje al soberano
y á sus hijos allí dejar en rehenes,
y para que se fuesen instruyendo
en el progreso, religión y leyes
y poder sucederles en el mando;
mas ellos á ascender nunca llegaban
como los nobles de primera clase,
y local su poder era tan solo,
sin poder aspirar á más altura;
pues la nobleza Inca era la fuerza
en que esa monarquía se apoyaba,
como eran los romanos los señores,
respecto á los señores y caudillos,
de esos pueblos, al suyo esclavizados.

Y era sábia medida la del Inca
el dejar en su puesto á los caciques,
porque así menos resistencia hallaban
sus numerosas huestes vencedoras;
y así en la capital y en las provincias,
esparcida del Inca la nobleza
daba unidad á su poder omnímodo,
y sus legiones aumentando siempre,
iban así extendiendo más su imperio. 45

Y se dice, que aquella noble raza
era muy superior á la del vulgo,
en desarrollo *intelectual y en formas*.
Y si en verdad lo fué, ¿de dónde vino,
y á ese extremo del mundo, aùn ignorado,
como llegó, se impuso y sin esfuerzos,
hija del sol llamándose esa raza,
á una salvaje fué civilizando,
hasta fundar aquella monarquía?

¿Trajo acaso sus leyes y costumbres,
idioma, religión y su teocracia
de otros antiguos pueblos ó naciones,
ó eran las tradiciones y los restos
de otras civilizaciones, que existieran
tambien allí, como en el viejo mundo,
ó allí las inventó, tan semejantes
á los de esos imperios primitivos,
que todo el viejo mundo dominaron? 46

El *nombre* equivocado de un cacique,
que en Panamá existió, cuando Balboa
hizo el descubrimiento del Pacífico;
ó el no bien comprendido en adelante,
cuando á un indio el del río demandaron
de Pizarro las huestes invasoras,
la causa fué, que aquellas mismas huestes
*Perú* denominasen á ese imperio;
pero TAVANT NSUYU se llamaba,
es decir: *las del mundo cuatro partes*;
pues hallábase en cuatro dividido,
gobernando un virrey en cada una,
que por largo camino, bien cuidado,
con el Cuzco en contacto se ponía,
cada una de ellas con su nombre propio;
y tambien la ciudad, cómodamente,
se hallaba *en cuatro barrios* dividida,
morando las familias y viajeros
en el barrio á su pueblo más cercano,
y sus trajes usando peculiares,
así es que fácilmente conocidos,
de donde eran, al verlos, se sabía.

Cada gobernador, virey ó jefe
de una de aquellas cuatro divisiones,
un consejo tenía de notables,
y á otros inferiores gobernaba,
que á su vez á otras villas dirigían.

Toda la población de aquel imperio,
como en tiempos de guerras el romano,
en décadas estaba dividida,
teniendo un decurión que la mandaba,
así formando cuerpos de cincuenta,
de quinientos y mil, á cuyo frente,
un jefe idóneo el mando retenía:
y dividíase el reino por secciones
de diez mil habitantes, y mandadas
por nobles ó curacas, dependientes
del noble que mandaba esa provincia:
todo armónico hallábase y sencillo....
del Inca una señal solo esperando.

Había regular magistratura,
y jueces superiores é inferiores,
según era del pueblo la importancia,

para graves delitos y los leves;
y obligábase al juez en todo pleito,
después de sometido á su sentencia,
dentro de *cinco dias* el fundarla:
y para averiguar si con justicia
en ellas aplicábanse las leyes,
un fiscalizador, de cuando en cuando,
todos los tribunales recorría;
y cualesquier parcialidad ó falta
se castigaba de ejemplar manera:
y mensualmente cuenta de sus actos
daban los inferiores tribunales
á los otros más altos, que pasaban
al virey tales datos, con los suyos,
el que á su vez mándalos al Inca,
quien tambien anualmente recibía
del censo una estadística completa
de población, trabajos y adelantos;
así es que sin salir de su morada,
por la administración que allí tenía,
de su nación sabía el movimiento,
que separadamente se llevaba
en cada una de las cuatro partes,
en que estaba su reino dividido.

Pocas eran sus leyes, más severas,
y en su más lata parte concernientes
á ciertas faltas ó hechos criminales,
pues no existían casi los civiles,
desde que casi propiedad no había:
el robo, asesinato y adulterio
y la fornicación y sus escándalos,
con pena capital se castigaban;
más causas atenuantes se admitían:
y sufría también la misma pena
quien contra el sol ó el Inca blafemase,
ó quemara algún puente ó edificio;
y el castigo también era severo
para aquel que borrase los deslindes,
ó el curso de las aguas detuviese,
para poder regar mejor su tierra,
perjudicando á los demás vecinos.

De rebelión en el remoto caso,
la que de suponer era imposible,
prescribía la ley inexorable
como un gran sacrilegio al soberano:
que esa provincia ó pueblo *se asolara*,
y condenados á la muerte fuesen
sin distinción de edad, hombres y niños;
mas si parecen duras leyes tales,
por esta misma causa era muy raro,
que ninguno á violarlas se atreviera;
y la tramitación era muy breve
y casi siempre la sentencia justa,
sin sufrir los *tormentos y prisiones*,
que imponían *al reo largos años*
*los muy civilizados europeos*,
antes que los procesos terminasen:
tampoco allí esos pleitos existían
costosos, de chicana, interminables,
que hacen hervir la sangre de despecho
del que honorable con razón litiga,
por defender su hacienda ó su buen nombre,
de do salen las partes arruinadas,
y ricos los curiales y embrollones,
como los gordos frailes de responsos. 47

Hallábase anualmente calculado
de las rentas fiscales el percibo
y la distribución de su producto,
que eran los frutos que la tierra daba;
pues no existiendo numerario alguno,
trocábanse tan solo las especies:
para ello el país se suponía
en tres partes iguales dividido,
y los frutos que daba la primera
eran para el sostén de la corona:
para el culto y los templos la segunda,
y la última del pueblo en beneficio,
siguiendo igual sistema con las tierras,
que el reino iba adquiriendo en sus conquistas.

Los productos al Inca destinados,
en sus muchos palacios se invertían,
en sostener su lujo y sus placeres,
parientes, empleados, servidumbre,
y en los precisos gastos de gobierno;
y los que al sol estaban aplicados,
en conservar los templos y vestales,
en el fomento del suntuoso culto
y en sostener su inmenso sacerdocio;
y la tercera parte de las tierras,
*por cápite* donábase entre el pueblo.

Como era *á cierto tiempo* obligatorio
el que todo peruano se casase,
dábale su distrito cierto radio,
para que con sus frutos subsistiera,
y materiales para hacer la casa;
y por cada una hija, más terreno,
y el doble, si varón era el nacido.

Cada año renovábase el reparto,
y según las personas de familia,
así disminuía ó se aumentaba;
de manera que á nadie le era dado
ni ascender ni bajar en su fortuna,

ni aspirar á otro estado diferente:
su ley era vivir para el trabajo,
y para el amo trabajando siempre,
y contentos viviendo así morían,
pero el anual reparto de las tierras,
no solo á los actuales poseedores
sus derechos les iba confirmando,
sino, que al aumentarse la familia,
convertíala casi en vitalicia.
Y á los mismos curacas de igual modo,
la tierra en su distrito se les daba;
pero en más extensión y mejor clase. 48

Así es que allí todo hombre, por más genio
con que el Eterno hubiérale dotado,
para que honrase al mundo con su fama,
con su ignorado genio hubiera muerto,
sin él mismo saber lo que tenía:
no había emulación, premio ni lucha,
ni aun esperanza de cambiar de suerte,
ni poder figurar como los otros,
que debían su puesto al nacimiento:
no podía adquirirse gloria alguna,
sino solo adquirir lo muy preciso
para su humilde hogar y triste prole:
así el hombre de genio y el menguado
igual destino y porvenir tenían:
hallábase el *actor* en un desierto,
sin público, escenario ni comparsas,
en ese nuevo mundo estacionario,
sin progreso, sin luz ni aspiraciones....
peor que el viejo imperio de la china.

¿Y *cuál es más feliz*, este salvaje,
que honradamente vive del trabajo,
labrando el suelo, que le da el sustento,
que ama á su hogar y vive con su prole,
y su dicha es vivir con su familia,
conociendo del mundo y de los mares,
tan solo sus montañas y su aldea,
que ama á su patria y en su Dios creyendo,
sin vacilación, temor, ni dudas,
muere tranquilo, como muere el justo,
esperando su premio en vida eterna,
ó *aquel hombre de genio*, que luchando
con la envidia, sus émulos y el hambre,
contra él mismo y sus propias ambiciones,
y dudando en las creencias, si las tiene,
su vida es un martirio, y cuanto alcanza
en menos tiene ya y aún más desea,
y muere de ambición, desesperado,
acortando su vida de emociones,
por adquirir honores ó riquezas,
ó si es de gloria, por tener más gloria?
En absoluto contestar no puedo,
que es cuestión *de organismo* la respuesta,
y pueden todos dársela á su gusto!

Eran todas las tierras repartidas,
por la gente del pueblo cultivadas,
empezando primero por aquellas
destinadas al sol, y prosiguiendo
por las pertenecientes á las viudas,
á los enfermos, huérfanos ó ancianos,
y de soldados, en servicio activo,
y después á las propias cultivando;
y las últimas eran las del Inca,
siendo un día de fiesta y regocijo
aquel que las faénas empezaban:
desde alguna eminencia ó alta torre,
convocábase al pueblo á que acudiese;
y los hombres, mujeres y muchachos,
al compás de las músicas alegres,
y entonando sus cantos populares,
iban dando comienzo á la labranza,
y continuando así todos los días,
hasta dejar sembradas esas tierras,
haciendo las cosechas de igual modo.

El mismo orden seguíase respecto
á las manufacturas. Los rebaños,
que en numerosa cantidad pacían
por los floridos campos y montañas,
eran del Inca, propiedad tan solo,
y cuidados por hábiles pastores;
y una gran cantidad de gordos llamas
enviábanse anualmente, bien cuidados,
para el consumo de la corte y fiestas
y demás sacrificios religiosos;
mas solo consumíanse los machos,
destinando á las hembras al procreo.

En oportuno tiempo se esquilaban
los rebaños de *alpacas y vicuñas,*
y su lana pasaba á los depósitos,
repartiéndose luego en las familias
la cantidad que necesaria fuese;
así teniendo un abrigado traje
los que moraban junto á las montañas,
y usando el algodón aquellos otros
de los cálidos climas moradores.

Desde la niña de los siete abriles,
hasta la ya inmovible abuela anciana,
el huso manejaban y la rueca,
en sus toscos telares fabricando

las mantas y tejidos para ropas,
que toda la familia precisase.
Allí la ociosidad *era un gran crimen*,
y las leyes á nadie permitían,
que el diario pan comiese sin ganarlo
con el sudor honroso de su frente,
exceptuándose solo á los enfermos,
á la decrepitud y la nobleza.

# XIV

## 1528

Habían artesanos y mecánicos,
que en los trabajos ocupaba el Inca
de alzar y reparar los edificios
á su mansión y culto destinados;
en cuidar los caminos y acueductos,
nivelaciones, medición de tierras,
y en hacer y tallar objetos de arte
para templos, palacios y jardines;
y otros, que directores de las minas,
explotarlas hacían hábilmente,
imponiendo un trabajo moderado
y que era alternativo, entre otros muchos;
y la plata y el oro, trasformados
en alhajas, adornos y esculturas,
y las perlas y piedras adquiridas,
pasaban puntualmente al soberano
para ornar sus palacios y los templos,
y generoso, el resto, entre los nobles,
mandaba distribuirlo á su capricho.

Generalmente se iban sucediendo
los puestos, profesiones y carreras
de una misma familia entre los hijos;
y en los distritos eran especiales,
unos para el trabajo de las minas,
los otros para artistas y artesanos
ó faenas rurales y pastores,
quienes un cierto tiempo dedicaban
en servicio del culto y del estado,
siendo entonces por ellos mantenidos,
y atendiendo después al suyo propio;
y así por esta rotación constante
nadie podía estar sobrecargado:
todos prestaban *su servicio gratis*,
y hallábanse repletos sus depósitos,
sin que ocioso ninguno se encontrase. 49

Los fabriles y agrícolas productos
eran en parte al Cuzco remitidos,
para el uso del Inca y de su corte,
y otra parte en depósito quedaba
en grandes almacenes de provincias,
no para el uso anual únicamente,
sino cual precaución, que el venidero
no fuese en las cosechas abundante,
lo que no acontecía por su clima,
benigno siempre y pródigo al trabajo;
pero como el consumo del gobierno
era siempre inferior á los productos,
repartíanse siempre los sobrantes,
después de estar repletos los depósitos;
y en otros almacenes reservados
los objetos de adorno, plata y oro
y telas y labores se guardaban. 50

Llevábase anualmente un inventario
de todos los productos en depósito
y objetos de valor, y al mismo tiempo
justificada de ellos la salida:
de los frutos de cada territorio,
su atraso ó adelanto relativo
y su marcha económica y política,
con asombrosa exactitud de datos:
de las clases de tierras diferentes
para tales productos las mejores:
trabajos practicados en las minas
y en las públicas vías y edificios,
y las reparaciones, que debieran
como las más urgentes empezarse;
y de los nacimientos, defunciones
y extensión del país otro registro,
y de todo el territorio un censo,
que anualmente elevábase al monarca;
y tan bien confeccionado todo,
como en aquellos tiempos de conquista
hiciéralo cualquier nación de Europa.

En aquel *patriarcal*, tranquilo imperio,
no existía *entre el pueblo*, un hombre rico,
mas tampoco *ninguno* era tan pobre,
que un hogar no tuviese, y el sustento
para él y su prole, necesario;
allí *ningún mendigo* se veía,
pues todo aquel que por su edad ó achaques
no podía cumplir la ley impuesta
de un constante trabajo moderado,

lo preciso acordábale el gobierno
para poder vivir como los otros,
sin pasar *por aquellas amarguras,*
que hace sufrir el óbolo del pueblo,
ni por las soledades y vejámenes,
que pasa el desgraciado en los asilos,
ni tener que rozarse *con la escoria,*
que allí arrojan los vicios arraigados!

En aquella nación *estacionaria,*
donde no había numerario alguno,
desconocidos eran, por completo,
la ambición febricente, los negocios,
el juego, la avaricia y los deseos,
no solo de tener algo supérfluo,
pero ni aún de mejorar de suerte:
allí el hombre del pueblo vejetaba;
su dicha solo y porvenir cifrando
en proseguir pasivo, obedeciendo
la ley, que plugo á su Inca el imponerle.

Y para atestiguar esa obediencia
y el general esfuerzo, inquebrantable,
de aquellos *hombres máquinas*, aún quedan
en el actual Perú, sagrados restos,
en colosales piedras esparcidos,
de sus templos, palacios y acueductos,
fortalezas, caminos y murallas!

Y sobre todo, asombran *sus caminos,*
y hasta *hoy dia,* si hacerlos se intentasen,
como entonces se hallaban, pasarían
por grandes obras de valor inmenso,
á pesar del impulso de las ciencias
y de modernas máquinas potentes.
¿Cuál no sería, entonces, el esfuerzo
de ese país, *en primitivo estado,*
al idearlos y con fe emprenderlos,
después *sus hijos,* con tesón seguirlos,
para que con los siglos consiguieran
*sus descendientes* contemplar sus obras?

A todas las provincias importantes
excelentes caminos se extendían,
que todo aquel imperio atravesaban;
pero eran los más largos y admirables,
*el que cruzaba* desde Quito al Cuzco,
y *el otro*, que hasta Chile proseguía:
y encontrábase este último construído
por la baja región, que existe y media,
entre los altos Andes y el Pacífico,
cuyo terreno es bajo y arenoso:
y en los bajos, con grandes terraplenes,
con cierta mezcla fuerte, tierra y piedras
alzaban el camino, y á los lados
construían pared ó parapeto,
para que derrumbarse no pudiese;
y á debidas distancias, acueductos,
por donde iban las aguas á su cáuce;
y toda la extensión de ambas orillas
de muy pomposos árboles cubierta,
unos brindando sus maduras frutas,
los otros sus perfumes exparciendo,
y todos dando su agradable sombra
al ligero viandante de las selvas,
ó á los ágiles hijos del desierto,
cuando un sol tropical su suelo abrasa;
y en aquellos parajes arenosos,
que solidificarse no podían,
enclavábanse, entonces, estacones,
para indicar el curso del camino.

El que iba, empero, desde *Quito* á *Cuzco,*
era el gran monumento de ese pueblo,
por la dificultad, siempre vencida,
por lo árduo de una empresa tan gloriosa,
y el éxito, que al fin lograr se pudo,
teniendo, según cuenta prolija,
*unos dos mil quinientos á ochocientos*
*kilómetros* de largo, no de un campo
que á la atrevida empresa se prestase,
sino por sierras de constantes nieves,
por profundos arroyos, negras simas,
puntiagudos barrancos, ó regiones
desiguales, pedruscas ó fangosas,
donde aquella salvaje virgen tierra
rechazar toda huella parecía,
que intentase imponerla el sér humano!

Entre las horadadas, vivas piedras,
se hallaban *subterráneas galerías*
de millares de metros, ya saliendo
á profundos torrentes bramadores,
do con gruesas paredes de ladrillos,
y una mezcla especial, *indestructible,*
unían los extremos, dejando arcos,
para que el curso rápido siguiesen,
sin rebozar las compridas aguas;
ó ya en anchos arroyos, do imposible
esos sólidos puentes alzar era,
otros largos alzaban y colgantes
de fibras de maguey, bien retorcidas,
dándoles de grosor de un hombre el cuerpo,
y atábanse sus puntas en las piedras,
que de uno á otro costado agujereaban,
seguras en las márgenes quedando;
y unidos entre sí los viejos cables,
de anchas tablas formábanles un piso,

con su baranda de tupidos mimbres;
y aunque al pasar por ellos el viajero,
como una aérea hamaca se meciesen,
un peso incalculable soportaban;
y algunos de esos puentes asombrosos,
aún más tenían de *sesenta metros,*
columpiándose en medio á los abismos
de hirvientes aguas y rumor salvaje,
al impulso de tétricas ventiscas:
ora en otras corrientes muy profundas,
pero angostas y fácil de llenarse,
con muy enormes piedras, ensambladas,
y con firme betùn, duro como ellas,
de madera cegaban aquel pozo,
que un pedazo de sierra parecía:
ora en los otros encumbrados sitios,
cuya subida hacíase imposible
y mortal precipicio su descenso,
labraban escalones en las piedras,
para subir y descender cargados,
como si fuesen las pulidas gradas
de un soberbio palacio, entre las nieves,
teniendo á sus costados precipicios,
que vértigos causaban solo al verlos;
pero en aquellos ríos, cuya anchura
era imposible establecer los puentes,
y tranquilas sus aguas deslizaban,
habían grandes balsas, con sus velas,
para pasar las cargas y viajeros.

El ancho general de este camino
de *seis á siete metros* no excedía,
y era sobrado, si se tiene en cuenta,
las serranías, bosques y desiertos
por donde iba pasando y fué construído;
y para ir marcando las distancias
de una provincia ó pueblo hasta los otros,
graníticas columnas, con señales,
de *tres en tres kilómetros* se alzaban. 51

En toda la extensión de los caminos
hallábanse construídos grandes *tambos,*
como *á quince kilómetros* distantes
unos de otros, que estaban destinados
á dar albergue al Inca y las legiones,
en los solemnes viajes, que emprendía,
ó á las nobles personas de su corte,
que con carácter oficial viajasen;
y estos *tambos* ó grandes edificios,
de cuarteles servían á las tropas,
que iban de un punto á otro del imperio,
provisiones y equipos encontrando
en los bien arreglados almacenes. 52

Además de no haber tránsito alguno
de vehículos, béstias ni jinetes,
que los lisos caminos destruyeran,
porqúe tan solo á pié viajaban todos,
con cuidado especial se conservaban,
teniendo obligación cada distrito
de mantenerlos en perfecto estado,
hasta donde sus límites llegasen;
así es que tenía una cuadrilla,
que ocupábase siempre en los caminos,
no solo en su limpieza permanente,
sino en que fuesen cada vez mejores,
pudiendo haber por ellos transitado
cualquier carruaje de elegante dama,
con toda brevedad, y tan seguro,
como si de una gran ciudad de Europa
las enlosadas calles recorriese;
¡y á estos largos caminos asombrosos,
orgullo del Perú y sus adelantos,
*dejaron destruir* los invasores
por su ignorante y criminal desidia!

El sistema postal, tan atrasado
en todas las naciones europeas,
en los tiempos de aquella gran conquista,
por sus malos caminos y posadas,
estando *casi aisladas unas de otras,*
en los crudos inviernos, sobre todo,
con admirable perfección y acierto
organizado en el Perú se hallaba,
sabiendo el soberano, en pocas horas,
lo que en su extenso reino sucedía,
desde uno á otro confín, exactamente.

Pequeñas casas, con algunos indios,
que ocupábanse *solo de correos,*
*como á veinte kilómetros* se hallaban
en toda la extensión de los caminos:
verbales los despachos trasmitían,
cuando importantes no eran sus misiones,
ó llevaban *un hilo color rojo,*
como era el de borla del turbante,
que en sus sienes ceñía el soberano,
para que diesen crédito á los *chasquis,*
todos los empleados del imperio,
que su real mandato recibiesen;
siendo este hilo ó cordón, como el anillo
y sello de los reyes europeos,
ó el *cordón* de los déspotas del Asia.

Traje especial tenían estos chasquis,
y desde niños eran preparados
por su fidelidad y ligereza

para este honroso y delicado oficio,
de una á otra posta haciendo la jornada;
y como estas jornadas eran cortas,
pues otro chasqui estábale esperando
para seguir las nuevas trasmitiendo,
por todo aquel trayecto, como flechas,
iban corriendo, sin dejar señales,
con su habituada rapidez pasmosa,
y *doscientos cincuenta y aun trescientos*
*kilómetros* hacíase por día;
de igual modo regalos y presentes
recibía el monarca de sus pueblos,
así es que diariamente se encontraban
los más frescos pescados en su mesa,
de las lejanas costas del Pacífico,
y la caza y las sabrosas frutas
de las opuestas zonas tropicales. 53

Mas allí no era el principal objeto,
al cuidar y seguir estos caminos,
el de poder comunicarse pronto,
sino que los ejércitos tuvieran
fáciles vías, sin tropiezo alguno,
para poder marchar con ligereza
y cómodos cuarteles de descanso,
para seguir sus marchas presurosas.

Aquel imperio en aparente calma,
en su calma política de muerte,
estaba en incesante guerra externa,
y por ella ensanchó su territorio,
que fué en su fundación mezquino y pobre,
é íbase extendiendo de año en año
de Norte á Sud; y los soberbios Andes
también en sus conquistas trasponiendo;
y así quedó su capital tranquila,
llevando firme su invasión constante
á los salvajes pueblos fronterizos,
y sirviéndole al Inca de pretesto
el extender su religión divina,
como á los hijos de la media luna,
que guió al Santo sepulcro Saladino,
al llevar en su corva cimitarra
la religiosa ley de su profeta;
mas no buscaban pérfidos engaños,
ni fútiles pretestos irritantes,
que hicieran sus conquistas más odiosas,
aumentando el encono y resistencia,
que el amor patrio sublevar debía;
sino con maña y atrayente halago
trataban de probarles que el sol era
el solo y poderoso dios del mundo,
esperando que el tiempo y la constancia,
*que vencen todo y todo lo consiguen*,
fuéranlos reduciendo en paz dichosa;
y entablaban también negociaciones,
y enviándoles regalos atrayentes,
hacíanles palpar aquellos goces,
que el progreso á la vida proporciona,
seduciendo hasta el hombre más agreste:
y después de agostados estos medios
y de ser sus afanes infructuosos
y su humana conducta desechada,
entonces comenzábase la guerra,
para la cual hallábase el ejército
listo ya y de antemano preparado.

# XV

## 1528

Según era el carácter belicoso
de los pueblos, distritos ó provincias,
así era el contingente de soldados,
que al permanente ejército prestaban,
siendo el servicio militar activo
otro alternado general trabajo,
como era el del cultivo de las tierras,
ó cual la conscripción es en Europa;
y las peruanas tropas, que al principio
tan solo fueron grupos de flecheros,
á ser llegaron numerosa hueste,
tan bien disciplinada y aguerrida,
que sin grandes esfuerzos fué logrando,
que cualesquiera brigada en los combates,
otras tantas victorias alcanzase;
y en los últimos tiempos ascendía
*á doscientos mil hombres* este ejército,
hallándose por orden dividido,
con sus jefes, sargentos y oficiales,
en cuerpos, batallones, compañías
y reclutas, haciendo el ejercicio;
y viejos generales á su frente,
las guerras dirigían, cautelosos,
ó el príncipe real, que las mandaba,
y algunas veces hasta el Inca mismo.

Las armas, que llevaban los peruanos
eran sus dardos, lanzas, flechas y hachas,

cortas espadas y certeras hondas.
que fueron las que usaron las naciones
más poderosas del antiguo mundo,
antes que *un fraile* su poder robase
al rayo y su estampido el fuego sacro.

La punta de sus dardos y sus lanzas,
pesadas mazas ó ligeras flechas,
era de piedra ó hueso puntiagudo;
y el muy flexible arco poderoso,
sus penetrantes flechas arrojaba
á gran distancia, con veloz empuje:
el hacha era tambien de cobre ó piedra,
y sus cortas espadas afiladas:
llevaban los soldados un turbante
de finas telas de colores vivos,
entrelazado con vistosas plumas,
y recortada túnica con faja,
lo que formaba un traje pintoresco;
en la espalda su aljaba muy repleta,
y en la izquierda un broquel les encubría,
de chapas de metal ó gruesas pieles:
y de la misma especie, con un casco
cubríanse los nobles la cabeza,
ornándolo de piedras finas y oro
y plumas de colores relucientes,
y tambien de oro y piedras incrustadas
sus escogidas armas de combate.
Cada grupo llevaba su bandera,
y entre ellas desplegábase radiante
la enseña *del arco iris*, como nuncio
que era hijo del cielo su gran Inca.

Hasta llegar á lindes enemigas
era un paseo militar tan solo
el que hacían las tropas en campaña,
de nada careciendo por do quiera,
pues de alimentos y pertrechos llenos
los cercanos depósitos estaban;
y gozosos los pueblos á esas tropas
cruzar veían sus sembrados campos,
marchando á otros á alcanzar victorias,
á la par que aumentaban territorios.

No temía el labriego que esas fuerzas
hicieran daño alguno á sus hogares,
ni en sus verdosas siembras ni cosechas,
pues á más de hallar todo en los depósitos,
eran amigos, si eran de su pueblo;
ó si acaso vecinos de algún otro,
profesábase en todos el principio
de respetar *la propiedad ajena*,
aunque la ley severa no mandase,
«que *la pena de muerte* se impusiese
á todo aquel soldado, que en campaña
cualquier daño causase á algún vecino. 54

Después que declarábase la guerra,
rápidamente aglomeraba el Inca
y ponía las fuerzas en campaña,
antes que aliarse sus contrarias huestes
con otras comarcanas consiguieran;
porque desconociendo el gran principio
los pueblos que oponíanse á su yugo,
*de que en la unión encuéntrase la fuerza,*
íbalos en detalle conquistando;
pero aunque frente á frente se encontrasen,
siempre á escuchar la paz dispuesto estaba,
haciéndoles ofertas ventajosas
si á su Dios y poder se sometían,
no consintiendo nunca que sus huestes,
con excepción de encuentros y batallas,
hiciesen mal alguno al enemigo,
ni sus campos y hogares destruyesen;
muy al contrario, generoso el Inca,
y más que generoso, diplomático,
mandábale recursos y alimentos,
cuando antes de rendirse prefería
morir de hambre y sitiado entre sus muros;
pues profesaban ellos esta máxima,
que un su antecesor impuso siempre:
—no conviene ultimar al enemigo,
porque en verdad la pérdida sería
no de ellos ya, *tan solo de nosotros*,
que ellos y todo, *en breve será nuestro*.—

Cuidaban con cariño á los soldados,
y cuando eran las lides prolongadas,
ó enfermizo el paraje de la guerra
y larga la masión del campamento,
relevábanles siempre con frecuencia;
mas cuando era tenaz el enemigo,
ó algo impaciente el jefe que mandaba,
pues no todos tienen tal cordura,
ataques espantosos se contaron
y sangrientas escenas de venganzas,
que á valerosas tribus destruyeron.

Después que entraban las peruanas huestes
al limítrofe pueblo conquistado,
la primera medida del gobierno
era empezar á difundir su culto,
alzando al sol sus templos deslumbrantes,
y enviando un clero astuto y numeroso,
cuya prédica, pompa y ceremonias
á las salvajes tribus sedujese,
y al mismo tiempo *respetase el suyo*,
hasta que el nuevo culto comprendiera:

llevábanse sus ídolos al Cuzco,
y eran en el gran templo colocados,
entre los otros dioses inferiores,
para así contentar al nuevo pueblo
y tenerlo á su ley encadenado,
desde que el Inca en su poder tenía
sus queridas deidades, *como rehenes*.

Levantábase *el censo* al mismo tiempo,
sus campos y productos se estudiaban,
y luego dividíase la tierra,
como estaban las otras, en tres partes,
tocando casi siempre su pedazo
al que ya poseíalo desde antes,
y siguiendo también en el gobierno
el curaca, ó algunos de sus hijos,
si el Inca en el curaca no confiaba,
aunque antes de dejarlos en su puesto,
con sus hijos al Cuzco eran llevados
para aprender el general idioma,
conocer de las cortes las costumbres,
y como si fuera á Dios amar al Inca:
se le enviaba después á su gobierno,
pero en rehenes dejábanse en la corte
á sus hijos mayores, con la escusa
de educarlos mejor, para que un día
dignamente pudiesen sucederle;
y dejábanse al pueblo conquistado
sus antiguas costumbres y ordenanzas,
en todo cuanto fuese compatible
con las leyes del reino y sus mandatos;
pues ya por esperiencia se sabía,
que pronto asimilaban sus costumbres
a las que eran mejores, procurando
vivir con más holgura y más felices.

Conociendo los Incas, previsores,
el gran inconveniente para todo,
que en un tan vasto reino como el suyo,
aun varios idiomas existiesen,
ó dialectos diré, más propiamente,
en sus últimos tiempos procuraron
tener en todo el reino un solo idioma,
y eligióse el que usábase en la corte,
que era el *quichua*, y el más completo y rico
de todos los que habían en las Indias.

¡Asombroso en verdad, fué el corto tiempo
en que casi común hízose el quichua
en todo aquel imperio dilatado!
Y este solo suceso nos demuestra
cuál el poder del Inca no sería
y el de su autoridad, suprema siempre,
y el amor ó temor de sus vasallos,
al poder realizar con su deseo
y sin medidas de violencia alguna,
—en salvaje país y tribus miles,
como las que iba siempre conquistando,
y que tenían su dialecto propio,—
lo que aún conseguir no se ha podido
*en ninguna nación civilizada*,
donde es más necesario un solo idioma,
que la uniformidad *en sus monedas*,
porque solo embarazan los negocios;
no así en los reinos *los idiomas varios*,
que traban sus progresos homogéneos,
una rémora son para las ciencias,
é impiden que sus obras literarias
en su patria circulen, entre todos,
desde el teatro, palacios y academias
hasta la humilde choza del labriego.

Y á los pueblos, aldeas y ciudades
mandábanse maestros empeñosos,
que hasta en los más humildes campesinos
el *quichua* propalaran y enseñasen,
pregonando:—que nadie alcanzaría,
por ínfimo que fuese, ningún cargo,
si ya hablar no sabía el nuevo idioma.—
De este modo los Incas poderosos
habíanlo esparcido ya en su reino,
*mucho antes* de efectuarse la conquista.

Para afianzar la paz en los distritos,
que aunque anexados, con tesón querían
el nuevo yugo sacudir valientes,
ó á las leyes reacios se mostraban,
un sistema ingenioso practicaron:
consistía en sacar de cada punto,
según su población, la mitad de ella,
y en otro avecindarla muy adicto
á su Inca, religión y viejas leyes,
y al rebelde mandar la gente adicta,
con fuerte autoridad que la amparase;
y la generación que sucedía,
mezclada con los nuevos habitantes,
que iban sus costumbres extendiendo,
al Inca ya, como el peruano amaba;
pero nunca volvían á su tierra,
ni éstos ni aquellos á su hogar nativo,
pues prohibía la ley á los peruanos
mudar de domicilio, y que cambiasen
el traje del país donde nacieron;
pero siempre los Incas previsores,
al aplicar tan eficaz medida,
disponían que fuesen trasportados
á un clima á su nativo semejante,
y adecuado al oficio que tuvieran;

asi es que al habitante de las costas
y que su profesión era la pesca,
enviábase á morar en las orillas
de los más grandes rios y los lagos,
mientras que al labrador se adjudicaban
las adaptables tierras al cultivo
á que habíase siempre dedicado. 56

Bastante semejanza en las costumbres
y entre el carácter del peruano y chino,
fácilmente parece vislumbrarse,
á medida que avánzase en su historia:
su rutinaria vida de vasallo....
la ciega sumisión á su monarca,
y las grandiosas obras, que empezaron.
para que en largos años venideros
otras generaciones concluyesen:
parece haber trazado en ambas telas
un mismo artista con igual objeto,
é idéntica paleta y fijas líneas,
la forma y base de los dos imperios:
así el peruano pueblo, tan paciente,
sigue agregando piedra sobre piedra,
como el estacionario imperio chino
sus artefactos sigue elaborando,
con los mismos colores y dibujos,
que há siglos á la Europa sorprendía,
sin querer avanzar en cosa alguna:
así el Inca también guerrero y papa,
sigue la religión y las consquistas
de sus antecesores, ciegamente:
continúa las obras comenzadas,
las huellas de esos triunfos va siguiendo,
y confía seguro, que á su muerte
seguiránse sus obras y conquistas,
su religión sus leyes y mandatos,
sin que llegue su marcha á interrumpirse,
ni por Incas, ni pueblos ni los siglos,
como sigue á la noche el claro día:
hay la misma unidad de pensamiento
de un reinado á los otros sucesivos....
de la máquina son los mismos ejes,
é idéntico el trabajo en resultados,
aunque por su extensión y sus riquezas
y su paz interior, eterna siempre,
á pesar de seguir en sus conquistas,
desde sus densos tiempos fabulosos,
hubiese gradualmente adelantado,
cual va creciendo el vigoroso niño,
aunque viciada atmósfera respire,
porque la mente, como el cuerpo humano,
*quiebra sus ligaduras.... y se espande!*

Una perenne paz en el imperio
y una continua guerra en las fronteras,
eran la eterna norma de los Incas,
que una carrera daban de este modo
á cierta viril gente emprendedora,
civilizando á tribus comarcanas,
al dar á su nación aún más dominios.
y aumentar sus productos y riquezas
con otros varios de distintas zonas.

Las importantes guerras y batallas,
casi siempre mandábalas el Inca,
quién á su capital siempre triunfante,
por su pueblo aclamado regresaba,
en ricas andas con sillón de oro,
lleno de finas piedras de colores,
que en hombros su nobleza conducía,
siguiendo en pos las conquistadas tribus,
con sus diversos trajes y sus armas,
y al frente los curacas domeñados,
así como en la Roma de los Césares
de invicto emperador al carro uncidos,
los prisioneros reyes caminaban,
hasta el dintel del capitolio augusto:
de flores alfombrábanse las calles,
desplegábanse al aire las banderas,
y arcos triunfales daban grata sombra
al venerado Inca, victorioso,
hasta las gradas del ornado templo,
donde dejando sus insignias regias,
y quitándose humilde sus sandalias,
al pie del gran altar, agradecido,
tributaba á los dioses sus ofrendas,
en medio de los viejos sacerdotes,
y volvíase luego á su palacio,
pues de los Incas la misión primera
era extender la religión del reino,
como creyeron los cristianos reyes
en la época de célebres cruzadas,
que era la suya rescatar del moro
el sagrado sepulcro del Dios-hombre

Y alborozado el pueblo se entregaba,
después de esos solemnes triunfos patrios,
á sus alegres, populares fiestas,
encendiéndose hogueras, luminarias,
bailando y entonando sus cantares,
que eran los himnos de sus grandes hechos,
y de su culto los sagrados salmos.

## XVI

### 1528

Del Inca en los dominios dilatados
tan solo se instruían y educaban
aquellos niños de elevado orígen;
pues según el precepto favorito
de un famoso monarca de ese imperio,
Tupac Inca Yupanqui:—no debía
ningún plebeyo conocer las ciencias,
ni otro oficio saber que el de su padre,
para que no anhelase, envanecido,
ocupar algún cargo en el estado,
en desdoro del cargo y la nobleza;
porque jamás debían los plebeyos
tener en el gobierno *parte alguna.*—

Esta medida, tan contraria en todo
*á la suprema Ley* de Jesucristo
y al sistema ideal, republicano,
de esa ley santa, digna consecuencia,
no debe, no, en justicia suponerse
originaria y peculiar del pueblo.
que adormido yacía en su ignorancia.
entre ignorado mar y egregias cumbres,
del nuevo mundo en el confin lejano;
pues ya en Europa, célebres naciones,
siglos y siglos antes, de igual modo,
*como esclava* trataban á la plebe.

Si un Sicinio Beluto, hijo de Roma,
llevó al Monte sagrado á todo un pueblo,
ansioso ya de sacudir su yugo:
y si en el capitolio irguióse un Graco,
é indignado vibró su santo acento
contra la corrupción de la nobleza,
que olvidaba á su pueblo, en la molicie;
y otro Graco á la plebe acaudillando,
para ella pide libertad y tierras,
desde el monte Aventino, que el baluarte
fué desde entónces del romano pueblo,
contra la dura ley de sus tiranos,
ambos Gracos muriendo en la contienda:
si esta protesta levantóse en Roma,
fué porque la nobleza allí á la plebe
como á pária tratara en su soberbia,
la miseria insultando con su lujo,
y á la moral con lúbricas orgías;
mas no así en el Perú, donde el monarca,
desde la formación de aquel imperio,
entre todos las tierras repartía,
cada cual poseyendo lo preciso,
sin que á nadie ofendiesen sus riquezas,
pues como hijo del sol era mirado
por aquellos peruanos, que adormidos,
como inocente niño en blanda cuna,
á su Inca Dios contentos sonreían.

Como *antes se creía,* que era el pueblo
propiedad de monarcas y sus mandones,
y la fuerza y derechos de conquista
daban tal propiedad al que triunfaba,
siendo de la victoria el don y premio,
era todo mandón considerado
como el tutor de pueblos ignorantes;
y las antiguas leyes propendían
á que el gobierno interviniese en todo,
y como amo y no padre procediera,
sin dejar á su pueblo acción alguna;
por eso hoy choca más ese sistema,
que es el de invasores y tiranos,
y por irlo extinguiendo las naciones,
por do quier hace siglos que derraman
su sangre más fecunda y generosa;
y es tan solo el gobierno en pueblos libres
un agente, á quien honra con el mando;
mas reservando sus derechos propios,
para adquirir y ser igual á todos,
y cual todos subir según su genio!

Solo, pues, niños de elevado orígen,
hasta ya adultos asistir podían
á las áulas *de amáutas* ó maestros,
do aprendían preceptos religiosos,
iniciando en los ritos y litúrgia
á los que al sacerdocio se inclinaban;
y en leyes y principios de gobierno
y de administración ú otros estudios,
según las profesiones que adaptasen:
y enseñaban á hablar con elegancia
el patrio idioma, conocer la historia,
el ritmo y la medida de los versos
y los hechos notables de los Incas,
para cantar las glorias de su patria!

Como escritura les servía el *quipus*,
que era una cuerda de torcidos hilos
con una franja de otros de colores,
indicando el color una palabra,
que un objeto tangible demostrase:
significaba *plata* un hilo blanco,
*campiña* el verde, *oro* el amarillo,
*día* el celeste, *noche* el más obscuro,
*fuego* el naranjo, *sangre* el colorado,
y así muchas análogas palabras;
y también estos hilos muchas veces
las abstractas ideas expresaban:
*victoria* ó *dicha* el amarillo claro,
*desgracia* el negro y *esperanza* el rosa,
y *paz* el blanco y *guerra* el escarlata,
formando una palabra cada nudo,
y otras muchas mezclando los colores;
cada uno también formaba un número,
y de cierta manera combinados,
cualesquier cantidad marcar podían,
y hasta sacar sus cálculos y cuentas.

Aunque el *quipus* bastaba á los peruanos
para sus deducciones aritméticas,
era como escritura deficiente
para expresar por medio de colores
las múltiples imágenes é ideas,
que abarca y vierte el pensamiento humano;
porque cada color, aunque eran muchos,
solo ciertas palabras expresaba,
así es que cual si fuese un geroglífico
á descifrar hallábanse obligados
lo muy conciso, que escribir podían;
y si con más ingenio y experiencia
hubiesen aplicado sus colores
á alfabéticos signos, no á palabras,
hubiéranse encontrado en la escritura
al nivel de los pueblos europeos,
que como ellos también así esperaron. 57

Habían minuciosos narradores
en todas las ciudades de importancia,
que consignaban los notables hechos
é íbalos remitiendo á los cronistas,
que en el Cuzco la historia continuaban
y del Inca reinante las proezas;
y quedando los *quipus* archivados,
los *amáutas* hacían en las aulas
repetir á los niños de memoria
todos sus cantos y notables hechos,
su historia así siguiendo, así pasando
*por tradición oral* á otras edades,
esculpida en la mente de los pueblos,
como eterniza el escultor sus obras,
con el cincel, grabando á ilustres hombres.

Y solo los *amáutas* compilaban
los notables sucesos del imperio,
porque los de conquistas y victorias,
en verso el referir correspondía
á los *harávecs* ó poetas líricos,
que en patrióticos himnos populares,
en la mesa del Inca y sus palacios,
y en las solemnes fiestas se cantaban.
Y *en colección* formaron de este modo,
sus históricos cantos nacionales,
como el Norte de Europa *sus baladas*,
y España *sus romances* castellanos,
pues el *quíchua*, extendido en el imperio,
íbase enriqueciendo y se pulía
hasta amoldarse á timbres armoniosos. 58

También se dice que afición mostraron
á las composiciones teatrales,
y en diálogos y escenas sostenían
los personajes de sus piezas cómicas,
tomando por asunto en las dramáticas
de trágico interés pasados héroes,
que despertando emulación y aliento,
encumbrados ejemplos presentasen,
y esto revela un delicado gusto
y un natural criterio, bien dispuesto,
para seguir del sabio la simiente.

Su carácter y gustos se adaptaban
más á las obras de arte y sentimiento,
que á los serios estudios de las ciencias
naturales y exactas, si exceptuamos
su adelanto agronómico, que siempre
la soledad, los campos y el desierto,
y la contemplación de las montañas,
y un cielo azul y noches apacibles,
y una límpida luna majestuosa,
al ánimo tranquilo predisponen
á admirar la natura y no á estudiarla,
ni á profundos problemas entregarse,
que al lado de la lumbre y en invierno
y en sus eternas noches silenciosas,
con más acierto persistencia y cálculo
se estudian y resuelven los problemas,
que no cuando la mente embebecida,
ante las obras de su Dios se espande:
y el alma, entonces, siente y se conmueve
y absorta se unifica á su grandeza;
y no estudia, analiza ni persiste
en material trabajo, minucioso.

Pero aunque ellos ajenos se encontraban

á aquellos adelantos, —que la ciencia
había con los siglos trasmitido
de pueblo en pueblo en el antiguo mundo,—
de su propio país mapas hacían,
marcando con medidas las distancias,
límites de distritos y ciudades,
y montañas y arroyos y caminos,
por medio de relieves adecuados;
practicaban también la astronomía,
*doce meses lunares dando al año*,
y cada mes tenía un nombre propio,
y en días divididas las semanas;
pero su año lunar siendo más corto,
que el tiempo de cada año transcurrido,
iban rectificando el calendario
por medio de cilíndricas columnas,
el *acimut* tomando este modo;
y su sombra midiendo, descubrían
de los solsticios el período exacto;
y el de los equinoccios igualmente
por un *gnómon* ó *esciaterio* solo,
colocado de un círculo en el centro,
que del gran templo hallábase en un área
y diámetro tirado de Este á Oeste.
Y cuando ya del esciaterio apenas
visible era la sombra proyectada
por los rayos del sol del medio día,
crédulos presumían esos indios:
—que su Dios se apoyaba en la columna,
con todo el luminar de su grandeza.—
Y lleno el esciaterio de guirnaldas,
por esos días era coronado
y en la época también de los solsticios,
con el sillón del sol de piedras y oro,
ofreciendo sus frutos y sus flores,
mientras sus grandes fiestas religiosas
celebraba el imperio en todas partes,
señalando la clase de trabajos,
que debían hacer los labradores,
y comenzando el año en el solsticio
del que era apenas conocido invierno;
y como hállase Quito colocada
bajo del Ecuador, y al medio día
no arrojan sombra alguna los objetos,
era para el peruano aquella Quito
una tierra de amor y venerada,
como mansión de su deidad suprema.

Y aunque un historiador nos asegura,
que en ciclos de diez, cien y aún mil años
reunían los pasados, y arreglaban
de este modo los hechos de su historia,
preciso es declarar, que en este imperio
se hallaba muy atrás la astronomía,
respecto á los aztecas y los múiscas;
pues revelan sus mapas jeroglíficos,
que sabían la causa verdadera
del cambio de estaciones y equinoccios,
de la marcha del sol y sus eclipses,
mientras que los peruanos opinaban,
que sufría la luna *algún letargo,*
cuando visibles eran, y con gritos
hacían resonar sus instrumentos,
así juzgando despertar al astro.

Preciso le era al sacerdote azteca
el conocer y revelar al vulgo
de la celeste esfera los misterios,
para que así la gente le tuviera
por un sér superior y algo divino;
pero el Inca y su noble sacerdocio
no precisaban tal superchería,
pues por hijos del sol eran tenidos;
y solo á ciertos graves *curanderos*,
cnando tomaban en su oficio fama,
solíanse tener por adivinos.

Pero en conocimientos agronómicos
á su vez superaban los peruanos
del nuevo mundo á las diversas razas:
con equidad su tierra dividida
era allí labrador todo vasallo,
y en anual ceremonia el Inca mismo,
en presencia del pueblo y de su corte,
abría un surco en la ferace tierra
con un arado de oro, con mil flores,
para así estimular con este ejemplo
del pobre campesino los afanes:
y no á este hecho ostensible redujera
su protección constante á la labranza,
pues grandes obras sin cesar se hacían
para darla más rápido adelanto
y poder cultivar aquellas tierras,
que ora por falta de agua ó sus pendientes
eran para este objeto inadecuadas.

En aquellos parajes de la costa,
donde apenas las lluvias se conocen
y el suelo no es estéril ni arenoso,
hacíanse acueductos y canales,
que descendiendo de las altas sierras,
vertían sus corrientes cristalinas
por anchísimas lozas ajustadas,
y regaban por medio de compuertas,
y entre estos acueductos subterráneos
habíalos tan largos, que cruzaban
arenales, montañas y distritos,
teniendo que horadar grandes peñascos,

ó entre pantanos proseguir sus tubos;
y aún de un túnel los grandiosos restos
cerca de Cajamalca se contemplan,
que en las altas montañas practicaron
para á las aguas dar fácil salida
de un ancho lago, que en las grandes lluvias
inundar la comarca amenazaban.

Y en el *Valle de Nasca,* colocado
de dos largos desiertos en el centro,
aún los grandes vestigios se descubren
de un inmenso canal, que encajonado
en anchas piedras, sin juntura alguna,
de ignorada distancia serpentea;
y aunque por la maleza y sus resíduos
ya se encuentre cegado en ciertas partes,
fértiles oásis forma todavía. 59

Según el área de labrada tierra,
que cada campesino cultivaba,
así tenía el agua para el riego,
cuya distribución confiaba el Inca
á inspectores, severos en su oficio.

Las montuosas laderas y pendientes,
cercadas de pedruscos, rellenaban
con buena tierra, hojas y malezas,
y luego con abono las cubrían,
asi bonificando el territorio
y adquiriendo más tierras de cultivo;
y en aquellos parajes, do el terreno,
aunque bajo, era estéril y gredoso,
esas capas sacaban inservibles
y las iban con otras abonando. 60

# XVII

## 1528

Los diversos abonos conocían,
y según el estado de las tierras
á las clases de siembras los usaban;
mas dando siempre preferencia al *guano*
que es el reunido estiércol, en mil grupos,
de las aves de mar, que en los islotes
de la extendida costa solitaria,
apiñadas crecían, como insectos;
y cuyas islas, hoy llamadas *chinchas*,
del Perú formar la mayor riqueza,
por su guano, estimado *en todo el mundo:*
y al ver los españoles *casi blanca*
á esa montaña artificial de *guano,*
por el salitre, unido á la materia,
*Sierra Nevada* la llamaron todos.

Y según la extensión de los distritos,
así el guano sacaban necesario
de esas muy ricas islas adyacentes;
y al que matase alguna de esas aves
ó pisara las islas, cuando estaban
en la época de criarse los pichones,
imponía la ley *pena de muerte.*

Veíanse los campos de este modo
labrados siempre, verdes y floridos,
desde las cuestas de empinadas sierras,
hasta los ledos valles de las costas,
brillando como al sol las esmeraldas,
bajo ese tropical, diáfano cielo;
y apenas sentíanse los cambios
de una á otra estación, aunque tenía
los muy variados climas ese imperio
del ecuador y las regiones frías;
y sus tranquilos moradores nunca
en sus pueblos sufrían transiciones,
pues mientras que en las costas del océano
dan vida exhuberante y amorosa
los ardorosos rayos del estío
á la altiva palmera y cocotero
y al cacao de amarillas flores rojas,
una perpétua primavera reina
en la verde llanura perfumada,
viéndose sus soberbias cordilleras
cubiertas siempre de su eterna nieve,
desde *Nueva Granada* á *Patagonia.*

De esta igualdad de clima en todo el reino,
mas de temperaturas diferentes,
aprovechar supieron los peruanos,
y en los cálidos valles ribereños,
con fácil abundancia recogían
la chirimoya, la banana y yuca,
el cacao y productos tropicales;
en las altas llanuras, más templadas,
sembraban su maiz, maguey, tabaco,

quínua y otras indígenas legumbres,
y en las laderas de las muchas sierras
verdeaba la papa ó la patata.
y otros productos de la misma especie,
que iban silvestres más y más subiendo,
hasta perderse entre los ralos musgos,
raquíticos arbustos y las yerbas,
que cortas y amarillas se unifican
con las áridas bases de esos conos,
cubiertos con la nieve de los siglos,
entre el silencio eterno de su vida. 61

Como no había medio circulante
ni nada se vendía ni compraba,
establecieron ferias de permutas,
para que unas comarcas disfrutasen
de otras la producción y vice-versa;
y en todas las provincias, de este modo,
repartidos se hallaban los productos
de ese extendido, laborioso imperio,
gozando de ellos todos los vasallos.

Como allí no era el hierro conocido
ni para arar tenían animales,
usaban de un arado, semejante
al que luego emplearon los cristianos;
pero de palo fuerte era su punta,
y uncíanse á su yugo *varios indios*,
que recitaban cantos populares,
mientras el labrador, con mano firme,
la esteva dirigía venturoso,
sobre esa tierra próvida de amores,
risueña, como fúlgida esperanza,
y bella, como ensueños de una virgen!

El animal domesticado y único,
que servia de acémila al peruano
era *el llama*, al camello semejante,
aunque pequeño y de apocadas fuerzas,
pues conducir apenas puede el peso
que un carnero soporta; pero dócil
déjase manejar en caravana,
del arriero la voz obedeciendo,
y caminar como el camello puede
días y meses *sin probar el agua*,
soportando la marcha entre arenales
ó hundiendo firme su esponjosa garra
en la alisada nieve de las cumbres;
mas si el peso á sus fuerzas excediese,
al punto al suelo arrójase enojado,
sin que el halago ó látigo le induzca
á alzarse y proseguir en su camino:
y este chico animal de escazas fuerzas,
era *la única* ayuda que tenían
los laboriosos indios de aquel reino
para poder llevar livianas cosas;
pero en cambio existían otros varios
de estimable valor por sus vellones,
que en extensos rebaños y silvestres
vénse morar en las nevadas cimas,
donde solo existir el cóndor puede,
como el rey de las aves de ese mundo,
y sus alas tender en el espacio
á más elevación de *seis* kilómetros.

Y sobre alfombra de blanquizcos picos,
salta *el guanaco* de empinada cola,
y ufano trisca, retozando en torno
el *pardo alpaca* de vellón preciado,
y ostenta envanecida entre los otros,
la gallarda *vicuña*, enamorada,
su *ocre y blanca lana* más sedosa,
que la que da la cabra de la Siria,
ó el pálido capullo del gusano,
que el moral con sus hojas alimenta. 62

Con el escaso *ichu ó* yerba andina,
única que producen esas cumbres,
susténtanse el llama y el guanaco,
y la vicuña, el gamo y el alpaca;
pero al cuidado de hábiles pastores,
de los cerros en valles y declives,
grandes rebaños poseía el Inca
de alpacas y vicuñas, cuya lana
de año en año pasaba á los depósitos
para ser repartida entre los indios;
porque érales prohibido por sus leyes
matar á esos silvestres animales,
siendo considerados esos cerros
como parques reales de su casa,
aunque anualmente el Inca permitía,
que hubiesen cacerías por secciones,
presididas por él y su nobleza;
pero sólo podían efectuarse
cada tres ó más años en un punto,
para así reponerse lo apresado;
y *cincuenta, sesenta ó cien mil* indios
cercando iban los cerros por legiones,
de lanza armados y de largos palos,
mientras otros, subiendo hasta las puntas,
con asombrosa agilidad hacían
repercutir su voz en las alturas,
y arrojaban la caza hacia los valles,
y ya en ellos, matábanse los machos
de los más ordinarios de esas razas,
que *carneros peruanos*, en conjunto,
los invasores célebres llamaron;
y la carne, en tajadas dividida,

y muy anchas y aplanadas, la secaban,
para que así más tiempo les durase;
y esquilando con cuidado sumo
las vicuñas y alpacas, por su lana,
dejábanlos volver luego á sus montes,
donde en largas hileras y á millares,
subíanse medrosos, disparando. 63

La más sedosa lana se escogía,
y la más superior se destinaba
á los trajes, que hacían las vestales
para el uso del Inca y sus palacios,
donde en gran profusión se contemplaban
flexibles camisetas, pantalones,
cortas túnicas, mantos y turbantes,
ricas mantas y colchas, chales, fajas
y alfombras, colgaduras y tapices,
que exornaban también los muchos templos;
ú otras clases de prendas y de paños,
para todos los usos suficientes,
con tal destreza y nitidez tejidos,
que de uno y otro lado eran iguales,
formando crecas, flores y dibujos
de muy firmes, finísimos colores;
y estas telas riquísimas causaron
al ávido invasor, medio desnudo,
notable admiración por su belleza,
y cual regios regalos se apreciaban. 64

Todo habitante del Perú sabía
las mecánicas artes necesarias
para que su mansión no careciera
de la esencial comodidad doméstica;
y ciertas profesiones liberales,
como las de arquitectos y joyeros,
maestros, curanderos y herbolarios,
pasaban de los padres á los hijos,
logrando así adquirir desde la infancia
la práctica y acopio de nociones,
que si no forman el talento y genio
que á las artes y ciencias dan impulso,
perfeccionando los inventos diarios,
al menos hacen que sus obras tengan
aquella ejecución, completa y fácil,
que idoinedad revela en el artista
y en el hombre de ciencia el diario estudio;
y en los reales túmulos y huácas
y ocultos almacenes hánse hallado
platos, vasos y jarras de oro y plata,
collares, broches, piochas y pendientes,
pulceras y coronas, gruesas láminas,
que de bruñida plata eran espejos,
demostrando todo esto en tales obras,
por sus finos detalles acabados,
la exactitud paciente en el trabajo,
ya que en su concepción no la grandeza,
que en atrevidas formas el talento
revela al mundo, cuando el genio es libre,
y á las obras del genio el mundo admira.

Del estéril distrito de *Atacama*,
en grandes cantidades se extraían
hermosas esmeraldas, que con arte
pulir supieron y paciencia suma;
y si entre ellos las perlas no abundaban,
era porque los Incas no querían
que en tal difícil pesca sus vasallos
á perder la paciencia se expusiesen.

¿Cómo fundir supieron los metales
y con gracia labrar y cincelarlos?
¿Cómo pulían las preciosas piedras,
cómo las daban regulares primas,
cómo tallaban sus inmensas moles,
no conociendo el uso del acero?
Para pulir, labrar y darles formas
á tan duras materias, les servían
instrumentos de cobre con estaño;
y es de admirar, que tanto los egipcios,
cuyos trabajos hasta hoy sorprenden,
cuanto los mejicanos y peruanos,
no hubiesen nunca descubierto el uso
del hierro y del acero, cuando estaban
en civilización y en adelantos,
en opuesto hemisferio al frente de ellos;
pero otra cosa hallaron, que supliese
al temple del acero en su dureza,
mas con ellos perdióse su secreto,
que el europeo descubrir no pudo.
Y entre los restos del Perú famosos
aun se ven argollas, que atraviesan
y por los labios ruedan de animales
siendo argolla y cabeza un solo trozo
de cincelado pórfido ó granito.

De las minas de *Porco* y de los valles
del rico *Curimayo* y de los ríos,
y otras también auríferas colinas,
sacaban fácilmente el oro y plata,
que eran preciosos para ornar los templos
é invertir en alhajas y vajillas;
y sin tener que penetrar con picos
las doradas entrañas de sus campos,
iban siguiendo horizontales vetas,
solo cubiertas de verdosa alfombra
ó de finas arenas ó pedruscos;

y estos ricos metales los fundían,
sin que entrase el azogue para nada;
pues ignoraban, aunque allí se encuentra,
su calidad de separar la escoria;
así es que al conquistar los invasores
aquella americana *virgen tierra*,
también sus minas *vírgenes* hallaron,
y con el oro y plata que extrajeron,
á la Europa *atestaron de oro y plata*.

# XVIII

## 1528

No osamos comparar de modo alguno
el gusto arquitectónico peruano
al del árabe, al gótico y al griego;
pero en sus monumentos colosales,
aunque de adornos exteriores faltos,
y moles de granito se descubren
sencillez, solidez y simetría,
que muestras dan de su progreso lento
y civilización, aunque imperfecta,
al mejicano imperio aventajando
en más benigna religión y ritos,
instituciones, leyes y gobierno....
en más amor del Inca á sus vasallos....
en más respecto del vasallo al Inca,
en dividir con equidad las *chacras*,
en evitar la ociosidad funesta,
el bien común buscando para todos;
y en vez de guerras y sangrientos hechos,
y de triunfar en las vecinas tribus,
hacían conocer los beneficios
del trabajo, la paz y sus progresos,
y no como el azteca en fieras lides,
aprisionando al mísero vencido,
para luego ultimarle en sus altares.

Así el peruano imperio se atraía
el afecto de pueblos conquistados,
representando su unidad y fuerza,
mientras que el otro, entre guerreras tribus,
su duro yugo descargando siempre,
de hetereogéneas partes se formaba;
y de esa unión y fuerza fueron fruto
sus mecánicas artes, monumentos,
canales, acueductos y caminos
y su muy extendida agricultura;
aunque inferiores á la raza azteca
en dar visible forma al pensamiento,
espresar sus ideas por escrito,
su inteligencia cultivar, y alzarse
al estudio astronómico y las ciencias.

Y es de notarse, que uno y otro imperio,
—tan cercanos y solo divididos
por pobres tríbus nómades y débiles,
las que iban fácilmente conquistando,—
hubiesen ignorado su existencia,
y sus descubrimientos y costumbres
no se extendieran desde el uno al otro.

Si no se hubiese realizado, entonces,
del nuevo mundo el gran descubrimiento,
ó de esas *dos naciones* la conquista
demorado se hubiese algunas décadas,
quizá al ir extendiendo, simultáneas,
en las bárbaras tríbus su dominio,
hubiéranse encontrado poderosas,
y ambas al choque de feral contienda,
al fin vencer la más perseverante,
formando un solo dilatado imperio,
desde las zonas *del helado Norte*,
hasta el siempre furioso *Cabo de Hornos*;
ó postradas las dos ó destruídas,
amalgamar sus ciencias y costumbres,
aún rivales en poder y glorias.

Si era más varonil la raza azteca,
la peruana excedía en la constancia
de afrontar los trabajos y fatigas;
y en vano buscaráse pueblo alguno
en la remota historia del Oriente,
que en atracción omnímoda se iguale
al poder, que los Incas ejercían:
ni aquel poder del papa *en su apogeo*,
cuando la cristiandad arrodillada,
bajaba su cerviz y obedecía,
ante el rayo mortal del Vaticano,
puede aùn compararse al de los Incas;
verdad es que monarcas y plebeyos
suponían, entonces, ciegamente,
que era el papa de Dios representante,
su palabra *infalible*, un Dios en Roma;

pero el Inca era más: de Dios *el hijo*,
y el Moisés, en su pueblo legislando,
é infringir su mandato un sacrilegio;
y de orígen divino la nobleza,
como parientes de la rama augusta,
su poder por do quiera sostenían,
aunque ante el Inca todos se postrasen,
como el último súbdito sumiso;
y dándose de todo parte al Inca,
su ademán ó su voz era el mandato
que toda su nación obedecía,
sin comentar su voluntad suprema,
como si Dios hablase desde el cielo,
y no un mortal, ornado con la tiara:
era un gobierno bárbaro, arbitrario,
pero en su esencia *paternal y justo*,
cuanto caber en lo arbitrario puede.

Mas esos paternales, justos dones,
eran solo *una gracia* del monarca,
que queriendo á su pueblo, y de él querido,
nada puede temer ni á más aspira,
y no un derecho, que tuviera el pueblo.

¿Y sin ese derecho ni albedrío,
puede existir la dignidad humana,
y la moral y el genio levantarse
del nivel inconsciente de los brutos,
y sentir generosos sentimientos?

¡Nó, jamás! Cuando un déspota gobierna
y el absoluto mando es usurpado,
y sin justicia y sin honor se ejerce,
y por seguir mandando se conculcan
los derechos sociales, las creencias,
y se apaga la luz, que brilla y guía
á su dicha y progreso á las naciones,
entonces las naciones humilladas,
sus patrias libertades ya perdidas,
sienten, lloran ó se alzan y pelean,
como aquel que ha perdido su fortuna,
y sintiendo el horror de la miseria,
el valor reconoce del dinero,
y los goces, que dábale á su vida!

Pero un sér infeliz, que ciego nace,
¿puede formarse idea, por ventura,
del celaje purísimo del cielo,
de una estrellada noche placentera,
del sol naciente con sus luces de oro,
del fuego y la atracción que siente el alma
al contemplar los ojos brilladores
de la mujer que con delirio adora?

Y hasta el hombre de doble vista y ciencia
ó de fecundo genio esplendoroso,
al convertir la piedra en una imagen,
al sacar del laud melífluos ecos,
al hablar el idioma de los dioses
en dulcísimos versos armoniosos,
al soñar en su mente otras beldades
más tiernas, voluptuosas y divinas,
otro mundo al crearse más perfecto,
y otra su patria y libertad más santas,
en sus deliquios de éxtasis sublimes,
¿acaso puede revestir todo esto,
y en materiales formas expresarlo,
sino en las conocidas y palpables,
aunque diversas amalgame y pinte?

¿Cómo á su Dios la cristiandad contempla?
Ora en la cruz ó en su eternal morada.
Tan solo ve su espíritu en un hombre,
circuído de explendor ó en el calvario.
¿Cómo á la reina de los cielos mira,
perfecta, inmaculada y amorosa?
¡Cual á tierna mujer, virgen y madre,
seguro amparo de las almas tristes!
¿Como a su trono santo, prometido
como eterna mansión á los cristianos?
Cual ve el cielo de luz resplandeciente.
¿Cómo á los bellos ángeles escucha,
revoleteando en el dosel divino?
Cual á inocentes niños, entre nubes,
con liras diamantinas, entonando
dulces cantos al Dios de los mortales.
¿Cómo el culpable en su temor concibe
la cólera de Dios y su castigo,
y del infierno las eternas llamas?
Con truenos, tempestades y relámpagos
y azufrantes hogueras azuladas;
y flojos, soñolientos los poetas,
no han sabido inspirarse en este asunto,
incluso el mismo Dante, aunque sublime
al tímido lector, con firme mano,
á la mansión de Lucifer conduce.
¡Solo la inquisición y sus secuaces,
de un modo material en sus tormentos,
poetizar pudieron los suplicios;
y aguzando su espíritu diabólico,
el infierno en la tierra han presentado,
prolongando con gozo la agonía
de millares de víctimas heróicas,
como los tigres, hartos ya de sangre,
acarician la presa entre sus garras!

¿No así, bajo estas materiales formas,

con que hoy se expresa mi modesta pluma,
y hasta el cansancio siempre repetidas,
aunque más bellas y mejor cantadas,
todo el orbe cristiano nos describe
la celestial, inconcebible y magna
grandiosa de su Dios y de su trono,
sin que haya dado un paso y nada sepa
en tan vedadas cosas para el hombre,
después de investigarlas, anhelante,
en diezinueve siglos trascurridos?

Así es, que claramente se deduce:
—*de lo que no se ha visto, ni hay idea,*—
y que haya á lo divino y al espíritu
que materializar de modo alguno,
para darse una idea y comprenderlos;
de lo que no se ha visto no hay idea,
ó se forja de objetos conocidos,
y sin ella no existe forma alguna,
que el ideal del pensamiento exprese,
sino en tangibles cosas que hemos visto.

Y del Perú el laborioso pueblo,
ni por su tradición ni de presente,
otro mejor estado conocía,
de libertad los goces ignorando,
*pues el bien ignorado no se extraña*:
y allí el trabajo bienhechor y digno
era la ley común para el vasallo:
allí el azote de los grandes pueblos,
—la falta de hogar y hambre,—no existía,
ni robos, ni venganzas, ni otros crímenes,
que perturban del hombre la conciencia;
y amantes hijos, abnegados, tiernos,
de su Inca paternal todos en torno,
como á su Dios felices le adoraban,
sin aspirar riquezas ni derechos,
ni de la propiedad los beneficios,
*pues el bien ignorado no se extraña!*

Eso era el *non plus ultra....* era su dicha....
*el gran progreso del estado bárbaro*
de aquella edad de oro del salvaje,
que mucho sorprendió á los invasores,
*y hasta algunos cronistas admiraron!*

Mas si el libre albedrío es innegable,
*donde no hay libertad no hay albedrío;*
y donde férrea la ley traza la senda
de vida, estado y profesión del hombre,
desde que viene al mundo hasta que muere,
*no hay voluntad*, ni en las acciones buenas
mérito alguno, ni espontáneos hechos,
que el mérito lo tiene el *férreo yugo!*

En donde el bien y el mal están en lucha,
y las ciencias no son un monopolio,
sino que la enseñanza se difunde
desde el más pobre sér hasta el magnate,
sus benéficos rayos esparciendo,
como la luz del día, por do quiera:
en donde á prueba la virtud se pone,
entre mil seducciones y asechanzas,
y el honor resplandece inmaculado,
luchando con el hambre y la miseria,
y feliz el mortal con estos triunfos,
se cree más digno que el soberbio rico,
que con desdén le mira ó compadece:
y al genio, á la virtud y al heroísmo
se ennoblecen, se premian y se admiran;
y toda propiedad es inviolable,
fomentando el estímulo al trabajo:
en donde es el hogar sagrado asilo,
libres las profesiones, la conciencia,
iguales los derechos y las leyes,
y cada cual, según sus sacrificios,
puede aspirar á los honrosos cargos,
*¡allí el libre albedrío rige al mundo!*

Solo así el ser moral se encubre y brilla,
y progresan y se alzan las naciones,
*que sin libre albedrío no hay progreso*;
porque los siervos son pasto y ayuda
*del Czar, un Inca, un déspota ó caudillo*

Solo es gobierno aquel que represente
la voluntad del pueblo, que le elige;
*pues no es gobierno el que se usurpa al pueblo!*

Y si puede la Europa, envanecida,
enrostrar á la América salvaje:
—que pasó de los Incas el imperio,
sin dejar huella alguna de existencia;—
también puede la América decirle,
apenas ya al nacer, *civilizada:*
*¡Mirad mi gran República del Norte,*
y callad y aprended ante su vuelo,
*viejas naciones de vetustas leyes!!!* 65

# XIX

## Desde el siglo XV hasta 1531

*Túpac Inca Yupanqui* fué el monarca,
que en el Perú más célebre se hizo
del siglo quince en las finales décadas;
pues á más del acierto y la justicia
con que iba dando impulso al adelanto,
cruzaron victoriosas sus legiones
de Atacama los grandes arenales,
y entre rápidos triunfos penetraron
en los remotos límites de Chile,
en tanto que su hijo *Huayna Cápac*,
ya célebre también, con otro ejército
meridionales pueblos conquistaba
en el reino de Quito floreciente.

Pero entre tantos triunfos y grandezas,
y á fines de aquel siglo, el gran Yupanqui
murió llorado por su pueblo todo,
y su célebre hijo Huayna Cápac,
dignamente en el mando sucedióle:
y no ya su ambición con tales glorias,
ni la borla imperial sobre su frente,
quedara satisfecha; porque su alma,
retemplada al fragor de los combates,
mal se avenia á la quietud del trono;
y el movimiento y luchas anhelaba,
como el hombre al trabajo acostumbrado....
como la ardiente joven, soñadora,
que morando un palacio, entre jardines,
no se contenta con los dulces trinos,
que exhala el ruiseñor enamorado,
sino que anhela, que en su oído suenen
los ecos del amante, que se forja,
y en sus ensueños ve y por él suspira!

Sediendo Huayna Cápac asi de láuros,
con más ardor que su finado padre,
prosiguió la conquista, hasta que Quito,
que ya con el Perú rivalizaba,
quedóle por do quiera sometido
y aumentado su extenso territorio,
y ya su afán de gloria satisfecho;
porque ya en torno de él, todo era nada:
ocupóse en seguir las grandes obras,
que su padre emprendió: vió terminados
los caminos, que al Cuzco y Quito unieron:
llevó su patrio idioma á los confines:
un nuevo impulso dió á la agricultura:
perfeccionó el servicio de correos,
y varios planes de pasados Incas,
con general aplauso llevó á cabo,
haciendo más holgada y más dichosa
de sus buenos vasallos la existencia.

Nunca vióse el Perú más floreciente,
y parecía entrar en un período
de civilización y de progreso,
tan rápido y brillante, cuanto fuera
antes por largos años rutinario:
era *ya el despertar* de un hombre hercúleo,
*adormido por siglos*, en un bosque.

Rodeaban el Inca, por do quiera,
el amor de su pueblo agradecido,
los placeres y goces del palacio,
y las tiernas caricias voluptuosas,
de sus miles de amantes concubinas,
las más preciosas niñas de su reino.
Empero el Inca, así divinizado,
¿era feliz... estaba satisfecho...
sentía su existencia deslizarse
como la flor, que esparce su perfume
y el beso de las áuras acaricia?
¿Qué podía anhelar que no tuviera?
¿Era feliz y se expandía su alma?
¡No: nadie en el mundo serlo puede,
que es la felicidad *un imposible!*
Y desde la cabaña hasta el palacio,
no existe tan completa como creemos,
que otros la gozan y envidiamos siempre,
corriendo así la vida, entre esperanzas!

¿Qué faltaba á su dicha, á sus deseos,
que tener á sus plantas no pudiese,
cuando todo, *sin límites* podía?

¡Ah! una mujer con el mirar de fuego,
su tez pálida y suave, como el ámbar,
largos cabellos negros y brillantes,
rojizos labios y de finas formas....
y esa mujer no estaba entre las suyas,
que en medio de sus triunfos *vióla lejos:*
hija del rey de Quito, en Quito estaba,

llorando de su padre la caída,
triste, infelice y sin su fausto regio,
mientras también el Inca en su palacio,
á sus solas lloraba aquella ausencia,
*que era un dardo que á su alma atravesaba!*

¿Pero acaso el que todo lo podía,
llevar no pudo á su mansión dichosa
á una joven del reino conquistado,
feliz hacerla y como esposa honrarla?

No: que tal era su pasión vehemente
la sed de contemplarla, sin testigos,
ni otras su dicha le envidiasen nunca,
que como un insensato meditaba
dejar el reino, glorias y mujeres,
y con ella del mundo separarse,
para ella solo amar y sin testigos,
que sus dichas y amores envidiaran:
y sufriendo por ella noche y día,
más y más le abrumaba tal idea,
sin que ninguno penetrar pudiese
la misteriosa cáusa de sus penas,
ni el volcánico amor de su alma ardiente
aunque ya ni mirase á sus amantes,
ni del reino atendiese á los asuntos.

Y con pesar y asombro de su corte,
de concubinas y apenados pueblos,
y entre el dolor y llanto de su esposa,
de Huáscar, el mayor, y Manco Cápac,
sus legítimos hijos y varones,
para Quito, partió como el esclavo,
que con gozo trozando sus cadenas,
de santa libertad èl aire aspira.

Los cronistas de Quito aseguraron,
que el Inca, en Quito, honró á la bella hija
del vencido monarca, como á *Coya*,
y su esposa legítima la hizo,
como indemnización de la perdida
grandeza de su padre y congraciarse
de este modo el afecto de aquel pueblo;
pero este honor, según costumbre y leyes,
únicamente reservado estaba
para hermana legítima del Inca,
y eran *solo sus hijos* los que al trono,
según su prioridad subir podían;
mas fuera como esposa ó concubina,
á ella adoró tan solo hasta su muerte,
y residió y murió en el nuevo reino,
desde allí gobernando hasta el antiguo:
sin testigos allí, feliz y ufano,
de su dichosa unión con la quiteña,
solo vivióle un hijo, era *Atahualpa*,
más que su reino todo, su alegría,
su esperanza y placer, y le adoraba
con el mismo cariño que á la madre:
en palacio sentábale en su trono,
en la real litera andaban juntos,
y llevábale á todas sus campañas:
ambos comían en el mismo plato,
y pernoctaban en la misma tienda;
y querían también y respetaban
al joven Atahualpa las legiones
y viejos generales de su padre,
por su valor, carácter y los rasgos
de géneros y altos sentimientos,
y su precoz viveza, sorprendente.

Y venturoso el Inca Huayna Cápac,
—aunque fueron los años extinguiendo
de sus viriles bríos su arrogancia,
y la vejez saliérale al encuentro,—
unidos á ambos reinos contemplaba,
concluídas ya las obras colosales,
y otras iguales emprenderse siempre:
floreciente su imperio, y en camino
de ver en breve sus feraces frutos
de las grandes reformas y adelantos,
que seguía implantando, sabio y grande.

¿Y fué feliz el Inca Huayna Cápac,
al ver cumplida su ambición inmensa,
su amor inestinguible satisfecho,
y tener siempre á su hijo entre sus brazos,
y como á un Dios el pueblo bendecirle?

¡No: ni nadie en el mundo serlo puede,
que es la felicidad *un imposible*,
pues llegaron á oídos del monarca
las conquistas de Nuñez de Balboa
y su postrer empresa, atravesando
de San Míguel el solitario golfo;
y luego, que en la isla de las Perlas
construyendo dos buques formidables,
pudo osado zarpar del Río Balsas;
y conoció el poder de aquellos hombres,
que bajados del cielo y en las alas
de blancas nubes, navegar sabían;
venciendo, por do quiera, como dioses,
con relámpagos, truenos y la muerte
á cuanto en su camino se opusiera;
y comprendió sagaz Huayna Cápac,
que ante esos blancos seres invasores,
no podría oponer defensa alguna;
y triste y silencioso, desde entonces,
extrañóse en la corte su reserva,

sin que ninguno penetrar pudiese
de su duelo la causa misteriosa,
ni su presentimiento doloroso;
pues nadie osara interrogarle nunca,
ni él quiso, entonces, expresarlo á nadie,
para no intimidar á sus legiones,
si su temor á conocer llegaban.

Así *diez años* trascurrieron tristes
para ese antes monarca tan dichoso,
hasta que se extendió la infausta nueva,
desde uno á otro confín de aquel imperio:
—que unos blancos guerreros formidables,
venciendo por do quiera, irrisistibles,
por el *Río San Juan* bajado habían.—
Era la pobre espedición de Almagro,
que hasta la embocadura de ese río
de la otra de Pizarro anduvo en busca.

Con tan funesta nueva coincidieron
en aquella nación supersticiosa,
mas de todos el pánico aumentando,
según varios autores de ese tiempo,
aunque otros circunspectos lo desmienten:
—que viéronse cruzar, con luz siniestra,
furibundos cometas por el cielo:
que rodeada apareció la luna
de cárdenos colores encendidos,
y en las altas montañas, resonando
de terremotos los lejanos ecos,
rayos cayeron, con estruendo insólito,
en algunas mansiones del monarca,
destruyendo su trono y sus altares:
que en la plaza del Cuzco contemplóse
á una águila real, ya sin aliento,
por millares de alcones perseguida,
y luego entre sus garras destrozada:
y otros tristes augurios de exterminio,
que muchos nobles, con profunda pena,
como fin del imperio descifraron.— 66

En aquella nación supersticiosa,
un profundo pesar causó todo esto
y mas que todos, acuitóse el Inca,
ya sin bríos, anciano y achacoso;
y su muerte sintiendo ya cercana,
y convocando á toda su nobleza;
al alto sacerdocio y generales,
como si fuera á hacer su testamento,
les declaró su voluntad suprema,
pidiéndoles que todos la cumpliesen:
—al noble Huáscar, su hijo primogénito,
todo el antiguo imperio le entregaba,
y cedía á Atahualpa el nuevo reino,
pues les dijo: —que siendo allí nacido,
y por parte de madre el heredero
de sus antepasados los monarcas,
mandar allí, como derecho propio,
no á otro, sino á él, correspondía.—
Y aún ya agonizante, aliento tuvo
para pedir á jefes y prelados:
—que la paz de ambos reinos conservasen—
Y á sus dos hijos ordenó severo:
—que siempre como hermanos se quisiesen,
y mútuamente en todo se ayudaran,
si dignos de su raza ser querían.—

Pero el que á todos demandaba ayuda,
é hiciérales jurar que conservasen
la antigua tradición de aquel imperio,
al espirar él mismo la rompía,
dividiendo *un poder indivisible,*
que fué, hasta entonces, único y divino,
destrozando las leyes más sagradas
y perdiendo el carácter de Dios-Inca;
peró tal de su pueblo era el respeto,
y tan grande y glorioso fué el reinado
de este Inca, de todos el más grande,
que corte y clero prometieron todo,
aun contra su conciencia, y presintiendo
las futuras desgracias que á su patria
ese gran atentado, cometido
por el Inca espirante causaría!

Y la fatal noticia de su muerte
llenó á todo su imperio estremecido,
de bien sentida y de profunda pena:
todos reconocieron, que otro Inca
más valiente, magnánimo y famoso,
tal vez por largos siglos no tendrían:
fué pues, un duelo general, solemne;
pero de Quito el reino, sobre todo,
fué el que más le sintió y más perdiera,
y demostrarlo supo agradecido,
que no un conquistador, sino un gran padre
fué de ese pueblo, que quedó á su muerte
embellecido, próspero y teniendo
á un joven Inca por ilustre jefe,
en cuyas venas, con honor corrían
de sus extintos jefes pura sangre
y la de Huayna Cápac, de Dios hijo.

En Quito hizo Atahualpa que quedara
el corazón del Inca, que amoroso
dividió su cariño entre hijo y madre;
y con solemne pompa, inusitada,
en aquel nuevo reino, condolido,
embalsamado el cuerpo se condujo

al gran templo del sol, mansión postrera;
y con gran esplendor sus funerales
hiciéronse en el Cuzco, entre suntuosos
sacrificios, ofrendas y canturias,
por millares quitándose la vida
sus concubinas, súbditos y criados,
para del sol seguirle á su morada.

Como no hay pena que durable sea,
—porque sinó la gente viviría
en un perpétuo infierno insoportable,—
después que en Cuzco y Quito terminaron
los regios funerales, procedióse
una gran fiesta á celebrar en breve;
y en Quito y Cuzco fueron coronados
con la encarnada borla de los incas
los dos hermanos Atahualpa y Huáscar;
y del Perú los sorprendidos pueblos,
que acudían al Cuzco y presenciaban
esa coronación y ceremonia,
no comprendían, aunque aquello vieran,
como el *sumo poder indivisible,*
como el sol su Dios, único y divino,
desde la fundación de aquel imperio,
ya podía *en dos Incas* dividirse;
y hacer la misma cosa en adelante
de Huayna Cápac los reinantes hijos:
y los ancianos auguraban males
y su breve ruina y anarquía,
viendo así holladas religión y leyes
por aquel consentido sacrilegio:
y los nobles guerreros, ambiciosos,
ya el poder sumo de los Incas vieron
desvanecerse en *inespertas manos,*
como un fantasma al fulgurar el día;
y esperaban que Huáscar ó Atahualpa,
en inminente, fratricida guerra,
los llamara y premiara sus servicios.

Tal era en el Perú, por aquel tiempo,
la situación política y extraña,
cuando Huáscar, mayor que su otro hermano,
trató prudente de arreglarlo todo,
y que el postrer mandato de su padre:
—de que en paz gobernasen,—se cumpliese;
era bueno, pacífico y amable,
generoso, valiente y moderado,
y conservar la paz *cinco años* pudo,
á pesar de los hechos de Atahualpa,
que atrevido, ambicioso y arrogante,
en estado de guerra puso á Quito,
á pretesto de hacer nuevas conquistas
en las salvajes tribus inmediatas,
en tanto que los viejos generales,
que de su padre al lado se formaron,
á que el Cuzco invadiese le azuzaban,
mientras que á Huáscar, otros ambiciosos,
anhelando adquirir más predominio,
los planes de Atahualpa y sus traiciones
hacíanle patentes:—y que su honra
no debía sufrir estos desmanes,
y la entrega pedir de Tumebamba,
cuyo dominio hallábase dudoso.—
Hízolo Huáscar, mal aconsejado,
y Atahualpa, negándose á la entrega,
sus fuerzas dispusieron, y á la lucha
ambos hermanos con ardor llegaron.

En Canarís, de Quito territorio,
el combate primero lugar tuvo;
y como eran del Cuzco las falanges
muchas más numerosas, destrozaron
á las resueltas tropas de Atahualpa,
quien cayó prisionero y fué encerrado
en una casa, próxima al combate;
mas la guardia, embriagóse con el triunfo,
y venciendo la puerta el prisionero,
con un palo, que dióle una quiteña;
corrió á su capital, reunió á sus tropas,
y con bélico acento así las dijo:
«Después que las falanges enemigas
en Canarís las nuestras derrotaron,
fuí preso, y hallábame sufriendo
el despecho, el dolor y la vergüenza,
cuando súbito todo se ilumina,
en medio de la noche tormentosa,
por los rayos del sol, en hebras de oro;
y mi querido padre apareciendo,
como foco de luz de aquellos rayos,
con profética voz me dijo, escucha:
—Vuelve á tu capital, junta tus tropas,
que mis viejos y expertos generales
te seguirán triunfantes hasta el Cuzco,
y serás del Perú tú solo el Inca;
porque tú eres mi hijo más querido,
y por el sol bendito, nuestro padre.—
Y viéndome en culebra trasformado,
salgo de mi prisión... huyen las guardias
al mirar que así ante ellos me presente...
el espanto propágase en su ejército,
y mi persona y sér, al verme libre,
otra vez ya recobro; y decidido
á triunfar ó morir, junto á vosotros,
abro otra ardiente y sin cuartel campaña,
para cumplir la voluntad suprema
de Huayna Cápac, mi divino padre.»

Casi todos creyeron este cuento

del astuto Atahualpa, entusiasmados:
y de su padre las guerreras tropas
uniéronsele muchas, que mandaban
los dos más duchos y guerreros jefes,
que al lado tuvo siempre Huayna Cápac
y en su tienda á Atahualpa, desde niño,
enseñaron, quisieron y cuidaron:
el famoso Quizquíz era el primero,
y el viejo Chalcuchima, que era hermano
de la madre del joven Atahualpa,
quien con francas maneras y promesas,
precoz denuedo y naturales dotes,
era también querido de las tropas,
que en la tienda del Inca le miraran
juzgar, correr y manejar el arco,
y pelear después en los combates.

Por estos dos guerreros dirigido,
y al frente del ejército animoso,
recomenzó Atahualpa su campaña,
hasta llegar á la ciudad de Ambato,
donde el paso atajóle un gran ejército,
que un distinguido jefe dirigía,
y del Inca pariente muy cercano:
trabóse allí un combate muy sangriento,
y *desde la mañana, hasta la noche*,
con iguales ardor y valentía
lucharon sin cesar, encarnizadas,
anhelando triunfar ambas falanjes;
pero de Huáscar muerto el bravo jefe,
desbandóse el ejército peruano,
con general asombro de ese imperio,
que por *la vez primera* contemplaba
postrado el estandarte del arco-iris,
en el más largo y colosal combate
que el Chimborazo *presenció hasta entonces*.67

Orgulloso Atahualpa de su triunfo,
y ávido de vengar la dura afrenta
de haber antes caído prisionero,
y haberle los peruanos derrotado,
en ellos *hizo gran carnicería*,
después de la victoria y ya dispersos;
y prosiguió veloz á Turnebamba,
que habíase pasado á su contrario,
aunque estaba de Quito en territorio:
aquí vióse al monarca, vengativo,
de duro corazón, fiero y terrible,
cuando el triunfo y su propicia suerte,
magnánimo y sensato no le hicieron;
aunque á los hombres de carácter duro,
los hace más despóticos y vanos
todo no merecido encumbramiento:
aquí *pasó á cuchillo* al vecindario,
entre el lamento y general asombro;
arrasó la ciudad á sangre y fuego,
y lo mismo fué haciendo en los distritos,
que á Huáscar se pasaron, auque ancianas,
niños y enfermos, con dolientes voces,
su perdón implorasen de rodillas.
Atahualpa sereno.... inexorable,
adelante seguía.... y su camino
iba con sangre humana señalando!

Al vencedor abríanle sus puertas
los aterrados pueblos, y triunfante
prosiguió hasta enfrentar la isla de Puna,
mas un leve contraste aquí sufriendo,
dejó que los tumbeces, que á su cáusa
habíanse ya unido, allí lidiasen;
y para Cajamalca dirigióse.
sin encontrar obstáculo ninguno,
do el cuartel general quedó instalado
para enviar al ejército refuerzos
ó poder sostener la retirada:
allí quedó Atahualpa; y los dos jefes,
con sus mejores tropas, hacia el Cuzco
consiguieron cruzar el Apurimac,
y á la gran capital mirar de frente,
sin que corriese Huáscar á su encuentro.

Pero habíase Huascar preparado,
desde el primer desastre, y sus legiones,
indefensa dejando al vasto imperio,
reconcentradas en el Cuzco estaban
por consejos de todo el sacerdocio....
tímidos consejeros y funestos,
cuando ven en peligro su existencia,
pues juzgándose *siempre necesarios*,
*jamás se exponen ni aventuran nada*;
y cuando, entonces, vióse al enemigo,
creyó oportuna, entonces, la salida.

Eran más numerosas las legiones
que del Cuzco salieron al combate,
pero menos expertas y guerreras,
y más disciplinadas las contrarias,
y por mejores jefes dirijidas:
y ambas de Quipaypán en la llanura
á decisiva lucha se aprestaron:
y al despuntar el día ya trabóse
aquel combate horrendo y memorable,
hasta que de la noche el negro velo....
las fatigas, los ayes y montones
de heridos y de muertos, impidieron
que el placer de matarse prosiguiese:
los soldados fanáticos de Huáscar,
ardiendo de entusiasmo, defendían

á su Inca y religión, su patria y leyes,
cual si lidiaran por salvar sus hijos:
con desesperación daban la muerte,
sin tratar de salvar su propia vida,
á su Inca y tradición siempre leales,
mientras los de Atahualpa, ya engreídos
con sus contínuos triunfos y confiados
en la pericia de sus viejos jefes,
esperaban seguros la victoria,
que declaróse al fin por Atahualpa;
y antes que de la noche el negro velo
suspender el combate les hiciera,
veíanse los muertos á montones....
como grupos de arbustos en un valle;
y cansados de Huáscar los vasallos,
ensañáronse en ellos los de Quito,
*hasta casi acabar* con ese ejército,
que firme, sonriendo y sin rendirse,
esperaba fanático la muerte;
y aumentaron de muertos los montones
la saña y el furor de los de Quito,
*hasta casi acabar* con ese ejército;
porque la vista de la hirviente sangre
y el salvaje furor de la pelea,
son cual espuma de precioso vino,
ó el lúbrico placer ó amor al oro,
y tan voraces, firmes é insaciables,
que trastornan, embriagan y enloquecen,
hasta hacer despreciar la propia vida:
y descubriendo á Huáscar, vacilante,
y *de unos mil arqueros* en el centro,
que un muro con sus pechos le formaban,
allí exhalando sus salvajes gritos,
famélicos corrieron los triunfantes,
y á ese muro de pechos derribando,
sacóse al Inca Huáscar, prisionero,
de otro montón de cuerpos destrozados!

A Cajamalca de la gran victoria
llegó la nueva, en alas de la fama,
y Atahualpa, sus tropas y los pueblos
á celebrar el triunfo se entregaron;
y entre lujosas fiestas el monarca,
con régia pompa trasladóse al Cuzco,
en donde el clero, jefes y nobleza
á rendirle corrieron su homenaje,
como todos lo rinden al que triunfa,
*cuando quieren medrar en la política*
y sus empleos conservar y honores;
y como sucesor y el heredero
de Quito y del Perú fué coronado
por el gran sacerdote, entre las preces,
ofrendas, sacrificios y canturias,
que en el templo del sol se celebraron,
volviendo á ser mirado ya Atahualpa
un gran monarca, como fué su padre.

Dice un historiador de aquellos tiempos,
que después de esta grande ceremonia,
la nobleza del reino fué invitada
para arreglar de Huáscar los derechos;
y cuando hallóse toda ya en el Cuzco,
hízola asesinar por sus sicarios,
y exterminó entre bárbaros tormentos,
niños, mujeres, jóvenes y ancianos,
y tantos de los deudos y nobleza,
cuantos derechos alegar pudiesen;
mas de tales matanzas y perfidias
ningún otro escritor dice palabra,
aunque fuese Atahualpa vengativo
y orgulloso y cruel, como un tirano.
¿Y cómo, pues, se exterminó á la raza,
que pudiera oponer mejor derecho
al que dióle su padre y la victoria,
dejó con vida á su rival cautivo
y á Manco Capac, su segundo hermano? 68

Mas cegado Atahualpa y orgulloso,
con el verde laurel de la victoria,
no vió en el horizonte aquel nublado,
que junto al río de San Juan alzóse,
y de su previsor y experto padre
el ánimo aflijido conturbara:
orgulloso Atahualpa y engreído,
como dueño y señor de aquel imperio,
descuidó de su imperio la defensa,
cuando una nueva religión divina
y el genio, el heroísmo y el progreso
á sus débiles puertas ya llamaban,
y en seguida abriría á todas ellas
el pomo de la espada de Pizarro,
como rompe murallas un ariete;
pero tal vez hubiera, vacilante,
visto caer la espada de sus manos
el gran conquistador, cual débil niño,
si como antes hubiérase encontrado,
fuerte, altivo y compacto aquel imperio,
y no ya anarquizado y dividido,
como en la época hallóle de Atahualpa,
que orgulloso y cegado se adormía
bajo el verde laurel de la victoria,
sin sentir en las puertas ya los golpes
del pomo de la espada de Pizarro,
que iba á escalar al trono de los Incas,
y en el cual, vencedor, logró sentarse,
para dar á sus reyes este imperio. 69

del astuto Atahualpa, entusiasmados:
y de su padre las guerreras tropas
uniéronsele muchas, que mandaban
los dos más duchos y guerreros jefes,
que al lado tuvo siempre Huayna Cápac
y en su tienda á Atahualpa, desde niño,
enseñaron, quisieron y cuidaron:
el famoso Quizquíz era el primero,
y el viejo Chalcuchima, que era hermano
de la madre del joven Atahualpa,
quien con francas maneras y promesas,
precoz denuedo y naturales dotes,
era también querido de las tropas,
que en la tienda del Inca le miraran
juzgar, correr y manejar el arco,
y pelear después en los combates.

Por estos dos guerreros dirigido,
y al frente del ejército animoso,
recomenzó Atahualpa su campaña,
hasta llegar á la ciudad de Ambato,
donde el paso atajóle un gran ejército,
que un distinguido jefe dirigía,
y del Inca pariente muy cercano:
trabóse allí un combate muy sangriento,
y *desde la mañana, hasta la noche*,
con iguales ardor y valentía
lucharon sin cesar, encarnizadas,
anhelando triunfar ambas falanjes;
pero de Huáscar muerto el bravo jefe,
desbandóse el ejército peruano,
con general asombro de ese imperio,
que por *la vez primera* contemplaba
postrado el estandarte del arco-iris,
en el más largo y colosal combate
que el Chimborazo *presenció hasta entonces*.67

Orgulloso Atahualpa de su triunfo,
y ávido de vengar la dura afrenta
de haber antes caído prisionero,
y haberle los peruanos derrotado,
en ellos *hizo gran carnicería*,
después de la victoria y ya dispersos;
y prosiguió veloz á Turnebamba,
que habíase pasado á su contrario,
aunque estaba de Quito en territorio:
aquí vióse al monarca, vengativo,
de duro corazón, fiero y terrible,
cuando el triunfo y su propicia suerte,
magnánimo y sensato no le hicieron;
aunque á los hombres de carácter duro,
los hace más despóticos y vanos
todo no merecido encumbramiento:
aquí *pasó á cuchillo* al vecindario,
entre el lamento y general asombro;
arrasó la ciudad á sangre y fuego,
y lo mismo fué haciendo en los distritos,
que á Huáscar se pasaron, auque ancianas,
niños y enfermos, con dolientes voces,
su perdón implorasen de rodillas.
Atahualpa sereno.... inexorable,
adelante seguía.... y su camino
iba con sangre humana señalando!

Al vencedor abríanle sus puertas
los aterrados pueblos, y triunfante
prosiguió hasta enfrentar la isla de Puna,
mas un leve contraste aquí sufriendo,
dejó que los tumbeces, que á su cáusa
habíanse ya unido, allí lidiasen;
y para Cajamalca dirigióse,
sin encontrar obstáculo ninguno,
do el cuartel general quedó instalado
para enviar al ejército refuerzos
ó poder sostener la retirada:
allí quedó Atahualpa; y los dos jefes,
con sus mejores tropas, hacia el Cuzco
consiguieron cruzar el Apurimac,
y á la gran capital mirar de frente,
sin que corriese Huáscar á su encuentro.

Pero habíase Huascar preparado,
desde el primer desastre, y sus legiones,
indefensa dejando al vasto imperio,
reconcentradas en el Cuzco estaban
por consejos de todo el sacerdocio....
tímidos consejeros y funestos,
cuando ven en peligro su existencia,
pues juzgándose *siempre necesarios*,
*jamás se exponen ni aventuran nada*;
y cuando, entonces, vióse al enemigo,
creyó oportuna, entonces, la salida.

Eran más numerosas las legiones
que del Cuzco salieron al combate,
pero menos expertas y guerreras,
y más disciplinadas las contrarias,
y por mejores jefes dirijidas:
y ambas de Quipaypán en la llanura
á decisiva lucha se aprestaron:
y al despuntar el día ya trabóse
aquel combate horrendo y memorable,
hasta que de la noche el negro velo....
las fatigas, los ayes y montones
de heridos y de muertos, impidieron
que el placer de matarse prosiguiese:
los soldados fanáticos de Huáscar,
ardiendo de entusiasmo, defendían

á su Inca y religión, su patria y leyes,
cual si lidiaran por salvar sus hijos:
con desesperación daban la muerte,
sin tratar de salvar su propia vida,
á su Inca y tradición siempre leales,
mientras los de Atahualpa, ya engreídos
con sus contínuos triunfos y confiados
en la pericia de sus viejos jefes,
esperaban seguros la victoria,
que declaróse al fin por Atahualpa;
y antes que de la noche el negro velo
suspender el combate les hiciera,
veíanse los muertos á montones....
como grupos de arbustos en un valle;
y cansados de Huáscar los vasallos,
ensañáronse en ellos los de Quito,
*hasta casi acabar* con ese ejército,
que firme, sonriendo y sin rendirse,
esperaba fanático la muerte;
y aumentaron de muertos los montones
la saña y el furor de los de Quito,
*hasta casi acabar* con ese ejército;
porque la vista de la hirviente sangre
y el salvaje furor de la pelea,
son cual espuma de precioso vino,
ó el lúbrico placer ó amor al oro,
y tan voraces, firmes é insaciables,
que trastornan, embriagan y enloquecen,
hasta hacer despreciar la propia vida:
y descubriendo á Huáscar, vacilante,
y *de unos mil arqueros* en el centro,
que un muro con sus pechos le formaban,
allí exhalando sus salvajes gritos,
famélicos corrieron los triunfantes,
y á ese muro de pechos derribando,
sacóse al Inca Huáscar, prisionero,
de otro montón de cuerpos destrozados!

A Cajamalca de la gran victoria
llegó la nueva, en alas de la fama,
y Atahualpa, sus tropas y los pueblos
á celebrar el triunfo se entregaron;
y entre lujosas fiestas el monarca,
con régia pompa trasladóse al Cuzco,
en donde el clero, jefes y nobleza
á rendirle corrieron su homenaje,
como todos lo rinden al que triunfa,
*cuando quieren medrar en la política*
y sus empleos conservar y honores;
y como sucesor y el heredero
de Quito y del Perú fué coronado
por el gran sacerdote, entre las preces,
ofrendas, sacrificios y canturias,
que en el templo del sol se celebraron,
volviendo á ser mirado ya Atahualpa
un gran monarca, como fué su padre.

Dice un historiador de aquellos tiempos,
que después de esta grande ceremonia,
la nobleza del reino fué invitada
para arreglar de Huáscar los derechos;
y cuando hallóse toda ya en el Cuzco,
hízola asesinar por sus sicarios,
y exterminó entre bárbaros tormentos,
niños, mujeres, jóvenes y ancianos,
y tantos de los deudos y nobleza,
cuantos derechos alegar pudiesen;
mas de tales matanzas y perfidias
ningún otro escritor dice palabra,
aunque fuese Atahualpa vengativo
y orgulloso y cruel, como un tirano.
¿Y cómo, pues, se exterminó á la raza,
que pudiera oponer mejor derecho
al que dióle su padre y la victoria,
dejó con vida á su rival cautivo
y á Manco Capac, su segundo hermano? 68

Mas cegado Atahualpa y orgulloso,
con el verde laurel de la victoria,
no vió en el horizonte aquel nublado,
que junto al río de San Juan alzóse,
y de su previsor y experto padre
el ánimo afligido conturbara:
orgulloso Atahualpa y engreído,
como dueño y señor de aquel imperio,
descuidó de su imperio la defensa,
cuando una nueva religión divina
y el genio, el heroísmo y el progreso
á sus débiles puertas ya llamaban,
y en seguida abriría á todas ellas
el pomo de la espada de Pizarro,
como rompe murallas un ariete;
pero tal vez hubiera, vacilante,
visto caer la espada de sus manos
el gran conquistador, cual débil niño,
si como antes hubiérase encontrado
fuerte, altivo y compacto aquel imperio,
y no ya anarquizado y dividido,
como en la época hallóle de Atahualpa,
que orgulloso y cegado se adormía
bajo el verde laurel de la victoria,
sin sentir en las puertas ya los golpes
del pomo de la espada de Pizarro,
que iba á escalar al trono de los Incas,
y en el cual, vencedor, logró sentarse,
para dar á sus reyes este imperio. 69

# XX

## 1528 - 1530

Ya casi viejo el infeliz Pizarro,
—pues *sesenta y seis años* ya tenía—
aunque siempre tenaz aventurero,
volvió á pisar las playas de su patria
tras *veinte años* de ausencia,
tan pobre de dinero,
*cual rico de esperanzas y paciencia!*

¿Quién salió á recibirle y hospedarle?
¿Quién conocía á aquél recién venido,
en su patria extrangero?
Un amable alguacil corrió á buscarle,
por hábil licenciado requerido,
en virtud de *antiquísima sentencia;*
y el pobre aventurero
á la cárcel fué al punto conducido,
sin haber en su patria cometido
más crímen, *que mostrarle su presencia!*

¿Por qué se le aprehendía,
sin más procedimiento,
en aquellos instantes,
que el *bastardo* á su patria bendecía,
*llorando de contento?*

Del bachiller Enciso á pedimento,
que favorable obtuvo una sentencia
*unos quince años* antes,
en el pleito por *daños y perjuicios*,
que en la corte siguió contra Balboa,
y los que á Tierra Firme le siguieron,
cuando por *ambicioso y peculado,*
al bachiller Enciso depusieron
del gobierno usurpado.

Al llegarse á saber la tropelía,
gritó el pueblo, indignado,
y más gritó al saber, que había hallado
aquel preso inocente,
en un lejano imperio de occidente,
el país ó recinto
*del oro, de las perlas y esmeraldas,*
cuya conquista á proponer venía
á su rey Carlos quinto,
que entonces en Toledo residía;
quien al saber *la fama y los proyectos*
del que preso en Sevilla se tenía,
y de Enciso el enredo,
mandó:—que en libertad se le pusiera,
su embargado equipaje se le diera,
y al punto dirigiérase á Toledo.- -

Y grave, cincunspecto y pensativo,
como el hombre eminente,
que solo tiene en su abrazada mente
un perenne objetivo,
ante su rey se presentó Pizarro,
modesto, aunque elocuente,
conmovedor, veraz y minucioso,
elegante, magnífico y bizarro,
que *era alto, erguido y de gentil presencia,*
como un héroe á quien nada le intimida
y á todo acostumbrado;
y el rey ante su corte dióle audiencia,
y con sumo silencio fué eseuchado
allí expuso Pizarro, extensamente,
desde el tiempo del ínclito Balboa,
sus viajes, por desiertos y los mares,
y firme lucha ardiente
contra indios, el hambre y los azares
de mil padecimientos,
que soportaron él y sus amigos
en sus descubrimientos,
para esparcir la luz del cristianismo
y extender en las Indias, de sus reyes
imperios y pendones,
renombre, gloria y leyes:
que del gran mar del Sud en las regiones
más bellas y lejanas,
había al fin hallado,
por Dios favorecido,
aquel imperio por Colón *buscado,*
en las tierras indianas;
y que las perlas, oro y finas piedras
en su hallado país más abundaban,
que en Tartaria, Cathay, Mangui y Cipango,
pues hasta se encontraban
á flor de tierra y en el mismo fango:
que venía tan gran descubrimiento
á poner á los piés de su grandeza,

y también á ofrecerse á su conquista,
si creía su alteza
que era digno de tal merecimiento.—

Y Pizarro hizo entrar á los indianos,
de desnudas espaldas,
como las *llamas* y *telas* que traían:
sacó *sus perlas, oro y esmeraldas,*
y juntando sus manos
doblegó sus rodillas en el suelo,
al correr una lágrima en su rostro
de dicha y de consuelo,
como única expansión de sus servicios.

Conmoviéronse el rey y los magnates.
ante esa relación tan lastimosa,
y esa vida de inmensos sacrificios;
y absortos escucharon
aquella al par, también maravillosa
del otro opuesto mundo:
las muestras contemplaron
de las perlas, el oro y esmeraldas;
pero lo más preciado y sorprendente,
no fueron para el rey ni cortesanos,
dudosos al coger y vacilantes,
los montones de perlas en sus manos,
sino las ricas telas de Occidente,
*más finas y brillantes,*
que las más celebradas del Oriente.

Cortés y caballero
era de España el rey *Carlos primero*
y quinto emperador de la Alemania;
--y agradeció á Pizarro sus servicios,
protección prometióle y que en seguida
se ocuparía de su gran propuesta,
mas que *la diera ya por admitida.*—

¡Y cómo trepidar, cuando la suerte,
reinos, láuros, grandezas y conquistas,
como una madre protectora abarca,
para brindarlo todo al que de Europa
era ya, entonces, *el primer monarca!*

Era el rey de la España poderosa;
y el triunfo de Pavía
le entregó al rey de Francia prisionero:
la Italia, amedrentada, enmudecía
al ver al rey guerrero,
que en la humillada Roma
á su papa Clemente deponía:
que de su voz y acero
se encontraban pendientes las naciones,
y que el nuevo pontífice en Bolonia
con la imperial corona le esperaba....
¿Ya, entonces, su poder no se igualaba
al del antiguo rey de Macedonia?
No: que aún le escedía;
porque de un gran imperio,
más dilatado y rico que los suyos,
en opuesto hemisferio,
Hernán Cortés el cetro le entregaba,
con hidalga grandeza, jamás vista,
y señoril decoro,
*mientras Pizarro á su palacio entraba,*
de otro imperio á ofrecerle la conquista,
para después *llenar sus arcas de oro!*

Partió el rey en seguida de Toledo;
pero de oro y conquistas insaciable,
dejó encargado á su consejo de Indias:
—que el pedido convenio celebrara
de un modo á su corona favorable,
y Pizarro á cumplirlo se marchara;—
mas íbase el acuerdo prolongando,
y Cortés y Pizarro, diariamente,
en palacio se fueron encontrando;
y como amigos fueron
desde *Santo Domingo,*
esa amistad á renovar volvieron,
con los recuerdos de pasados días,
entre penas, batallas y alegrías;
y ya Pizarro de esperar cansado,
manifestó á su amigo:
—que su bolsillo hallábase agotado,
y que esperar más tiempo no podía,
ni tampoco quería,
como un triste mendigo,
pedir al rey favores ni dinero;
porque él al rey á dárselos venía,
al querer celebrar aquel convenio;
pues para esa conquista se bastaba
con su entusiasmo, decisión é ingenio.—

Hernán Cortés se hallaba
al fin de su carrera, tan gloriosa,
y de honores colmado;
pero triste su error se reprochaba,
de haberse confiado
en una corte ingrata y engañosa,
y no haber un convenio celebrado,
salvando sus derechos,
sin conseguir siquiera,
que como justo premio á sus servicios,
el político mando se le diera
de aquel gran reino, que entregaba á España,
en donde sostenía,
contra viles intrigas y sorpresas,

*más difícil campaña,*
que todas las que hizo en sus empresas;
y recordando de Colón, entonces,
*los años postrimeros,*
que pasó sus derechos implorando
del pérfido Fernando,
comprendió que no hay leyes,
derechos ni contratos,
que obliguen á los reyes,
y que todos los reyes *son ingratos;*
pues soberbios presumen,
que rendirles servicios eminentes
de sus vasallos son obligaciones;
y á los héroes y sábios de su patria
confunden con los viles adulones,
y tratan por igual, como á sirvientes;
y creen *haber cumplido,*
tirándoles *un título* á la cara,
cual se da una limosna al desvalido!

Guerrero, y en la corte cortesano,
por esperiencia propia,
y como triste, herido veterano,
que el desencanto y el veneno acopia,
Hernán Cortés, aconsejó, discreto,
al cansado Pizarro, vacilante,
como al que otro revela un gran secreto,
que rico puede hacerle en un instante;
díjole:—«que al consejo abandonara,
y á la reina acudiera;
que con firmeza y dignidad le hablara,
pues iba á hacer y no ha pedir favores;
que su plan la espusiera,
en el triunfo seguro y sin temores;
que por ninguna causa permitiera,
prefiriendo no hacer arreglo alguno,
que *superior ni igual* se le pusiera;
sino, que ya quedase estipulado,
que *por siempre tendría*
el mando del imperio conquistado,
y *una parte* en el oro que enviaría.
Y que si claramente,
así *cual condición* no lo ponía,
veríase, como él, injustamente,
en reclamos y pleitos enredado,
de sus buenos derechos defraudado,
cual si fuera en la corte un delincuente,
y no quien hubo á España un reino dado.—
Y agrególe Cortés: «¡Esta es mi historia....
y si quieres medrar y hacer carrera,
*tenla, como un ejemplo, en tu memoria!»*

Y volvió á repetirle *al otro día:*
—que á la reina escribiera,
y cuanto antes la hablara,
no como advenedizo, entrecortado,
sino como hombre en su poder confiado:
y *mucho, mucho,* audaz la demandara,
para que de ese modo consiguiera,
que algo bueno le diera:
que á cada cortesano
le hiciera una magnífica promesa,
al estrechar la mano,
si realizaba su anhelada empresa;
y que con aire protector contase
*el mucho oro, que en barras*
*tenia encajonado,*
para en cuanto el convenio se firmase,
con su escuadra salir bien equipada.—

Y á Cortés escuchó Pizarro atento,
y brillaron sus ojos de contento
y de placer profundo,
como loco, que dueño se presume,
de el oro y los placeres de este mundo.

Era un rayo de luz, que iluminaba
al perdido viajero en noche oscura,
hasta llegar á ver su hogar querido,
y salir de las sombras y espesura.

# XXI

## 1528-1530

Siguió Pizarro, astuto,
aquel de Hernán Cortés *sabio consejo,*
y pronto dióle favorable fruto;
pues la reina Isabel fué fascinada
por el estilo mágico y brillante,
la convicción, la fe, la voz y el porte
de aquel hombre arrogante,
cuya fama extendíase en la corte;

y en prometer, fingir y besamanos,
presto hízose el más hábil comediante,
entre aquellos volubles cortesanos.

Y la reina, como era consiguiente,
quizo mostrarse generosa, amable,
con los guerreros de notables hechos;
y firmó, complacida,
la *capitulación*, que favorable
á Pizarro colmaba, sin medida,
de honores, privilegios y derechos:
—para *toda su vida*
de la nueva provincia fué nombrado
*capitán general* y *adelantado*,
y á más *gobernador*, cuyos honores
le daban gran valía,
pues todo esto *á virey equivalía*,
y de *alguacil mayor*, con pingües rentas:
y su dominio y extensión pudiendo
sobre la costa Sud ir extendiendo,
*unas doscientas leguas*,
desde Tumumpuela hasta las Chinchas,
con esos mismos títulos y honores:
*dióle en usufructo*
de la isla de *Flores* las riquezas;
y también para él y sucesores
la *tenencia de cuatro fortalezas*:
*perpétua propiedad*, en Tierra Firme,
de las tierras y haciendas que tuviese;
que *veinticinco potros con sus yeguas*
de Jamáica eligiese;
*una parte* en el pago de los pechos,
y *una crecida suma*
para gastos de guerra y de pertrechos;
poder para llevar *cincuenta esclavos*,
y otras gracias y muchas distinciones,
concedidas hasta antes de marcharse,
de la reina probando la largueza,
de que supo Pizarro aprovecharse:
quedóle prohibido el que embarcara
escribanos, letrados,
y aún procuradores,
como gente *fatal á los estados*,
enemigos de paz y explotadores:
y obligado á llevar á tierra indiana
el clero, que la reina dispusiera,
para extender la religión cristiana,
donde alzase triunfante su bandera;
y del reino á salir *á los seis meses*,
llevando á su conquista,
para segura y fácil obtenerla,
*doscientos cincuenta hombres*, en los cuales
irian labradores é industriales,
y *á los otros seis meses* á emprenderla.— 70

Y cual si fuese poco todavía
tanta regia hidalguía,
demandó humildemente:—el honorable
hábito de Santiago,—
que le fué por la reina concedido;
y como halló á la reina favorable,
en futuras hazañas pidió en pago:
—el tener un escudo ennoblecido;—
y esta forma propuso con sonrisa:
la altiva águila negra
á dos fuertes columnas abrazada,
que del emperador era divisa;
la ciudad de Túmbez, almenada,
por un león y tigre
su muralla guardada;
el llama del Perú, el mar y un buque
navegando á lo lejos,
y todo orlado de inscripción latina,
de la cual á los vívidos reflejos
de las doradas letras se adivina
la española soberbia,
así diciendo: «Bajo los auspicios
del emperador Cárlos,
Pizarro, con su genio y sacrificios,
sus trabajos y acierto
y en los mares lanzado,
á este extenso país ha descubierto,
y dádole la paz y conquistado.»— 71

Y como halló á la reina favorable,
también le fué este escudo concedido;
porque el genio jamás en vano impetra
al que al genio comprende y lo ennoblece;
y Pizarro siguió al pie de la letra,
cuanto le dijo Hernán Cortés que hiciese;
porqne no fué un *iluso mentecato*,
como lo es quien á escribir se atreve
*poemas en el siglo diezinueve;*
pues merece por necio,
que le rompan la crisma con un plato,
entre rechifla y general desprecio,
ó le nombren marqués del Garabato!

En el puerto de Túmbez
*creóse un obispado*,
y confirióse al digno padre Luque;
y no pidió Pizarro que quedara
para él este cargo reservado,
porque vióle para él azas remoto:
Bartolomé Ruiz también nombrado
fué de la mar del Sud *mayor piloto*
y de escribano un hijo que tenía;
y la *tenencia de una fortaleza*
á Almagro dióse solo,

con título así mismo de homme-hidalgo;
lo que en verdad era algo
á una sangrienta burla semejante,
hecha al antiguo compañero ausente,
para quien su falaz representante
*habiáse obligado*
el empleo obtener de adelantado,
si otro más eminente
para él consiguiera.

Y téngase presente,
que todos estos cargos,
honores, dignidades y prevendas
tenían *pingües sumas* asignadas....
—pero *de rentas del futuro imperio*
*debían todas ellas ser pagadas!*—
así es que si la empresa era ilusoria,
ó en el Perú mucho oro no existía,
el monarca español *nada perdia*....
sino *futura gloria*
y *títulos de honor*, que repartía
entre aquellos guerreros.

Pero tampoco se olvidó Pizarro
de *sus trece* valientes compañeros,
de la isla del Gallo, que *eran pobres*....
y consiguió.... se hiciesen *caballeros*!

Para el pobre bastardo de Trujillo,
que errante, abandonado é infeliz,
había un nuevo mundo recorrido,
ya se abria un grandioso porvenir;
pero estaba obligado á *plazo fijo*
á embarcar sus soldados y partir,
y *no tenia* crédito ni plata,
con que esta obligación poder cumplir!

Recordó á Hernán Cortés, cuyos consejos
al seguirlos saliéronle tan bien,
y tuvo que probar, *si generoso*
era su antiguo amigo Hernán Cortés:
y á él no en vano recurrió Pizarro,
pues el héroe le dió *sin interés*,
como si él mismo el agraciado fuera,
*todo el dinero*, que hubo menester.

Alegre partió Pizarro
para su país natal,
como el enfermo y cautivo,
que en populosa ciudad
vivió en medio de ilusiones,
sin conseguir prosperar,
pero que al fin, ya cansada
la adversa suerte fatal
de ensañarse en sus tormentos,
le vuelve la libertad
y le colma de favores,
cuando íbase á doblegar;
y como su fama habia
extendídose hasta allá,
corrió al punto á recibirle
la gente más principal,
y entre ella halló *tres hermanos*,
Hernando, Gonzalo y Juan,
siendo el primero *legítimo*
y el mayor y más audaz,
y los otros *naturales;*
y también halló además
otro *por parte de madre*,
que era como él, natural,
llamado Martín de Alcántara;
y á todos, sin más ni más,
propuso:—que le siguieran
un gran reino á conquistar,
á donde harían *los cuatro*
una suerte colosal;
porque el oro á flor de tierra
se conseguía encontrar;—
y ellos, que eran orgullosos
y henchidos de vanidad,
cuanto pobres é ignorantes,
como lego conventual,
tan gran propuesta aceptaron,
sin temor ni vacilar;
porque al partir de sus lares,
hambre, penas y horfandad,
desde su triste niñez,
iban tan solo á dejar;
pero no le fué posible
seducir á muchos más
que exagerado creyeron,
cuanto llegó á publicar,
tan solo con el objeto
de llevárselos allá,
y á los riesgos esponerlos
de un largo viaje de mar;
y á muy pocos sacar pudo
de aquel su pueblo natal,
ni poder reunir la gente,
que tenía que embarcar,
ni estar los bajeles listos,
cuando el plazo estaba ya
de *los seis meses* fijados
muy próximo á terminar.

E iba ya á cumplir el término,
sin que Pizarro tuviera,
ni los buques equipados

ni las militares fuerzas,
con que emprender la conquista,
que se obligó con la reina;
y expidió el consejo la orden:
—que una visita se hiciera
á ver si aquella flotilla
estaba lista y en regla.—

Sabedor de ello Pizarro,
hízose al punto á la vela,
con unos cuantos marinos,
á la isla de Gomera
*el dezinueve de Enero,*
*año mil quinientos treinta,*
previniendo á sus hermanos:
—que en *las cuatro carabelas*
que en el puerto se encontraban,
cuanto antes también partieran
á esa isla de Canarias,
para desde allí su empresa
proseguir, ya todos juntos,
sin que nadie se opusiera.—

Y en efecto, la visita
se pasó á las carabelas,
antes que salir pudiesen
de la noche en las tinieblas;
pero Hernando y Pedro Cándia,
que los directores eran,
y también los dominicos,
que enviaba al Perú la reina,
todos contestes dijeron,
sin que duda apareciera:
—que don Francisco Pizarro
habíase hecho á la vela
con la gente que faltaba,
á la isla de Gomera,
donde esperaba á su flota.—
Y dióse por satisfecha
la comisión del consejo,
que no fué en verdad severa,
tal vez por no contrariar
la voluntad de la reina,
que tanto empeño mostró
*en proteger esa empresa.*

A *mediados de Febrero,*
esas cuatro carabelas
del Guadalquivir partieron
á la isla de Gomera,
con más aspecto de huídas,
que de una flota soberbia,
que se lanza entre los mares
á ignotas, lejanas tierras.

Y en la Gomera reunidas
ya *las cinco carabelas,*
bajo el mando de Pizarro,
salieron de la Gomera,
á emprender la gran conquista
de ignotas y ricas tierras,
con la esperanza y contento
con que un pobre infeliz vuela,
á cobrar *el premio grande,*
que hace su dicha y riqueza. 72.

## XXII

### 1530

La ligera flotilla de Pizarro,
después de un feliz viaje,
llegó á Santa María,
izando envanecido su pendón;
pero allí se corría,
y con detalles se acentuó el rumor:
—que era el Perú el colmo de los males,
y de segura muerte la mansión:
que insectos venenosos
en los húmedos bosques y frondosos,
y raros voraces animales
inhabitable hacían su región
de valles pantanosos
y de costas y ardientes arenales,
y devorante sol.—

Y de Pizarro, en el llegado grupo,
difundióse el pavor;
y en el grupo medroso é inesperto,
comenzóse á notar la deserción:
y ante tales embustes, mal fraguados,
y poder evitarla, salió entonces

presuroso Pizarro de aquel puerto,
c on *ciento veinticinco* reclutados,
para el *Nombre de Dios*.

Y su feliz llegada
al saberse al instante en Panamá,
el padre Luque, Almagro y sus amigos,
las montañas del istmo atravesando,
le fueron á abrazar;
y placentero Almagro contemplando,
las cinco naves en el quieto mar,
díjole al padre Luque: «Gracias demos
á nuestro hábil y buen representante
y al amigo leal;
porque cumplida nuestra dicha vemos,
tras largo tiempo de indecible afán!
Que todo nos refiera en el instante,
y calme con su voz nuestra ansiedad.
¡Al fin Dios apiadóse de mi ruego,
y nuestra empresa ve con tierna faz!»

Pero lleno Pizarro de vergüenza,
como no empedernido criminal,
al padre Luque presentóle el pliego,
diciendo á sus amigos:
«todo lo contenido vedlo acá.»

Y como para sí leía Luque,
con aire sorprendido,
el impetuoso Almagro, al impaciente
le interrumpió, diciéndole: «¡Acabad!»
Y Luque replicó: «Pizarro ha sido
del reino, que se intenta conquistar,
nombrado de alguacil, con mil mercedes,
capitán general,
y tenencia de cuatro fortalezas»
«¡Perfectamente bien! Y vuesarcedes
saben que esto merece.... y mucho más,
—dijo Almagro contento:—
¿Y á vos buen padre Luque?» «A mí me dan
nuevo primado en la ciudad de Túmbez»
«Dichosa esa ciudad,
que á un sacerdote, como vos, tan digno,
de obispo ostentará!
¿Y para mí,—con timidez pregunta,—
que concede su alteza?»
«A vos, mi buen Almagro,
después de tanto afán,
—díjole el padre Luque,
con indignada faz y cejijunta;—
«os dan tenencia de una fortaleza
con una renta anual.»
«¿Pero á quién han nombrado,
decid, de adelantado?»
Prorrumpió el buen Almagro, sorprendido
de tal iniquidad.
«¡También este alto puesto
le ha sido á nuestro enviado conferido!»
Murmuró el padre Luque, entristecido,
y como el criminal,
que ante su juez se encuentra confundido,
no osaba ya Pizarro contestar!

Como si despertara
de algún penoso sueño,
con descompuesta cara
y fiero, airado ceño,
así Almagro á Pizarro interrogó,
tratando en lo posible,
de ocultar su despecho y su dolor:
«¿Es acaso esto la amistad y empeño,
con que me prometiste
trabajar en la corte á mi favor?
¿No al partir me dijiste,
sin yo jamás habértelo indicado;
—el cargo para tí de adelantado
ó nada acepto yo?—
¿Por qué de mí, Pizarro, te has burlado,
con un engaño, que de broma pasa?
¡Qué! ¿No hemos hecho iguales sacrificios?
¿Por qué, entonces, se premian
con usura y sin tasa,
tan solo tus servicios?
¡Y bien sábelo Dios,
que si siento en el alma este desprecio,
no es porque se limite
mi muy digna ambición,
como si fuera algún cobarde ó necio,
sino porque presumo un deshonor,
que tú recibas todo.... con hartura,
y solo ofensas yo!
Decidme, amigos todos, por ventura
he sido algún traidor?»

Pero todos callaron, y *el silencio*,
dió á Almagro la razón,
al hacer ostensible sus agravios:
al fin Pizarro levantó los ojos,
moviéronse sus labios,
y con voz balbuciente contestó:
«Escucha, Almagro, amigo,
y tus quejas, entonces, disipadas
quedarán esta vez.
¡El cielo me es testigo,
que ellas son infundadas,
y que supe cumplir con mi deber;
pues siempre he recordado á sus altezas
tus méritos, servicios y proezas,

y que eras digno de una gran merced;
y que del nuevo reino, adelantado,
al menos en justicia,
debías ser nombrado;
empero nuestros reyes han querido,
sin llegar yo su intento á comprender,
fuese el mando á uno solo conferido,
*hasta el triunfo obtener!*
Entonces, con largueza
sabrá, Almagro, su alteza,
digno premio acordar á tu alta prez.
Pero yo desde ahora,
á insistir con su alteza volveré
para que seas tú, no yo el nombrado,
en el rico Perú de adelantado,
ó los dos los seamos á la vez,
que hay riquezas, sin fin, para millares,
y allá tierras y mares
para el vuelo de todos extender.
¡Hay pueblos por demás en ese imperio,
no para que los dos nos dividamos....
sino para otros cien!
Sus puertas de oro abramos....
cuantos quieran venir vengan también,
que honores y riquezas para todos,
mas que estrellas el cielo deja ver!»

Y exprofeso Pizarro tal lenguaje
usó en esta ocasión, como solia,
para ocultar á todos su doblez
y negra alevosía,
y seducir de todos las pasiones;
pero Almagro le dijo con desdén:
«¡Disculpas ó ilusiones....
imágenes hermosas,
lindas frases á fe....
pero malas acciones,
y cual siempre, palabras engañosas!
¿Cómo presumir puedes,
que lo conceda á la distancia el rey,
cuando dices, que díjote en la corte,
que no podía serme concedido,
pues quería que el mando
*no fuese dividido,*
sin llegar tú su intento á comprender?»

A este cargo imprevisto, confundido
quedóse el falso amigo y vacilante,
de pronto sin saber qué contestar;
pero súbito oyóse
una voz alterada y dominante,
y á un hombre erguido y fuerte así exclamar:
«Basta, Francisco, hermano,
de dar por demás satisfacciones,
que nuestro soberano
en su justicia recta,
ó á su capricho premia y voluntad,
de sus súbditos todas las acciones.
Si quereis, buen soldado, explicaciones,
el rey os las dará....
ú os mandará á prisiones,
que el rey sabe lo que hace;
y cuanto antes podeís, si bien os place,
pedírselas allá.
Y sino lo sabeis, también os digo,
que de mi noble hermano
la reina el escudo ha ennoblecido
con gracia liberal;
y el hábito honorable de Santiago
también le ha conferido;
y que si ya no obstante más honores,
es porque no ha querido
recibir otros más.
¡Y basta de explicación y pormenores,
que hartos mi hermano repitiera ya!»

Y todos se miraron:
algunos sorprendidos
y otros indignados, escucharon
*á aquel nuevo quijote,*
tan osado y procaz,
que más que caballero,
á todos pareció un caballerizo,
por su porte vulgar.

¿Pero quién era aquel avenedizo
de alta estatura y grueso
y descompuesta faz:
de pelo ya cenizo,
boca gruesa, abultada,
y de nariz carnuda y colorada,
cual si fuese pintada
con polvo de azafrán?

Era Hernando Pizarro,
el mayor de los cuatro de Trujillo,
y de bajas ideas, más torcidas
que el hilo de un ovillo,
y rencoroso, impávido y procaz:
con el débil, soberbio y altanero,
taimado con su igual,
y servil y rastrero
con aquel, que pudiérale humillar:
y este fué el miserable aventurero,
que allí, sin más ni más,
para crearse fama de valiente
entre esa para él extraña gente,
osó al valiente Almagro provocar,

sin comprender, que Almagro,
aunque era bajo y tuerto,
flaco y desfigurado,
como un perenne huésped de hospital,
era un viejo soldado,
que en poblado ó desierto,
siempre sabía hacerse respetar.

Así es que Almagro, apenas
al atrevido Hernando pudo oír;
pues sintiendo la sangre de sus venas,
con ira rebullir,
y empuñando su espada,
engrandecióse su figura airada,
ya á mandobles queriendo discutir;
pero el buen padre Luque y sus amigos
en medio se pusieron,
y Pizarro y los suyos consiguieron
que Hernando diese al fin
una satisfacción cumplida á Almagro;
empero al separarse,
un marcado rumor de descontento,
como nuncio de pronto rompimiento,
en unos y otros comenzóse á oír.

Después que pasó esta escena,
que ocultarse quiso en vano,
llamó Pizarro á su hermano,
y con actitud serena,
y en sí una confianza plena
de á su hermano avasallar,
para otra vez evitar
el que fuera un majadero,
entre cumplido y severo,
asi comenzóle á hablar:

«Tu proceder indebido,
al salir á defenderme,
cual si fuera un sér inerme
ó algún cobarde corrido,
bien pudo haberme perdido,
si mi valor no estuviera
probado ya por do quiera,
¡qué por Cristo ó belcebú,
soy tan hombre como tú,
para lidiar con cualquiera!

Debíste, pues, comprender,
que no fué, entonces, por miedo,
sino demostré denuedo,
cuando no era menester,
sino muy prudente ser;
porque él tenía razón,
y en esta mi expedición
su concurso me hace falta,
porque encabeza y exalta
á una entusiasta legión.

Necesito entretenerle,
mientras me llegue á ayudar:
él no hará más que chillar,
y yo sabré complacerle,
sin nada real cederle,
como al niño, que con maña,
con un juguete se engaña,
y esperará mi promesa,
hasta que yo de mi empresa
dé concluida la campaña.

¿Dirán que esto es felonía
con el soldado y amigo?
Pero ¿quién jamás abrigo,
cuando mi fe se extinguía,
entre una eterna agonía,
generoso me brindó?
¡Lo mismo ahora hago yo!
Y tan solo á mis hermanos
debo tenderles mis manos,
y no á aquel, que me ultrajó.

Precavido y desconfiado
hace á todo hombre infeliz,
cada moral cicatriz,
que el alma le ha destrozado:
yo mi tributo he pagado
de lágrimas y tormentos;
y hoy, en alas de los vientos,
subo á celestes regiones,
sirviéndome de escalones....
de otros hombres los lamentos!

En mitad de mi camino,
nadie se oponga á mi intento,
que seré yo como el viento,
que le arrastre al torbellino:
propicio ya mi destino
secunde mi noble audacia,
que la envidia y la falacia
halláranme siempre en vela...,
porque es una gran escuela,
*la escuela de la desgracia!*»

Así Pizarro, ingrato,
con hiel y felonía,
de su engañado amigo se burlaba,
y de sí propio hacía
un perfecto retrato,
envanecido con los regios vientos

de la alta aristocracia,
y de la corte el zalamero trato.

Como un bautismo de divina gracia,
el hombre, que es perfectamente grande
por sus nobles y puros sentimientos,
se eleva y purifica en la desgracia;
y no fué así Pizarro,
que aunque héroe fué de hazañas á millares,
no era, no, su alma de oro.... era de barro,
y de instintos villanos y vulgares!

Entretanto, de Almagro los amigos
y buenos compañeros, le pidieron:
—que sin Pizarro hiciera la conquista,
poniéndose en acción;
*y dos naves y fuerzas* le ofrecieron,
que en Nicaragua prontas se encontraban,
Hernando Ponce y otro Hernando Soto,
vecinos de León
y ricos propietarios;
y que ellos tomarían *una parte*
en esa expedición,
antes que consiguiesen sus contrarios
invadir la riquísima región.—

E iba ya el convenio á celebrarse,
y en seguida á marchar
Almagro, Ponce y Soto;
pero en aquellos días
regresó á Panamá
don Gaspar de Espinosa,
quien dió para la empresa primitiva
un fuerte capital;
y como á él ni á Luque convenía
el que se disolviera
la *antes escriturada* compañía,
ambos, pues, trabajaron con afán,
para que los dos jefes
á reanudar volviesen su amistad,
haciéndoles palpar:—cuan bochornoso
para los dos sería,
como para la empresa peligroso,
que aislado cada cual,
esa larga campaña comenzase,
marchando en desacuerdo
las fuerzas divididas,
sin homogéneo plan,
haciendo peligrar preciosas vidas,
y llegando quizá
hasta el culpable extremo
de tenerse por fin que hostilizar:
y que el mismo monarca
tendría muy á mal,
que antes de comenzarse la conquista,
á todos desuniese
la disolvente y ruin rivalidad;
lo que servir podría de pretesto,
y con razón fundada,
para que nulo fuese
el convenio real,
y transfiriese el rey este convenio
á su amplia voluntad!—

De Pizarro en el ánimo influyeron
tan prudentes consejos y tan sanos,
y obligado quedóse:
—á no solicitar
cosa alguna para él ni sus hermanos,
hasta que á Diego Almagro se le diese
otro gobierno igual,
en tierras donde el suyo concluyese;
y el oro y plata y todos los productos
dividirse además,
entre los tres primeros asociados,
con arreglo *al convenio primordial*.—

Y sin mucha resistencia,
ni usar elocuente prosa,
pudo Gaspar de Espinosa
convencer y reducir
al ofendido don Diego,
á que ofensas olvidase
y la propuesta aceptase,
sin otra cosa exigir.

Y como don Diego Almagro
era bueno y generoso,
cuanto ingrato y ambicioso
fué su pérfido rival,
aceptó, sin desconfianza,
de Pizarro la promesa,
y contrájose á la empresa
como honrado y leal.

Reconciliados ya los dos caudillos,
todos al fin pudiéronse entender,
y no dudaba Almagro, que la corte,
como á Pizarro honrárale también.

Procedióse á la venta de los buques,
que se hallaban anclados
en el Nombre de Dios, y con su importe,
en Panamá comprados
*en breve fueron tres:*
y reinando entre todos el contento,
dotáronse de equipo y armamento,
sin gran dificultad;

porque á la vez ya todos trabajaban
con incansable afán;
y entre potros y mulas se embarcaron
*veintisiete animales;*
y listos se encontraban
también en Panamá,
*ciento ochenta y tres hombres*
con buenos oficiales,
esperando el instante de marchar.

¡Este era el contingente,
pobrísimo en verdad,
con que iban, confiados en sí propios,
*un medio continente,*
ignoto á conquistar!

Habíase resuelto,
que don Diego de Almagro
también ahora se quedara allí,
para ir remitiendo lo preciso,
y en seguida partir
con los aventureros,
que iban á llegar de Nicaragua,
y en la empresa queríanle seguir.

En *diciembre veintisiete,*
Pizarro y Almagro en pos,
su escasa hueste llevaron,
cual entusiasta legión,
su estandarte y sus banderas
á la ya iglesia mayor,
en donde se bendijeron
con salmos y santa unción,
al repique de campanas,
de músicas y el tambor,
y entre vítores y fiestas
del pueblo, que allí acudió
á mirar á esos valientes,
honra del suelo español:
y al *siguiente día,* que era
para contento mayor,
*día de los Inocentes,*
fué la hueste en procesión
al templo de la Merced;
se confesó y comulgó,
hubo una misa cantada,
y predicóse un sermón
por el fraile Juan de Vargas,
quien con elocuente voz
é ideas conmovedoras,
el mérito les pintó
de lidiar en los desiertos
por su patria y religión,
y por do quiera extender
su bello idioma español,
para dar fama á sus reyes
y glorias á su nación.
Y otra vez el fraile Vargas
á aquella hueste volvió,
que entusiasmada le oía,
á echarle su bendición;
viéndose en todos los rostros
brillar la fe y el valor,
cual si inspirados se hallasen
por el gran poder de Dios!

Y *en los primeros dias*
*del año mil quinientos treinta y uno*
lanzáronse á la mar,
sin que ideas sombrías
la fe ni el entusiasmo de ninguno
hicieran vacilar.

¡E impertérritos fueron adelante,
dignos grabando en la española historia
*un hecho colosal;*
porque cada soldado era un gigante,
sediento de esa gloria,
que hace al hombre inmortal! 73

# XXIII

## 1531

Como joven poeta, que ha gozado
del hálito abrasado
de una ardiente, bellísima mujer,
en suavísimo lecho perfumado,
y recuerda esas horas de placer,
que renovar ansía;
así Pizarro, con sus *tres bajeles,*
para Túmbez la proa dirigia,
anhelando llegar á los dinteles
de la indiana ciudad,

que del Perú mostróle las riquezas
variadas y esplendentes;
pero contrarios vientos y corrientes
frustraron su deseo,
y llegó á fondear
al puerto *San Mateo*,
que *un grado al Norte* de la línea se halla;
y en orden de batalla
allí se resolvió á desembarcar.

Y por la costa,
siempre marchando
siguió la hueste,
mientras las naves,
no de ella lejos,
también seguían
su rumbo al Sud;
mas los arroyos,
malos caminos,
constantes lluvias
y un sol de fuego,
les obligaron
á que marchasen
con lentitud.

Por fin llegar pudieron
á un vasto caserío
de *Coaque* en la provincia,
y allí descanso hallar;
pero inmediatamente
corrieron á los montes
los asustados indios,
al verlos penetrar,
con mulas y caballos
y aspecto de invasores,
cual si á esas pobres chozas
fueran á saquear;
y en ellas encontraron
adornos de oro y plata,
y muchas esmeraldas,
porque era la región
en donde, en abundancia,
hallábanse esas piedras,
que mal aconsejados
respecto á su valor,
probaron los cristianos
á golpes de martillo,
por ver si finas eran
ó vidrios de color. 74

Y hallándose el curaca
oculto en una choza,
indújole Pizarro,
que hiciera allí venir
á su dispersa tribu,
que mansa y obediente
sus frutos presentando,
tributo fué á rendir;
y luego en sus canoas
de víveres repletas,
también á los bajeles
corrieron á surtir.

Oro, plata y esmeraldas
reunió Pizarro en montón,
y el quinto para el monarca,
como siempre se apartó;
y entre el jefe y los soldados
distribuyóse el botín,
según le correspondía
á cada cual recibir;
y *veinte mil castellanos*
mandó para Panamá,
para de fuerzas y aprestos
el envío acelerar,
comprendiendo que aquel oro
era el camino mejor
para atraer á la gente
y aumentar su expedición.
Y partieron las tres naves
con tan buena cantidad,
en busca de más reclutas,
para después regresar.

Después que los buques del puerto salieron,
Pizarro á su gente
la dió algunos días descanso y solaz:
después por la costa su marcha siguieron;
pero era imponente
seguir el camino, las playas cruzar!

Ardientes arenas, que vientos movían....
reflejos del sol,
y rayos, que á plomo, cual fuego caían,
sobre la armadura, justillo y morrión
de cada adalid,
postraron la hueste de aliento terrible,
y fué ya imposible
que seres humanos pudieran seguir!

Y para colmo de males,
cundió en la sufrida hueste
una mortífera peste,
que allí jamás se sintió,
y rápida la diezmó.
Alegres, sanos y buenos
se acostaban los soldados,
y al siguiente día hinchados,

y de *verrugones llenos,*
*en pocas horas* morían:
algunos, desfallecidos,
entre dolores gemían;
y otros postrados, tullidos,
por el suelo se arrastraban;
y aquellos que decididos
las verrugas se pinchaban,
creyéndose así salvar,
tanta sangre derramaban,
tales tormentos sufrían
al quererla restañar,
que ulcerados espiraban
en breves horas también,
cual si un labio frío, inerte,
y una tierra maldecida,
fuesen soplando la muerte
y exterminando la vida,
que impulso dá á cada sér.

Y por toda la ribera,
entre las tribus cundiera
la peste del invasor,
como guadaña infernal....
como el augurio fatal
de algún ángel destructor!

Y despues de *siete meses*
vieron un buque llegar,
conduciendo provisiones
y algunos reclutas más;
y á los altos funcionarios,
que no pudieron zarpar,
cuando Pizarro lo hizo:
al tesorero real
don Alonso de Riquelme,
hombre de aliento y capaz,
al veedor y contador
y otra gente principal,
que llegó á la triste hueste
ayuda y aliento dar.

Y tan oportuno auxilio,
creyendo providencial,
hacia Túmbez á la vela
púsose Pizarro ya;
y llegóse á *Puerto Viejo*
sin sufrir contrariedad,
donde la suerte tuvieron
que los llegase alcanzar
don Sebastian Benalcázar,
rico y experto oficial,
que *con treinta hombres y un buque,*
que en Nicaragua hizo armar,
salió á ofrecer á Pizarro
su espada y su capital.

De Guayaquil por la risueña costa,
parecía mostrarles la fortuna
risueño su semblante,
pues sin sufrir contrariedad ninguna,
llegaron á enfrentar la isla de *Puna,*
de Túmbez no distante.

Y Tomalá, el cacique de la isla,
haciéndose en sus balsas á la mar,
salió á ofrecer al jefe castellano
su hospitalario hogar.

Mas dijeron al jefe sus intérpretes:
—que tal ofrecimiento
no debía acceder,
pues del indio el intento
era cortar las cuerdas de las balsas,
y en las aguas hacerlos perecer.—

Y por Pizarro siendo interrogado,
con tal candor negó
el haber abrigado
tan pérfida intención;
que con su hueste en la ligeras balsas
entró sin vacilar,
y sin tropiezo alguno
en la isla llegaron á bajar.

Es la isla de *Puna* un cuadrilongo
de cuarenta kilómetros de largo
por unos veinte de ancho; y no su tribu
cual las otras en mísero letargo
indolente yacía,
contemplando las nubes y la mar,
sus campos y sus cerros blanquecinos,
y su fúlgido sol al declinar:
era asaz belicosa, y sostenía
*desde siglos atrás,*
una sangrienta y prolongada guerra
por costas, mar y tierra
con los indios de Túmbez, sus vecinos,
sin que hubiese cejado en su actitud,
aunque al fin se encontrase sometida
al Inca del Perú.

Y esta isla de Puna
*por entonces* hallábase cubierta
de árboles majestuosos colosales;
y parecía interminable huerta,

donde todos los frutos tropicales,
embalsamando al aire de ambrosía,
desplegasen sus galas á porfía.

Porque si esos isleños belicosos
lanzar sabían dardos matadores,
desde angostos esquifes voladores,
con suma agilidad,
eran al mismo tiempo agricultores,
trabajando en la guerra ó en la paz.

Aquí los castellanos,
en tan grata, riquísima mansión,
agasajados fueron como hermanos:
limpias casas tuvieron,
y sabroso alimento á discreción:
de nada carecieron,
y aquí esperar Pizarro resolvió
el refuerzo de algunos voluntarios,
y á su resuelta gente
dar aliento y quietud;
pues hallábase aún convaleciente
para poder sus planes temerarios
llegar á realizar;
y con más prontitud
y más seguridad,
invadir al Perú.

En cuanto supieron los indios de Túmbez,
que hallábase en Puna el jefe español,
á la isla partieron, presentes llevando,
y de él implorando
los gratos recuerdos, que allí les dejó.

Celosos, entonces, los bravos isleños,
al ver que Pizarro les dió su amistad,
al huésped miraron
con torvo recelo, y á los ribereños
altivos vedaron
la isla pisar.

Y con desconfianza miraron la hueste,
que há poco á esas playas llevara la peste,
que hasta ellos llegó;
pues ya no esperaban tener por aliados
á aquellos soldados,
que al oro y la plata tenían por Dios.

Y otra vez á Pizarro los intérpretes
de un tenebroso plan á los de Puna
volvieron á acusar;
y cercando Pizarro al conciliábulo
de Tomalá y sus jefes congregados,
descubrió la verdad.

Y *á unos diez cabecillas* y al *cacique*
prisioneros á Túmbez remitió;
y en Túmbez les cortaron la cabeza,
que *tal vez* para eso los mandó,
ateniéndose al dicho general:
—conviene dividir para reinar.—

Mas la tribu de Puna, enfurecida,
sintióse de despecho extremecer,
la muerte de sus jefes al saber,
y á las armas corrió,
atropellando sin temor alguno
á la extranjera y díscola legión.

Cual de insectos densa nube,
en torno girando sube
y entolda la luz del sol,
así de Puna la indiada
fué acometiendo apiñada,
al campamento español.

Mas como al irse elevando
del fúlgido sol la luz,
va en el cielo disipando
de las nubes el capuz,
así mil claros abría,
entre la indiada bravía,
el fuego del arcabuz.

Pero á arcabuces y aceros
oponían los flecheros
su arrogante intrepidez;
y *tres ó cuatro* soldados
quedaron allí postrados,
los que murieron después.

Entonces Pizarro, Hernando,
que ya á la caballería
como jefe dirigía,
los fué á todos dispersando,
como rayo irresistible;
pues al aspecto terrible
de esos mónstruos espantosos,
que hollaban vivos y muertos,
se internaron presurosos,
en sus bosques y desiertos,
frenéticos gritos dando,
cual de una fiera el rugido,
y en el suelo quedó Hernando,
*de una pierna* mal herido,
entre aquella confusión,
do logró salir con vida;
pero de su grave herida
larga fué la curación.

Se dijo:—que San Miguel,
con su espada y su broquel,
de pronto se presentó
en el campo castellano
y la victoria les dió;
porqne vióse en el indiano
con su falange á Luzbel,
favoreciendo al infiel
y haciendo guerra al cristiano,
con inaudita impiedad;
y que Pizarro devoto,
hizo agradecido *el voto*
de erigir una ciudad,
por tan visible favor,
á ese santo protector
de su firme heroicidad.—

Mas no esta victoria
sacólos de apuro,
ni asilo seguro
tampoco les dió,
que más cautelosa,
de noche y de día
la tribu volvía
cual firme ladrón.

Los campos talaban,
llevándose todo;
las chozas quemaban
y huertas también;
y á aquellas partidas
que al campo salían,
de ocultas guaridas
no daban cuartel.

Sin paz ni descanso
la hueste invasora,
de víveres falta
ni auxilios tener,
se hallaba circuida,
do quiera sus plantas,
en grupos ó unida,
osara poner.

Y combatidos por contraria suerte
en esta isla á orillas de la mar,
y en una situación tan sin salida,
en que luchan los bravos con la muerte,
y lloran los cobardes por la vida,
vanos eran esfuerzos temerarios,
contra tantos astutos adversarios,
sino firmes, socorros esperar:
y rápidas, al fin, vieron llegar
*dos lindas carabelas*,
al aire dando sus rizadas velas,
y *unos cien voluntarios*,
*víveres y caballos además*,
que comandaba don Hernando Soto,
sugeto de gran fama en *Nicaragua*
y experto capitán,
que descubriendo al *rio Misisipe*,
supo adquirir después celebridad.

Con refuerzo tan valioso,
vió Pizarro renacer
nuevo aliento poderoso
entre su gente fiel;
y al isleño, amedrentado
y sorprendido otra vez
con el refuerzo llegado,
á sus guaridas volver.

Por los enviados de Túmbez
supo con grande alegría:
—*que diezmaba la anarquia*
al imperio del Perú,
y que Huáscar y Atahualpa
el mando se disputaban
y con el brío lidiaban
de inexperta juventud.—

De *buen augurio* tal nueva
para su empresa juzgó,
y embarcarse para Túmbez
oportuno ya creyó;
porque con sus elementos
y los traídos por Soto,
bastantes creyó tener
para fundar los cimientos,
en aquel imperio ignoto,
de su conquista y poder.

Hizo Pizarro en las indianas balsas
trasportar los pertrechos militares,
los comestibles, mulas y caballos;
y él y su gente en los pequeños buques
para Túmbez contentos se embarcaron;
mas la *balsa primera*, que entró al puerto,
cercada fué por las piraguas indias,
y de ella arrebataron *tres soldados*,
que custodiando fueron los pertrechos,
y á los vecinos bosques conducidos,
entre algazara asesinados fueron;
aunque al narrar este hecho *otros autores*
refieren:—que los indios obsequiosos
á su albergue á bajar los invitaron,

y cuando ya se hallaban en sus chozas,
todos sobre ellos sin piedad cayeron;
sacáronles los ojos y en pedazos
sus divididos miembros los echaban
en grandes ollas á la lumbre puestas.—

De otra balsa también se apoderaron,
donde iba de Pizarro el equipaje;
mas como dieron los soldados voces,
á los suyos auxilio demandando,
corrió Hernando Pizarro y sus jinetes,
recién bajados en aquella costa,
á prestarles su ayuda; pero habia
un extenso pantano de por medio,
cuyo fondo era blando y cenagoso,
del mar por la bajante producido;
pero á Hernando y su grupo de jinetes
no el peligroso obstáculo acobarda:
meten á sus bridones las espuelas,
y como si entre el fango galopasen,
á pisar tierra firme al fin llegaron;
y ante esa aparición y audaz sorpresa,
el ataque los indios abandonan,
y fugitivos á sus selvas corren.

Poco después desembarcó Pizarro,
y con sorpresa supo aquel ataque
de esos cumplidos indios, que hasta entonces
habíanle obsequiado y que mostráronse
desde el viaje anterior buenos amigos.

¿Cuál era, pues, la causa misteriosa
de aquella transición, de tal conducta?
Es que acaba de saberse en Túmbez
el saqueo de *Coaque*, vergonzoso;
y ellos previendo, que la misma suerte
su pueblo iba á correr,—harto indefenso
por las guerras de Puna y la anarquía,
que de allí los arqueros le llevaban,—
prefirieron el golpe *dar primero*,
para alejarlos de su hogar tranquilo,
y también evitar la alevosía
de aquella estraña gente, codiciosa,
que protección, traidora les brindara.

## XXIV

### 1532

La hueste invasora, formada,
en Túmbez entró con temor,
creyendo encontrar á esa tribu
dispuesta á un ataque feroz;
mas sola, cual ruinas de un pueblo,
que un aire letal azotó,
se hallaba esa Túmbez preciada,
su aspecto causando pavor.

Vacío el gran templo se hallaba,
las casas y chozas también,
pues todos aquellos objetos,
que un algo pudieran valer,
consigo llevóse la indiada,
ya experta y hostil esta vez,
quemando los víveres todos,
al irse alejando en tropel.

Con suma codicia la hueste,
de chozas en chozas pasaba,
y el oro y la plata buscaba,
mas nada en ninguna encontró:
al fuerte y al templo sagrado
sus pasos dirije anhelante,
mas cual sombra, que huye espirante,
pelados los muros miró.

Aquella risueña ciudad,
que rica pintaban do quier,
cual de oro magnífica edad,
ahora llegaban á ver
mentida y soñada deidad.

Ni un éco se oía aflictivo
en ese espantoso desierto:
y si antes un pueblo hubo activo,
hallábase ya como muerto.

Fantasma engañosa, que inspira
demencia que exalta y delira,
los nuevos reclutas creyeron
los cuentos brillantes que oyeron,
palpando la horrible mentira.

No encontrando el oro ansiado,
que buscaban

á orillas del mar del Sud,
hizo al grupo reclutado
por Benalcázar y Soto,
que agobiado
vacilase
y dudase
si en aquel desierto ignoto
existía ó no el Perú;
y sus fábulas extrañas
y de oro y plata el runrún,
tan solo fuesen patrañas
de ignorante multitud.

Y hubo un momento terrible
de amargura y desconsuelo,
al ver solo tierra y cielo,
bosques, desiertos y mar;
y que el oro y las riquezas,
que con tanto afan buscaban,
ya más de ellos se alejaban,
cuanto era mayor su afan.

En tan críticos instantes,
en que los vió vacilantes
de su alta misión dudar,
no Pizarro de la suya
dudó un momento jamás;
y su aliento
sobrehumano
supo de nuevo infundir,
como el poderoso viento,
que hace á los robles gemir;
y aunque fuertes vendavales
siembren destrozos y males,
vése al fin,
que coposos y altaneros
logran siempre resistir:
así esos bravos guerreros
del jefe al oír la voz,
entre esos restos sombríos
recobraron nuevos bríos
y renació su valor.

A una resuelta partida
Pizarro envió
á contener la huída
de la tribu fementida,
que amistad le prometió:
y allí volvió
una parte, sometida,
á rendirse al español.

Viéndose en ella al curaca,
confundido
su conducta explicó así:
—que fué desobedecido,
como era de manifiesto,
siendo al dictámen opuesto
de aquel movimiento hostil:
y á una fracción disidente,
que allí de Huáscar estaba,
esa perfidia inculpaba;
y á un saqueo reciente,
que con audacia y fortuna
sobre su Túmbez llevó
la brava tribu de Puna;—
y á Pizarro prometió:
—que obediente,
y con toda lealtad,
vendría al punto su gente
á someterse á su plan.—

Como ya por su experiencia
sabía el jefe español,
que el medio de atraerse al indio
no era el injusto rigor,
ocultó pues su despecho,
y dióse por satisfecho
con aquella explicación
engañosa y mal fraguada,
y al curaca le pidió:
—que hiciera allí regresar
á su tribu dispersada;—
la que humilde y resignada
en el pueblo volvió á entrar.

A varios indios Pizarro
con anhelo interrogó:
—sobre Molina y aquellos,
que en su visita anterior,
en esas playas y en otras,
el dejar condescendió;—
pero turbados los indios,
cayendo en contradicción,
los unos decían tímidos:
—que habían ya todos muerto
de enfermedad epidémica:—
otros:—que allá en el desierto,
oro y plata buscando ávidos;—
quienes:—con noble coraje,
en esa su guerra púnica,
ó en castigo del ultraje;
que temerarios y lúbricos
y en desmanes sin ejemplo,
quisieron hacer sacrílegos
á las vírgenes del templo.—

Y á Pizarro dió un infiel

un viejo y sucio papel,
que como joya tenía,
y en claras letras decía
á manera de cartel:
«Advierto, sea quien fuese,
quien á esta tierra viniese,
ó á quien este papel haya,
que este suelo es un tesoro,
y tiene más plata y oro,
que hierro se ve en Vizcaya».

Nadie en la autenticidad
del sucio papel creyó,
que con tal formalidad
el indio les presentó;
ni á lo serio
tomaron aquel misterio,
sino que creyeron todos
y corrió la voz así:
—que eso era para engañarlos,
y uno de los muchos modos
empleados para halagarlos
y retenerlos allí:—
y obra todo de su jefe
creyeron aquel ardid.

El febriciente espíritu guerrero
del gran conquistador,
mal con la espera y ocio se avenía
de estar en la inacción;
y experto comprendía,
que en esfuerzos y luchas ocupado
debe estar el soldado,
que anhele nombradía;
y ponerse en campaña resolvió,
porque se indisciplina un campamento,
estando en la inacción.

A los convalecientes dejó en Túmbez,
y formó de sus fuerzas *dos legiones*
para emprender las nuevas excursiones
y al país explorar:
don Hernando de Soto al frente de una
partió de allí, con orden de llegar
hasta las verdes faldas
de la extendida sierra colosal;
y él, llevando en su alma
el devorante anhelo de la gloria
y del buen jefe previsor la calma,
y en su estandarte de la guerra el rayo,
con la otra salió
*en dieziseis de Mayo*
*del año mil quinientos treinta y dos.*

Frutífera esa marcha fué al cristiano
al cruzar las aldeas y caminos,
en dulce paz;
pues el tranquilo indiano
á ofrecerles sus víveres corría
y humilde hogar.

Era aquella la zona floreciente,
que dieron en llamar *tierra caliente,*
por ser rica y feraz;
y vieron y gozaron anhelantes
de los sabrosos frutos y abundantes
del suelo tropical.
Proclamaba Pizarro: – que venía
á hacer rendir á Dios santo homenaje
en toda esa comarca;—
y á los absortos indios exigía:
—que prestasen humilde vasallaje
á su insigne monarca.—

Y como tribu alguna se opusiera
á ese para ellas misterioso arcano,
pues nada comprendían,
ya, sin otro motivo, las creían
*súbditas* del monarca castellano. 76

Esa fe en su poder, esa confianza,
que inspiran la osadía y el valor
y alienta á la esperanza,
siempre el éxito alcanza,
y á Pizarro cumplido se lo dió.

Y Pizarro, procurando
conservar siempre la paz,
pues comprendió que era el medio
más seguro de avanzar,
anduvo, muy complacido,
aquel hermoso distrito
recorriendo *más de un mes;*
y en el valle Tangarala,
que *unas treinta leguas* se halla
de Túmbez y al Sud se vé,
comenzó á fundar un pueblo,
como asilo y campamento,
dedicado á San Miguel.

Y observó que de aquel valle
mas de un arroyo saliendo
con sus corrientes al mar,
era un excelente punto
para ponerse en contacto
con Panamá y sus bajeles;
y habiendo por agua enviado

á buscar el resto á Túmbez,
á edificar comenzóse
la nueva ciudad trazada.

Procuráronse maderas
y piedras de todas clases
de las canteras y bosques
más cercanos y tupidos,
y el plantel de un nuevo pueblo
surgió como por encanto:
alzóse una fortaleza
para resguardo y maestranza,
y construyéronse un templo
y casa de ayuntamiento,
con regidores y alcaldes
y empleados municipales:
repartióse el territorio
y dióse á cada vecino
cierto número de indígenas
para hacer labrar sus tierras,
en recompensa debiendo
en los misterios instruirlos
de la santa fe católica.

Y fundir hizo Pizarro
los adornos de oro y Plata,
que recogió en ese viaje;
y después de separar
el quinto de la corona,
manifestó á sus soldados:
—que cada cual le cediese
por poco tiempo su parte,
pues para gastos de guerra
preciso le era el dinero;--
y condescendieron todos,
ya en el éxito propicio
mas confiados y seguros.
Y Pizarro á Almagro envióle
el oro y plata fundidos,
y pidiéndole permiso:
-que cuanto antes le mandara
los esperados refuerzos,
para acelerar su marcha
hasta el palacio del Inca.—

Observóse al poco tiempo,
que era mal sano el paraje
donde el pueblo se fundaba,
y trasladóse á la márgen
del hermoso río Piura;
y aunque no ya de importancia,
se conoce este paraje
por de San Miguel de Piura,
y cual *la primer colonia,*
que los cristianos fundaron
de los Incas en el reino.

Nuevo reparto de tierras
hizo Pizarro también,
y á don Hernando de Soto
de Túmbez cedió el distrito,
queriendo así demostrarle
su gratitud y su aprecio;
y ya Soto de regreso,
también con oro y con plata,
díjoles:—haber llegado
hasta el gran camino hecho
en esa inmensa montaña,
después de algunas refriegas
con los arqueros serranos,
que dóciles se le unieron,
al conocer la importancia
de las armas españolas;
y que contestes los indios,
dijéronle que Atahualpa,
teniendo ya prisionero
á Huáscar, rival y hermano,
acampado se encontraba
con su ejército triunfante,
muy selecto y numeroso,
*como á diez días* de marcha
desde la nueva colonia.—

Estas noticias
breves y exactas,
que trajo Soto
de su excursión,
para Pizarro,
puesto en campaña,
fueron ya un dato
de gran valor.

Porque veía,
que no podría
vencer como antes,
por el rigor;
pues un puñado,
mal acampado,
era tan solo
su audaz legión.

Y victorioso
y envanecido
el Inca estaba
de su poder;
y un ejército

reconcentrado,
le proclamaba
único rey.

Ya en detalle
no podría
con las tribus
lidiar,
pues el Inca
le opondría
su falanje
colosal.

Tales fueron
los temores,
que Pizarro
concibió;
como nubes
entre albores,
cuando asoma
lento el sol.

Vacilando
y girando
sus ideas
como teas
que hace el viento flamear,
así confuso quedó;
mas su mente
de repente
sugerióle un nuevo plan,
y confiado lo aceptó.

—Como enviado
respetuoso
y afectuoso
de su rey,
ante el Inca
marcharía
y sabría
proceder.

Así cáuto,
yendo en paz,
presumía
que obtendría
su amistad.—

Y al Inca,
fantasma
que pasma
en poder,
de cerca
buscaba
y ansiaba
tener.

Cual tigre,
que acecha
con garra
mortal,
quería
deshecha
su borla
mirar.

Ya el momento solemne se acercaba,
como una luz velada entre vapores:
ya del tiempo el reloj fijo miraba
muertes, victorias, crímenes y horrores:
ya el progreso sus focos irradiaba
y la fe y religión sus resplandores;
y unidos se expandían, victoriosos,
en los floridos bosques misteriosos
del dilatado imperio del Perú!
¿Eran la bendición, la paz de Dios,
que descendían en humana voz,
ó el rugir infernal de Belcebú?

¡Era el poder omnímodo y divino....
del Hacedor, arcano asaz profundo....
la ley inexorable del destino,
que impulsara á Colón en su camino,
y se cumplía ya en el nuevo mundo!

Y á cumplirla iba Pizarro,
como esas hojas inertes,
que caen secas en otoño,
y amontonadas y leves
arrastran ligeros vientos,
remedando á los torrentes:
y animoso salió el día
*veinticuatro de Septiembre*,
con su entusiasta falange,
y *como á los cinco meses*
de su desembarco en Túmbez
y ataque de los infieles:
por toda fuerza llevaba
*setenta y siete* jinetes,
*ciento diez* de infantería
y sus hermanos y jefes: 77
era *un átomo* de ejército
en esa *tierra caliente....*
un débil leño, sin remos,
que se sumerge y se pierde
en las ondas espumosas....
ó gota, que se desprende
de una nube pasajera,

sobre un arenal ardiente....
era *un loco*, que á otros hace,
y que como él se creen reyes
en su triste manicomio....
era el vacío.... la muerte,
según la opinión del mundo
y como juzgarse debe,
si las cosas resultasen
tales cual llegan á verse;
mas do quiera hacen prodigios
el genio y la fe potentes,
é imponen en todo el Orbe
sus concepciones y leyes;
y tal era de Pizarro
el grupo de sus valientes!!!

Y en *San Miguel* se quedaron
con un resuelto piquete,
el veedor y tesorero
y los empleados y gente
de la corona en servicio,
guardando sus intereses,
y para que el adelanto
continuase, y se extendiesen
la religión y el idioma
entre las indianas huestes:
y don Antonio Navarro,
contador, quedóse al frente
*del mando* de la colonia,
con orden:—que á los infieles
como amigos los tratase,
y ya en nada se ofendiesen.

# XXV

## 1532

Partió el audaz Pizarro con su legión valiente,
buscando rectamente el más breve camino,
que al regio campamento pudiérales llevar;
y el río cristalino, mecido por el viento....
las aguas temblorosas del Piura sollozando,
y el valle entristecido veíanles pasar,
su marcha apresurando, contentos y afanosos,
pues iban orgullosos al Inca á destrozar.

El Piura vió alejarse á aquella extraña gente,
y en la región sonriente solicita internarse,
de huertas y plantios colmadas por do quier....
de arroyos y de ríos, de plantas delicadas,
erguidas y cuajadas de mil preciosas flores,
vertiendo sus olores, como en cerrado harem.

De campos siempre verdes de ricos vejetales,
y de árboles frutales del clima tropical:
de seibos y palmeras y el plátano, ananá,
y ricas sementeras del muy rico Ecuador,
y espiga amarillenta de indígeno maiz,
que pródiga natura se ostenta ufana allí,
colmada de hermosura por dones de su Dios.

A veces los guerreros,después de verdes llanos,
hallábanse en pantanos ó en árido arenal;
ó en bosques seculares, gigantes y altaneros,
oyendo embelesados los trinos y cantares
de pájaros pintados con gala tropical.

Y en chozas y cabañas, aldeas y ciudades
del indio recibían primicias y bondades,
hogar y finas ropas;
y *al quinto dia* hallaron un valle delicioso,
en donde al fin Pizarro, cual siempre cuidadoso,
descanso dió á sus tropas.

Del jefe prevenido la vista vigilante
notó que alguno que otro se hallaba vacilante,
aunque era el entusiasmo ya casi general;
y no quiso en su tropa dejar esa semilla,
que cunde y va royendo cual sórdida polilla,
y un medio buscó digno y súpulo encontrar.

Pizarro poseía la enérgica elocuencia
del jefe denodado, que franco y varonil,
conduce á la victoria, ó enseña al buen soldado,
que debe de alcanzarla ó debe de morir!

El alba apenas rompía
de opacas nubes su valla
cuando en orden de batalla
su gente el jefe reunía,
sobre una floresta umbría
de perfumada pradera,
y como trompa guerrera
de un eco, que poderoso,
llena al valle delicioso
la arengó de esta manera:

«Al fin, bravos compañeros,
la rica tierra pisamos
do decididos estamos,
como invencibles guerreros,
ante míseros arqueros,
á que esta bendita tierra,
por la paz ó por la guerra
sea del reino de España....
hay que ir á esa montaña....
hay que cruzar esa sierra!

Hay más, fervientes criastianos....
hay que vencer ó morir,
y sed y hambre que sufrir
en desiertos y pantanos,
cual leones castellanos:
hay al Inca.... rey ó mono
de los infieles patrono,
que presentar nuestra cruz
al fulgor del arcabuz,
para enclavarla en su trono.

Y aquí, como en otro punto,
vuestros constantes servicios
serán siempre sacrificios,
tributados en conjunto
y de esta empresa el trasunto;
y el que no pueda, doliente,
soportar humanamente
esta campaña cruel,
puede irse á San Miguel
á reforzar nuestra gente.

Y aunque aquella altiva sierra
no pisen, no, los primeros,
cual cristianos y guerreros,
con la cruz de paz ó guerra,
tendrán igual fama y tierra
é indios para el servicio,
y el mismo oro y beneficio,
que los que ansiosos de gloria
hoy conduzco á la victoria....
ó á un sublime sacrificio!»

Como aurora boreal
que allá en los polos fulgura
con indecible hermosura,
tras larga noche eternal,
así un:—¡Viva el general!
espontáneo, tierno y fuerte
su tropa unísona vierte,
que su alma y fe comprendía....
ya, pues, llevarla podía
á la victoria ó la muerte!

De brillantes resultados
y decisivo fué el plan
de tan hábil capitán,
al sondar á sus soldados,
de todo auxilio apartados
de la alta sierra al dintel;
pues dejando á su cuartel.
do nada grande sintieron
tan solo *nueve* salieron
en busca de San Miguel.

Y aunque con menos gente
en torno se veía,
mas siendo en realidad más poderoso,
prosiguió al interior resueltamente;
y entró *al siguiente día*
en otro rico valle delicioso;
oculto en las entrañas,
no de estériles cerros empinados,
sí de verdes suavísimas montañas,
do tranquilos pacían los ganados;
y en cuyo centro hallóse
el pueblo de *Zarán*; y su curaca
dióles albergue en uno
de los tambos reales,
que al Inca destinaba cada pueblo,
en todos los caminos principales;
y el curaca les dijo:—que Atahualpa,
para engrosar su ejército invencible,
de allí había llevado á los arqueros;
y que era muy posible
que en *Cajas*, de do hallábanse linderos,
hubiese alguna gente.—
Y hacia aquel punto despachó Pizarro
un destacamento,
que Soto dirigía,
para inquirir del Inca el campamento,
y el número de fuerzas, que tendría.

Y Soto partió ufano;
pero el tiempo pasaba
y Soto no volvía,
y lento para el jefe transcurría,
que ansioso le esperaba;
mas *al octavo día*
presentóse el buen Soto muy contento,
con su destacamento,
trayendo á un personaje
de grandes aros de oro en las orejas
y muy bordado traje,
que del Inca en misión se presentaba,
y en cuyo nombre presentó á Pizarro

*unas telas bordadas*
*con plata y oro;* dos hermosas copas
de piedra cinceladas,
y algunos *secos patos*, cuyo polvo
era el mejor perfume delicado
por el peruano usado:
—que su amo saludábale y pedía
con todo acatamiento,
que esa egrégia montaña traspusiera
y á visitarle fuera
á su gran campamento. 78

Quedó Pizarro en duda,
si aquel presente tan mezquino y pobre
de un monarca tan rico,
era exprofeso de su mente aguda,
claro desprecio ó don de pobrecico,
que las usuales reglas ignorase:
y si aquella embajada,
para que al centro de las tribus fuese,
era solo del Inca *una celada.*

Mas sea lo que fuere, en tal momento
disimuló la ofensa, complacido,
y contestó al enviado agradecido:
—que iría á visitarle al campamento
á nombre de su rey esclarecido.—

Curioso el personaje:
—el uso de las armas demandaba
y de todas las cosas que veía
y objetos que extrañaba;
por el móvil que alli les conducía,
y en qué parte su patria se encontraba,
y de qué gran monarca eran rebaño?—
Pizarro satisfizo
la natural curiosidad, que inspira
á todo ser lo extraño;
y así, por un intérprete le hizo
saber cuanto deseaba,
y también á su vez le preguntaba
lo que saber quería.
Sus intérpretes fueron
esos indios que á España llevó y trajo,
y tanto en la conquista le sirvieron.

Y al marcharse el enviado,
regalóle Pizarro *unos juguetes,*
*un gran gorro de paño colorado,*
*tijeras y cuchillos,*
*cascabeles y cuentas y paquetes*
de *dijes y espejillos*,
y encargóle que al Inca le dijera:
—que un gran monarca, allende de los mares,
el jefe de ellos era,
que sabiendo del Inca los derechos
y de su hermano Huáscar las traiciones,
á ofrecerle mandaba
su sincera amistad y sus legiones.—

Del Inca al campamento,
con sus dijes partió el indio contento;
y á su hábil jefe refirióle Soto:
—que al penetrar en *Cajas* con sus fuerzas,
encontró á los arqueros preparados
para impedir su entrada;
mas que al ver sus pacíficas medidas,
recibióle pacífica la indiada,
y fueron obsequiados
con víveres, regalos y bebidas;
y que un recaudador de la corona
les dijo:—que el monarca
se hallaba en *Cajamalca* con su ejército,
—que es hoy la *Cajamarca,*—
del alta cordillera al otro lado,
de los baños gozando tan famosos,
de aquellos manantiales;
que sus arqueros eran numerosos,
y de *cincuenta mil* escederían;
y que al cruzar un pueblo
vió á varios indios por los pies colgados
de un gran árbol inhiesto,
como castigo impuesto,
por haber violentado
el asilo sagrado
de las hijas del sol, que allí existía:
que de Cajas pasó á *Guancabamba*,
ciudad más populosa,
con sus casas de piedra bien labradas,
no de chozas de barro mal cocido:
que un río de corriente caudalosa,
cruzábala por medio,
teniendo un largo puente bien construído;
y que un ancho camino y enlozado,
y con árboles de uno y otro lado,
por inmensa distancia se perdía;
y el agua mansamente
por acueductos sólidos corría;
después, de trecho en trecho, unas viviendas
prestaban hospedaje á los arrieros,
correos y viajeros,
que el camino cruzaban por las sendas;
y que en grandes galpones
se encontraban los víveres y prendas
para surtir del Inca á las legiones.

Ya, pues, un español corroboraba
el progreso y riquezas,

que sin haberlas visto, antes creían,
*y ya nadie dudaba;*
y de contento locos,
soñaron con el oro del distrito
esos aventureros,
sin temer ni importárseles un pito
del Inca los *cincuenta mil arqueros.*

# XXVI

## 1532

Con todos los objetos adquiridos,
y de sus movimientos dando parte,
Pizarro á dos jinetes precavidos,
despachó á San Miguel;
y habiendo averiguado
cual para Cajamalca era el camino
más recto y transitado,
del Inca en busca prosiguió después.

A poco andar hacia el Sud,
se encuentra al pueblo *Motupe*,
en verde llano situado,
y en medio de esas colinas,
que ondulando suavemente,
aproxímanse agrupadas,
como guardianes ó avisos,
de la base inmensurable
de las altas cordilleras.

Desierto hallóse este punto,
pues arqueros y curaca
habían también salido
el ejército á engrosar;
y el jefe español aquí,
á pesar de sus deseos
de volar á Cajamalca,
detúvose *cuatro días.*

Ante aquella mole inmensa,
que para ir presuroso
del Inca hasta la morada,
trasponer era preciso,
¿sintió el heróico guerrero
ese vértigo de muerte,
que en el corazón produce
todo lo que es imposible;
pero es preciso hacerlo,
para ya salvar la vida?
¿Esa altiva cordillera
era quizá más grandiosa,
que su ambición y heroísmo,
al contemplarla gigante,
y verse bajo su base
un maniatado pigmeo?
¿O como última esperanza,
soñó recibir acaso
de San Miguel ó del cielo,
algún refuerzo bendito?
¡Pero hombres como Pizarro,
cuando ya han formado un plan,
ni vacilan ni desisten,
aunque tengan que estrellarse
contra un muro tan granítico,
como los Andes soberbios!

Partieron.... y *al quinto día,*
animosos prosiguieron,
entre una zona mezclada
de llanuras arenosas
y de campos esmaltados,
que cristalinas corrientes
y artificiales canales,
con abundancia regaban,
hasta llegar á la márgen
de un ancho, profundo río,
cuyas aguas caudalosas
interceptaban su marcha;
y temiendo allí Pizarro
que el paso le disputasen
de opuesta orilla los indios,
hizo en sigilo cruzarlo
por su hermano *á media noche*,
con un resuelto piquete,
para así favorecer
su pasaje y desembarco;
y formando al otro día
balsas, con ramas cortadas
de una cercana arboleda,
pasó así á toda su tropa,
que de la brida llevaba
á los caballos nadando;
y peligroso y difícil

fuéles cruzar aquel río
con las armas y pertrechos.

En la otra orilla ya todos,
refirió Hernando Pizarro:
—que los indios al sentirle,
en vez de hacer resistencia,
despavoridos huyeron;
mas habiendo á uno agarrado
y negádose, obstinado,
á contestar sus preguntas,
hizo ponerle en tormento,
hasta que al fin declaró:
—que acampado el Inca estaba
de Cajamalca en los llanos
y parte más elevada,
*en tres porciones* su ejército,
preparado y dividido;
pues sabiendo que la gente
del invasor era poca,
llevarla hasta allí quería
para más pronto vencerla.—

Ya la sorpresa pasada,
volvieron después los indios,
y mezcláronse á la tropa,
que atraerlos procuraba;
y su curaca á Pizarro
comunicó esta otra nueva:
—que él mismo, por propios ojos,
había á Atahualpa visto
en la ciudad *Guamachuco,*
*como á unas cuatro jornadas*
de Cajamalca distante;
y como *cincuenta mil,*
calculaba fuese el número
de soldados, que tenía.—

Inquietud causó á Pizarro
tan contradictorias nuevas,
y á un indígena propuso
de aquellos que le seguían
desde que hubo comenzado
su campaña temeraria:
—que del Inca al campamento
pasara y todo observase,
y fidedignas noticias
brevemente le trajese.—

Con dignidad el peruano
rehusóse á tal espionaje
y contestóle á Pizarro:
—que solo como *un agente*
del general español
allá solícito iría,
trayendo todos los datos,
que pudiera y él deseaba.—

A ello accedió Pizarro,
previniéndole á su agente:
—que al Inca comunicase,
había á sus buenos súbditos
tratado con amistad;
y que observara también,
si los pasos peligrosos
de la montaña y caminos
estaban ó no guardados
por los arqueros del Inca,
debiendo, todo al instante,
comunicarle en secreto,
por conducto *de dos indios,*
que de confianza llevase.—

Tomada ya esta medida
por el cáuto general,
volvió á emprender su camino,
más tranquilo y animado;
y después *de tres jornadas,*
hallóse aquella falanje
de castellanos invictos
al pie de la gran montaña,
magnífica é imponente,
en cuyas tortuosas sendas
y cúspides empinadas
hubieran solo bastado
*unos ágiles salvajes*
*y de piedra unos montones,*
que arrojar de las alturas,
para poder defenderla
de ejércitos formidables;
y al pié de aquella montaña
tan imponente y grandiosa,
á su derecha se hallaba
un llano y ancho camino,
y en torno árboles sombríos,
coposos y seculares,
que á internarse convidaba
en su liso pavimento,
como la vaga sonrisa
y los adormidos ojos
de ardiente virgen lozana,
al sensual placer convidan.

Algunos manifestaron:
—la conveniencia y deseos
de dirigirse hacia el Cuzco,
el centro de las riquezas,
según exactas noticias;

porque recto ese camino
desde allí se dirigía
á la capital del reino,
donde estaban los tesoros,
y sin custodia ninguna,
según los indios decían;
y no ya exponer la gente,
que tanto costó reunirla,
á los miles de peligros
y rigurosos trabajos
del muy difícil pasaje
de esa montaña eminente,
con pertrechos y caballos.—

No así pensaba el caudillo,
y el manifiesto deseo
era á sus planes contrario:
reunió, pues, á su falange,
al pié de aquella montaña,
tan imponente y grandiosa,
y montando en su caballo
y la línea recorriendo,
así á todos dirigióse.

«Compañeros, que habeisme seguido,
de esta egrégia montaña hasta el pié;
allí un fácil camino hasta el Cuzco,
como un bello paisaje se vé.

Pero el Inca en su campo me espera,
pues ya al Inca mandamos decir:
—que en el nombre del rey de Castilla
á ofrecernos debíamos ir.—

¿Qué dirá de nosotros el Inca,
si hasta el Cuzco nos viese correr,
sus riquezas y goces buscando,
como siervos de inmundo placer?

¡Cuando menos.... que somos ladrones,
ó tenemos cobarde temor
de mirar sus salvajes reunidos,
custodiando al gran hijo del sol!

Yo no quiero.... y tampoco vosotros,
que tal piense ese déspota infiel....
que nos vea escalar esa cumbre,
y se postre, temblando, á mis pies!

¡Esto exige del rey la bandera....
esto pide también nuestro honor,
y la gloria, que todos buscamos,
y la fama de todo español!

Hasta entonces, amigos y hermanos,
no haya alivio ni muelle quietud....
combatimos por Dios y la patria,
y llevamos su espada y su cruz....

Y Dios salva á sus hijos queridos,
aunque lidien de á uno con cien:
ya la hora sonó en este imperio....
que se adore su cruz y poder!»

Y alzó Pizarro en su diestra
el estandarte real,
y la cruz de Jesucristo
también hizo tremolar,
y su corcel enfrentó
á la sierra colosal,
como diciendo á su tropa:
—por aquí quiero marchar.—

Y la gente, electrizada
por su insigne general,
gritó unánime en seguida:
«haced vuestra voluntad,
que todos os seguiremos
sin osaros replicar;
porque sabemos cumplir,
como presto á verlo vais,
con nuestro Dios y la patria
y nuestro buen general.»

Y el general, esa noche,
un consejo celebró
con sus jefes principales,
de una hoguera en derredor:
—para concertar el modo
más conveniente y mejor
de hacer aquella difícil
y peligrosa ascensión;
y el mando de la vanguardia
al general se encargó,
dándole *sesenta infantes*
de resistencia y vigor,
y *cuarenta de á caballo*
para hacer la exploración,
mientras que su hermano Hernando,
como jefe superior,
debía permanecer
en esa actual posición,
sus órdenes esperando
para seguir de él en pos,
con el resto de la gente,
la peligrosa ascensión.

# XXVII

## 1532

De la risueña aurora las tintas y celaje
enas comenzaban aquel mudo paisaje
ɔicos elevados del cerro á iluminar;
ıpenas en el bosque monótono y salvaje
oía de las aves el férvido homenaje,
e rinden á los cielos en rítmico cantar:

Apenas de la noche las sombras se alejaban,
ando la altiva hueste formándose impertérrita,
ıía á su cabeza al hábil general:
s dianas y los himnos y vivas se escuchaban,
əciéndose en los aires la gran enseña ibérica,
ıfanos y contentos y prontos á marchar.

Y al áspero sendero de cumbres eminentes,
fila, decididos, marcharon los valientes,
ıtándose en su rostro la audacia y el valor;
todos se creían con rayos refulgentes,
mo esos que brillaban, de fúlgido arrebol!

Y en cumbres y altas cimas, sus luces y brillantes
s tintas transparentes y mágicos cambiantes,
tenta esplendoroso el ya naciente sol;
əl sol y blandas brisas y cumbres arrogantes,
əl trino de las aves y el plácido rumor,
ludan y contemplan la faz de esos gigantes,
e el nombre inmortalizan de España y su pendón!

Sí, son ellos, que suben, que ya hienden titánicos
s huellas del salvaje, sedientos y fantásticos,
ı ver los precipicios, que surgen á sus pies;
rque esas hondas simas y estrépitos volcánicos,
ra ellos se asemejan á bellos, dulces cánticos,
ə entona, entre festines, angélica mujer!

La frente sudorosa, los cuerpos inclinados,
vando de las bridas al tímido corcel,
l peso de las armas los pasos vacilantes,
aquellos senderos, tortuosos y afilados,
medio de las moles de tétrica aridez,
guían escalando, temiendo por instantes,
lar á los abismos, bullentes á sus pies.

Y en los desfiladeros triscaban, asombrados,
gamo y la vicuña, mirando con sorpresa
quella allí caída, fantástica legión;
y el cóndor de los Andes seguía á los soldados,
meciéndose en las nubes y husmeando ya á su presa,
sedienta y fatigada.... mas siempre con valor!

Enormes planas piedras, formando unas llanuras
y mas pendientes otras, en negras espesuras,
cubiertas por el polvo de mil generaciones,
praderas presentaban de pálido verdor:
y en torno de tortuosos, estrechos escalones,
cascadas y torrentes, entre antros y visiones,
corrían espantosos, con lúgubre rumor;
y más arriba luego.... no altiva fuerte encina,
sino el pigmeo pino de yerta cumbre andina,
en áridos peñascos, prendido con temor;
y en cúspides heladas, su yerba asaz mezquina,
tejida una con otra, de lívido color.

Por *estos precipicios*, do apenas el salvaje,
saltando como un mono, osara atravesar,
lanzóse con su hueste, Pizarro al abordaje....
con *cien hombres* errantes un reino á conquistar!

¡Y aqui saludo al genio y admiro al heroismo,
que orgullo de su patria y eximio general,
desde un hospicio oscuro, y el tétrico ostracismo
*que impúsose á sí mismo*,
la supo tanta gloria y un reino tributar;
y grande entre los grandes....
*aún veo* allá en los Andes,
*su sombra* aparecerse *lumínica, inmortal!*

Por estos precipicios marchaban cautelosos,
creyendo allá en las cimas de cerros tan fragosos
hallar una emboscada de intrépidos arqueros;
mas solo las montañas sus ecos repetían,
y pálidas sus sombras tan solo se veían
con ellos ir cruzando las cuestas y senderos.

¡Mas cuánta no fué luego de todos la sorpresa,
al ver en una cumbre, angosta y muy pendiente,
*un cerco ó fortaleza*,
donde iba aquella senda perdida á terminar!
Entonces cautamente
sus armas preparando,
*al cerco ó fortaleza* siguieron caminando,
creyendo en sus almenas flecheros encontrar,

que piedras y sus flechas,
por sendas tan estrechas,
llegasen por millares sobre ellos á arrojar.

En valde sus escudos resueltos prepararon
para esa que esperaban tupida granizada;
pues cerca ya, notaron
que aquella fortaleza estaba inhabitada,
y allí descanso hallaron.

Pizarro viendo entonces, sin trabas el camino,
mandó á Hernando á decir:
—que en marcha sin demora, hacia ellos se pusiera,—
é hizo á su piquete de nuevo proseguir.

El sol ya descendía: sus rayos postrimeros,
con luz ténue, argentina,
doraban de las cumbres la blanca nieve andina,
los cascos y rodelas, las mallas, los aceros;
y firmes los guerreros
marchaban todavía:
ya el astro al horizonte brillante descendía,
vertiendo, entre celajes, sus últimos reflejos
de ya extinta belleza;
y entonces los soldados miraron á lo lejos,
surgir *otra más grande*, murada fortaleza! 79

También abandonada,
cual otro cementerio, hallóse á esta morada,
en donde pernoctaron,
sintiendo un frío intenso, después del gran calor,
que en los verdosos valles apenas soportaron,
y todos estrañaron tan brusca transición.

Y al alba prosiguieron,
y hasta la enhiesta cima por fin llegar pudieron,
pacientes soportando tan brusca transición:
los hombres y caballos de frío tiritaban,
hogueras encendían y juntos se tapaban
con mantas y en sus tiendas, buscando de la lumbre
algún grato calor,
entre los ventisqueros de tan helada cumbre,
cual árticas borrascas del crudo septentrión! 80

Y allí leal y ligero,
con buenas nuevas llegó
un indio del mensajero,
que Pizarro al Inca envió.

Y desde esa cumbre helada
supieron todos, contentos,
por aquel indio leal:
—que del Inca una embajada
iba á llegar por momentos
al cristiano general.

Y que en todo aquel camino,
no existía indio vecino,
que se llegase á oponer
á su viaje á Cajamarca,
según orden del monarca,
que esperábale allí ver.—

Mandó Pizarro en seguida,
á su ya avisada gente,
la ascensión acelerar;
pues con tan pobre partida,
no quería que ese agente
le viese el reino cruzar.

Con la retaguardia Hernando,
que iba sus huellas siguiendo,
muy pronto llegó después;
y cual pájaro volando,
fué la embajada ascendiendo,
y entró en seguida también.

Y el enviado del Inca presentóse
con algunos sirvientes, que traían
*bebidas y unas reses*,
y preguntó en su nombre al castellano:
—cuando al fin llegarían
de Cajamalca al delicioso llano,
donde el Inca, galante y obsequioso
al par que generoso,
demostrarles quería
que era un justo monarca y poderoso,
y cumplir con sus huéspedes sabría.—
Y luego prosiguió el noble peruano,
exagerando en términos pomposos,
del gran Inca los triunfos á millares,
y asombrosas hazañas militares
de sus viejos caudillos, tan famosos.

Mas al jactancioso indio replicóle
el jefe castellano,
después que le escuchó pacientemente,
ya fuese por política ó despecho,
ó ya porque á sus miras conviniera:
—que estaba de todo ello satisfecho,
y un muy grande monarca le creía;
pero que su rey era
tan superior al Inca de ese imperio,
como radiante esfera,
junto á una sombra pálida y opaca....
como el mismo Atahualpa, con su borla,

al lado de un curaca.
Y que todo lo dicho era evidente,
al notar que unos cuantos castellanos
habían de ese grande continente
sometido á naciones belicosas,
muy pronto y fácilmente.
Y si él con sus legiones
era allí por el Inca recibido,
con la hospitalidad, que al noble escuda,
venía decidido
á brindarle amistad y firme ayuda,
ó á seguir su camino á otras regiones.—

Con incredulidad sonrióse el indio,
y juzgó de *menguados fanfarrones*
á tales extranjeros.

Marchóse la embajada, y los guerreros
emplearon *dos días*, afanosos,
en serpear aquellas cordilleras,
y subir y bajar desfiladeros
y huellas y girones,
tan estrechos, agudos y tortuosos,
cual largas empinadas escaleras....
si es que las puede haber sin escalones.

De la montaña agreste
del Andes solitario,
ya á bajar empezaban por el Este,
cuando llegó otra vez nuevo emisario:
era aquel que en Zarán llevó á Pizarro
unas copas de piedra; pero ahora
con más boato, séquito y decoro,
en nombre de su rey se presentaba
tambien con otras *reses*;
y en grandes y labradas copas de oro,
con *chicha* á los cristianos convidaba,
—que es un licor sacado
del maiz fermentado
y especie de cerveza,—
y que él también solícito apuraba,
sin perder su carácter ni cabeza.

Medio fué de placer tan inocente,
como el besar la boca de un hermosa,
al aplacar la sed con esa chicha,
después de aquella marcha tan penosa:
regresó el indio por Pizarro enviado,
activo y diligente;
y apenas vió que al otro
tratábasele allí tan cortesmente,
y daba de beber á los cristianos,
cuando quiso iracundo atropellarle,
y con torpes insultos injuriarle;
y se hubieran ido ambos á las manos,
sino lograr mediar los circunstantes.

Y de Pizarro el indio les decía:
«¿por qué contemplar á esos farsantes,
que vienen á engañar, lo que deploro,
dando la chicha en sus jarrones de oro,
cuando yo, que también fuí como enviado,
con el Inca el hablar no me han dejado?
¡Y casi hasta la vida,
por llegar como agente, me ha quitado
su guardia fementida!
Y sépase ya, pues, que Cajamalca
ha sido abandonada, y que no lejos
Atahualpa y sus tropas son hostiles;
y llámante á ese pueblo para luego
caerte como á gamas en rediles.»
Así este indio inculpaba á su contrario,
y al soberbio Atahualpa aborrecía,
porque de Huáscar *era partidario*. 81

El enviado del Inca se reía,
y al otro indio escuchaba
con mucha sangre fría,
y después contestó: «Es que el Inca estaba
en su época de baños y de ayuno,
y mientras ella dura
no recibe á ninguno,
ni nadie á importunarle se atreviera,
aún cuando en tortura
su cuerpo se pusiera.
Si el gran Inca ha mandado
salir de Cajamalca
á todos sus antiguos moradores,
es porque á Cajamalca ha destinado
*para asilo y placer* de estos señores.
Y si muchos arqueros le rodean,
como al sol sus brillantes resplandores,
y síguenle afanosos,
es porque aún guerrean
con los de Huáscar restos poderosos;
pues ni indigno temor ni dudas tienen
de los intentos de los nobles blancos,
que al gran hijo del sol á mirar vienen
Todo esto es la verdad y lo que observo
al despecho y mentira
de este villano siervo,
por su orgullo ofuscado y por su ira.»
Calló el indio ladino,
de su feliz arenga enamorado.

Con la incredulidad y la paciencia
del hombre desgraciado,
manifestó Pizarro, con prudencia,

dar crédito al enviado,
quien de ello así contento,
se alejó del cristiano campamento.

Y luego la hueste siguió descendiendo
de aquellas montañas, agudas, pendientes,
que en valles verdosos se iban perdiendo,
y en limpios arroyos los negros torrentes,
su cáuce al dejar.
Y al *séptimo día*, con gozo indecible,
de la Cajamalca la vega avistaron,
que verde y hermosa, florida, apacible,
en medio de sierras, que audaces cruzaron,
miróse brillar.

De varios colores, el verde esmeralda
de lomas sonrientes pintaba la falda
del valle en redor:
de leda campiña las huertas cuadradas,
estaban sembradas
de varios productos, con hábil primor.

Y curvas haciendo un límpido río,
regaba al plantío
de todo el vergel.
por medio de acequias v angostos canales
el agua serena vertiendo á raudales,
que fuese preciso dejarse correr.

Y más á lo lejos, de pardos colores,
columnas se alzaban en ténues vapores,
en alto espiral:
allí era el paraje *de espléndidos baños*,
famosos y tibios, que todos los años
el Inca indolente gustaba tomar;
y en lomas feraces los mansos rebaños
veíanse alegres pacer y saltar.

Y *en miles de toldos*, cual blancas palomas,
cubriendo las lomas
y al pié de la sierra,
estaba acampada la jente de guerra;
y en tal extensión
los grupos de toldos, sin fin proseguían,
que al pecho infundían
asombro y pavor. 82

En *tres divisiones* la hueste invasora,
prosigue adelante,
mirando, anhelosa, la cerca ciudad;
y el sol baña y dora
y brillan é irradian, cual limpio brillante,
las armas y cotas y cascos y arneses
de acero y metal:
las viejas banderas se ven desplegadas....
las músicas lanzan sus himnos de guerra
en esas campiñas, sonrientes, calladas,
y tiembla la tierra
do adórase al sol;
y *aquellas gigantes*, que dejan la sierra,
y desde las nubes allí descendieron....
tambien infundieron
*al Inca terror*!

*Unos diez mil habitantes*
contendría Cajamalca,
en tiempo de esta conquista;
y una parte de sus casas
era de arcilla, y con techos
de lisa madera ó paja,
y con las comodidades
para el indio necesarias,
y otra parte era de piedra
y mejor edificadas;
y del pueblo, en un estremo,
el convento se encontraba
de las vígenes del sol;
y entre las sombras opacas
de un cuidado montesillo,
el santo templo se alzaba
á esa deidad consagrado:
*triangular* era la plaza,
muy extensa, y de edificios
como salones cercada;
y todas sus anchas puertas
con ella comunicaban;
pues eran como cuarteles,
depósitos y barracas,
para hospedar á las tropas
y proveerlas en campaña.

Y de la plaza hacia un lado
se alzaba *una fortaleza*,
antígua, murada y alta,
y toda de enormes piedras,
que tenía una salida
particular y secreta
á los viejos arrabales,
que cerraba oculta puerta;
y otra salida á la plaza
por medio de una escalera,
que del muro descendía;
y en una elevada cuesta
que á la ciudad dominaba,
también *otra fortaleza*,
con murallas espirales

y guarnecida de almenas,
para defensa del pueblo
y del castillo defensa.

Después de un bello día,
parduscos nubarrones alzáronse apiñados,
la tarde al declinar;
y una *lluvizna fria,*
y á veces *con granizo,*
á los cristianos hizo
el paso acelerar;
*y el quince de Noviembre, y entrada ya la noche,*
pisaron la ciudad. 83

Y Cajamalca,
muda y desierta,
cual trampa abierta
de perdición,
abrió su puerta,
de espanto yerta,
á la legión:
solo á unas tristes
indias hallaron,
que los miraron
con compasión,
ya suponiendo
como segura
su desventura
y perdición.

Y hasta la plaza
la blanca raza
su firme paso
no sujetó;
como esas hojas,
que secas, rojas,
lleva al acaso
negro turbión.

Como observa afanoso el buen piloto,
en medio de iracunda tempestad,
al cielo, al horizonte y nubarrones,
y á las revueltas olas de la mar,
examinó Pizarro atentamente
á toda la ciudad;
y vió que era la plaza *el mejor punto,*
do pudiera á su tropa acuartelar;
porque la plaza hallábase cercada
de un muro ó pared,
y con solo dos puertas de salida,
fáciles de un ataque defender;
y además, rodeada
de fuertes casas, bajas ó cuarteles,
y almacenes con víveres bastantes,
para poder allí permanecer,
si fuese el Inca hostil á sus intentos,
hasta nuevos auxilios obtener.
Y Pizarro como hábil militar,
para el adverso caso de defensa,
así al instante concibió su plan,
solo luego pensando
el de *su gran sorpresa* acelerar.

# XXVIII

## 1532

Joven, anciana ó doncella....
matrona y señora mía....
y tú mi amable lector,
cuando la vida os fué bella,
ó acaso os es todavía....
ó allá *cuando Dios quería,*
que os embriagara el amor,
entre encajes de aéreo velo,
¿no habeis sentido el anhelo,
vivo, ardiente, abrasador,
de inquirir y de saber,
si el que os fué ángel del cielo,
os sabía comprender
y en ensueños delirar,
bendiciendo vuestro amor
á los piés del Redentor,
y cual vos sabía amar?

Así Pizarro, anhelando
saber del Inca el intento,
despachó á su campamento,
en Cajamalca al entrar,
á Felipillo y á Soto,
montados en briosos fletes,
con *quince* bravos jinetes,
que fuéranle á saludar.

Y cual ducho cazador,

que tiende su oculta red
para aprisionar mejor:
—pedíale la merced,
como prenda de amistad
á quien íbale á rendir,
*que se dignara venir*
á esa desierta ciudad.—

Y al ver á Soto partir,
sereno, ufano y sonriente.
esta misión á cumplir,
tan peligrosa y urgente,
y el campamento al mirar
del monarca omnipotente,
con más tiendas y más gente,
que olas agita la mar,
Hernando á Pizarro dijo,
después de un breve momento
de duda y presentimiento,
de Soto mirando fijo
el chico grupo marchar:
«Hermano, en peligro hallo
que Soto se puede ver;
y mi opinión no te callo,
por lo que pueda valer.»
«Pues á tí, Hernando, elijo
con *veinte más* de á caballo,
y ya nada hay que temer,
para como hábil piloto,
sigas la estela de Soto,
en el que ves turbio mar.»

Y Hernando de Soto en pos,
llególe presto á alcanzar,
encomendándose á Dios,
hasta poder regresar.

Por una ancha calzada,
con primor construída y bien cuidada,
que había entre los toldos y ciudad,
la arrogante y audaz caballería,
con belicoso aspecto y bizarría,
comenzó presurosa á galopar.

Al frente del peruano campamento
llegó el destacamento,
*después de media hora* de marchar:
los apiñados toldos se estendían
de las suaves colinas al declive,
y en los aéreos pávores se perdían,
sin poderse su límite alcanzar.

Y clavadas, delante de los toldos,
sus lanzas, flechas y arcos se encontraban;
y de ellos en redor
los indianos guerreros escuchaban,
con gran admiración,
los ecos de las armas y trompetas;
y de ágiles corceles contemplaban
los briosos movimientos
y su correr veloz;
y las graves siluetas
de esa que audaz, en alas de los vientos,
cabalgaba, terrible aparición.

Un no profundo, más extenso río,
por un endeble puente atravesado,
para pasarlo á pie,
hizo la marcha y brío
del grupo denodado,
por un corto momento suspender;
y pasándolo á vado,
encontraron formado
en la opuesta ribera un batallón;
y un indio, bien vestido y diligente,
indicó á Hernando Soto, atentamente,
del Inca la mansión.

Como vierte una luz sus resplandores,
así augusta se alzaba la morada
del gran hijo del sol,
de un gran patio en el centro; y rodeada
de espaciosos y limpios corredores,
duplicados también al interior:
los muros eran de tallada piedra,
y un estuco brillante de color
cubría los pilares y paredes
de cada corredor,
do la silvestre hiedra
y floridas arálias, como redes,
mitigaban el vivo resplandor.

En el interno patio, silencioso,
un pensil sonriente,
perfumando el ambiente,
circuía á un estanque misterioso,
que entre bellos arbustos se ocultaba,
de las canoras aves al gorjeo;
y agua caliente y fría
por subterráneos tubos recibía
el que el *baño del Inca* se llamaba:
y aquí, todos los años,
en tan florido albergue, como aislado,
tomaba el Inca, solo ó rodeado
de sus muchas mujeres muy hermosas,
sus deliciosos baños,
saturados con aguas olorosas.

Cuando los dos guerreros sujetaron
la brida á sus corceles espumosos,
y en el externo patio penetraron
al tranco y animosos,
seguidos de un jinete cada cual,
lleno el patio de nobles encontraron,
de sirvientes y ugieres
y donosas mujeres
de la casa real.

Ricos trajes vestían los peruanos,
brillando los adornos en sus telas;
y las damas, vistosos y livianos,
con plata y oro, en grandes lentejuelas;
y de su gran señor,
lascivas incitando,
amantes y sonrientes,
el anhelado amor;
y vanas ostentando
collares y pulseras rutilantes,
en cuello, brazos, piernas y cabeza,
en rica profusión;
y según su alto rango ó su nobleza,
esos magnates, damas y sirvientes,
veianse formados en redor,
todos de pie, humildes, reverentes
ante el hijo del sol.

En un cojin reclinado,
vése á un caudillo, al que orla
su frente una roja borla,
con turbante y coronado:
adusto, su ceño airado
tiende altivo en derredor,
y su poder superior
do quier mira, siente y palpa.
¿Es un Dios? ¡Es Atahualpa,
del Perú el Inca y señor!

Era alto, membrudo, hermoso,
de ardiente mirar de fuego,
y al dolor, al llanto y ruego
insensible y desdeñoso:
cruel, astuto é imperioso;
de dura fisonomía,
que el poder da altanería;
y arrogante con los bravos,
como el que gobierna á esclavos....
*él mismo* un dios se creía!

Con fingida indiferencia
vió á Pizarro y Soto entrar,
no queriendo demostrar
de su séquito en presencia,
dudas, temor ó impotencia,
ni algo que causara enojos
á su voluntad y antojos;
y el Inca, *por vez primera,*
su mirada ocultó fiera,
bajando al suelo los ojos!

Y este despótico rey,
al ver al cristiano grupo,
su temor *ocultar supo,*
ante su asombrada grey;
y firme á su honor y ley
y suprema majestad,
su asombro y curiosidad
dominó *en aquel instante,*
y hasta á su mismo semblante
impuso su voluntad!

Con la vista en el suelo el Inca altivo,
hízole preguntar á esta embajada,
que ante él así llegaba tan osada:
—¿cuál era la premura ó el motivo,
por el cual sin su venia requerir,
osaban en montón y tan ligeros,
cruzando entre sus toldos y flecheros,
ante él así venir,
cuando nadie intentaba en su castillo,
sus baños ni su ayuno interrumpir?

Hernando Soto, entonces,
no intimidado por el regio brillo
de la mansión del Inca presuntoso,
ni por la guardia de sus nobles mil,
bajóse del caballo, respetuoso,
y seguido del indio Felipillo,
como intérprete, hízole decir: 84

«Noble rey de este imperio poderoso,
don Francisco Pizarro, gran guerrero,
y ya por sus hazañas muy famoso
en este reino y en el suelo ibero,
envíame á que os diga, presuroso:
que su amistad, sus tropas y su acero
viene á ofreceros, como buen amigo,
y á ser de vuestros triunfos un testigo.

Nobles vasallos somos de un monarca,
que tiene grandes pueblos á millares,
y es cada cual mayor qne esta comarca;
y se dilatan su poder y lares
en cuanto alumbra el sol, y el mundo abarca
en islas, cumbres y remotos mares:
y en nombre de ese rey, de reyes miles,
también os brinda tropas varoniles.

Y el Dios de nuestro rey y el que adoramos,
*es el Dios de los dioses*, que dirije
al sol, la luna y astros, que miramos,
que premia á la virtud y al bueno elije:
da el paraíso á aquellos que le amamos,
y en los infames el castigo inflige.
Así, pues, os ofrece, en conclusión,
la amistad de su rey y religión.

Y si aceptar os place su promesa
y dar cima á la guerra fratricida,
vuestro poder mostrando en tal empresa,
os pide como gracia merecida,
*que mañana* vayais á honrar su mesa,
dejando á vuestra gente complacida.
¡Dichas dé Dios al Inca, que venero,
y su respuesta, como enviado espero!»

Y al oír de Felipillo,
que era travieso y locuaz,
la traducción de esta arenga,
sin entender la mitad,
hizo el Inca por un noble,
y sin sus ojos alzar,
responder al castellano
dos palabras: «*Bien está.*»

Y Hernando Pizarro, entonces,
notando la vaguedad
de aquella corta respuesta,
sin poderla descifrar,
volvió al Inca á repetirle,
poco menos, poco más,
el mismísimo discurso,
que acababa de escuchar.

Y el Inca, ya advertido,
que este otro era hermano
del jefe castellano,
su vista al punto alzó,
después que le hubo oído,
queriendo demostrarle
*que honrábale al mirarle*,
y así le contestó:

«Dile al capitán, que aquí te envía,
su amistad y guerreros á ofrecer,
que termino mañana ayuno y baños,
y á visitarle con mi corte iré;
y que en tanto se hospede en esas casas,
que en Cajamalca, sin cerrar se ven,
las que deshabitar hice exprofeso,
para que descancen á placer.»

Un corcel Soto montaba,
que llamaba
de los indios la atención:
era alto, clinudo, hermoso,
vivo y brioso
y de todos el mejor;
y hasta el Inca encopetado,
admirado
comenzóle á contemplar;
pues con los ferrados cascos,
en peñascos
*hacía chispas saltar.*

Y Soto, viendo orgulloso,
que el monarca presuntuoso
contemplaba á su corcel,
apretóle las espuelas,
y cual viento entre las velas,
lo bizo saltar y correr;
y bufando
y escarceando,
mil círculos describir,
con imponente belleza,
cual si el bruto su destreza
quisiera, ufano, exhibir;
y espumoso,
tan cerca corveteó
del monarca presuntuoso,
que el traje le salpicó.

Los pobres indios se asustan,
impulsados de temor,
y los nobles se disgustan....
quien se aleja, corre y brinca,
y abandona á su señor;
pero el Inca,
con soberbia dura y fátua,
como una marmórea estatua,
*sin moverse* se quedó,
disimulando el ultraje....
con el gran valor salvaje,
*que en la hoguera demostró!*

Mas *aquella cobardía*
de su cortejo real,
ante el osado extrangero,
que ofendía
del Inca la majestad,
supo el Inca, muy severo,
con dureza castigar! 85

Queriendo el Inca, que los enviados
sus damas vieran y oro también,

hizo una seña, y muchos criados
*chicha* trajeron
para beber;
y en copas de oro servidos fueron
por las bellezas de aquel harén.

Y al monarca saludando,
partió la audaz comisión.
algo triste y acuitada
de que el arrojo y valor
de su temerario jefe,
que por todo atropelló,
los hubiera ya llevado
al centro de esa región,
donde *un ejército inmenso*,
aguerrido y lidiador,
bien pertrechado y con jefes,
que larga guerra formó,
acechábales tranquilo,
y dispuesto con tesón
contra ellos á lanzarse,
solo del Inca á la voz,
como quiebra á un débil tallo
el huracán bramador.

Y como esto *era lo cierto,*
así claro discurrió,
al cruzar á esa gran hueste,
la pequeña comisión;
no porque miedo tuviera
ni amenguara valor;
porque jamás tuvo miedo
ningún hidalgo español....
ni menos aquellos héroes
*del gran siglo de Colón!*

De su embajada
cuenta le dieron
Hernando y Soto
al general,
sin ocultarle
cuan imponente
era la inmensa
hueste imperial.

Y por todo el campamento,
al momento,
tan triste nueva cundió,
como un presentimiento,
cuando oprime al corazón:
con una funesta duda,
que aguda,
trueca el placer en dolor!

Y cada cual lamentaba,
que hubiese su general
hasta el centro penetrado,
do se hallaba
por do quiera acorralado,
sin tener salida ya;
pues intentar una huída,
ante su marcha atrevida,
les sería más fatal.

Y esta opinión entre todos,
antes vaga é infundada,
hízose *más acentuada*,
cuando la noche al entrar,
las luces de indianos toldos
rasgaron el negro velo,
*mas que estrellas en el cielo*
vénse salir y brillar. 86

Pero allí un hombre había
lleno de luz y de fe,
que jamás dudó en su triunfo....
y ese hombre Pizarro fué:
y al mirar el desaliento
en que comenzó á caer
su pequeño campamento,
sintió su ardor renacer,
como llamas de una hoguera,
y al momento
hablóles de esta manera:

«¡Camaradas, por fin llegó el día,
que á la patria victoria cantemos....
al salvaje en la lid ya tenemos,
y mañana *vencido será!*
¡Cuanto más esa hueste.... desnuda,
se aglomere, envanezca y extienda,
más cobarde en la férrea contienda,
en tumulto y deshecha huirá!

¿Veis medrosas, saltar, encrespadas,
turbias olas del mar en montón,
y á la aves correr, asustadas,
cuando ruge furioso el turbión?

¡Así aquella salvaje falange
nuestros himnos de guerra al oir,
entre el fuego y bufar de corceles,
sentiráse de espanto morir!

Si *mañana, vencido aquí al Inca,*
no os entrego, después de triunfar,

*mi cabeza* vendré á presentaros,...
que yo en vano jamás sé jurar!»

Este arranque de Pizarro
restableció la confianza,
y risueña la esperanza
más lozana retoñó,
entre todos los soldados,
anhelando ya el momento
de invadir al campamento,
que antes temor les causó.

Llamó en seguida á un consejo
á todos los oficiales,
y de asuntos principales
así su plan les trazó:

«Amigos, os he reunido
para en este acto acordar,
las muy urgentes medidas
que el caso requiere ya.
Oidme: ya no es posible
por más tiempo el esperar
que nos venga algún socorro;
porque á nuestro frente está
con toda su hueste el Inca,
y una batalla rehusar,
es hacer que ponga en duda
nuestro poder colosal;
pero aunque de ellos triunfemos
en un combate tenaz,
lidiando, desesperados,
y teniendo cada cual
que luchar contra trescientos,
según debo calcular,
tendríamos noche y día
que dar otros muchos más,
para poder sostenernos
y en la contienda avanzar;
y elementos para ello
no tenemos en verdad;
y para huir es ya tarde,
pues como lobos caerán
tras de nosotros las tribus,
sin dejarnos respirar.

El Inca es taimado, astuto,
y se nos muestra falaz.
¿Por qué dejó á Cajamalca,
como desierta ciudad?
¿Por qué viejos y muchachos
se han ido y aún se van?
¿Por qué entre estos precipicios,
hános querido encerrar?
¿Por qué aglomera sus tropas,
si brindámosle amistad?
¡De seguro, que medita
una sorpresa infernal,
después, que viniendo á vernos,
fiemos en su lealtad!

¡Como él así procedamos,
y anticipémonos ya!
Dice que vendrá mañana
nuestra pobre mesa á honrar:
tomémosle prisionero,
que en la guerra el más audaz,
suele vencer muchas veces,
al prudente por demás!
Y sus tropas, que le adoran,
no nos vendrán á atacar,
de miedo que demos muerte,
á su caudillo imperial;
sino á ofrecernos rescates....
mucho oro.... en gran cantidad,
sus mujeres y sus hijas....
y hasta sumisión quizá,
mientras tanto que recursos
podemos así esperar!

Con toda franqueza os digo,
*que este es el único plan,*
que juzgo seguir debemos,
si desea cada cual,
que con arrojo inaudito
y eterna gloria inmortal,
este reino en poco tiempo,
lleguemos á conquistar.

Y si este mi plan no os cuadra,
otro mejor indicad,
que sustituyendo al mío,
en discusión entrará,
que yo no quiero á ninguno
imponer mi voluntad,
aunque proceder pudiera
cual director general,
sino de todos en bien,
y en lo mejor acertar.»

Y los buenos oficiales
de tan hábil general,
unánimes contestaron:
«Nos parece vuestro plan
*el mejor y más seguro....*
y lo que os plazca mandad.»

Y Pizarro mandó:—que varias guardias

las entradas cuidasen
de aquella población,
y otras en el fuerte se situasen.—
Y en toda aquella noche silenciosa
de calma majestuosa,
solo la voz se oyó
de: «Centinela, alerta.» Y en seguida
el otro respondía: «Alerta estoy.»

# XXIX

## 1532

Lentamente las sombras de la noche
iban ya disipándose, y el cielo
teñíase de azul, opaco y vago....
el pálido lucero se extinguía,
como el amor de una alma lacerada....
el fresco aire del aura macilenta
á dar vida empezaba á la natura,
como á inocente virgen, que sonríe
á un porvenir de adoración y flores;
y del oriente las doradas luces
nuncios eran del sol, que los cristianos
esa noche despiertos esperaban,
desde los vigilantes centinelas,
hasta los frailes é incansable jefe.

¡Y brilló al fin el sol del anhelado
DIEZISEIS DE NOVIEMBRE! ¡Este es el día
del Perú en los anales, memorable!
¡En él concluye el misterioso imperio
de esa familia de los sacros Incas,
que fueron á la vez *papas y reyes!*
¡En él comienza, con *traición y hogueras,*
*tiranías, degüellos y saqueos*
el triunfo del ibero en su conquista,
la santa cruz llevando en una mano,
y en la otra la espada y exterminio!
¡Finó la idolatría y encumbróse,
como á la peste sigue la miseria,
torpe superstición, bajo otra forma,
*su hogar robando* á sus nativos dueños!

Oyóse una trompeta, cual si fuese
la *del juicio final* para esos indios,
que á su cielo llamaban los cristianos,
y hasta entonces nacieron y murieren
sin vanas ambiciones, y conformes
con su estado y costumbres legendarias.

Y brilló al fin el sol tan anhelado....
hizo tocar Pizarro la trompeta,
siguiéndole los frailes misioneros,
que fervientes y pálidos pasaron,
elevando sus preces esa noche
por el triunfo de Dios y sus heraldos;
y un altar en el centro de la plaza
para decir la misa improvisóse:
allí acudió la castellana hueste,
contrita oyendo la cantada misa,
que al dios de las batallas invocando,
para los héroes protección pedía,
que iban allí á enclavar la cruz de Cristo.
Todos después con plañideras voces,
á una el *Exurge Dómine* cantaron,
como si fuesen mártires sublimes,
que su alma al sacrificio preparasen,
y *no á una atroz perfidia decididos*;
pero en su fe fanática y grosera,
todos los medios *presumían santos*,
si el triunfo daban á su cruz divina. 87

Luego en sentida plática Pizarro
recordó á los soldados su promesa,
y mandó que al combate se aprestasen,
que iba á ser decisivo en aquel día:
á Soto, Benalcázar y á su hermano
de la caballería al frente puso,
dando *un grupo de veinte* á cada jefe:
y mandó se cubriesen los pretales
*con grandes cascabeles*, cuyo ruído
el pavor de los indios aumentara:
dispuso que estas fuerzas se situasen,
y en un cuartel ocultas estuviesen,
de los dos que se hallaban en la plaza;
y en el otro también la infantería,
*oculta y pronta* para obrar se hallase;
de dos piezas, llamadas *falconetes*,
que era la artillería, dióle el mando
á don Pedro de Cándia, con algunos
buenos *arcabuceros*, que en la torre
mandó situar, á todos previniendo:
—que absoluta obediencia, dentro y fuera,
á sus jefes prestasen, como siempre;

y que al oír de un arcabuz *la seña*,
dando gritos salieran á la plaza,
y al Inca, sin herirlo, aprisionasen.—
Y él, con otros soldados de confianza,
que eran *veinte* fornidos rodeleros,
ocultáronse luego en una pieza,
para iniciar su ataque temerario.

Así de Cajamalca la gran plaza
quedó desierta y en silencio todo,
como la fiera, que escondida acecha,
de una verde planicie entre las pajas,
que confiado se acerque el caminante.

Era ya *muy entrada la mañana,*
cuando Pizarro recibió un mensaje,
previniéndole el Inca:—que llevando
*su amada hueste* iría á Cajamalca,
cual llegaron armados los guerreros,
que fueron en su nombre á visitarle.—
Pero Pizarro contestóle al punto:
—que de cualquier manera que viniese,
honrado como á un príncipe sería
por él y sus soldados muy sumisos;—
porque Pizarro, inquieto y receloso,
lamentaba tan solo la demora,
y no que armado ó solo se acercase,
sabiendo que en la espera y en el ocio
el bélico entusiasmo disminuye. 88

Ya el sol en el cenit, vióse á lo lejos
á la gran comitiva en la calzada,
y limpiando el camino á muchos indios.
De *tres grupos* formábanse esas fuerzas,
según las varias armas que llevaban:
*como de doce mil* era el primero,
de hondas armados y punzantes flechas,
mazas de cobre de afiladas puntas
é instrumentos de música y bocinas:
*como de cinco mil* era el del centro,
llevando duros palos que tenían
un largo y fuerte lazo corredizo,
para traer personas ó animales,
cuando después de la derrota huyesen;
y el último, también muy numeroso,
eran robustos cuerpos de lanceros,
seguidos por mujeres y sirvientes,
servidumbre real y sueltos indios. 89

Unos vestían primorosa tela,
formando cuadros blancos y encarnados;
otros de blanco con moradas rayas,
y largas fajas de sedosos hilos,
ó flores imitando á animales,
según las diferentes compañías;
y la inmediata guardia del monarca,
por su librea azul con ornamentos
de plata y oro y vívidos colores,
entre otras muchas era conocida.

Iba el Inca en el centro de sus tropas,
cubría una corona su cabeza,
y la *borla imperial* sobre su frente,
más que todo valía en torno suyo:
de grandes esmeraldas relucía
largo collar sobre sus anchos hombros,
y su manto real iba flotando,
por la brisa mecido suavemente:
en un cojín de perfumada tela,
de muy valiosas piedras tachonado,
indolente yacía el gran monarca,
descollando entre todos su figura,
sobre las andas de oro y pedrería
y ricas plumas de aves tropicales,
que á porfía su séquito de nobles,
todos de gala y con preciadas joyas,
por llevar en sus hombros se afanaban;
y el tablón, que estas andas sostenía
*como un quintal pesaba* y era de oro.

Y este compacto ejército, sumiso,
procesión religiosa parecía,
porque al compás marchaba de sonatas,
entonando monótonas canturias
y patrios himnos de sus muertos Incas;
y era la regia marcha tan pausada,
que en *cuatro largas horas* de camino,
solo *cinco kilómetros* anduvo.

Altivo y grave el Inca majestuoso,
irradiaba el contento en su semblante,
al mirar á sus pies tanta grandeza,
así creyendo, *en su candor salvaje,*
confundir la arrogancia y el orgullo
de esa extrangera gente temeraria,
que osaba ante su trono presentarse.

Cuando el Inca enfrentó con Cajamalca,
mandó hacer alto y preparar los toldos,
para pasar la noche *en aquel sitio,*
pues viendo de ese día el fin cercano,
para el siguiente difirió su entrada.

Al punto el centinela, presuroso,
que de la fortaleza espiaba atento
la lenta marcha de la indiana hueste,
comunicó á Pizarro esta noticia,
quien sintió la agonía y los dolores

del que frustrada mira su esperanza,
tras largos años de esperar sufriendo;
y esta imprevista interrupción supuso
presagio fuese de futuros males;
mas presentóse de Atahualpa, en tanto,
un mensajero, que á Pizarro dijo:
—que hasta *el siguiente dia* su monarca
la regia entrada en la ciudad no haría.—
Pero mandóle contestar Pizárro:
—que rogábale entrase aquella tarde,
pues con la pronta cena le esperaba,
y hasta que honrar su mesa se dignase
intacta y sin probarse quedaría.—

Galante el Inca á tan cumplido anhelo,
hízole prevenir:—que iba al instante
su entrada á hacer, *sin armas ni soldados*,
y á alojarse en la extensa conocida
*casa de la serpiente*;—así llamada
por tener esculpida una serpiente
en su alto muro de macisa piedra.

Y en el centro de un grupo, *desarmado*,
de nobles, criados, músicos y pueblo,
que *á unos cinco ó seis mil* ascenderían,
á la ciudad se encaminó tranquilo.

¿Mas cómo este monarca tan astuto,
sin conocer á la extrangera gente,
que así atrevida invade sus dominios,
ni inspirarle sospecha la insistencia
de que esa noche en la ciudad entrase,
así inerme se entrega, incáuto y necio,
al verla en la ciudad reconcentrada,
y ocupando sus fuertes formidables?

Sin duda que él creyó, que demostrando
á aquel puñado de invasora gente
su regia pompa y numerosas tropas,
íbala á intimidar, ó cuando menos
hacer que sus derechos respetase,
rindiendo sumisión á su corona.
Y cuando por la tarde fué rogado
á entrar á la ciudad, tal vez supuso,
que el demostrar temor afrenta fuese,
ó tal traición quizá no imaginase;
pues era por demás loca y perversa
para hacer tal ofensa á los cristianos,
á quienes honorables suponía.
Creíase inviolable y poderoso,
y que *ningún mortal* en sus dominios,
no solo ataque á su persona osara,
pero ni ante él la vista se atreviera
frente á frente elevar para mirarle,
como el fijar la vista es imposible
en el fúlgido sol del medio día,
sin quedar casi ciego ó deslumbrado.

¡Perdióle *su poder y su confianza*,
y el juzgar *incapaces* á esos hombres
de cometer un hecho, que se llama
*traición infame en todos idiomas!*
El pobre Inca del salvaje mundo,
en su ignorante orgullo, no sabía
que el fanatismo, la ambición de gloria
y la sed insaciable por el oro,
al hombre ciegan y hállanle dispuesto
*á todo lo más grande.... ó más inícuo!*

## XXX

## 1532

Cuando el sol *á su ocaso descendía*,
hizo el Inca su entrada en la gran plaza,
entre solemnes himnos y canturias,
*con unos cinco mil* de comitiva,
entrando la que pudo en el recinto,
hasta verse compacta y apretada;
y hallándose en su centro, y no encontrando
á ningún español que le esperase,
y después de mirar á un lado y otro,
ya con curiosidad, ya con sorpresa,
preguntó: «*¿Adonde están los extrangeros?*» 90

Con Felipillo, intérprete avezado,
salió en aquel instante el dominico
*Vicente de Valverde*, que llevaba
una *biblia* ó *breviario* en una mano;
y en la otra un *crucifijo*: miró al Inca,
acercóse á las andas y le dijo,
esto que Felipillo traducía:
«Gran monarca peruano, yo os saludo,
como al jefe y señor de estos dominios.
Del verdadero Dios soy sacerdote,
y vengo como tal á vuestra casa

á enseñaros las cosas y misterios,
que Dios *en este libro* ha consignado:
creó al mundo en seis días, y los cielos
ensalzan su poder omnipotente,
que á los astros dirije, y en la tierra
su dogma y su doctrina imperan solo:
venera sus milagros y divino
misterio de ese Dios, que es trino y uno:
bajó desde su trono hasta la tierra
por redimir al hombre del pecado,
y murió en una cruz; subió á los cielos,
sentado de su padre está á la diestra,
y tornará de Josafat al valle
al fin del mundo, y en postrero juicio
á todos juzgará, vivos y muertos;
á los buenos premiando con su gloria,
y al infierno á los malos condenando.
Su vicario en la tierra fué San Pedro,
y hoy lo son, sucediéndose, los papas,
que estas lejanas tierras han donado
á los reyes católicos de España,
con tal de hacer en ellas que se adoren
la cruz de Jesucristo y su doctrina,
y así se salve del mortal el alma.
De nuestro emperador, Pizarro enviado,
que os declareis su tributario os pide,
de vuestra fe adjurando los errores,
y que abraceis la religión de Cristo
para salvar vuestra alma y vuestro imperio.»

No pudo esta arenga Felipillo,
para un indio *confusa é inexplicable*,
el irla al escucharla traduciendo,
y ni siquiera el explicarla al Inca,
pues por decir *Dios trino y uno, dijo*:
-*Dios tres y uno además,* que son los cuatro,-
y otros muchos tremendos desaciertos;
y ni aún menos el Inca comprenderle,
aunque atento escuchase, sorprendido.

De Atahualpa los ojos centellearon,
cuando acabó Valverde su discurso:
los ojos del salvaje, enrojecidos,
con siniestro mirar se dilataron:
de vergüenza y furor su altivo ceño,
ora nerviosamente se agitaba,
temblándole *la carne de su rostro*,
ó lívido, encendido y descompuesto,
de su indignado pecho era el trasunto.
Aquel provocativo sacerdote
era *el primer mortal,* que ante él se alzaba,
y sacrílego, loco y temerario
pedíale su reino y que adjurase
su religión, honores y grandeza.

¡Jamás, ni en sueños, presumiera el Inca,
que tal afrenta hiciérale ninguno;
así es que apenas pudo, reprimiendo
su angustioso furor, el contestarle:

«Será ese emperador un gran monarca,
cuando al través de mares y desiertos,
hasta mi imperio sus guerreros manda,
y quiero, pues, tratarle como á hermano.
Respecto de esos papas dadivosos,
deberán ser menguados y dementes
ó taimados, hipócritas y pillos,
cuando pretenden dar lo que no es suyo,
en vez de dar lo de ellos.... si algo tienen!
Y de mi religión cambiar no quiero,
que es mejor que la tuya, pues que dices,
que al suplicio tu dios fué condenado
por los mismos á quienes dió la vida.
Todos á nuestro dios aquí adoramos....
eternamente por nosotros vela,
y hora.... por no escucharte, ya se oculta
tras esas cumbres de doradas cimas.
¡Mírale!» dijo el Inca, y arrogante
tendió su brazo hacia el purpúreo ocaso,
y púsose de pie sobre las andas.

«Entonces, ¿no adjurais vuestros errores?»
trémulo de ira replicóle el fraile.
«¿Y con qué autoridad á hablar te atreves?»
contestóle el salvaje, desdeñoso.
«¡Con esta, que es sagrada!» y alcanzóle
el libro, que en sus manos conservaba.

Tomóle el Inca, recorrió sus hojas,
y al suelo arrojándolo, indignado,
luego exclamó, mirando á sus magnates,
para inspirarles su coraje altivo:
«Pero esto nada dice.... es un engaño....
está mudo y tus ecos no repite.
¡De sus acciones, dile á tus secuaces,
que estrecha cuenta me darán al punto,
desde que á estas mis tierras invadieron;
y de aquí no saldré, sin que antes todos
satisfacción cumplida me hayan dado
de estos agravios de que son culpables!»

Y alzóse entre los indios *un murmullo,*
como esos ecos sordos, que á lo lejos
la tempestad anuncian, que furiosa
súbita estalla, devastando todo,
mientras lanzando de sus ojos fuego,
el Inca *en derredor miraba, erguido!*

A su sagrado libro, así ultrajado,

alzó y besó Valverde, y fué corriendo
á Pizarro informar de aquella escena,
y exclamó luego, con falaz perfidia:
«¿No veis, oh capitán, que mientras tanto,
precioso tiempo en conversar perdemos
con un indio soberbio y tan impío,
que al suelo arroja los sagrados textos,
se llenan ya los campos con sus tribus,
que acá nos van á devorar á todos?
«¡A ellos vamos.... salíd....*que yo os absuelvo!*»

Al fanático fraile, que le incita,
con gozo oyó Pizarro, al ver llegado
el instante supremo que esperaba:
una blanca bandera asió en la diestra,
*convenida señal* para *el degüello*,
y saliendo á la plaza con su guardia,
gritó, llamando á las ocultas tropas:
«¡Santiago, á ellos!» Luego oyóse un tiro,
que hizo disparar Cándia del fuerte,
y á un tiempo suenan cajas y trompetas:
ábrense los cuarteles,. y al momento
en cerrada columna se presentan
los infantes y fuerzas de á caballo,
mientras los tiradores y artilleros
de la gran plaza guardan las entradas,
y á los compactos indios hacen fuego:
do quiera los jinetes atropellan,
dando á diestra y siniestra sus mandobles,
como empeñosos segadores cortan
del rubio trigo la madura espiga:
sobre cuerpos caídos, los caballos
cráneos rompiendo, saltan y disparan,
como en las eras límpianse las mieses;
y de sangre empapada ya la arena,
casi rojos corceles y jinetes,
vénse como de púrpura teñidos,
del sol poniente á los postreros rayos:
también por otro lado los infantes,
con sus lanzas, espadas y ballestas
van dejando un tendal de muertos indios,
mientras otros huyendo y apiñados,
contra un muro de piedra de la plaza,
derribanlo el empuje simultáneo:
*de treinta metros* ábrese un boquete,
salvados créense y hacia el campo corren;
pero sobre cadáveres y escombros,
los grupos de jinetes saltan.... vuelan,
y á todos matan en abierto campo,
con tal sorpresa, como se hace al hombre
á quien dormido encuéntrase en su lecho:
no fué batalla.... *fué carnicería*;
y en cerrado redil mansas ovejas
por sanguinarios locos lanceadas,
más resistencia por su vida harían,
que esos inermes, temblorosos indios,
que traición tan villana no esperaban!

En tanto que esta mortandad horrible,
con ardor por do quiera proseguía,
más implacable fué contra la guardia,
que á su monarca, cual sagrado objeto,
con sus desnudos brazos resguardaba;
y de un grupo de infantes secundado,
Pizarro con sus veinte rodeleros,
desde el primer instante dirigióse
á deshacer del Inca la custodia;
pues conseguir hacerle prisionero
era de ese su plan *el primer móvil*;
pero esos pobres indios, que la muerte
sin hacer resistencia recibían,
los sitios de los muertos ocupaban,
presurosos, heróicos, decididos;
y compactos formando otra muralla,
las vacilantes andas defendían,
no pensando en huir, sino que presto
del ataque, el cansancio y la fatiga,
postrase á los cristianos, y las sombras
que de la amiga noche se extendían,
al monarca en su huída cobijasen,
en tanto que sus tropas acudiesen. 91

Mas viendo los cristianos que era inútil
querer romper esa muralla humana,
que por ensalmo alzábase al instante,
después de demolerla á sangre y fuego,
corrieron los jinetes á abrir brecha,
sin perder ya su tiempo en dar la muerte,
y cuanto antes del Inca apoderarse;
porque la oscura noche confundía
á indios y cristianos, y ocultaba
las vacilantes ondas, que cual nave
en torva tempestad se hunde y eleva;
así de un lado á otro aparecían,
de sangre aquellas olas evitando.

Y al fin esos ataques postrimeros,
tales fueron de rápidos y fuertes,
y tan cerca del Inca se encontraron,
que el Inca y andas *casi se cayeron:*
su brazo entonces elevó Pizarro,
y con voz imperiosa al punto exclama:
«¡Pena la vida quien al Inca toque!»
Logra agarrar al Inca *por su manto*,
que en brazos cae de sus adictos indios,
de quienes arrebata prisionero,
y con su cuerpo escúdalo en seguida;
pero en tal confusión de gritos y armas,

por ileso salvarle del peligro,
*en una mano* recibió una herida;
siendo *el solo cristiano*, que fué herido,
entre la confusión *de aquel degüello*,
al extender su brazo sobre el Inca,
y así salvarle de *la sed de sangre;*
y allí un infante, apellidado Estete,
al caer el monarca de sus andas,
arrancóle la borla del turbante,
que *largos años* conservó orgulloso,
como un trofeo de tan fausto día,
y de la gran conquista decisivo. 92

Ya *de pie* no se hallaban enemigos,
ni hubo ya resistencia ni hubo alientos
para seguir matando, entre tinieblas,
á los pocos dispersos, que quedaban.
Ya *el Inca prisionero*, no pensaron
más que en salvar su vida miserable
los pocos, que con vida resistieron
en un lago de sangre, que corría
como ancho arroyo por la extensa plaza:
caíanse en los grupos de los muertos....
alzábanse y corrían, procurando
llegar hasta los toldos: y uno que otro
pudo allí trasmitir la infausta nueva;
y todo el campamento, en el instante,
dispersóse también, *despavorido*,
dejando todo cuanto allí se hallaba,
armas, bagajes, tiendas y riquezas,
y gritos dando de dolor y angustia. 93

Volvió á sonar, en toque de llamada,
el bélico clarín de aquella tropa,
que mató, sin piedad, á inermes indios,
generosos, humildes y postrados:
alegres dianas la victoria anuncian,
y las triunfantes fuerzas en la plaza,
se congregan, estrechan y respiran ...
cesan los tiros.... se disipa el humo,
y pónese en su vaina al rojo sable.

La silenciosa noche, entre las áuras
hace repercutir de selva en selva,
y de los Andes en las blancas cimas,
esos de la victoria ledos ecos,
hasta entonces jamás allí escuchados,
y que esparcidos por do quiera, anuncian
el exterminio del peruano imperio,
*y otro gran reino para Carlos quinto*!—

# XXXI

## 1532

Pasada ya del Inca la sorpresa,
trató el jefe español de consolarle,
diciendo:—que su rey le dejaría
como amigo y vasallo en ese imperio;—
é hízole entrar en una de las cuadras,
donde estaba la cena ya servida:
sentóle frente á él, y en ambos lados
á sus hermanos, jefes y oficiales,
cumpliendo así Pizarro su palabra,
cuando mandó poco antes á decirle:
—que rogábale entrase aquella tarde,
pues con la pronta cena le esperaba;
y hasta que honrar su mesa se dignase,
intacta y sin probarse quedaría.—

En los risueños *veinticuatro abriles*
hallábase Atahualpa: era robusto,
hermoso y bien formado, de ancha frente,
y aún bello y simpático su rostro
por sus perfectas líneas modelado,
si *sus sanguinolentos* ojos negros,
grandes y penetrantes no imprimiesen
en su severa faz cierta dureza:
resuelto en sus maneras y lenguaje,
descubríase en él al hombre altivo,
que superior, omnímodo, imponente,
desde su cuna acostumbrado se halla
de rodillas á ser siempre servido,
y como un semi-dios ser adorado;
pero hábil y sagaz mudó de tono,
y afable se mostró á los vencedores.

De sobremesa díjole Pizarro,
para irle amoldando á sus ideas:
—que por todos los reinos, donde anduvo,
vencido había tribus y caciques,
que acatar no quisieron los preceptos
del Dios que á su falange protegía,
cual él quedó vencido aquella noche
por haber arrojado al libro santo;

pero que la española hidalga raza
era cual denodada, generosa,
con el contrario débil y vencido.—
Lo que encontró Atahualpa *muy contrario*
á la matanza horrible de esa tarde,
y tranquilo repuso, con nobleza:
—que de la guerra en los azares cruentos,
corríase á vencer ó ser vencido;
pero que compasión ellos tenían
con los vencidos en sus muchas lides,
y que nunca emprendían guerra alguna,
sin haberla *otros antes declarado;*
y pudiendo destruirlos, no lo hacían,
sino antes, el perdón les acordaban.—

Y de ese tiempo *historiadores varios*,
*este suceso* al referir nos dicen,
que sin intimidarse el Inca expuso:
—que desde que pisaron en sus costas,
noticias de sus marchas tuvo exactas;
mas que su exíguo número de fuerzas
inspiróle desdén, quiso atraerlos,
dejándolos cruzar por las montañas,
hasta en aquella plaza acorralarlos,
para quitarles armas y bridones,
y de los jefes elegir algunos
para que allí sus artes enseñasen,
y á todos los demás darles la muerte.— 94

Y si es de presumir que así pensase
el Inca presuntuoso, en su arrogancia,
no es creible, que fuese *tan menguado*,
que preso y á merced de aquellos hombres,
que acababan de darle horrenda prueba
de su saña y rigor en los combates,
tales cosas dijera *en su perjuicio*,
sino que su piedad se propiciase.

Y suponen también otros cronistas:
—que con malicia el indio Felipillo,
que mal quiso á Atahualpa y le temía,
pérfidamente interpretó respuestas,
tergiversando ideas y palabras,
para así hacerle odioso á los cristianos,
pintándole cruel é inaccesible,
y de ellos alejar cualquier convenio.

Y Pizarro, político y afable,
del Inca despidióse; y guardar hizo
la cuadra do se hallaba el prisionero:
mandó otra vez, como en la noche antes,
poner en las entradas centinelas,
diciendo á los soldados:—que se hallaban
de enemigos cercados, y en el centro
de un reino numeroso y conmovido,
que á su jefe adoraba, y lidiaría
con sobrehumano esfuerzo por salvarle;
pero que Dios su causa protegiendo,
para más grandes cosas los guardaba.—
E hizo tocar silencio y retiróse.

¡Si realmente presumió Pizarro,
que él y allí todos sin descanso alguno,
por solo el triunfo de la cruz lidiaban,
debió dormir después de la victoria,
entre los ayes y estertores tristes,
que allí llegaban de tendidos indios,
con más profundo y agradable sueño,
que la noche anterior de angustias llena....
*como un niño en los brazos de la madre!*

El nuevo día al despuntar sonriente,
un solemne *Tedeum* cantó el clero
á tal victoria, como acción de gracia,
y por *el gran milagro*, que ninguno
en aquella refriega muerto hubiese.
Y en anchas fosas sepultados fueron
los montones de cuerpos, que en la plaza
el tránsito obstruían, no sin que antes
de *sus trajes y joyas* fuesen todos,
con muy prolijo afan desbalijados,
trasladándose luego al campamento,
que la dispersa indiada abandonara,
donde *un botín espléndido* juntaron,
además del acopio que existía
de comestibles telas y vestidos
de Cajamalca en las extensas cuadras,
así cesando el hambre y las penurias,
*que hasta entonces* heróicos soportaron,
y así teniendo *por demás* de todo. 95

Y *de caballería treinta* hombres
Pizarro despachó al Baño del Inca,
á tomar posesión de ese paraje,
dispersar á los indios, que allí hubiesen,
y del Inca *traerse los tesoros.*

Como un rayo cundió en todo el imperio
del Inca la prisión; y los suburbios
de Cajamalca llenos se miraron
de siervos, nobles, criados y mujeres,
que *con llanto en los ojos y humillosos*,
querían ver á su señor querido,
y *á todos* permitióseles la entrada.

Los indios, que *barbudos,* hasta entonces
llamaron á los blancos, ya en seguida
tan solo *viracochas* los nombraban,

creyendo que ese dios los protegía,
desde que á su Inca retenían preso,
sin que fuesen sus dioses á salvarle;
y acataron humildes al cristiano,
quien cada cual tenía á su servicio
más de *doscientos indios y mujeres;*
y era tal el aumento cada día,
que algunos propusieron *el matarlos*
ó cortarles *la izquierda ó diestra mano*,
temiendo algún motín y que se alzasen;
pero indignado, tan felina idea
*hizo acallar* político Pizarro!

Según costumbre, entraban los magnates
con *un peso en la espalda y sin sandalias*,
á tributar fidelidad al Inca,
y el duelo general comunicarle;
y llorosas doncellas y mujeres,
una mano apretando con la otra,
bajos los brazos ú oprimiendo al seno,
suelto el cabello, pálidas y tristes,
como si el hijo, esposo ó padre amados
perdido hubiesen en la tumba fría,
á los pies de Atahualpa se arrojaban,
amor vertiendo sus dolientes ojos,
y hondas angustias su vibrante pecho;
y demostrando el Inca *estar tranquilo*,
con dignidad y corazón entero,
consuelos dada y esperanza á todos,
y la mano estrechaba á sus mujeres;
y entre ellas descollaba una hermosura,
como brillante estrella en negra noche....
como luz protectora en los desiertos....
como sonrisa plácida de un ángel.

¿Mas quién era esa diosa? ¡Ay! esa era
Huáylas Nusta, de Atahualpa hermana,
hija de Huayna Capac, y la más noble
y la más en la corte esclarecida:
sus ojos eran grandes y dormidos,
como ardorosa vírgen, soñadora,
que al rumor de la brisa se estremece....
como Safo, en su lira modulando,
al compás de las aguas y en la roca,
sus estrofas de fuego, divinales:
oval su rostro de purpúreos labios,
y como rosa, que se entreabre, frescos:
blancos dientes pequeños, linda barba,
y en las finas mejillas un hojuelo:
suave el cútis, como hoja de magnolia,
tersa garganta y los cabellos largos,
denegridos, sedosos y brillantes,
que hasta las pantorrillas la caían,
y en la frente cortados, modelando
una hermosa cabeza de anchas sienes;
de oro bordada y de esquisitas piedras
túnica rica de flexible lana,
hasta la media pierna la cubría,
y al chico pie sujeta la sandalia,
de plata y oro con azules cintas,
que hasta las pantorrillas se cruzaban,
y do caía el fleco de su traje;
y en los mórbidos brazos y en las piernas
muy grandes aros de oro y de esmeraldas:
también en las orejas; y en el pecho
un collar de caireles relucientes,
como ángel ideal de los amores;
y más incitativa y más hermosa
sus sollozos y lágrimas la hacían,
su rubor revelando la sorpresa
de que esos extrangeros, afanosos,
con muy lascivos ojos la mirasen.
Y *este boceto*, para dar concluído,
con otra pincelada harélo solo:
tan célebre era allí Huáyllas Nusta,
como por su belleza, en ambos mundos
fueron *Anacaona y Pocahontas*,
heroínas del suelo americano,
de la conquista *en los primeros tiempos.*

Esta escena del Inca y sus mujeres,
entre varios cristianos contemplaban
unos dos oficiales, *literatos,*
cosa por esos tiempos *sorprendente*,
pues solo en los corpóreos ejercicios
y en las armas trataban de adiestrarse;
y así á su compañero hablóle el uno:
«Dicen que Inés de Castro fué muy bella,
y yo digo que esta india es asombrosa,
y vale más que el oro de este imperio.»
«Y yo replico,—contestóle el otro,—
que si don Pedro fuese, la amaría
con la misma pasión, que él supo amarla....
se entiende que á la india, no á la muerta.»
«Pues si yo fuese el caballero andante,
—entusiasmado murmuró el primero,—
Rolan ú Orlando, os juro, amigo mío,
que sería mi Angélica esa india,
aunque pesase al universo todo.»
Y el otro contestóle, como en broma,
prosiguiendo de Ariosto la novela,
que entre otras muchas trastornó al manchego:
«Y yo después sería su Medoro,
aunque soy algo viejo para paje,
porque el verla y amarla es todo uno.»

Pizarro, que muy cerca estaba de ellos,
y también de la india contemplaba

la beldad peregrina y sorprendente,
y ese diálogo oyó, para sí dijo:
—¡Angélica ó Inés.... preciosos nombres!
¡Mi sierva ó mi mujer.... tan solo mía
debe de ser y ha de ser!—Y así en efecto,
fué de Pizarro la querida esposa,
y *por esos dos nombres* conocida.

Con sus fines políticos de acuerdo,
que allí quedase permitió Pizarro,
la corte de magnates y mujeres,
sirvientes y curacas de los pueblos,
para servir al Inca, y franca entrada
en su cuadra tuvieron todos ellos;
y él, por galantear á Huáylas Nusta;
pasaba con el Inca largas horas;
y ella también *astutamente atenta*,
comprendiendo tan solo que este jefe
era el que libertar allí podía
ó muerte dar á su cautivo hermano,
sonreía á ese amor, lúbrico, ardiente,
con la esperanza que á sus tiernos ruegos
cediendo fuese, compasivo, amante,
y le entregase su perdido trono;
pero la aspiración *al oro y gloria*,
antes que á la *belleza y la justicia*,
era en Pizarro superior á todo.

Sin hallar resistencia en las indiadas,
la partida que fué al *Baño del Inca*,
y luego que hubo posesión tomado,
cargada regresó de plata y oro,
de pesadas vajillas, muchas joyas
y grandes esmeraldas, que Pizarro,
agregando á las muchas que tenía,
de la horrible matanza, fué guardando,
para en su día repartir á todos.

De llamas y vicuñas á millares
los inmensos rebaños que pacían,
de muy diestros pastores al cuidado,
para el consumo de la regia corte,
fueron sin previsión y muy en breve,
destrozados, deshechos ó perdidos,
dejándolos vagar por las montañas. 96

# XXXII

## 1532

Con gran placer hubiérase internado
el caudillo español en ese imperio,
desde que hizo á Atahualpa su cautivo,
hasta llegar al Cuzco, tan famoso;
pero supo, prudente contenerse
y auxilios esperar de su colonia,
pues harto aventurado hubiese sido
con tan pequeñas fuerzas, y teniendo
que ir custodiando en el camino al Inca,
el provocar á las intactas tribus,
que por caudillos hábiles mandadas,
lidiando hubieran con denuedo heróico
por rescatar á su amo, tan querido.
Así es que despachó inmediatamente
correo á San Miguel comunicando:
—su gran victoria y la prisión del Inca,
y soldados pidiendo si ya hubiesen
de Panamá llegado algunas fuerzas,
para seguir cuanto antes hasta el Cuzco.—

Hizo, entretanto, levantar la tapia,
que al suelo echaron los absortos indios,
al huir *en la noche del degüello;*
é improvisóse en una de las cuadras
una capilla ó templo, donde el clero
diariamente oficiaba, con gran pompa,
y la devota hueste concurría;
pero Atahualpa, obsevador y astuto,
muy pronto comprendió que aquellos hombres
gustaban más del oro y los placeres,
que entre las muchas indias se buscaban,
que de ese Cristo, que dejaba impune
el matar á indefensos y vencidos.

Y como del cautivo el solo anhelo
era obtener su libertad perdida;
—porque es la libertad el don más grande,
que mientras tiene vida goza el hombre,—
aguzando su ingenio en tal idea,
que noche y día se fijó en su mente,
con suspicacia y cauteloso el Inca,
dijo un día á Pizarro, que se hallaba
en su prisión con otros oficiales:
—que el piso de esa pieza cubriría

con oro y joyas de sus ricos templos,
si como á amigo libertad le diesen.—
Mas todos, con incrédula sonrisa,
escucharon del Inca la propuesta,
que salvaje jactancia atribulleron.
Viendo el Inca que nadie contestaba,
y de la risa incrédulo ofendido,
levantóse orgulloso, y contra el muro
alzó su brazo y aplicó su diestra,
y de sus pies sobre la punta irguióse,
así exclamando: «¡No tan solo el suelo,
*sino hasta aquí* la llenaré de oro,
si me da la libertad perdida!»

Este el *mayor rescate* fué hasta entonces,
que de una vez y *en oro amontonado*,
habíase ofrecido *en todo el mundo*,
por salir de la prisión un hombre!

Miráronse asombrados los cristianos,
y Pizarro, perplejo, más que todos,
entró *en breve* en convenios con el Inca,
tanto porque el mismo Inca le entregase
de motu-propio el colosal tesoro,
y todo allí lo presentase junto,
cuanto ya por temor de que los indios
ocultasen ese oro, si el convenio
que propúsole el Inca rechazaba;
y acordóse el rescate de este modo:
á la altura que el Inca, con su mano,
indicó en la pared, trazóse en ella
*una encarnada línea*, que sería
hasta donde esa cuadra se colmase;
y de *veintidos pies* era de larga
por *diezisiete* de ancho, y *unos nueve*
tendría hasta la raya; y este espacio,
*á los dos meses* llenaría el Inca
*con objetos y adornos de oro puro*
y no en barras fundido, resultando
á su favor, los huecos que quedasen;
y obtúvose *además*, que la otra pieza,
que contigua existía y ocupaba,
y por ser de pequeñas dimensiones,
*por dos veces de plata* se llenase,
de igual modo y en el mismo plazo.

Y para hacer este acto más solemne,
y que fuera el contrato ineludible,
ante escribano público efectuóse.
Sobre estos hechos y extensión del cuarto
y demás pormenores del convenio,
contestes se hallan todos los cronistas
y oculares testigos del suceso.

Y no bien otorgóse la escritura,
cuando Atahualpa despachó correos
al Cuzco y las ciudades principales,
pidiendo de los templos y palacios
los adornos y joyas que existieran,
para salir de su prisión en breve;
y encargando también, que á los cristianos
por do quiera que fueran, respetasen;
pues á pedido de él, y con contento
del caudillo español, fueron enviados
á don Pedro Moguer, don Martín Bueno
y Francisco Martínez, y con orden
de estudiar ese imperio y sus costumbres,
para así proceder en lo futuro.

En litera llevada por los indios,
partieron esos tres aventureros,
así los *mil kilómetros* andando:
que desde Cajamalca hay hasta el Cuzco;
y regalados fueron por do quiera,
cual mensajeros de invasor terrible
ó sobrehumanos seres, descendidos:
sorprendiéronles mucho las riquezas
de los templos del Cuzco y sus palacios,
y el aseo, adelantos y caminos,
sus jardines y plazas, y el respeto
con que el pueblo asombrado los miraba;
las vírgenes del templo los servían,
y todos procuraban, afanosos,
adivinar sus gustos y deseos.

¿Pero cómo estos hombres *insolentes*,
tantas bondades de afectuosos indios,
y esa hospitalidad, tan espontánea,
pagaron *insensatos?* Mofa hacían
de sus saludos, ritos y costumbres,
sustraían las joyas más preciosas,
lascivos á las vírgenes violaban,
y á todos ofendían, pretendiendo,
que hasta los padres á las tiernas hijas
á su infame mansión se las llevasen,
para en ellas saciar infames actos,
dejando á la inocencia escarnecida,
y el honor de los padres mancillado!!!

Y esos pacientes indios tan sufridos,
ante el cinismo, ingratitud, locura,
que tales *miserables* desplegaron,
casi estuvieron, cual rabiosos tigres,
y no cual antes, tímidas ovejas,
por destrozarlos en pedazos miles;
pero temiendo represalia cruenta
en su cautivo rey, sufrieron todo,

no en ellos viendo ya seres divinos,
sino asquerosos, míseros mortales:
y pronto haciendo la remesa de oro,
otra vez en litera los llevaron;
y del Cuzco los pobres moradores,
habiendo ya palpado su avaricia,
sacaron de los templos y palacios
todo el oro y las joyas que pudieron,
y en odio á aquella gente advenediza,
*en ocultos parajes enterraron.*

Ante tales escenas de barbárie,
concupiscencia, ingratitud y robos,
*¿quiénes fueron los bárbaros infames?*
¿Esos salvajes, sin noción alguna
de religión, moral ni humanas leyes,
aunque estas cosas *respetar sabían*,
ó esos cristianos del antiguo mundo,
que impregnados de vicios y maldades,
*con más lepra moral*, que un *lazarino*,
y codicia sin fin, iban de Cristo
á predicar las máximas divinas,
tan atroces escenas cometiendo
en la virgen región del *nuevo mundo?*

Ocasión oportuna no perdían
frai Valverde y los otros dominicos
de al preso ilustre ir catequizando,
á quien hizo dudar y entristecióle
el continuo argumento que le hacían:
—que su dios no era dios, ni verdadero,
cuando evitar no pudo que cayese
cautivo y á merced de los cristianos,
por un dios poderoso protegidos:
que llamara á su dios, que le amparase,
y veríale al fin, débil y mudo.—

Y aún más acuitóle todavía
la nueva de que Huáscar:—que se hallaba
en Andamarca preso y no distante,—
al jefe castellano hubiese enviado
otro mayor rescate á proponerle,
exponiendo:—que el Inca no sabía
*dónde estaban* del Cuzco los tesoros,
porque *allí no nació ni residiera*,
sino en Quito, provincia conquistada.—
También llegó á saber:—que el castellano
la controversia de mejor derecho,
que entre ellos existía, *por sí solo*
quería dirimir y el trono darle
al que juzgase que razón tuviera;—
pues comprendió Pizarro, que este medio
daríale poder y gran influjo
sobre aquel á quien diese la corona,
é intentaba tomar esta medida;
porque así, anarquizado aquel imperio,
una mitad á su favor tendría.

También todo esto el Inca comprendiendo,
y de temor que Huáscar sobornase
á la guardia, que preso le tenía,
dejóse dominar por su despecho,
y á esbirros de confianza envió á Andamarca,
para que diesen *á su hermano muerte*,
y declarasen:—que escaparse quiso.—

Enmendó el rey de España su injusticia,
*haciendo mariscal* á Diego Almagro,
quien á fuerza de afanes y constancia,
con *tres bajeles y doscientos hombres*,
y *cincuenta caballos y unas mulas*,
de Panamá, *al terminar el año*,
al mar lanzóse de Pizarro en busca;
y también agregáronse á su flota
don Francisco Godoy, *con otro buque*
y *varios oficiales*, que anhelando
fama adquirir, honores y riquezas,
de Nicaragua hacia el Perú marchaban,
y *á sus órdenes* todos se pusieron.

El piloto Ruiz, viejo marino,
que era conocedor de aquellas costas,
las naves dirigía, y felizmente
llegó de San Mateo á la bahía:
siguióle por la costa con cautela,
por los contrarios vientos y corrientes;
é indagando noticias de Pizarro,
sin poder obtenerlas, prosiguieron,
no sin que el desaliento entrase en muchos,
que eran bizoños en trabajos tantos;
y así llegaron hasta Puerto Viejo,
de donde algunos regresar clamaban,
perdida la esperanza, que se hallasen
de Pizarro las huellas en las costas,
ni en esos mares, islas y desiertos,
donde dábanle muerto con su gente;
pero un piquete, que mandara Almagro,
á esplorar ese puerto y sus contornos,
volvió gozoso, con la alegre nueva;
—que ya en un pueblo, *San Miguel* llamado,
habíase formado una colonia,
y triunfos y riquezas diariamente
avanzando obtenían.—Tal noticia
volvió el aliento á reanimar de todos,
y dejando las naves, emprendieron
hasta llegar á San Miguel su marcha,

en donde *á fines de Diciembre* entraron;
y allí supieron la gigante empresa
de haber cruzado el ínclito Pizarro
con un puñado de héroes esas cumbres....
tan colosales, como fué su arrojo;
del Inca *la captura* y su derrota,
y de oro *el gran rescate fabuloso*
por obtener *su libertad,* propuesto.

Ambiciosos soldados, que cercaban
á Pizarro y Almagro, procuraron
enemistarles antes que se viesen,
y renovar resentimientos mútuos,
para poder sacar ciertas ventajas,
y en San Miguel algunos le dijeron:
—que Pizarro mandar solo quería,
y no incauto en sus manos se pusiera,
pues *buena voluntad* nunca le tuvo,
ni menos los hermanos de Trujillo;
que aisladamente y de su sola cuenta
emprendiera á la vez otras conquistas,
porque sobrado extenso era ese imperio
para que todos por opuestos rumbos,
tesoros y provincias adquirieran.—

Y de su puesto, pérfido abusando,
á Pizarro escribió Rodrigo Pérez,
de Almagro secretario:—que ya siendo
su jefe mariscal, *no seguiría*
en pos de él, cual teniente miserable,
sino que iba á emprender, por propia cuenta,
otras conquistas por opuestos lados,
y fundar un gobierno independiente,
aunque uno á otro *siempre se ayudasen.*—

Y aquellos, que cercaban á Pizarro,
inspirándole dudas, le decían:
—que después de obtenida la victoria,
y sin haber en nada contribuído,
se presentaba con su gente Almagro
una parte á pedir del gran rescate,
en perjuicio de aquellos que espusieron
su vida en Cajamalca, allí triunfando.—
Y quien mas atizaba esta discordia,
queriendo de Pizarro ser segundo,
era Hernando, su hermano, en odio á Almagro;
pero astuto y sagaz el bravo jefe,
que la ambición en ellos traslucía
y la rivalidad, en tales chismes,
y que hartas pruebas del honor de Almagro
recibidas tenía, y sacrificios
por ambos hechos en tan vasta empresa;
y conociendo su carácter noble,
y de aquel contingente la importancia,
para dar breve cima á la conquista,
envióle á San Migual un mensagero,
rogándole:—pasase á Cajamalca
para seguir *entrambos* hasta el Cuzco;—
y de Pérez mandándole la nota,
que el miserable embuste contenía.

Y ante aquel proceder tan franco y digno,
aunque mas que esto, fuese *conveniencia,*
conoció al fin Almagro las intrigas,
que ambos bandos fraguaban envidiosos;
y tanto contra Pérez fue su enojo,
que en el acto mandóle *dar garrote,*
y colgado quedóse, como pasto
de carnívoras aves, y escarmiento
de indignos secretarios y traidores;
y púsose en camino con su gente,
para unirse á Pizarro en Cajamalca.

En tanto el clero del peruano pueblo,
en el Cuzco y ciudades principales,
llamaba al pueblo á orar devotamente
en sus abiertos y ostentosos templos,
sangrientos sacrificios tributando
á sus ídolos, mudos y sombríos,
para pedir la *libertad del Inca,*
al almo sol para sus hijos, triunfos,
y del funesto blanco el exterminio.

Solemnes eran sus canturias graves,
y entonados sus ecos religiosos;
y el siguiente intercalo, *traducido,*
de sus místicos himnos, como muestra.

### HIMNO AL SOL

CORO 1º

¡Oh padre del día! ¡Oh Dios de la lumbre!
levanta en Oriente la fúlgida faz....
alumbra á la tierra, que gime en tinieblas,
derrama tu brillo, sublime deidad!

CORO 2º

Al ráudo torrente del fuego divino,
se ahuyentan las sombras y nace el amor;
y el mundo se anima y crecen las flores,
y viste la selva su hermoso verdor!

CORO 1º

¡Oh sol, que sublime, tocando á los cielos,
al mundo dominas y al débil mortal;

tú sabes que puros, sin crímen, tranquilos,
tus hijos adoran tu fuego eternal!

CORO 2º

El justo bendice tu fúlgida frente,
tus rayos de vida, y espléndido sol;
y el triste malvado, buscando las sombras,
en pos de su crímen la noche buscó!

CORO 1º

¡Antorcha que eterna, brillando en los cielos,
al mundo prodigas, amor, juventud,
benigna luciendo, consuela á tus hijos,
y no entre celajes ocultes tu luz!

CORO 2º

Si opaco tus iras anuncias al suelo,
el piélago ruge con ciego furor:
si plácido brillas, derramas la dicha,
y el mar y la tierra respiran amor!

# XXXIII

## 1533

Supo Pizarro, que en aquel imperio,
el templo á *Pachacámac* consagrado
era el que más riquezas encerraba;
y pidiendo á Atahualpa esas riquezas,
convínose en cederlas, como parte
de las que por rescate dar debía:
dijéronle también:—que en *Guamachuco*,
que era un próximo pueblo á Cajamalca,
reuníanse los indios á gran prisa,
con intención de darle una sorpresa;—
sobre tal cosa interrogó á Atahualpa,
quien indignado contestóle al punto:
«Ningún vasallo mío, en todo el reino,
osará un dedo alzar sin mi mandato!
¿Y qué más garantías, pues, pretendes,
cuando tienes *en prenda* mi persona?
¿A inquirir la verdad, por qué no mandas,
si crees, acaso, que engañarte quiero?

Y el *consejo siguió de su enemigo*,
que seguirlo á sus miras convenía,
ordenando á su hermano que partiese
con *veinte de á caballo y doce infantes*;
y recorriendo todos los contornos,
después á Pachacámac prosiguiera,
para traer del templo los tesoros.

Don Hernando partió *el cinco de Enero*,
y halló solo tranquilos moradores,
que dóciles, atentos, serviciales,
hospedaje brindáronle y recursos,
ó grupos de indios, que cargados de oro,
llevando iban pacientes el rescate,
por solitarios campos y caminos:
Hernando, entonces, sin temor alguno,
emprendió el largo viaje á Pachacámac,
que hallábase situada hacia la costa
y *á quinientos kilómetros* distante.

Solamente el aliento de esos hombres,
que al frío, al sol, montañas y torrentes,
y todo un gran imperio desafiaban,
á hacer tal marcha resolverlos pudo;
pues *dos terceras partes* de camino
de sierras eran de elevadas crestas,
aunque el resto se andaba por el que iba
bien calzado y magnífico hasta el Cuzco;
y eran en ciertos sitios tan pendientes,
que con hartos peligros y trabajos,
hacer pasar apenas conseguían
un caballo tras otro; aunque ambos lados
de altas piedras tuvieran parapetos,
y los indios sus armas condujesen:
y ora ante los torrentes se encontraban
con sus puentes de piedra ó de madera,
ora sobre otros de tejidos mimbres,
por pilares sujetos á la orilla,
y al parecer tan frágiles, que solo
á un indio con su llama soportasen;
pero al tener que atravesar sobre ellos,

mostróle la experiencia su firmeza,
aunque oscilasen, como débil caña,
sobre el profundo abismo, torrentoso.

En aquellos descensos, do crecía
la corta y verde yerba de los Andes,
veíanse rebaños infinitos
de llamas y de alpacas y vicuñas,
que en los cerros corrían y saltaban: 97
unos silvestres y otros al cuidado
de incansables pastores, que tenían
su choza en las pendientes ó entre aldeas
de asíduos labradores, que los valles
convertían en huertos y jardines,
que tropicales frutas ostentaban
y matizadas flores, siempre abiertas,
gratísimos perfumes esparciendo,
sobre feraces campos, esmaltados
de mil diversos, vívidos colores,
que un periódico riego por canales,
lozanos y floridos conservaba;
y aquellos labradores, á porfía
brindaban sus manjares y su choza
al altivo invasor de sus hogares!

Varias semanas de penosa marcha,
hasta llegar tuvieron á la ruta,
que hacia el Cuzco seguía rectamente;
y por ella al cruzar, no pudo menos
que prorumpir Hernando, harto admirado:
«¡No hay en la cristiandad otro camino
como este porque vamos, tan hermoso!» 98

Era célebre, antigua y populosa
de Pachacámac la ciudad bendita;
y de piedra agrupados edificios,
de una colina en derredor situados,
de esa deidad el templo constituían,
y en peregrinaciones numerosas
allí acudiendo los devotos indios,
desde uno y otro extremo del imperio,
llegó á ser el más rico y venerado;
pues todos los magnates en los muros
sus votivas ofrendas deponían,
desde remotos, ignorados siglos. 99

Al querer penetrar Hernando al templo,
fué por un sacerdote detenido,
y soberbio exclamó: «¡Yo no he cruzado
el mar y las montañas con mi gente,
para que ose un idólatra caduco,
interponerse fátuo en mi camino!»
Y á un lado haciendo al indio, entró con ella;
la galería circular subieron,
que á la ancha plataforma conducía,
en cuya cima la capilla estaba
de la oculta deidad tan misteriosa,
y la pequeña puerta, guarnecida
se hallaba de *turquezas y corales.*

Hernando y sus secuaces temerarios,
iban á echar abajo ya esa puerta,
cuando el ráudo temblor de un terremoto
á los cristianos embargó de espanto,
é hizo por el pueblo á los salvajes
salir gritando:—¡La deidad airada
va á sepultar á la profana gente
entre las ruinas del augusto templo,
así vengando á sus queridos hijos!»—

Pero pasó el temblor en el instante,
cual pasó la sorpresa de los blancos,
que derribando la sagrada puerta,
en el salón ó cueva penetraron,
hallar creyeron ofrendas hacinadas,
y del dios *los tesoros* escondidos;
mas luego que sus ojos ver pudieron
en esa oscuridad, hallaron solo
en el suelo esparcida una que otra
gruesa esmeralda ú olvidada alhaja;
porque los sacerdotes, ya sabiendo
los cometidos crímenes y robos
de los otros guerreros, en el Cuzco,
habían las riquezas enterrado.
Sólo encontraron, pues, la rara efigie,
una especie de mónstruo de madera,
de estraña forma con cabeza de hombre;
y haciéndola pedazos, colocaron
una gran cruz de piedra y de madera,
como la enseña de su fe triunfante,
que *al trascurrir los años* fué encontrada,
cuando aquel sitio hallaron adecuado
los nuevos pobladores de ese reino,
para elevar sus nuevos edificios.

Viendo los pobres indios, que sus dioses
ya no tenían vengadores rayos,
con que pulverizar al extranjero,
que avariento al santuario profanaba,
le rindieron, entonces, vasallaje,
y comenzó su religión Hernando,
de un buen predicador ó fraile á falta,
á explicar y pedirles que adorasen
esa bendita cruz, que á sus creyentes
de las iras libraba del demonio.

Del tesoro escondido, alguna parte
Rodrigo Ordoñez y otros descubrieron;

mas para su ambición nada valiosa,
pues ya hasta las montañas presumían
en oro ver do quiera trasformadas,
que *cuanto más se tiene, mas se quiere,*
y no hay límite humano para el hombre!

Súpose allí que en Jáuja se encontraba
con *veinticinco mil diestros arqueros*
el jefe *Chalcuchima,* muy famoso,
pariente de Atahualpa, y con sus triunfos
elevárale al trono, secundado
por el viejo *Quizquiz,* su rival digno.

No quiso Chalcuchima presentarse
al llamado de Hernando, que orgulloso
con los recientes triunfos, no creyendo
que ya ninguna empresa fracasase,
dirigió su piquete, temerario,
á la distante Jáuja, entre montañas;
larga y penosa fué la travesía,
y gastados los cascos y herraduras,
otras fundieron los prolijos indios
de plata y oro, gruesas y abundantes,
y así marchar pudieron los caballos,
y al fin llegar á la anhelada Jáuja,
en cuya plaza ó dilatado centro,
podríanse reunir *cien mil* personas;
y el caudillo peruano, no distante
hallábase acampado con sus fuerzas,
y consintió tener una entrevista.
Hernando entonces, de Atahualpa en nombre:
– pidióle que sus fuerzas disolviese,
y partiera con él á Cajamalca.—

La captura del Inca, misteriosa,
y los rápidos triunfos de esos seres,
que á pesar de sus vicios y miserias,
allí como titanes se encumbraron,
al reino todo y al famoso jefe
atónitos dejaron y postrados;
y fiel Chalcuchina á la orden regia,
al punto disolvió su gran falange,
y á Hernando siguió humilde á Cajamalca,
de numeroso pueblo acompañado,
en andas conducido, y recibiendo
grandes demostraciones y homenajes,
que tan solo al monarca se rendían.

En la prisión de Huáscar observóse,
al llegar de Atahualpa los esbirros,
gran vigilancia entre los nuevos guardias,
y entre el silencio de la noche oscura,
hasta el río Andamarca fué llevado:
ligáronle los brazos y las piernas,
y una piedra colgando de su cuello,
arrojáronle al río, sin que el rango,
alto valer y juventud lozana,
nobles prendas y pecho generoso
del infelice Huáscar conmoviesen
á esos leales indios, que cumplieron
de su Inca venerado aquel mandato,
como al padre obedece el tierno niño.

Así Huáscar murió, lleno de vida,
á la viril edad de veintiocho años:
y en tal acto refiérese que dijo:
—que su pérfido hermano *muy en breve*
moriría también escarnecido,
pues los blancos su muerte vengarían!—

En seguida volvieron los esbirros
á dar cuenta á Atahualpa de esa muerte,
quien fingiendo pesar dijo á Pizarro:
—que en su prisión y por la noche Huáscar,
al tratar de evadirse por cohecho,
asesinado fué por los guardianes.—
Y también dicen que fingió Pizarro
gran disgusto al saber esta noticia,
y que hizo al Inca, aparentando dudas,
que se hubiese ese crímen perpetrado,
de la vida de Huáscar responsable.

Huáyles Nusta hallábase presente,
y más que nunca pensativa y bella....
y más que nunca con Pizarro amable,
por la vida temiendo de su hermano,
y bañados en lágrimas los ojos,
de allí salió muy triste y angustiada:
observóla Pizarro y al instante
siguió sus huellas, la tomó la mano,
y con tiernas palabras, ardorosas,
prometióle velar por el cautivo,
pintándola ese amor, que ha largo tiempo
en su mirar de fuego demostraba,
y la india temerosa conocía:
aún mas la mano la estrechó Pizarro,
estampando su labio balbuciente,
y á su apartado albergue, sin testigos,
condújola sagaz entre rodeos,
y rogóle que entrase unos instantes:
vaciló la beldad, estremecida,
como un niño extraviado, entre el tumulto....
volvióla á suplicar Pizarro amante,
y ella al recuerdo de su preso hermano,
y la amenaza, que sobre él pesaba,
y la esperanza de salvar su vida,
tímida *el primer paso* dió sin fuerzas,
y conducir dejóse, dominada,

como gacela ante león furioso....
como mortal que resistir no puede
*del destino el arcano impenetrable!*
Pizarro, entonces, ardoroso, tierno,
juróla eterno amor entre sus brazos,
al contemplar la pálida hermosura
de la tímida india, falleciente,
que un rayo cariñoso de la luna,
por ventana entreabierta iluminaba,
y á un inmediato lecho solitario.
¡También la luna, del amor amiga,
vió su brillo menguar por ténue nube,
y las oscuras sombras, misteriosas,
á ese amor protectoras cobijaron,
que es la suprema dicha de este mundo!

Llegó Almagro con su hijo y su falanje
*el catorce de Mayo* á Cajamalca,
y los dos capitanes se abrazaron,
dando al olvido sus pasadas quejas,
y en la empresa dispuestos á auxiliarse,
que tan alta carrera les abría;
y todo gozo fué en el campamento
de la triunfante hueste castellana!

¿Y tan solo allí un hombre *sintió frío*,
nuevas penas, temor y desencanto....
era Atahualpa, que crecer veía
sus formidables, duros enemigos,
como mira el pastor, en hondo valle,
que desbordadas aguas de su cáuce
van á arrastrar en rápidas corrientes,
su pobre choza y tímido rebaño;
y vió también brillar en noche triste
un metéoro igual al que la muerte
anunció de su padre Huayna Capac,
y emponzoñóse su alma de amargura!

# XXXIV

## 1533

De los diversos puntos del imperio
ban llegando á Cajamalca indios
con cargados zurrones de oro y plata;
y en palanquines otros conducian
planchas y chapas de los templos sacros;
y llegaron Moguer, don Martín Bueno
y Martínez de Zárate, del Cuzco,
trayendp de oro *unas docientas cargas*,
de plata *veinticinco* y piedras finas;
pero del templo la cornisa de oro
fué imposible extraer, porque se hallaba
fuertemente encajada en las paredes.

Toda la plata y oro que venía,
íbase en un depósito reuniendo,
que estaba por su guardia vigilado.

Del efectuado viaje á Pachacámac
regresó Hernando, *en Mayo veinticinco*,
con Calcuchima y su incansable gente,
y datos y noticias importantes,
para poder seguir en la conquista;
y el oro, que traía, fué aumentando
el ya inmenso deposito existente.

No pudo Hernando, bajo y envidioso,
su ira disimular al ver á Almagro,
y contestó de todos al saludo ,
y no al del mariscal, que siempre noble
las ofensas pasadas dió al olvido;
y mucho este hecho disgustó á Pizarro,
hasta obligar á Hernando, que cumplida
disculpa diese al viejo veterano.

Al llegar Calcuchima á Cajamalca,
de los aplausos prescindiendo humilde,
que en todo su camino recibiera,
quitóse las sandalias y sus armas,
ligera carga púsose en sus hombros,
y respetuoso presentóse al Inca:
echóse de rodillas y *llorando*
besóle piés y manos, y así dijo:
«¡Oh mi señor, si yo, aunque viejo débil,
hubiese estado aquí, no te hallaría,
como te veo, prisionero y triste!»

Pero sereno el Inca, cual si fuese
árbitro, siendo de su hermoso reino,
recibía tan tiernos homenajes,
sin abdicar su voluntad suprema,
y levantarse le mandó del suelo;
y hasta los mismos blancos le trataban,

por expreso mandato de Pizarro,
con debida atención y gran respeto;
aprendió el juego de ajedrez y damas
en la prisión do estaba vigilado,
y así olvidar solía, distraído,
del tedio y del pesar las tristes horas;
sus esposas y siervos le servían,
y de indios nobles numerosa guardia,
sin atreverse á entrar sin ser llamados,
esperaban sus órdenes atentos:
era de oro el servicio de su mesa,
y ora de lana de vicuña fina
vestía rico traje, ora de plumas
de blancas aves túnica lujosa;
y mudábase ropa con frecuencia,
que guardaban sus criados en un cofre
para luego quemarlas, pues sagrados
eran del Inca todos los despojos.
Y aún el *llantu* ceñía ó gran turbante
de brillantes colores; y ostentaba
la su borla imperial, que *en hilos rojos*
y de oro hasta las cejas le caía.

De lo que fué, ese emblema conservaba
para el Inca, aguardando su rescate,
bella ilusión de ensueño delicioso;
mas ¡ay! que al despertar, aquella borla
iba á caer también, con su cabeza!

Del buen Almagro la feliz llegada,
el anhelo avivar hizo á Pizarro
de proseguir cuanto antes hasta el Cuzco,
como el gran centro del poder y el oro;
mas á ello se oponía, que el rescate
aún del todo no estaba satisfecho,
y llegando seguían más metales;
aunque muchos pedian el reparto
por temor de un contraste ú otra cáusa,
ó por volverse algunos á sus lares,
donde fueran con su oro más felices,
cansados ya de tantas aventuras
y pasadas desdichas y miserias;
y otros por tener más, yendo cuanto antes,
eu el Cuzco también á recibirlo,
y antes que los salvajes lo ocultasen,
como á hacerlo empezaban, irritados;
pero todos gritaban y pedían,
ya de consuno y por diversas causas,
el reparto del oro; y su avaricia
impacientes mostraban los guerreros.

Y alli en montón estaban apiñados
piedras finas, bandejas y jarrones,
copas, vasos, vajillas y aderezos,
tablones, ornamentos de jardines,
con aves y animales, todo de oro,
y plantas imitando sus espigas,
y valiosas alhajas de mil clases.
Y avivando el deseo este conjunto,
como la vista del manjar sabroso,
mas abre del hambriento el apetito,
ya de consuno, todos impacientes,
el muy pronto reparto reclàmaban,
aunque el precio ofrecido del rescate,
no estuviese del todo satisfecho.

Por todo esto Pizarro decidióse
al ansiado reparto del tesoro;
mas hallándose en planchas y en objetos
de tan diversas formas y tamaños,
¿cómo con equidad é iguales partes
entre todos podría dividirse?

El mejor medio concibió Pizarro
de que todos quedasen muy contentos,
sin destruir trabajos muy curiosos:
separáronse, pues, como obras de arte,
los mejores objetos de oro y plata
y las piedras preciosas, calculando
que su valor equivaliese al quinto,
que á la corona remitir debía;
y todo lo demás fundir mandóse
por artífices indios, en pedazos,
de tamaños y pesos diferentes,
para hacer mas exactas las porciones,
y *más de un mes* empleóse en el trabajo.

La cantidad total de oro fundido
de que hízose reparto, *un millón era,*
*trescientos veintiseis mil pesos de oro,*
que un moderno historiador calcula,
*tres millones y medio* de esterlinas,
ó *diezíseis millones* pesos duros,
según lo que tal suma en esos tiempos
con arreglo á los nuestros de hoy valdría,
y la plata *era mas de mil arrobas.* 101

Mas ante aquel montón de oro fundido
y otro más grande aún de blanca plata,
también de Almagro la sediente gente,
con razón ó sin ella pidió parte,
y Pizarro la dió *veinte mil pesos*
por evitar rencillas y disgustos....
y fué por cierto suma *muy mezquina,*
y no en esto político mostróse!

*Con el temor á Dios,* tan necesario
en los solemnes actos de la vida,

reunió en la plaza pública á su gente,
donde se hizo llevar todo el tesoro;
aunque el temor á Dios que hubo invocado,
parezca una irrisión, si se medita
cual de ese gran botín era el orígen,
y del pérfido modo, que pensaba
no cumplir á Atahualpa su convenio:
y según los servicios y los grados,
así el reparto se hizo equitativo,
mas mejorando á sus hermanos siempre,
*el diezíocho de Junio*, y consignado
en escritura pública se encuentra;
y además, se adjudicó á Pizarro
las andas de oro del monarca preso,
en *veinticinco mil pesos* valuadas. 102

Heróicamente prometió el candillo,
cuando errante vagaba por las costas,
llenar de oro y de fama inmarcesible
á todos sus leales compañeros,
y mostrarles á todos el camino
que á la gloria, al poder y oro conduce,
y á su patria legar un gran imperio,
y.... ¡Vive Dios, que con eterno aplauso,
cumplir gigante su palabra supo!

Mas en verdad, mezquina fué la suma
que asignóse á la gente de don Diego,
ilustre viejo, que sirvióle tanto,
y que prudente desdeñó esta injuria:
y mezquina también la que acordóse
de San Miguel á míseros colonos;
ni tampoco aparece parte alguna,
para el buen padre Luque infatigable,
que aunque muerto, vivía aún Espinosa,
quien fué el que el oro dió por su intermedio,
para emprender los primitivos viajes;
ni para Almagro cantidad alguna,
aunque por escritura y como socio,
una igual parte á la por él sacada,
reclamarle podía legalmente,
hubiese ó no se hubiese allí encontrado,
cuando fué sorprendido y preso el Inca.

Como á pesar del proceder hidalgo
del viejo mariscal, aún seguía
mirándole altanero don Hernando;
y queriendo evitar lance sangriento,
como enviar á la corte una persona
de toda su confianza con el quinto,
para nuevas mercedes ó promesas
poder sacar del rey por el presente,
determinó Pizarro allá mandarle
y nuevo lustre diera á su familia
con el oro, que dióle en el reparto....
tal vez deseando *por allá quedase*,
para seguir *él solo* la conquista,
pues altanero revelaba Hernando ...
tener más ambición que todos juntos.

También encargó Almagro á sus amigos
don Cristóbal de Mena y Juan de Sosa,
que al monarca en su nombre demandasen
de adelantado el título ofrecido,
con la lindante tierra de Pizarro,
para fundar *él solo* una provincia.

Partió orgulloso Hernando para España,
con varios capitanes y soldados,
que ya en el seno del hogar querido
disfrutar anhelaban su riqueza,
fatigados de tantas aventuras.

En tanto en Panamá, y aquellas costas,
gran sensación causó la fáusta nueva
de la prisión del Inca y su rescate,
y ese oro, que veían y palpaban
del asombroso *quinto* á la corona,
ricos óbjetos y preciosas piedras;
y felices á todos suponían
en aquella de Dios bendita tierra,
y no como antes, tristes y mendigos,
saliendo á recorrer mares desiertos,
para morir en costas solitarias,
como hambrientos piratas, maldecidos!

Y en todo Panamá y aquellos pueblos,
esparcióse la nueva prodigiosa,
con el clarín glorioso de la fama,
que el oro en nuestro siglo representa,
y todos á Pizarro bendecían,
alabando su acierto y su constancia,
y queriendo pasar á aquella tierra,
que llamaban también *pais del oro.*

¡Si en solitaria isla hubiese muerto
el heróico Pizarro, abandonado,
todos entonces le llamaran *loco....*
como llamaron á Colón *los sabios*
de *escuelas* y *palacios* de esos tiempos;
*y por eso el vivir*, es para algunos,
*hasta dar cima* á empresa gigantesca,
que cree la muchedumbre *una locura....*
vivir para *la gloria de su patria!*

# XXXV

## 1533

Ya la torpe ambición saciada en parte,
después de haberse el oro repartido,
natural parecía que Pizarro
hacia el Cuzco sus pasos dirigiese;
¿pero *qué hacer* con el cautivo regio?
Allí preso dejarle era imposible,
porque crecida guardia precisaba
para dejarlo, sin temor alguno;
y si al Inca llevaban, era fácil
que en alguna emboscada, entre los bosques,
ó de las cumbres en estrechos pasos,
ya recobrar su libertad pudiese
por los ágiles indios, en acecho,
con salvaje furor lidiando entonces!

Y si ante la conciencia y la justicia
era lo mas expeditivo y recto
darle la libertad, después que todos
los llegados tesoros se apropiaron,
no lo era á *la política seguida*,
ni á los ocultos planes de Pizarro,
quien la voz esparcir hizo entre todos:
—que *conspiraba el Inca* y mantenía
entre sus hordas tenebrosas tramas!—

Pedía libertad, en tanto, el Inca,
exponiendo:—que el oro repartido
daba ya por pagado su rescate;
pero si más querían, que tomaran
todo el que continuase allí viniendo.—

Y don Hernando Soto, que tenía
mas que ninguno por el Inca afecto,
con familiaridad llegó á tratarle
y jugaba con él muy largas horas,
por él pidió á Pizarro, quien tan solo
llególe á contestar con evasivas,
y hacerle ver *cuan grande era el peligro*
de darle libertad, antes que hubiesen
tomado al Cuzco y fuertes principales;
pero mandó después por pregonero,
que pública se hiciera:—que quedaba
de toda obligación escento el Inca,
aunque debía continuar cautivo,
mientras que nuevas fuerzas no llegasen.—

Y como no esperaba tales fuerzas,
tan remota promesa *era un engaño!*

Los supuestos aprestos de los indios
fueron *bola de nieve,* que tomaba
enormes proporciones; y corrióse
en todo el campamento castellano:
—que ya en Quito, la patria de Atahualpa,
*unos doscientos mil* bravos arqueros,
y *treinta mil* caribes de las costas,
á Cajamalca rápidos marchaban
á libertar al Inca, decididos;—
y Felipillo, el lenguaraz taimado,
que del Inca *sedujo á una querida,*
y temía del Inca la venganza,
y de su patria las severas leyes,
si libertad le diesen los cristianos,
levantóle *calumnias y acusóle*
como secreto autor del movimiento.

Llamóse á declarar á Chalcuchima,
que á pesar de probar qne era inocente,
fué á prisión, desde entonces, reducido:
también Pizarro interrogó á Atahualpa,
sobre las hordas de Indios, desprendidas
de Quito y sus riberas, demostrando
que daba entero crédito esas voces;
pero severo replicóle el Inca:
«¿Por qué de mí te burlas? ¿O supones
que tan menguado sea, que pretenda
tu poder afrontar, pobre cautivo?
¿Piensas, que ignoro, que al menor engaño,
puedes, si quieres, ordenar mi muerte?
¡Y bien sabes, que en todo este mi reino,
ni las hojas del árbol se menean,
ni los pájaros hienden el espacio,
sino no es mi voluntad, que acatan todos!
¡Te pido, pues, no más de mi te burles,
que es harto triste mi presente estado!»

Este no era el lenguaje de la astucia
ni del engaño, meditado y frío,
sino el de un hombre, que su estado adverso,
sin hacerse ilusión, conoce y juzga!

Pero en vez de inspirar mayor confianza
tan sinceras palabras, se decía:
–que un ejército había en Guamachuco,
próximo ya á atacar á los cristianos,
que indignados gritaban contra el Inca,
y haciéndole *de todo responsable.*

Y bien entonces comprendió Atahualpa,
de Huáscar recordando *el fin funesto*,
que un rey es un cautivo muy temible,
y que hay peligro *en conservar su vida*;
y que siempre es mejor y conveniente
deshacerse de un preso poderoso,
que no irle á vencer entre sus huestes,
en donde hay que exponer á los soldados,
y al éxito exponerse, en un combate.

Púsose á Cajamalca en pie de guerra,
dobláronse las guardias y patrullas,
y todos por la noche, vigilantes,
un ataque esperaban por momentos....
mas al tornar la luz del nuevo día,
todo yacía en derredor tranquilo,
y los mismos iberos, tan valientes,
ya rubor por su miedo demostraban,
y hasta los menos listos comprendieron,
que todas esas farzas y rumores
eran tan solo por culpar al Inca;
porque siempre Pizarro, prevenido,
les daba aliento, insomne y vigilante,
cuando peligro verdadero había.

Mas no obstante, de Almagro los secuaces,
y los de la colonia que vinieron
como apenas gozaron del reparto,
por la muerte gritaban de Atahualpa
y por seguir cuanto antes hasta el Cuzco
para también hacerse de más oro;
y á Pizarro exponían que esa muerte
ere el justo castigo á las traiciones,
que desde su prisión fraguaba el Inca;
y urgente á la conquista y necesario
al tesoro y honor de la corona;
porque si necios libertad le daban,
á perder ese imperio se exponían
y su vida también, en larga lucha.—

Pizarro, pues, con el pretesto honroso
de hacer reconocer ciertos parajes,
hizo que Hernando Soto,—que á Atahualpa
creyéndole inocente, defendía,—
de allí saliese con alguna gente.

Díjose que Atahualpa oyendo á todos
siempre nombrar á Dios con gran respeto,
á un soldado pidió que esta palabra
*en la uña del pulgar* se la grabase;
y mostrándola á todos, se asombraba,
que *Dios*, al verla, todos prorumpiesen;
y que haciendo lo mismo con Pizarro,
no pudo éste turbado, pronunciarla,
la admiración así disminuyendo
en que túvole el Inca, al compararle
con sus otros soldados inferiores;
que esta impresión disimular no pudo,
y Pizarro notándola, ofendido,
no la olvidó ni perdonóla nunca,
que inferior á los suyos le juzgase,
su muerte acelerando, vengativo. 103

Después que partió Soto, continuaron
la ejecución pidiendo de Atahualpa
los mas aventureros y avarientos;
y salvando las fórmulas, nombróse
un tribunal compuesto de Pizarro,
Almagro y un fiscal; y eran los cargos:
—el haber usurpado la corona
y asesinado al heredero Huáscar;
haber enriquecido á sus parientes
con los tesoros públicos del reíno;
en torpe idolatría rey y papa,
vivir entre el incesto y adulterio;
con diversas mujeres ser casado
y tener á la vez muchas queridas;
y de tratar de sublevar las tribus,
engañando á las fuerzas españolas,
y otros varios y fútiles pretestos.—
El escribano fué Sancho de Cuéllar,
Diego de Chaves, defensor de oficio,
y Fuentes el fiscal, que era un alférez. 104

Absurdos eran muchos de estos cargos
y á la costumbre y ley atentatorios
de aquel antiguo imperio constituido,
que en esta cáusa respetar debieron;
y tal, como si en vez de ser España
quien allí ese proceso formulase,
hubiera el Inca á España conquistado,
y al monarca católico enjuiciara,
porque solo una esposa y Dios tenía,
no como él, muchos dioses y mujeres,
pues para hacer su gusto y elegirlas,
debíale servir el ser monarca,
y no para envidiarlas, como agenas,
ó siendo agenas el hacerlas propias.
¡Y tan absurdos cargos se aplaudieron,
y por ellos al Inca condenaron!

# XXXV

## 1533

Ya la torpe ambición saciada en parte,
después de haberse el oro repartido,
natural parecía que Pizarro
hacia el Cuzco sus pasos dirigiese;
¿pero *qué hacer* con el cautivo regio?
Allí preso dejarle era imposible,
porque crecida guardia precisaba
para dejarlo, sin temor alguno;
y si al Inca llevaban, era fácil
que en alguna emboscada, entre los bosques,
ó de las cumbres en estrechos pasos,
ya recobrar su libertad pudiese
por los ágiles indios, en acecho,
con salvaje furor lidiando entonces!

Y si ante la conciencia y la justicia
era lo mas expeditivo y recto
darle la libertad, después que todos
los llegados tesoros se apropiaron,
no lo era á *la política seguida*,
ni á los ocultos planes de Pizarro,
quien la voz esparcir hizo entre todos:
—que *conspiraba el Inca* y mantenía
entre sus hordas tenebrosas tramas!—

Pedía libertad, en tanto, el Inca,
exponiendo:—que el oro repartido
daba ya por pagado su rescate;
pero si más querian, que tomaran
todo el que continuase allí viniendo.—

Y don Hernando Soto, que tenía
mas que ninguno por el Inca afecto,
con familiaridad llegó á tratarle
y jugaba con él muy largas horas,
por él pidió á Pizarro, quien tan solo
llególe á contestar con evasivas,
y hacerle ver *cuan grande era el peligro*
de darle libertad, antes que hubiesen
tomado al Cuzco y fuertes principales;
pero mandó después por pregonero,
que pública se hiciera:—que quedaba
de toda obligación escento el Inca,
aunque debía continuar cautivo,
mientras que nuevas fuerzas no llegasen.—

Y como no esperaba tales fuerzas,
tan remota promesa *era un engaño!*

Los supuestos aprestos de los indios
fueron *bola de nieve*, que tomaba
enormes proporciones; y corrióse
en todo el campamento castellano:
—que ya en Quito, la patria de Atahualpa,
*unos doscientos mil* bravos arqueros,
y *treinta mil* caribes de las costas,
á Cajamalca rápidos marchaban
á libertar al Inca, decididos;—
y Felipillo, el lenguaraz taimado,
que del Inca *sedujo á una querida*,
y temía del Inca la venganza,
y de su patria las severas leyes,
si libertad le diesen los cristianos,
levantóle *calumnias y acusóle*
como secreto autor del movimiento.

Llamóse á declarar á Chalcuchima,
que á pesar de probar qne era inocente,
fué á prisión, desde entonces, reducido:
también Pizarro interrogó á Atahualpa,
sobre las hordas de Indios, desprendidas
de Quito y sus riberas, demostrando
que daba entero crédito esas voces;
pero severo replicóle el Inca:
«¿Por qué de mí te burlas? ¿O supones
que tan menguado sea, que pretenda
tu poder afrontar, pobre cautivo?
¿Piensas, que ignoro, que al menor engaño,
puedes, si quieres, ordenar mi muerte?
¡Y bien sabes, que en todo este mi reino,
ni las hojas del árbol se menean,
ni los pájaros hienden el espacio,
sino no es mi voluntad, que acatan todos!
¡Te pido, pues, no más de mi te burles,
que es harto triste mi presente estado!»

Este no era el lenguaje de la astucia
ni del engaño, meditado y frío,
sino el de un hombre, que su estado adverso,
sin hacerse ilusión, conoce y juzga!

Pero en vez de inspirar mayor confianza
tan sinceras palabras, se decía:
—que un ejército había en Guamachuco,
próximo ya á atacar á los cristianos,
que indignados gritaban contra el Inca,
y haciéndole *de todo responsable.*

Y bien entonces comprendió Atahualpa,
de Huáscar recordando *el fin funesto*,
que un rey es un cautivo muy temible,
y que hay peligro *en conservar su vida*;
y que siempre es mejor y conveniente
deshacerse de un preso poderoso,
que no irle á vencer entre sus huestes,
en donde hay que exponer á los soldados,
y al éxito exponerse, en un combate.

Púsose á Cajamalca en pie de guerra,
dobláronse las guardias y patrullas,
y todos por la noche, vigilantes,
un ataque esperaban por momentos....
mas al tornar la luz del nuevo día,
todo yacía en derredor tranquilo,
y los mismos iberos, tan valientes,
ya rubor por su miedo demostraban,
y hasta los menos listos comprendieron,
que todas esas farzas y rumores
eran tan solo por culpar al Inca;
porque siempre Pizarro, prevenido,
les daba aliento, insomne y vigilante,
cuando peligro verdadero había.

Mas no obstante, de Almagro los secuaces,
y los de la colonia que vinieron
como apenas gozaron del reparto,
por la muerte gritaban de Atahualpa
y por seguir cuanto antes hasta el Cuzco
para también hacerse de más oro;
y á Pizarro exponían que esa muerte
ere el justo castigo á las traiciones,
que desde su prisión fraguaba el Inca;
y urgente á la conquista y necesario
al tesoro y honor de la corona;
porque si necios libertad le daban,
á perder ese imperio se exponían
y su vida también, en larga lucha.—

Pizarro, pues, con el pretesto honroso
de hacer reconocer ciertos parajes,
hizo que Hernando Soto,—que á Atahualpa
creyéndole inocente, defendía,—
de allí saliese con alguna gente.

Díjose que Atahualpa oyendo á todos
siempre nombrar á Dios con gran respeto,
á un soldado pidió que esta palabra
*en la uña del pulgar* se la grabase;
y mostrándola á todos, se asombraba,
que *Dios*, al verla, todos prorumpiesen;
y que haciendo lo mismo con Pizarro,
no pudo éste turbado, pronunciarla,
la admiración así disminuyendo
en que túvole el Inca, al compararle
con sus otros soldados inferiores;
que esta impresión disimular no pudo,
y Pizarro notándola, ofendido,
no la olvidó ni perdonóla nunca,
que inferior á los suyos le juzgase,
su muerte acelerando, vengativo. 103

Después que partió Soto, continuaron
la ejecución pidiendo de Atahualpa
los mas aventureros y avarientos;
y salvando las fórmulas, nombróse
un tribunal compuesto de Pizarro,
Almagro y un fiscal; y eran los cargos:
—el haber usurpado la corona
y asesinado al heredero Huáscar;
haber enriquecido á sus parientes
con los tesoros públicos del reino;
en torpe idolatría rey y papa,
vivir entre el incesto y adulterio;
con diversas mujeres ser casado
y tener á la vez muchas queridas;
y de tratar de sublevar las tribus,
engañando á las fuerzas españolas,
y otros varios y fútiles pretestos.—
El escribano fué Sancho de Cuéllar,
Diego de Chaves, defensor de oficio,
y Fuentes el fiscal, que era un alférez. 104

Absurdos eran muchos de estos cargos
y á la costumbre y ley atentatorios
de aquel antiguo imperio constituido,
que en esta cáusa respetar debieron;
y tal, como si en vez de ser España
quien allí ese proceso formulase,
hubiera el Inca á España conquistado,
y al monarca católico enjuiciara,
porque solo una esposa y Dios tenía,
no como él, muchos dioses y mujeres,
pues para hacer su gusto y elegirlas,
debíale servir el ser monarca,
y no para envidiarlas, como agenas,
ó siendo agenas el hacerlas propias.
¡Y tan absurdos cargos se aplaudieron,
y por ellos al Inca condenaron!

De Huáscar partidarios decididos
y los sirvientes de los mismos jueces,
ó contrarios del Inca alguno que otro,
los llamados testigos solo fueron;
y el intérprete indio Felipillo,
*consiguió que culpable apareciese.*

Así estaban las fórmulas llenadas,
y como era cuestión de conveniencia,
sentencióse.... *que fuese ejecutado!*

Llevóse á fray Vicente el expediente,
que sin leer ni dudar firmando al punto:
«*¡Que muera,—dijo—como perro hereje,*
*por sus culpas quemado en una hoguera!*»
¡Oh, como era piadoso el misionero
con los que Dios creó á su semejanza!!!

El defensor del Inca y otros nobles
valientes caballeros protestaron,
contra aquella sentencia injusta y dura;
y á la corte pidieron se mandase
como supremo juez de tal asunto,
dado el regio carácter del cautivo.

Comenzó á acalorarse ese consejo....
hubo gritos, reproches y amenazas,
y hasta hubo de llegarse á un rompimiento,
si mas sensata, al fin, la minoría,
al prever las funestas consecuencias,
que *una anarquía* les trajera á todos,
no desistiese de su noble empeño;
y contentóse con salvar su voto,
dejar sin mancha su honorable nombre,
y extender por escrito una protesta,
que fundada agregaron al proceso,
el que si fué en desdoro de los jueces,
como sentencia pérfida y cobarde,
también es un preclaro testimonio,
que hubo ante todo hidalgos corazones,
que el honor de Castilla allí salvaron.

Notificóse la sentencia al Inca,
quien á pesar de que esperaba triste
una próxima muerte, entre cadenas,
no pudo menos, que exclamar doliente,
ante aquella falsía refinada,
por su faz una lágrima corriendo:
«¿Qué he hecho yo, ni mis pueblos, qué mis hijos,
para así condenarme á muerte cruenta?
Y tú, Pizarro, que me escuchas, oye,
—el Inca prosiguió, ya más tranquilo,
al mirarle entre el grupo de guerreros,—
¿por qué delito y por tus propias manos,
hoy vengo á merecerla? ¿No este mi pueblo
te ha prodigado afectos y tesoros,
y por do quier los tuyos recibido
de lealtad y de amor pruebas sinceras?
¡Si es cierto, pues, concédeme la vida....
más garantías te daré, si quieres....
y más oro también.... *daréte el doble*,
—exclamó el Inca, con orgullo digno,—
del que he entregado ya por mi rescate...
dame para que venga un corto tiempo,
y cumple como bueno tu palabra.....
como yo ya he cumplido con la mía!»

Después de oir al Inca así quejarse,
y enrostrarle perfidia tan villana,
muy afectado se escurrió Pizarro....
*confundido* decir fuera más propio!
Pues cuando en pugna el interés se encuentra
con la equidad, que procederse debe,
corre mucho peligro la justicia
de ser torcidamente interpretada,
y mucho más si al interés se agregan
políticas razones y de estado
de una contienda, cuyo fin decidan.

Y comprendiendo el Inca, que ya nada
restábale esperar, ya desprendióse
de su última esperanza; y recobrando
su grandeza imponente y porte digno,
llamar hizo á sus nobles y mujeres,
y á todos consolando, despidióse,
cual si fuera á morar á eterno cielo,
y todos de él en torno sollozando,
y por tierra postrados, parecían
náufragos moribundos en las olas;
y él tranquilo y de pie, tan solo salvo
en alta roca de isla hospitalaria!

Publicóse, al sonido *de trompeta*,
del Inca la sentencia en la gran plaza,
condenado á morir *en una hoguera*,
con pena suma en los dolientes indios,
y general contento en los soldados!

# XXXVI

## 1533

Ocultaba Pizarro á Huáyllas Nusta
todo lo que á Atahualpa concernía,
ó con ambíguas frases contestaba
á las de ella preguntas temerosas;
así es que sorprendida en su retiro,
escuchó Huáyllas Nusta la sentencia,
que á su famoso hermano, tan querido,
tan cruel muerte á soportar condena;
y arrojóse á las plantas de Pizarro,
quien pálido al entrar y pensativo,
no atrevióse á mirarla ni moverse:
ella ¡ay! no pudo articular palabra,
mas su llanto, su angustia y sus dolores,
harto le dicen al perjuro amante,
que velar prometióla por su hermano:
allí, cual criminal, tiembla el caudillo,
que á un imperio, antes solo desafiara,
como hircano león cruza altanero,
del mundo los desiertos misteriosos.
¡Es que allí su valor y su grandeza,
su audacia y corazón, *nada valían!*

*La conciencia, que aplasta á los gigantes,*
que á los monarca, junto al solio augusto,
perturba el sueño y le presenta espectros....
que Dios, *como un puñal* puso en el alma
y hace palidecer *hasta el bandido....*
esa *conciencia*, sí, pálido, mudo
dejó también al héroe tan famoso,
ante triste mujer, que sollozando
reclama su palabra al caballero!

Por ella *implora más*, y él confundido,
como el que siente, al estallar el rayo,
entre el polvo su frente destrozada,
solo tiene el aspecto.... *de un cobarde*,
mientras sereno el Inca se engrandece,
y á morir dignamente se prepara!
Y como el que es perjuro y es villano,
en pos de sus perjurios *sigue siempre*,
aún dióla esperanzas, vacilante,
y de ella huyó, quien falta ya de fuerzas,
*en el suelo quedóse desmayada.*

*Era de Agosto el día veintinueve,*
*y dos horas* hacía que sus rayos,
entre las cumbres de nevados cerros,
el sol poniente recogido había,
cual si quisiera que su luz excelsa,
no presenciase el sacrificio cruento
de ese su hijo y creyente tan querido:
los oficiales, tropas y guardianes,
con bélico aparato ya formados,
al caudillo, impacientes, esperaban:
los pajes, *con antorchas encendidas;*
las mujeres del Inca y sus magnates,
dando gritos de espanto lastimeros,
y los humildes indios aterrados,
mientras rezos los fráiles entonaban
*por quien van á quemar en una hoguera!!!*

Así esperaban todos á Pizarro,
y Pizarro llegó, con faz sombría,
como el que interna, devorante lucha
siente su corazón: sale Atahualpa
de su mansión oscura, encadenado
*de pies y manos*; pero recto, firme,
de fray Valverde al lado, marcha y mira
á ese imponente cuadro, entre las sombras,
sin que vacile su seguro paso;
síguenle los guardianes de la cárcel,
y en reposada marcha este cortejo
para la plaza pónese en camino;
vése brillar la hoguera *en medio de ella;*
mírala el Ínca.... se sonríe y marcha,
como si al trono que le usurpan fuese:
*era el valor salvaje, con desprecio*
*desafiando el furor de sus verdugos,*
para *mas irritarlos* por su crímen;
y solo siente, sí, que aquella hoguera,
al reducir sus miembros á cenizas,
del prometido cielo le privase;
porque según su creencia, era preciso
que al morir ó ser muerto, *bajo tierra*
el cuerpo inanimado se enterrase,
ó en *sagrado recinto* fuese puesto,
para subir con él al sol divino.

El cortejo marcial entra en la plaza....
vése brillar la hoguera en medio de ella,
y hace el último esfuerzo fray Vicente
por convertir á esa alma al cristianismo,

como un fecundo ejemplo para el reino,
y presenta á Atahualpa el crucifijo,
y le pide y le ruega fervoroso:
—que abrace á la cruz santa, y que contrito
se deje bautizar en tal instante;
y la muerte terrible, que le espera,
será *por una breve* conmutada.—
Y pregúntale el Inca: «¿Verdad dices?
Y afirmólo Valverde; y se somete,
—por preservar su cuerpo de la llamas
y que pasar pudiese hasta su cielo,—
á recibir el agua del bautismo,
en tanto que un suplicio se improvisa
para darle la muerte *de garrote.*

Entre el recogimiento más solemne
y al resplandor de funerarias teas,
practicóse la santa ceremonia,
y al infelice neófito se puso
Juan de Atahualpa.....porque el nuevo día
era San Juan Bautista.

Pidió después el Inca, respetuoso,
el hablar con Pizarro un solo instante;
y al pié ya del suplicio, asi le dijo,
con clara voz y corazón entero:
«Ilustre jefe, si por dicha quieres,
junto al suplicio el verme resignado,
*un postrimer favor* al acordarme,
con mi última palabra, yo te ruego
mires *con compasión* y amparo seas
de mis jóvenes hijos desvalidos!
¡También quisiera, que mis restos fuesen
en Quito sepultados, que es la patria
de la noble mujer que dióme vida,
y donde el sol miré por vez primera!
¡Nada más quiero....nada más te pido!»

Y en seguida, volviéndose al verdugo:
«ya estoy pronto», le dijo. Oyóse en torno
pausadamente *modular el credo....*
dieron los indios *espantosos gritos*,
y vióse al resplandor de las antorchas,
*al verdugo dar vuelta el torniquete*,
y luego á un cuerpo aparecer colgado,
como si fuese de bandido infame,
y no *de un inocente*, gran monarca! 105.

Tristemente se marchó el cortejo,
hundiendo para siempre en un suplicio,
al trono de los Incas y sus dioses,
para otros dioses implantar y cetro....
y adorando á una cruz....*robarse el oro!*

En San Francisco y *al siguiente día*,
donde fueron los restos conducidos,
las exequias con pompa celebraron:
de gala estaban las temibles tropas,
Pizarro al frente y presidiendo el duelo,
y *de luto* los jefes y oficiales;
y en gran féretro el cuerpo colocado,
junto al altar, circuído de blandones;
pero fué interrumpido el *de profundis*
por lastimeros gritos y sollozos
de las *mujeres, nobles, y sirvientes*,
de aquel solemne acto protestando,
los restos del monarca reclamaban
para ellos á su modo el efectuarlo;
y después de inmolarse en sacrificio,
*á la legión lumínica seguirle.*

Fueron de allí arrojados: y mujeres
apasionadas, jóvenes y hermosas,
nobles leales y sumisos siervos
á los campos corrieron, desolados:
las unas con su pelo, otras con cuerdas,
nombrando á su señor, *dábanse muerte:*
los otros de barrancos se arrojaban
ó se perdían en rugiente sima:
de Cajamalca el aterrado pueblo
por todo el reino se extendió anunciando
el triste fin de su señor querido,
que era su único dios en esta vida;
y anarquizado alzóse todo el reino,
antes rendido al ominoso yugo,
por el amor á su Inca encadenado,
mas ya furioso, como mar sin dique!

Ruminávi importante cabecilla,
que de Quito guardaba las fronteras,
del imperio peruano segregóse,
restablecer queriendo esa perdida,
antigua independencia de su patria;
y pueblos y ciudades numerosas,
los palacios y templos despojaban
de la plata, del oro y sus adornos,
que en *los bosques y cuevas* escondían,
por los conquistadores ya enseñados
á dar valor á sus metales finos
y á sus preciadas, abundantes piedras.
Y era aquella anarquía y desconcierto
el más profundo antítesis del órden
en que este quieto imperio antes yacía!

A pesar de la súplica ferviente
que á Pizarro hizo el Inca *en el cadalso*,
de San Francisco fué en el cementerio,

como un viejo cristiano sepultado;
pero así que partieron para el Cuzco,
el cadáver los indios extrageron,
y créese, que hasta Quito lo llevaron,
y que enterrado fué con sus tesoros;
aunque despues, haciendo escavaciones
los nuevos pobladores castellanos,
*no encontraron ni cuerpo ni riquezas.*

Volvió Hernando de Soto á Cajamalca
del trágico suceso *á los dos dias,*
y sorprendido y despechado supo
el triste fin del Inca generoso:
corrió á hablar en seguida con Pizarro,
á quien cubierto halló con un sombrero
*negro y de filtro,* cual señal de luto,
que calado tenía hasta los ojos,
y un aspecto de gran abatimiento;
y severo le dijo de este modo:
«Sin prudencia ninguna habeis obrado,
y muy ligera fué vuestra conducta
en tan trascendental y grave asunto,
al haber precedido injustamente,
tan solo á vil calumnia dando oídos,
pues tranquilo está todo por do quiera,
y por do quiera he recibido solo
de afecto y paz demostraciones claras.
Si era preciso que el cautivo regio,
para mejor triunfar, despareciera,
¿por qué, sin responsable haberos hecho,
no lo mandásteis á juzgar á España?
¡Comprometido hubiérame yo mismo
á llevarle á un bajel, y allí entregarle,
sin que ninguno responsable fuera
de lo que *todos* serlo aparecemos,
cuando *algunos* tal hecho reprochamos!»

Su ligeresa confesó el caudillo,
diciéndole: —que Almagro y sus tenientes,
fray Vicente, Riquelme, el tesorero,
y otros muchos habíanle engañado;
que del proceso fueron los autores,
y la cáusa y suplicio resolvieron;
y culpables queriendo hacer á otros....
*fué Pilatos, lavándose las manos!*

A oídos de Riquelme y fray Vicente
y la fracción de Almagro y oficiales
estos cargos llegaron y disculpas,
los que á su vez culparon á Pizarro,
como *secreto instigador de todo*;
y hubo reconvenciones y disputas,
y hasta *mentís*, por una y otra parte,
lo que la iniquidad y la injusticia,
con sobrada evidencia nos demuestra,
de este tan mal fraguado asesinato,
cuando era tan reciente este suceso;
y observóse después, como un castigo
de eterna Providencia, siempre justa,
que también *muchos de ellos,* igual suerte,
ú otra *espantosa y trágica* tuvieron.

No pudo, pues, aparecer Pizarro
*imparcial* ni *inocente* en este asunto,
aunque *vistiese luto* y demostrase
un profundo pesar, *que no sentía,*
y la solemne farsa celebrando
de las grandes exequias por el muerto!

Mas la posteridad, *que es justa siempre,*
clasifica *de bárbaro* tal hecho,
y esta mancha indeleble *deja roja*
sobre el brillante escudo de esos héroes,
que en grandiosa epopeya, *cual ninguna,*
al escalar imperios y montañas,
el ambiemte aspirando de las nubes,
fueron más que hombres....*semidioses* fueron!

Pero si ya del Inca no existía
el compacto poder en el imperio,
que formidable ejército opusiese,
quedó el de *la anarquía* y sus facciones,
y *el odio* al invasor de sus hogares
y á *los verdugos* de su rey amado;
y era morosa obra para aquellos,
que del Perú ya dueños se creían,
*en detalles* batir á los salvajes,
en los campos dispersos ó en acecho,
fraguando sus sorpresas en los montes!

Comprendiendo Pizarro en tal estado,
que un fantasma de Inca que nombrase,
á mas de coadjuvar á sus intentos,
la excitación del reino calmaría,
á su lado atrayendo á los magnates
y viejos generales de Atahualpa,
en libertad á Chalcuchima puso,
y citando á los nobles principales,
pidióles: —que un monarca designasen,
que á Atahualpa en el mando sucediese,
y aunque á *Manco* tocaba la corona,
como hermano legítimo de Huáscar,
de Atahualpa los fieles partidarios
á Toparca, su hermano, propusieron,
dócil niño, inexperto todavía,
quien aclamado siendo en Cajamalca,

y al recibir del reino el homenaje,
con la borla imperial fué coronado
por el jefe español, que por tal hecho,
como Inca del Perú reconocía.

Y así, un tanto, Pizarro consolaba
á su *siempre querida* Huáylas Nusta,
al ver de Inca á su menor hermano.

# XXXVII

## 1533

Después que en Cajamarca,
con pompa coronaron á *Toparca*,
olvidándose fueron
las escenas sombrías
del suplicio del Inca y los reproches,
que unos y otros se hicieron,
y pasadas alarmas por las noches;
y *de Septiembre en los primeros dias*
en marcha para el Cuzco se pusieron,
llevando buenos guías
y bien gordos y diestros los caballos:
iban todos ufanos y contentos,
soñando con edenes y portentos
de orientales serrallos;
y de diversos modos
hacerse de tesoros y vasallos.

*Cuatrocientos ochenta* eran por todos,
y la caballería
*como un tercio sería;*
era, pues, ya un ejército *mediano,*
con arreglo *á ese tiempo y la distancia*,
á que entonces hallarse parecía
el continente indiano,
lo que en mucho el vapor *ha disminuido:*
y al verse allí formado, fué debido
al arrojo y constancia
del jefe castellano.

Llevaban á *Toparca* en garantía
y á Chalcuchima, el jefe muy querido;
y á los dos en litera conducía
falange de vasallos numerosa,
que al monarca seguía
adicta y respetuosa.

Tomaron el gran camino,
que de los Incas llamaban
y hasta el Cuzco conducía,
á través de las montañas,
en cuyas alturas era
dificultosa la marcha,
y más para los caballos,
el subirlas y bajarlas
por empinados declives
y muy estrechas gargantas;
y al cruzar por precipicios
de profundas hondanadas,
por cuyos débiles puentes
tan solo un indio y su llama,
seguros pasar podían,
con su muy ligera carga,
y no pesados caballos,
que rompían con sus patas
de tales puentes los miembros,
do quedábanse ligadas;
y la tropa prefería
los ríos pasar en balsas,
llevándolos de la brida,
cosa más segura y rápida,
para cuanto antes salir
de esas crestas erizadas
de seguidas cordilleras,
y tétricamente pálidas,
donde sutiles ventiscas
é interminables nevadas
dejaban transido el cuerpo;
mas no el aliento del alma
de esos heróicos guerreros,
que serenos afrontaban
los rigores de natura
y de un reino la pujanza,
llevando sobre esas cimas
las banderas de su fama,
con gran asombro del mundo,
y honra eterna de su patria!

Pero al bajar á los valles

de tibia temperatura,
bello todo sonreía
con su manto de verdura,
en el suelo virginal.
Todo era luz y hermosura
y alegría
como ensueños
halagüeños
de alma tierna, excepcional,
que al despuntar la mañana,
á su otra alma *busca hermana*,
presintiéndose inmortal....
á esas almas, que pasaron
por la tierra peregrinas,
como ardientes golongrinas
á su mansión tropical!

Así por valles sonrientes
y jardines perfumados,
comenzaban los soldados,
con mas aliento á salir
de los ocultos torrentes,
y eternos picos nevados,
y su marcha á proseguir.

Llegaron al camino,
bajando la montaña entre rodeos,
y á distancias iguales,
iguales casas fueron encontrando,
que servían de albergue á los correos,
que en el tránsito se iban renovando,
y prestaban asilo
al viajero pedestre, que tranquilo
fuéralo antes siguiendo, sin cuidarse
de invasores audaces ni otros males,
ni de presentes bienes;
y hallaron en los pueblos principales,
surtidos almacenes
de telas y de granos,
aprovechando así los invasores
la sabia previsión de los peruanos!

Como árbol tierno, que el turbión desgaja,
es la vida del hombre y sus afanes....
¡y cuan cierto son todos los refranes,
al revolver del mundo la baraja!
Aquí *el caso* en las telas y los granos
de los pobres peruanos,
*pues nadie sabe para quien trabaja*!

De este modo provistos los cristianos,
siguieron penetrando en Guamachuco,
Andamarca y Guanuco;
pero hallaron los puentes destruídos,
los pueblos, con temor abandonados,
y los antes floridos
en campos ya talados;
y á lo lejos veían
grandes grupos de indígenas formados,
que sus huellas seguían,
como en torno á su presa
sigue el hambriento buitre revolando;
y corrióse:—que á priesa
estábanse juntando,
para de cerca el irlos observando
y dar una sorpresa.

Pizarro, mandó entonces,
de Huayna Cápac á un hijo, que seguía
á su inca *medio hermano:*
—que fuese aquellos grupos á calmar,
y díjose, que el Inca le pedía
no opusiesen obstáculo á su marcha,
pues iba desde el Cuzco á gobernar;—
mas apenas desvióse del camino
el indio mensajero,
y pretendió á los indios arengar,
cuando todos los indios, con furor,
le dieron *pronta muerte*,
de su patria llamándole *traidor*.

Esto hizo á Pizarro, que siguiese
marchando en adelante *con cautela,*
al notar el peligro que corría,
cual marino, que vela
ante la tempestad del turbio noto;
y en vanguardia pusiese
á Diego Almagro y Soto,
con la caballería,
que al tímido salvaje
tanto espanto infundía;
y él, con el resto de la tropa fuese,
cuidando su bagaje.

Y Soto y Diego Almagro,
ya de Jáuja en el valle floreciente,
miran contrarias hordas, numerosas,
que destrozando el puente,
provocan á la tropa castellana,
desde la opuesta márgen de ese río;
mas al verla cruzar por la corriente,
con belicoso brío,
y salir los caballos á la orilla,
disparan ráudas flechas,
y huyen medrosos, en montón deshechos,
como una vaporosa nubecilla;
pero *vuelven despues*, y á la distancia,
siguiendo van las huellas

de la caballería,
como siguen aquellas
viejas mendigas, que en las calles piden
una limosna, por la noche y día,
y á las personas el camino impiden;
ó esas otras bellezas, *encubiertas*,
la demandan, sus dientes enseñando
tras entornadas puertas,
y hasta el más pudoroso *así tentando!*

Jáuja, ciudad populosa,
encontrábase en el centro
de un verde valle frondoso,
cruzado por arroyuelos;
y llegado allí Pizarro,
estableció el campamento,
comprendiendo, que aquel punto
era adecuado y muy bueno
para hacer una colonia,
tanto por su fértil suelo
y ser todo ese distrito
de productores lagriegos,
cuanto por tener en jaque
á los ágiles arqueros
de la vecina montaña,
y poder al mismo tiempo
abrir comunicaciones
con los más próximos puertos;
y mientras que se quedaba
en Jáuja con tal objeto,
envió nuevamente á Soto
con un buen destacamento
*unos sesenta* jinetes,
que el camino abriendo fueron.

Aún restos allí quedaban
de las riquezas del templo,
las cuales los invasores
se dividieron entre ellos,
siempre el quinto del monarca
entregando al tesorero;
y en el santuario pagano,
después de arrojar al suelo
los ídolos del salvaje,
colocaron en sus puestos
fray Vicente y demás padres,
sus misales y evangelios,
cruces, santos y reliquias
y lujosos ornamentos,
hallándose la colonia
con un ya cristiano templo.

Delineóse una ciudad,
solares se repartieron
é hiciéronse varias casas,
que fuesen plantel del pueblo,
que debíase después
fundar allí *como centro*.

## XXXVIII

### 1533

De huestes numerosas, cruzando en remolino,
halló Soto las huellas, en puentes destrozados,
en piedras colocadas en medio del camino,
que al Cuzco conducía, y en pueblos ya quemados,
su encono ya mostrando al pérfido invasor;
y cerca ya de Vilcas, y en un desfiladero,
las hordas en acecho, salieron con furor;
y la caballería, con bien templado acero,
las hordas combatió;
y en el entrevero
murieron *dos soldados* y el campo despejó.

Marcharon, cruzando
El río Abancay
y del Apurimac
las aguas, que van
undosas corriendo,
con dulce cantar.

Y de Vilcaconga la sierra cercana,
cuanto antes anhelan triunfantes pasar;
*cuarenta kilómetros* no mas hasta el Cuzco
les faltan que andar.

La senda subían confiados y alegres;
mas vieron de pronto do quiera salir
voraces arqueros, que oculta la sierra,
lanzando sus gritos salvajes de guerra,
y arrojan sus dardos, cual lluvia sutil.

Los bravos jinetes vacilan turbados
de aquella sorpresa, tremendo turbión:
y entonces los indios su ataque despliegan,
con rabia y furor,
y hasta de las patas se prenden osados,
de cada bridón;
y Soto, temiendo que entrase en su gente,
no indigno temor,
ageno al valiente;
sino confusión,
les grita, empuñando
su espada, y trepando
ligero á una altura, que llana se vé:
«Seguidme.... adelante,
que aquí no conviene quedar ni un instante....
conviene tan solo matar y vencer!»
Y hundió sus espuelas al ráudo corcel;
y todos le siguen á la plataforma;
y de ellos en pos,
ligera la horda, con hórrida saña,
que lanza los huecos de aquella montaña,
allí los cercó.

Y dardos y flechas y piedras y mazas
opónense allí
al sable y bridones y duras corazas
del bravo adalid.

Si en armas los unos ventaja llevaban
y táctico ardid,
los otros luchaban
en grupos formados de inmenso gentío,
en bosques espesos, cual toro bravío,
y en campo cerril.

Ya no eran los mansos corderos, que en torno
de su Inca querido, en grandes legiones,
por él se dejaban pacientes matar:
ya eran ahora
con faz vengadora,
de aquellos desiertos rugientes leones,
al pie de su cueva, con ánsia voraz.

Luchando y muriendo los indios caían,
mas otros entraban y blanco oponían
al fiero corcel;
así es que la liza
estaba indecisa,
y de la victoria dudoso el laurel.

Piadosa la noche sus sombras extiende
de negro capuz,
y ataque y defensa mitiga y suspende;
y enfrente unos y otros, con ira sombría,
esperar del día
ansiosos la luz.

Después que de este combate
colmóse la excitación
y á su gente reunió Soto,
con suma pena observó,
que *cinco muertos* tenía
y *once heridos* en redor;
y además en los caballos,
que también luego contó,
*dos muertos, catorce heridos*
y *otros mancos* encontró.

En el triunfo confiados los salvajes,
á pesar de los muertos que quedaron,
esperaban la aurora placenteros;
y tristes los cristianos lamentaron
la muerte de sus pobres compañeros,
en larga noche de inquietud perenne,
que despiertos pasaron,
en guardia vigilante
y con atento oído.

Después que á los enfermos hubo Soto
vendado y atendido,
así, lleno de fe, dijo á su gente:
«¡Compañeros, mañana, Dios mediante,
en este sitio quedará triunfante
de nuestra patria el lábaro esplendente....
cual lo hemos ostentado
hasta llegar aquí!»
Y contestó su grupo, entusiasmado:
«¡O lidiar nos vereis hasta morir!»

Ya el alba quería
con tintas rosadas,
las cimas nevadas
hacer destacar;
y el brío impaciente
de aquellos guerreros
sacar sus aceros....
morir ó triunfar.

En tanto, escalaban
los diestros arqueros
estrechos senderos,
do quiera en montón:
brotar parecían
de abajo de tierra,
cubriendo la sierra,
cual nube veloz.

Y oyóse una corneta castellana

de aquella sierra al pie,
cuyo sonido, entre el silencio triste,
hasta la cima resonando fué:
con júbilo de Soto la vanguardia
con su clarín al punto contestó,
y todos á la Virgen bendijeron....
y en tanto el sol salió.

Era Almagro, mandado por Pizarro,
con la caballería
que en Jáuja se quedó,
cuando el ataque supo,
que en Vilcas resistió de Soto el grupo,
y que á forzadas marchas le seguía,
y en momento tan crítico llegó.

Y en ese momento
cesó todo ya,
pues con desaliento
oyó resonar
la hueste peruana
de Almagro el clarín;
y vió los caballos,
el sol al salir,
la fría montaña
con orden subir.

Y en aquellos momentos tan supremos,
que todos de martirio ó esperanza
en la vida tenemos,
al mirar los peruanos, sorprendidos,
á esos nuevos jinetes invasores,
tan rápidos llegar,
cual si fuesen del cielo descendidos,
de noche oscura, en rayos vengadores,
creyeron que la gracia poseían
de irse duplicando á voluntad;
y de su dios la protección tenían
para todo ese imperio avasallar;
é inútil ya creyendo la defensa
de ese montuoso paso sostener,
que al Cuzco conducía,
y perdido lloraban ya también,
entre la niebla densa,
que colinas y cerros encubría,
cual sombras, comenzáronse á perder.

Y victoreando á España
ambos jefes y soldados,
del peligro así salvados,
traspusieron la montaña:
acamparon de ella al pie,
y un indio de mensajero,
astuto, fiel y ligero,
con la nueva á Jáuja fué.

En tanto, preparábase Pizarro
para fundar una colonia allí;
mas traíale inquieto y pensativo
de los indios al ver la guerra hostil;
pues con poner en el peruano trono
á Toparca, creyó
que podría atraerse á aquellos pueblos,
que mas mansos y bárbaros juzgó;
y al fin *entreveía,*
que la guerra *larguísima sería,*
en tan vasta extensión!

Con Atahualpa vivo,
como amigo teniéndolo cautivo,
¿no hubiera aquel imperio dominado
más fácil y mejor?

Con Atahualpa muerto,
¿por do quier no veíase acosado,
y poblarse de huestes el desierto,
con eco vengador?

Pizarro, ya consigo,
en su duda y temor,
*llevaba de su crimen el castigo,*
y un instante perplejo se quedó;
pero de Almagro y Soto
muy á tiempo la nueva le llegó.

En Jáuja se supuso,
que la sorpresa hostil
de Vilcaconga hubiese dirijido
el siempre popular jefe Quizquiz;
pues en el ráudo ataque y retirada,
vióse ya ciencia desplegar allí,
y ya de Chalcuchima *desconfióse*;
y *por aquellos días*
también otra desgracia coincidió.
Toparca, el Inca joven, enfermóse;
según se dijo de pesar murió,
al pensar que Pizarro había sido
quien dispuso la muerte de Atahualpa
y la borla en sus sienes le ciñó;
y de *su apostasía* arrepentido,
en su frente romperla decidió;
y ya también de este hecho á Chalcuchima,
sin pruebas *se culpó.* 106

Fué Chalcuchima preso y engrillado,
y el caudillo español muy enojado,

así dijo al cautivo:
«Cuando llegue de Soto al campamento,
haréte *quemar vivo*,
siendo así de los tuyos escarmiento;
y lo mismo con ellos he de hacer,
si á Quizquiz y sus indios
no les mandas las armas deponer.
¡En vez de estar á mis bondades grato,
te has conducido como vil ingrato,
y con tu amo debiste perecer!»

Sin miedo alguno en su alma,
sonrióse el indio con altiva calma,
ante aquella amenaza tan terrible,
y así le contestó: «¡No es fácil eso
de apaciguar mi gente.... ni es posible
desde este punto, donde me hallo preso!»
Y fiero, en menos disculparse tuvo
de tal complicidad;
y posteriores cargos despreciando,
no quiso en adelante *hablar ya más*.

Pizarro resolvió salir de Jáuja,
los tesoros dejando allí guardados
*con cuarenta soldados*,
que de colonia fuesen un plantel;
y á Riquelme, el avaro tesorero,
díscolo y majadero,
también dejó, librándose así de él.

# XXXIX

## 1533

Hállanse Quito y Chile *equidistantes*
de Vilcas, que *en el centro* del imperio,
era por sus productos importantes
y valles rozagantes,
como el antiguo Cuzco y Puchacamac,
*las tres ciudades*, que los viejos Incas,
con sus humildes siervos y caudales
y esfuerzos infinitos,
habían á porfía engalanado;
pues de placer sus sitios favoritos
y mansiones reales,
en esas tres habían levantado;
y por sus obras, lujo y pedrería
y el oro acumulado,
de Vilcas los palacios y los templos
tenían nombradía;
y sin percance alguno
llegó Pizarro á Vilcas con sus tropas,
en donde *algunos días* descansaron;
y con sorpresa vieron
esas muchas riquezas que ignoraban,
y avarientos sacaron
cuantas cargas pudieron,
y á penas por su peso soportaban;
pero ya parecía,
que al ver *tanto oro y oro*,
para todos *el mérito perdía*.

La marcha prosiguieron....
de Vilcaconga el paso atravesaron,
y con Almagro y Soto se reunieron;
y como siervo, que con faz adusta,
marcha de su señor uncido al carro,
seguía doña Inés ó Huaylles Nusta
á su amante Pizarro,
quien cada día más *la obsequia y ama*,
cuanto *más fria* é indiferente *es ella*.

Y de Jaquijagüama
las tropas en el valle penetraron,
y en su campiña bella,
de tal magnificencia y panorama,
asombrados quedaron.

De Jaquijagüama el valle,
por su edénica belleza
y majestuosa grandeza
y su perpétuo verdor,
es uno de aquellos sitios,
que en los Andes enclavados,
entre cerros elevados
ostenta más esplendor.

Y la eterna primavera
de tan lozano vergel,
original digno fuera,
que fama á un artista diera
de paisagista pincel.

Su aire suave y delicioso,

la fragancia de sus flores,
y cambiantes
de su cielo azul y hermoso....
de sus pájaros cantores
las tiernas notas vibrantes....
todo allí es resplandeciente,
y la alegría se siente
en el alma rebullir,
que es el más bello paisaje
de ese edénico paraje....
donde *todo es bello allí!*

Y allí los nobles peruanos
tenían en las laderas,
sus mansiones placenteras,
donde el estío pasar,
mas tristes, abandonadas
y cerradas,
como cárceles sombrías,
ni un indio llegóse á hallar;
y allí, Pizarro unos días
el quedarse resolvió,
dando á sus tropas descanso
en el valle encantador,
desde donde apenas ya
*veinticinco kilómetros* distaban
para el Cuzco llegar.

Mas del valle tan ameno
la belleza,
no en Pizarro mitigó
de su seno
la dureza,
que en sus actos desplegó.

Y *su primero* fué, en aquel paraje,
irrisorio proceso levantar
al anciano guerrero Chalcuchima,
para poderle á muerte condenar.

Y allí *á ser quemado vivo*
al anciano jefe altivo
la sentencia condenó.

¡Bárbara muerte espantosa,
solo digna del pillaje....
á la natura un ultraje....
para el indio harto gloriosa....
para el cristiano baldón!

Y fray Vicente Valverde
le acompañó hasta la hoguera;
y con su voz plañidera
y fanatismo profundo:
—le pintó
las penas que en otro mundo
sufrían los infieles,
entre tormentos crueles;
y exhortó
el cristianismo á abrazar,
ya como último consuelo,
para así poder gozar
la eterna vida del cielo;—
pero aquella alma *de bronce*,
arder mirando la hoguera,
como si nada temiera,
marchaba *sin replicar*.

Mas ya junto al sacrificio,
díjole el fráile de hinojos:
«¡Este es mi último servicio....
mira la gloría y la luz!»
Y pósole ante los ojos
la santa y bendita cruz,
y con fervor añadía:
«¡Tiempo tienes todavía....
en este paraje mismo,
de recibir el bautismo....
toma y estrecha mi mano....
como el Inca, hazte cristiano....
sálvese de Dios un hijo!»
Y el peruano
ya iracundo al fraile dijo:
«¡Reniego de ser cristiano!
¡No, padre, no me subyugo
ante una infame invasión,
que viene á imponernos yugo
de sangre y de maldición!
¡No entiendo la religión
que me predica el verdugo,
que me arranca el corazón,
y que, con su saña fiera,
me va á arrojar á esta hoguera,
porque así á su amo le plugo!»

Indignados
de oírle así blasfemar,
los verdugos y soldados,
sin tener que replicar,
arrojáronle en las llamas....
*cual se arroja un tronco más.*

Al gran prestigio y estima,
que gozaba por do quiera
el heróico Chalcuchima,
debió el morir *en la hoguera;*
que á indio tan popular,
y á jefe de tal valía,

ya temor llegó á inspirar....
ya Pizarro no podía
*libre ni preso* dejar!

Poco después del bárbaro suceso,
que por todo el imperio se extendió,
un joven indio, con su noble corte,
al caudillo español se presentó.

Era *el hermano* del finado Huáscar,
el joven Manco Cápac, y sucesor
de la encarnada borla del imperio,
que venía *á pedirla* al invasor.

Y acercándose á Pizarro
hablóle de esta manera,
con la *verdad* del hidalgo,
y de un joven *la franqueza*:
«Ilustre jefe extranjero,
que llegas hasta esta tierra,
después de haber realizado,
según dicen, mil proezas;
hijo soy de Huayna Cápac,
que cubrió de fama eterna
su imperio y noble linaje;
y Huáscar mi hermano era,
á quien usurpó Atahualpa
cuanto fué suyo de herencia,
y hoy á mí me pertenece
por derecho y línea recta:
traté, pues, con mis legiones
de resistir á tus fuerzas;
pero ya imposible veo
el oponer resistencia,
y tu genio reconozco
en los ardides de guerra.
Mi ejército, no distante
de este paraje se encuentra,
mas héme de él separado,
desistiendo de mi empresa.
Vengo la paz á ofrecerte
y mi amistad muy sincera,
si la borla de mis padres,
que ciña en mis sienes dejas,
y luego me reconoces
por el Inca de esta tierra.»

Gozoso oyóle Pizarro,
y en seguida contestó:
«Acepto vuestras promesas,
como cumple á vuestro honor.
De un monarca castellano
humilde jefe soy yo;
y he sido por él enviado,
y no como un conquistador,
que viene á usurpar el cetro
á quien Dios se lo otorgó,
pues en su nombre he llegado
á dar ayuda y favor
á vuestro infelice hermano,
á quien la envidia mató
de Atahualpa el sanguinario,
y del trono usurpador;
y que hoy, por estar vacante,
pertenece solo á vos.
Vayamos al Cuzco en donde
será la coronación,
y os probaré mi amistad,
como buen jefe español.»

Y en su alegre campamento,
muy contento
al jóven Inca hospedó
con su corte sometida,
y en seguida
para el Cuzco se marchó!

Del joven caudillo
al ver la perfidia
le hueste peruane,
irrítase más;
y sale al encuentro
de la castellana,
queriendo en la lidia,
su paso atajar.

Los indios se agrupan,
los pasos ocupan,
los cercan y embisten,
y al fuego resisten,
que son numerosos,
creyendo vencer:
las cargas aguantan,
airados, furiosos,
y ya no se espantan
del brioso corcel:
si caen, se levantan,
y el pecho desnudo
oponen de escudo
al golpe mortal;
y aquellos corderos,
son ya lobos fieros,
que bajan bravíos,
de bosques sombríos,
su presa á buscar!

Así resistieron,
lidiaron, murieron,

sin nada alcanzar;
y viendo, que en vano,
en sierra ó en llano
lidiar era ya,
de súbito dejan
el campo desierto,
y en grupos se alejan,
formando el concierto
de un grito infernal....
al Cuzco corrían
que al Cuzco querían
*ardiendo mirar,*
en vez de que fuera
de gente extranjera
magnífico hogar!

Los muchos horrores
así de esa gente
avara, inclemente,
querían vengar;
y en vez de riquezas,
tan solo encontrasen
escombros y llamas
cuando profanasen
la bella ciudad!

Supo Pizarro *la funesta idea,*
que llevaba el ejército peruano,
del reñido combate *al desertar;*
y dispuso, que Soto y Juan, su hermano,
con la caballería,
el incendio partiesen á evitar,
en tanto que él seguía,
libre ya el campo, hasta llegar allá.

Y cuando Juan y Soto penetraron
en la extensa ciudad,
ardiendo *varios puntos* encontraron,
pues llegando los indios *más ligeros,*
por ocultos caminos y senderos,
consiguieron su intento realizar;
sin embargo, pudieron los cristianos,
los grupos de salvajes, ya deshechos,
el incendio cortar y detener,
obligando á los jóvenes y ancianos
á ayudarles también;
así es que chozas y pajizos techos
llegaron solo á arder.

# XL

## 1533

Horizontales rayos dirigía
á la imperial ciudad
el sol poniente, que de luz cubría,
entre el celaje diáfano y celeste;
y la cristiana hueste
*ya muy cercana* á la ciudad veía,
su bandera anhelando allí enclavar.

Rayos horizontales, fulgurosos,
bañaban con su luz
chozas, templos, palacios caprichosos,
y jardines umbrosos,
donde se iba á enclavar la santa cruz!

De sol poniente los postreros rayos,
entre ligeras nubes apiñadas
de brillante color,
dirigían sus últimas miradas
á su Cuzco y ciudades conquistadas....
como si fuesen *su postrer adios!*

*Un triste adios....* porque *al siguiente día*
esos rayos de luz y de agonía,
iban su vida y esplendor á dar
*á otra raza, á otro culto y otras leyes;*
íbanse *á redimir* salvajes greyes
de los Incas peruanos;
pero iban *á imperar*
los católicos reyes
y avarientos cristianos....
que íbanse las riquezas *a robar!*

La *civilización,* ó el hombre fuerte,
iba á dar á ese imperio *libertad,*
entre la violación, el robo y muerte....
Esto *era conquistar,*

como en aquellos tiempos se entendía;
mas no era la enseñanza y la virtud,
que defender allí les prescribía
la cruz, que se imponía....
la de amor y humildad divina cruz!

Las fulgurosas nubes de occidente,
bajo dispersas formas se perdían;
del rojo sol poniente
los moribundos rayos se extinguían;
y las opacas sombras comenzaron
sus velos á extender;
y entonces los infantes se encontraron
obligados su marcha á detener.

Y esperando la luz *del nuevo día,*
para en el rico Cuzco entrar triunfante
el ibero pendón,
colocóse una guardia vigilante,
de todo el campamento en derredor.

Y en la feliz mañana
brilló el lucero; y la sonriente diana
con unánime júbilo se oyó;
y la tropa cristiana
á las puertas del Cuzco se encontró.

Fórmase *en tres columnas* el ejército
á los ecos de música marcial,
y seguido de *Manco* con su séquito,
entra triunfante en la imperial ciudad.

Sus limpias armas y sus patrios lábaros,
sus cascos armaduras y pendón,
brillan sobre el azul celaje diáfano,
al ténue rayo del naciente sol.

Y extraña gente de poder indómito,
*por siempre* sepultó en el ataud
á dioses, Incas, tradiciones, códigos,
*el dia quince de Noviembre*, histórico,
del invadido imperio del Perú.

Y de aquella legión la entrada súbita,
al son de los clarines y las músicas,
á los indios absortos los dejó;
y fué marchando hasta la plaza pública,
do ufana sus reales asentó.

Hallábase en esta plaza
de Huayna Cápac el palacio,
con sus inmensos salones,
y de una torre adornado;
y los grandes almacenes
abastecidas de granos,
plumas, lanas y algodones,
armamentos y vestuarios;
y para el Inca los trajes
de plata y oro bordados,
mantas, cortinas, sandalias,
vajillas, jarrones, vasos,
y en gran profusión acopio,
de todo lo necesario
para su regia morada
y los templos venerados.

Por do quiera se veían
los jardines y palacios
de predilectos magnates
y de nobles cortesanos,
que al monarca custodiaran:
los templos diseminados,
con las moradas del clero
y los colegios cercanos,
donde solo se admitían
á los de origen preclaro;
los silenciosos conventos,
en parajes apartados,
de las vírgenes del sol,
y las casas de artesanos
y artífices principales,
que en muy diversos trabajos
y en los edificios públicos
siempre estaban ocupados.

Y sobre una enhiesta rosa
á los siglos desafiando,
se alzaba la fortaleza,
con pasajes subterráneos
á públicos edificios
y las salidas cercanas;
toda construída de piedra,
con sus prolijos tallados,
y de un muro circuída,
inexpunable y muy ancho

Y del Perú *el mejor templo*
á su almo Dios consagrado,
elevábase en el Cuzco,
todo de piedra y de mármol
y de imponente grandeza,
y su interior y santuarios
cubiertos *de chapas de oro;*
y hallábase rodeado
de conventos y terrazas,
y verdes jardines vastos,
sus fabulosas riquezas
por dentro y fuera ostentando.

*Estrechas* eran sus calles
y empedradas con guijarros,
y formando ángulos rectos;
y de cada extremo ó ángulo
de la gran plaza, salían
otros pasajes más anchos,
que en arrabales y quintas
juntábanse, con los cuatro
más principales caminos,
que con esmero cuidados,
todo el imperio cruzaban
por pueblos, cerros y llanos. 107

Un arroyo cristalino,
ó mejor dicho un canal,
susurrando atravesaba
toda la indiana ciudad,
y ambas márgenes tenían,
desde uno á otro arrabal,
de piedra suave declive
para poder transitar,
ó de las corrientes aguas
sentir el grato solaz,
que es el más apetecido
en un clima tropical;
y bien colocados puentes
servían para pasar
desde uno á otro barrio
de la extensa capital. 108

Tenía la fortaleza
un gran muro circular,
desde cuyos parapetos
la elevación era tal,
que en torno se descubrían
toda la bella ciudad,
las montañas con sus rocas,
el sol ardiente al brillar,
los arroyos y torrentes,
deslizándose en su afan,
los senderos y caminos,
las chozas acá y allá,
y las campiñas y valles
con su verdor eternal,
con su cielo siempre claro
y solemne majestad,
como admirable trasunto
de alegre eden celestial.
Y con suburbios y chozas
contendría la ciudad
*doscientos mil habitantes,*
poco menos, poco más,
pues los cronistas y autores
este número le dan. 109

Hospedóse Pizarro en el palacio,
que fué de Huayna Cápac la morada;
los jefes y oficiales
en los otros, que había abandonados,
y el resto de la tropa en los cuarteles:
queriéndose evitar daños y males,
prohibióse la entrada á los soldados
en las casas de aquellos moradores,
ni ofensas les hicieran;
pero los templos y palacios eran
mas que las pobres casas, tentadores;
y cual baja un tropel de hambrientos lobos
de erizadas montañas á los llanos,
así *saqueos, violaciones, robos,*
sedientos cometieron;
y más que tales fieras, inhumanos,
hasta las momias de Incas y sepulcros
de sus joyas y adornos despojaron:
tormento á muchos dieron
de los que las riquezas ocultaron;
mas los indios morían
sin arrancarles confesión alguna,
ni querer indicar donde existían;
y hallaron, husmeando unos soldados,
en pos de sus alférez,
en una cueva á la ciudad cercana,
*estatuas de serpientes y venados,*
*y cuatro de mujeres,*
de natural tamaño, de oro y plata,
y también vasos de oro cincelados;
ricas áureas cornisas,
entre un montón de escombros;
y buscando maiz Pedro Pizarro,
halló *de plata diez tablas macizas,*
entre yerbas ocultas y entre el barro,
que causaron en todos gran asombro. 110

De esta manera hallando objetos de oro,
y en mayor cantidad otros de plata,
fueron formando otro común tesoro,
que fué de Cajamalca *la posdata*
de aquel rescate, de filón no extinto;
y también, como allá se separaron
los mejores artísticos objetos,
para integrar de la corona el quinto;
y á los plateros indios se entregaron
la plata y oro para ser fundidos,
y cual se hizo también en Cajamalca,
así en el Cuzco *fueron repartidos.*

Algunos escritores dicen que era
*mayor este botín* que el del rescate,
y otros niegan y dicen lo contrario;
mas sin por esto promover debate,

ni ya poderse hacer el inventario
de lo que entonces tan dudoso fuera,
fué en fin, tan abundante el oro y plata,
que tomó gran valor lo necesario;
y el calzado, las armas y monturas,
un caballo, herramientas y otras cosas,
en aquellas alturas,
valían cantidades fabulosas. 111

Y ya tanto abundó el metal precioso,
que un soldado llamado Leguizano,
de muy antiguo jugador famoso,
por su temeridad y abierta mano,
en una sola carta *al monte* puso
una de oro lámina bruñida,
de grandes dimensiones,
con la del sol imágen esculpida,
su fama conservando así soberbio;
y de tal noche y esa soldadesca,
dicen que vino el español proverbio:
*—se juega el sol mucho antes que amanezca* -

# XLI

## 1534

Después que hubo Pizarro repartido
el gran botín del Cuzco,
y para otros afanes quedó franco,
ya la erección al trono de su padre
hizo anunciar de Manco;
y llenó de entusiasmo esa noticia
del Cuzco á los vecinos,
pues presumieron que su triste suerte
sería en adelante más propicia,
desde que aquellos mismos invasores,
haciéndose del Cuzco moradores,
en el trono erigían
de Huayna Cápac al hijo, conservando
la régia rama del antiguo Cuzco;
y humildes olvidando
del avaro extranjero
esa opresión sangrienta, que sufrían,
bendijeron del trono al heredero.

Y siempre diplomático Pizarro,
dijo:—que el joven príncipe guardase
las vigilias y ayunos,
antes del solemne acto, acostumbrados;
que su corte real le rodease,
sin que hubiesen testigos importunos,
y sus órdenes fuesen respetadas;—
y en el día fijado
para ser Manco Cápac coronado,
venturosa corrió la indiana gente
á la gran plaza pública, sumisa,
donde estaban las tropas; fray Vicente
de ellas en medio celebró una misa,
con música y cantada,
y el caudillo español al joven indio,
sin que esa burla en su inocencia note,
colocó la gran borla colorada
en su frente inclinada,
no como antes el sumo sacerdote
pusiérala en la frente
del Inca omnipotente.

El notario real leyó en seguida
una acta levantada,
dando á Castilla posesión de todo;
y todos saludaron
á las sueltas banderas españolas;
y de ambos reinos por la unión y dicha,
el caudillo y su víctima brindaron,
en áurea copa de *espumosa chicha*;
y uno y otro abrazado,
se estrechan cordialmente;
y los vivas, tambores y trompetas,
lanzando sus sonidos de repente,
á *Manco* ya proclaman coronado,
dando la ceremonia por concluida
la cristiana comparsa;
mas los indios ilusos,
creyendo verdadera aquella farsa,
en ella observan sus antiguos usos,
y acuden en seguida
del gran templo á sacar las regias momias,
aunque ya de *sus joyas despojadas*,
y en un sillón cada una conducida,
en la gran plaza fueron colocadas;
y en torno de ellas por seguidas noches,
grandes fiestas celebran con canciones,

con danzas y banquetes
y alegres libaciones,
que fomenta la tropa castellana
con músicas, aplausos y cohetes....
mientras conquista á la nación peruana,
que esa coronación y esas escenas
y armoniosos sonidos,
ecos son de dolor y de cadenas,
que al indio iluso el español remacha,
sin sentir el rumor en sus oídos....
La que cegó á Atahualpa y Chalcuchima,
la que la indiada olvida, feroz hacha,
ya al salir de la orgía tiene encima!
Nada vé: de contento está borracha;
pero ¡ay! que al despuntar el nuevo día
buscará el triste pueblo, encadenado,
al espléndido sol, que bendecía....
y ya por siempre *lo verá nublado!*

Terminadas ya estas fiestas,
empezóse á organizar
*con ocho corregidores*
y *unos dos alcaldes más*
y empleados necesarios,
*el poder municipal*,
viéndose entre los primeros
á don Gonzalo y don Juan,
como hermanos de Pizarro
para hacer su voluntad:
y diéronse á los soldados
tierras, quintas y un solar,
y á los jefes y oficiales
buena casa en la ciudad,
de las mansiones que fueron
de la gente principal;
y á la vez también Pizarro
su honroso título ya
tomó de gobernador,
para mandar como tal,
aunque siempre dirigiendo
como insigne capitán,
á ese grupo de guerreros,
tan valiente como audaz.

Así del Cuzco los indios,
de su orgía al despertar,
vieron, que si Inca tenían,
no tenía autoridad,
ni grandeza ni poder
para poder gobernar,
y que era solo *un fantasma*
de la antigua sangre real.

Al par que en el municipio
fundóse su institución,
también el padre Valverde
á los frailes congregó,
y empeñosos comenzaron
á trabajar con tesón;
consagróse catedral
al rico templo del sol,
y á los ídolos paganos
el fanatismo quemó,
como á herejes en España
quemaba la inquisición:
empezáronse otros templos,
con muy cristiano fervor,
y en la casa de las vírgenes
un convento se fundó
para católicos monjes,
que implorasen de su Dios
el exterminio de herejes
y el triunfo del invasor,
contrayéndose los frailes
á extender la conversión,
predicar el evangelio,
enseñar el español,
y bautizar á los indios,
que escuchasen su misión.

Cuando se hallaban frailes y seglares
á importantes trabajos entregados,
al Cuzco procurando organizar,
advirtieron inquietos y alarmados,
que en las inmediaciones
iba Quizquiz reuniendo á sus legiones,
animoso y tenaz.

Mandóse á Almagro *con cincuenta hombres*,
de su experta y mejor caballería,
y á Manco con los indios, que tenía,
que fuesen esas fuerzas á batir;
y Manco, que á Quizquiz aborrecía
y á los indios de Quito,
pues por ellos del Cuzco fué proscrito,
corrió gustoso en busca de Quizquiz.

Encontrándose ambas fuerzas
hubieron ataques varios,
mas fueron siempre contrarios
á las armas de Quizquiz,
quien hasta cerca de Jáuja
fué resistiendo y lidiando,
y refuerzos esperando
para en la lidia seguir.

Mas de Jáuja el comandante,
prevenido y diligente,

con su bien dispuesta gente
al encuentro le salió;
y trabándose un combate,
obstinado y sostenido,
al fin fué Quizquiz vencido,
y á Quito se replegó.

Persiguióle Benalcázar,
hasta esas vastas alturas,
y la indiada en las llanuras
comenzóse á disipar;
y viéndose ya sin gente,
errante, solo y perdido,
pudo Quizquiz, perseguido,
al pueblo apenas entrar.

Tambien presurosos,
buscando el redil,
los indios dispersos,
entráronse allí,
al ver á los blancos
del llano partir.

El torpe desbande,
con eco viril,
reprocha á sus tropas
el viejo Quizquiz;
mas ellas, cansadas
de tanto sufrir,
al viejo guerrero
replican así:
«Oh vos, el culpable
del mísero fin,
que vemos cercano,
¿osais hasta aquí
reproches hacernos
al vernos morir?
¿Por qué nos dijisteis:
—conmigo venid,
confiando en mi ciencia
y aliento viril,
que yo marcho osado
al blanco á destruir?—
Aquella promesa
engaño fué vil....
¡Llevásteis los nuestros
tan solo á morir!»

Y el viejo guerrero
les grita: «¡Mentís,
que solo supisteis,
cobardes, el huir!»

«¡Callad, viejo chocho....
callad, viejo ruín!»
exclama la indiada
en su frenesí.

El viejo su maza
empuña febril,
cual era en sus tiempos
famoso adalid;
mas todos los indios,
ya fuera de sí,
le cercan y gritan:
«¡Callad, viejo ruín,
que nos impedísteis
á Manco seguir,
quien hoy en el Cuzco
se encuentra feliz,
en tanto nosotros
nos vemos morir!»

Y alzando sus mazas,
entre gritos mil,
cobardes ultiman
al bravo adalid.

Cobardes é ingratos
matando á Quizquiz,
que aliento les daba
con voz varonil,
al yugo estrangero,
así su serviz,
cobardes rendían...
que un pueblo servil,
sin patria, no es digno,
ni sabe morir!

Mas pronto sintieron
aquel hecho vil;
y al ver subyugado
su bello país,
á su héroe evocaban
con llanto pueril;
mas ya inútil era
llorar y gemir,
de menos echando
al noble adalid.

¡De infames, sin patria,
su crímen fué, sí....
esclavos debían,
llorando morir!

En breve llegó al Cuzco esta noticia,
que celebrada por las tropas fué;

mas otra infausta del vencido Quito,
llegó poco después.

Que allí en Quito, don Pedro de Alvarado,
con otra bien provista expedición,
que desde Guatemala
á las peruanas playas dirigió,
iba á Pizarro á disputar sus glorias,
y también de ese reino
á tomar por las armas posesión.

# XLII

## 1534

Por sus audaces planes
el insigne don Pedro de Alvarado,
por su esfuerzo, valor y bizarría
fué uno de los grandes capitanes,
que con *más gloria* hubo descollado,
y más fama tenía,
en la conquista célebre de Méjico,
y Cortés como á hermano le quería:
por su perfecta y varonil figura
los aztecas llamáronle *Tonatiuh*,
con el sol comparando su hermosura;
y como militar y caballero,
entre esos adalides fué el primero,
por sus galas, donáire y apostura
é indomable bravura:
era conversador y lisonjero,
ameno, tierno, alegre y generoso,
ocurrente y gracioso,
y de muy fino y elegante trato;
mas vióse en adelante
que era vano también, falso é ingrato,
y su alma á su exterior no semejante.

Así encuéntrase todo compensado
de la vida en la escala;
porque la perfección muy raras veces
en un mortal se encierra,
y nunca todo en su favor se iguala.

Después que Hernán Cortés hubo acabado
en la ciudad de Méjico la guerra,
á seguir conquistando á Guatemala
mandó á su amigo Pedro de Alvarado:
sucumbe esta provincia, y el guerrero
con adquirida fama y más dinero,
muy más altas grandezas se promete;
y márchase á la corte, envanecido,
*el año mil quinientos veintisiete*
á reclamar el premio merecido.

Sin variación alguna
acompañó al guerrero hasta la corte
la en Méjico propicia su fortuna;
y allí, con sus riquezas y presentes,
grandes ofertas y su buen talante,
entre los diestros cortesanos lobos,
sin de ellos conocer el formulario,
supo abrirse camino en el instante,
é hízose amigo del privado Cobos,
que era de Carlos quinto el secretario;
es admitido hasta la regia sala,
y sus grandes pomposas descripciones
oye el monarca con placer y halago,
y adelantado nómbrale en seguida,
capitán general de Guatemala,
con el hábito honroso de Santiago
y otras muchas notables concesiones,
que al nuevo mundo lleva;
y á indicación del secretario Cobos,
recibe por esposa
á Beatriz de la Cueva,
noble dama de corte y muy hermosa;
y olvida, fementido,
su antiguo compromiso contraído,
en la región indiana,
de desposarse con Cecilia Vazquez,
de su amigo Cortés la prima hermana.

A su monarca ofrécele Alvarado
emprender hácia el Sud nuevas conquistas
y el tesoro aumentar con pingüe renta;
y parte con su esposa á Guatemala
*en mil quinientos treinta.*
Y muchos caballeros,
de antigua noble cuna,
consiguen en sus naves embarcarse,
anhelosos de gloria y de fortuna.

Así que á Guatemala hubo llegado,

con su provista armada,
don Pedro de Alvarado,
soberbio ya, sin trepidar en nada,
y anhelando cumplir á Carlos quinto
su palabra empeñada,
alistó en breve tiempo *ocho bajeles*
y un galeón inmenso
*de trescientas y tantas* toneladas,
cosa en aquellos mares *nunca vista*,
absorviendo de todos las miradas;
y que en honor del ínclito almirante,
San Cristóbal pusieron:
y bastimentos, armas y caballos,
reunidos ya para marchar tuvieron;
y el mismo Hernán Cortés quiso en la empresa
entrar con sus soldados y dinero;
mas don Pedro Alvarado,
ingrato é infatuado,
otro Cortés creyéndose potente,
no quiso ya tener *por compañero*,
al que antes desdeñó, *como pariente!*

Iban allí llegando, exageradas,
las nuevas de riquezas fabulosas
en el Perú encontradas,
entre regias mansiones deliciosas
y templos suntuosos;
y todos codiciosos,
pedían á don Pedro de Alvarado,
un día y otro día,
formando todos suplicante coro:
—que de su incierta empresa desistiera
al mar del Mediodía,
y á *la región del oro*
en seguida partiera;
porque aquella región el cielo era
de dioses inmortales!—

Así pues, á Alvarado se pedía
lo que él mismo quería,
y contento accedió; pero ya entonces
algunos oficiales
y empleados reales,
le demostraron:—que su nueva empresa
muy contraria sería
á la de su monarca orden expresa,
que aquello prohibía;
pues á Pizarro habíase cedido
del Perú la conquista y dependencia.—

En seguida á Alvarado dirigióse
de Méjico la audiencia,
su obstinación ya vista:
—prohibiéndole que fuera
á estorbar de Pizarro la conquista,
y haciéndole de todo responsable.—

Y la misma ciudad de Guatemala,
con eco lamentable,
temiendo los peligros,
si quedaba el distrito abandonado,
apenas del salvaje conquistado,
pedíale:—la empresa postergara
hasta más adelante,
y cuando ya tranquilo se encontrara.—

Pero el adelantado,
replicó á los primeros, arrogante:
—que su misión para emprender conquistas
del nuevo mar del Sud en las regiones,
ni límites ni rumbo señalaba,
ni á su empresa imponía condiciones.—

De Méjico á la audiencia
con desdén respondía:
—que no necesitaba
ni su reprobación ni su licencia,
y marchar al Perú le convenía
sirviendo á su monarca,
pues Pizarro elementos,
para seguir su empresa no tenía,
y ayudarle quería
en sus descubrimientos,
conquistando otros puntos diferentes.—

Y al pueblo hace saber de Guatemala:
—que es inútil persista
en pintarles peligros no existentes;
porque á los indios y caciques presos
los iba á utilizar en la conquista,
y allí dejarles fuerzas suficientes.—

Y á aquellos, que podía
hablarles con franqueza,
de vanidad henchido, les decía:
«Mi porvenir de gloria y de grandeza
en este triste pueblo yo no encuentro:
quiero un reino fundar, como el romano,
en el nuevo oceano....
necesito otro imperio y otro centro,
donde esculpir mi busto....
donde tender mi aliento soberano,
como César augusto:»
Así á sus compañeros repetía
el hidalgüelo vano,
soñando mil grandezas en los Andes;
y á partir al Perú se disponía.

Llegó, en tanto, el piloto Juan Fernández,
que habíase encontrado
de Cajamalca en todos los sucesos,
y al punto refirió al adelantado:
—que Atahualpa y su jefe estaban presos,
y la asombrosa cantidad de oro
por el Inca entregado;
pero que el gran tesoro
de Atahualpa y su padre Huay na Cápac,
por los indios oculto estaba en Quito,
aún no á los salvajes conquistado;
y creía, que todo aquel distrito
*estaba eliminado*
de la concesión hecha
á Francisco Pizarro por la corte,
pues de su concesión *quedaba al Norte.*—

Esta allí gran noticia, fué una flecha,
como señal de marcha, disparada,
ó la que hace estallar rojiza mecha,
á la mina de pólvora cargada.

Todos eran de iguales opiniones,
y por partir clamaban noche y día;
y el céfiro en el puerto ya mecía
*doce buques* de todas dimensiones,
*con quinientos ó más* aventureros,
y *como su mitad* caballería:
allí entraban señoras con sus hijos,
y nobles caballeros,
como don Diego y Gómez de Alvarado,
hermanos de don Pedro,
el bravo Juan de Rada
y Garcilaso de la Vega, padre
del indio historiador de la conquista,
y otros muchos de fama bien sentada,
por sus heróicos hechos y bravura.
Y tal era el afan por embarcarse,
y aquel suelo pisar de oro y ventura,
*que unos doscientos hombres*
y algunos bastimentos y corceles
quedáronse en la playa
por falta de bajeles;
porque otros muchos antes se apiñaron,
como de bacalao delgadas postas.

La escuadra llegó al puerto
de *Posesión,* en donde á Hólguin hallaron,
mandado anteriormente á aquellas costas;
y de Hólguin las noticias confirmaron
las de don Juan Fernández, el piloto;
siguieron, sin tardanza,
de Nicaragua al puerto,
en donde el capitán Gabriel de Rojas
á partir al Perú se preparaba,
*en dos naves,* que prontas ya tenía
y *doscientos soldados;*
pues su amigo Pizarro le llamaba,
y compartir su suerte le ofrecía,
ya del Sud los tesoros encontrados,
y ya para rendirse los infieles.

Invocando Alvarado, con audacia,
de su monarca el nombre,
á quien con tales actos ofendía,
de Rojas exigió los dos bajeles,
pues su gente en las suyas no cabía;
y no teniendo Rojas
con qué contrarestar esa violencia,
ni sus protestas ni reclamos fueron
á impedirla bastantes,
tuvo en tales instantes,
que partir en sus buques,
con los que acompañarle así quisieron,
y prosiguió la escuadra viento en popa.

Llegó en breve á Caraques,
cerca de Puerto Viejo,
y allí desembarcar hizo su tropa
el guerrero orgulloso,
siendo *de Marzo á fines*
*del año mil quinientos treinta y cuatro,*
para marchar al Quito fabuloso
de los grandes tesoros y jardines,
y su soñado, espléndido teatro.

## XLIII

### 1534

Suponiendo Alvarado hacer más breve
esa marcha triunfal,
y más grandeza dar á su campaña,
dispuso:—que á través de la montaña,
desde el puerto empezárase á marchar;—
sin inquirir si había algún camino
ó sendero vecino,
que ofreciérales más facilidad.

Tomando algunos guías,
*en tres grupos* sus fuerzas dividió:
mandaba la vanguardia ó el primero,
el leal caballero
don Diego de Alvarado;
el segundo el audaz adelantado,
y el tercero, donde iban los bagajes,
las señoras, los niños y los pajes,
al letrado Caldera se confió,
que de todos gozaba
completa estimación.

Sonríales todo favorable,
con el áura fugaz de la ilusión;
mas después de pasar el *río Dable*,
los guías disparáronse á sus chozas,
y encerrado el ejército se halló
entre lagunas, ciénagas y brozas,
sin un rumbo tener ni dirección;
y sus glaciales fríos el invierno,
en torno desplegó.

Los fríos y las lluvias comenzaron
los campos á inundar;
pero salir lograron
y de algunas aldeas y cabañas
el oro atesorar,
trasponer anhelando las montañas,
que de nieve empezábase á llenar.

Preciso ya les era
de los *Puertos Nevados*
las cimas trasponer,
ó al pie de la ladera,
sin recursos, enfermos y postrados,
inertes perecer.

Como único recurso comenzóse
la terrible ascensión,
entre las rocas de temprana nieve
y la ventisca leve,
que á los Nevados Puertos azotó.

De su patria los indios arrancados,
no en ella acostumbrados
á ese frío glacial,
y entre las sierras sin abrigo alguno,
*por cientos* comenzaron á espirar:
y unos días después,
caballos y jinetes,
escuálidos y helados,
exánimes veíanse caer;
y hasta la infantería,
que tiritando alígera corría,
á ser diezmada comenzó también;
y el mismo adelantado,
*diez largos días* se encontró postrado;
y creyendo morir,
intentó entre la tropa
el oro repartir;
mas el oro arrojando, le decían:
«¡Dadnos pan y ropa....
dadnos salud para salir de aquí!»
Y los muertos caballos se comían
al lado de los cóndores,
que hambrientos se cernían,
disputando á la gente aquel botín.

Las madres cariñosas,
estrechando á sus niños, espiraban,
sin poderse mover ni alimentar;
y los tiernos esposos contemplaban,
mas que de frío, de dolor transidos,
esos restos queridos,
que iba también la nieve á sepultar!

En hórrida agonía,
la triste noche eterna maldiciendo,
imploraban la luz del nuevo día;
pero iba el nuevo día apareciendo,
con más saña y rigor;
y pasaba diezmando
y su nieve arrojando,
como vieron pasar el anterior;
y cada nuevo día
mayor fué su agonía,
el desaliento, el hambre y el dolor!

La vanguardia ó el grupo de don Diego,
consiguió la montaña atravesar;
y llegando á una aldea, ya en el llano,
el buen don Diego le avisó á su hermano:
—que el único remedio de salvar,
era hacer un esfuerzo sobrehumano,
y á la provista aldea,
cuanto antes el bajar.—

Y procurando hacer aquel esfuerzo
en su mortal quebranto,
de súbito miraron con espanto,
que el cielo *muchos días* se toldó;
y muy oscuras nubes y *rojizas*,
lanzando fueron cálidas cenizas,
y de lava la nieve se cubrió.

Y del Cotopaxí, según los indios,
debió ser la erupción.
¡Quizá en aquel momento

irritado el volcán y así potente,
quiso mostrar á aquella extraña gente,
con su rugir violento,
y á la nieve agregando lava ardiente,
su terrible protesta á la opresión;
y ver si el noble aliento
del ínclito español,
miraba sin temblar aquel portento,
ni sentir conturbado el corazón! 112

Si aquella *vía crucis*
pudieron ir pasando,
también fueron dejando
los peñascos cubiertos
de oro, de armas, de arneses y bagajes
é infinidad de muertos,
como se van las carnes desangrando,
al correr entre espinas y ramajes!

Como *cien españoles,*
*algunos niños y mujeres nueve,*
*caballos y mil seiscientos indios,*
sepultados quedaron en la nieve;
mas al fin la montaña se pasó,
y el resto de la tropa,
en el llano á don Diego se reunió.

Y después de algún tiempo y alentados,
por las altas llanuras
la marcha comenzaron á seguir,
mas vieron, admirados,
las huellas *de herraduras,*
en oreado barro señaladas,
pedazos de correas y monturas,
y *unas armas quebradas,*
evidentes señales, *que antes que ellos,*
cristiana tropa anduvo por allí.
¿Mas quienes, por ventura, eran aquellos,
que en silencio hasta Quito,
pudieron antes ir?

Profundo *desconcierto* esta sorpresa
en la tropa causó,
y más en Alvarado,
al pensar, que otros antes, tal empresa
hubiesen efectuado,
llevándose de Quito la riqueza,
*que suya* presumió.

¿Mas quién allí pudo antes
tal campaña emprender,
cuando entraban triunfantes
en el Cuzco las fuerzas de Pizarro?
De Piura un jefe.... Benalcázar fué.

De San Miguel de Piura
el pueblo fomentar quedó encargado;
mas soñando también, como Alvarado,
de Quito *los tesoros* encontrar,
partió de Quito á los extensos llanos,
y con *ciento cuarenta* veteranos
decidióse á marchar.

Con Rumináví,—jefe de esos indios,
que era un caudillo experto,
y que después de muerto
el valiente Quizquiz, fué el general,—
tuvo encuentros reñidos y dudosos;
pero al fin, los cristianos victoriosos,
Benalcázar en Quito pudo entrar.
En las antiguas torres de Atahualpa
el estandarte patrio colocó;
San Francisco de Quito puso al pueblo,
de Pizarro en honor;
y toda la provincia
sometida quedóse al invasor;
pero habían los indios *ocultado*
los valiosos tesoros,
que ansiaron Benalcázar y Alvarado,
y su vuelta sin ellos emprendió.

Cuando en el Cuzco supo
Pizarro de Alvarado la invasión,
con la caballería más movible,
á Almagro para Piura despachó,
quien llevaba la orden:
de que con Benalcázar y sus fuerzas
corrieran á impedir,
que Alvarado atentase á sus derechos,
los únicos legítimos allí.

Al entrar en San Miguel,
quedó Almagro sorprendido,
cuando supo la partida
de Benalcázar á Quito,
á donde siguiendo solo,
encontróle en el camino:
disculpóse Benalcázar
de su batida á los indios,
diciéndole: —que hasta el pueblo
á buscarle habían ido;—
pero ocultóle la causa
del regreso repentino,
y la pena de no hallar
los tesoros escondidos.

Quedó Almagro satisfecho
de esa batida á los indios,
y que hubiese ya explorado

á aquel lejano distrito;
y ambos pusiéronse en marcha
á contener, decididos,
de Alvarado la invasión,
el que hallábase indeciso
de Río Bamba en los llanos,
desde que triste hubo visto,
por las encontradas huellas,
que hubiéranle precedido
otros jefes más felices
en la conquista de Quito,
después de tantas penurias
y estériles sacrificios.

Mandó Almagro á unos jinetes
á recorer esos sitios
y al enemigo observasen;
pero fueron sorprendidos
por las fuerzas de Alvarado,
quien hidalgo siempre y fino,
tratóles urbanamente,
y envió á Almagro con los mismos,
que en libertad puso al punto,
una carta, en que cumplido,
saber le hacía su intento:
—pues que del rey al servicio
solo trataba extender
de Castilla los dominios,
sin atacar de otros jefes
los derechos adquiridos,
ni buscar contienda alguna
con los valerosos hijos,
que honra daban á su patria
con sus muchos sacrificios.—

Contestó del mismo modo
á esta atenta carta Almagro;
y para arreglos más breves
envió *tres comisionados*,
puesto que no por las armas,
sino cual buenos hermanos,
que entenderse procuraban,
á terminar iba ese acto:
—de su jefe el sentimiento
expresaron á Alvarado
por las pérdidas y males
que sufrió en Puertos Nevados;
que Quito, con otro reino
donde hallábase Pizarro,
á él solo pertenecían
por concesión y tratados
con su monarca supremo;
que pronto esparaba Almagro,
con los que estaban linderos,
el ser tambien agraciado;
así, pues, que no existían
*reinos, provincias ni campos,*
*islas, puertos ni montañas,*
*bosques, eriales ni llanos,*
que pudiesen legalmente
ser por allí conquistados.—

Y hacerle esta exposición,
en cumplido castellano,
era cerrarle las puertas,
y notificarle claro,
que con su música fuera
á otro distante teatro.—

Dudoso esta relación
oyó don Pedro Alvarado,
y al mariscal contestóle:
—que á su encuentro iba marchando,
y cuando cerca estuviesen,
mandaría á sus enviados
para que, con honra mútua,
celebraran *un tratado.*—

Hízolo en efecto así;
pero sin bases llegaron,
pareciendo mas espías,
que agentes autorizados;
y ponderaron las fuerzas,
que seguían á Alvarado,
mientras ocultó las suyas
en varios grupos Almagro;
pues solo al frente se hallaba
de *ciento ochenta* soldados,
cuando *mas de cuatrocientos*
tenía el jefe contrario,
aunque débiles y tristes
por los sufridos trabajos.

# XLIV

## 1534

Siguiéronse las intrigas
entre uno y otro campo,
y algunos ya descontentos,
fuéronse al otro pasando.
Felipillo, el indio intérprete,
escapóse al de Alvarado;
y el que de este en Guatemala
fué el experto secretario,
y escribano de los reinos,
de nombre Antonio Picado,
también por resentimientos
se pasó al campo de Almagro,
y de esta ingrata conducta
su antiguo jefe indignado,
desplegando sus banderas,
marchó en busca, temerario,
de una pronta solución
y no de necios reclamos.

Con la vanguardia de ataque
llegó Diego de Alvarado,
y el mariscal intimóle:
—que esperase é hiciese alto;
y sus quejas expusiera:
y expuso:—que el secretario
de su noble hermano y jefe
habíale traicionado,
abandonando su puesto,
y que hacía de él reclamo,
para por tal deserción
ser al punto castigado,
pues moralizar su gente
y evitar iguales actos,
por un ejemplar castigo,
era el móvil de su hermano.—

Y el mariscal contestóle:
—que era infundado su cargo,
y allí nadie detenía
al secretario Picado,
libre de ir donde quisiese.—
y á un alcalde y escribano
comisionó que pasasen
á verse con Alvarado,
haciéndole responsable:
—de los perjuicios y daños,
y una solemne protesta
formulasen en el acto,
aunque decidido estaba
con las armas á arrojarlo
hasta sus mismos bajeles,
que estábanle ya esperando.—

Y el invasor orgulloso
replicóles harto vano:
—que él era gobernador,
general y adelantado,
y podía en el Perú
entrar como un soberano
en las tierras que no fuesen
concedidas á Pizarro;
y que si en ellas se hallaba,
no haría á su empresa daño;
y que si algo precisase
pagaríalo bien caro,
pues sobrábale dinero
para ser todo pagado.—

Mas su descontenta tropa
pasarse á la de Pizarro
más conveniente juzgaba,
sin recurrir, en su estado,
á verse á la vez cercada
por las indios y cristianos,
sin sacar ventaja alguna;
y el orgullo así quebrado
del invasor imprudente,
cedió al arrojo de Almagro,
y á tratar con él envió
á Caldera, el licenciado,
y á dos de sus capitanes,
y ambas partes acordaron:
—que en la siguiente mañana
el mariscal y Alvarado
una entrevista tuviesen,
como buenos castellanos,
debiendo por un convenio
quedar todo terminado.—

Celebróse la entrevista,
galantes á ella acudiendo
el mariscal, Benalcázar,

los hermanos Pedro y Diego
de Alvarado, varios jefes
y otros nobles caballeros;
y empezó amistosamente
con urbanos cumplimientos,
atenciones y disculpas,
manifestando don Pedro:
—que al invadir esas tierras
solo tuvo por objeto
de su patria la grandeza,
y no el interés grosero:
que ignoraba, que á Pizarro
se hubiese dado ese reino,
y con españoles nunca
intentó cruzar sus fuegos,
pues la unión era la fuerza,
y más, en tales desiertos,
cercados de huestes indias,
que espiaban sus movimientos.—

Aplaudióle el mariscal
sus patrióticos deseos,
y todos bien animados
al instante se extendieron;
y ambos jefes perdonaron,
en tan felices momentos,
á Picado y Felipillo
y á todos los que su ejemplo
después fueron imitando,
aunque los pasados fueron
al campo del mariscal
en número más extenso.

Nombróse una comisión
de jefes y caballeros
para establecer las bases
de aquel anhelado acuerdo,
y así quedó convenido:
—que de Alvarado el ejército
libre quedase para irse
ó quedarse en ese reino,
reconociendo en tal caso
de Pizarro los derechos,
y alistándose en sus filas
los que quisiesen hacerlo,
con los grados que tuviesen,
y en los repartos teniendo
también igual proporción
á sus nuevos compañeros:
que Alvarado á Guatemala
iríase de regreso,
uno ó dos buques llevando
para amigos y su séquito,
*pero dejando los otros*,
que existían en el puerto;
y como compensación
de buques y gastos hechos,
Pizarro le abonaría
*al contado cien mil pesos.*—

Aprobaron ambos jefes
este discutido acuerdo,
y *en Agosto veintiseis*
quedó firmado el convenio,
que el notario Diego Presa
autorizó en el momento.

El mariscal á Pizarro
en seguida hizo saberlo,
y Pizarro, complacido,
recibió á los mensajeros,
á quienes hizo regalos
de preseas y dinero,
pues tal triunfo no esperaba
tan decisivo ni presto.

El carácter generoso,
sencillo, noble y abierto
del triunfante mariscal,
que sin sangre ni atropellos
obtuvo tan gran ventaja,
se atrajo al punto el afecto
de los hombres de Alvarado,
que uniéronsele contentos,
y después, en sus campañas,
fuéronle *los más adeptos*,
solo su lado dejando,
cuando ya *viéronle muerto*,
y á su hijo Diego de Almagro
siempre fieles protegiendo.

Envió Almagro á Benalcázar,
con un buen destacamento,
á que en la ciudad de Quito
fundase un cristiano pueblo,
y también á otro oficial
á poblar á Puerto Viejo,
para que ya en adelante
no bajaran á ese puerto
los que invadir intentasen
del Perú el famoso reino,
atraídos por las nuevas
de sus tesoros inmensos.

Después que salió del Cuzco
el mariscal y al encuentro
de Alvarado encaminóse,
también Pizarro, resuelto

á impedir toda agresión
y á defender sus derechos,
con tanta gloria adquiridos,
del Cuzco dejó el gobierno,
que encargó á don Juan, su hermano,
como á hombre activo y discreto;
y él con sus tropas livianas,
y Manco con sus arqueros
más ágiles y leales,
á Jáuja se dirigieron,
estando á la espectativa
de posteriores sucesos;
y después en Pachacamac
situaron su campamento,
donde recibió Pizarro
la noticia del convenio.

Y sabiendo el mariscal
por el rápido regreso
de sus enviados, que allí
Pizarro con su refuerzo
encontrábase situado,
invitó á Alvarado atento,
que fuese á ver á Pizarro
y á percibir su dinero;
y ambos jefes en seguida
á Pachacamac partieron.

Dejaron á San Miguel,
y cruzando el muy risueño
y fértil valle del Chimo,
hallólo Almagro tan bello,
que dejó á Miguel Estete
para alzar un nuevo pueblo,
que se llamase *Trujillo*,
y con glorioso recuerdo
de la patria de Pizarro,
en aquel vencido imperio.

Y de Pizarro á las fuerzas
las de Alvarado se unieron,
y en Pachacamac duraron
*por muchos días* los juegos,
las fiestas y regocijos
y visitas al gran templo.

Las disculpas de Alvarado,
Pizarro aceptó al momento,
pues trájole un contingente
como caído del cielo;
y siguiéronse tratando
como dos amigos viejos;
y pasados ya unos días,
se alistó para el regreso
el pretencioso Alvarado,
recibiendo su dinero,
que encajonado y en oro
desde el Cuzco remitieron.

Este fué el fin de la empresa
de don Pedro de Alvarado,
quien viendo su plan frustrado
y su fama no muy ilesa,
de oro una buena remesa
resolvió al menos hacer,
antes que todo perder;
pues si no tuvo el honor
de un bravo conquistador,
regresó *cual mercader*. 113.

¡Todos tras un esplendor,
felicidad ó quimera,
van así su vida entera,
como este conquistador,
esperando un bien mayor!
¡Todos con el bien soñamos,
pues la dicha, que esperamos,
acaricia con donaire
á *castillos en el aire*,
que en nuestra ilusión forjamos!

# XLV

## 1534 y 1535

Llegó Hernando Pizarro
á la alegre Sevilla *el mes de Enero*,
no cual antes, un pobre aventurero,
si no con la riqueza y los honores
de un gran conquistador;
y *un almacen entero*
de la andaluza aduana se llenó
de vajillas, jarrones y de adornos,
de gruesas barras, fuentes y de flores
y estátuas de animales de oro y plata,

y muy ricos tejidos de colores,
con asombro de mil espectadores,
reunidos en redor.

Y á ver la maravilla
de los reinos del oro y la plata,
se aglomeró en Sevilla
la gente de sus pueblos inmediata;
y tal fué la alegría
y tal la admiración,
al contemplar el colosal ingreso,
como antes fueron al primer regreso
del ínclito Colón.

Como Hernando Pizarro los tesoros
llevaba encajonados,
con Juan de Sosa y don Cristóbal Mena,
del mariscal enviados,
consiguieron hacer con prontitud
su viaje decidido,
hasta Calatayud,
donde el emperador
había allí reunido
las cortes de Aragón.

Del Perú el gran tesoro sorprendente,
fué de la corte el principal asunto;
y segun don Hernando
manifestó, con tono indiferente:
—era tan solo un pálido trasunto
de muchos, que debían ir llegando.—

Y don Hernando fué inmediatamente
en audiencia privada recibido;
é hizo al gran monarca
un relato magnífico y pomposo
del conquistado reino,
tan rico y tan hermoso:
—le habló de sus caminos y canales,
y de sus no esperados adelantos
en artes y tejidos:
del lujo de sus templos orientales,
y los muchos encantos
de sus valles bellísimos, floridos,
y raros y abundantes cereales:
y las riquezas de sus muchas minas
de oro y esmeraldas
y plata y piedras finas;
y que ese rico imperio
era el más poderoso y floreciente
del Sud al hemisferio.—

Y después que sagaz hubo avivado
la sed de poderío
del guerrero monarca celebrado:
—ponderóle el valor, constancia y brío
de las nobles legiones,
que el nombre de sus reyes extendían,
al elevar la cruz y sus pendones,
y riquezas inmensas ofrecían
al cetro castellano,
que él empuñaba con gloriosa diestra,
pidiéndole aceptase
aquella humilde ofrenda *como muestra.*—

Brillaron de alegría
los ojos del monarca poderoso,
al mirar reunidos
tanto metal precioso,
y tantas grandes perlas y esmeraldas,
y flexibles, finísimos tejidos
de las mantas de nítidos colores,
imitando festones y dibujos
y relumbrantes flores.

Y el digno emperador, por tanta gloria
supo premiar también los hombres grandes,
que invictos escalaron,
por *vez primera*, los nevados Andes,
y al Orbe *con sus hechos asombraron!*

Hizo el emperador muchas mercedes
del Perú á sus magníficos caudillos:
el título á Pizarro confirióle
de *marqués de Atavillos*,
y que aún su gobierno dilatase
mas á la parte Sud, *setenta leguas*:
á Almagro concedióle
para sí y sucesores, que nombrase,
lindando con Pizarro, *otras doscientas*,
también siguiendo al Sud, sobre la costa,
y nombróle además adelantado;
pero esta concesión, tan generosa,
no debióse al enviado,
sino á solicitud de Mena y Sosa,
que expusieron de Almagro los servicios;
y también dió el monarca á los dos jefes,
*en carta muy honrosa*,
las gracias por sus muchos sacrificios.

A Hernando, el mensajero,
hízole de Santiago caballero,
y dióle facultad para que armase
en Sevilla una escuadra;
y órdenes impartiéronse á Sevilla,
para que su proyecto secundase.
Y el monarca llamó *Nueva Castilla*
al país por Pizarro sojuzgado,

y agregaba:—el que cedo
á don Diego de Almagro, adelantado,
llamarse deberá *Nueva Toledo*.— 114
Tampoco fué olvidado
fray Vicente Valverde,
á quien dióse del Cuzco el obispado.

Ya de Pizarro, el héroe de los Andes,
los ensueños de glorias y riquezas
se habían realizado,
con deslumbrante brillo,
y corrían la fama y las proezas
del expósito oscuro de Trujillo,
desde *uno á otro estremo* en toda España.

No eran descripciones
de un nuevo rico mundo ó tierra estraña,
que llenasen á todos de embeleso,
como aquellas primeras impresiones
que explicaba Colón á su regreso:
eran ya pruebas y hechos materiales
en barras de finísimos metales:
era la realidad de los tesoros,
que admirando veían y palpaban,
sin tener duda alguna;
y de consuno todos anhelaban
igual gloria adquirir, igual fortuna,
y ya á Hernando asediaban
por seguirle en su flota.

El hombre desdichado,
que activo ingenio agota,
un porvenir buscando merecido:
el joven derrochado,
sin crédito y perdido,
y sin más porvenir que su bajeza:
el pobre y el hidalgo caballero,
sin otro capital que su nobleza:
el loco proyectista,
que delira con rápida riqueza:
el sin trabajo y aburrido artista,
sin tener para lienzos ni colores:
maduras cortesanas,
cual deshojadas flores,
ya sin tiernos amantes,
por haberlos de sobra tenido antes;
mujeres voluptuosas y livianas,
de esas que buscan oro y novedades,
contentas y galanas,
en cortes y ciudades:
el valiente guerrero,
cubierto al fin de honor y cicatrices:
el movible y audaz aventurero:
bastardos orgullosos,
y miles de artesanos infelices:
galantes pretenciosos,
pisaverdes de escuálidas figuras:
jugadores de oficio,
y gente de servicio:
desengañados, necios
y avaros mercaderes,
con sus viejas facturas,
al saber del Perú los altos precios....
ya todos, cual reclutas en derrota,
corrían tras Hernando y le asediaban
por seguirle en su flota,
y por su protector le proclamaban.

Conoció Hernando entonces, que su hermano
obró acertadamente,
al dejar complaciente,
que con su oro á Castilla regresasen
los que fueron los ecos de la fama
de su reino peruano,
pues por cada ya rico castellano,
que regresó de la región remota,
mil á Hernando asediaban
por seguirle en su flota,
y cartas de magnates presentaban;
y en sus labios llevando la lisonja,
tras Hernando corrían con anhelo,
como sueña en sus éxtasis la monja
los resplandores contemplar del cielo!!!

*Al terminar el año*
una surtida escuadra numerosa,
desde las costas de la bella España
al mar salió orgullosa:
la flota era de Hernando,
tan solo comparable por sus buques,
gran armamento y muchos emigrantes
á aquella que alistóse para Ovando,
*treinta y dos años antes*,
en tiempos de Isabel y de Fernando.

También sufrió esta flota, como aquella
de Ovando, al sepasarse de las costas,
tempestades continuas y bravías,
y tuvo al fin al puerto que volverse
á reparar sus muchas averías;
tornó á la vela á hacerse,
y con propicio viento y mar calmada,
traspuso el oceano,
y del *Nombre de Dios* entró en la rada.

Pero no estaba esta ciudad naciente,
ni en víveres ni casas preparada
para hospedar de pronto á tanta gente,

la que hallóse obligada
á vivir *una parte* á la intemperie,
y *otra* en las pobres chozas, apiñada,
del indiano salvaje,
después de los mareos
y los trabajos de tan largo viaje.

No se pudo, á pesar de los deseos
que todos demostraban,
atravesar incontinenti el istmo;
pues para tanta gente no bastaban
los víveres restantes,
y munirse de todo lo preciso
era necesario antes:
y con ayuda de indios empezaron
á recoger la pobre sementera
de los alrededores:
pusiéronse á ración, siguióse el hambre,
después la aciaga peste y sus horrores,
y muchos espiraron
del abrasado clima á los ardores.

*En mil quinientos diez* sufrió igual suerte
allí también Nicuesa,
célebre caballero denodado,
en otra vasta y temeraria empresa,
y pereció en el mar abandonado,
después de haber perdido á sus legiones.

Así como el destino
se burla de risueñas ilusiones,
y el rayo furibundo, en su camino,
cuanto encuentra derrumba,
así, muchos allí de los de Hernando,
encontraron su tumba,
en medio de angustiosos sufrimientos;
pero se fué la peste disipando,
y reuniendo recursos y alimentos,
cruzaron la cadena,
que de una en otra cima se eslabona
del istmo Panamá; y Sosa y Mena
comunicaron al instante á Almagro
las mercedes que le hizo la corona;
y fueron *los primeros*,
que hasta el Cuzco llegaron,
los leales y activos mensajeros,
que Mena y Sosa enviaron.

# XLVI

## 1535

Pizarro era feliz: ya ausente estaba
y corrido don Pedro de Alvarado,
el audaz invasor:
Benalcázar en Quito dominaba,
y en el Cuzco su ejército acampado,
era único señor:
la bella Huáylles Nusta,
aunque no apasionada del caudillo,
mostrábasele fiel,
pues la halagaba el brillo
de enaltecida y envidiada ser.

De Atahualpa las fuerzas derrotadas,
hallábanse vagando en los desiertos,
y ya sus viejos generales muertos,
era él y no Manco, el Inca rey:
y un activo piquete,
mandado por Estete,
poblaba á San Miguel,
cuya ciudad Pizarro
muy de su gusto halló,
y en honor á su patria, en adelante,
*Trujillo* la llamó!

Y supo, que en el Cuzco, su india amada,
para hacer su ventura más colmada,
había dado á luz un niño hermoso,
al que Gonzalo se llamó después;
y entonces venturoso
más que nadie Pizarro llegó á ser!

Y alegre y anhelando
dejar á su hijo su glorioso nombre,
fué los vecinos valles observando,
para poder fundar
en aquel rico reino
una grandiosa y digna capital,
que cerca se encontrase
del Pacífico mar.

Delicioso encontró el valle del Rímac,
del mar *á ocho kilómetros*, y un río

que á la costa llevaba;
y solo Pachacamac de este valle
*unos veinte* kilómetros distaba.

Observó que una eterna primavera
reinaba en su salubre y suave clima,
y á levantar allí se decidió
la que hoy se llama la ciudad de Lima,
y en *quichua* el valle Rímac se llamó,
do casi nunca en el estío llueve;
mas mitiga los rayos de su sol,
una cortina de vapores leve,
que á su campiña da brillo y verdor.

*El dieziocho de Enero*
*del año mil quinientos treinta y cinco*
reuniéronse en el valle placentero,
con gran solemnidad;
y prévias las usuales ceremonias,
fundóse la ciudad,
que *ciudad de los Reyes* le pusieron,
cuyo nombre no púdose arraigar. 115

Y su obra Pizarro queriendo seguir,
no bien delineóse la nueva ciudad,
cuando hizo de Jáuja la gente venir;
y miles de indios reuniendo además,
solares y tierras llegó á repartir:
trazaron las plazas y la catedral,
las públicas calles y los edificios,
que son necesarios en gran capital.

No ya del guerrero la espada lucía,
no ya los sonidos de cajas y guerra
hicieron del valle la calma turbar:
todo era alegría
del llano á la sierra:
allí el instrumento
de activo artesano, rompiendo la tierra,
en torno tan solo brillar se veía,
abriendo el cimiento
de aquella trazada, futura ciudad.

Pero mal se avenía
con el vivo carácter de Pizarro
y osada bizarría,
el contemplar tranquilo,
un día y otro día,
el lento trabajar del artesano;
y envió á Almagro al Cuzco
á que el mando asumiera,
y hácia tierras de Chile dispusiese
que una invasión partiera,
ó él mismo la mandara;
pues parecía que á empezar volviera
esa franca amistad, que antes tuvieron;
y al momento Gonzalo y Juan Pizarro
el mando le cedieron.

Partió el gobernador hasta Trujillo,
y viendo el adelanto que tomaba,
con liberalidad adjudicaba
las tierras y solares,
alentando á su gente complacida:
parecía su alma,
ya su cuerpo agobiado por los años
de su azarosa vida,
buscase del hogar la grata calma,
y la paz de su gente, tan sufrida,
ya de conquistador y aventurero
*su misión concluída:*
el expósito hallábase confuso
de verse al fin dichoso, aunque ya viejo.
¡Ahora, sí, era *iluso....*
que el antes de su mente claro espejo,
por tanta dicha hallábase empañado;
pues ser feliz crea,
y no, cuando en la isla abandonado,
á conquistar un reino se atrevía!

Pero su duda disipó al instante
uno de los activos mensajeros
de Mena y Soto, que á Trujillo entrara;
y al oirle Pizarro, sorprendido
quedóse persuadido
que en la merced que á Almagro se otorgara,
el Cuzco se encontraba comprendido.

Así vió disiparse, *en un instante*,
esa ilusión dichosa,
que embriaga al infelice delirante;
y presumió perder, entre las manos,
del imperio la joya más preciosa.

Y corrió el capitán Diego de Agüero,
de Almagro compañero,
á darle la noticia venturosa
y ganar las albricias
de la regia merced, que era un tesoro;
y loco de contento el viejo Almagro,
*unos siete mil pesos* dióle en oro.

Cundió al instante en el Cuzco
de Agüero la gran noticia,
y los amigos de Almagro
exigiéronle en seguida:
—que él solo el mando asumiera,
porque á él pertenecía

del Cuzco todo el distrito,
por la merced recibida;
y ya el teniente no fuese
del avariento de Lima.—

Y los que tales consejos
al mariscal repetían,
eran los más revoltosos
y gente más distinguida
de la fracción de Alvarado,
que con menos disciplina
que las primitivas tropas,
que efectuaron la conquista,
entregóse á la licencia,
abusando de las indias,
y en los hogares y templos
ejerciendo la rapiña. 116

Mas allí por suerte estaba,
y su valer imponía,
el recto Hernando de Soto,
con voluntad decidida:
—hízoles ver, con razones,
que esa conducta era indigna,
y una mengua el disputarse
en vil lucha fratricida,
el mando de unas mercedes,
que ni aún se conocían,
hasta que la real orden
no estuviese recibida;
que debíase ante todo,
el terminar la conquista,
y no pensar dividirse
imperios que no tenían;
pues apenas eran dueños,
tras de luchas infinitas,
de la tierra que pisaban
y defenderla debían
unidos y vigilantes,
sin miserables rencillas,
sobrándoles luego tiempo
para poder dirimirlas.
Y que todo así quedase,
por conveniencia y justicia,
hasta que Almagro y Pizarro,
cuando fuese conocida
la voluntad del monarca,
la demarcación precisa,
cual amigos arreglasen,
como arreglarse debía.—
Y de Almagro consiguió
evitar toda medida
y calmar á sus parciales,
y que en sus casas tranquilos,
quedasen los de Pizarro,
esperando su venida.

Mas Pizarro á sus hermanos
escribióles con cautela:
—que á la pretensión de Almagro
ninguno se sometiera;—
y exaltáronse los ánimos,
dividiéronse las fuerzas,
los indios y ayuntamiento,
y próxima la contienda,
que iba á estallar parecía
por medio de la violencia;
pero evitóla Pizarro,
entrando solo en la iglesia
con Picado, el secretario,
y el licenciado Caldera.

Supo Almagro, complacido,
del gobernador la vuelta,
y fué á verle sin demora
y á explicarse con franqueza.

Al mirarse, *tendiéronse los brazos*,
como viejos amigos de la infancia,
que aún recuerdan los filiales lazos
de un tiempo venturoso;
y Pizarro exclamó: «Por qué me obligas
á dejar mis trabajos empezados,
y que rápido emprenda
este viaje tan largo y fatigoso
á mis cansados años,
sin escolta ni tienda
y comiendo maiz por esos cerros,
para tener tan tristes desengaños?
¡Oh, buen Almagro! ¿No hay para nosotros
ni á la vejez enmienda?
Dime, pues, ¿dónde están tu juicio recto,
y sentimientos sanos,
para este proceder tan incorrecto,
cuando tengo mandado á mis hermanos,
que como á mí, sumisos te obedezcan
y su ayuda te ofrezcan?
¿No estabas satisfecho?
Entonces.... ¿cómo ha sido?....»
«Entonces,—dijo Almagro, interrumpiéndole,—
es porque tus hermanos no han podido
disimular su envidia;
pues no soy yo capaz, y bien lo sabes,
de ejercer ningún acto de perfidia!»

Y ya á tomar la discusión *mal sesgo*
iba empezando, como siempre pasa
en cosas de interés y sin testigos,

cuando llegaron Soto y sus amigos,
y á Pizarro lleváronse á su casa,
á los dos jefes prometiendo todos:
—en concurso amigable,
terminar este asunto
de un modo equitativo y razonable.—

Soto, Caldera y otros mediadores
á un acuerdo arribaron,
cuya fraseología *sin sustancia*,
gustosos los dos jefes aceptaron;
porque por él á nada positivo
sometidos quedaron:
y cada cual creía,
después que los despachos recibiesen,
que la parte mejor se llevaría.

El clérigo Segovia
dijo al siguiente día,
en la adornada iglesia, con gran pompa,
una solemne misa, con canturia,
á los marciales ecos de la trompa;
y del devoto pueblo congregado,
veíanse á la frente
de hinojos á los dos conquistadores,
*rezar fervientemente*,
como una virgen, que sus salmos canta
por los empedernidos pecadores:
dividió el sacerdote la hóstia santa,
y los dos generales comulgando,
*juraron* respetar su compromiso,
al Eterno y los santos invocando.

Y debemos creer honradamente,
que tal vez sin pensar *en lo futuro*,
supusieron cumplirlo en tal momento,
sin intentar ninguno ser perjuro....
¡mas todo el tiempo *extingue y evapora*,
como la nube, que disipa el viento!
¿Quién ¡ay! á una mujer por siempre adora?
¡Si hasta el amor se olvida,
qué extraño es olvidar *un juramento!*

Mas *si ese grande sentimiento humano....*
si el amor se evapora y se desliza,
como voluble nube de verano,
¿será ese amor divino,
como rico cigarro, *humo y ceniza. ..*
como una copa *de espumoso vino?*

¿Es el constante amor, *inalterable*,
una cadena *de eternal disgusto*,
ó encuéntrase *la dicha* al extinguirse,
y en *la voluble variación* el gusto?

Salieron de la iglesia los dos jefes
con su acompañamiento,
y fuéronse en seguida
á firmar *el curioso documento.* 117

# XLVII

## 1535

El mariscal hallábase anheloso
de saber si su reino de *Toledo*,
en donde iba á ser rey ó cabecilla,
era rico también y tan hermoso
como *Nueva Castilla*,
y para Chile enarboló bandera.

Como por experiencia ya sabía
lo que una invasión era,
y las penas amargas,
que se sufren de día
en bosques y desiertos,
entre hambre y sed; y en las montañas, yertos,
lo tétricas que son las noches largas;
de la casa salieron
del buen adelantado
*de plata como ciento ochenta cargas*
*y más de veinte de oro;*
y todas se invirtieron
en equipar soldados y reclutas,
y que todo se hallase organizado. 118

Y como Almagro era
popular y querido,
reunióse al derredor de su bandera
casi el mayor grupo
de las fuerzas, que fueron de Alvarado;
y como estos soldados no tuvieron
parte alguna en botines anteriores,
tenerla en los de Chile presumieron;

y también muchos de su antigua gente
á Chile le siguieron:
nombró por su teniente
á Rodrigo de Orgóñez, muy su amigo,
jefe leal, capaz y muy prudente,
é hizo que partiesen adelante
*Paullo Topa,* del Inca Manco, hermano,
y Villac-Uma, el sumo sacerdote,
con un experto grupo castellano,
y regalos y objetos especiales,
y amigables promesas, que atrayesen
el afecto de aquellos naturales.

El oficial Saavedra, de vanguardia,
*con ciento cincuenta hombres* partió á Chile,
mientras Orgóñez y él organizaban
las principales tropas,
que para la invasion se preparaban.

Díjose que el dinero,
que hubo Almagro empleado
en esta su campaña,
teníalo hace tiempo destinado
para comprar haciendas en España,
y al joven su hijo Diego y compañero,
casarle con la hija
de uno de Indias antiguo consejero;
y *cien mil pesos* para tales compras,
luego á Pizarro demandó prestados,
quien dispuso al instante
de su caja le fuesen entregados.

Mas antes de partir el tierno padre,
abrazando á Pizarro, así le dijo:
«Nuestra amistad me obliga,
ya al partir, á que te hable con franqueza,
aunque á acuitarte voy, bien lo colijo.»
«¡No, no,—Pizarro replicóle,—empieza!»
Y Almagro continuó: «No indigno impulso,
pues harto me conoces, hoy me obliga
de tí, mi viejo amigo, al separarme,
á que dura verdad al fin te diga.
No aquí como antes, firmes, decididos,
y sin vagas tristezas
verás á los leales castellanos;
pues no esperan honores ni riquezas,
interin *te rodeen tus hermanos*,
que serán los primeros
en gozar tus favores,
*posponiendo* á más dignos caballeros,
con ya adquiridos *títulos mejores.*
También *son altaneros,*
desde que creen gozar de tu confianza;
y todo esto te indica,
*que el tenerlos aquí te perjudica*
y debes alejarlos, *sin tardanza!*
Ya *ricos todos ellos,*
enviarlos puedes á la patria amada;
y si hacerlos *mas ricos* pretendieras,
no repares en nada....
que yo contribuiré *con lo que quieras.*»

Triste bajó Pizarro su mirada,
y contestó, cogiéndole las manos:
«¡Ah! como tierno padre
yo quiero á mis hermanos....
y sería un escándalo.» «¡Pues piensa
lo que debes hacer en adelante....
y el consejo dispensa;
pero oberva también, *que complaciente*
con lo que yo te pido,
debes mostrarte con tu buena gente!»

Y salió el mariscal enternecido,
después de haberle dado
este duro consejo.... *pero honrado,*
y quedóse Pizarro confundido;
pues aunque muy astuto,
perseverante, vivo y solapado,
era también *asaz irresoluto,*
para así decidirse en un momento,
á un acto tan violento;
ó sintiera tal vez y no quisiese,
por seguir los consejos, no pedidos,
tener un rompimiento
con esos sus hermanos, tan queridos;
aunque *ya la verdad* reconociese
de cuanto hubo escuchado

De su antiguo rival Pizarro libre,
y ver queriendo todo cultivado,
repartió aquellas tierras, que en el Cuzco
sin poseerse quedaban todavía;
y partió prontamente
á proseguir en Lima sus trabajos,
dejando á Juan, su hermano, de teniente;
y para más regalo,
llevóse á su adorada Huáylles Nusta,
con su hijo Gonzalo.

Y creyó ya otra vez Pizarro en Lima,
que sus hados mostrábanse propicios,
al ver los adelantos y la altura,
que templos y edificios
compitiendo tenían: la hermosura
de paseos, de plazas y jardines,
y de las rectas calles gran anchura;
y en su naciente Lima,

en ese fértil valle, tan hermoso
y de benigno clima,
volvió el mortal á creerse más dichoso;
y dió tierras, regalos y encomiendas,
cual si fuese un monarca poderoso,
á don Hernando Soto y Alvarado,
padre Loaysa, don Gabriel de Rojas,
á Caldera y Picado,
á Tello y Luis Guzmán, á los Henriquez,
y á muchos de sus buenos servidores,
sin hacer pesar nunca
sus valiosos favores,
como si fueran fugitiva changa. 119

Y presentóse á la sazón en Lima
fray Tomás de Berlanga,
para cumplir las regias instrucciones,
de señalar los límites
de las recientes dos gobernaciones;
mas Pizarro, esquivando
tales intervenciones,
las evadió exponiendo:
—la no llegada de su hermano Hernando,
y al obispo exhibiendo
el muy curioso arreglo, ya pactado;—
la poca voluntad entonces viendo
el suspicaz prelado,
que ambas partes tenían
para dejar en claro su derecho,
á Panamá volvióse,
no de esa buena fe muy satisfecho,
rehusando los regalos liberales,
*y mil pesos en oro*, que Pizarro
quiso enviar á los templos y hospitales.

Llegó poco después Hernando á Lima,
con un buen contingente de guerreros,
sencillos labradores
y expertos jornaleros,
que dieron gran impulso á la ciudad;
y los primeros días
entregáronse todos
al descanso y las mútuas alegrías,
y después el trabajo á continuar.

Mas nueva, amarga pena
sintió el gobernador,
al mirar confirmados sus temores,
y á Hernando reconvino:
—porque no hubo evitado los favores,
que al mariscal la corte concedió.—
Mas replicóle Hernando:
—que al consejo real y emperador
los servicios de Almagro eran notorios,
creyéndolos aún más meritorios,
que el premio obtenido en galardón;
mas que el Cuzco *debía estar incluido*
en las setenta leguas,
con que había el monarca engrandecido
á su gobernación.—

Con mucha instancia y repetidas veces,
pidió á Hernando Pizarro
el bravo capitán don Juan de Rada
el pliego original,
para él mismo en persona,
llevárselo á su amigo el mariscal;
pero siempre negábase á ello Hernando,
buscando algún pretesto insustancial,
y terminando siempre:
—que como pronto iba á partir al Cuzco,
quería en propia mano
el despacho entregar;—
pero el objeto era,
que Almagro mas en Chile se internase,
y el pliego demorar.

Y partió Hernando al Cuzco
mandado por Pizarro
á asumir la suprema autoridad,
por creerlo más experto y de carácter
que su hermano don Juan.

Por tales desconfianza y negativa,
ofendido quedó de los Pizarro
don Juan de Roda, el bravo capitán;
*y jamás esta ofensa*
llegó Rada á olvidar,
hasta que al fin *con sangre*
*y propia mano,* púdose vengar.

En tanto que en Lima, Pizarro activaba
los grandes trabajos, con vivo placer;
el Cuzco se hallaba
en crítico instante de ser ó no ser
el fuerte baluarte,
donde el español
clavó su estandarte,
y ya dominado por siempre creyó.

El Inca era solo de su dinastía
escarnio y pantalla, que triste vivía
cual pária en su patria, sin mando ni honor:
sus fueros habían los nobles perdido,
y en las encomiendas se vió repartido
el resto de siervos, en cada invasor.

Los templos en cuadras se hallaban cambiados,

los regios palacios en vastos cuarteles;
y á los libertinos, rompiendo dinteles
de asilos sagrados,
cual torpe canalla, que infunde pavor,
tener por mancebas á las religiosas,
y niñas hermosas
é hijas del sol.

El Inca, no obstante de ser animoso,
y digno en un todo de su antecesor,
con ira profunda sufrió, silencioso,
su cruel situación;
sintiendo en su pecho risueña esperanza,
tranquilo esperaba terrible venganza,
y el día supremo llegado miró.

Y Manco veía
que Almagro hasta Chile su viaje aprontaba:
que á Lima Pizarro después marcharía,
y entonces el Cuzco sin fuerzas quedaba,
y allí en tal momento vengarse podría.

Y al gran sacerdote, sus jefes y nobles
indica su plan:
Villa-Uma lo acepta y á Almagro engañando,
espera á los indios del Sud sublevar;
y tienen los nobles secretas reuniones,
y luego uno á uno saliendo se van.

Y cuando partieron
Almagro y sus fuerzas y el nuevo marqués,
entonces el Inca,
en noche sombría del Cuzco se fué;
mas los yanaconas
al Inca contrarios, por ser una tribu
que Huayna venció,
y que algo sabían del nuevo complot
y al Inca acechaban,
en cuanto partió,
*por ellos* su fuga la supo don Juan;
con unos ginetes corrió tras del Inca,
y no muy muy distante llegó á capturar.

Y el joven Manco Cápac
en una fortaleza fué encerrado;
y creyeron así los invasores,
que habían en su gérmen apagado
del indio los postreros resplandores.

# XLVIII

## 1536

Hernando llegó al Cuzco,
y sea que el estado de los indios
á compasión su espíritu moviese,
ó bien que con acciones de hombre franco,
atraerlos quisiese,
mandó poner en libertad á Manco;
y Manco, que era astuto y muy discreto,
y odiaba al castellano,
guardar supo taimado su secreto,
porque son la reserva y desconfianza
peculiares *del indio americano;*
y su plan de venganza
continuó cauteloso madurando,
y órdenes clandestinas impartiendo;
y también conociendo
del blanco la codicia,
dió poco á poco á Hernando
de enterrados tesoros la noticia,
hasta irla por grados avivando,
y concluyó diciendo:
--que en los cercanos Andes,
y de una cueva en un rincón oscuro,
hallábase escondida
de su padre una estatua de oro puro,
la más grande y de todos más querida,
y también la más bella;
pero que agradecido á sus favores
esta revelación solo le hacía,
para *que él solo* se apropiara de ella,
sin dar parte á los otros invasores,
pues era él solo el blanco á quien quería;
y que era para todos un secreto
de esta valiosa estatua la existencia.—

Esta del Inca Manco *gran noticia*,
acrecentó de Hernando la avaricia,
y dió á Manco licencia
para que *dos soldados* le siguiesen
y en todo le ayudasen,
con orden que á la vez le vigilasen,
y cuanto antes la estatua le trajesen.
Y al Inca permitióle le siguieran,

para traer la estatua,
cuantos indios quisieran.

Mas una semana y otra
fuéronse lentas pasando,
y Hernando, inquieto esperando
la estatua de gran valor:
sospechas y delaciones
el tiempo fué confirmando,
y así el engañado Hernando
conoció tarde su error.

Con *ochenta ginetes*
mandó á su hermano Juan, á que buscasen
al Inca fugitivo,
por cuevas, llanos, valles y montañas,
y al Cuzco le trajesen muerto ó vivo;
pero tan solo fueron
desiertos encontrando,
y los cercanos campos silenciosos,
hasta entrar en aquellos montañosos,
que el valle de Yucay van circundando;
y por allí encontraron de regreso
á los dos españoles,
á quienes Manco despidió galante,
y á don Juan indicaron:
—le sería imposible ir adelante,
pues rodeado el Inca se encontraba
de hueste numerosa,
que á marchar sobre el Cuzco se aprestaba,
vengativa y furiosa,
como loco que empuña una cuchilla.—

Rióse don Juan y prosiguió impasible
hasta el río Yucay, donde encontraron
miles de arqueros en la opuesta orilla;
mas nadando á caballo lo pasaron,
mientras la indiada hizo
sus descargas de dardos y de piedras,
como grueso granizo;
y ya al verlos en tierra,
replegóse un instante amedrentada;
pero súbito y antes
de la caballería estar formada,
sus aullidos de guerra
arroja estremecida y furibunda,
y ataca insana y ciega,
como una catarata desbordada,
que troncha, asuela, inunda,
y hace la batalla encarnizada
y horrible la refriega;
y al belicoso grito:—de Santiago,—
que aumenta los mandobles y el estrago,
mas á lidiar el español se entrega.
Llevaban ya los indios arrogantes
tejidas cotas de algodón colchadas,
de diversos colores relumbrantes:
de oro y joyas los cascos adornados,
con monstruosas figuras cinceladas:
en el brazo desnudo,
de piel forrado el resguardante escudo;
y encontrábanse armados
de puntiagudas lanzas, como acero,
mazas y hachas de cobre, y aún espadas,
pareciendo cada indio ya un guerrero.

De indios la atrevida muchedumbre
resistió los ataques y descargas
de ligeros bridones,
seguidas horas largas;
mas tuvo que ceder según costumbre,
ante los orgullosos campeones,
aunque ya más tranquila y avezada;
y en orden efectuó su retirada,
con no domado brío,
ascendiendo á las ásperas colinas.

Don Juan quedó acampado junto al río
de las dormidas aguas cristalinas,
con *varios* hombres y caballos *muertos*
y *bastantes heridos*,
y los más de fatiga ya rendidos;
mas creyó á los salvajes haber dado
una lección severa:
habíase engañado,
porque tan solo era
vago preludio de la lucha fiera;
y vió con desaliento el nuevo día
cuajadas las montañas de guerreros,
como turbiones pardos,
cuya línea á lo lejos se perdía,
cruzando los senderos
y prontos á lanzar piedras y dardos.

En vano acometieron
los rendidos jinetes, denodados,
soportando descargas
de tales proyectiles;
porque estériles fueron
sus contínuos esfuerzos varoniles;
y en el valle otra vez la noche oscura,
silenciosos pasaron y rendidos,
extrañando en el indio tal bravura;
pero al alba, de un indio mensajero
oyeron sorprendidos:
—que llamar con premura

mandábalos Hernando,
pues el Cuzco sitiado se encontraba,
y seguían las hordas engrosando.—

Volvió al punto el piquete
el río á repasar,
pudiendo salir presto
del valle de Yucay;
seguíale la indiada
gritando por atrás,
como celosos perros,
que cuidan el hogar;
y un canto repetían
monótono y triunfal,
como si la victoria
cantase altiva ya;
como si al fin gozara
de antigua libertad;
y asi marchó, siguiendo
hasta la capital,
sin impedir que entrase
la fuerza de don Juan,
queriéndolos á todos
cautivos encerrar,
para ejercer venganza
tremenda, sin igual!

No ya desiertos, mudos,
del gran Cuzco se ven los derredores,
ni á los esclavos miseros, desnudos,
trabajando afanosos en tropel:
ya muestran sus escudos,
despliegan sus millares de banderas,
y hachas, flechas y picas,
y plumas y cimeras
*doscientos mil* guerreros dejan ver;
y sus roncos aullidos,
astucia, ricos trajes y muecas,
recuerdan, sorprendidos,
el traje militar de los aztecas
á aquellos, que sirvieron á Cortés. 121

Del sol á los reflejos,
las armas al brillar
de la peruana hueste,
en torno á la ciudad,
mas que armas y falanges
de hueste colosal,
parecen ígneas ondas
de turbulento mar,
cercando algún esquife,
en recio vendaval.

Y no menos terrible
parece por la noche
la hueste formidable
en cumbres, en los montes,
en valles ó en el llano,
pues eran sus fogones;
como estrellas en noche de verano. 122

Y la del Cuzco
sitiada gente,
moverse entonces
la tierra siente,
como si largas grietas fuese á abrir:
vacila y duda
unos momentos,
porque no pasan
*de unos doscientos*,
y los de Manco *son doscientos mil!* 123

Mas pronto vuelve
á ellos la calma,
que miedo nunca
sienten en su alma;
y en esta triste
noche de espanto,
que en vela pasan
siempre observando,
ráudos se aprestan á lidiar también.

Y este sitio
dió comienzo
*á principios*
*de Febrero*
*del año mil quinientos treintaiseis*.

Y es memorable,
por los esfuerzos,
grandes y heróicos,
que allí se vieron,
entre una y otra raza desplegar;
pues parecía,
que era su anhelo,
en esfuerzos sin fin, rivalizar.

Al despuntar el día
se escuchan atabales
en muros y arrabales,
y horrenda gritería;
y arrojan las indiadas
millares de granadas
ó bolas resinosas,
cubiertas de algodón,
y que ardiendo
van cayendo
en los pajizos techos, en montón.

Y en un momento
se alzan las llamas,
que esparce el viento
por la ciudad:
saltan los techos,
las casas se hunden,
y humo y cenizas
vuelan y cunden;
y el claro día
vese tornado
en noche umbría
de tempestad.

Y toda la noche
se vieron brillar
las llamas rojizas
de incendio voraz;
y por *muchos dias*
alzáronse más,
y así continuaron
sin tregua ni paz:
palacios, cabañas
se vieron quemar,
y templos y asilos
de indiana piedad:
do quiera cenizas,
entre humo fugaz,
y en ruinas las casas
*de media ciudad.* 124

En el ya arreglado templo
dedicado á la *Asunción*,
tres bolas ígneas cayeron,
que la virgen apagó,
según narrando el milagro
lo cuenta la tradición. 125

Acampóse en la gran plaza
el ejército español,
y allí con sus armas prontas
acuartelado quedó,
de las bridas los caballos
y del toldo en derredor;
pues no solo eran muy pocos
para atacar la agresión,
en el impulso primero
de tanto empuje y furor,
sino para haber podido
extinguir la quemazón.

De los siglos la obra, *en breves dias,*
este contínuo incendio destruyó:
allí estuvo el progreso de Occidente,
y ese de oro esplendente,
soberbio templo, que elevara al sol!

Allí, generaciones rutinarias,
de otras razas aisladas, solitarias
en su vasta región,
en planchas de oro y grandes monumentos,
grabaron con tesón,
la historia de sus leyes legendarias,
de sus antigüedades
y civilización,
para irlas legando á otras edades,
*cuya ruta en el mar abrió Colón.*

Ante el recuerdo de su sol y patria,
á nada amor tuvieron.....
las momias de sus Incas, venerados....
de sus queridos hijos el hogar,
y sus templos sagrados....
¡ay! todo furibundos destruyeron,
en sus pechos *ardiendo la venganza*
de morir ó matar!
¡Y les daba ardimiento esta esperanza!

¡Su obra con estoicismo destruyeron,
pues tan solo á sus Incas y su patria
sublime amor tuvieron!
Y poseidos de la fiebre ardiente
del incendio y matanza,
pábulo dan á su tenaz venganza,
saciando su furor!

¿Pues qué se les importa, que el incendio
asuele al Cuzco y ruja prepotente
de sangre en un torrente,
si tienen la esperanza
que del duro invasor *queme la frente*,
que allí soberbio alzó?

En la sufrida condición del indio,
confiado el español,
á lúbricos placeres se entregaba
y muelle se adormía,
y solo respiraba
las aromas del láuro vencedor,
que su frente ceñía;
*pero ¡ay! muy tarde conoció su error!*

De aquel sueño las llamas le sacaron,
y todos sorprendidos despertaron,
ante el siniestro y hórrido fulgor!

# XLIX

## 1536

Cuando las rojas llamas se extinguieron,
donde no los escombros
del Cuzco las salidas obstruyeron,
barricadas los indios construyeron
con piedras, que llevaban en sus hombros;
y era obra del tiempo y peligrosa
lanzarse á remover estorbos tales
y abrir algún sendero
á la caballería,
bajo el ojo del indio tan certero.

Mas nada á los cristianos detenía,
y daban á las huestes
cargas desesperadas,
y en ellas grande mortandad se hacía;
aunque después, rehechas,
tornaban á la vez más enconadas,
arrojando sus flechas,
sus *largos lazos y terribles bolas*.
cazando así caballos y jinetes
á las escasas fuerzas españolas;
y aunque en la realidad estas triunfasen
en tan encarnizada lucha diaria,
para *cada soldado* que moría,
la proporción exacta equivaldría
*á mil* de la contraria. 126

Nuevo aliento los indios desplegaban,
y los cristianos de la guerra el arte;
y de una otra parte
admirables proezas se contaban;
y el amor patrio y el furor salvaje,
contra el anhelo de dominio y gloria
habíanse encontrado,
y era el toque:—degüello y abordaje!

Había el castellano descuidado
á la gran fortaleza,
qne á la ciudad y plaza dominaba,
al acercarse la peruana hueste,
que habiéndolo ocupado,
desde allí *noche y día*,
mortales proyectiles arrojaba,
en medio de estruendosa gritería.

El hambre ya acosaba á los sitiados,
faltos de sementeras y ganados,
y la voz se corría:
—que aquel levantamiento
*era ya general*, y que tomados
los pasos y caminos se encontraban
hasta *Trujillo* y *Lima*,
que sitiados se hallaban
también por fieras huestes y mayores.—

Y muy pronto los hechos confirmaron
tan funestos rumores,
pues del fuerte los indios arrojaron
*diez ó doce cabezas* sobre el Cuzco,
ensangrentadas, rotas,
reconociendo en ella los cristianos
los restos de distantes compatriotas,
y que hasta allí llevaron los peruanos
en procesión, *tocando el tamborcillo*,
para que no dudasen que imperaban
*hasta Lima y Trujillo*.

No esperando ya, pues, auxilio alguno,
creyó el ayuntamiento:
—que era llegado el crítico momento,
aunque todos muriesen,
de todos atacar á esa jauría,
y abrirse franco paso hasta la costa,
donde quizá algún buque se hallaría,
y no como corderos encerrados,
*ir muriendo diezmados*.—

Tenía cierta audacia este proyecto,
que al intrépido espíritu halagaba
de esos aventureros;
y algunos ofuscados, exclamaron,
empuñando sus armas y broqueles:
«Mirad nuestra respuesta,
porque es mejor morir como guerreros,
matando á esos infieles,
que aquí en este corral, como corderos!»

Mas Ponce de León y los Pizarro,
don Hernando de Soto,
Picado, el secretario,
Rojas y varios jefes principales,
y todos sus valientes oficiales,

dijeron lo contrario,
y así agregaron para dar mas bríos:
«Bien sabeis, compañeros,
que esta rica ciudad, hoy asolada,
cual si fuese mansión de Belcebú,
fué la joya más rica y más preciada
de los antiguos Incas del Perú;
y es hoy premio también, que en alto abona
nuestra gloria y valor,
ciñendo ya esta joya en su corona
el insigne cristiano emperador!
¡Bien sabeis que Europa
tiene fija su vista
en esta gran conquista,
que enaltece á la patria y nuestra fe,
y hace preclaros nuestros pobres nombres!
De entre ruinas salir, cruzar el Ande
y abrirse paso, es grande,
para un puñado de hombres,
en extraña nación puesta de pie;
pero.... ¡ay! es más glorioso,
poseídos de santo patriotismo,
no abandonar al reino conquistado!
Si sucumbir debemos, es lo mismo
morir hoy que mañana. ¿No es verdad?
Y si triunfar sabemos,
sobre estas tristes ruinas
y sus paganos templos, alzaremos
una nueva magnífica ciudad!
Aquí el puesto tenemos,
que marcan el honor y la lealtad!»

Todos á una aceptaron,
como proyecto mejor,
el seguir de sus caudillos
la postrer proposición;
porque siempre está dispuesta
el alma del español
á realizar grandes hechos,
cuando se invoca su honor. 127

Y Hernando, las pocas fuerzas
*en tres grupos* dividió,
entre Rojas, don Gonzalo
y Hernán Ponce de León,
para llevar un ataque
al astuto sitiador.

Y antes que la reunión se concluyera,
en la cual decidióse,
que allí la hispana gente
hasta morir lidiando resistiera,
se acerca humildemente,
con paso grave y lento,
un joven dominico,
pálido, de ojos grandes, macilento,
de aspecto soñador, alto y delgado,
y llevando en la mano un crucifijo;
oye á los jefes perorar, atento,
y así que su opinión se hubo aprobado,
se expresa de este modo,
con inspirado acento:
«Escuchadme, oh hermanos, un momento....
Anoche, cuando todo
en un silencio sepulcral yacía,
sin que en torno se oyera voz alguna,
y al incendio voraz oscurecía
el brillo de la luna....
anoche.... constristado,
como triste y errante peregrino,
salí á pedir al Dios crucificado,
por el triunfo del lábaro divino:
en la profunda soledad y calma....
al cielo alzo mis ojos
y póstrome de hinojos,
de sacrosanta fe colmada mi alma!
Veo una estrella que se eleva y brilla,
y sus reflejos, cada vez más grandes....
que esos desiertos Andes,
iluminan las armas de Castilla;
y después, en el centro de esas luces,
y entre pequeñas, brillantadas cruces,
miro un gran crucifijo, y oigo luego
una voz, que saliendo dentro el fuego,
profética me dijo:
—corre á avivar la fe de mis legiones
y muéstrales *el santo crucifijo;*
porque así los católicos pendones,
sin cejar en la guerra,
darán á España gloria
y obtendrán la victoria,
redimiendo de idólatras la tierra.—
¡Aquí está el crucifijo....
*aquí está la esperanza,*
que la divina fe todo lo alcanza,
y aquí, como bandera, yo la erijo!»
Y arrodillóse el fráile delirante,
como loco sublime,
que sueña, que redime
de tiranos á pueblos oprimidos!

«¡De nuestro Dios la voluntad cumplamos,
—exclamaron los jefes decididos,—
y sin descanso á combatir salgamos!»

El joven visionario, en un instante,

su fe comunicóles y esperanza,
porque en el alma del mortal, radiante
la fe, todo lo alcanza!

Mandaron adelante
á sus adictos indios yanaconas,
para ir los escombres apartando,
y las tres divisiones, en pos de ellos,
*por tres partes* salieron atacando
á las desprevenidas avanzadas,
que fueron fácilmente derrotadas:
sucediéronse cargas impetuosas,
y quedaron cubiertos
esos alrededores
de miles de indios muertos;
mas las huestes, que estaban mas distantes
viendo que las cristianas eran pocas,
entraron cuerpo á cuerpo en la pelea,
como á las fuertes rocas
va cubriendo rugiente la marea!

Y ante el Inca y los otros,
no ya con sus temores aparecen,
sino *montados en soberbios potros*,
blandiendo espada y lanza,
y oponiendo sus pechos
al fuego y la matanza:
los ágiles flecheros
de las patas detienen los caballos,
y de la silla quieren
sacar á los lanceros,
mientras éstos los pisan y los hieren
como á inermes corderos:
y el muy nutrido fuego los ralea,
y se alejan y mueren,
como esas ondas débiles y pocas,
que al bajar la marea,
dejan triunfantes á las altas rocas. 128

En los míseros indios
de triunfar eran vanos los empeños,
pues los blancos quedaban
del campo siempre dueños,
y de sangre los campos empapados;
y así recios encuentros
fuéronse renovando encarnizados,
*días, semanas, meses*,
y los conquistadores
de matanzas quedábanse saciados:
de los alrededores
eran los indios las segadas mieses,
que en seguida más débiles se alzaban:
y cada nuevo día,
que sobre ellos el sable se esgrimía,
su impotencia mostraban
y ante el arte de guerra su flaqueza.

Y ya pensóse entonces,
en atacar la grande fortaleza,
que á la ciudad al Norte dominaba,
y sobre vertical, inmensa roca,
terrible se asentaba,
siendo por esta parte inexpugnable;
y alto muro además la defendía,
con indios en sus torres á millares:
por la parte del campo,
aunque *otros dos* tenía
de piedra y circulares,
mas fácil el asalto parecía,
pues no era su declive tan violento;
y emprenderlo al instante resolvióse,
aunque fuese larguísimo y sangriento.

## L

## 1536

En permanente vela
un guerrero peruano, *ya famoso*,
á los suyos habíales jurado
por el sol:—no entregar la ciudadela,
ó en ella quedar antes sepultado.—
Y estaba rodeado
de los mejores indios, escogidos,
que orgullosos creíanse seguros
y escentos de sorpresa,
adentro de los muros
de aquella inexpunable fortaleza:
y á su hermano don Juan confió Hernando
esta difícil, peligrosa empresa.

Con buena caballería
*y antes de ponerse el sol*,
y un grupo de gastadores,
y otro de infantes, mayor,

al campo salió don Juan,
en opuesta dirección
á la antigua fortaleza,
para evitar el temor
de los que en ella moraban
y ocultarles su intención.

Empero, cuando la noche
sus negras sombras tendió
quedando todo en silencio
de la ciudad en redor,
hízose la contramarcha,
sin llamarles la atención,
y á muy poco andar, hallóse
cerca del muro exterior.

Como los indios no usaban
por la noche centinelas,
ni imaginarse podían
el tener una sorpresa,
ni menos ser atacados
en medio de las tinieblas,
pudieron los castellanos
ir removiendo las piedras,
con que cerraban la entrada
y hallar la segunda puerta;
más tan árdua y larga obra
no pudo ser tan secreta,
ni efectuarse en tal silencio,
entre la noche serena,
como para no sentirse
en la antigua fortaleza:
y al llegar al otro muro,
copiosa lluvia de flechas
obligóles á hacer alto
y apélar á sus rodelas.

Sobrecogidos los indios
por esa audacia y sorpresa,
gritos dan y voz de alarma,
y espanto todos demuestran,
aun dentro de aquellos muros,
do creían su existencia,
como el cóndor en las nubes,
de todo peligro excenta.

Conociendo Juan Pizarro,
que retroceder ya fuera
dar la victoria á los indios
y malograrse la empresa,
dispuso:—que en el instante
el ataque prosiguiera,
puesto que el alba asomaba
su dorada luz risueña;
y una mitad de su gente
se ocupase en abrir brecha,
y otra, con armas de fuego,
fuese haciendo la defensa.—

Y como don Juan andaba
recorriendo con presteza
los trabajos y el ataque,
empezó á sentir molesta,
*una herida, que en el pómulo*
*dias antes* recibiera;
y quitándose su yelmo,
protegía su cabeza
con su escudo levantado,
contra los dardos y piedras.

Al fin los blancos lograron.
sin cejar en su ardimiento,
romper un trozo de muro
y empuñar ya sus aceros:
entonces, desalojados
todos los indios corrieron
á un terrado ó plataforma,
que la gran torre del centro
defendía y desde allí
piedras, dardos y maderos
y un sin fin de proyectiles
arrojando prosiguieron;
y una segura pedrada
derribó á don Juan al suelo,
que aunque bañado de sangre
y su cráneo *medio abierto*
pudo decir á su tropa:
«¡Adelante, lanza y fuego
y España y Santiago triunfen!»
Y al ver tan heróico ejemplo,
su ejemplo siguieron todos,
y haciendo un último esfuerzo
continuaron avanzando,
y hasta el terrado subieron,
donde á cuchillo pasaron
casi á todos los arqueros,
que al terrado defendían;
y de los indios el resto
corrió á encerrarse en las torres,
como único salvamento.

Tuvieron los vencedores
un momento que aplazar
el encarnizado ataque,
que hízose general,
para *en unas angarillas*
poder sacar á don Juan,
y en muy gravísimo estado

conducirle á la ciudad;
y su hermano Hernando al verle,
sintió profundo pesar;
pero aunque vió que la herida
era incurable y mortal,
comprendió que su deber
mandábale aprovechar
del nuevo triunfo obtenido,
sin perder una hora más;
y vengativo y furioso,
partió á la carrera allá,
para el comenzado ataque
con más rigor continuar;
porque vencido aquel fuerte,
la guerra juzgaba ya
terminada en todo el Cuzco,
pudiendo luego pasar,
hasta Trujillo y á Lima,
y bajo un plan general
á los infieles batir
y la guerra terminar.

Puesto al frente del ataque,
consiguió Hernando Pizarro
llegar á rendir *dos torres*
y acampar en el terrado;
pero la torre más alta,
más fuerte, y donde eran vanos
aquellos ataques recios,
se hallaba entregada al mando
de aquel guerrero salvaje,
que hubo á los suyos jurado
no entregar la fortaleza
á los pérfidos cristianos:
era un noble indio arrogante,
bravo, atlético y gallardo,
que *una enorme maza* usaba,
ceñida de grandes clavos,
y con cuya arma terrible
hundía todo á su paso.
Y en este último baluarte
del fuerte, ya conquistado,
sus míseros defensores
fueron asilo encontrando;
y el noble indio, con su maza,
dió la muerte, despiadado,
*á muchos* de aquellos indios,
que de redención le hablaron.

Y como el poder rendir
á aquella torre, iba largo,
y encontrábase impaciente
por rendirla don Hernando,
mandó:—preparar escalas
y comenzar el asalto;—
pero no bien conseguían
subir al muro almenado,
cuando el indio con su maza
lograba precipitarlos,
acudiendo á todas partes
do era preciso su brazo,
y do su voz resonaba,
como el rugido del rayo!

El bravo jefe español
de tal valor admirado,
pues hasta en un enemigo
complúgose en respetarlo,
dió orden:—que á tal caudillo
no se hiciera el menor daño,
y que con respeto fuese
á su presencia llevado,
si con vida consiguiesen
en el ataque agarrarlo. 129

Pudiéronse al fin poner
escalas por todos lados,
é intentar un decisivo
y tenaz último asalto;
y en él vióse al noble indio,
su enorme maza empuñando,
acudir á todas partes
y derribar los soldados,
cual si él solo defendiese
la torre y el suelo patrio;
pero al fin los españoles
penetrar dentro lograron,
y arrollar á los salvajes
en su recinto almenado.

El noble indio, viendo entonces,
cuanto fué su esfuerzo vano,
arrojó su enorme maza
á los que estaban abajo;
y así, ya indefenso, inerme,
vencido, mas *no humillado,*
corrió sereno á una almena,
y envolviéndose en su manto:
«¡Yo no me rindo!» gritó;
y estrellóse en el terrado,
quedando muerto en seguida.
Si murió como romano
de aquellos famosos tiempos
de sus tribunos y Gracos,
también ese héroe salvaje
por los héroes *fué admirado,*
que á aquella gran fortaleza
cual titanes escalaron. 130

Después del todo vencido,
á costa de gran trabajo
y de muy preciosas vidas,
ese castillo murado,
que á la ciudad dominaba,
en él dejó don Hernando
una buena guarnición,
ya mas prevenido y cáuto,
contra el furor del salvaje;
y su hermano, ya vengado,
corrió al Cuzco, presuroso,
á abrazar á Juan, su hermano.

Después de transcurridos *quince días*
de la herida mortal,
y sufriendo dolores indecibles,
murió el noble don Juan:
de sus hermanos todos,
el más hidalgo fué, el más caballero,
el más digno y mejor;
y prudente y sincero,
y ageno á vil rivalidad mezquina,
era conciliador,
entre bandos, caudillos y ambiciones;
y de todas las tropas fué llorado
con profundo dolor:
aunque de humilde origen,
jamás se envaneció,
y con todos afable,
á todos como á iguales los trató;
y respetando siempre
de otros jefes más alta dignidad,
obedecer sus órdenes sabía,
cumplirlas y callar.

No es preciso decir que era valiente
y un oficial bizarro,
y de ese ataque y de su gloria digno,
pues bástenos decir.... que era *Pizarro!* 131

# LI

## 1536

Ibanse lentos pasando
*días, semanas y meses*
para el sitiado español,
y las huestes aumentando
de todo el Cuzco en redor,
como esas feraces mieses
que van acequias regando
en la estival estación.

¿Mas qué le servía
vencer y triunfar,
si el hambre agotaba
su fuerza vital,
y granos y reses,
más lejos y más
los indios llevaban
de la cápital?

Si Lima y Trujillo
no hubiesen tal vez,
como ellos sufrido
de indiada el tropel,
incendios y asedios,
¿no habría el marqués
mandádoles fuerzas,
con qué sostener
al Cuzco preciado,
que sítia el infiel?
Así discurrían
con gran sensatez.

También Lima y Trujillo
como el Cuzco sitiados se encontraron,
pues la sublevación fué general;
pero del Rímac los tendidos valles,
campo abierto dejaron,
y á los indios pudieron atacar:
lograban los cristianos defenderse,
pero no hacer el sitio levantar.

Y *por cuatro distintas ocasiones*
envió al Cuzco solícito el marqués,
con buenos oficiales,
*como unos cien ginetes* cada vez;
empero esas legiones,
aunque abrirse camino consiguieron
y á los cerros llegar,
desde allí las indiadas con sus piedras,
aplastadas hacíanlas rodar,
y así *cuatro legiones* perecieron;

y solo *alguno que otro* fugitivo,
presumiendo un milagro hallarse vivo,
á Lima conseguía regresar. 132

Entonces sintió Pizarro
ese indecible dolor,
que va *royendo y tritura*
del suicida el corazón,
cuando hasta duda, insensato,
de la justicia de Dios!

¡Y como nó, si veía
de pronto desparecer
todas sus glorias y dichas,
al tocar en la vejez,
después de heróicos esfuerzos,
como él solo supo hacer!

Tan intensa era su pena,
como es profundo el pesar
del viejo padre, que mira
su asilo incendiado ya,
y que adquirir ya no puede
para sus hijos un pan,
ni levantar con sus brazos
otro pobrísimo hogar!

Y á sus soldados veía
dispersos por el país....
tal vez muchos de ellos muertos,
y otros que iban á morir:
quizá todos maldiciendo
á quién llevóles allí!

Su cansada tropa á Lima
pedíale abandonar,
y dirigirse á Trujillo,
abriéndose paso audaz,
para en los anclados buques
partir para Panamá.

Así Pizarro veía
alzarse á su alrededor
todo lúgubre y funesto,
y tarde ya conoció:
—*que sale crucificado,*
*quien se mete á redentor.*—

Mas no era hombre de abatirse
el persistente marqués,
aunque viese que los Andes
iban á abrirse y caer,
y él, entre toda su gente,
quedase solo de pié.

Se opuso á dejar á Lima
y á Hernán Cortes escribió;
y á Panamá y Guatemala,
demandando protección,
y pidiéndoles auxilios,
á nombre de su señor.

Y tan triste era su estado:
—que prometía ya dar
á los que en su ayuda fuesen
y secundasen su plan,
parte del oro y las tierras,
*que llegase á conquistar.* 133

Fué por entonces, cuando Huáylles Nusta
cedió por fin al importuno ruego
de su amiga Asapáesia y compañera,
que siempre, noche y día,
estas ú otras palabras la decía:
«Mi hermano te ama, con amor de fuego,
y no lejos te espera:
con su valiente tribu está acampado
en cercana laguna;
y amante, apasionado,
viene todas las noches á decirte,
á los últimos rayos de la luna
ú ocultarse el lucero:
—que tan solo por tí no incendia y tala
esta que el extranjero
llama ciudad de Lima:
que si la noble hermana de Atahualpa
á su oprimida patria en algo estima,
deje á ese blanco infame,
y corra hacia los suyos presurosa,
en la noche callada,
á ser entre sus brazos venturosa,
y así su patria quedará vengada.»

Y así á Huáylles Nusta, noche y día,
su tierna compañera
sin cesar repetía,
con patriótica voz y plañidera;
y otras veces, llorando la decía:
«¡Oh, cuanto de mi hermano eres amada!
¡Hija de Huayna Cápac, desdichada....
hermana de Atahualpa, ven conmigo,
y nuestra patria quedará vengada!»
Y un día, ya dudosa,
la bella india exclamó: «¡Pues bien, te sigo,
y vengaremos á mi patria hermosa!»

Asapáesia corrió: las joyas saca
que el gran Huayna Cápac á su hija diera,
y esmeraldas, alhajas y oro oculta

en colmada petaca,
que un buen indio conduce cauteloso;
y á Huáylles Nusta dice,
que temblaba azorada:
«Ven, mi bella señora, á ser felice,
y nuestra patria al fin quede vengada!
Sus postrimeros rayos
lanza apenas la luna,
y mi anhelante hermano nos espera
al pie de la laguna.
¡Sígueme hermana de Atahualpa, hermosa!»

Y agarra entre sus brazos, cariñosa,
al hijo de la bella Huáylles Nusta,
que pálida la sigue temblorosa;
pero *una vaga sombra,*
cual si bajase de invisible carro,
con torva faz adusta
llegóse á interponer.... era Pizarro!

De Pizarro un asistente
—que viera al indio venir
por la noche, ocultamente,
y Asapáesia diligente
el salirle á recibir,—
de estas citas desconfió,
y cercioróse después
del plan que se concertó,
lo que al celoso marqués
todo al punto reveló.

Así á Huáylles Nusta, prevenido,
Pizarro sorprendió: toma su mano,
y triste y silencioso
condúcela á su hogar;
y con pausado acento, comprimido,
la empieza á interrogar:

«Dime,—la dice,—¿acaso
cual de Coya no ha sido
tu capricho acatado?
¿Cual es, pues, tu querella?»
«Ninguno me ha ofendido,
ni nadie me ha faltado.»
Tranquila repuso ella.

«Y para mí, ¿no sabes,
que valen mi hijo y tú,
aún más que la riqueza
de todo este Perú?»
«¡También, señor, lo sé!»
Dijo ella con tristeza.

«Entonces, dí, ¿por qué
con mi hijo te alejabas
é ingrata me dejabas....
buscando á otro quizá?»
«Buscando al centro mío,
como el undoso río
al mar buscando vá!»

«Seguíate Asapáesia,
tu amiga y compañera....
solo ella te indujera
de acá ráuda á partir.»

«Ella hame dicho solo,
replicó la india altiva:
—vives triste y cautiva
y no puedes gemir.
Si la hija de Huayna
con ellos estuviera
nuevo aliento les diera
para poder triunfar.—
y ya que á mis hermanos
en noble lucha veo,
yo ¡ay! también deseo
mi patria libertar!»

Así dijo la india, suspirando,
por su patria oprimida,
y á Pizarro mirando
con lástima y tristeza,
como mujer y madre, que es querida;
y el marqués, contemplando su belleza,
aunque este desamor de ella sintiendo,
dijo, reprimiendo
su vengativo espíritu ofendido:
«Escucha, Huáylles Nusta;
lo mucho sabes tú que te he querido,
y lo que más te quiero cada día:
eres la dulce madre
de ese inocente sér.... que es mi alegría....
del ser á quien adoro,
*y á tí te escuda con sus alas de oro,*
y su sonrisa angelical y pura;
y al verle en tu regazo,
mi ofendida pasión calla y espera,
y cae débil mi brazo,
que amar sabras también... cuando Dios quiera!
A tí te escuda *la razón que tienes,*
y la fúlgida luz de tu hermosura,
vástago ilustre de orgullosa raza,
que lamenta perdida su ventura;
á tí te escuda, amante desdeñosa,
el tierno angel, que adoro
con su sonrisa celestial y pura,
al tender sobre tí sus alas de oro;

pero no á esa tu infame compañera,
que á partir de mi lado
con tan torpe perfidia te indujera!»
Y discurriendo en su venganza fiera,
salió el marqués airado.

«López,—dijo á su asistente,—
tú que á todo estás dispuesto,
busca un lazo consistente,
y mis pasos sigue presto.»

«En seguida por él voy.»
Y volvió poco después,
diciendo: «Señor marqués,
aquí con el lazo estoy.»

De Asapáesia en el cuarto penetraron;
y al verlos ella entrar, amedrentada,
hondo gritó lanzó:
y el marqués dijo á López: «De esa viga
el lazo cuelga y corredizo deja.»
Y López lo colgó.
«A esta infame mujer, mal consejera,
ata con una punta del pescuezo,
y cuélgala sin más.»
Y la pobre Asapáesia, estremecida,
gritos lanzando, comenzó á llorar.

Y López, que era un hombrazo,
puso á la india en el pescuezo,
en más corto tiempo el lazo,
del que damos un bostezo.

La otra punta cogiendo de la cuerda,
luego López á la india suspendió;
y al mirarla Pizarro, *ya colgada,*
cerrar hizo la puerta y se marchó

Al poco tiempo después
de esta venganza inaudita
del ofendido marqués,
una muy preciosa niña
Huáylles Nusta dió á luz,
á quien pusieron *Francisca*
*del corazón de Jesús.*

# LII

## 1536

Mas *de seis meses* hacía
que el Cuzco, Lima y Trujillo
encontránbanse sitiados
por inmensos grupos de indios,
sin que vencer consiguiesen
á sus tiranos altivos,
á pesar de las guerrillas,
que unos y otros decididos
llevábanse diariamente,
sin triunfo definitivo.

Necesidades pasaban
los españoles sufridos,
mientras iban los salvajes
estrechando más el sitio;
pero llegado el momento
para los salvajes crítico,
porque también carecían
de los frutos del cultivo,
pues los repletos graneros
habíanlos consumido
los pródigos invasores,
sin previsión y sin tino,
como quien da cosa agena,
sin ser otra vez provistos.

Y previsor Manco Cápac,
dispuso:—que se quedasen
las tres ciudades cituando,
no fuerzas considerables,
sino sólo las precisas
para llegar á privarles
el que se diesen socorro
y su invasión rechazasen;
y que el resto de su hueste
se volviese á sus hogares,
para cultivar la tierra,
y de nuevo prepararse
para un más estrecho sitio,
cuando sus granos guardasen.—
¡Pero no sabía el Inca,
*que esas treguas son mortales,*

cuando se dan á enemigos
orgullosos é implacables!

Sin embargo, cáuto el Inca
buenas huestes reservóse,
y se acuarteló en el Tambo
con sobradas provisiones:
en esa gran fortaleza,
que de sus antecesores
fué la mansión favorita
y delicia de sus nobles,
que complacientes y humildes
gozaron de sus favores.

Con júbilo disiparse
miraron los españoles
esas oleadas de indios,
que con estridentes voces
y sus continuos ataques,
aumentaron sus temores
y los fueron encerrando
en estrechas dimensiones.

Mas no ya con este triunfo
don Hernando contentóse,
sino que mandó partidas
en busca de provisiones,
y presto entraron al Cuzco
de aquellos alrededores,
*mas de dos mil animales*,
que el invasor, por entonces,
llamó *carneros peruanos*,
y que ahora se conocen
por *vicuña*, *alpaca* y *llama*,
que son indígenas nombres.

Pudo así el soldado escuálido
su hambruna satisfacer,
mostrándose más intrépido
en provocar al infiel;
y notables rasgos viéronse,
sin un vano alarde hacer,
y sacrificios patrióticos,
dignos de eterno cincel.

No ya á Hernando satisfízole
á la defensiva estar,
sino que con golpes rápidos
y prosecución tenaz,
destruir quiso á los bárbaros,
do se fueron á encerrar.

Eligió *ochenta jinetes*
y *un cuerpo de infantería*,
y antes de lucir el día
al Tambo se encaminó,
llegando hasta la montaña,
do no lejos corre el río,
que á verde llanura baña,
entre apacible rumor.

Los cristianos conocían
ya aquel valle de Yucay,
que dista *treinta kilómetros*
de la antigua capital;
pues dióse allí una batalla
ese sitio al comenzar,
y fué de las más reñidas
que Juan Pizarro mandó,
á quien los indios llevaron,
con tenaz persecución,
hasta las puertas del Cuzco,
donde su gente salvó.

El palacio de los Incas
ó esta antigua fortaleza,
como mansión encantada
de fantásticas leyendas,
estaba de la montaña
en la más alta eminencia,
cuyas escarpadas rocas
recortadas en mesetas,
defendían fuertes muros
de adobes y grandes piedras;
é inexpugnable el ataque
por todo este lado era;
el otro opuesto miraba
del valle la gala eterna;
y aunque también en su altura
un muro en torno se viera,
en declive descendía
hasta la márgen estrecha
del profundo y largo río,
que cerrado por compuertas,
al abrirse, defendía
á aquella elevada sierra,
ó su riego prodigaba
á los pastos y las siembras. 134

Y de este río á la márgen
llegaron los españoles,
cuando el sol, lanzando apenas
sus primitivos fulgores,
doraba de la montaña
los blancos salientes bordes:
cruzáronlos sin tardanza,
y al glácis subiendo altivos,
presumieron dar al Inca

un golpe definitivo,
ya que encerrado se hallaba
en su murado recinto.

Pero millares de arqueros
del parapeto detrás,
con arco y flecha en las manos,
los dejaron acercar,
y cuando á tiro estuvieron
y sin decir:—agua vá,—
javalinas, flechas, piedras
comenzaron á arrojar,
cual sorprende al caminante
un súbito vendaval.

En un caballo el Inca
y lanza en mano,
alentaba á su hueste
contra el cristiano;
y parecía
de su raza la efigie,
que se extinguía.

De su sorpresa vuelven
los invasores:
remolinean, se unen
y escudo oponen;
y emprenden luego
demolición y asalto,
haciendo fuego.

Mas *dos veces* del muro
son rechazados,
y sus ataques fueron
empeños vanos;
pero no obstante,
sin descansar pelean
*hasta la tarde.*

La noche tiende
su velo umbrío,
y el español
baja y emprende
su marcha al río,
que repasó.

Reunido en consejo,
que Hernando preside:
—allí se decide
la noche pasar;
y *al dia siguiente*
seguir el ataque,
si puede la gente
de nuevo lidiar.—

Se atienden y salvan
los varios heridos;
y los centinelas
atentos están;
y todos rendidos
entréganse al sueño,
que están decididos
de nuevo á lidiar.

Los indios, en tanto,
del rio corrieron
á abrir las compuertas,
que al llano inundó;
y los españoles
de pronto se vieron
del agua cercados;
y en gran confusión.

Mas no sus bríos,
aunque asombrados,
pierden á fe:
el alba apenas
lanza los rayos
del astro rey;
y antes que el agua
cierre los pasos,
que aun se ven,
á los heridos
en los caballos
logran subir,
y presto pueden
de aquellos llanos
ráudos salir,
y de peligros
entonces salvos
vense ya así.

La sierra suben y miran,
que de ellos vienen en pos
las huestes de Manco Cápac,
en tupido pelotón,
las que comienzan sus flechas
á arrojar al invasor,
engreídas en el triunfo
que su ardid les deparó:
y con sus continuas cargas
el regreso á molestar,
teniendo al fin don Gonzalo,
que en la retaguardia vá,
con sus resueltos jinetes
otras cargas también dar,
para poder libremente
entrar á la capital.

# LIII

## 1535 y 1536

Almagro partió á Chile,
con fuerzas en el Cuzco reclutadas;
y por el gran camino de los Incas,
hizo en verde llanura
sus primeras jornadas,
ledos todos gozando la hermosura
de esas aún regiones ignoradas.

Al acercarse á Chile se perdía
del todo *el gran camino*,
y comenzaba el áspero y montuoso
de blancas cordilleras del andino,
que estrecho y tortuoso,
entre escarpadas rocas se extinguía;
y solo el ágil hijo del desierto
atravesar podría,
ó las llamas y gamos,
cuando el sol esas nieves derretía.

Su eterna soledad aterradora
el ánimo embargaba,
y su silencio tétrico, imponente,
tan solo interrumpían vagamente
los ríos despeñados,
que formando estridentes cataratas,
caían tronadores,
en profundos abismos, congelados,
que exhalaban lumínicos vapores.

Horribles ventisqueros
y páramos eriales....
de raquíticos pinos ralos bosques,
azotados por roncos vendavales....
un desierto de rocas imponente
y un frío irresistible:
allí un extraño mundo, diferente
de todo el mundo entero,
entre angustias parece que solloza,
sin ofrecer al mísero viajero
pobre alimento ni mezquina choza!

Pero ya esos heróicos españoles
los altos eslabones conocían
de ese Andes, que encadena omnipotente
á todo un continente;
porque ya en él habían
desplegado su lábaro á los vientos;
y en él fijan tranquilos su mirada,
que hambre, sed, enemigos y elementos
y lúgubre miraje,
para ellos.... eran nada!

Su armamento colocan y bagaje
en mulas y caballos;
de alimento abastecen sus mochilas,
y la ascensión comienzan
en cortos grupos y ligeras filas:
los de la Santa cruz, *nuevos piratas*,
así subiendo van la serranía,
que cada nuevo día
encuentran más estéril y sin matas:
y las enhiestas rocas más punzantes,
la atmósfera más fría,
más rugientes las regias cataratas,
más hondos los abismos aterrantes,
más penoso el camino;
pero van ascendiendo esos gigantes,
siempre escalando al imponente andino,
aunque todo contra ella se rebele,
que el genio de la gloria los impele
á cumplir *misterioso su destino*,
como hace el torbellino,
que la hoja en las ondas dócil vuele!

Mas si puede el espíritu hacer frente
á los males morales,
y en lucha omnipotente
de sus fijas ideas no desiste,
no á las necesidades *materiales*,
de que estamos cercados,
el deleznable físico resiste;
y hace el intenso frío de la sierra,
que unos pierden *las uñas ó los dedos*
y otros *queden cegados*,
por el brillo del sol sobre la nieve:
los cortos alimentos
consumiéronse en breve,
empezando á la vez los sufrimientos,
aunque su aliento los conforte y guíe;
pero ante el hambre y frío
y desamparo triste,
su físico se postra y no resiste:

comienzan los peruanos
á sembrar el sendero *con sus cuerpos,*
que pasto son en breve
de bandadas de cóndores voraces,
sobre brillante nieve:
caen también *los caballos*, macilentos,
que cristianos y cóndores
se disputan hambrientos,
hasta que los cristianos salir pueden
de aquellos precipicios,
bajando ya á los llanos y á un riachuelo,
no sin que antes queden
sin vida muchos de ellos, entre el hielo,
después de haber pasado
los mismos sufrimientos y miserias,
que en Quito los reclutas de Alvarado;
y como parte de éstos
al mariscal seguían
y eran los más crueles,
mil sangrientas infamias ejercían;
pues habiendo furiosos los infieles
muerto en defensa propia
á *tres* viles soldados,
*más de treinta caciques principales*,
vivos fueron *quemados*,
á estacones atados...
y pasaron por hechos naturales,
mas indignado Almagro
del abuso insolente
de aquellos criminales,
impidió se llevasen adelante. 136

Desde Oriente á Occidente,
desde pasados primitivos tiempos
hasta la era presente,
siempre hombres y naciones han creído,
que el poder material, que han ejercido,
*sanciona sus abusos:*
y que el país vencido,
según antiguos y corrientes usos,
desde que iba á ser civilizado,
era y es criminal, *por resistirse;*
y tal crímen debiendo
lavarse con la sangre de los hijos,
que á su patria siguiesen defendiendo.

Desde Oriente á Occidente
esta es la antigua y la moderna historia;
y al desplegar allí los castellanos
sus triunfales pendones,
coronados de gloria,
hicieron lo que *todas las naciones*,
civilizadas hoy, *han hecho y hacen*,
cuando sus ambiciones
sangrientas satisfacen....
lo demás es servil declamatoria,
que con la antigua y la moderna historia
sin réplica compruebo
y en hechos atestiguo:
*envidia* á España es, que un mundo nuevo
presentó al mundo antiguo!

Flacos, mustios y andrajosos,
cual si salieran del limbo,
vense al valle de Coquimbo
á los cristianos bajar;
y en sus fértiles llanuras,
que convidan al descanso,
junto apacible remanso
hacer alto y descansar.

Y después de algunos días
la tropa más entonada,
envió Almagro una avanzada
el país á recorrer;
en tanto, los pliegos trajo
el bravo don Juan de Rada,
quien al fin de la jornada,
de Hernando pudo obtener.

Los pliegos anhelados
Almagro recibió;
y otro también para Rodrigo Orgóñez
mandó el emperador;
pues habiendo llegado hasta la corte
su fama de expertísimo oficial,
hízole Carlos quinto
de la Nueva Toledo mariscal.

De Roma en el saqueo memorable,
Orgóñez ya de alférez se encontró,
é hízose desde entonces conocido,
siguiendo al condestable de Borbón:
excelente soldado,
era fiel, activo y denodado;
y exento de ambición,
más propio era para ser mandado,
así es que noble y por afecto solo
á Almagro en sus empresas ayudó.

Después de *dos largos meses*
tornaron al campamento
el oficial y partida,
que á explorar esos desiertos
prevenido mandó Almagro,
estas noticias trayendo:
*—que unas ciento y tantas leguas*
hácia el Sud andando fueron,

hasta hallarse con un río,
—que después, por datos ciertos,
cuando á Chile conquistóse,
fuese el *Máule* supusieron;—
y que allí, según los signos
de tierras, montes y cielo
y observaciones de todos,
parecía ya que el mundo
se iba en la nada perdiendo;
y que próximos se hallaron
de do empiezan sus misterios.
Que no había *oro ninguno*,
sino indígenas dispersos;
que eran feraces y audaces,
como hasta entonces no vieron;
y que estas tristes noticias
eran lo único de nuevo
que encontraron, en mal hora
en ese estéril desierto.— 137

Escuchó, muy sorprendida,
la tropa del mariscal,
que sus paisanos se hubiesen
hallado, sin más ni más,
tan cerca de donde el mundo
por allí iba á terminar,
tal vez entre cataratas
ó negros antros quizá,
que llevasen al infierno,
ó la corte celestial;
pero lo que á aquella tropa
más que todo disgustó,
fué al saber que no existía
oro en tan pobre región;
pues estaba acostumbrada
al oro deslumbrador
de Méjico y el Perú;
así es que no sin razón,
por dar la vuelta cuanto antes,
unísona alzó su voz.

Inútiles fueron
las muchas instancias,
que hizo la tropa
al buen mariscal;
porque él no quería
su extensa provincia
*la Nueva Toledo*,
dejar de explorar.

Mas sus oficiales,
sabiendo el cariño
que á su hijo tenía,
hiciéronle ver:
—que aquellas comarcas
solo eran eriales,
sin oro ni halagos..
infierno tal vez!

Que allí terminando
del mundo los lindes,
ser todo debía
tinieblas y horror:
que el Cuzco era un cielo,
y que el Cuzco entraba
*en el territorio*
*de su concesión.*

Y que esa muy rica
peruana ciudad,
á su hijo debía
de herencia dejar,
á Nueva Toledo
unida además:
que no sus derechos
dejase usurpar
y fuese enseguida
á su capital,
y si algún Pizarro
osase rehusar
su entrega inmediata,
turbando la paz,
entonces juraban
sin tregua lidiar,
y entrar victoriosos
en la capital,
que su hijo don Diego
debía mandar....
y andando los tiempos
su rey ser quizá.—

Al oir á los jefes insinuantes,
Diego de Almagro, que adoraba á su hijo,
y ansiaba para él dichas y honores,
en su vejez soñando,
sintió cruzar visiones deslumbrantes
de láuros y de flores,
á su hijo coronando:
y lo que disuadir no pudo el duro
guerrero victorioso,
venció al amante padre cariñoso,
y á regresar al Cuzco se dispuso,
antes, pues, de explorar los castellanos
la tierra de los bravos araucanos;
y así esa tierra, vírgen, ignorada,
del *pacífico mar en vasta orilla*,
quedó aún reservada
para la musa histórica de Ercilla,
y de Valdivia la triunfante espada.

# LIV

## 1536 y 1537

Como eran tan recientes
los trabajos sufridos por la tropa
en las nevadas sierras, eminentes,
dispuso el mariscal:
—que se hiciera el regreso
por la estendida costa de la mar.—

Y al descender á ella se encontraron
*en el desierto inmenso de Atacama,*
que absortos contemplaron,
por su muda terrible soledad,
arenosa planicie
y tétrica aridez.
Mas ya estaban allí, é igual les era
arrostrar los peligros del desierto
ó helada cordillera,
y resolvieron internarse en él! 138

Con el orgullo propio de valientes,
el camino emprendieron,
que sin temor siguieron;
porque anhelaban ver,
si lo mismo que cumbres eminentes,
do quiera inaccesibles,
lograron trasponer,
podían en desiertos tan horribles
á su regreso resistir también!

Y ya internados en el gran desierto,
casi perdidos y con paso incierto,
como esquife sin rumbo entre la mar,
muy pronto las escasas provisiones
y los pocos forrajes
sin reemplazo empezaron á faltar:
rompíanse las botas y los trajes,
cayendo en mil girones,
como gajos, que lleva el vendaval:
y así andrajosos en la ardiente arena,
sedientos, febricentes,
postrados y dolientes,
veíanse marchar:
llevaban pies y manos calcinados
por el ardiente sol:
caían los caballos extenuados,
que al punto devorados
eran por el famélico furor;
y cobijados en sus rotas tiendas,
aguantaban el sol del medio día,
y los rigores de la noche fría,
avanzando en su marcha con tesón!

Heladas cumbres antes,
torrentes rebramantes,
precipicios sin fin:
y hora un sol de fuego, en arenoso
desierto pavoroso....
todo era horror y asedio:
para ellos cruzar y proseguir,
era tan solo el único remedio,
como es el triunfo en decisiva lid;
y así fueron luchando,
y así fueron marchando,
triunfantes, como siempre, hasta salir!

Mustios, flacos y rotosos,
cáusan miedo, espanto dan,
como duendes silenciosos,
que ora vienen ó se van.

¿Mas son sombras ó mirajes,
que formando va la luz,
ó visiones, que en celajes,
son heraldos de la cruz?

¿Son fantasmas, que vagando
entre densa lobreguez,
van y vuelven, fascinando
á la crédula niñez?

¡No son de esos, que en la cama
miedo dan á la niñez,
que se asusta, llora y llama,
en profunda lobreguez!

Hombres son, y *son los mismos,*
que cruzaron los abismos
del Andes y de la mar:
que del vencido Atacama
el desierto *dejan ya:*
es el valor, que se equipa
con la gloria que reclama
del aplauso universal:

el genio, que se emancipa,
y nueva fe, que disipa
otra fe, que va á espirar:
la nueva raza que llama
á las puertas de *Arequipa*
con su cruz y su puñal!

El descanso anhelado
buscó Almagro á su ejército agobiado,
en aquella antiquísima ciudad,
á *trescientos kilómetros* del Cuzco;
y allí supieron, todos sorprendidos,
del joven Inca el sitio general.

Envió al Inca una embajada
el activo viejo Almagro,
para evitar sus ataques,
y poder, de un modo franco,
encaminarse hasta el Cuzco,
y tomar resuelto el mando.

Señaló, entonces, el Inca,
para oír al castellano,
del Yucay el verde valle;
y allí fué Almagro en el acto,
con la mitad de su tropa,
hácia Urcos la otra marchando,
donde hizo su campamento,
habiendo hasta el Cuzco escasos,
*como unos treinta kilómetros;*
y mandó al momento Hernando
á saber:—si aquella tropa
para atacar al peruano
tán presto al Cuzco volvía;—
mas supo, desconcertado:
—que presto daba su vuelta
para sostener de Almagro
sus pretensiones al Cuzco,
de su merced amparado.
A la resistencia, entonces,
preparóse don Hernando,
muy de acuerdo con sus jefes,
de no dar entrada á Almagro.

Los fieles indios del Inca
calcularon:—que de acuerdo
Hernando y Almagro estaban,
y á Inca Manco previnieron:
que no se fiase de Almagro,
ni Hernando, su compañero,
pues convenido se habían
en sorprenderle en el centro.—
Y muy persuadido el Inca,
y dando todo por cierto,
cayó en Yucay sobre Almagro,
con sus *quince mil flecheros.*

Mas viejos veteranos,
vencedores del desierto
y las cumbres de los Andes,
*mas de una hora* esgrimieron
sus armas contra los indios,
en obstinado entrevero,
en el cual Rodrigo Orgóñez
dejó su caballo muerto;
pero su honor *siempre vivo*,
en uno y otro hemisferio:
y ya el Inca y sus legiones
á quedar en paz volvieron.

Reune á su ejército Almagro,
y al Cuzco marcha emprendiendo,
copia de sus credenciales
remite al ayuntamiento,
reclamando:—que en seguida
de gobernador el puesto
le entregase en toda forma,
según su claro derecho. 139

Y como Almagro tenía
*quinientos* bravos guerreros,
y los del Cuzco y sus fuertes
*no alcanzaban á doscientos*
entre los cuales habían
de Almagro muchos adeptos,
los prudentes concejales
el someter resolvieron
esa cuestión intrincada
á los pilotos expertos;
y á una y á otra parte,
con muy prudentes consejos,
con sensatas reflexiones
y el estado de ese reino:
—hicieron ver los peligros
á que se hallaban expuestos,
si cual díscolos vasallos,
partiesen tan de ligero;
pidiéndoles que aguardasen
muy en breve el fallo recto
de pilotos imparciales,
según su ciencia y derecho,
sin dar escándalo alguno,
que pudiese ser funesto,
para ellos los preferidos
por la bondad del Eterno;
para allí esparcir su gracia
y de España honrar el suelo.

Ante razones tan justas
y tan claros argumentos,
fijóse, pues, una tregua,
que ambos jefes admitieron,
quedando Almagro y sus fuerzas
en cercano campamento.

Insoportable y lluvioso
era por demás el tiempo;
y de Almagro los soldados
hallábanse descontentos;
y mas se aumentó el disgusto,
cuando sorprendidos vieron,
que á pesar de lo pactado,
fortificábanse dentro;
y el saber que se venía
desde Lima y con refuerzos,
don Alonso de Alvarado
á hundir á Almagro dispuesto.

Y de Almagro los amigos
ver le hicieron la traición,
pidiéndole:—que vengase
tan villana violación;
y Almagro, que no era hombre
de sufrir una maldad,
mandó al frente de sus trópas,
que atacasen la ciudad.

*Era el ocho de Abril*
*del año mil quinientos treinta y siete,*
y en siniestro gemir
la tempestuosa noche se promete,
cual si quisiera por ocultas sombras,
crímenes fratricidas impedir;
pero ni noche oscura,
ni del rayo el continuo fulgurar
en torno de la tétrica llanura,
para impedir el plan
nada son, y el ataque no se aplaza,
y de Almagro las fuerzas
entran sin obstáculo en la plaza
y templo principal.

Moraban don Gonzalo y don Hernando
en un vasto salón,
que á la plaza caía:
llamó á su puerta Orgóñez
seguido de una buena infantería,
pidiendo rendición.

*Una veintena* de hombres custodiaba
aquella sala, cuya puerta abrieron,
y su entrada, animosos defendieron,
comenzando á luchar;
pero queriendo Orgóñez desde luego,
sangre y tiempo abreviar,
*hizo al pajizo techo* poner fuego,
pudiendo á duras penas
los encerrados hombres disparar,
cuando cubierto el techo con las llamas
comenzábase á hundir;
y así los detenían prisioneros,
cuando iban á salir.
Mas Hernando y Gonzalo,
con su adarga cubiertos y furiosos,
rehusábanse rendir;
pero fueron cercados,
y después de luchar desesperados,
pudiéronlos rendir.

Los Pizarro y sus amigos,
que estaban en el salón,
fueron al punto encerrados
en muy segura prisión;
y el dócil ayuntamiento
dió al mariscal la razón,
sin esperar de pilotos
la competente opinión:
dióse á don Gabriel de Rojas
el mando de la ciudad;
y las fuerzas que existían,
con muy buena voluntad
á Almagro reconocieron
en su nueva dignidad,
pues mas que á Hernando y Gonzalo
queríanle en realidad.

El primer acto de Almagro,
después que el mandó asumió,
fué dirigir á Alvarado
amistosa comisión,
pidiéndole su obediencia,
como del Cuzco señor;
pero Alvarado, que en Jáuja
su campamento situó,
contando *quinientos hombres*
en muy buena situación,
nada quiso contestar
al nuevo gobernador:
presos puso á los enviados,
y luego á Lima escribió,
dando al marqués la noticia,
que dióle la comisíón.

Causó gran disgusto á Almagro
conducta tan descortés,
y preparóse á marchar

y en un combate obtener
la sumisión, que nególe
de Alvarado la altivez,
y á adoptar otras medidas,
que buenas creyó también;
mas Orgóñez, su segundo,
hízole franco saber:
—que lo mejor en tal caso,
era *matar de una vez*
á los dos presos hermanos,
como se mata á un infiel.—

A esto Almagro contestóle:
—que aunque odiaba á don Hernando,
con don Francisco, su amigo,
ligábanle antiguos lazos,
que romper jamás quería,
vertiendo sangre sus manos,
ni llegar á ser primero
el perjuro y despiado.—

Mas Orgóñez replicóle,
como hombre más duro y práctico:
«Mi jefe, el muerto no muerde;
y el que á enemigo traidor,
no castiga con rigor,
por compasivo se *pierde:*
sedlo, pues, si lo quereis,
en obsequio á la concordia
ó por el amor de Dios;
pero Hernando, no olvideis,
que se ha de vengar de vos,
sin tener misericordia!
Y por vuestro bien me cuadra
volveros á repetir:
mi jefe, deben morir,
que perro muerto no ladra!» 141

Pero contentóse Almagro
con encerrar á los dos,
bajo vigilante guardia,
en un seguro salón
del apartado y ya triste
antiguo templo del sol;
y de Alvarado al encuentro
con su ejército salió,
llevando á su fiel Orgóñez,
como su sostén mejor;
pues unánime el consejo,
que el mariscal convocó,
declaróse por la guerra,
como única solución.

# LV

## 1537

Con su ejército hallábase situado
don Alonso Alvarado,
en un extremo opuesto
del río de Abencay:
al antiguo teniente
don Gómez de Tordoya
encomendóse el defender el puente,
por donde era difícil el pasar;
y del cercano vado el fácil paso
á Pérez de Guevara
y al noble Garcilaso,
pudiendo en ellos sin temor confiar;
y la altura que al valle dominara,
estaba defendida
por don Pedro de Lerma, el capitán
de clase distinguida,
y al que antes dió Pizarro el mando en jefe
de aquel destacamento;
y después al partir, confió á Alvarado,
quedando desde entonces descontento
de tal postergación;
así es, que ocultamente,
Lerma convino con su amigo Orgóñez,
*pasarse con su gente,*
al comenzar la acción.

Ya desmoralizado
el ejército estaba
del capitán Alonso de Alvarado,
y ningún entusiasmo se notó;
pues todo buen soldado
al viejo Almagro daba la razón.

Era *el doce de Julio,*
y descendía el sol en Occidente,
cuando vióse llegar
á Almagro de su ejército á la frente,
al río de Abancay:

quiso mandar un último mensaje
á Alonso de Alvarado;
pero opúsose á ello el buen Orgóñez,
diciendo:—que cual falta de coraje
podría ser por alguien comentado
su intento, *asaz prudente.*—

Siguióse tal consejo;
y en tanto oscurecía,
Orgóñez, impaciente
de dar una sorpresa,
con *ochenta ginetes* escogidos;
«Ya es tiempo; al río, ánimo y apriesa,»
grita osado y al río se lanzó:
hallábase crecido y peligroso
y el paso no se halló,
y nadie en las tinieblas se veía;
pero Orgóñez gritaba: «¡A mí de priesa!»
y por la voz el grupo le seguía,
y del río las ondas atraviesa:
pasan la orilla y baten á Guevara,
que *de una pierna herido*,
abandonado encuéntrase tendido.

Almagro de consuno ataca al puente,
que Gómez de Tordoya
defender puede apenas débilmente,
cuya defensa por instantes merma;
y pásase en seguida con su gente
el ofendido Lerma;
pero súbito Alonso de Alvarado
restablece el combate
con el cuerpo, que había reservado,
aunque de Lerma la traición al ver,
lo deja al atacar, desconcertado;
y unos y otros gritaban: «¡Viva el rey!»

Extínguense los rayos de la luna,
y el lucero entre nubes trasparentes,
extínguese también:
los albores sonrientes
se ven del nuevo sol aparecer:
corre al combate Orgóñez, y en la boca
herido siendo, *sáltanle los dientes*
y sangre á borbotones,
y parecía ya que iba á caer;
pero furioso alzando
su fuerte espada y por do quier matando,
como un loco gritaba:
«¡Aquí me han de enterrar ó he de vencer!»
Sus sublimes esfuerzos, secundados
por sus jinetes son;
y los contrarios, ya desconcertados,
desertan de la acción.

Parte Alvarado á un cerro á guarecerse,
seguido de unos cuantos caballeros,
en cansados trotones;
pero lánzase Orgóñez y los corta,
y rinde prisioneros,
aún saliendo su sangre á borbotones,
y el resto de la tropa se entregó.

Fué de Rodrigo Orgóñez la victoria....
fué el héroe vencedor,
que en la acción de Abancay,
con un láuro de gloria
el ya naciente sol,
se complugo triunfante en coronar!

Quedó Almagro en el campo de batalla
con todos los pasados y vencidos,
y Orgóñez para el Cuzco dirigióse,
llevando á los heridos
y principales jefes prisioneros.

Un consejo de guerra
en el Cuzco reunióse incontinente,
por Orgóñez pedido,
de esa su herida más restablecido,
y quedó sancionado,
como medida urgente:
—dar á los dos Pizarro y Tordoya,
y á Alonso de Alvarado,
*de muerte* el castigo merecido.—

Y esa sanción por obtener Orgóñez,
que con vendado rostro se veía,
antes de la sanción les repetía:
«Solo nos quedará *la triste gloria*
de este triunfo obtenido,
y haríamos *estéril la victoria*,
y de este triunfo el porvenir incierto,
si no damos la muerte *á los traidores*,
que no muerde ni ladra perro muerto!» 142

Eco halló en sus amigos y soldados
su precisa energía;
y á todos, indignados,
esa pronta sentencia complacía.

Almagro supo al momento
tan dura resolución,
y á impedir que se cumpliese
rápido al Cuzco marchó:
á oficiales y soldados
poner hizo en libertad,
y mandó cuanto era de ellos
puntualmente el entregar.

Y solo discretamente
hizo á Alvarado saber:
— que el agravio á sus enviados
una acción fué descortés.—

Pero no de acuerdo Orgóñez
con su amigo el mariscal,
pues dar muerte á los Pizarro
y luego á Lima marchar,
sacando fruto del triunfo,
era su trazado plan,
y exclamó, compadeciendo
de Almagro tanta bondad:
«Pues así lo quiere, sea;
*más pronto le pesará!*»

En tanto, Hernando Pizarro
quejábase en su prisión
á don Diego de Alvarado
de tan injusto rigor;
y éste, por distraerle
y movido á compasión,
le acompañaba á los naipes
largas horas á jugar;
mas perdió don Diego en breve
por hacer tal caridad,
*ochenta y tantos mil duros*,
que al írselos á pagar,
no quiso el taimado Hernando
de ningún modo admitir,
diciéndole:—no era justo
su plata perdiese así,
tan solo por distraerle
y á darle esperanzas ir.—

Desde entonces Alvarado
fué su ardiente defensor,
é hizo por gratitud,
lo que antes por compasión;
y por él quizá su intento
Orgóñez no consiguió,
pues habría al fin Almagro
prestado su aprobación
á la unánime sentencia,
que el consejo pronunció.

Supongo que el lector no habrá olvidado,
—si este relato inspírale interés,
no como con fútil obra literaria,
que á ratos voy trazando por placer,
sino como epopeya americana;—
que cuando Manco Cápac sublevóse,
se dirigió solícito el marqués
á otros gobernadores convecinos,
pidiéndoles ayuda urgentemente
y su crítico estado haciendo ver.

Este eco, dirigido al patriotismo
y á sostener al reino conquistado,
no desoído por los otros fué:
un bajel con vestuarios y pertrechos
mandóle, sin demora,
su célebre pariente Hernán Cortés:
otros también, soldados y reclutas;
y Gaspar Espinosa, el licenciado,
su amigo y socio antiguo,
y en Panamá persona de valer,
con *doscientos cincuenta* aventureros
llegó á Lima á su socio á sostener. 143

Con estos buenos refuerzos
el marqués sin vacilar,
dejó á Lima, y hacia el Cuzco
marchó con celeridad,
para socorrer á Hernando
y al altivo Inca ultimar;
pero á muy pocas jornadas,
de Alvarado le llegó
la del Cuzco infausta nueva;
y que hallábanse en prisión
sus dos hermanos queridos,
y Almagro dueño y señor,
después de haber derrotado
en el valle de Yucay
al Inca con sus legiones,
para no volver jamás.
Con ira escuchó Pizarro
los triunfos de su rival;
y aún podido no había
de tal sorpresa volver,
cuando supo de Alvarado
derrota y prisión también:
y volverse á Lima entonces,
juzgó prudente el marqués.

Y cuando á Lima llegaron,
reunió el marqués á sus jefes,
con cuyo hecho ya probaba
lo precario de su suerte,
porque jamás consultábales,
sino en lances inminentes,
sus recónditos proyectos,
como hombre arrogante y fuerte:
—de la conducta de Almagro
quejóse hipócritamente,
por los males que á la patria
y á la honra de ellos hiciere,
cuando por medios tranquilos

pudo con él entenderse,
su despecho así ocultando,
como el tigre que en el verde
se arrastra, oculta y prepara,
y después saltando hiere.—

á la defensa resueltos,
comenzaron diligentes
á preparar la ciudad,
y allí á esperar, que viniese
el mariscal á buscarlos,
si tal era de insolente.

Salvóles, pues, la demora,
y que Almagro, néciamente
el plan eficaz de Orgóñez
con terquedad no siguiese;
pues cuando el hombre se lanza
y una gran campaña emprende,
que es extrema y decisiva,
*retroceder es la muerte,*
ó perder la honra adquirida
de capaz ó de valiente.

Fué, entonces, cuando Pizarro,
ora porque algo temiese,
ó darse más importancia,
cuando estaba más inerme,
pues dice el refrán:—no quita
lo cortés á lo valiente,—
para sí fundó una guardia
*de doce* hombres fieles;
*seis* llevaban arcabuces,
y *los otros seis*, lucientes
alabardas ostentaban,
cual si á un monarca sirviesen.

Luego el marqués, astuto y precavido,
queriendo ganar tiempo y prepararse
para no ser vencido,
y aparecer pacífico y clemente,
nombró una comisión ceremoniosa,
que encabezó Espinosa,
para hacer el arreglo conveniente.

Al mariscal hallaron infatuado
por su triunfo reciente,
y con exageradas pretensiones
para ya entrar en plática amistosa,
por más que mil razones
hábilmente exponiendo fué Espinosa.
«¿No observais, díjole éste, que en la corte
han de hacer mal efecto estas querellas,
después que fuísteis tan amigos siempre?
Creerán, y con razón, que el móvil de ellas
es solo ya por interés mezquino,
vuestra patria olvidando
y de la gloria el inmortal camino;
y mandará el monarca,
quien presto os ponga en paz, y luego os prive
del mando á cada cual de su comarca.
Y por rivalidades y ambiciones,
indignas de los hombres afamados,
perdereis los honores y riquezas,
quedando deshonrados;
pues vuestro mal ejemplo,
castigado será severamente,
para que en estos reinos
no ose nadie seguirlo impunemente.
El ser amigo de ambos
muéveme solo á que procure ahora,
que ajusteis un arreglo equitativo,
y Dios la paz bendiga bienhechora.
Amistoso á aceptarla os apercibo.»

«A todo estoy dispuesto,
Almagro contestóle; pero el Cuzco
mío será, y á defender me apresto.»
«Pues todo cuanto hablemos ya es en vano,
replicóle Espinosa;
mas debo recordaros otra cosa;
no olvideis el adagio castellano:
el vencido, vencido,
mientras el vencedor queda perdido.»

Los amigos de Almagro y consejeros
llegaron á saber:
—que un tal Hernán González, que venía
en la experta embajada del marqués,
también secretas órdenes traía
de en seguida anular
las cláusulas que fuesen
acordadas en pró del mariscal;
quien con razón sobrada
decir pudo á Espinosa, mas no quiso:
—que era inútil pactar
con una comisión, que un miembro suyo
podía lo pactado revocar,
lo que era clara prueba
que no había en Pizarro lealtad.—

El preso don Hernando
propuso á Almagro, hipócrita también:
—el salir en seguida para España,
pues le era menester
al monarca llevar su quinta parte,
si en libertad hacíale poner.—

Debido á los oficios de Espinosa,
que no retrocedía,
cuando algo conseguir se proponía,
consiguióse evitar un rompimiento;
y después de ciertas bases formularon,
que en buen avenimiento
á discutir con calma comenzaron;
pero cayó Espinosa en esos días
enfermo gravemente,
y con grande sorpresa de unos y otros,
*falleció de repente.*
Y corrióse el rumor, *que envenenado*
habia fallecido,
sin conseguirse fuese comprobado.

Fué su imprevisto fin harto sentido,
y por muchos llorado,
por su alta posición y cualidades,
riquezas y sus hábitos humanos,
servicios *de veinte años* y desvelos
en favor de sus nobles soberanos,
que mucho le estimaban;
mas no así por los viejos veteranos,
que allí había del tiempo de Balboa,
que no le perdonaban,
del héroe al lamentar la triste suerte,
que manchara su nombre, y lo escribiera
*en la injusta sentencia* de esa muerte.

Despidió el mariscal á los enviados,
encargando dijesen al marqués:
—que el modo de evitar nuevas revueltas
era aquella cuestión el someter
á altas personas de conciencia y doctas,
sin que en ella tuviesen interés;
y que ambos á cumplirla se obligasen,
según la expresa donación del rey,
y cada cual al otro devolviese
lo que mandase el fallo devolver.—

# LVI

## 1537

Con un buen destacamento
partió Orgóñez á buscar
en su guarida del Tambo
al vencido Inca en Yucay;
pero ya medroso el Inca,
no quísole allí esperar,
y Orgóñez le sigue y bate,
desde el valle al matorral,
desde la colina al monte,
hasta que corrido ya
el Inca con sus mujeres,
púdose al fin internar
en los antros de los Andes,
buscando en la soledad,
como fiera perseguida,
ignorado allí morar.

Y después de verse libre
el Cuzco de asedios más,
y dispersos los indígenas,
preparóse el mariscal
para fundar en la costa
una cristiana ciudad,
que compitiendo con Lima,
tuviera salida al mar;
pues de ese modo podría
con toda facilidad,
con los otros nuevos reinos
el suyo comunicar.

El ejército encontrábase ya pronto;
mas antes que partiera
volvió á insistir Orgóñez:—en que á Hernando
la muerte se le diera;—
pero también don Diego de Alvarado
por salvarle influía,
diciendo:—que tan bárbaro atentado
á la causa de Almagro dañaría;
y que temprano ó tarde
el rey aquella muerte vengaría:
que era indigno lanzarse á la matanza,
y mas á sangre fría;
porque teniendo la razón Almagro,
en la justicia estaba su esperanza.—

Pero incansable Orgóñez repetía:
*—que en breve al mariscal le pesaría,*
*su indiscreta templanza;*

que aunque tuviese el mariscal corona,
aguardase de Hernando la venganza....
que un Pizarro *una injuria no perdona!*—

Presumió Almagro conciliarlo todo,
á don Gabriel de Rojas ordenando:
—que á los presos guardase estrechamente;—
y consigo llevóse á don Hernando,
con una fuerte guardia,
que en el viaje le fuese custodiando.

Bajaron á la costa,
y *hacia fines de Agosto* descendieron
de Chincha al verde valle delicioso;
y allí entusiastas todos se pusieron
con ánimo afanoso,
á alzar una ciudad que presto fuese
la rival de los *Reyes*,
y celos y temor al marqués diese.

Dieron á la ciudad de *Almagro* el nombre;
y tan ufanos todos se encontraban
de las victorias de Abancay y el Cuzco,
que *estas ú otras cuartetas* recitaban,
con acentos de burla y de ironía,
creyéndose invencibles,
sin mirar que el destino cada día
se goza en nuestros males indecibles:
«A los Pizarro lancemos
á otros más distantes mares,
ó en las tierras de manglares,
para semilla dejemos.
Por acá no han de quedar
ni basuras ni guijarros,
ni pizarras ni Pizarros,
en que poder tropezar.»

Así se solazaban
y así todos cantaban,
bajo ese cielo puro y trasparente
de atmósfera balsámica y serena
y luz resplandeciente;
mas presto el gozo convirtióse en pena,
como nos acontece casi siempre,
que damos un deseo
ya por realizado,
pues se supo del Cuzco por correo:
—que Gonzalo y Alonso de Alvarado,
sobornando á unos guardas desleales,
de su prisión *habíanse fugado*,
y seguíanles varios oficiales.

Y ganando los prófugos la sierra,
sin que el peligro de tan árdua marcha
sus ánimos reprima,
cruzaron solitarios los caminos
y pudieron al fin llegar á Lima.

Profunda indignación esta sorpresa
causó en el campamento:
gritaron los soldados,
*y la guerra pedían* irritados,
aumentando sus cantos tronadores:
y hasta Almagro mostróse arrepentido,
no haber antes seguido
de Orgóñez los consejos salvadores;
pero teniendo á don Hernando en rehenes,
creíase escudado
de todo engaño y asechanza astuta
de su rival taimado.

En ardiente disputa,
al saberse esta fuga sorprendente,
don Hernando y Orgóñez se trabaron;
y el preso se mostró *tan insolente*
y audaz en replicarle,
que sacando su daga,
gritó Orgóñez: «¡Conclúyase esta plaga!»
E iba el corazón á atravesarle,
cuando en aquel momento
salió Alvarado de cercana tienda,
y pudo el golpe detener certero,
calmando al caballero,
y apaciguar un tanto la contienda.

Vivía entonces en Lima
un fraile de la Merced
y gozaba vuesarced
de gran respeto y estima:
provincial, comendador
y vivo era, como ardilla,
fray Francisco Bobadilla,
canonista y muy doctor.
Por un gran sábio pasaba,
y en vida ya, *por un santo*,
siendo de fe todo cuanto
tal santidad pronunciaba.
Y á ciertos devotos dijo:
«¡De pensar, oh mis hermanos,
que entre sí lleguen cristianos
á entrar en guerra, me aflijo!»
Y pregúntanle con arte:
«Buen padre, qué nos conviene?
¿Cuál os parece que tiene
la justicia de su parte?»
«No lo sé.... mas es mi creencia,
y esto aquí, para inter nos,
testigo poniendo á Dios,

de que os hablo con conciencia,
y según de credenciales
y sus estudios deduzco...
que tócale á Almagro el Cuzco....
*pero chitón....* sedme leales,
que sin duda me he excedido,
al emitir mi opinión.»
Y por esta indiscreción
se persignó, compungido!

¡Que bien el buen mercenario,
cuando *el secreto* pedía,
á sus clientes conocía....
como á su viejo breviario!

Pues su objeto se logró
por esas trompas veloces,
y como *el secreto a voces*,
hasta el mariscal llegó.

La oponión del provincial
era un sólido cimiento,
y llenóse de contento
el cándido mariscal.

Con arreglo á lo espuesto á los enviados,
mandó á Almagro el marqués:
—pedirle que indicase la persona
que la cuestión llegase á resolver;—
y al padre Bobadilla
propuso incontinenti el mariscal;
y gozoso Pizarro
aceptóle también, sin vacilar.

Mas disgustado Orgóñez
por este apresurado nombramiento,
á Almagro su temor manifestó;
pero éste le repuso:
«Si á un sabio de tan claro entendimiento
y un tan santo varón,
exento de miserias terrenales
y temeroso de Dios,
no confiamos los bienes y los males,
¿en dónde puede hallarse otro mejor?»

Y Orgóñez replicóle:
«¡Todo eso no lo sé;
pero sí os aseguro, que el buen fraile,
mas que hacia vos, *se inclinará* al marqués!
Estas cuestiones, do el honor se expone,
y vida y bienes juéganse también,
después de grandes, nobles sacrificios,
no se zanjan *con árbitro y papel;*
sino con la razón del que se *impone*,
haciéndose temer!»

Pero el padre Bobadilla
mostró su imparcialidad,
procurando que ambos jefes
ante él llegasen á hablar,
y en amistosa entrevista
cortárase tanto mal.
A su oratorio de Mala
hízoles, pues, invitar,
y que *solo doce amigos*
fuesen con su general,
quedando los campamentos
en su fijado lugar,
y ambos jefes aceptaron
la cita del provincial.

*Era el trece de Noviembre,*
y Pizarro fué el primero
que al provincial presentóse,
con sus doce caballeros.
No tardó en entrar Almagro,
igual número siguiéndolo,
y adelantóse á Pizarro,
quitándose su sombrero;
pero éste, altivo, la mano
apenas llevóse al yelmo,
deteniendo así el saludo
de ese noble amigo viejo,
que tendiérale la mano
como en más tranquilos tiempos,
si el orgulloso Pizarro
no lo esquivase, severo.

¡No eran, ya no, esos valientes,
ni íntimos compañeros,
ligados con alma y vida
por un grande pensamiento!
¡No eran, ya no, en los combates
esos constantes guerreros,
que por su Dios y su patria
buscaban fama en desiertos!
¡Ya solo eran dos rivales,
con ira y resentimientos,
hasta la fe renegaban
del sagrado juramento,
que juntos al pie del ara
de eterna amistad rindieron!
Pero *el uno fué el culpable*
de ese fatal rompimiento,
por los repetidos actos
de su egoismo funesto!

Pizarro, que era el que estaba
más enconado y soberbio,
no pudiendo contenerse,
así expresóse el primero:
«El por qué decidme, Almagro,
faltando á todo respeto,
os habeis tomado el Cuzco,
que conquisté con mi aliento,
y encerrando á mis hermanos,
tal injuria me habeis hecho?»

«¡Mirad bien lo que decís,
—replicó Almagro sereno,—
qne no ganasteis el Cuzco....
fué de todos un esfuerzo!
No por traición entré yo,
sino cual señor y dueño,
en lo que dióme el monarca,
y usando de mi derecho;
y por resistirse puse
á vuestros hermanos presos,
pues negarlo con las armas
á mis armas pretendieron.»

Y contestóle Pizarro
cada vez más altanero:
«Si hubiera en el Cuzco estado,
defendiéralo como ellos,
pues ser su dueño y señor,
nunca, jamás os concedo.
Así, pues, cuando os volvais,
á don Hernando ponedlo
en libertad; sino os hago
responsable desde luego,
de la sangre y los perjuicios
de un proceder tan ligero.»

«Libre saldrá en hora buena,
—repúsole Almagro presto;—
pero mandarlo así deben
los letrados de este reino,
y con tal que se presente
con su seguido proceso
ante el rey nuestro señor,
quien de todo quede impuesto,
y haga completa justicia,
como confiado lo espero.»
«¡Basta ya,—exclamó Pizarro,—
de todo ello soy contento!»

En tanto á saber llegaron,
los que con Almagro fueron:
—que don Gonzalo Pizarro,
con unos arcabuceros,
encontrábase en la Mala,
y colocado en acecho
en unos cañaverales,
para al salir, sorprenderlos.—

Don Francisco de Godoy,
sabedor también del hecho,
y aunque oficial de Pizarro,
por tal traición descontento,
no encontrando modo alguno
de entrar donde estaban ellos,
y dar á Almagro el aviso,
comenzó con claro acento
á modular el romance:
«*tiempo es, el caballero,*
*tiempo es ya de andar de aquí,*
y á repetir estos versos,
que los de adentro escucharon,
sin bien poder entenderlos.»
Mas con aire misterioso
entró á los pocos momentos
el oficial Juan Guzmán,
y á Almagro dijo de quedo:
«Mi jefe, en peligro estamos,
y salir pronto debemos.»

Y Almagro y sus oficiales,
al punto de allí salieron,
sin despedirse de nadie,
en instantes tan supremos;
y saltando en sus caballos,
evitaron el encuentro
de la traidora emboscada
del grupo de arcabuceros;
y á galope por los campos,
en breve desparecieron.

El aviso dado á Almagro
interrumpió, tan á tiempo,
su discusión con Pizarro,
que si tardara un momento,
cesado hubiesen reproches,
hablando solo el acero.

# LVII

## 1537

¿Veis cómo en sereno día
álzase nube sombría,
ruge el trueno con fragor,
y túrbase la alegría
del solaz y del amor?

Así turbóse el contento
en el ledo campamento
del confiado mariscal,
cuando supo la emboscada
por Gonzalo preparada,
detrás del cañaveral.

La guerra á gritos pidieron
y en denuestos prorrumpieron
contra el pérfido marqués;
y á nadie duda le cupo
de su traición y doblez,
cuando del fraile se supo
el pronto fallo después.

De su trama jesuítica harto ufano
el padre Bobadilla,
como árbitro falló de esta manera,
cual si fuese una cosa tan sencilla,
como imponer sosiego
á lejos en rencilla,
ó de memoria su lección supiera:
—que en velero bajel hábil piloto
á constatar saliera
del río de Santiago, aún ignoto,
la exacta latitud, pues ella era
al septentrión el límite preciso
de tierras al marqués ya concedidas:
y que fuese ese límite la base
para arreglarse todas las medidas
de la cuestión pendiente:
y que inter-tanto Almagro *le entregase*
el Cuzco, que por fuerza hubo tomado;
y el marqués poseeyó tranquilamente,
después de conquistado:
que al mismo remitiese
toda la plata y oro
del quinto, que á su rey correspondiese:
*que dentro de seis días*
á don Hernando en libertad pusiese,
el que salir debía, sin escusa,
*dentro de seis semanas* para España,
los quintos conduciendo;
y cada cual volviera á los dominios,
que antes tenía de la hostil campaña;
y allí tranquilamente
esperasen el fallo competente.— 144

Aceptó sin trepidar,
de Lima el gobernador
este fallo singular;
mas no así el procurador
del burlado mariscal,
que ante la real audiencia
apeló de la sentencia,
por suponerle parcial;
pero el padre Bobadilla
la apelación impugnó,
y para ello se fundó
en las leyes de Castilla:
—porque siendo el juez, nombrado
por partes interesadas,
ya quedaban obligadas
á consentir lo mandado;
pues era el arbitramiento
sentencia definitiva,
y sin más, ejecutiva,
desde aquel mismo momento.—

De nuevo la ira
sintióse estallar
en el campamento
del buen mariscal,
el fallo al saberse
del fraile falaz.

La tropa, indignada,
comienza á culpar
al viejo su jefe
de debilidad,
así prorrumpiendo,
cual olas del mar:

«La culpa la tiene
nuestro general,
que ya, como un tonto,

se deja engañar;
y con sus intrigas
Pizarro será
quien en breve llegue
el triunfo á ostentar.
En Chile quedarnos,
sin mengua y en paz,
y del río Máule
las aguas pasar;
vivir en sus charcas,
y el rico metal
allí en sus desiertos
tranquilos buscar,
hubiéranos sido
mejor en verdad,
que no presurosos
volvernos acá,
para que Pizarro
nos quiera humillar!
¡Si hubiera de Orgóñez
seguídose el plan,
Hernando en su fosa
durmiera tiempo há,
y Almagro mandara
sin falso rival!»

Y Almagro, furioso,
lo mismo á su vez,
de aquellos disturbios
culpaba al marqués.
«Me llama, decía
con noble altivez,
*el tuerto y el feo;*
y el fraile sin fe,
astuto tendióme
su pérfida red,
echando, en olvido,
que llégome ver
con estos achaques
de pronta vejez,
*por treinta años largos*
sirviendo á mi rey!»

Viendo Orgóñez afligido
á su pobre mariscal,
por esas cuitas y penas,
procuróle consolar;
mas no sin hacer sentirle,
cuánta fué su terquedad,
y díjole: «Para todo
remedio hay, mi general,
pues no hemos aún llegado
hasta el trance de llorar,
como abandonados niños
en su mísera orfandad.
En fin, en medio de todo,
el consuelo os quedará
que....hicisteis *en todo el gusto,*
sin atender ni escuchar,
lo que hacer os convenía,
con tan pérfido rival!»

Y el viejo Almagro replica:
«¿Y hora qué hacer convendrá?»
Y Orgóñez le contestó:
«Aún es tiempo, si empezais,
como primera medida,
mandando el cuello segar
de don Hernando Pizarro,
que todos aplaudirán,
viendo así nuestro enemigo,
que no imploramos la paz,
que ha debido él implorarnos
y no venir á engañar!»

Meditabundo quedóse
é indeciso el mariscal,
como quien rugir escucha
la cercana tempestad,
y la consecuencia arrostra
de alguna empresa fatal;
pues ya su cabeza y físico
empezábanle á faltar,
y dudaba, si debía
en su intranquila ansiedad,
mandar ó no en ese instante
de Hernando el cuello segar.

En tanto, del marqués urgente pliego
Almagro recibió,
pues el marqués sabía
el peligro inminente
que su hermano corría,
y tan solo pensó en su salvación.
Y á Almagro proponía:
—que en el Cuzco quedase,
y del arbitramiento
también se prescindiera,
hasta que el rey mandase
á cual de ellos debíase entregar,
con tal que á don Hernando
pusiera, en el momento,
en ámplia libertad,
prestando antes *solemne juramento,*
de partir á Castilla con los quintos,
y así mientras, quedase todo en paz,

para solo ocuparse
ese extenso país en conquistar.—

No fué llamado Orgóñez
esta nueva propuesta á resolver;
mas disculpóse Almagro,
cuando aceptada fué;
pero constante con su opinión Orgóñez,
repuso con calor:
«¿Y podeis presumir que hombre tan pérfido,
que al partir á la corte os prometía
por vos el trabajar, y os engañó,
aquí en las Indias llegue
á portarse mejor?
¿No palpais diariamente los engaños
de su falso carácter y ambición?
¡Ya veo, que después de tantos años,
*no le conoceis*, nó!
¡Mas que os inspire acierto
pedirle debo á Dios,
y que á todos nos libre
de los sangrientos planes del traidor!
¡Ay, Orgóñez, Orgóñez,
—terminó, su pescuezo señalando,—
este te han de cortar,
por haber sido firme y consecuente
de Almagro á la amistad!»

¡La suerte estaba echada,
y veremos á cual favoreció!
El mismo viejo Almagro
corrió á Hernando á sacar de su prisión,
y se abrazaron ambos,
y generoso Almagro le pidió:
—que diesen sus rencillas al olvido,
como hijos dignos de su gran nación,
y solo se ocupasen
de extender su conquista tan gloriosa,
cubriéndose de honor.—

Y fingiendo los mismos sentimientos:
—llevar los quintos y á *las seis semanas*
salir para su patria,—
*por juramento* Hernando prometió.
Y complacido Almagro,
á su casa llevóle, y *un banquete*
servido fué con toda profusión.

Con don Diego Alvarado y una escolta
y Diego Almagro, hijo,
partió poco después,
y llegó al campamento felizmente
del inquieto marqués.

Viendo á Hernando partir don Juan de Rada,
*se dijo* que exclamó con alegría:
«¡Me place, vive Dios,
que haya salido bien de esta jornada,
para que así, algún día,
se arregle cierta cuenta, entre los dos!»

Con evidentes pruebas de contento
recibiólos á todos el marqués;
y en dádivas y joyas
su íntima gratitud les hizo ver;
y al joven Diego Almagro, sobre todo,
que al despedirse agasajó cortés.

Luego que solos quedaron
don Hernando y el marqués,
pidióle Hernando venganza,
pero venganza cruel,
por la sorpresa hecha al Cuzco
de noche en la lobreguez,
el despojo de su hacienda,
y por su prisión también,
y agregó:—que por honor
se encontraba en el deber
de infligir pronto castigo
al que traidor allí fué.—
«Temo,—replicó su hermano,
la reprobación del rey.»
«¿Y cuando entrara en el Cuzco,
acaso temióla él?»
le preguntó don Hernando,
sintiendo su sangre arder,
y echando fuego á la hoguera,
que alimentaba el marqués,
que á Hernando mucho quería
y respetaba también,
como á su mayor hermano,
y reconociendo en él
la energía y el talento
y altanera intrepidez,
que en la política y guerra
sirviéronle de sostén.

Reunió el marqués un consejo
de los jefes, que la guerra
desde un principio pidieron,
y de ellos en la presencia,
y aparentando entusiasma,
pronunció bélica arenga,
haciendo ver que era el caso
de vengar tantas ofensas;
y de consuno los jefes
estuvieron por la guerra.

Pidió entonces don Hernando,
que le otorgara licencia
para conducir los quintos
que á su rey correspondieran,
tratando del juramento
así salvar apariencias,
con el marqués convenido,
quien dispuso:—que cualquiera
los quintos llevar podría,
con tal que á la corte fueran;
pues era Hernando preciso,
mientras durase la guerra.—
Y á nadie ocultóse, que esto
una farsa era completa,
para eximir á su hermano
de la solemne promesa.

Y pretestando un mandato,
que del rey se recibiera,
para que ambos arreglasen
los límites sin contienda,
y según las mediciones
de pilotos de experiencia,
intimó Pizarro á Almagro:
—que á sus tierras se volviera
y que el Cuzco abandonase,
esperando la sentencia
de peritos competentes;
y que si así no lo hiciera,
hacíale responsable
de su injusta resistencia.—

Tiempo hacía que Almagro se encontraba
de físico y moral
enfermo de bastante gravedad;
y de llevar sus fuerzas al combate
sentíase incapaz;
y á Orgóñez, el cumplido caballero,
al amigo leal y valeroso,
sus fuerzas y defensa le confió;
y Orgóñez en seguida
mandó tropa á los pasos del *Guaitara*,
cadena de montañas, que en redor
al valle van cercando de Zangalla,
para impedir el paso y la ascensión;
pero ya el enemigo,
desde antes previsor,
de aquellos pasos del Guaitara había
tomado posesión.

Pensó entonces Orgóñez
al Cuzco retirarse precavido,
y allí obstinado su defensa hacer.
Ya subir á caballo no podía
el viejo Almagro y en litera fué
hasta *Bilcas* llevado,
donde sintió su mal
reagravarse, y estuvo *tres semanas*,
hasta que al fin al Cuzco pudo entrar.

# LVIII

## 1538

Como Pizarro, desde el mismo instante,
que de la toma del Cuzco supo en Lima,
recuperarlo decidió, orgulloso,
ora por transacción ó por las armas,
reuniendo fué sus divididas fuerzas,
y á la lucha aprestándose inminente;
así al tomar los pasos del Guaitara,
allí reuniera *setecientos hombres*,
siendo los más, antiguos veteranos:
y este fogueado ejército tenía
un cuerpo superior de arcabuceros,
con las primeras armas, que llegaron,
según el nuevo método de Flandes,
y enviadas por Cortés, cuando Pizarro,
temeroso del Inca, le pidiera
como á otros muchos, protección urgente.

Cuando bajó el marqués con estas tropas
las altas sierras del Guaitara frío,
al valle de *Ica* las condujo, en busca
de algún descanso entre fatigas tantas.
Según su plan y calculando todo,
pretestó su vejez y enfermedades
y sus quehaceres en la nueva Lima,
sintiendo á sus soldados tan queridos
ya no poder, como en mejores tiempos,
conducir á su frente á la victoria:
de general en jefe nombró á Hernando,

de segundo á Gonzalo; y conmovido,
arengando á sus tropas con vehemencia,
auguróles el triunfo más completo.

No allí faltaron buenos caballeros,
que en tan tristes momentos lamentaran
las futuras desgracias y la sangre,
que en fratricida lucha á correr iba,
en vez de conquistando derramarla,
como á su patria honrando, antes lo hicieron;
pero indignado Hernando les respuso:
—que era Almagro el culpable de esa guerra,
y venganza tal acto demandaba,
sobre él cayendo tan tremendos cargos.—

El marqués resistió del mismo modo,
y agregó sin rebozo y engreído,
de más ciega ambición ya dominado:
—que su dominio y tierras se extendían
hasta el estrecho ya de Magallanes.— 146

Y á Lima retiróse con su escolta,
presumiendo que el rey se inclinaría
á darle la razón en la contienda,
al recibir de reservados quintos
*unos seiscientos mil pesos en oro.*

También al mariscal muchos vecinos
pidiéronle buscase paz honrosa,
al verle enfermo, vacilante y triste;
mas bruscamente replicara Orgóñez:
«¡Es tarde ya, después de haberse dado
á Hernando libertad; porque Hernando era
*el rehen seguro de obtenerla siempre!*»

Y la opinión de Orgoñez prevalece,
y á esperar sale al enemigo bando,
mientras doliente el mariscal y solo
en el Cuzco se queda; y se establece
de Orgóñez el ejército en un campo,
como á unos tres kilómetros distante,
las *Salinas* llamado: su aspereza
no era adecuada para allí batirse,
pues siendo *su mitad* caballería,
abierto y llano campo precisaba;
pero eligióle Orgoñez, porque al frente
defendíalo un río pantanoso:
era *la otra mitad* infantería,
con *sus seis falconetes;* mas sus armas
siendo malas y escasas, fué preciso
armar á muchos con ligeras picas,
y eran por todo *unos quinientos hombres.*
Así tranquilamente esperó Orgoñez
de Pizarro el ejército animoso.

Temiendo don Hernando, que las fuerzas
que el mariscal tenía, le esperasen
en los pasos de algunas cordilleras,
quiso evitar desfavorable encuentro;
bajó la costa hasta llegar á *Nasca,*
burlar queriendo cualesquier sorpresa,
con banderas al viento desplegadas
y sus armas brillando á los reflejos
del ya poniente sol, que se extinguía;
y del riachuelo en el opùesto lado
sentó reales, esperando al alba.

Llegó al instante al Cuzco la noticia,
y ancianos, niños, jóvenes y esposas
salieron en tropel, llenos de duelo,
á presenciar la muerte ó la victoria
de esposos, padres ó queridos déudos.

Cubren los indios rocas y montañas,
sabedores también de aquel combate,
cuyo éxito para ellos ser debía
*de todos modos* fáusto y victorioso,
anhelando mirar como esos hombres
tan temidos, feroces é invencibles,
ellos mismos, *ya á falta de enemigos,*
íbanse á destrozar, *no hartos de sangre;*
y en profundo silencio se pasaron
las lentas horas de la noche triste.

Del *veintiseis de Abril* el alba asoma,
y las fúljidas tintas de aquel cielo
del sol anuncian la salida en breve,
que en torno tiende sus doradas luces.

*Alto y blanco penacho* en la cimera
pónese Hernando, y cúbrese los hombros
con sobrevesta de damasco rico,
*color anaranjado:* las trompetas
á los soldados llaman á las armas,
y las tropas formadas, *una misa*
en medio de ellas se celebra al punto,
entre el recogimiento más solemne.

Forma Hernando su gente en igual orden
que Orgóñez á la suya colocara:
la infantería pónela en el centro,
y de ella el mando entrega á Don Gonzalo,
sostenido por Pedro de Valdivia,
que fué después *el vencedor de Aráuco;*
y en este centro las mejores tropas
y los arcabuceros se encontraban:
de la caballería en ambos flancos,
de un cuerpo el mando para sí reserva,
y entrega á Alonso de Alvarado el otro.

Soberbio al frente de sus tropas corre,
su espada saca y con tonante acento,
sediento de venganza así las dice:
«¡Soldados de Abancay...también vosotros,
los del Cuzco en tinieblas sorprendidos,
mirad á vuestra frente á los traidores,
que ya á los enemigos yo contemplo,
que á mi nombre infamar en calabozos
y el del grande Pizarro pretendieron!
¡Hunda nuestra venganza á los ingratos,
y *el saqueo* del Cuzco el premio sea
de los valientes, que el laurel consigan!»

Dice y manda atacar al enemigo,
y su gente se muestra entusiasmada,
del Inca la metrópoli mirando,
*con la avaricia del judío hambriento*.

La infantería de Gonzalo avanza;
y no siendo ancho ni profundo el río,
logra pasarlo, sin que Orgóñez pueda
con su caballería el defenderlo
por los blandos pantanos inmediatos;
mas con los falconetes introduce
en las primeras filas el desorden.
Arrojados Valdivia y don Gonzalo,
animan y apresuran á su gente,
y á una eminencia conducirla logran,
do los arcabuceros hacen fuego,
con sus modernas armas, y consiguen
en las filas de picas y alabardas
la confusión llevar; pero allí vuela
como un tigre furioso el bravo Orgóñez.

En solo una columna reune Hernando
á sus dos escuadrones, y cubierto
por el nutrido fuego de su tropa
cruza el río y pantano; y tierra firme
pisando su columna, altivo grita:
«¡Las astas atacad enarboladas!»
Deja *más de cincuenta* caballeros
en un instante fuera de combate,
y diezmada se ve á la infantería
de largas picas y anchas alabardas.

También Orgóñez, como Hernando junta
en un solo escuadrón los dos que manda,
y lánzase al galope á detenerlo.
¡Terrible el choque fué! Solo se oyeron
gritos de vivas de una y otra parte
á *Pizarro y al rey*, ó *al rey y Almagro*.

Los indios, *como en sábado las brujas*,
con diabólicos gritos saludaron
á aquel horrible choque, y sus acentos
repercutieron por las altas sierras!

Sigue diezmando el fuego á los de Orgóñez,
aunque con su escuadrón carga y recarga,
y empieza á flaquear su infantería:
unos dejan el campo y su refugio
en arruinados paredones buscan,
y otros al Çuzco, dispersados corren,
y quien, como el alférez Pedro Hurtado,
á las contrarias filas se presenta.

Parece ya perdida la batalla,
mas viendo Orgóñez á gentil jinete,
supone sea Hernando por las armas
y colores de túnica y penacho,
y embístele á galope y le derriba
de terrible lanzada; á otro atraviesa;
saca luego su espada, hiere y mata:
estaba en su elemento en los combates
y estridente su voz, grita: «¡Victoria!»
Traidora bala su palabra extingue,
en aquellos instantes, tan gloriosos:
rompe su casco y rueda por su frente:
cae sin sentido: mátanle el caballo,
y á la vida al volver, hallase en medio
de cien puntas de lanzas y de espadas:
—que se rinda—le piden y él contesta:
«Solo entrego mi espada á un caballero.»
«Yo lo soy», dice Fuentes, ordenanza
de don Hernando, y se la entrega Orgóñez;
pero saca su daga aquel villano
y en el pecho sepùltala alevoso
del caído é indefenso prisionero:
salta la noble sangre generosa,
y el cediendo malvado, á sangre fría,
del tronco á golpes *la cabeza corta*.

¡Así murió aquel hijo de Oropesa,
gran guerrero en Italia, y héroe insigne
en la perdida acción de las Salinas!
¡Matáronle rendido. . . hecho villano,
y *más villano aún* el poner luego
en infamante *pica su cabeza*,
y en la gran plaza pública enclavarla,
cual si fuese *de estúpido asesino*,
*y no de un caballero, honor de España!* 147

Después de muerto Orgóñez, como bueno,
entró la confusión en los soldados;
no pudo resistir la infantería
de arcabuceros el nutrido fuego;
y se fué desbandando. Pedro Lerma,
no logrando reunir á sus jinetes,

y querido vengar al noble Orgóñez,
busca á Hernando, lo encuentra y atropella,
llamándole:—*traidor, vil* y *perjuro*;—
se cruzan ambas lanzas; la de Hernando
traspasa *el muslo* del hidalgo Lerma,
y chocando la de éste en la armadura
de su fuerte adversario, levemente
*en la ingle* le hiere, al traspasarla,
al caballo obligando á encabritarse.
La confusión y gritos los separan;
cae Lerma del caballo, y en el campo
*con diezisiete* heridas en el cuerpo,
allí *cual muerto* abandonado queda
como muchos heridos caballeros.

Un amigo, después de la batalla,
llevóle al Cuzco y le asistió en su casa,
donde entrando el soldado Samaniego,
á quien antes por faltas reprendiera,
al verle solo, exánime y en cama,
satisfacción pidióle del agravio,
y Lerma le repuso: «En cuanto logre,
mediante Dios, abandonar el lecho,
como gusteis, os la daré cumplida,»
pero sacó la espada el miserable
y atravesóle el seno; y con cinismo,
siguió siempre gloriándose del hecho. . .
mas su jactancia le costó la vida! 148

*Aún no dos horas* trascurridas eran
de empeñado combate en campo abierto,
cuando dueño del campo de *Salinas*
quedó Hernando Pizarro y victorioso.
*Como doscientos* hombres perecieron,
y el resto en dispersión al Cuzco corre. 149

El mariscal postrado; pero ansioso
de contemplar él mismo la batalla,
hízose conducir hasta una altura
de do verla pudiese; y allí observa
de angustias lleno tan terrible encuentro;
las peripecias, cargas y el desorden,
los esfuerzos, hazañas y fatigas
de sus fieles amigos y soldados,
y el fin de esta batalla, tan reñida,
cuya derrota con dolor contempla.
Móntanle en una mula sus amigos,
al Cuzco le conducen y en el fuerte,
como ignorado asilo le sepultan.
Pero después que Alonso de Alvarado
entrara al Cuzco, allí le busca y halla,
y en la prisión le encierra, do estuvieron
los dos Pizarro y él, en represalia,
para que triste y solo recordase
la que los tres allí también sufrieron;
y al verle un oficial *por vez primera*,
de su grotesta facha disgustado,
con ira exclama: «Ved, mirad, señores,
por quién han muerto tantos caballeros!»
Y lo ultimára con su acero al punto,
si don Alonso de Alvarado y otros
no le hubiesen el brazo detenido.

Huyendo van al Cuzco los dispersos,
y Hernando aún sediento de venganza,
cual sino fuesen todos compatriotas,
y antes amigos en hogar y lides,
y no se hallasen en contrario suelo,
los persigue, hostiliza y extermina,
casi cuartel negando á los rendidos,
hasta llegar al Cuzco disputado. 150

Al mirar los indígenas desiertos
de las Salinas el rojizo campo,
y el valioso botín, que abandonado
los triunfadores dejan, vengativos
bajan las sierras en tropel graznando,
y descendiendo al llano como buitres,
la tarde al terminar y en noche oscura,
despojan de sus ropas á los muertos,
y muerte dan también a los heridos,
con esas propias armas que recogen,
y huyen alegres y se dicen todos:
«¡Dejemos que se maten ellos mismos!» 151

Y también al pillaje entregó Hernando
á ese famoso codiciado Cuzco;
y saqueados los hogares fueron
de los de Almagro ricos oficiales;
y así desposeídos se encontraron
del oro habido, con afanes muchos,
y esto avivara en ellos el encono.

Dentro los muros del antiguo pueblo
se hallaban *más de mil trescientos hombres*
y á mas la antigua población peruana;
y esta reunión contraria, heterogénea,
y sus diarias peleas y disputas,
muy fundados temores inspiraron
al precavido Hernando y caviloso,
y á quien más odian los vencidos tristes;
y pretestando empresas lucrativas,
y á tanto aventurero estimulando,
hizo salir de allí á los revoltosos.

Igualmente mandó á Lima, con escolta,
al joven Diego Almagro, para libre
quedar del llanto y lastimosos ruegos,

en el pronto proceso que intentaba
contra su padre, el agobiado anciano.

Así de las *Salinas* la batalla
tan tristemente concluyó, y en mengua
de las gloriosas armas españolas:
*ella fué la primera fratricida*
de los antiguos Incas en el suelo,
del cual, antes de ser los dueños y amos,
la sed de mando y de dominio entre ellos,
y de riquezas y ambiciones torpes,
hiciéronles diezmarse en adelante,
como la rosa púdica, que pierde
su hoja primera perfumada y bella,
al ténue soplo de áura cariñosa,
y lasciva después, se aja y marchita
á mas sensuales brisas entregada.

# LIX

## 1538

Poco antes de la batalla,
que en las Salinas se dió,
díjose que Hernando oyó:
—Almagro muy malo se halla;—
y que sus odios villanos
reveló de esta manera:
«¡No permita Dios que muera,
sin caer antes en mis manos!» 152

Cumplióse su deseo: aún con vida
encontró en su prisión al mariscal:
con lástima fingida
corrióle á visitar;
y animando paciente al pobre anciano,
le repitió:—que solo
la llegada esperaba de su hermano,
para darle inmediata libertad.—

Y enviábale Hernando de su mesa
alguno que otro delicado plato,
encargando á los guardias:—el buen trato,
que era muy justo al prisionero dar,
á ver si mejoraba
de aquella enfermedad.—

En promesa falaz tuvo confianza,
y una nueva esperanza
vió el anciano brillar, como una luz;
y su melancolía
perdiendo cada día,
también se mejoraba su salud.
El buen padre llorando,
de su hijo Diego hablaba
á todos sin cesar;
y suplicóle á Hernando:
—que á su lado le hiciera regresar;—
y Hernando contestaba:
—muy pronto ya vendrá.—

En medio de estos engaños,
hizo seguirle un proceso,
en que declararon todos
conformes á su deseo:
*dos mil páginas* llenaba
de dos mil cargos supuestos;
y pronto para sentencia,
sin haberse oído al preso,
terminó *el ocho de Julio*,
de Hernando con gran contento.

Para el disputado Cuzco
púsose el marqués en marcha,
cuando la victoria supo
en Salinas alcanzada;
y prometió á las personas,
que por Almagro imploraban:
—que usaría de clemencia
y tendrían todos gracia,
principalmente don Diego,
cuya amistad no olvidaba,
pues solo la paz quería
y no infamantes venganzas,
para que todos unidos
láuros diesen á su patria!— 153

En tanto, el joven Almagro
encontró al marqués en Jáuja,
y pidióle de rodillas
y corriéndole las lágrimas,
por la vida de su padre:
—y en nombre de aquella franca
y antigua amistad, entre ellos,

*que debiera ser sagrada,*
prescindiendo de rencillas
de uno á otro en la desgracia.—
Igual cosa que á los otros,
y *dándole su palabra,*
prometió al doliente joven,
que de rodillas lloraba:
pidióle que fuese á Lima,
mientras todo se arreglara,
y orden dió:—que le tratasen
con agasajo en su casa,
como á su hijo don Gonzalo,
en ella todos trataban.—

Y decidió al joven Diego
irse á Lima sin tardanza,
el repetirle Pizarro:
—que en su justicia confiara;
y que hallándose su padre
desmemoriado y en cama,
no teniéndole á su lado,
quizá de él no se acordara,
y así tranquilo estaría,
sin preocuparse de nada;
y que á más, la soldadesca,
tras la reciente batalla,
exaltada se hallaría,
y esperase se calmaran,
antes de volverse al Cuzco,
los ánimos y venganzas.—

Esto en Jáuja sucedía,
cuando recibió el marqués
de don Hernando el proceso,
pidiéndole parecer,
según entonces se dijo,
y que la respuesta fué:
—que procediera de modo
*que no pudiese otra vez*
el cadnco prisionero,
nuevos disturbios mover.—
¡Harto con esto decía
el ambicioso marqués;
y esta respuesta á su hermano
no pudo un enigma ser!
Y en Jáuja permaneció,
como viejo actor, que vé
subir un drama á la escena,
y no toma parte en él.

Para este ilegal proceso,
no entonces faltaron jueces,
que al cautivo desdichado
sentenciasen á vil muerte,
como era la *de garrote,*
solo aplicada en la plebe,
*á bandidos y asesinos;*
y después se *dividiese*
*la cabeza,* en escarmiento
de traidores y rebeldes.

Los tres principales cargos
declaráronse evidentes:
«haber guerra suscitado,
entre los soldados fieles,
á la corona y Pizarro;
al Inca unido el haberse
contra su patria y conquista,
ambicioso é inconsciente,
para realizar sus planes;
y desposeer, finalmente,
del Cuzco, á quien la corona
por servicios dió eminentes.»

Un fraile fué el encargado
de Almagro notificar
esta inhumana sentencia;
y su sorpresa fué tal,
que dudó que fuese cierta
tan tremenda iniquidad;
pues de Hernando en la palabra
le era imposible dudar;
y una entrevista pidióle
para saber la verdad.

No á Hernando desagradaba
*la agonía contemplar*
de ese humillado enemigo,
que imploraba su piedad;
y pronto fué del cautivo
las súplicas á escuchar.

«Señor,—Almagro le dijo,—
de vos mismo quiero oír,
si esa tan dura sentencia
de mis jueces merecí.»
«Yo no he podido evitarla....
es cuanto os puedo decir,
y la sentencia han fundado,
sin consultármela á mí.»
«Pero vos, señor, podeis,
el que se cumpla impedir:
y que recordeis os pido
esa amistad infantil,
que con Francisco me liga
desde que estamos aquí,
los dos de la patria ausentes,
común haciendo el sufrir.

Mirad mi cana cabeza,
mi cuerpo una cicatriz,
y mi tronco ya encorvado
por á nuestro rey servir.
De vos pende, don Hernando....
y os pido.... penseis en fin,
que de Orgóñez vuestra vida
incansable defendí,
y que os toca á vos ahora
salvarme de afrenta vil!»

«¡Extráñame que un guerrero,
cual vos lo fuisteis á fe,
—contestóle don Hernando,
con orgulloso desdén,—
me haga llamar á este encierro,
donde encerróme antes él,
para pedirme su vida,
con menguada estupidez,
en vez de erguirse soberbio,
como lo quisisteis ser
en los mares y en las lides....
do pálido os ví también!
¡La vida que otros perdieron,
por seguir y defender
vuestra traición á la patria....
tampoco vos mereceis!
Ellos lidiando murieron....
era ese vuestro deber!
No mas humillantes ruegos,
y preparaos, así pues,
como cristiano á morir....
si serlo al morir quereis!»

Pero en lágrimas bañado
y arrojándose á sus pies,
ese ya caduco viejo
volvió á implorar otra vez:
«¡Don Hernando, no por mí,
y bien Dios en mi alma lee,
sino por mi hijo infelice,
siento la vida perder!
¡Oh hijo de mi alma, Diego,
¿dónde estás, que no me ves,
por tí pidiendo y rogando,
pues mi vida tuya es?
¡Ah, don Hernando, no ufano
en vuestro triunfo confiéis,
porque si mi sangre corre,
la ha de vengar.... nuestro rey!
¡La ha de vengar, don Hernando,
y os pido no lo olvideis!»

Así dijo el pobre viejo,—
sin poderse ya tener.
«¡Almagro, todo es vano,
y no mas me supliquéis:
vuestra inevitable suerte
el morir *mañana* es!»
Así replicóle Hernando,
y de la prisión se fué.

Al mirar á Diego Almagro
rogando á ese hombre feroz,
que en su llanto se complace
al bajar á la prision,
y quien antes, por salvarle,
su propia causa arriesgó,
siéntese frío en el alma....
lástima causa por Dios!

¿Decrepitud era ya,
que pierde todo noción,
como el asustado niño,
que en la calle se extravió?
¿Era el mal, que le aquejaba,
privándole de razón,
como á insano sin conciencia,
ó de su hijo el grande amor,
el que al valiente don Diego
cobardemente obligó,
deshonrando así su fama,
á implorar á hombre feroz
una vida que era un peso
por sus años y dolor?

¡De natura *aberraciones*
estas y otras cosas son....
incomprensibles misterios,
que explicar nadie logró
y que disculpar debemos,
lástima dando por Dios!

Mas pronto volvió el pobre sentenciado
á cobrar su habitual serenidad,
sintiendo en sus adentros
el haber implorado *a ese chacal*,
y no haberle *lanzado una escupida*
en su insolente faz.

Llamó á su amigo Diego de Alvarado,
caballero leal,
y dejóle nombrado
de su hijo Diego el único tutor:
de la Nueva Toledo su provincia,
á su hijo declaró de sucesor,
según la facultad que así tenía
de real concesión;

y á Diego y á su rey por herederos
de sus valiosos bienes
también instituyó,
haciendo mencionar, que con Pizarro
faltaban que arreglar
de la conquista cuentas y caudales,
procurando así al rey interesar,
para que estrecha cuenta demandase
á su fiero rival,
y citando el contrato,
que ellos dos y el finado padre Luque
llegaron á otorgar.

La bárbara sentencia
á todos en el Cuzco sorprendió;
y hasta en los mismos hombres de Pizarro
revelóse profunda sensación:
y muchos caballeros,
entre ellos *el terrible* Juan de Rada,
por Hernando ofendido tiempo há,
y cuya vieja ofensa
*esperaba vengar*;
y el hidalgo don Diego de Alvarado,
poniéndose de todos á la frente,
pues de Hernando, cual nadie,
el seguro perdón debió esperar,
á demandarle fueron:
—en nombre de la paz,
del olvido y las glorias de la patria,
para el viejo guerrero *caridad!*—

Con Alvarado ingrato,
y con los otros duro se mostró,
negando aquel pedido
y esperado perdón;
y tan solo obtuvieron
de aquel hombre feroz:
—que al mariscal *garrote* se le diera
en *su propia prisión*.—

Dobláronse las guardias
en las próximas casas, do vivían
los fieles partidarios
del viejo mariscal,
y los arcabuceros se situaron
en torno de la plaza principal.

De un fraile acompañado,
entró el ejecutor,
el cadalso elevóse
en la oscura prisión.
El anciano á los pies del sacerdote,
confesando sus culpas mundales,
contrito comulgó;
y mirando después á sus amigos,
á todos abrazó con efusión,
y á todos de consuelo
cariñosas palabras dirigió,
mostrándose otra vez su jefe digno:
de rodillas también y en alta voz,
interin el verdugo
el corbatín y torno preparaba,
estas últimas voces moduló....
era el bravo guerrero,
expandiendo su franco corazón:

«¡Si este es *el premio* acordado
por la amistad y mi rey,
y el fallo de estricta ley,
junto al cadalso postrado,
*reniego* de mi pasado,
de la amistad, de los reyes,
y todas las santas leyes,
que este mundo ha venerado!

¡*Solo creo* en la ternura,
que profeso á mi hijo Diego,
á quien Dios dé más ventura
que á esta mi alma, que le entrego:
y solo á Dios por él ruego,
ya junto á mi sepultura!

¡No.... que también *en tí creo*,
oh Dios, de inmensa bondad,
y en tu santa eternidad
á cuyas puertas, ya veo
tu sublime majestad!
Ten de mi alma compasión.
¡Perdón! ¡Perdón!»

Los ayudantes del verdugo agarran
á ese de hinojos venerable anciano;
siéntale indiferente en el banquillo
el vil ejecutor: da vuelta el torno,
y extrangulado queda el héroe insigne
*de cien batallas en el nuevo mundo.*
Llévase su cadaver *á la plaza*,
y en alta voz refiere el pregonero
su crimen y sentencia, y luego agrega:
«Esto el actual gobernador del Cuzco
don Hernando Pizarro saber hace,
y ordena y manda que se cumpla todo.»

Dividióse *del tronco la cabeza,*
cuyo acto miran, pálidos de rabia,
sus amigos y fieles partidarios.
Llévase la cabeza *en una pica,*
y los mortales restos de la plaza
Hernando Ponce de León recoge,

á su casa los lleva, y trasportados
con gran solemnidad por sus parciales
fueron á la Merced, donde se dijo
una rezada misa, *á que asistieron*
don Hernando y Gonzalo, por el alma
de su infelice víctima implorando....
tal cual honró Pizarro las exequias,
que celebrar mandó por Atahualpa!

Era don Diego Almagro tuerto y feo,
de aspecto asaz vulgar, y cuerpo y cara
de cicatrices llenos y empañados;
pero á la vez su franco, abierto rostro,
y sus facciones de dulzura llenas,
inspiraban confianza y simpatía:
de carácter ardiente é impetuoso,
rayaba en temerario, y sus arranques
calmábanse en seguida, aunque violentos:
humano y compasivo, mas que jefe
de los suyos fué amigo y compañero,
y fué con todos bueno y generoso,
y descollaba en él, como en ninguno,
la prodigalidad de un gran caudillo.

En general, llorada fué su muerte,
y hasta los mismos indios *la sintieron;*
pues jamás ensañárase con ellos.
De su hijo amado el nombre pronunciando,
á los *años sesenta y tres* fué muerto. 154

A *los crasos errores* cometidos,
al mismo Almagro el atribuirse debe
este trágico fin de su existencia:
haber tomado al Cuzco por las armas,
y entrar después *en pactos con Pizarro,*
desechando de Orgóñez los consejos,
cuando él, *mejor que nadie,* conocía
su desleal carácter vengativo.
¡No obstante, fióse en él, así pagando
*esta necia confianza, con su vida!*

Después de la ejecución
quédase un grupo en la plaza,
que ni grita ni amenaza....
*mas lleno de indignación!*

De Almagro eran militares,
que en tal sitio se agruparon,
y la sangre contemplaron,
lamentando sus pesares.

Vieja y calada tenía
uno de ellos la visera,
como si ocultar quisiera
la honda afrenta que sentía!

«¡De esta sangre sacar quiero
el *odio de mi venganza*
*para alentar mi esperanza!*»
Así se expresó el guerrero
de la visera calada;
y en la sangre su pañuelo
enrojeció, con anhelo.
¿Quién era? *¡Don Juan de Rada!*

# LX

## 1538 - 1539 y 1540

Cuando el marqués presumió
hallarse ya sin rival,
emprendió camino al Cuzco;
y junto al río Abancay
esa noticia llególe,
que diz no se hizo esperar:
mostróse muy sorprendido,
recordando la amistad,
con los que allí se encontraban,
que ligóle al mariscal:
al suelo bajó los ojos,
con pesaroso ademán,
é inundándole las lágrimas.
*viéronle todos llorar;*
mas su conducta ulterior
no demostró á la verdad,
que esas lágrimas vertidas
*arrancárale el pesar!* 155

Al son de chirimías y trompetas,
siguiéndole sus nobles caballeros,
y engalanado *con el rico traje*
*que envióle* Hernán Cortés,
entró en el Cuzco, con altivo gozo,

el triunfante marqués,
y los recién llegados
siguieron obseguiados,
por aquellos del Cuzco victoriosos;
y el marqués se creyó
de todo aquel extenso territorio,
el único señor.

A los pobres indígenas, humildes,
que fueron á pedirle protección
de las diarias ofensas de su tropa,
*de su casa arrojó;*
y de Almagro á los tristes partidarios,
que no tenían casi que comer,
*miró con menosprecio;*
y llevando más lejos su desdén,
confiscóles sus bienes y sembrados,
de propia autoridad,
y entre sus cabecillas ropartiólos....
con liberalidad.

(Y yo el autor, sin distinción alguna,
justo é imparcial,
bosquejando la vida de esos hombres,
narro los hechos, digo la verdad,
como haré en los históricos trabajos,
que pueda terminar).

Y tan celoso estaba
de conservar incólume el poder,
que tomó profundo ódio á Benalcázar,
cuando llegó á saber:
—que extendía glorioso la conquista;—
porque para su hermano don Gonzalo,
ese Quito y provincias al Oriente
del monarca trataba de obtener.

Despachó á Quito á don Lorenzo Aldana,
para que á Benalcázar despojase
de toda autoridad,
y aprisionado enviarle procurase,
con gran seguridad;
y por tanto, el enviado de esta orden,
el mando fácilmente se arrogó;
pues Banalcázar se encontraba al Norte
del vívido Ecuador,
realizando proezas y conquistas;
y después á Castilla se marchó,
á pedir á su rey algunas tierras
de las que conquistara, en galardón.

Y el altivo marqués, tan generoso
con sus hermanos fué,
después de la batalla de Salinas,
ostentando su omnímodo poder,
que hasta sus más ardientes partidarios,
comenzaron *de envidia* á murmurar,
diciendo:—que á ellos solos
procuraba hacer ricos y elevar.

Mandó con grandes fuerzas á Gonzalo
á los indios de *Charcas* á batir;
y después de combates muy penosos,
consiguió algunas tribus reducir:
luego en *Porco* las minas se encontraron,
que los *últimos Incas*
habían comenzado ya á explotar;
y allá marchóse Hernando,
anhelando mucho oro atesorar;
porque así presumía
al monarca con dádivas ganar.
Aquella era *una parte*
de argentíferos cerros y colinas
*del rico Potosí,*
do *seis años después*, un pobre indio
llegó esa inmensa mina á descubrir;
pues un endeble arbusto al arrancar,
á las raíces encontró adheridos
*grandes, blancos pedazos*
del precioso metal.

Cuando el tal don Diego de Alvarado,
como albacea á demandarle fué
de la Nueva Toledo la provincia,
contestóle el marqués,
con grosera acritud:
—que por tal rebelión había Almagro
perdido sus derechos en el Sud.—
Cuando otra vez volviera
casi suplicante á demandarle,
que al joven Diego hiciese tal merced,
replicóle irritado:
—que allí por todas partes se extendía
su dominio y poder....
no ya entre Magallanes y los Andes,
*sino hasta el mismo Flandes!*
Así dió, pues, á todos á entender,
que en todos esos reinos no admitia
ningún otro poder. 156

Cuando el joven Almagro supo en Lima
el fin horrible de su anciano padre
y el engaño sufrido,
por haber á un hombre pérfido creído,
la casa de Pizarro abandonó;
y con odio profundo conspirando,
y vengarse jurando,
errante allí vivió;

y de su causa muchos partidarios
le fueron á alentar,
don Juan de Rada, entre ellos, *el primero,*
que desde entonces fué, con tierno afan,
su noble protector y consejero,
y supo *ese partido organizar.*

Otros en tanto, perseguidos siendo,
muy pobres, andrajosos, muertos de hambre,
en los montes se fueron guareciendo,
y á los indios pidiendo
alguna manta y algo que comer:
y de esos pobres indios alcanzaron
el asilo y el pan, *que les negaron*
los duros defensores del marqués! 157

Incansable don Diego de Alvarado,
después de tales hechos,
y resuelto de Almagro á sostener
la honra y los derechos,
marchóso á Lima á su pupilo á ver;
y en la justicia fiando
del gran emperador,
y munido de pruebas suficientes,
para España partió.

Había don Hernando atesorado
de las minas de Charcas y los quintos,
de plata y oro inmensa cantidad;
y los disturbios suponiendo extintos,
y el instante llegado
de marchar á la corte y de frustrar
los trabajos de Diego de Alvarado,
en seguida su viaje preparó;
pero antes, cauteloso,
y en todo previsor,
sin que fuese por esto hombre medroso,
así á su hermano don Francisco habló:

«Usía mandar debe
al joven don Diego Almagro ya á Castilla,
para que el bando aleve
se quede en el Perú sin cabecilla,
y entre ellos se disuelvan, emulosos.
Los soldados de Chile
están desesperados y envidiosos,
y es preciso que usía los vigile,
antes que cada cual de ellos afile
su acero impunemente.
Como de esa fracción el odio es hondo,
que *diez hombres* se junten no es prudente,
*aún á cincuenta leguas* en redondo;
que de noche y de día
una resuelta guardia *cuide á usía*;
y en estos mis consejos no vacile,
pues *le han de asesinar*, si así no lo hace....
los soldados de Chile!!
Y considere usía,
que no estaré á su lado,
para impedir cualquier alevosía.
Mande usía, que sea así cumplido,
que si llegase á ser asesinado,
yo me veré en la corte mal parado,
y quedará su nombre oscurecido!»

Abraza á don Francisco y parte luego;
mas don Francisco, por su orgullo ciego,
burlándose después de esos temores,
dijo: «Cada cabello
de todos los traidores,
es una garantía de mi cuello.»

Esto, pues, nos demuestra, que Pizarro,
*no tanto* como Hernando *conocía*
á su raza y antiguos compañeros,
que ya por enemigos los tenía. 158

A *mediados del año treinta y nueve*
partió para su patria don Hernando,
el valioso tesoro conduciendo;
empero en Panamá tocar temiendo,
siguió hasta Nueva España navegando,
y en Guatulco por fin desembarcando,
próximo de Gualaca le aprehendieron,
y ante el virey Mendoza
á Méjico, cual reo, condujeron;
mas allí no existiendo orden alguna
en contra su persona,
dejó el virey:—que fuese
sus descargos á hacer á la corona.—
Volvió de Veracruz á seguir viaje,
cada vez aumentando sus temores;
y dudando pisar el patrio suelo,
cáuto bajó con su oro y su equipaje
á una de las Azores:
escribió á los amigos poderosos,
que en la corte tenía,
y de su oro sobrados ambiciosos,
que explotarle pensaron:
—á que al emperador se presentase
cuanto antes le animaron.—

Entró en la corte Hernando con gran lujo....
*con un lujo insolente*,
que á todos sorprendía,
y su oro deslumbrante derramando
en corrompida gente;
y no de pronto hallando

el castigo legal que merecía;
pero fué friamente
en la corte mirado;
porque ya el noble Diego de Alvarado,
entre sus muchas y altas relaciones,
y en palacio estimado,
había descubierto sus maldades,
y todo Hernando lo encontró minado:
hiciéronse la guerra
aquellas dos tenaces voluntades,
como fieras hircanas;
pero al cabo don Diego, fastidiado
de notas, dilaciones,
de trámites, demandas y chicanas,
de cien recusaciones
y mil apelaciones,
fué del todo perdiendo la paciencia,
y triste é irritado y febricente,
parecía ofuscarle su conciencia
con insufrible peso,
creyéndose co actor y delincuente
del trájico suceso,
y Alvarado á su solas se decía,
golpeándose la frente con la mano:
«¡Ay Dios mío y Señor.... la culpa es mía,
que por hombre tan bajo y tan villano
rogué obstinadamente
al bondadoso anciano!
¡No la sangre de Orgóñez generosa,
como leal corriera,
ni de otros muchos buenos partidarios,
ni de ese anciano el último suspiro,
encargándome á su hijo recibiera;
ni ese hijo desdichado
hoy huérfano se viera,
en lejana región abandonado,
si á tan ingrato amigo,
no hubiese yo amparado noche y día!»
Y exclamaba llorando:
«¡Ay mí Dios y Señor.... la culpa es mía!»

Y viendo y lamentando
de trámites prolijos la tardanza,
y sobrado impaciente
de pronto ver cumplida su venganza,
este cartel á Hernando dirigía:
«Si de valor un resto os ha quedado,
á muerte os desafía
don Diego de Alvarado.»

*No se sabe* si aquel aceptaría
el reto denodado;
pero á los *cinco dias* trascurridos,
de aguda enfermedad murió don Diego;
y se supuso *fuese envenenado*,
según versiones, que corrieron luego. 159

Tal duda, para Hernando deshonrosa,
en las Indias sus medios arbitrarios,
y el sentimiento público indignado,
fuéronle contrarios,
en esa causa, *que hizose famosa*
en personaje ya tan elevado,
y esperar no se hizo la sentencia:
por rectos tribunales condenado,
de Madrid encerróse *en el alcázar,*
fué luego encarcelado
*en el fuerte de Mota de Medina*,
cuando á Valladolid pasó la corte;
y de todos los hombres olvidado,
allí vivió *veinte años* sepultado,
el que tanto ruído,
por sus faltas, riquezas é insolencias,
en uno y otro mundo hubo metido.

Poco después que asesinóse en Lima
á Francisco Pizarro,
casóse Huáylles Nusta con Ampuero,
pobre de recursos,
mas noble caballero;
y recibiéndose orden del monarca:
—que á Francisca á la corte se llevase,
para que dignamente se educase,
de Pizarro como única heredera;—
habiendo muerto ya el niño Gonzalo,
para España partieron los esposos,
y la joven Francisca fué tratada
en la corte y por nobles poderosos,
como serlo la hija mereciera
de un gran conquistador, que en otros reinos
á su famosa patria *enalteciera,*
*de riquezas llenando.*

Esta ilustre heredera,
á su tío el cautivo don Hernando
á prestarle consuelos acudía,
y también de amanuense le servía;
y al cabo de algún tiempo,
casóse en la prisión con el cautivo,
no por amor, *por lástima tan solo*,
pues era de carácter compasivo:
y de esta unión tuvieron
*una hija y tres hijos,*
en los que de *Pizarro* gloria y nombre
á la posteridad se trasmitieron. 160

Ya don Hernando viejo y achacoso,
fué puesto en libertad; pasado había;

con vuelo presuroso,
una generación; y más que encono,
ya lástima inspiraba,
pues sus faltas purgadas bien tenía,
y en su pobreza suma,
olvidado vivía;
gran parte de sus bienes confiscados,
desde el principio fueron,
y otra parte embargados,
en costosos litigios se perdieron.
Alcanzó á ver morir á sus parientes
*y á todos sus hermanos;*
y con ánimo entero y valeroso,
soportó su prisión y su pobreza,
y su triste aislamiento, pavoroso,
sin humillar soberbio su cabeza,
ni socorros pedir como indigente:
y siendo ya para él *todos estraños*,
contó tranquilamente
la edad extraordinaria *de cien años!*

Aunque al emperador no se ocultaban
la ambición ni tendencias absorventes
de Pizarro, el caudillo poderoso,
con más razón temía,
que si él faltara, un grupo revoltoso
en el Perú implantase la anarquía,
y en vez *de uno*, otros mil se levantasen;
y tan bellas comarcas,
y espléndidas riquezas
para llenar sus arcas,
al fin se evaporasen,
perdiendo España el portentoso hallazgo;
y así pensando, el título acordóle:
—de marqués de las Charcas,
y agregar á su extenso mayorazgo
*diez iseis mil vasallos;*—presumiendo,
que debía olvidar así *la ofensa*,
que estaba don Hernando
por el largo litigio recibiendo.

# LXI

## 1539-1540 y 1541

Por la fratricida guerra,
habida entre el mariscal
y el marqués, ya victorioso,
comenzóse á relajar
de los indios el respeto;
y fué notándose más,
cuando los repartimientos
empezaron á pasar
á los jefes vencedores,
cual premio de lealtad;
no sabiendo ya los indios
á quien obediencia dar,
si al reciente poseedor
ó al que antes tuvo por tal.

Y también el Inca Manco,
no en levantarse tardó,
abandonando los Andes
con animosa legión,
y destruyendo las siembras
de los pueblos en redor;
y á varios de los jinetes
en sorpresas dispersó,
sin dar cuartel á ninguno
en su justa indignación,
recordando los rigores
del fiero conquistador.

Destacamentos partieron
buscando su dirección;
pero ya, cáutos los indios,
y aleccionados mejor,
querían sacar partido,
sin dar decisiva acción;
pues cierta táctica el Inca
del castellano aprendió;
y á *treinta hombres* sorprendiendo,
en esperada ocasión,
después de leve refriega,
*entre tormentos mató.*

Envió el marqués entonces á Gonzalo,
con grandes fuerzas á batir al indio;
pero el Inca, ó ganaba sus guaridas,
ó bajaba de súbito á hacer frente,
ó de un lado pasábase á otro lado,
dejando todo ataque así burlado,
y cansando á las fuerzas aguerridas,
que perdían su ardor inútilmente,
sin haberle, como antes, derrotado.

Así el precioso tiempo se pasaba,
y el marqués obligado
vióse al fin á tranzar; y como el Inca
al obispo del Cuzco respetaba,
y por su fama en mucho le tenía,
se le invitó en su nombre á hacer arreglos,
si las armas dejaba.
Aceptó el Inca, y el marqués envióle
rico presente, por la humilde mano
de un esclavo africano,
antes de ir al valle
del Yucay, que el buen Inca señalaba
para quedar impuesto del detalle;
pero al sumiso negro
los salvajes robaron
el valioso presente, que llevaba,
y cruelmente mataron,
sin llegar á saberse, si del Inca
con orden fué ó sin ella;
mas el marqués tomó la represalia.

Del Inca una mujer joven y bella,
y á la que mucho amaba, *se decía,*
prisionera encontrábase en el Cuzco,
no mucho tiempo hacía:
mandó el marqués de un árbol se la atase,
*y desnuda* y delante de su gente,
hízola castigar *con finas varas,*
hasta verse *la carne desprendida;*
y luego horriblemente
acribillarla *el cuerpo de saetas,*
*hasta perder la vida!*

La joven valerosa,
no lanzó *ni un quejido,* en tal tormento,
queriendo así burlar de sus verdugos
*tan bajo ensañamiento;*
y ni pidió humildosa,
con suplicante acento,
una gracia cobarde y humillante
á quien ella sabía,
que era de alma más dura que un diamante!
*Asombrados* quedaron
los torpes invasores,
de que una tierna joven, delicada,
disimular pudiese los dolores
de una muerte tan cruenta y prolongada! 161

Siguió después Pizarro *otro sistema,*
y no el de pelear estérilmente,
so pena de ir matando
la del Perú y la suya, escasa gente,
en vez de irla aumentando.
Comenzó á establecer varios fortines,
que ciudades llamó pomposamente,
con sus ayuntamientos,
divisiones de chacras y solares,
con sus repartimientos,
y fué situando grupos de soldados,
que así fuéronse haciendo labradores,
en sus propios hogares,
do al fin con sus familias se encontraban,
que allí á llegar de España
ya frecuentemente comenzaban,
ora por el amor á sus maridos,
ora también por adquirir riqueza,
y desechar tradicional pobreza,
en los nuevos edenes prometidos.

La ciudad de *Guamanga* así fundóse,
que en mitad del camino está situada
que va de Lima al Cuzco; 162
y otra también alzóse
de Charcas en el célebre distrito,
que por la plata hallada
en sus vírgenes minas,
la villa de *La Plata* fué llamada.

Al regresar después Pizarro á Lima,
por las playas del Sud dando un rodeo,
de previsora gente se anticipa
al general deseo;
y antes de seguir deja trazada
la ciudad de *Arequipa,*
que en breve fué la más adelantada;
y después por riqueza y su comercio,
la plaza del Perú más celebrada.

Vuelto Pizarro á Lima,
su mansión favorita, y siempre al lado
de su india amada y sus queridos hijos,
y de intrigas y guerras ya cansado,
con ahinco entregóse
á la administración de los caudales,
mejorar la ciudad y sus caminos,
las calles y arrabales,
y servicios también municipales,
según lo requería
la población creciente,
que próspera y contenta se extendía.

En sus diversos ramos,
industrias fomentó y ganadería;
á todas repartió profusamente
la variada simiente
de los granos de Europa, que llegaron;
y decididamente
contrájose á extender la agricultura,

que verde y floreciente,
desplegaba con pompa su hermosura;
y en ese virgen suelo, tan fecundo,
viéronse en abundancia, en poco tiempo,
las bellas flores, frutas y legumbres
de todo el *viejo mundo*,
cual pasaban sus usos y costumbres.

Los ganados traídos y las aves,
fuéronse acrecentando *con presteza;*
y muchas plantas de olorosas flores,
con sus aromas suaves,
en la casas y quintas su belleza
esparcíanse, en vívidos colores,
en tan templado clima:
dió impulso de las minas al trabajo,
y vióse en breve á Lima
tanta riqueza de metales finos,
custodiados llegar por los caminos,
que de súbito á precios fabulosos
los artículos suben de consumo,
y hacerse en un momento, *poderosos*,
los que antes fueron *pobres negociantes;*
y la plata y el oro
siendo iban cada vez más abundantes,
y más todo subía,
á pesar de *los quintos*, que se enviaban,
y el oro, que el comercio remitía,
para efectos comprar de todas clases;
porque todos ganaban
*un quinientos por ciento*, cuando menos,
en todos los artículos
que trasportaban *los bajeles, llenos!*

Ya estaba allí encontrado
ese feliz, tradicional *Dorado*,
que á España sus riquezas *entregaba*,
y después, *en monedas españolas*,
los *europeos pueblos recibían;*
y gran inmigración se descolgaba,
numerosas familias se extendían,
y todo por do quiera se poblaba,
*y todos á la par se enriquecían!*

Miles de aventureros
en Lima se agolparon,
que tenían ociosos sus aceros;
y echándolas allí de caballeros,
desprecian los trabajos materiales,
antes buscando quien su acero alquile:
Pizarro, entonces, manda
á esos vagos soldados y oficiales
á la famosa *expedición de Chile*.
que confía á don Pedro de Valdivia,
para que agregue al suyo ese distrito,
como si propio fuese; y á Gonzalo
manda con otro ejército hasta Quito,
do según se decía,
era el fértil país de la canela.
Pizarro así ambicioso, presumía
extender sus dominios,
quizá hasta Venezuela,
que la ambición, que nos deslumbra y cruza
por cielos y palacios encantados,
á las alturas vuela,
como al ingenio la pobreza aguza,
y en su lecho durísimo desvela!

Parte Valdivia á Chile,
antiguo militar, ya esclarecido,
con fé en el triunfo, ciega,
al frente de un sin fin de aventureros
y algunos caballeros,
y hasta *Araucánia* llega,
de América situada en los confines;
y donde se ocultaba,
en sus campos montuosos,
la raza de los indios
más fuertes, varoniles y animosos
*de todo ese hemisferio;*
y que *por largos años* frente hicieran
al más entonces poderoso imperio...
mas de estos hechos el hacer memoria,
aunque breve y sencilla,
*no concierne á esta historia;*
y en *octavas*, trazados por Ercilla,
con gala se refieren,
cual ocular testigo y cabecilla.
Y solo agregaremos:
que al concluirse esa guerra desastrosa,
fué Valdivia agarrado prisionero
por unos araucanos,
que con loca alegría, estrepitosa,
al jefe cautivar de los cristianos,
su cuerpo á un árbol, ciñen con un lazo,
y su noble cabeza
*destroza de un mazazo*
un indio enfurecido,
para probar su hercúleo brazo fuerte;
y autores dicen, que antes de tal muerte,
beber le hicieron *oro derretido!*

Fué Gonzalo Pizarro
por su hermano el marqués el elegido
para seguir de Quito la conquista:
por su oscura niñez, en cuanto cabe,
tan solo de él se sabe:
que en esa edad de hierro, fué soldado,

y luego en el Perú *se distinguía*
como jinete y lanza,
por su marcial arrojo y bizarría:
de gallarda presencia, genio abierto
y rasgos generosos,
su gente le quería,
y era un buen guerrillero, asaz experto,
muy propio para empresas peligrosas,
por su movilidad perseverante,
y con ardid triunfaba en las dudosas;
y aunque *más caballero* y entusiasta,
que sus otros hermanos, no tenia
la astucia ni el político talento,
para esta empresa, de tan magno aliento,
que otro más hábil general pedía,
y no dar este cargo *á un favorito*.
Tal era don Gonzalo,
al partir animoso para Quito:
con *trescientos cincuenta de á caballo*
y *cien* de infantería;
*unos cuatro mil* indios,
y *una de cerdos numerosa piara*
que á retaguardia en previsión seguía
y á su tropa sustenta;
sale Gonzalo *al comenzar el año*
*mil quinientos cuarenta.*

Las nuevas mercedes hechas
por Carlos quinto á Pizarro,
pusiéronle más soberbio,
hasta rayar en ingrato;
pues solo las reconocen
los nobles seres honrados,
á quienes nunca envanecen
triunfos, riquezas ni láuros;
porque el mérito *es modesto*:
y hasta la corte llegaron:
—los incesantes rumores
de sus hechos arbitrarios,
de su rigor con los indios,
de sus planes insensatos,
del favoritismo odioso,
dispensando á sus hermanos,
y la mezquina venganza
con los soldados de Almagro;
y que no ya del Perú
creíase solo el amo,
sino hasta dueño de Quito,
donde mandaba á Gonzalo,
para unirlo á sus dominios,
también haciendo otro tanto
en las más lejanas tierras
de los desiertos de Arauco,
corriéndose ya el peligro
que los tesoros hallados,
en las descubiertas minas,
le hicieron más refractario.—
Y estas lejanas noticias
fueron de forma aumentando,
porque la envidia y lisonja
las adultera en palacio.

Y no en Pizarro podía
tener confianza el monarca,
como túvola en Cortés,
de lealtad bien probada,
para exigirle que diera
sus descargos en España:
conoció no era prudente
el seguir la misma páuta,
con hombre de baja cuna,
que se eleva de la nada;
y que ambicioso y soberbio
á guiarse solo llegara,
en los primeros momentos,
por su pasión indignada,
dando lugar á los bandos,
hasta llegar á las armas:
buscó, pues, una persona
de sagacidad y calma,
de honradez y de respeto,
y que inspirase confianza.

Esta misión delicada
dióla *á principios del año*
*quinientos cuarenta y uno*
á un respetable letrado
de su real audiencia y corte,
llamado Vaca de Castro,
quien solo la orden llevaba
de presentarse á Pizarro
como comisario regio:
—para saber el estado
que en el Perú se encontraban
las conquistas y trabajos,
y remitirlo al monarca,
así la marcha observando
que en esas tierras seguía;
pero si llegaba el caso
que Pizarro falleciese,
se hiciera cargo del mando,
en virtud de credenciales
de carácter reservado,
de que iba también munido,
para poder reclamarlo.—
Y en verdad, que los sucesos,

que se iban desarrollando,
de esta *oportuna medida*
la prudencia demostraron.

Embarcándose en Sevilla
el doctor Vaca de Castro,
fué con tiempos borrascosos
atravesando el atlántico:
después cruzó por el istmo,
y nuevamente embarcado
en las costas del Pacífico,
casi deshecho su barco
por continuas tempestades,
llegar pudo como un náufrago,
al puerto *Buena Ventura*,
salvándose por milagro.

# LXII

## 1541

Al tirano,—que enemigos
tiene pobres y humillados,
cual de Chile los soldados,
quienes viviendo en pobreza,
aún conservan su bravura,—
le conviene, con largueza
socorrer y perdonar,
ó á todos exterminar,
si quiere tener segura
*en los hombros su cabeza.*

Pizarro á Lima al llegar,
tal cosa soberbio *no hizo*,
pues ni perdonarlos quiso,
ni quiso á todos matar:
dejóles pobres vagar,
y que hurdiesen *la asechanza*,
mientras él, sin desconfianza,
grandes obras emprendía,
sin escuchar, que rugía
cercana ya *la venganza!*

Ya el desorden concluído,
político y generoso,
y no altivo y rencoroso,
debió atraerse al partido
del finado viejo Almagro,
que aunque estaba pobre y magro,
mucho hubiérale servido,
pues los jefes y oficiales
eran expertos y leales,
y no debían perder
*la riqueza y disciplina*,
que supieron obtener;
debiólo así comprender,
y seguir esta doctrina,
aumentando su poder,
y no labrando su ruina!

Por capricho singular
el caudillo poderoso,
ó quizá, para que observen
cuanto es fuerte y generoso,
y en la ciudad se le estima,
deja que vivan en Lima
y que en ella se exacerben
en rincones solitarios,
Diego y demás partidarios;
y era tal la gran pobreza
en que casi se morían,
que se cuenta:—que vivían
*unos doce* en una pieza,
como higos en petaca;
y que estos *doce* tenían,
entre todos, *una capa,*
que turnaban cabizbajos,
cuando á la calle salían,
con la que altivos cubrían,
en la calle, *sus andrajos*.—

Esto no era *vanidad*
de pobre gente orgullosa,
sino hidalga dignidad,
de quien pierde en la contiende
su posición y su hacienda,
y conserva decorosa
su bandera y lealtad,
contra un pérfido tirano;
aunque no mucho después
quiso mostrarse el marqués
con algunos más humano,
y ofrecióles plata y tierra,

que rechazaron con furia,
cual si fuese nueva injuria,
jurándole *siempre guerra!*

Y cada nuevo día
del joven Diego Almagro la facción,
más furiosa seguía,
cuando á escucharse comenzó el rumor:
—que ya en Indias estaba
*un enviado* del rey,
que en el Perú ordenaba
pronta justicia hacer.—

Entonces, decidieron
salirle á recibir en procesión,
*su flacura* mostrándole *y andrajos;*
mas de ello desistieron,
mandando al oficial Montemayor.

De la corte escribieron
muchos de sus amigos al marqués:
—que sin temor viviese,
pues la corte sus hechos aprobaba,
y solo al comisario se encargaba
de esa provincia *una memoria hacer.*

Pizarro, jactancioso,
hizo imprudentemente
tal noticia correr en la ciudad;
el abatido bando *exasperóse,*
y sin apoyo regio Juan de Rada
juzgándose impotente,
procuró, entonces, *abreviar su plan.*

Del joven Diego en la casa,
*como unos veinte* oficiales,
probados y leales,
don Juan de Rada reunió,
quien su plan les comunica,
el que todos aprobaron,
y sus armas aprontaron
*para el secreto complot.*

Confiado el marqués, en tanto,
los rumores despreciaba,
y á caballo se paseaba
*solo* en toda la ciudad;
y para que sus contrarios,
no miedo en él presumiesen,
no quería le siguiesen
*ni su guardia ni edecan.*

Y si alguno le decía:
—que era por demás confiado,—
«¡No tengais por mí cuidado,
—el marqués le respondía,
indiferente y procaz;—
tenedla por esa gente,
y dejad que tristemente,
en su rincón muera en paz!»

Un día en la plaza amanecieron,
á un palo suspendidos,
*tres lazos* y *un cartel,*
en el que se leyeron
los nombres conocidos
de Velazquez, Picado y el marqués.

El doctor Juan Velazquez era odiado
como alcalde mayor;
igualmente Picado,
pues como ni escribir ni leer sabía
*su jefe superior,*
todo se atribuia
al duro secretario, adulador.

Picado, en represalia
de ese aviso fatal,
y del audaz letrero
queriéndose vengar,
vistióse un rico traje,
que de oro y de plata relucía:
hizo un lindo caballo enjaezar,
y púsose un bonete que decía:
*—es para los de Chile;—*
y por frente la casa de don Diego
salió altivo á pasar y repasar;
y este villano insultó á su pobreza,
á los hombres de Chile irritó más.

Temiendo don Juan de Rada
el morir asesinado,
antes de haberse vengado,
*su cota-malla* vistió;
súpolo el marqués y quiso,
queriéndose entretener,
tal precaución el saber,
y á Juan de Rada llamó.

No sin temor el soldado,
acudió presto al llamado;
y halló al marqués en su huerta,
con un loco que tenía,
de *ancha boca y nariz tuerta,*
y por do quier le seguía.

De la cabeza á los pies
á Rada miró el marqués,

pasándole así revista,
pues con los años ya estaba
*bastante corto de vista*,
y á conocer no acertaba.

Díjole el loco, quien era
el de *la capa prestada*,
y el marqués de esta manera
lo interrogó: «Juan de Rada,
dicen que cota vestís
y quereis asesinarme»
«Señor, *la verdad decís....*
pero si uso cota, es
tan solo para salvarme
de la gente del marqués.»
«Pero armas estais reuniendo....
¿serán para darme jaque?»
«O resistir al ataque,
señor, que estamos temiendo!
Nos dicen todos, que usía
va á don Diego *á desterrar*,
ó en nn navío á embarcar....
del que quizá, en noche umbría,
se lo trague el hondo mar!
Ya nada, señor marqués,
puede causarme extrañeza....
si empezó *por la cabeza*
*debe acabar por los pies!*

Aunque este *insulto tremendo*
de arrojada indiscreción,
por su triste situación
perdonó á Rada, sonriendo,
dijo Pizarro irritado:
«¿Quién puede decir tal cosa?
¡Es una mentira odiosa!
¡Plegue al cielo, que el enviado
venga todo á remediar!»

Calmado el diálogo un poco,
al marqués preguntó Rada:
«Señor, me puedo marchar?»
Mas interrumpióle el loco:
«De la fruta delicada,
por qué, señor, no le dais?»
Entonces su amo cortó
*seis naranjas* que entregó
á Rada, á quien dijo quedo:
«Si algo ahora precisais,
*en todo* serviros puedo,
que os deseo bien á vos.»
«¡Nada preciso *ni quiero*,
porque de Dios todo espero!»
«Pues marchad, Rada, con Dios.»

Y este debió agradecer
las naranjas muy de veras,
porque eran *de las primeras*,
que allí empezábanse á ver. 163

A pesar de que era Rada
un hombre que no sufría
ninguna mala pasada,
y el enemigo peor,
que tuvo el conquistador,
éste por Rada tenía
*cierto afecto y simpatía*,
por su lealtad y valor.

Y los amigos que á Rada
en la calle le aguardaron,
muy contentos le abrazaron,
al verle salvo salir;
pues corrióse que á la huerta
entraría;
pero por la misma puerta
no saldría,
si no era *para morir*.

Y después de esta entrevista,
creyó el marqués en su daño,
que eran calumnia y engaño,
cuanto oíase decir.

Y todo así en la apariencia
quedóse en profunda calma;
y una noche que Pizarro,
en la no distante casa
de don Francisco Martínez,
*su medio hermano*, cenaba,
con Velazquez y Picado,
quienes jugaban *las cartas*,
entró en ella presuroso
y oculto bajo su capa
el buen clérigo Benao;
y aparte á Picado llama
y dice:—que un conjurado,
en esa misma mañana,
*confesándose*, descúbrele
el complot de Juan de Rada
para matar al marqués,
y que quizá se efectuara
*dentro de horas veinticuatro*.
Y que este aviso le daba,
para que tomar hiciera
las medidas necesarias,
comunicando á Pizarro
el peligro en que se hallaba.—

El padre salió en seguida,
lamentando su gran falta
de haber violado un secreto,
que la iglesia le vedara.

En el acto el secretario,
con voz medio entrecortada,
á su señor la repite
del clérigo las palabras;
mas incrédulo el marqués
contestóle sin tardanza:
«Lo que ese clérigo quiere,
por lo que dice y se afana,
es que yo para él demande
*un obispado al monarca!*»

Y Velazquez, el alcalde,
queriendo echar su bravata,
con tono pedante dijo:
«¡Mientras tenga yo la vara,
*ninguno* de los de Chile
osará entrar en la plaza,
ni menos inquietos grupos,
que ostenten sus viejas armas!
¡Con *mi cabeza* respondo,
que no han de hacer algazara!»

La *misma noche* á Pizarro,
en su palacio al entrar,
parecióle que notaba
cierta triste soledad,
que su ánimo entristecía,
arrugándose su faz;
y cuando su paje entró
á ayudarle á desnudar,
también le dijo *algo triste*,
con muy cariñoso afan:
«Mi querido amo y señor,
córrese por la ciudad,
que *en la misa de mañana*
van á usía á asesinar,
pues mañana, *que es domingo*,
en el templo le hallarán.»

Y disgustado el marqués
de estas cosas recordar,
replicóle al pobre paje:
«¡Calle en malhora el rapaz,
y no repita tonteras,
como lo hace el sacristán,
para en los claustros oscuros
á los niños asustar!»

Y contentóse Pizarro,
con muy poca voluntad,
en prevenir al alcalde:
—que hiciera al fin encerrar
á algunos de los de Chile,—
para fraguarles el plan,
si alguna cosa intentasen,
lo que *no creyó jamás*. 164

¿Veis cómo el volcán rugiente,
al anunciar su erupción,
humo y lava, en profusión,
va comenzando á arrojar?
Tal Juan de Rada, impaciente,
*al tardar tanto* el enviado,
estaba desesperado
de sufrir y de aguantar!

Citó á casa de don Diego,
donde él vivía también,
á su dispuesto retén,
y hablóle lleno de fuego,
y con furia concentrada:
«Mis valientes compañeros,
de empuñar ya los aceros,
la hora llegó anhelada!
*Un pañuelo blanco*, al viento,
*y en esta reja*, es señal
de que acudais al momento,
con la tizona y puñal.
Sin causar duelo ni grima,
*mañana mismo* tal vez
de ese tirano marqués
hallaráse libre Lima!
¡Aliento y *segura mano*,
hasta llegar á la orilla....
que ya se encuentra *en capilla*
ese marqués, tan tirano!
¡Adios, pues, *y la señal*
buscad á cada momento,
que á todos nos sobra aliento,
recordando al mariscal!»

La *media noche* sonó,
y cada cual por su lado,
marchándose recatado,
*en su rincón* se ocultó.

Era *el domingo veintiseis de Junio*,
y comenzaba el día á amanecer,
cuando entró San Millán y á Rada dijo:
«¿En qué pensáis, qué haceis?
*¡De aqui dos horas van á hacernos cuartos!*
Riquelme, el tesorero,
lo acaba de decir.»

Saltó al momento Rada de la cama,
y á sus otros amigos *despertando,*
comiénzanse á vestir;
y manda á sus ausentes compañeros
al instante á llamar,
colocando en la reja
la anunciada señal.

Pasan las horas; pero *nadie viene*
á esos conspiradores á aprehender,
quienes viendo su plan ya descubierto,
resuelven realizarlo de una vez.

Saca Rada el pañuelo
que en la reja colgó,
y echándolo al bolsillo:
«¡Alerta,—dijo,—y escuchad mi voz!»

# LXIII

## 1541

En la plaza, y de un patio precedido,
del marqués el palacio se encontraba,
siendo la mejor casa de esos tiempos,
con bajos y altos y bastantes piezas,
en el centro vestíbulo espacioso,
y en su frente escalera baja y ancha;
y á un lado de la plaza, Diego Almagro
habitaba también pobre casucha,
do reunidos se hallaban sus adeptos,
prontos á dar *ese domingo* el golpe.

Los mejores amigos de Pizarro
al palacio acudieron á decirle:
—no era prudente que asistiese á misa,
hasta aprehender á todos los de Chile;—
y al pedido accedió, no sin trabajo,
haciéndose decir:—*que estaba enfermo.*—

En tanto, los de Chile resolvían,
si antes no fuesen á prisión llevados,
atacar al marqués, cuando del templo
con sus pajes *saliese* y edecanes;
mas *pasada la hora* de la misa,
y no habiendo el marqués á ella asistido,
ya duda no les cupo, que se hallaba
descubierto su plan, y comenzaron
sus puestos á tomar para en seguida
en su mismo palacio el atacarle,
sin saber si se hallaba entre sus muros
un imponente número de fuerzas.
¡Era una *temeridad desesperada,*
cual si á un tigre atacase astuto zorro!

Dieron *las doce* en el reloj del templo,
la hora de comer *en ese entonces,*
en las nuevas colonias; y en la mesa
hallábase el marqués, Nusta y sus hijos,
Guzmán de Luna, noble caballero,
el temido Picado y el alcalde,
y otros que diariamente concurrían,
y Martínez de Alcántara, su hermano;
unos comían, y otros la tertulia
en tanto hacían á su ilustre jefe.

Dieron *las doce* en el reloj del templo
y de *dieziocho ó veinte hombres* seguido,
don Juan de Rada se lanzó á la plaza,
gritando él y los suyos, arma en mano:
«¡Que viva Almagro y el tirano muera!»

A esos continuos gritos, alarmantes,
de espectadores se llenó el recinto;
unos se vuelven á buscar sus armas,
ó á encerrarse en su casa, y otros dicen:
«¡Al marqués corren esos á dar muerte!»
Mas friamente replicaban otros:
«¡A quien van á matar es á Picado!»

Un charco, por acequia producido,
en su carrera hallaron los de Rada;
Gómez Pérez los pies por no mojarse,
dió un pequeño rodeo y salvó el paso;
mas notándolo Rada, el charco cruza
y alterado le dice: «¿Con qué vamos
en sangre humana á salpicarnos todos,
y con agua los pies rehusais mojaros?
¡Ea, volveos, no servís para esto!»
Y arroja á un lado al cuidadoso Pérez,
sin dejarlo pasar más adelante. 165

Del palacio á la puerta un pajecillo,
mirando aquel tumulto se encontraba,

El padre salió en seguida,
lamentando su gran falta
de haber violado un secreto,
que la iglesia le vedara.

En el acto el secretario,
con voz medio entrecortada,
á su señor la repite
del clérigo las palabras;
mas incrédulo el marqués
contestóle sin tardanza:
«Lo que ese clérigo quiere,
por lo que dice y se afana,
es que yo para él demande
*un obispado al monarca*!»

Y Velazquez, el alcalde,
queriendo echar su bravata,
con tono pedante dijo:
«¡Mientras tenga yo la vara,
*ninguno* de los de Chile
osará entrar en la plaza,
ni menos inquietos grupos,
que ostenten sus viejas armas!
¡Con *mi cabeza* respondo,
que no han de hacer algazara!»

La *misma noche* á Pizarro,
en su palacio al entrar,
parecióle que notaba
cierta triste soledad,
que su ánimo entristecía,
arrugándose su faz;
y cuando su paje entró
á ayudarle á desnudar,
también le dijo *algo triste*,
con muy cariñoso afan:
«Mi querido amo y señor,
córrese por la ciudad,
que *en la misa de mañana*
van á usía á asesinar,
pues mañana, *que es domingo*,
en el templo le hallarán.»

Y disgustado el marqués
de estas cosas recordar,
replicóle al pobre paje:
«¡Calle en malhora el rapaz,
y no repita tonteras,
como lo hace el sacristán,
para en los claustros oscuros
á los niños asustar!»

Y contentóse Pizarro,
con muy poca voluntad,
en prevenir al alcalde:
—que hiciera al fin encerrar
á algunos de los de Chile,—
para fraguarles el plan,
si alguna cosa intentasen,
lo que *no creyó jamás*. 164

¿Veis cómo el volcán rugiente,
al anunciar su erupción,
humo y lava, en profusión,
va comenzando á arrojar?
Tal Juan de Rada, impaciente,
*al tardar tanto* el enviado,
estaba desesperado
de sufrir y de aguantar!

Citó á casa de don Diego,
donde él vivía también,
á su dispuesto retén,
y hablóle lleno de fuego,
y con furia concentrada:
«Mis valientes compañeros,
de empuñar ya los aceros,
la hora llegó anhelada!
*Un pañuelo blanco*, al viento,
*y en esta reja*, es señal
de que acudais al momento,
con la tizona y puñal.
Sin causar duelo ni grima,
*mañana mismo* tal vez
de ese tirano marqués
hallaráse libre Lima!
¡Aliento y *segura mano*,
hasta llegar á la orilla....
que ya se encuentra *en capilla*
ese marqués, tan tirano!
¡Adios, pues, *y la señal*
buscad á cada momento,
que á todos nos sobra aliento,
recordando al mariscal!»

La *media noche* sonó,
y cada cual por su lado,
marchándose recatado,
*en su rincón* se ocultó.

Era *el domingo veintiseis de Junio*,
y comenzaba el día á amanecer,
cuando entró San Millán y á Rada dijo:
«¿En qué pensáis, qué haceis?
*¡De aqui dos horas van á hacernos cuartos!*
Riquelme, el tesorero,
lo acaba de decir.»

Saltó al momento Rada de la cama,
y á sus otros amigos *despertando,*
comiénzanse á vestir;
y manda á sus ausentes compañeros
al instante á llamar,
colocando en la reja
la anunciada señal.

Pasan las horas; pero *nadie viene*
á esos conspiradores á aprehender,
quienes viendo su plan ya descubierto,
resuelven realizarlo de una vez.

Saca Rada el pañuelo
que en la reja colgó,
y echándolo al bolsillo:
«¡Alerta,—dijo,—y escuchad mi voz!»

# LXIII

## 1541

En la plaza, y de un patio precedido,
del marqués el palacio se encontraba,
siendo la mejor casa de esos tiempos,
con bajos y altos y bastantes piezas,
en el centro vestíbulo espacioso,
y en su frente escalera baja y ancha;
y á un lado de la plaza, Diego Almagro
habitaba también pobre casucha,
do reunidos se hallaban sus adeptos,
prontos á dar *ese domingo* el golpe.

Los mejores amigos de Pizarro
al palacio acudieron á decirle:
—no era prudente que asistiese á misa,
hasta aprehender á todos los de Chile;—
y al pedido accedió, no sin trabajo,
haciéndose decir:—*que estaba enfermo.*—

En tanto, los de Chile resolvían,
si antes no fuesen á prisión llevados,
atacar al marqués, cuando del templo
con sus pajes *saliese* y edecanes;
mas *pasada la hora* de la misa,
y no habiendo el marqués á ella asistido,
ya duda no les cupo, que se hallaba
descubierto su plan, y comenzaron
sus puestos á tomar para en seguida
en su mismo palacio el atacarle,
sin saber si se hallaba entre sus muros
un imponente número de fuerzas.
¡Era una *temeridad desesperada,*
cual si á un tigre atacase astuto zorro!

Dieron *las doce* en el reloj del templo,
la hora de comer *en ese entonces,*
en las nuevas colonias; y en la mesa
hallábase el marqués, Nusta y sus hijos,
Guzmán de Luna, noble caballero,
el temido Picado y el alcalde,
y otros que diariamente concurrían,
y Martínez de Alcántara, su hermano;
unos comían, y otros la tertulia
en tanto hacían á su ilustre jefe.

Dieron *las doce* en el reloj del templo
y de *dieziocho ó veinte hombres* seguido,
don Juan de Rada se lanzó á la plaza,
gritando él y los suyos, arma en mano:
«¡Que viva Almagro y el tirano muera!»

A esos continuos gritos, alarmantes,
de espectadores se llenó el recinto;
unos se vuelven á buscar sus armas,
ó á encerrarse en su casa, y otros dicen:
«¡Al marqués corren esos á dar muerte!»
Mas friamente replicaban otros:
«¡A quien van á matar es á Picado!»

Un charco, por acequia producido,
en su carrera hallaron los de Rada;
Gómez Pérez los pies por no mojarse,
dió un pequeño rodeo y salvó el paso;
mas notándolo Rada, el charco cruza
y alterado le dice: «¿Con qué vamos
en sangre humana á salpicarnos todos,
y con agua los pies rehusais mojaros?
¡Ea, volveos, no servís para esto!»
Y arroja á un lado al cuidadoso Pérez,
sin dejarlo pasar más adelante. 165

Del palacio á la puerta un pajecillo,
mirando aquel tumulto se encontraba,

cuando ve á los de Chile aproximarse,
y ya claros percibe aquellos mueran;
y entra gritando: «¡Vienen los de Chile
á matar al marqués: al arma, al arma!»

A los gritos del paje y de la gente,
que sigue á Rada y en el patio se entran,
súbito algunos en palacio corren,
buscan sus armas y á su puesto acuden,
mientras otros se *esconden ó se alejan.*

Y sereno el marqués, al punto manda
á Francisco de Chaves, en quien tiene
absoluta confianza:—que la entrada
de la escalera cierre y la defienda;—
y á Huáylles Nusta, con los dos chicuelos,
en apartada pieza oculta y guarda,
y su armadura á colocarse corre,
arrojando su manto color grana,
mientras Velázquez trémulo y confuso,
y apretando su vara, entre los dientes,
*de una ventana tírase á la huerta,*
y entre la confusión huye y se pierde,
como también *despareció* Picado,
á quien los revoltosos *luego encuentran*
en casa de Riquelme, el tesorero. 166

Rada y los suyos la escalera suben,
y á golpes quieren derribar la puerta,
dando vivas y mueras; pero fuerte
aquella bien ferrada puerta antigua,
hubiese largo tiempo resistido
y para prepararse el necesario;
si no ordenase Chaves que se abriera,
creyéndolo mejor, *ó intimidado*
por los gritos y golpes que escuchaba;
y díjoles: «Señores, ¿qué acontece?
No conmigo se entienda vuestro enojo,
que siempre amigo fuí....» mas no sus frases
concluir pudo *y á estocadas muere;*
y peldaños abajo fué arrojado,
mientras matan también *á dos sirvientes,*
que con Chaves hallábanse en la puerta.

«¿Y dónde está el marqués?» entran gritando,
sin que la servidumbre á ello se oponga;
y Martínez de Alcántara y dos pajes,
que al marqués la coraza colocaban,
al paso salen y la entrada impiden,
y trabóse un combate *entre paredes,*
y luchan todos con insana furia;
mueren *dos conjurados*; mas *sin vida*
cae Martínez de Alcántara, y los pajes,
*llenos de heridas, en el suelo quedan.*

No pudiendo apretarse, en tal instante
de su fuerte coraza las correas,
y el choque de las armas percibiendo,
de sí Pizarro arrójala, impaciente;
cubre su brazo de ligera capa,
su espada empuña y síguenle don Gómez
y *dos,* que bien le quieren *buenos pajes,*
sables empuñan que en el cuarto habían,
y á la antigua pieza se dirigen,
*en cuyo umbral* con los de Rada se hallan.

Allí vese de pie al *guerrero insigne,*
que en los *sesenta y cinco años* frisaba,
tras largo tiempo de dejar su acero,
*no con menos coraje al empuñarlo:*
allí de pie se encuentran: fuego lanzan
sus penetrantes ojos: mira en torno
y á Alcántara y á los otros *ve en el suelo;*
y pegando en el suelo *una patada,*
y sin contar á sus contrarios muchos,
cual león, en su cueva sorprendido,
reparte en derredor golpes mortales,
ronco de ira gritando: «¿Osais, traidores,
en mi propio palacio el atacarme?»

Y *dos de los primeros,* que consiguen
penetrar por la puerta, *caen postrados,*
á dos tremendos golpes de su espada,
cual deja el segador en torno suyo,
caídas mieses al tender su brazo;
y sorprendidos de grandeza tanta,
y *aún respeto* sintiendo por su ex-jefe,
ú ora *admirando* su heroismo antiguo,
un instante dudosos retroceden,
en la puerta esperándole apiñados.
Pero al ver Juan de Rada que vacilan,
grita tonante: «¡Muera este tirano!»
pues Rada quiere dirigir su gente;
y que abriendo camino, el paso libre
al penetrar le dejen, *para él solo,*
frente á Pizarro, sin estorbos verse.

Y en esa estrecha puerta se renueva
con más rencor *el postrimer ataque,*
pugnando todos por ganar la entrada:
caen y uno y otro paje, *los primeros,*
y don Gómez de Luna, acribillado,
*rueda también* sobre su propia sangre,
y así la entrada despejada queda,
*tan solo* por Pizarro sostenida.
«*¿Mas qué tardanza es esta?*» grita Rada,
que no había en la pieza penetrado;
y los suyos anímanse á este grito,
y Narvaez al marqués súbito ataca,

y Rada, entonces, á Narvaez empuja,
en quien hunde el marqués *todo su acero;*
y Rada, con el suyo, *la garganta*
del marqués atraviesa, y luego todos
en el cuerpo le clavan sus espadas;
y titubea, en la pared se apoya,
y cayendo en el acto moribundo:
«¡Jesús!» exclama, *y en su propia sangre,*
*con su índice una cruz traza en el suelo,*
*y espirando la besa*: en tal instante,
*con un porrón,* que hallábase en un lado,
pégale Borregán en la cabeza
horrible golpe que le deja muerto.
Saca Rada el pañuelo, que sirviera
de señal en la reja; y *en la sangre*
*lo empapa del marqués, y se lo guarda.*

Después *de esta catástrofe,* quisieron
algunos conjurados, que el cadáver
se arrastrase en la plaza y se pusiera
*en una horca,* cual se puso á Almagro;
*pero el hidalgo Rada á ello se opuso;*
y á ruegos del obispo y la india Nusta,
les fué entregado el cuerpo de Pizarro!

Las tizonas blandiendo ensangrentadas,
salen los conjurados á la calle,
y uniéndoseles todo su partido,
corren gritando: «¡Ya el tirano es muerto!
¡Ya las leyes están restablecidas!
¡Viva el rey! ¡Viva Almagro, su segundo!»

Y *de trescientos hombres,* bien armados,
ya Rada á la cabeza, toman preso
á algunos cabecillas y á Picado,
cuya casa *al pillaje* fué entregada,
así como el palacio, en donde habían
en oro y plata *más de cien mil pesos.*

Los vecinos y adictos á Pizarro
supusieron llegado *el cruento día*
de la horrible venganza y los horrores;
y reunidos los padres mercenarios,
en suplicante procesión salieron,
llevando al sacramento por la plaza,
y á Dios pidiendo paz para su pueblo;
empero Rada no hizo daño á nadie,
ni dejó cometer exceso alguno:
solo mandó á su gente apoderarse
de los caballos y armas; é intimóse
á aquel ayuntamiento:—*que de Almagro*
*el derecho adquirido respetase;*—
así lo hicieron varios concejales,
y aquellos, que rehusáronle su voto,
por otros partidarios del triunfante
fueron, sin más, al punto reemplazados;
y al son de los clarines y atambores,
*y montando á caballo* el joven Diego,
y del pueblo seguido por las calles,
*capitán general* fué proclamado.

En tanto, de Pizarro *un fiel amigo,*
la pobre india, afligida, y unos negros,
el cuerpo *en blanca sábana* ocultaron;
y de la noche en el silencio triste,
temiendo aún les fuese arrebatado,
á la iglesia condúcenlo en sigilo;
y mientras unos preces dirigían
por su alma á Dios y entre cerradas puertas,
á la pálida luz de los blandones,
otros cavaban en rincón oscuro,
humilde huesa donde fué enterrado,
sin querer colocar *señal alguna,*
para que no el sacarle se intentase
por los más vengativos y furiosos.

De su pueblo murió *sin ser sentido,*
porque no hubo persona que dijera:
«*¡Dios te perdone!*» al escuchar su muerte. 167

Así fué el pobre, miserable entierro
del que horas antes al Perú mandaba
con poder absoluto, y semejante
al que ejerciera el Inca venerado!

En su palacio y *á la luz del día,*
casi de todos olvidado y solo,
que defenderse tuvo con su espada,
*de hombres leales y de amigos viejos,*
que hiciéronle *implacables enemigos*
su poco tino y su conducta acerba.

Cuando ser pudo *padre de su pueblo,*
cual Washington, *llorado y bendecido,*
*y el feliz redentor* de aquellos indios,
perdióle su ambición, *se hizo tirano....*
*cual tirano era justo que muriese!!!*

De su época pasados los rencores,
con el tiempo sus faltas olvidadas
y tranquilo el país, y recordando
del gran conquistador *solo las glorias,*
con regia pompa recibió sus restos
la nueva catedral de Lima hermosa,
de terciopelo en guarnecida caja,
con pasamanos y ribetes de oro,
y cual digno homenaje, puestos fueron
de los del buen virey Mendoza al lado;

y su retrato con espada y capa
es el primero que en la sala existe
del antiguo palacio de vireyes.

Era de alta estatura y bien formado,
de aire marcial y de agradable aspecto,
y aunque educado en campos y cuarteles,
mostrábase galante y de buen trato;
no gustaba del lujo aparentoso,
era modesto en el vestir y limpio,
y en comer y beber sobrio en extremo;
levantábase al alba, é infatigable
fué en sus planes, asuntos y atenciones;
y aunque avaro, gastaba sus tesoros
en bien público, en obras y adelantos;
el jugar era su mejor descanso,
no pudiendo jamás estar ocioso,
ni á otro intelectual goce entregarse,
desde que *ni escribir ni leer sabía:*
aunque osado y enérgico en sus planes,
solía antes con calma meditarlos,
y en el primer momento vacilaba,
hasta haberse resuelto en sus empresas.

No el personal valor, *común en todos*
de esos aventureros denodados,
fué su timbre mayor, sino ese firme
y gran *valor moral,* perseverante,
que indomable, aunque todos le abandonen,
más se duplica, crece y más se espande,
cuando va más obstáculos hallando,
como en la isla del Gallo demostrólo,
con unos de los rasgos *más sublimes,*
qne eterniza la historia en letras de oro!

Cruel en la matanza de peruanos,
pérfido con Almagro y Atahualpa,
ingrato *muchas veces* con sus jefes,
encumbrando tan solo á sus hermanos,
y quizá de otras glorias envidioso;
pero tal vez sin el temor, que impuso
á esos humildes indios, no lograse
tan pronto hundir y sojuzgar el reino,
que militarizado se encontraba:
consiguió demolerlo, extirpar pudo
aquella superstición é idolatría;
mas torpe, destruyó los monumentos,
que ese paciente imperio levantara,
y no supo por otros sustituirlos;
y allí, do respetóse antes lo ageno,
la esclavitud entronizó y el robo;
y ese por viejas leyes sancionado
incesto de los Incas, reemplazóse
por la más criminal, torpe lujuria,
sin religiosas respetar ni niñas;
y la insignia de Cristo redentora
convirtióse *en tormentos y cadenas!*

Su ambición y egoismo le perdieron;
y cual sol, que entre nubes va á su ocaso,
así bajó á su tumba solitaria;
mas después con los años se destaca
ornado de laureles, de ese cuadro
de tela colosal y rojas tintas,
*esa egrégia figura de Pizarro,*
irradiando su luz en toda España,
á quien dió, cual ninguno de sus hijos,
*el imperio más rico* de Occidente,
*y más oro,* que en toda Europa había!!!

*Personificó a su época: y su espada*
lábaro fué *de papas y de reyes....*
¡Hoy héroes *solo son* los que del pueblo
los derechos sostienen *con su sangre!!!*

# LXIV

## 1541

Los soldados, que á Quito
don Gonzalo Pizarro dirigía,
marcharon felizmente hasta los Andes,
con nuevas esperanzas de alegría
y de hallazgos más grandes,
que los de ese Perú, ricos veneros;
pero en seguida viéronse encerrados
en los desfiladeros
de esas interminables cordilleras;
y los vientos helados,
*por cientos* á los indios, en senderos
y afiladas laderas,
dejaban sepultados:
y los mismos trabajos y penurias
sufrió esta expedición en las montañas,
que aquella tan fatal, que hizo Alvarado;

y hasta un estruendoso terremoto
destruyó de una aldea las cabañas,
dejando en torno todo desolado! 168

Al bajar á los valles orientales,
el clima se alteró súbitamente;
y á los fríos glaciales,
sustituyóse el sofocante ambiente
por el *simoun* y ardientes arenales
de centros africanos;
y lluvias torrenciales
cubrieron como mar, todos los llanos;
y *en seis semanas*, sin cesar lloviendo,
hasta las altas lomas
fueron en ese mar despareciendo,
y el agua en las cañadas
como arroyos corriendo.

Con las ropas deshechas,
escuálidos, hambrientos y postrados,
las aguas y calores resistiendo,
en cabañas estrechas
ó toldos destrozados,
largo tiempo esperaron que las aguas
los campos despejasen,
y sendas y caminos
practicables dejasen;
y al fin, entre pantanos y arroyuelos,
la marcha continuaron, y llegóse
al país virginal de los canelos,
ó laurel cinamomo,
que en dilatados bosques se extendían,
y esa nueva riqueza, como el oro,
á sus descubridores ofrecían.
¿Mas cómo esa corteza tan preciada,
al viejo mundo conducir podrían,
cuando allí de miseria
errantes y extenuados se morían?

Ese descubrimiento
era el fijado límite á su viaje;
pero allí les dijeron unos indios:
—*que no lejos* hallábase un paraje,
en medio de naciones populosas,
do el oro recogian
como si fuesen *piedras arenosas*.—

Esta noticia reanimó el coraje
de esos hombres titanes,
de tremebundos planes;
y sin ropas, auxilios ni bagaje,
se fueron internando
en sábanas verdosas, sin confines
á espesísimos montes,
que solo presentaban
oscuros y lejanos horizontes.

Y tan enormes árboles hallaron,
que apenas uno, *diezíseis* personas,
con extendidos brazos abarcaron;
y en sus pomposas ramas se prendían,
figurando festones y coronas,
enredaderas de variadas flores,
que interminables redes parecían,
de múltiples colores. 169

A cada instante, con el hacha en mano,
entre el bosque obligados se veían
á abrirse algún sendero,
dejando en los zarzales
sus carnes y sus ropas ya podridas,
por las pasadas lluvias torrenciales.

De las cabras y cerdos que llevaban,
los que no consumieron,
en las sierras y bosques se escaparon,
y hasta los perros que matar tuvieron;
por último, comían
*la coca*, que llevaban los peruanos,
y los silvestres frutos, que cogían.

Así extenuados de fatiga y hambre,
por báculo llevando sus tizonas,
llegar pudieron al extenso *Napo*,
que á confundirse va en el *Amazonas*.

Si la ciudad del oro no encontraron,
que empeñosos buscaron
y aún hallar se creía,
un río descubrieron,
que en el antiguo mundo
por uno de sus grandes pasaría:
por su márgen siguieron,
y á poco ir adelante,
á escucharse un ruido comenzóse,
á un subterráneo trueno semejante,
que por *treinta kilómetros* oyóse,
antes de contemplar la catarata,
magnífica, espumante,
en raudales lanzándose de plata!. 170

En medio de esta soledad umbría,
tan salvaje é imponente,
todo en derredor se estremecía,
al escucharse al mugidor torrente,
que en su lecho limpísimo de piedra,
por *siglos mil* corria eternamente,
señor y soberano,

como el día primero que saliera
de la creadora mano,
y en átomo del mundo convirtiera!

Ni un indio allí, ni choza ni canoa
en la arenosa márgen se veía,
sino al *aligador* y enorme *boa,*
tendidos, perezosos,
en sus calientes lechos:
y este solemne cuadro contemplaron
tranquilos, satisfechos,
aquellos invasores tan famosos,
por sus gigantes hechos!

No distante del cáuce del torrente,
sus lados corto espacio se estrechaban
con divididas piedras en su centro,
que pilares formaban,
como si de natura un accidente
esas moles rompiera,
para que el agua, por profunda sima,
susurrante corriera;
y por allí, con troncos y sus ramas,
un puente improvisaron,
y cual ligeros llamas,
á la márgen opuesta se pasaron,
en busca de alimento;
y el pasar un soldado por el puente,
hacia abajo detúvose mirando,
sin duda hacer creyendo
un acto de heroismo;
mas de la altura el vértigo sintiendo,
rodando fué en las olas del abismo.

Y nada aventajaron
de márgen al pasar: igual pobreza
de asilo y alimentos:
por do quiera zarzales y maleza,
é impenetrables bosques corpulentos;
y las escasas tribus, que encontraban,
con salvaje fiereza
la tierra palmo á palmo disputaban;
y hasta la misma tierra, clima y cielo
parecía arrojarlos de aquel suelo;
pero á saber llegaron,
que el emporio del oro, *que buscaban,*
por la márgen siguiendo de ese río,
*hallábase cercano;*
y como era cuestión de muerte ó vida
el siquiera encontrar una guarida,
hizo el postrer esfuerzo el castellano;
pero más se alejaba
la tierra prometida,
cuanto más asolado se internaba
en el mundo desierto,
donde de angustias iba cada día,
quedando *alguno* muerto!

Resolvió al fin don Gonzalo,
anhelando poner término
á aquella marcha insufrible,
construir un barco ligero,
do poder llevar las armas
y á los postrados y enfermos.

De los árboles cercanos
pronto maderas tuvieron;
y los clavos y herraduras
de los caballos ya muertos,
como herraje aprovecharon
y el roto armamento viejo;
los andrajosos vestidos
en estopa convirtieron;
y de la resina y goma
la brea fueron haciendo:
y hallándose todo pronto,
dió don Gonzalo el ejemplo
de comenzar el trabajo;
y á los *dos meses,* teniendo
un holgado y tosco buque,
el camino prosiguieron.

De este buque dióse el mando
al intrépido y experto
don Francisco de Orellana;
pero llegado el momento
de postración general
y de estar los más enfermos,
pues los obligaba el hambre
á buscar como alimento
las correas y los cueros
y todas las sabandijas
ocultas en el desierto,
resolvió al fin don Gonzalo
asentar su campamento
en desparramadas chozas,
que encontraron sin sus dueños;
y con *cincuenta soldados,*
Orellana partió presto
en el tosco buque, en busca
del muy urgente alimento.

Como disparada flecha
desprendióse el barquichuelo
por la corriente del río.
de todos con gran contento,
pero *dias y semanas*
iban lentas trascurriendo,

y no regresaba el buque,
y seguía el desconsuelo
de esos hombres consumidos,
que iban de angustias muriendo.

Mandó, entonces, don Gonzalo
algunos destacamentos,
que la demora inquiriesen
del esperado regreso;
mas todos luego volvían
esta nueva repitiendo:
—que Orellana y su bajel,
ó habían subido al cielo
con los cincuenta soldados,
ó pasto sin duda fueron
de los peces de ese río,
cada vez más turbulento;
pues no había huella alguna
en río, márgen ni estero,
de haber por allí pasado
sus *dichosos* compañeros.—

¿Qué hacer les restaba entonces?
Un esfuerzo hacer supremo,
y cual dignos españoles,
todo supieron hacerlo;
y noblemente impulsados
por un solo pensamiento,
*aún mil y tantos* kilómetros,
*en dos meses* anduvieron.
¡Prodigios son del espíritu,
cuando al hombre inspira el genio;
y en tan sublimes trabajos
la fiebre alimenta al cuerpo!

Del Napo y del *Amazonas*
á la confluencia llegaron,
y no sin asombro vieron
ese expléndido espectáculo....
ese río, que atraviese
*todo el mundo americano*,
y que otros son á millares
sus humildes tributarios.

Vieron de un bosque salir,
por el sol, negro y tostado,
del todo á un hombre desnudo,
sin llevar plumas ni el arco,
como todos los salvajes,
que en su camino encontraron;
y este hombre hacia ellos corriendo,
elevó sus secos brazos,
exclamando: «Compañeros,
sea Dios siempre alabado!»

Y este era Sanchez de Vargas,
de ilustre linaje claro,
que fué en medio del desierto
por Orellana espulsado,
*tan solo* por el delito
de encontrarle:—que á Gonzalo,
sin volverse á dar auxilio,
dejase así abandonado
y siguiese el Amazonas,
buscando su fin lejano,
y faltando á los deberes
del amigo y del soldado.—

# LXV

## 1541 y 1542

Refirió Sanchez de Vargas
á sus pobres compatriotas,
de su vida en esos bosques
la muy lamentable historia;
y respecto de Orellana,
expresóse en esta forma:
—que tal era la corriente
de aquellas ligeras olas,
que á *los tres dias* se hallaron
en el gran río Amazonas,
mientras donde Gonzalo empleara
hasta llegar á esa loma,
*dos largos meses* de marcha,
sin dar descanso á su tropa:
que en este punto Orellana,
solo halló desiertas chozas,
y únicamente pescado
comíase á todas horas;
pero aunque hallado se hubiesen
*algunas comibles cosas*,
hubiera sido imposible,
contra la corriente undosa,

hacer detener el buque;
y empresa más ilusoria
querer llevarlas á pie,
por tan exhaustas personas:
que en situación tan extrema,
como idea luminosa,
propúsoles Orellana
el seguir el Amazonas
hasta hallar su embocadura,
quizá de allí no remota,
en el atlántico océano,
y á las playas españolas
seguir y pedir en premio
esa conquista gloriosa:
que fué aceptada por todos
idea tan salvadora,
como postrera esperanza;
y que él solo rechazóla,
manifestando á Orellana,
que á don Gonzalo y su tropa
dejar así abandonados,
creía acción alevosa,
y prefería el quedarse
y morir allí con honra;
y que entonces Orellana,
del buque á tierra le arroja,
y entusiasmados siguieron
por el gran río Amazonas.—

Así el buen Sanchez de Vargas
refirió su triste historia
á esa gente, que creía
llegada su última hora,
al mirarse abandonada,
sin tener una canoa
ni el necesario alimento
para una jornada corta,
y á tan inmensa distancia
de cualquier aldea ó costa.

Y aquí haré una digresión,
para seguir á Orellana
*en su viaje prodigioso*,
hasta las costas de España.

Esa su mísera nave,
no pocas veces se hallara
expuestas entre las corrientes
á hundirse despedazada;
otras veces la seguían,
en millares de piraguas;
guerreras tribus salvajes,
por una larga distancia;
y creyendo ver entre ellas
á indias también armadas,
persiguiendo á su bajel,
puso á ese río Orellana,
río de las *Amazonas*,
sin que después se aclarara
si las hubo en esas tribus,
con arco y flecha en la espalda,
ó solo la fantasía
de aquella gente exaltada
creyó verlas en las márgenes
ó en las ligeras piraguas.

Después de grandes peligros
y constante lucha diaria,
llegaron hasta el océano
y la isla de Cubagua,
donde el preciso descanso
á su gente dió Orellana.

Pusieron después un mástil
á aquella pequeña barca,
y con pedazos de toldos
y algunas mantas indianas,
hicieron *un par de velas*,
y *el lastre* fueron sus armas,
y de pobres comestibles
una provisión escasa;
y *en dos* compuestos barriles,
y en indianas calabazas
y algunos cubos, que hicieron,
depositaron el agua.

Y animados siempre todos
del mismo aliento y audacia
al océano se lanzaron,
en alas de su esperanza,
*sin brújula ni piloto*,
y en *la misma tosca barca*,
*en que otra* más cáuta gente,
*ni un río* tal vez cruzara!

Dice el refran, que la suerte
al audaz salva en sus alas,
y fué *una gran maravilla*,
que así llegasen á España.

Habrá *hechos temerarios*
en las historias y fábulas;
pero *más* que éste *ninguno*,
como portentosa hazaña,
narrar podría la mente
más fecunda ó más insana!

Un viaje tan prodigioso

pareció al principio un cuento,
hasta que el mismo Orellana,
de sus fatigas repuesto,
presentóse á su monarca
y narróle los sucesos:
—desde que siguió á Gonzalo,
hasta hallar el patrio suelo:
exageró la grandeza
de esos ignotos desiertos,
y díjole, que el *Dorado*
hallábase en aquel centro,
según exactas noticias;
y que había descubierto
*el primer río del mundo;*
y á las que describe el griego,
*varoniles amazonas*,
que á los númidas vencieron.—

Y Orellana terminó
á su monarca pidiendo,
como cosa merecida:
—á esas tierras los derechos,
y para hacer la conquista,
los precisos elementos.—

La audacia de este soldado,
que hallaba tan fácil todo,
y con sus hechos recientes
se anunciaba capaz de otros,
que al orbe entero causaran
muy justa *envidia y asombro*,
el noble orgullo halagó
del monarca poderoso,
quien dióle *quinientos hombres,*
*y dos bajeles,* que pronto
se lanzaron al atlántico
con su lábaro glorioso;
pero la muerte traidora,
con su negro ceño torvo,
sorprendió á aquel hombre insigne,
en medio el mar espumoso;
y con su muerte perdió
el altivo hispano trono,
parte de los bellos campos,
que baña el río famoso;
pues luego los portugueses
los fueron haciendo propios.

Mas á la confluencia ahora,
de los dos ríos volvamos,
do con su mísera gente
hallábase don Gonzalo.

El dilema era terrible,
y acaso desesperado,
*para esos allí perdidos*
y agobiados castellanos:
ya no podían marchar,
ni dar *adelante* un paso,
aunque hubiérase sabido,
que el fantástico *Dorado*
se encontraba á una jornada,
con sus riquezas brindando;
y Quito de allí distaba
por desiertos y bañados
como *unos dos mil* kilómetros,
y era *otro año* necesario
de fatigas y tormentos,
para desandar lo andado,
y aterrábales la idea
de sufrir nuevos trabajos.

¡Peregrinación horrenda
para esos hombres escuálidos!
Mas don Gonzalo era el hombre
para esos tremendos casos,
y de esta manera habló
á sus míseros soldados:

«Aquí, compañeros,
creías hallar
la nave, que hicisteis
con próvido afan,
pensando poderos
en ella salvar!

Mas un mal amigo ...
indigno español,
buscando salvarse,
nos hizo traición,
y aquí abandonados,
ya veis, nos dejó!

¿Qué entonces, decidme
nos resta que hacer?
¿Dejar que las tribus
nos saquen la piel,
y vengan las fieras
el hueso á roér?

¿Y aquí cual cobardes,
dejarnos morir,
sin que el mundo sepa,
que hijos del Cid
lograron heróicos
llegar hasta aquí?

¡No puedo tal cosa

por Dios suponer!
Si aquí hemos llegado,
sabremos también
de donde salimos,
llegar á volver!

Y mas hacia el Norte
voy yo á regresar,
porque mas recursos
supongo que habrá....
cambiando camino,
de suerte es cambiar!

Partamos, amigos,
mi huella seguid,
que á Quito ya veo....
¡Morir, por morir,
mejor es volvernos,
oh hijos del Cid!»

Escucharon con ánsia los soldados
estas palabras de entusiasmo y fe,
y sintieron de nuevo la esperanza
en su alma renacer;
y comprendiendo todos,
que era el plan que Gonzalo proponía
su única salvación,
aceptáronlo todos con orgullo,
y el regreso á emprenderse comenzó,
haciendo alarde todos
de ese su antiguo castellano honor!

El hábil jefe entonces,
su energía, su genio y voluntad
supo á esos hombres débiles, postrados,
como ángel protector comunicar:
las míseras raciones
á todos repartía por igual:
era el primero en todos los trabajos,
y el último también en descansar;
y él era el enfermero
y amigo servicial,
y tan fiel compañero
como buen capitán.

Precisas fueran páginas inmensas,
para poder apenas describir
aquella *vía crucis* de martirios,
que sublimes supieron resistir;
mas para dar *una ligera idea,*
bastárame decir:
que empleóse *más de un año* en el regreso,
y *dos terceras partes* de los indios
llegaron á morir;
que perecieron *todos los caballos,*
y que solo llegáronse á salvar
*ochenta veteranos,*
de aquellos *cuatrocientos y cincuenta,*
con que Lima á Gonzalo vió marchar!!!

En pieles envueltos,
de heridas cubiertos,
sin pelo ni voz....
desnudos los otros
y mancos y cojos,
con tosco bastón;
y todos quemados
por los ígneos rayos
del sol tropical,
cual mudos espectros,
se ven del desierto
á Quito llegar!

Del *mes de Junio á fines*, sorprendidos
los no muchos cristianos habitantes,
que en Quito residían,
vieron de don Conzalo á los soldados,
que como espectros pálidos volvían,
ó pobres mendicantes!

Salieron á su encuentro los cristianos,
con sus hijos, mujeres y alimentos;
y al escuchar la narración horrenda
de sus padecimientos,
sus lágrimas mezclaron, tristemente,
á aquellas, que vertía
de don Gonzalo la salvada gente,
creyéndose dichosa!

Penetraron después todos al templo
á dar gracias al Dios omnipotente,
por esa salvación *tan milagrosa!*

Varios de esos postrados veteranos,
consiguieron al fin restablecerse;
mas de crónicos males otros libres,
jamás pudieron verse.

Y de orgullo fué luego el mayor timbre
para aquellas personas,
poder decir el resto de sus dias:
«¡Yo soy de los que fueron
hasta el río Amazonas!»

¡Tal fué la expedición de don Gonzalo,
que al par que desastrosa,
para la historia de Castilla fué
una brillante página gloriosa....
un inmortal laurel! 171

# LXVI

## 1541 y 1542

Con la muerte del marqués,
llegando todo á cambiar,
quedó en Lima Juan de Rada,
como el jefe más capaz,
siendo director de Diego,
y su experto general;
y fué su primer medida
comisionados enviar
á los puntos importantes,
á restablecer la paz,
y al joven don Diego Almagro
gobernador proclamar.
A Trujillo y Arequipa
mandó fuerzas además,
y sometidos quedaron
sin mucha dificultad.

En el Cuzco residía
una fracción principal
de Almagro adicta á la cáusa,
desde mucho tiempo atrás;
y ésta hizo á sus contrarios
en el acto renunciar,
ocupando sus empleos,
como cosa natural;
mas los así despojados
del mando de la ciudad,
enviaron secretamente
á Alvarez Hólguin llamar,
quien con sus fuerzas entrando,
redujo á la capital,
y volvió á sus partidarios
los mismos puestos á dar.

Hacia el Norte se encontraba
don Alonso de Alvarado
con *unos doscientos hombres;*
y como jefe contrario
al partido vencedor,
escribió á Vaca de Castro,
exponiéndole oficioso:
—del Perú el crítico estado,
y rogándole que fuera
á recibirse del mando.—

En Popayán aún estaba
de Carlos quinto el enviado,
cuando supo, sorprendido,
el triste fin de Pizarro:
perplejo estuvo un momento
al verse en país extraño,
sin ninguna fuerza armada,
y por completo ignorando,
si eran pocos ó eran muchos
los que seguían á Almagro;
en tal situación, entonces,
algunos le aconsejaron
el que fuese á Panamá,
como el más prudente paso,
y allí esperar y reunir
los recursos necesarios,
para poder imponerse
á la arrogancia de Almagro,
si este acaso pretendiera
seguir conservando el mando;
mas no escuchó estos consejos
el hábil Vaca de Castro,
que en la lealtad confiaba
de los buenos castellanos,
y en la autoridad moral,
que tendrían sus mandatos;
hasta Quito dirigióse,
*do el segundo* de Gonzalo,
—pues éste en su expedición
aún hallábase empeñado,—
prestóle su acatamiento,
al conocer su alto cargo.

Le aconsejó Benalcázar:
—que no como de Pizarro
el sucesor se anunciase,
sino como juez y enviado
para hacer solo justicia;
pues se haría así simpático
entre aquellas dos fracciones,
que disputábanse el mando,
creyendo tener razón,
y todos los agraviados
prestaríanle su apoyo;—

mas no era Vaca de Castro
hombre de guiarse *por otro*
á un partido vinculado,
cuando ya formado un plan
trataba de realizarlo,
según su ciencia y conciencia:
y eligiendo ciudadanos
de honradez y de prestigio,
los mandó como emisarios
á las primeras ciudades,
la sumisión reclamando,
como enviado del monarca;
y hacia el sud siguió en el acto,
cuando recibió la carta
de don Alonso Alvarado.

En el amor y el respeto
confiaba Vaca de Castro,
que á los monarcas tenían
todos sus fieles vasallos,
aunque anormales sucesos
tuviéranles alterados.

En tanto que en el Norte
así Vaca de Castro procedía,
representando á la preclara corte,
se iba robusteciendo cada día
de don Diego el poder.

Y cual hidalgo, que el favor no olvida,
de Juan de Rada la primer medida,
agradecido fué,
á sus fieles amigos indigentes,
con generosa mano socorrer:
preparó provisiones y caballos
para la pronta, decisiva lucha,
que iba á comenzar,
y los primeros fondos
comenzó diligente á recaudar.

De su prisión sacaron á Picado,
que olvidado yacía,
y siendo interrogado:
—do se hallaban los quintos del monarca,—
contestó:—no sabía;—
fué puesto en el tormento,
mas cerrados sus labios,
no quiso ó supo dar noticia alguna;
y sus jueces, entonces, que tenían
antiguas cuentas que pedir de agravios,
durante su pobreza,
en seguida mandaron:—le cortasen
en la plaza de Lima la cabeza.

El obispo Valverde,
disminuyendo su severo ceño,
por Picado pidió con insistencia;
mas vano fué su empeño,
y cumplióse en seguida la sentencia. 172

Y solo al juez Velázquez y al obispo,
y á uno que otro, llevando su fortuna,
el embarcarse en Lima permitieron;
pero en la isla de Puna,
*asesinados* por los indios fueron.

De la *inquisitorial* rígida escuela
de jesuitismo, que concede el cielo
al que hereges estirpa y mata infieles,
era Valverde, ex-fraile dominico,
que á su nativo suelo
volvíase *muy rico....*
quizá á solicitar *algún capelo;*
pero él, *que las matanzas* de los indios,
contento autorizó,
*en esa misma tierra, y de ellos luego*
el condigno castigo recibió!

Ya tenía Almagro prontas
sus bien decididas fuerzas
para salir al encuentro
de los jefes, que quisieran
oponerse á su gobierno,
cuando recibió la nueva:
—que Hólguin con *trescientos hombres,*
concitando á la revuelta,
salido del Cuzco había
hacia el Norte con presteza,
á incorporarse á Alvarado,
para hacerle resistencia.—

Determinó, pues, Almagro
impedir que se juntasen,
porque era más fácil cosa
el batirlos en detalle,
que no dejar que esas tropas
un solo grupo formasen;
y después de derrotarlas
al enviado presentarse,
procurando algún arreglo,
que con honor, los salvase;
porque solo ellos quisieron
de su tirano vengarse;
pero jamás contra el rey
hacer armas desleales.

Con buen número de tropas,

emprendió Almagro su marcha,
y de Alvarado ya cerca,
á presentarle iba en Jáuja
la batalla ineludible,
cuando tuvo la desgracia
de perder, *en pocos dias*,
al general Juan de Rada,
quien, tanto por los trabajos
de las miserias pasadas,
cuanto por ser ya de edad,
falleció, cuando más falta
al joven Almagro hacía,
al emprender su campaña.

Fué Rada de noble extirpe,
y desde joven las armas
tomó como profesión,
llegando por sus hazañas
á adquirir los altos grados
de su bien sentada fama;
y sentida fué la muerte
de este hidalgo de Navarra.

Antes Rada de espirar,
y con su razón completa,
hizo traer su maleta,
y al joven Diego llamar.

Los dos pañuelos sacó,
que ensangretados tenía,
y en un brasero, que ardía,
uno de ellos arrojó.

«Oye, Diego,—dijo Rada.—
el pañuelo que he quemado,
en sangre estaba empapado
de víctima... ya vengada!

En este otro recogí
la sangre, que con mi mano
hice correr del tirano,
que inerte á mis plantas ví!

Tómalo, y él te dé fe
para llegar á triunfar....
después lo puedes quemar,
como yo el otro quemé.

¡Yo ya á tu padre he vengado....
puro conserva su nombre.
y como él serás un hombre
leal, valiente y honrado!»

Púsose pálido Diego,
y el pañuelo recibió;
la mano á Rada besó,
y una lágrima de fuego
por sus mejillas corrió.

«¡Oh Rada, cuanto os admiro!»
Diego exclamó, sollozando;
y Rada á Diego mirando....
lanzó el último suspiro!

Irreparable esta muerte
fué para el joven Almagro:
perdió á su buen director,
de su empresa el mejor brazo,
y quizá esta fué la causa
de su triste fin cercano;
pues Cristóbal de Sotelo
y García de Alvarado,
cuando murió el bravo Rada,
disputáronse el mando ambos,
creyéndose con pericia
para poder reemplazarlo.
Esta excisión impidió
que á Jáuja llegara Almagro,
y antes que él hubiese el valle
sin estorbo Hólguin pasado.

Y aún cuando Almagro siguióle
á retaguardia, dejando
su artillería y bagajes
y alcanzando á rezagados,
consiguió Hólguin el reunirse
con las fuerzas de Alvarado,
cerca del puerto de Huáura,
donde asentaron su campo.

Quedando de esta manera
el plan de Almagro frustrado,
resolvió marchar al Cuzco
para otra vez sojuzgarlo,
y después salir de nuevo
á buscar á su adversario.

Sotelo fué á la vanguardia,
y no en el Cuzco encontró,
al reponer á los suyos,
quien le hiciera oposición;
y tras él, con sus legiones,
Almagro también entró.

De Sotelo y Alvarado,
con envidia allí mayor,
renováronse los celos,
sin ver que la desunión

en tan críticos momentos,
era la funesta voz,
que iba á anunciar sus derrotas
y segura perdición;
mas tal era ya la pugna,
y de uno y otro el rencor,
que un día entróse Alvarado
de Sotelo en la mansión,
y en su propio cuarto y solo,
á traición *le asesinó.*

Este hecho cobarde y bárbaro
causó gran indignación;
mas viéndose Almagro débil
ante el audaz agresor,
tal injuria y desacato
con rabia disimuló,
y con ciertas distinciones
quiso atraerle á su favor;
mas precavido Alvarado,
no ya de Almagro se fió,
y para evitar su daño
urdió *una conspiración*,
revelada por un cabo,
que á Alvarado fué traidor.

Entonces, Almagro ya,
por propia conservación,
del su rebelado jefe
el mismo ejemplo siguió;
y penetrando en la casa
del jefe conspirador,
con unos cuantos amigos,
llamóle con fuerte voz,
y arrojado y sable en mano,
*muerto* también le dejó.

Las mejores consecuencias
tuvo este hecho irregular,
y los sediciosos planes
disipáronse sin más,
aplaudiendo los soldados
á su nuevo general,
que apenas *veintidos años*
iba gallardo á contar,
y este acto de intrepidez
le dió popularidad;
porque el *valor y virtud*
tienen *un mérito tal*,
que se admiran y respetan
*en toda la humanidad!*

Y sin tener en su ejército
ningún temible rival,
sino buenos oficiales,
que secundasen su plan,
preparóse cauteloso,
en la gran campaña á entrar.

Por el griego Pedro Candia,
que el lector recordará,
fué uno de los primeros
esas costas en pisar,
hizo construir armamento
de excelente calidad,
cañones, yelmos, corazas,
cual pudiéranse sacar
de las fábricas mejores,
que existían en Milán.

Y como cerca del Cuzco
descubrióse un mineral,
mejor que el oro y la plata,
azufre, en gran cantidad,
hizo el griego también pólvora,
para *guardar y prestar*.

Y el Inca, que de Pizarro
odiaba el nombre fatal,
y también á su partido,
comenzó á Almagro á mandar
todas las armas, que obtuvo
en su defensa tenaz;
pues impaciente aguardaba,
que él lo llegase á vengar;
porque nunca el viejo Almagro
hizo ninguna *crueldad;*
y á auxiliarle con sus indios
comprometióse además.

# LXVII

## 1542

Benalcázar, el jefe distinguido,
—y que el primero fuera,
que en Quito se adhiriera
del monarca al enviado,—
facilitó *la fuga* á un compañero,
de Pizarro en la muerte, complicado,
y que allí residiera;
Vaca de Castro súpolo, y severo
sin oirle, ordenóle:
—de Popayán se fuese á su distrito;—
y con este acto queda demostrado
el carácter enérgico de Vaca,
quien saliendo de Quito,
pasó por San Miguel, donde acatóse
lo mismo que en Trujillo, su persona,
como al representante
que enviaba la corona,
para ser de Pizarro el reemplazante.

Marchó después á Huáura,
buscando el campamento
de Hólguin y Alvarado;
mas cada cual tenía
el suyo no distante y separado,
pues cada cual el mando pretendia,
por mejores servicios distinguidos;
y los dos adularon al enviado,
para ser en el mando preferidos
de la campal jornada,
por creerle puramente
hombre solo de letras, no de espada.

Pero Vaca de Castro
escucharles fingía complaciente;
y aplacar consiguió á los dos rivales,
que sus fuerzas uniesen;
y atraerse logró á los oficiales,
y como jefe, al fin, le obedeciesen;
pues precavido y rígido juzgaba:
—que esa su autoridad disminuiría,
si á otro el mando de las fuerzas daba,
cuando muy bien mandarlas él podia
á voluntad, siguiendo los consejos
de los hombres leales,
de adictos jefes viejos,
y de tantos expertos oficiales,
según los supusiera de acertados.—

De este modo atraíase la estima
de oficiales y buenos ciudadanos:
hizo salir las fuerzas para Jáuja,
y con escasa guardia marchó á Lima,
donde con gran contento
por la generalidad fué recibido,
creyéndose ya libre de mandones;
y de enviado real reconocido
por el ayuntamiento,
recibió muy valiosas donaciones;
pero muy pocas armas y caballos
pudo obtener, pues los de Chile habían
los pertrechos llevado, que existían;
mas consiguió afanoso
el ir formando un cuerpo
de reclutas, bastante numeroso.

Mientras así procedía
en Lima Vaca de Castro,
recibió un extenso oficio,
con respeto redactado,
de Almagro, quien le decía:
—que él, como humilde vasallo
de sus egregios monarcas
como también sus soldados,
no intentaban hacer armas
y acataban sus mandatos:
que él solo obtener deseaba
su legítimo legado;
que era la *Nueva Toledo*,
usurpada por Pizarro;
que tomase posesión,
cual regio comisionado,
de toda Nueva Castilla,
que entregábale en el acto,
en paz siguiendo así todo,
y que esperase, entretanto,
que la corte decidiese
sobre su justo legado.—

Pero tal proposición,
que creyó aceptable Almagro,

quedó sin respuesta alguna,
y su plan siguió el enviado,
que ganar tiempo quería
para irle todo minando.

Frustradas sus esperanzas,
con pena Almagró observó,
que aparecer le obligaban
como rebelde y traidor,
al defender los derechos
que su padre le legó,
y como un deber creía
el sostener con honor;
y reuniendo á sus amigos
para saber su opinión,
antes de tomar las armas,
así la suya expresó,
con el fuego y el derecho
de un hidalgo corazón:

«¿Qué hacer, amigos, nos resta,
cuando el descortés enviado,
ni siquiera se ha dignado
dar lacónica respuesta
á nuestra justa propuesta?
¡Sin duda espera triunfar,
y á cada uno formar
breve proceso después
por la muerte del marqués!
¿Nos dejaremos matar?

Justicia se nos negaba,
y nosotros la tomamos
cuando á Pizarro matamos.
¿Por qué el enviado tardaba?
¡Porque hacerla no pensaba!
Nuestra afrenta consentía,
porque sus planes tenía,
y hoy no nos quiere escuchar
para él solo gobernar,
como Pizarro lo hacía!

Esos trabajos pasados,
esos gloriosos afanes,
esos hechos de titanes,
por todo el mundo admirados,
¿fueron, decid, realizados
por mi buen padre y vosotros,
acaso para que otros,
como el ladrón en acecho,
usurpen este derecho,
que es tan solo de nosotros?

¿Qué nos queda, pues, que hacer?
¿Dar nuestra causa perdida?
¡No! el defender nuestra vida
es un sagrado deber!
Si sangre debe correr,
no es nuestra la culpa, no,
que á escucharnos se negó....
él solo el culpable sea,
que no la justicia emplea,
como el rey se lo mandó!

Aún combatiendo, seremos
fieles vasallos del rey,
y que se cumpla su ley
triunfantes le pediremos.
¡Nuestra vida ahora salvemos,
aceptando el desafío,
y con castellano brío
marchemos ya de él en pos,
que en la justicia de Dios
mas que en la del hombre, fío!»

Los jefes y oficiales comprendieron,
que hallábase ligado su destino
al destino del joven capitán,
á quien como á su padre ya querían;
y que no les quedaba otro camino
para salvarse, que también lidiar;
pues si en poder caían
del enérgico enviado,
uno á uno colgado
serían sin piedad.
Así *su diestra todos extendieron*,
con brazo firme y corazón audaz,
y el juramento hicieron
delante de un altar:
—de seguir peleando por do quiera,
y al joven capitán
unidos, toda clase de peligros,
hasta el fin arrostrar.—

De *quinientos veteranos*
el ejército sería,
formado ya por Almagro
para emprender la salida:
de á caballo *eran doscientos*,
con nuevas armas y ricas,
y muchos de ellos con malla;
y los infantes tenían
arcabuces y alabardas
y militar disciplina;
*ocho piezas de calibre*
contaba la artillería,
y *otros ocho falconetes*,
cuyo cuerpo con pericia
el griego Pedro de Candia

como jefe dirigía,
teniendo las municiones
y las cureñas precisas.
Y en este provisto parque,
mas que en todo consistía
de este ejército la fuerza,
no en su fuerza colectiva.

*Como á principios de Marzo,*
toda esta tropa ya lista,
al frente de ella se puso
el joven Diego, que ardía
por probar á sus soldados,
que despreciaba su vida
por conservar la honra y fama
del buen nombre que tenía;
y hacia la costa marchando,
con muy prudentes medidas,
hallar por allí esperaba
á las fuerzas enemigas.

Cuando Manco invadió al Cuzco,
y el marqués mandó implorar
la ayuda de Nicaragua,
de Méjico y de Panamá,
para poder sostener
su dominio colonial,
de Méjico fué al Perú
su contingente á prestar,
entre otros, el bravo jefe
don Francisco Carbajal:
*medio siglo* de servicios
contaba en Europa ya,
sin haber podido nunca
con su profesión medrar;
y maldiciendo á su patria
y á su Dios y Satanás,
á la conquista de Méjico
*el primero* fué en marchar,
do por *su duro carácter*
*y su ironía habitual,*
no haciéndose allí amigos,
tampoco pudo medrar;
pues era de aquellos hombres,
que impacientes por demás,
*antes de tiempo* pretenden
imponer su voluntad:
en la batalla de Rávena
hallóse como oficial;
al rey de Francia, en Pavía,
logró con otros cercar,
y en las guerras contra Italia
seguía al gran capitán,
y en el saqueo de Roma
pudo un archivo atrapar,
que fué después adquirido
por el robado curial;
y con tal dinero pudo
hasta Méjico pasar,
siguiendo luego al Perú,
más *por el rico metal,*
que por ir en ese imperio
sus servicios á prestar,
porque era *muy avariento,*
y tener oro su afan:
después de vencido al Inca,
hízole Pizarro dar,
unas tierras en el Cuzco;
y allí el viejo Carbajal
únicamente pensaba
sus rentas en aumentar,
cual si apenas comenzase
su vida primaveral,
cuando ya este hombre tenía,
*como ochenta años* de edad:
era hábil y muy astuto,
y excelente militar;
y con muy fresca memoria
y amena prolijidad,
muy complacido narraba
sus campañas de ultramar,
como crónicas de guerras,
que ya olvidándose van,
entreteniendo así á todos
por la noche en el hogar,
y sin *de cualquier materia*
faltarle asunto jamás:
también de sus mocedades
solía, ufano, contar
sus amorosas empresas,
con gracejo original;
á las viudas que engañó,
y mozas que hizo llorar,
las esposas que sedujo,
sin de ellas tener piedad:
en los pueblos y villorrios,
donde entraban á acampar;
y de su suerte en amores
decía con vanidad:
que aunque nunca fué casado
por cura ni sacristán,
dió más hijos á ambos mundos,
que el mico más servicial;
y cínico en su vejez,
mas lo fué en su mocedad:
con el don de la palabra,
era fecundo y locuaz;
y buen mozo debió ser

y de arrogancia marcial,
pues á pesar de sus años,
veíase erguido andar:
alto, fornido y hercúleo,
nunca sintió ningún mal,
ni hambre, sed, calor ni frío;
y aún podía manejar
el acero con destreza
y subir á un alazán,
y hacer muy largas jornadas
y á campo raso morar:
conversador y chistoso,
rayaba siempre en mordaz,
como toda alma insensible
y agena á humana piedad;
y levantándose al alba,
comenzaba á trabajar;
y como viejo egoista
era avaro por demás,
aunque la vida miraba
como comedia falaz,
burlándose, descreído,
de toda la humanidad
y de las cosas sagradas,
cual si fuese un musulmán:
tenia el escepticismo
de un espíritu inmoral,
y aquella filosofía,
que engendra la adversidad,
en todo ser ambicioso,
que no consigue medrar:
era duro y sanguinario,
como salvaje chacal,
y en su vida, por ninguno,
compasión sintió jamás!

Este era el octogenario
Francisco de Carbajal,
que por gusto ó adhesión,
ó por rigor demostrar,
alistóse del enviado
en la bandera real.

Y en esa guerra civil,
vamos muy pronto á observar
*el importante papel*
de este sér excepcional,
que pasando *por un sabio,*
y de gran autoridad,
dice el cronista Pizarro:
—que en el Perú, en general,
el populacho creía
*que tuviese familiar.*

# LXVIII

## 1542

Cuando el enviado supo
de Almagro la salida,
reuniendo á sus reclutas
también salió de Lima,
y encaminóse á Jáuja,
do sus fuerzas unidas,
*de setecientos hombres*
por todo excederían,
inclusas las bisoñas,
llegadas de Arequipa,
quienes al poco tiempo
de estricta disciplina
y diarios ejercicios,
las armas conocían
como el arado y pala,
que eran sus favoritas,
cual buenos labradores;
y gente muy tranquila,
que aquel ayuntamiento
por fuerza remitía.

Así llegó el enviado,
con energía y calma,
á formar á sus órdenes
este ejército en Jáuja;
el preciso armamento
de fuego y alabardas
tenían los infantes;
su artillería escasa
*solo tres falconetes,*
no muy buenos contaba;
y la caballería
estaba mal montada;
mas si estas fuerzas eran
inferiores en armas
á las del joven Diego,

tenían la ventaja
en número excederlas,
quedando equilibradas,
y así *indeciso* el triunfo
de próxima batalla.

Don Gonzalo Pizarro, desde Quito,
vuelto ya del país de la canela,
al enviado solícito escribió:
—sus leales servicios le ofrecía
en la próxima lucha;—pues quería
ayudar de su hermano al vengador,
y mantener en pie su gran partido,
de su nombre ejerciendo la presión.

Contestóle el enviado prontamente,
su oferta agradeciendo muy cortés;
y le felicitaba
por sus descubrimientos importantes,
pidiéndole también:
—que por más tiempo en Quito se quedase
de su penoso viaje *á descansar*,
y que en otra ocasión no dejaría
*sus valiosos servicios* de aceptar.—

Don Gonzalo quedó muy resentido
de tal contestación,
que presumió una especie de ironía,
esperando que el tiempo le indicase
un camino mejor;
porque ambicioso, activo,
creyó esa la ocasión
de reemplazar á su finado hermano,
y de aquel reino ser gobernador.

¿Mas por qué rehusaba
Vaca de Castro la valiosa ayuda,
que iba de pronto á darle más poder,
y todo el contingente de un partido
poderoso y temido,
que se quería al suyo someter?

Porque aún esperaba
á sus miras á Diego reducir,
sin dar una batalla desastrosa;
y porque no quería
á su consejo un hombre introducir,
que *osado y turbulento*,
en sus planes contrario le sería;
porque su intención era
*los antiguos partidos extinguir:*
que los nombres de Almagro y de Pizarro
llegasen los *soldados á olvidar*,
y del rey el mandato soberano
pudiese solo *en ellos* imperar.

¿Pero en Vaca de Castro hubo prudencia,
tal desaire en hacer á don Gonzalo,
creyendo *sábiamente* obrar así?
¡El tiempo lo dirá más adelante,
que el éxito hace siempre *bueno ó malo*,
todo lo que se entrega al porvenir!

Recibió Vaca de Castro
estas noticias exactas,
por unos indios espías
y ligeras avanzadas:
—que con sus fuerzas Almagro
á ocupar se preparaba
un punto fortalecido,
que se llamaba *Guamanga*,
á *ciento treinta* kilómetros
mas adelante de Jáuja;—
y Vaca de Castro, ansioso
de asegurar esa plaza,
levantó al punto su campo,
y haciendo largas jornadas,
pudo anticiparse á Almagro,
que aún en Bilcas se encontraba,
y *á unos cincuenta* kilómetros
ambas fuerzas de distancia.

Esta prisa del enviado
fué por demás temeraria,
aunque buen éxito tuvo;
pero esas marchas forzadas,
y sus fuerzas fraccionando,
para que fuesen más rápidas,
pudiéranle costar caro,
si las columnas contrarias,
en vez de sus marchas lentas,
hacen más ligeras marchas,
y fraccionado le encuentran
antes de entrar en *Guamanga*.

Mas le fué imposible á Almagro
evitar, que aquella plaza
Vaca de Castro ocupase,
antes que él se anticipara;
que á ir despacio obligóle
su artillería pesada;
y con sentimiento supo,
que por sus lentas jornadas,
el doctor Vaca de Castro
ya se encontraba en Guamanga.

En este punto el enviado
recibió nueva embajada
del prudente joven Diego,
exponiéndole en sustancia,
lo mismo que en la anterior;
porque el joven lamentaba,
que rehusándose á un arreglo,
se le hiciera romper lanzas,
entre unos mismos hermanos,
sin haber para ello cáusa,
desde que solo su herencia
él tan solo reclamaba,
sin que en el acto el enviado
obligárase á entregarla
sino *que ambos esperasen*
el fallo de su monarca.

Dignóse Vaca de Castro
darle al fin contestación:
—asegurábale á Almagro
de su monarca el favor....
si la gente le entregaba,
que á Pizarro asesinó.—

Esta injuria al caballero
y joven de pundonor,
que á evitar guerra civil
con afan se apresuró;
y el suponerle capaz
de entregar á esa fracción,
que generosa y adicta
á su buen padre vengó,
y después de sus dominios
nombróle gobernador,
ofendiendo al digno joven
llenóle de indignación,
y luchar hasta la muerte,
como una fiera juró:
y todos los complicados
pidiéronle en alta voz,
que al momento se rompiese
aquella negociación,
y se llevase el ataque
contra el enviado traidor,
antes que nuevas perfidias
pusiese en juego el felón,
é hiciera de algunos débiles
vacilar el pundonor.

Dijose, entonces, que Castro
mandó entre esta comisión
y disfrazado *de indio*
á ducho *espia español*,
quien instrucciones llevaba
de conceder el perdón,
y hacer muy buenas promesas
por orden de su señor,
á los jefes y oficiales,
que á Almagro hiciesen traición:
que al espía descubrieron,
y que negó con temor;
mas que puesto en el tormento,
*su vil misión confesó*,
y como espía de guerra,
fué muerto *sin compasión*.

Observó Vaca de Castro,
al acampar en Guamanga,
que era quebrado el terreno,
que á ese punto rodeaba,
y que su caballería,
no pudiendo allí dar cargas,
requería otro mejor:
situóse en las tierras bajas
ó las llanuras de Chupas,
verdosas como esmeraldas,
pues en los montados cuerpos
fundaba sus esperanzas,
creyéndolos superiores
á los de las otras armas;
y contrájose á estudiar
el mejor plan de batalla,
con los veteranos jefes,
que sus planes consultaba.

Y entran los meses
de vientos, lluvias,
de aguas copiosas
en las llanuras,
retumbando los truenos con furor.

Fríos y nieves
en las colinas,
y en las montañas
recias ventiscas....
páramo inerte todo en derredor.

Y los soldados
de ambos ejércitos,
bajo sus tiendas
tristes, famélicos,
aguantaron pacientes el rigor
de esa estación.

Mas esos meses
pasaron rápidos,
cual voluptuosos
placeres báquicos,

y se sintieron
los blandos hálitos
de grata primavera tropical,
como los cánticos
de la esperanza,
y otra vez comenzó la actividad;
Almagro avanza,
y ya unos y otros lléganse á enfrentar.

# LXIX

## 1542

Del benigno *Septiembre,* brilla hermoso
*el dia dieziseis;* y traen la nueva
las descubiertas, que mandó el enviado:
—que de Almagro las tropas ya cercanas,
de Chupas avanzando á las alturas,
intentan rodear el campamento.—

Vaca de Castro, prevenido siempre,
manda un cuerpo de infantes en el acto,
por otro de ginetes sostenido,
á ocupar las alturas de aquel valle,
y él también, con el resto de sus fuerzas,
hasta las cimas presuroso avanza;
y allí le dicen:—que de Almagro habían
en buen sitio las tropas acampado,
como á *cinco* kilómetros distantes.—

Ya las fuerzas reales en la cimas,
atacar á los otros anhelaban;
mas el enviado hallábase indeciso,
pues comenzaba á declinar la tarde,
no queriendo, que envueltos en pelea,
á los suyos la noche sorprendiese;
pero observando Alonso de Alvarado
el entusiasmo de su gente toda,
presto persuade al indeciso Castro:
—á que aproveche la ocasión propicia,
y dé en esos instantes la batalla,
prometiéndole un éxito completo,
porque la fé y el entusiasmo siempre
á las humanas fuerzas centuplican.—

De formar y avanzar dase la órden,
mientras *su cota* pónese el enviado,
y de ella encima túnica valiosa,
con la cruz de Santiago sobre el pecho;
brillante yelmo cubre su cabeza,
y largo acero toledano ciñe:
salta á un corcel *morcillo rabicano,*
enjaezado con primor y brioso,
anhelando romper *la primer lanza,*
para *que nadie en su valor dudase,*
y pónese á la frente de sus tropas.

Coloca á los infantes en el centro,
con los tres mal montados falconetes,
y á la caballería en ambos flancos;
al real estandarte á la derecha,
de cuya ala da el mando á don Alonso,
á Hólguin la otra izquierda, y él se apresta
el primero á lanzarse á la vanguardia;
mas le hacen desistir de tal intento
sus jefes y oficiales: forma, entonces,
de *cuarenta jinetes,* la flor de ellos,
movible cuerpo, cuyo mando asume,
para acudir donde peligro hubiese,
y á su dispuesto ejército dirige
concisa alocución, halagadora;
y haciendo luego leer la ley que impone
pena de hacienda y vida á los traidores:
—de ellos los bienes repartir acuerda,
entre los mas gallardos combatientes.—

Al dar vuelta la tropa á la colina,
que ocultaba á las fuerzas de don Diego,
vénlas formadas, esperando firmes,
meciendo al aire sus banderas blancas,
y brillando sus armas á los rayos
del sol poniente, entre celajes de oro.

Ordenado el ejército rebelde
del mismo modo que el de Castro estaba,
y en ventajosa posición situado,
comienza su excelente artillería
á hacer nutrido fuego al que se enfrenta;
el peligro el enviado reconoce,
y suspenso vacila en tal momento;
y entonces Carbajal, que conocía,
como cualquier indígena ese campo:
—por seguro rodeo le propone
su tropa dirigir en breve tiempo,
y á los francos caer de la de Almagro.—

Gustoso asiente Castro á tal propuesta,
y diestramente Carbajal conduce
á las reales tropas, protegidas
por contiguas colinas intermedias,
hasta del enemigo encima hallarse,
aunque los indios, que mandaba Paullo,
del Inca hermano, repetidas veces
sus flancos atacasen; pero pudo
evitar el diluvio de las flechas,
de arcabuceros destacando un cuerpo.

Al ver Almagro á la contraria hueste,
rompe su artillería en denso fuego,
y hacen estragos *sus primeros tiros;*
mas los otros después *por alto pasan*,
á pesar de tener tan grande b anco,
pues las primeras filas descendiendo,
la retaguardia en alto aparecía,
*si es traición ó impericia*, sin saberse,
de Pedro Cándia, que la manda en jefe.

Recuerda entonces Diego:—que fué Cándia
uno *de aquellos trece*, que en la isla
del lado de Pizarro se pusieron,
y disgustado luego abandonóle,
pero que tal vez hora anhelaba
á sus viejas banderas replegarse;—
y que se hallaba, supusieron muchos,
con el enviado *en clandestino acuerdo*,
con quien correspondencia antes tuviera,
cuando al Cuzco mandara sus espías.
De ira enceguecido Diego Almagro,
al oir tal rumor á sus amigos,
en aquellos momentos tan supremos,
lánzase sobre Cándia y le interroga,
como guerrero que al traidor contempla;
pero confuso y temeroso Cándia,
*no acierta á disculparse*, y Diego entonces
*atraviésale el pecho con su espada*,
y corre hácia un cañón y en él apunta;
y con tan propicio éxito dispara,
que el contrario escuadrón *abre una fila*,
y el mortífero fuego sigue haciendo
en los infantes espantoso estrago,
pudiendo apenas, con rigor los jefes,
llenar los claros de los muchos muertos.

Entonces Carbajal desiste al punto
de poder colocar la artillería.
y al frente de sus bravos caballeros,
resuenan las trompetas, y á galope
blanden sus lanzas y hasta el llano bajan,
para ascender y atropellar los fuegos. 173.

Por imprudente pundonor movido.
al ver de Carbajal aquel arrojo,
no menos en arrojo y osadía
Almagro quiere ser; y abandonando
la inmejorable posición que ocupa,
deja la defensiva, y en persona
sus escuadrones lleva á la llanura,
do con furia se chocan unos y otros,
y hechas astillas las cruzadas lanzas,
sus espadas empuñan, que destrozan,
no solo la existencia, que desprecian,
sino hasta aquellos *vínculos sagrados*,
de los mútuos trabajos y alegrías
de la antigua amistad y de la patria
y de las glorias en conquista heróica:
nadie cuartel otorga ni lo pide,
y hasta el humano sentimiento extinto,
del parentesco rómpense los lazos,
*que el hombre enceguecido es más que fiera;*
y se estrechan, se buscan y se matan.....
con más placer que si mataran indios,
y la indecisa lucha continúa:
si armas mejores los de Almagro tienen,
en jinetes excédenles los otros.

Ambas infanterías, entre tanto,
sostienen de arcabuz un vivo fuego;
mas de Almagro la gruesa artillería
diezma de los infantes las columnas,
que avanzar pretendían hasta el llano;
pero ante tanto estrago retroceden.

Desesperado Carbajal contempla
tan críticos instantes, y arrojando
su yelmo y su coraza, queda solo
de su coleto de algodón cubierto:
*sus largas canas y su blanca barba*
mece y eleva el viento, que cual nubes
el humo en remolinos desparrama;
toma su partesana, mira en torno,
y cual otra guadaña de la muerte,
á sus jinetes llama y así dice:
«¡Mengua y baldón para el que ceda infame,
y en mí un gran blanco el enemigo tiene!»
A su caballo las espuelas cierra,
y á los cañones, entre el humo y fuego,
atrevido endereza con los suyos,
y dueño se hace de las piezas todas,
con asombro de amigos y enemigos,
que el genio de la guerra parecía,
arrasando do quiera, que volaba.

Así cual Carbajal apaga al fuego,

que á los suyos diezmaba, así se extinguen
del sol poniente las postreras luces,
y comienzan las sombras á extenderse,
cada vez más oscuras y más densas.

Y no ya los colores *blanco y rojo*,
que usan los combatientes por divisa,
llegan á distinguirse al acercarse,
y solo por los gritos se conocen:
«¡Viva Vaca de Castro y el rey viva!»
ó «¡El rey y Almagro vivan!» Y se chocan,
el auxilio implorando de Santiago,
apóstol tutelar de sus batallas.

*Dos balas de arcabuz* atravesaron
á Alvarez Hólguin, que mandaba atento
de los realistas el izquierdo grupo,
falleciendo al principio del combate,
y tendido quedando en la llanura;
y entre sus filas hízose notable,
que á su cota una túnica cubría
de riquísimo y blanco terciopelo.
No obstante, aunque sin jefe el ala izquierda,
firme no deja ni avanzar un paso
de Almagro á los jinetes animosos.

Con igual entereza se sostiene
Alonso de Alvarado, en la derecha;
pero las muchas cargas impetuosas
del joven general, al fin consiguen
el arrollar al escuadrón contrario;
bien que si cede á tan violento empuje,
es porque ante la flor de sus guerreros
sacó para reserva don Alonso,
que Castro *aún intacta* conservaba.

*Dos estandartes* toma el joven Diego,
y segura creyendo su victoria,
con generoso aliento á todos grita:
«¡Prended y no mateis....son españoles....
hermanos nuestros son.... basta de sangre!»

Pero Vaca de Castro ávidamente,
con su fija mirada contemplando,
entre las densas nubes de humo y polvo,
el rumbo que el combate ya llevaba,
y que iba en su contra á decidirse,
á lo más recio de la lucha corre,
y la vencida fuerza de Alvarado
al punto vuelve á recobrar su brio,
con la fresca reserva, que la ampara.
Entonces de don Diego los jinetes
hacen esfuerzos de supremo aliento,
y *trece caballeros* del enviado
ruedan *sin vida* á los primeros choques,
y la acción torna á recobrar su furia,
cual si entonces *de nuevo* comenzase.

Ante el número, en fin, y frescas fuerzas,
ya los de Almagro resistir no pueden,
y antes de verse en la derrota envueltos,
y cual rebeldes presos y juzgados,
muchos firmes allí morir prefieren,
y van sobre las lanzas á estrellarse,
unos gritando: «¡Yo maté al tirano!»
«¡Yo asesiné al marqués!» otros diciendo.
Así muchos perdieron su existencia. 174.

Pero van los de Almagro poco á poco,
sus fuerzas al perder, retrocediendo,
mientras cargan los otros con más brio,
y se declara entonces la derrota:
desparrámanse en todas direcciones,
é infantes y jinetes se atropellan,
entre la noche oscura, no sin que antes
los jefes traten de impedir la huida;
y el joven Diego, pálido, furioso,
milagros hace de valor sublime,
y á detener su gente, espada en mano,
vuela do quiera, como airado viento;
pero también do quier es arrollado,
y llévanle los suyos por delante,
sin obtener la dicha el infelice,
de lograr recibir heróica muerte!

*Eran las nueve de la noche*, cuando
tras digna lucha entre las dos fracciones,
á favor del enviado la victoria
declaróse ya al fin, en todo el campo,
aunque lejanos fuegos aún se oyesen,
de tarde en tarde, cual postrer lamento,
al irse persiguiendo algunos grupos;
pero salvarse consiguieron muchos,
de la noche á las sombras protectoras.

Temiendo Castro, que en la noche oscura
fuéranse aglomerando con sus jefes
en algún dado punto los dispersos,
y rehechos cayesen de improviso
esa noche ó al alba, con más furia,
tocar hace llamada y á sus tropas
en silencio sumidas reconcentra,
oyéndose tan solo los quejidos
de moribundos y de heridos tristes.

Y cuando del enviado el campamento
oculto en las tinieblas de la noche,
en el silencio sepulcral yacía;

los indios, que en las lomas se encontraron,
contemplando contentos la batalla,
bajaron en montón y cautelosos,
cual manada de lobos, que desciende
de los hielos del Norte á las cabañas,
y á lós muertos y heridos despojaron
de ropas y armas, con salvaje anhelo,
ganando luego sus ocultas cuevas.

El número de muertos *de ambas partes*,
ascendió de *trescientos á quinientos*,
según la relación de historiadores:
y tuvieron *más bajas* los triunfantes,
por el fuego de opuesta artillería.

Muchos de los de Almagro penetraron
en los templos y asilos de Guamanga;
pero arrancados fueron en seguida,
y conducidos á prisión segura.

Seguido de unos cuantos caballeros
el denodado general Almagro
logra cruzar los campos y penetra
en el antiguo Cuzco, harto rendido;
mas las mismas personas que pusiera
al frente del gobierno, *ya en su contra*,
redúcenlo *á prisión* cobardemente.

En cuanto el alba á comenzar asoma,
los cirujanos y los frailes salen;
los unos á curar á los heridos,
los otros á absolver á moribundos;
y en tanto se abren *cuatro grandes fosas*,
do realistas se encierran y rebeldes,
la muerte así sin distinción uniendo
á los que antes amigos siempre fueran
aunque enemigos hora apareciesen.

De este común entierro se exceptuaron
los cuerpos de Hólguin *y otros* caballeros,
que fueron á Guamanga conducidos,
para enterrados ser solemnemente,
sus féretros cubriendo las banderas,
que con su propia sangre en la batalla
contribuyeron á ganar sus huestes,
*en la acción reñidísima de Chupas*,
que para vencedores y vencidos
conjuntamente *fué digna y honrosa*,
*mas en desdoro de su noble patria!*

# LXX

## 1542

Como fatídico astro
ó de granizo una manga,
entra así Vaca de Castro,
con su ejército en Guamanga;
y siguiendo sigue el rastro,
cual cebado jabalí,
del vencido oculto allí,
y á todos reduce *á encierro*:
de juez nombra á de La Gama,
que de recto tiene fama
por su justicia *de hierro;*
y con la vara del fuerte:
—condena á *treinta* á destierro,
y *un miembro ó dos* á perder;
y *á otros cuarenta* á muerte,
y sus cuerpos á exponer.—
Y á los que más arrojados,
fugaron de su prisión,
siendo despues capturados:
—condena, sin compasión,
y quizá *con complacencia*,
á ser ¡ay! descuartizados.—
¡Y esta bárbara sentencia
cumplióse *sin delación!*

Y después al Cuzco pasa
el soberbio vencedor,
de hecho ya gobernador
de esa gran región del Sud:
y con aparato y pompa,
con sus batallones entra,
y en sí el poder reconcentra,
tomando regia actitud.

Deslumbrar al pueblo quiere
con su esplendor y boato
y *túnica de brocato*,
cual si en esa tierra hubiere
fundado ya un virreinato

Tal cosa el enviado hacía,
no por vana ostentación,
sino, porque *así creía*,
con razón ó sin razón,
representar bien al rey,
para hacer cumplir la ley
en toda aquella región.

La primera medida del enviado,
después que se instaló en la capital,
fué un consejo de guerra
á su elección nombrar,
que la suerte de Almagro decidiese,
para hallarse en el Cuzco sin rival.

Algunos del consejo
libremente opinaron:
—que en consideración
á la temprana edad y desventuras,
y servicios del padre á la nación,
y haber la paz pedido
por *dos veces*, con toda sumisión,
y no habérsele *nada* concedido,
y Vaca aquella guerra *provocado*,
creyendo así con su deber cumplir,
no á *la última pena*
debía ser Almagro condenado,
ni su nombre esa infamia recibir.—

Pero la mayoría
se opuso tenazmente á tal merced,
diciendo:—que el consejo no podía
de ningún modo tal clemencia hacer
al ambicioso jefe de rebeldes,
sin faltar á la ley y á su deber:
que impune no debía
el delito quedar
de quien alzó sus armas
contra su majestad;
y que el joven rebelde,
en aras del sosiego del país
y de la paz futura de esa tierra
debía, pues, *morir!*—

El *cúmplase* al instante,
firmó el gobernadar,
y todo se dispuso
para aquella inhumana ejecución.

El carcelero de Diego,
por feliz casualidad,
para alivio de sus penas,
era Rodrigo Beltrán,
un buen viejo veterano,
que fué desde Panamá
al viejo Almagro siguiendo
por islas, desierto y mar;
y aunque al hijo no trataba
del que fué su general,
viéndole ya diariamente,
como *su único guardian*,
llegó también á inspirarle
grande cariño y piedad
por su vida infortunada,
y no poder ya dudar
de que iba el hijo á tener
un fin al del padre igual.

Largas horas á don Diego
acompañaba Beltrán,
así exponiéndose él mismo
y al cautivo por demás:
á éste á que fuese tratado
con mayor severidad,
y á él á perder el puesto
de compasivo guardián;
pero ambos consuelo hallaban
en ocultos platicar;
y era el joven atendido
con solícita amistad,
y no con ese rigor
de un carcelero venal.
y encontrábase al corriente
de cualesquier novedad
en la marcha del consejo,
que iba su causa á fallar.

Con triste faz sombría,
en la prisión del joven,
penetró el carcelero cierto día:
sorprendido don Diego, le interroga,
presintiendo una lúgubre noticia,
y hablar Beltrán intenta; pero ahoga
su voz el sentimiento,
y Diego continúa: «¿No hay justicia,
buen Beltrán para mí? ¡Decidlo todo,
que tengo aún para escuchar aliento....
y lo mismo es morir *de cualquier modo!*»

«Señor, solo rumores....
—replicóle el buen viejo;—
mas creedme, todavía
no ha fallado el consejo.»

«Así será; mas vuestra faz sombría
revélame otra cosa.
¡Ay! cuan horrible para mí la vida
mostróse siempre, cuanto fué querida

y para otros hermosa!
En ella otros hallaron
un vergel de purísimos amores,
ilusiones divinas,
y una senda gratísima de flores,
en todo cuanto existe....
para mí.... solo y triste,
quedaron de esas flores las espinas,
y de este mundo todos los dolores!
Entre las negras nubes de mi infancia,
yo no he sentido el beso cariñoso
de apasionada madre orlar mi frente,
imprimiendo su luz y sentimiento!
Tan solo de mi padre valeroso
y de su fin sangriento,
enclavado en mi mente,
el recuerdo ha quedado, doloroso!
Matóle su rival, villanamente,
cual mátase á un traidor ó á un asesino;
y pues supe vengarle dignamente,
de su cadalso *seguiré el camino!*
¡El cielo así lo quiere.... esa es la senda
que mi adverso destino,
de dichas y de flores
preséntame en ofrenda!
¡Pero no mis verdugos miserables
sentirán el placer, en sus furores,
de ver palidecer á mi semblante....
sereno, altivo, y con la frente erguida,
así á esos viles *tiraré mi guante,*
al rodar mi cabeza enrojecida!»

Así tranqnilo el joven se expresaba,
y aquella *estóica raza,* harto sufrida,
de su indígena madre, revelaba!

Con triste faz sombría,
el carcelero á la prisión del joven
entró al siguiente día,
y sorprendido hallóle
con la vista extraviada,
nervioso y agitado,
y la expresiva faz desencajada,
cual si esa soledad y los pesares
le hubiesen *trastornado.*

De Beltrán notó Almagro la sorpresa,
y así le dijo: «¿Imaginais que aguarde
mi sentencia con miedo,
y que oirla no pueda,
sin el pálido rostro del cobarde?»

«¡Jamás, señor, de vos pensé tal cosa!»
contestó el carcelero, enternecido.
«Pues entonces.... ¿alguna cosa rara
encontrais en mi cara,
que os haya sorprendido?»
«¡Oh! no, señor, tampoco!»
replica vacilante;
y Diego contestóle:
«¡Tal vez tengais razón, y mi semblante
os parezca el de un loco!
Anoche con mi padre hablé un instante.»
«¿Su padre.... y que no ha muerto?»
el guardian, para sí dijo asombrado.
«¡Ah, que está loco es cierto!»

«Escúchame, Beltrán, que no deliro,
aunque mi rostro halleis desencajado
y temor os inspiro.
En mis tristes recuerdos abismado,
mirando de verdugos una hueste,
cerré anoche los ojos,
y entre celajes cárdenos y rojos
ví bajar un espíritu celeste....
era *un viejo guerrero* sin cabeza....
y os confieso, le miré temblando:
pero él mi yerta mano acariciando:
—Soy *tu padre*, me dijo,
que desciende á inspirarte fortaleza,
para que pases á la eterna vida
con valor y nobleza,
ya que aquí *tu misión está cumplida!*
Hazme vengado como tierno hijo,
y con valiente pecho
defendiste también nuestro derecho;
y en premio de tal gloria, tus verdugos
igual suerte *á la mia* te preparan;
pero si ellos del mundo te separan,
ya para siempre nuestras almas unen
en el eterno y celestial albergue,
en donde no presumen
que inmarcesible la virtud se hiergue,
con más vida y grandeza!—
Cubriéronle las nubes vaporosas,
mas fueron disipándose al instante,
y entonces ya el guerrero, *con cabeza,*
mostróse más radiante:
miréle con amor y con fijeza,
y era mi padre, sí: yo arrodillado,
escúchole asombrado,
y él continúa:—Pide á tus verdugos,
oh mi querido hijo, infortunado,
que *en mi huesa* tu cuerpo depositen,
para que ambos, aún yertos,
se estrechen y palpiten,
pues no para el espíritu están muertos;
y en venturoso día

también ¡ay! abrazados resuciten!—
Y la voz de mi padre se extinguía
en las tupidas y lejanas nieblas
de los celajes cárdenos y rojos....
y al abrir ¡ay! mis ojos,
encontréme *cercado de tinieblas!*»

«¡No ha de ser tan extrema la venganza,
—díjole el carcelero bienhechor,—
que la piedad de Dios todo lo alcanza....
en él confiad, señor!»
«El fiel *ya se inclinó* de la balanza,
—replicóle don Diego, sin dolor,—
y es vuestra esperanza....
la esperanza falaz del jugador!»

Notificóse á Almagro *la sentencia,*
que impasible escuchó,
sin apelar ni demandar clemencia,
y tan solo pidió:
—que su cadáver fuese sepultado
del de su padre al lado;—
y este fiel deseo *se cumplió.*

Marchó al cadalzo erguido,
y al verle, parecía
que alegre se sentía
el mundo ya al dejar!
El pueblo, entristecido,
en pos le iba siguiendo,
y el no poder, sintiendo,
la víctima salvar!

Y llegó á la misma plaza
do á su padre se exhibió;
y al decir el pregonero,
de las cajas al rumor,
después de leer la sentencia
que el consejo pronunció:
—y á sufrir garrote vil
por rebelde y por traidor
condénase á Diego Almagro....—
Almagro, le interrumpió:
«¡Mentís, jueces detractores....
mi voz vuestro engaño frustre,
que yo, ni mi padre ilustre,
nunca al rey fuimos traidores!»

Con la tranquilidad del mártir santo....
con la altivez de un héroe vencedor....
con la fe del cristiano, que en Dios fía
y en su justicia espera el galardón....
con lástima mirando á sus verdugos....
así el joven Almagro feneció!!

Y mas que la del padre fué sentida
la muerte de este joven infeliz,
en los floridos años de la vida....
cuando empieza la vida á sonreir!

Corta fué su carrera, mas brillante:
*vengó* á su padre con filial amor,
*sus derechos sostuvo,* y con su sangre
contra *ingrato monarca protestó!*

Generoso, leal, noble y valiente,
buen amigo, sincero y varonil,
supo ser, entre aquellos veteranos,
tipo del caballero y adalid.

Tuvo el genio que al pueblo *se congracia,*
y al que el pueblo se entrega *con amor;*
pero hijo infeliz de la desgracia,
ante *su infausto sino* sucumbió!

Era un astro lumínico y hermoso,
que un instante se vió resplandecer;
mas de la noche el velo tenebroso,
hízole *para siempre* fenecer!

# LXXI

## 1542

Mientras al Cuzco enlutaba
la sangre de Diego Almagro,
en la floreciente Lima,
entró Gonzalo Pizarro,
quien mostróse descontento
del gobierno del enviado,
diciendo:—que del Perú
correspondíale el mando,
*ipso facto* y de derecho,
por la muerte de su hermano.—

Y también se susurraba:
—que hacía ocultos trabajos
para conseguir su intento,
con sus muchos partidarios.—

De Vaca de Castro á oídos
estos rumores llegaron,
quien temiendo, que el caudillo
no detuviese sus pasos
y lanzárase á la guerra,
quizá mal aconsejado:
—porque siempre suponemos,
que son consejos muy sabios
todos aquellos, que tienden
á avivar lo que anhelamos,—
al instante mandó á Lima
varios cuerpos, pretestando,
que iban de guarnición,
para impedir un asalto
de los indios, que mandaba
el indomable Inca Manco;
y al mismo tiempo escribía
á don Gonzalo Pizarro:
—pidiéndole fuese al Cuzco,
porque desea tratarlo.—

Aunque más bien parecía
una órden, que invitación,
este llamado de Castro,
de hecho *ya gobernador*,
no por entonces prudente
desobedecer creyó
el ambicioso Pizarro
la órden del superior,
y al frente de bien armados
jinetes de su facción,
entre confuso y dudoso
á Castro se presentó,
sus proyectos postergando
para segura ocasión,
y cuando ya más gastado
entuviese aquel doctor,
por sus errores ó faltas
en la pública opinión.

Cuando al enviado anunciaron
de Pizarro la llegada,
mandó que de su palacio
se retirase la guardia,
exponiendo:—que de un huésped
de condición tan hidalga,
él ni ninguno del Cuzco,
no debían temer nada;—
y recibió á don Gonzalo
con demostraciones tantas,
cual si hubiérales unido
tierna amistad en la infancia;
y sin darle á comprender
las sospechas, que abrigaba,
después de varias preguntas,
sobre esas viejas comarcas,
pidióle:—le refiriera
sus desventuras y hazañas,
hasta el gran río Amazonas,
y la heróica vuelta y larga,
hasta que entraron á Quito,
como escuálidos fantasmas.—

Y manifestó al oírlas,
profundo interés y lástima
por los muchos sufrimientos,
que en tal empresa pasaran;
y concluyó aconsejándole:
—que puesto, que ya se hallaba
toda esa tierra tranquila
y dependiente de España,
fuera á buscar el reposo
en sus haciendas de Charcas,
tan productivas y hermosas,
para después á su patria
rico tornar y con gloria,
en donde el digno monarca
sus servicios premiaría,
dando lustre á su prosapia.—
No podía un sabio padre,
cubierto de honradas canas,
darle más cuerdo consejo,
para que la dicha hallara.

Y no encontrando Gonzalo
para disgustarse causa,
y conociendo también,
que Castro fuerte se hallaba
por su reciente victoria,
y con su ejército en armas,
prudente dejó que el tiempo
á su favor se inclinara,
y partió con sus adeptos
á sus haciendas de Charcas;
y contrájose á explotar
las ricas *minas de plata*,
que en ese benigno suelo,
aún vírgenes se encontraban;
y todas esas riquesas,
que iban siendo acumuladas,
sirvieron luego á Pizarro,

para que á cabo llevara
la ambición y fija idea
de su empresa temeraria.

Creyendo Vaca de Castro,
que Pizarro le dejara
en su gobierno tranquilo
y las cuestiones zanjadas,
*el primer paso* que dió
para reducir las cargas
del erario, harto agotado,
por las revueltas pasadas,
fué disolver el ejército;
pero muchos demandaban
el premio de sus servicios,
en la triunfante jornada;
y tuvo que dar á algunos
*buenas tierras de labranza*,
á otros *dinero efectivo*,
por sus atrasadas pagas
ó hacerles *buenas promesas*,
en nonbre de su monarca,
y conceder á los más,
que por su cuenta pasaran
á inesploradas provincias,
á adquirir riqueza y fama
ó á los inmensos desiertos
de las argentinas pampas,
á cuyo frente se encuentra
el *gran río de la Plata*,
que llamáralo *Mar Dulce*,
por sus limpias dulces aguas,
don Juan Díaz de Solis,
piloto mayor de España,
quien en *mil quinientos quince*
lo descubrió y esplorara,
y en la isla Martín García
feneció *en una emboscada*
de las audaces *charruas:*
llegó Gaboto á esas playas
en *mil quinientos veintiocho*,
y al ver las monedas blancas
de los indios guaraníes,
y al suponer que abundaban,
al llamado antes Mar Dulce,
llamó *Río de la Plata*.

Y después que así al ejército
disminuir consiguió,
dedicóse á dictar leyes
el nuevo gobernador:
en las mejores ciudades
*varias escuelas* fundó
para enseñar á los indios
la moral y religión,
por los frailes dirigidas;
y en las otras se obligó
á que asistiesen los niños
para darles instrucción,
pues decía Castro;—que esa
era la moral mejor
para hacer buenos los pueblos
y saber honrar á Dios:—
dispuso, que los caciques
de cada jurisdicción
abasteciesen los tambos
ó posadas en redor,
que en los caminos había
y allí el cristiano encontró,
para hacer fácil el tránsito
y evitar que el español,
so pretesto de pedirles
hospedaje y protección,
fuera robando á los indios
y talando su labor:
*el municipal sistema*
con tino reorganizó,
dándose á las obras públicas
un otro empuje mayor,
que en el tiempo del marqués
á estos trabajos se dió:
hizo *fundar hospitales*,
y en cada pueblo ó sección
*una buena policía*
de su distrito cuidó:
disminuyó *muchos gastos*;
y la hacienda y percepción
y de empleados la conducta
hábilmente *vigiló*,
estableciendo *controles*
en toda repartición;
y viendo, que muchos nobles,
por su valer ó favor,
sobrados indios tenían,
sin enseñar religión,
y que dándoles mal trato
explotaban su sudor,
de aquellos *repartimientos*
el número *minoró*,
y esto el odio alzó y la grita
de cada *altivo señor;*
pero la opinión del público
esta medida aplaudió,
y atrajo más partidarios
al recto gobernador,
el que con estas medidas
y otras, que después tomó,
hizo ver *su buen gobierno*

y buena administración,
y el acierto del monarca,
que tal letrado mandó.

Si después de la victoria
mostróse duró y cruel
con los míseros vencidos,
no por su carácter fué,
sino, porque habiendo sido
en España recto juez,
por norma tuvo inflexible,
aplicar *siempre la ley;*
y á más, que en aquellos tiempos
de amor al trono y la fé,
en que unidos gobernaban,
suponíase también,
un crimen imperdonable,
no esclavo del trono ser,
así como se quemaban
al cristiano y al infiel
en la Santa inquisición,
*creyendo á Dios complacer.*

Fué como hombre de gobierno,
ilustrado é imparcial;
haciendo á todos justicia,
sin conseguir la amistad,
ni las lágrimas y ruegos,
ni el alto influjo, que da
importancia á los caudillos,
el que llegara ó faltar
*a su deber y caracter,*
siendo con todos igual.
Y el país al fin tranquilo,
gozando de grata paz,
fueron todos aplaudiendo
*su gobierno paternal.*

De Lima y el Cuzco
La Plata, Arequipa
y otros pueblos más,
al rey peticiones
de buenos vecinos
se hicieron llegar,
pidiendo:—dejase
á Vaca de Castro
de gobernador;
*mas tarde llegaron,*
y otro menos digno
su puesto ocupó.

# LXXII

## 1542 y 1543

Después que al trono de guerrera España
ascendió el coronado emperador,
y en pos de una victoria, otra campaña
abría nuevo rumbo á su ambición,
á sus ricas colonias olvidando,
solo á la vieja Europa contemplando,
su vista dirigió!

No imaginar podía
el regio paladin,
asfixiado de gloria en el ambiente,
*que en muy cercano dia,*
esos vastos desiertos de Occidente,
del mar en el confin,
y aún por rayos fúljidos velados,
mas que todos los reinos conquistados,
llegasen á valer;
y que de plata y oro
inagotable fuesen *un tesoro,*
que toda Europa entera,
no consiguió *en tres siglos* extraer!

Es cierto que en la corte,
por la cantidad de oro, que llegaba,
y cada día más,
el interés de todos despertaba,
y habíase trazado
la base de un gobierno general,
que á todas las colonias amparase,
y correctivas leyes sancionado
para allí los abusos extirpar;
mas varias de esas leyes para Indias
aún no eran adecuadas.
pugnando los contrarios intereses;
y eran las otras mal ejecutadas
por el fuerte gobierno personal,

que suyo al conquistado suponía,
do no *alcanzar podia,*
la lejana, real autoridad.

Si á los pueblos del virgen continente,
—que á los ignotos mares de Occidente
el genio de Colón arrebató,—
*con sus tropas* hubiese conquistado
el gobierno católico español,
y con ellas llevado
sus leyes, sus creencias y poder,
hubiera á esas colonias transformado
en un sumiso y floreciente edén;
pero á ellos tan solo se lanzaron
á inhumanos guerreros....
y hasta canalla y *viles presidarios,*
*y avarientos sin fin y aventureros,*
solo buscando el oro y el placer;
y como en otras pártes imperaron
del nuevo continente,
de igual modo también,
llevando por enseña
su audacia, espada y cruz,
en el pais bellísimo del oro
suplantaron al Inca del Perú.

Si del Norte los nómadas salvajes
los tiros al sentir del arcabuz,
ganaban sus desiertos y montañas,
no hicieron igual cosa los del Sud,
que humildes en sus tierras y cabañas,
su gobierno tenían
y civilización,
y del fuerte el derecho conocían,
al cambiar de gobierno y de señor.
Y por eso un puñado de guerreros
en el Perú y en Méjico imperó.

Con la punta *afilada de sus hierros*
*con el casco mortal* de sus caballos
y ya *enseñados perros,*
á los indios *diezmaron* por do quier;
así tuvieron míseros vasallos,
rapartimientos, tierras, oro y bienes,
y siempre renovados sus harenes,
con la flor virginal de aquel edén!

De aquellos españoles, orgullosos,
que con su propia sangre y sus proezas,
al par que con crueldades y vilezas,
al Perú consiguieron conquistar,
sin que su soberano
les extendiese *protectora mano,*
*ni activa ayuda* les llegase á dar;
y dueños *por derecho* se creían
de los indios y tierras, que tenían,
¿como, pues, fué posible presumir,
aunque adictos vasallos parecían,
que *ellos mismos* las leyes pregonasen
y al par las acatasen,
cuando ellas iban *su derecho á herir?*

Sin embargo, de algunos hombres buenos,
indignados allí
contra tanta licencia
y tanta iniquidad y corrupción,
alzárase hasta el trono
su plañidera voz;
mas como eco lejano en el vacío,
ó piedra, que al caer,
en la turbia vorágine de un río,
llegábase á perder! 175

Pero el gran padre Las Casas,
henchido de caridad,
*su propaganda* seguía
*en su fe sin vacilar,*
pidiendo siempre á la corte:
—del indio la libertad,
y cual si fuese vasallo
se le llegara á tratar;—
y muy largo tiempo hacía
que con incasable afan,
reclamaba al pie del trono
del indio la libertad.

Y este digno sacerdote,
que el título conquistó,
por su constante defensa,
*de valiente protector,*
*de los indios, puso en mil*
*quinientos cuarenta y dos*
en manos del victorioso,
ya célebre emperador,
su *Destrucción de las Indias,*
cuyo trabajo pasó,
después de haberlo leído,
á una especial comisión
de teólogos y letrados,
que en Valladolid reunió,
para adoptar un sistema
*de nueva legislación,*
que uniforme en las colonias,
fuese al indio protector.

La pintura más exacta
*de toda humana maldad*
era la obra de Las Casas,

que el consejo iba á apreciar;
y ante él luego pronunció
un discurso magistral,
sosteniendo *los derechos*
del indio *á la libertad*;
y que por la ley cristiana
*Dios prohibe hacer el mal,*
*aunque nos resulte el bien,*
debiéndose á ella acatar.

Y este fué de su discurso
el tema fundamental,
que desarrolló y sostuvo
como maestro sagaz,
abogando por la causa
*de toda la humanidad,*
*con ideas democráticas*
y de tan alta moral,
como en los pueblos *mas libres,*
*hoy* se llegan á inculcar;
y asi este buen dominico
progresista y liberal,
adelantándose *á su tiempo,*
cual hoy el mundo lo está;
porque sus fijas ideas,
no buscó en el Quirinal,
sino *en las santas palabras,*
que hizo en la tierra grabar
*Con su sangre en el calvario*
*el Dios de eterna piedad!*

Con esa sangre divina,
quien ¡ay! pudiera grabar
Las Casas, como el Dios,
para que en la humanidad,
por los siglos de los siglos
*fuese también inmortal!!*

En todo aquel auditorio
hizo profunda impresión
las libres, *nuevas ideas,*
que Las Casas sustentó;
pero la indecisa junta
mostró cierta oposición:
algunos por egoismo,
y creer que al emperador
y explotación de las minas
causarían extorsión;
y otros, porque suponían,
que sería un mal mayor
cualesquier otro sistema,
al que el *uso sancionó;*
mas no mirando Las Casas,
en su cristiano fervor,
bajo la faz económica
esa tan grave cuestión,
con argumentos sin réplica
los contrarios rebatió,
sin cuidarse si al erario
perjudicaban ó nó,
probando con cifras y hechos
de indiscutible valor,
que en breve se concluiría
la indíjena población,
si continuaba á merced
de avaro conquistador.

Y al fin, no hallando la junta
para oponerse razón,
ó quizá ya convencida
por el *sabio protector*
de los humildes infieles,
un código redactó
para todas las colonias
del gran mundo de Colón,
con cuyo triunfo Las Casas
su nombre inmortalizó!!!

Por ese código extenso,
declarábanse *vasallos*
de la corona de España,
y no cual antes, *esclavos,*
á todas las tribus indias,
aunque aquellos propietarios,
que desde antes los tuvieron,
seguirían conservándolos;
pero á su muerte quedaban
libres ya de tener amo;
y en tanto, se prescribía,
que les diesen un salario,
y no se les obligase
á un excesivo trabajo,
so pena, de si faltaban,
á ser de ellos despojados:
que en todo repartimiento
do se hubiese acumulado
mas número que el preciso,
se dejase el necesario;
y que los dueños de tierras,
que hubiesen dado mal trato
á sus indios labradores,
perdieran tierras y esclavos;
prohibióse, que los conventos,
del gobierno los empleados,
y ninguna institución
tuviesen siervos indianos;
y por cláusula especial,
á los que hubiesen tomado

parte alguna en las contiendas
entre Pizarro y Almagro,
como rebeldes al trono;
lo que era decir *bien claro,*
*á todos los españoles*,
en el Perú avecindados.

Fácilmente se comprende,
que esta gran innovación,
aunque humanitaria fuera,
*como doctrina de Dios*,
iba á causar en las Indias
una gran insurrección,
al quitar su propiedad
á todo altivo español,
que entregado á la indolencia,
juzgábase un gran señor,
sin imaginar siquiera
que rodeábale el turbión.

No obstante, el célebre código
sancionó el emperador,
*en el acto*, que la junta
en proyecto presentó. 176

Así la sangre en las Indias
de nuevo *á correr volviera*,
que con sangre han sido siempre
bautizadas las ideas,
que han hecho avanzar al mundo,
entre errores y tinieblas.

Como en el rico Perú
hubo siempre más revueltas,
que entre las otras colonias,
el monarca creyó que era
urgente el mandar allá
á un sujeto de altas prendas,
que con tino y energía
cumplir el código hiciera,
y dió *de virey* el título
á don Blasco Nuñez Vela,
noble, en Avila nacido,
de hermosa y grave presencia,
aunque de edad avanzada,
y que en la paz y en la guerra
desempeñó varios puestos,
cual cuadraba á su nobleza;
pero esta elección no hizo
el alto honor, que debiera,
al acierto del monarca,
porque no era Nuñez Vela,
cual los hechos demostraron,
*el hombre* para esa empresa.

También nombró á *cuatro jueces*
para que formando audiencia,
en todo lo criminal
y lo civil entendieran
y al virey asesorasen,
teniendo su residencia
en Lima, y quedando de hecho
la de Panamá *disuelta.*

Y para tal tribunal,
los abogados Cepeda,
Alvarez, Tejada y Zárate,
oidores nombrados eran.

El monarca así justicia
hacía con mano recta,
y también daba importancia
á esa hermosa rica tierra.

En el puerto de San Lúcar
se hizo á la vela el virey
*el día tres de Noviembre*
*del año cuarenta y tres*,
con los cuatro magistrados
y gran séquito también,
que á su alta categoría
daban respeto y poder.

Extraño tal vez parezca,
que para tan alto empleo
no se acordase el monarca
de su enviado tan experto;
pero desde que él llegó
de los Incas al imperio,
parecía que una serie
de guerras y desafueros,
venganzas y asesinatos
allí tuvieran su asiento;
y cuando dió á Nuñez Vela
de virey el alto puesto,
aún *no la corte sabía,*
que debido á los esfuerzos
del hábil Vaca de Castro,
los caudillos turbulentos
hallábanse derrotados,
y los partidos diversos
á la ley ya sometidos,
y el país engrandeciéndose,
y adelantando las rentas,
con *aquel moral gobierno.*
Tampoco llegado habían
de los aquietados pueblos
las solicitudes hechas,
á su monarca pidiendo:

—que al justo Vaca de Castro
confirmase en aquel puesto.—

Por esta causa, el monarca
pospuso á Vaca de Castro,
y también, porque juzgaba
importante y necesario:
—que el virey que allá mandase,
no se encontrara ligado
*por afectos personales,*
ni hubiese ejercido actos,
que al dejar resentimientos,
enjendran opuestos bandos,
y además, que un alto título
sirviérale allí de amparo,
para ejercer facultades,
cual si fuese un soberano;
y por todas, cual virey,
al mandar fuese acatado.

Mas sin embargo, el monarca
escribió á Vaca de Castro
una lisonjera carta,
*escrita de propia mano,*
pidiéndole:—que al virey
con sus consejos sensatos
y su muy larga experiencia,
*guiase en sendero tan áspero;*
y después volviese á España
á continuar con aplauso,
*en el consejo* su puesto,
*como honorable letrado.*—

# LXXIII

## 1544

En seguida, que el código esperado,
por el emperador fué sancionado,
tal noticia empezaron á escribir
á todos los colonos de las Indias,
sus antiguos amigos de Madrid.

Así la escuadra,
do iba el virey,
miles de cartas
llevó también.

Como al salir del bosque hambriento tigre,
dispara hasta su hogar la multitud,
rápida así corrió *la infausta nueva,*
desde Méjico á Quito y el Perú.

Y en todas las colonias,
con gran indignación
de los conquistadores,
la nueva se esparció.

Reuniéndose *en las plazas,*
de propia autoridad,
con gritos y denuestos
comienzan su despecho á demostrar.

Y en la *tierra del oro,*
mas que en ninguna aún,
de los ricos los ecos se levantan,
entre la multitud.

Y claman sin temor los más enérgicos:
«¿Y el monarca, á quien dimos el Perú,
en premio á sacrificios tan espléndidos,
nos trata así, con tanta ingratitud?

¿Nos mandó, por ventura, sus ejércitos?
¿Nos dió alguna mezquina protección?
¡Jamás! Aquí nosotros, como en Méjico,
sostuvimos de España el pabellón!

Solos, con nuestra sangre, entre cadáveres,
este imperio supimos conquistar....
y recibiendo de los bravos, plácemes,
*también hoy* nuestra lucha seguirá!»

Y mostraban, las ropas levantándose,
sus viejas cicatrices, con furor,
cual si su misma sangre hubiera dádoles
*el título mejor* de posesión!

Y decididos
á defender
su honra y derechos,
con altivez,
buscan un jefe

digno y fiel,
y don Gonzalo
electo fué.

Mira con inquietud Vaca de Castro
alzarse *la tremenda tempestad*,
al ponerse de pie todos los pueblos,
sin poder los espíritus calmar.

Y Castro les propone:—que dirijan
los pueblos al monarca
una diputación,
que le haga ver del código los males
y soliciten de él revocación;
porque si usaren de violentos medios,
para á su fin llegar,
perdiendo su derecho y alta gracia,
lograríanle *solo exasperar:*
que aguardasen pacientes,
que llegara el virey,
el que la ejecución *suspendería*,
ante lo impracticable de la ley.—

Mas no escucharon
los insurrectos
estos de Castro,
buenos consejos;
y á don Gonzalo
le dirigieron
sus emisarios,
quienes con ruegos
le demandaron:
—tomase presto
de jefe el mando,
y fuera de ellos
guardián y amparo,
cual siempre fuélo.—

Mas Vaca de Castro
también le escribió:
—que no se inmiscuese
en esa cuestión;
porque habiendo sido
vasallo fiel,
sus minas y haciendas
sabría el virey
*intactas dejarle*,
sin daño le hacer;
pues le dejaría,
quedándose en paz,
*los indios precisos*
para trabajar.

Y entre otras varias cosas,
además ordenó:
—que aprehendiesen á todos los colonos,
que por actos ó voces sediciosas,
causaran cualesquiera conmoción.—
Y con estas medidas
contener el desórden consiguió;
mas esto era el alivio momentáneo
*de artificial calmante*,
en incurable físico dolor!

Muy contento mostróse don Gonzalo,
de que al fin Castro y sus amigos viejos,
tan alta distinción hicieran de él;
y en parte, pues, siguiendo los consejos,
que dábale el buen Castro,
quedóse en Charcas quieto;
mas tambien á la vez, hizo en secreto,
á los suyos saber:
—que hallábase resuelto, cual ninguno,
su inviolable derecho á defender;
mas que no era llegado
*el momento oportuno*
de un gran pronunciamiento general;
que en tanto, con sigilo
empezaran ya todo á preparar,
como él íbalo haciendo,
y esperasen que diese la señal.—

Y Pizarro, la mucha plata y oro,
que de sus minas pudo atesorar,
en su morada entierra,
sabiendo que la plata hace la guerra,
y que en la guerra puédese encumbrar.

Como *á mediados de Enero*
el virrey desembarcó
en el conocido puerto,
llamado *Nombre de Dios;*
y un bajel allí cargado
de plata y oro encontró,
que mandaban comerciantes
para artículos comprar;
pero su primer medida
fué *una arbitrariedad*,
mandando buque y tesoro
*en el acto confiscar*,
diciendo:—que esas riquezas
debían del trono ser,
y no de ningún colono,
según tenor de la ley;
porque ese oro era el trabajo
del oprimido infiel.—

Y luego, cruzando el itsmo,

dirigióse á Panamá;
y hallando *trescientos indios,*
mandados á esa ciudad
por algunos propietarios,
*por libres* los hizo dar 177.

Estas violentas medidas
causaron gran sensación,
y hasta esa su misma audiencia,
tales actos reprobó;
pero el virey, altanero,
la dió por contestación:
—que no fué enviado á las Indias,
para la ley discutir,
ni tampoco interpretarla
como quisieran allí,
sino, *de cualquier manera,*
fielmente hacerla cumplir.—

Como un oidor enfermo se encontraba,
dejó el virey su audiencia en Panamá,
y con todo su séquito
al Sud se hizo á la mar;
y *en Marzo cuatro,* en Túmbez,
como soberbio rey desembarcó;
y asombráronse aquellos habitantes
de su orgullosa y regia ostentación;
y el deslumbrado pueblo
su título acató:
y de algunos curacas á pedido,
dió á infinitos esclavos libertad,
así en Túmbez haciendo
de todos acatar su autoridad.

Y en Túmbez, por entonces,
se dijo como cierto, que el virey,
aludiendo á Gonzalo y su familia,
hubo dicho también:
—que ya la baja gente y *los porqueros,*
no tendrían allí ningún poder.—

Para Lima el virey se puso en viaje,
creyendo que los pueblos le aclamaran,
y en mulas trasportando su equipaje;
y donde era preciso
que á las mulas los indios ayudaran,
tales servicios hizo
á los indios pagar profusamente;
pero al saber la gente,
que con palabras y hechos
venia conculcando sus derechos,
mostróse cada vez *más imponente.*

En cuanto Vaca de Castro
supo que á Lima el virey
con su séquito marchaba,
dejó al Cuzco y allí fué,
en donde á los habitantes
prometióles:—que la ley
al punto *se aplazaría,*
hasta llegar á obtener,
que propicia la corona,
la suspendiese también.—

Y con un grupo de amigos,
y con las fuerzas, que allí
adictas se le mostraran,
salió Castro á recibir
al orgulloso virey,
al que ya todo el país
aborrecía y odiaba
con profundo aspecto hostil;
y la crónica de entonces,
para del pueblo probar,
cuanto en ese viaje á Lima
demostróle odiosidad,
refiere, que una mañana,
el virey, al despertar,
en un viejo caserón,
encontró esta voz de alerta,
escrita sobre la puerta
de su misma habitación:
—Al que con mano atrevida
quiera quitarnos la hacienda,
dentro de su misma tienda
le quitaremos la vida.—

Así el virey, en su viaje,
encontró, al ir andando,
quien le fuese demostrando
su desafecto y coraje;
pero fuese vanidad
ó quizá sumo valor,
siguió á Lima sin temor,
confiado en su autoridad.
Y aquí decirse podría
al verse su fatuidad:
—que del pueblo los silbidos
al sonar en sus oidos,
por aplausos recibía.—

Del virey la conducta inadecuada,
que aún mas se exageró,
á los pueblos subleva en un momento,
y con viril aliento
uniéronse potentes á una voz.

La autoridad del Cuzco á Lima escribe:

—que al tirano virey cierre las puertas,
como medio quizá de salvación;—
y Gonzalo recibe
miles de cartas y noticias ciertas,
que le aclaman do quiera el defensor.

Asi como el avaro
contempla enagenado su tesoro,
así Gonzalo, cual celoso toro,
siente erguirse su centro de poder:
por un instante su ambición dormida,
volviéndose á encender,
recuerda que el monarca aquel imperio
*á su hermano debió*:
que Hernando continúa
sumido aún en lóbrega prisión;
y que él, para siempre ya olvidado,
va á hacer de sus riquezas despojado,
por tirano virey,
quien decir se atrevió á sus compañeros,
refiriéndose á él:
—que ya la baja gente y *los porqueros*,
no tendrían allí ningún poder. 178

Todos *estos ultrajes*, que le irritan,
del vehemente Gonzalo
odio, venganza y ambición agitan,
y hacen su sangre, cual volcán hervir:
quiere vengarse y obtener el mando,
que es un Pizarro, á déspotas probando,
y vencer con los suyos ó morir.

Y en sueños tan lisongeros,
su alma altiva se dilata,
y embolsando su oro y plata,
con *dieziocho* caballeros
al Cuzco se encaminó:
y saliendo el gentío á recibirle
y homenaje rendirle,
*protector* del Perú,
con júbilo indecible lo aclamó;
y al general contento,
*se unió* el ayuntamiento,
y el título á Pizarro *confirmó*.

Pidió entonces permiso:
—para una fuerte escuadra preparar,
y que se le nombrase
capitán general.—
Pero el ayuntamiento, *ya indeciso*,
repuso:—no tener tal facultad.—

Y Pizarro declara:
—que el conferido título renuncia,
porque es ineficaz,
en la tremenda guerra que se espera,
para fuerzas y armada organizar.—

A los ruegos del pueblo y sus amigos,
*cedió* el ayuntamiento,
y á los pueblos Pizarro hizo saber:
—que tan solo aceptaba el sacrificio,
por *salvar los dominios de su rey*,
y del Perú y las Indias
*los sagrados derechos sostener*. 179

¿Mas para esto cumplir, pidió Pizarro
que el pueblo le nombrase
capitán general,
ó guiábale, ante todo,
satisfacer recóndita venganza
y ambición personal?

¡Que no era un *Cincinato*,
muy en breve llegóse á demostrar!

# LXXIV

## 1544

Cuando el brillante sol, en tibio rayo,
de los Andes erguíase en la cima,
entró el virey en Lima
el *día diezisiete, en mes de Mayo*.

De esa ciudad y España los escudos,
en un arco triunfal de verdes hojas,
enlazados al centro se ostentaban:
los cabildantes, *con sus capas rojas*,
al virey esperaban,
y empleados también y ayuntamiento
y las comunidades,
circuídos de esos chicos y curiosos,
que pululan en todas las ciudades;

y viejas y doncellas,
mirando desde puertas y ventanas.

Echan los templos de la nueva Lima
á vuelo las campanas,
que su *primer virey* ya se aproxima,
y su séquito en torno se dilata:
*en palio carmesí* con flecos de oro,
y *de ocho varas* de maciza plata,
que llevan concejiles y señores,
recíbese al virey en su caballo,
al eco de clarines y atambores:
y en el ayuntamiento
presta el virey *solemne juramento,*
su diestra mano en el misal tendida;
y el acompañamiento
hasta la catedral después le sigue,
do cántase un *Te Deum,* con orquesta;
y desde el templo *á pie* cruza el espacio
de la pública plaza,
yendo al frente un jinete *con su maza,*
é instálase en seguida en el palacio.

Del odiado virey el primer acto
fué cometer *indiscreción chocante;*
porque á todos decía,
después de oír á un número importante
de la clase influyente:
—que aunque él reconocía,
que ya el código no era conveniente
para el trono y colonias,
haríalo cumplir estrictamente
*de cualquier manera;*
no obstante, el memorial apoyaría,
que á su monarca el pueblo dirigiera.—

Así, pues, se veía
una contradicción, *harto irritante;* ¡
porque al palpar las graves consecuencias,
debiólo suspender en el instante.
Y tal cosa, *prudente y por sí mismo,*
hizo el virey Mendoza, en aquel tiempo,
y á Méjico salvó *de un cataclismo;*
mas Blasco Nuñez Vela no tenía
su política ciencia
ni clara inteligencia;
porque era Blasco Nuñez....una broza,
al lado de Mendoza!

Con este paso,
creyó el virey
á sus contrarios
ya contener;
y á don Gonzalo
mandó también:
—que ese su grupo
hiciera *en el momento* disolver.—

Y muy tranquilo,
así creyó,
que disolvía
la rebelión;
pero más firme
se levantó,
y en Lima mismo
al virey desafiaba con furor.

Como *unos cinco mil indios*
mandó, en tanto, don Gonzalo
de Guamanga á recoger
la artillería, que Castro
sacó del inquieto Cuzco,
creyendo ponerla en salvo:
y eran *diezisiete piezas,*
que estaban en buen estado
y reforzaron su ejército
de *cuatrocientos soldados,*
el que al bajar á la costa
supuso fuese aumentando.

Gastó Gonzalo sus fondos
en armamento y vestuarios
y en preparar su bagaje,
para marchar sin obstáculo,
y arengó á sus compañeros
antes de salir al campo.

Cuando en el Perú se supo,
que un virey nombrado estaba
para hacer allí cumplir
las temidas ordenanzas,
don Francisco Carbajal,
que hacía tiempo que en Charcas,
trabajando residía,
vendió sus minas y casas,
y con *buenas barras de oro,*
pensó volverse á su patria,
para allá morir tranquilo,
tras vida tan agitada;
pero el virey no dejó
que *nadie* se fuese á España,
con su adquirida riqueza;
y perdiendo su esperanza
el anciano Carbajal
de burlar la vigilancia,
que en los puertos se tenía,
fué al fin, para *su desgracia,*
á visitar á Gonzalo,

porque á los dos los ligaban
intereses y amistad,
desde que fuéronse á Charcas.

Muy contento don Gonzalo
de recibir tal palanca,
que impulso á su gente diera,
suplicóle que aceptara.
—ser *su segundo* en el mando,
y *el primero* en su confianza;—
pero el viejo Carbajal,
que ya tan solo anhelaba
sus pocos días de vida,
*pasar tranquilo en su casa*,
rehusó todas las ofertas,
que á cualquier otro halagaran;
mas tanto insistió Gonzalo,
que el viejo, *como esas damas*,
que aún inválidas, no olvidan
*sus costumbres cortesanas*,
y caen *en la tentación*,
cuando otra vez son tentadas,
al fin aceptó la oferta,
y con toda vida y alma
se adhirió á la oposición,
que Gonzalo encabezaba,
y salió también del Cuzco,
buscando nuevas hazañas.

A poco andar, ya supieron
la muerte del Inca Manco,
el que, por una partida,
de los dispersos de Almagro,
que ocultáronse en sus chozas,
fué vilmente asesinado;
mas vengaron á su jefe
los afligidos peruanos,
dando en el acto la muerte
á sus huéspedes ingratos.

Este importante suceso
fué un triunfo para Gonzalo;
porque el Inca, con sus fuerzas,
hubiérase puesto al lado
de Nuñez Vela, pues fué
hostil siempre á los Pizarro;
y ya sin jefe los indios,
no eran temibles contrarios;
á mas, que por las mujeres,
y las costumbres y el trato,
íbanse, sin resistencia,
*ligando* con los cristianos.

Este último sucesor
del imperio conquistado,
cual lo hizo Guatimozin
en el suelo mejicano,
también supo noche y día,
animoso batallando,
de su estirpe los derechos
disputar al castellano:
él poniendo sitio al Cuzco,
y arrabales incendiando,
sorprendió á sus enemigos
y absorto dejó á Pizarro,
en medio de sus proyectos,
á quien obligó, humillado,
á pedir á otras colonias
para salvarse un amparo;
y supo, por un momento,
extendiéndose en sus campos,
dejar al fin indecisa
entre el salvaje y cristiano
la balanza del destino,
al más fuerte el triunfo dando.

Y de esa perenne guerra,
ya en ardides avezado,
fué la táctica aprendiendo
de sus opresores falsos;
y jamás quiso con ellos
celebrar paz ni tratados;
y yéndose á sus montañas
ó entre sus bosques vagando,
descendía á los caminos,
sorprendiendo á su adversario,
y la guerra de recursos
fué por do quiera llevando;
y supo, también, astuto,
su ayuda prestar á Almagro
ó al que débil se encontraba
al verlos anarquizados,
para que ellos, por sí mismos,
se fueran exterminando;
y hasta el mismo Núñez Vela,
hallábase autorizado
para hacer paz con el Inca
y acordar cualquier arreglo;
pero indomable, impertérrito,
con su corona soñando,
prefirió siempre la guerra
á la adyección del esclavo.

Algunos presumieron, que la muerte
del Inca valeroso,
quitase ya el pretesto á don Gonzalo
de ejército formar;
y otros disgustados,

del modo escandaloso,
que echó mano del público caudal,
á enfriarse comenzaron,
y algunos regresaron
y fuéronle al virey á presentar.

Un instante Pizarro
en su bélica empresa vaciló,
al ver el desaliento de su gente
y aquella deserción;
y abismado, una idea
como seguro puerto concibió:
—con todos sus adictos veteranos
el irse á Charcas y quedarse allí,
hasta donde el virey jamás iría,
ó aunque fuera podría
con elementos propios resistir.

Algunos aprobaron
mas no así Carbajal,
que no retrocedía,
cuando adoptaba un plan;
y como *á igual* hablando á don Gonzalo,
obligóle su idea á abandonar.

Con severo rostro fijo,
para hacerse obedecer,
Carbajal así le dijo:
«Vuestro abuelo puedo ser,
y á hablaros voy como á un hijo...
aunque no tengo ninguno,
que yo lo llegue á saber:
no es tiempo ya, ni oportuno
pensar en retroceder:
prosigamos, pues, marchando,
que aunque *se deserte alguno,*
irán *diez* por él llegando.
¿Que fugue un cobarde al monte,
chocando diente con diente,
á qué militar le inquieta,
si mira en el horizonte,
que le reemplaza un valiente?
¿No veis, qne soy el profeta
de esta muda soledad,
que he ido observando oculto,
y que cuanto menos bulto,
encontré más claridad?
Como un evangelio os hablo,
pues según dice la gente,
tengo pacto *con el diablo,*
y mi boca nunca miente.
¡Yo al infierno marcho y sigo,
si el infierno está adelante,
y al que me ande vacilante,
trataré *como á enemigo!*»

La fáusta profecía
del excéptico, fiero Carbajal,
comenzóse á cumplir; porque Puelles,
en Guanuco oficial,
á Gonzalo pasóse con sus fuerzas;
y á esta defección,
otras fueron siguiendo su camino;
y al descender del Cuzco á las llanuras,
casi con doble número se halló;
y en Guamanga corrieron á sus filas
*ya todos* á ingresar,
para salvar sus bienes, é indignados
de lo que oían del virey hablar.

# LXXV

## 1544

La traición de Puelles
profundamente impresionó al virey,
y mandó á un oficial, llamado Díaz,
con un destacamento,
ese funesto ejemplo á contener;
mas todos sus amigos
invitáronle á Puellas á seguir
y Díaz decidióse
á plegarse á la causa del país.

Quedó absorto el virey, en su soberbia,
de esta *nueva traición;*
y á dudar ya de todos
como un cobarde imbécil empezó;
y de Vaca de Castro los consejos,
presumiendo asechanzas insidiosas,
comenzó de él también á desconfiar,
porque tenía amigos en el Cuzco;
y en un buque, que hallábase en el puerto,

*hízole confinar.*
Y á otros distinguidos caballeros,
por la misma razón,
es decir, por quiméricas sospechas,
poner hizo en prisión.

Y tanta tropelía,
contra inocentes y sujetos dignos,
de todos aumentó la gritería,
y al contrario espíritu uniforma;
porque estos atentados demostraban,
cual del fátuo virey era la norma.

Pero entre sus amigos y enemigos,
lo que más disgustó,
fué de Castro el respetable enviado,
esa injusta impolítica prisión.

Como todo altanero y orgulloso,
que juzgase perdido,
así el virey humíllase cobarde,
y al obispo Loaysa, presuroso
envía á don Gonzalo á proponerle:
—general amnistía y distinciones;—
pero llegaron sus ofertas tarde,
pues *tales concesiones*
demostraron á todos los rebeldes,
*que ellos*, y no el virey, los dueños eran
*de imponer condiciones.*

No permitió Gonzalo, que el prelado
al campamento entrase,
ni con ninguno hablase
para que no enervara del soldado
el bélico entusiasmo que tenía;
y después de escucharle atentamente,
contestó al buen obispo:
—que no aceptaba honores, ni amnistía,
ni vanas concesiones;
porque al virey podía
*á su vez* imponerle condiciones:
que en paz le dejaría
volverse con su código y letrados;—
y arrojóle, con cajas destempladas,
diciendo á sus soldados:
—que las severas bases presentadas,
eran disparatadas.—

Tan brusca negativa
hizo ver al virey, desalentado,
cuanto su situación era aflictiva;
y queriendo tan solo
tomar *la defensiva,*
hizo, pues, en las calles
levantar barricadas,
comprar mulas, llamar al vecindario,
y mandar que estuviesen preparadas
*ocho naves*, que estaban en el puerto,
y ofreciendo gran paga á los soldados,
creyó así proceder, como hombre experto. 181

En tanto se realizaban
en Lima tales sucesos,
los cuatro oidores llegaron,
sin demostrar gran respeto
por las nuevas ordenanzas,
pues los cuatro se sirvieron
desde Panamá hasta Lima
de los indios, *como siervos.*

Constituidos en audiencia,
al virey desaprobaron:
—no haber suspendido el código
en cuanto á Lima hubo entrado,
á pesar que allí no había
ejercido ningún acto,
que á los colonos privase
de sus indios ni sembrados:
que los medios de defensa,
que estaba allí preparando
eran del todo impolíticos,
pues debió haber adoptado
negociaciones y acuerdos,
cual gobernante sensato.—

Y en la cárcel presentándose,
de *motu propio* soltaron
á todos los detenidos
por políticos trabajos.
El oidor Cepeda fué
quien inició este atentado;
porque astuto y ambicioso,
queriendo verse más alto,
ganarse el favor buscaba
del voluble populacho.

Era Suarez Carbajal
un estimable sujeto,
que había siempre ocupado
muy delicados empleos;
y como de Lima algunos
de sus parientes salieron,
para acogerse á las filas
de los muchos descontentos,
el desconfiado virey
quiso aclarar estos hechos,
y una noche envió á llamarle,
suponiendo sorprenderlo,

y averiguar la verdad
para echarlo de su puesto.

De su palacio en apartada pieza,
el virey increpóle, con dureza,
de sus varios parientes la traición;
y soberbio, *de cómplice* la mancha
al rostro le arrojó;
pero Suárez, mirándole de frente,
con la tranquilidad del inocente,
con energía desmintió al virey:
trabáronse en disputa,
y alzándose las voces,
la suya supo Suárez imponer;
mas el virey, furioso,
creyendo ajada ver su dignidad,
echando la mano al cinto
le hirió con su puñal.
Las guardias inmediatas
á su señor corriendo á socorrer,
por Suárez suponiéndole agredido,
*le hundieron las espadas*,
según ellos dijéronlo después. 182

El virey, horrorizado
de aquella barbaridad,
mandó en seguida el cadáver
con gran secreto bajar,
y en sangrienta capa envuelto,
llevóse á la catedral,
donde cavando una fosa,
lo pudieron enterrar,
en medio de las tinieblas
y silencio sepulcral.

No pudo quedar oculto
este trágico suceso,
desde que tantos estaban
enterados del secreto;
y á circular comenzaron
rumores, que coincidieron
con la desaparición
de tan notable sujeto;
vióse tierra removida
y adivinóse el misterio:
cavóse la sepultura,
y halláronse *allí los restos*
de Suárez de Carbajal,
lleno de heridas el cuerpo.

Y ante aquel horrendo crímen,
venganza todos pidieron;
y fue universal la grita,
cuanto súpose entre el pueblo
de ese crímen los detalles;
y que Suárez hubo puesto
todo su influjo y prestigio
para hacer, que aquel gobierno
del pueblo fuese querido,
marchando por rumbo recto.

Nadie creyóse seguro,
después de acto tan horrendo,
y á la audiencia los vecinos
seguridad la pidieron;
y á don Gonzalo Pizarro
despacharon mensajeros,
diciéndole:—que impaciente
le esperaba todo el pueblo.—

Pizarro, que á sus tropas
lentamente hacia Lima dirigía,
su marcha apresuró
al saber esos últimos sucesos;
y el virey, asombrado
de aquella popular sublevación,
solo en huir de Lima
segura salvación creyó encontrar,
notando que ni fuerzas ya tenía,
para hacer resistencia en la ciudad.

Para irse á Trujillo preparóse
y llevar las familias y equipajes,
y de Lima los víveres sacar,
para que, cuando entrase allí Pizarro,
seguirle no pudiese.
Este era del virey el nuevo plan.

¿Mas qué con ese plan se proponía?
¿Y qué iba en Trujillo á hacer después?
Ganar tiempo quería
y seguir del destino á la merced.

Pero á tal cosa opúsose la audiencia,
y de Lima á salir,
diciendo:—que tan solo sus sesiones
tener podía allí.—

Amenazó á la audiencia,
ofuscado el virey,
y entonces ella reclamó del pueblo
asumir el poder;
y en el mismo momento dió un decreto,
mandándole prender.

Al frente la audiencia
del pueblo salió,
que se iba aumentando

como procesión,
que en andas conducen
los fieles á Dios:
y el pueblo vivando,
de música al són,
al rey y á la audiencia,
la puerta invadió
del mudo palacio,
cual negro turbión.

Y desde sus ventanas *hacer fuego*,
mandó el virey furioso,
creyendo al populacho intimidar;
mas las balas pasaron por encima,
sin á nadie tocar.
Entonces gritó el pueblo: «¡Viva Lima!»
y del virey los criados y oficiales,
al pueblo comenzáronse á pasar.

Y luego, sin que hiciese resistencia,
al virey se prendió;
y tal vez por salvarle de la muerte
la precavida audiencia,
en oscura prisión le sepultó.

Saqueado fué el palacio
por chicos y mujeres,
cantando el populacho
en medio del botín;
y á todos los soldados
les dieron un banquete;
y de este primer acto
tal fué el tranquilo fin,
pues *vino* en vez de sangre,
vertióse en el festín. 183

# LXXVI

## 1544

Después de aquel tumulto improvisado,
de vecinos y ejército compuesto,
cual temporal pasado,
mostróse la ciudad tranquila y leda:
por la audiencia el virey siendo depuesto,
ella quedó ejerciendo el alto puesto,
que presidió Cepeda:
á *una isla vecina*,
y de fuerte guardia custodiado,
el virey fué mandado
para ser á su patria
en la primera nave remitido:
y Alvarez, el oidor, quedó nombrado,
para que á Nuñez Vela acompañase,
y al monarca informase
del modo cómo se hubo
el virey conducido;
así que Alvarez tuvo
que encontrarse en la isla detenido.

La audiencia en pleno mando se veía;
y aquel *tan dulce mando*,
por tiempo indefinido presumía,
que iba á seguir gozando;
mas en Lima se supo:—que ya en Jáuja
hallábase Pizarro con sus huestes;—
y notando la audiencia
del pueblo la impaciencia
por ver allí á Pizarro y proclamarle,
en seguida mandóle *un mensajero*,
de la revuelta el éxito á anunciarle;
y entre temor y dudas le decía:
—que puesto que *el gobierno provisorio*
la ley temible había,
como medida prévia *suspendido,*
y en paz se hallaba todo el territorio,
esperaba la audiencia, y le pedía
sus fuerzas disolviera,
como noble vasallo y obediente,
pues justo el gran monarca, bien sabría
premiarle dignamente.—

En lisonjeras y cumplidas frases
la cautelosa audiencia, así ocultaba
sus ideas falaces,
pues seguir gobernando ambicionaba:
á la atrevida araña semejante,
tender redes quería
á la águila triunfante,
que entre doradas nubes se cernía.

Al campo de Pizarro,
no sin cierto temor fué el mensajero
de tan necia embajada,

Zárate, el cronista de estos hechos....
mas no pasóle nada. 184

Cuando Zárate á Pizarro
saber su misión le hizo,
quedó Pizarro indeciso,
sin saber qué contestar;
aunque decidido estaba,
después de trabajos tantos,
á no *por falaces cantos,*
dejarse necio arrullar.

Mas Carbajal, impaciente,
al ver la intriga y el arte,
con que la audiencia marchó,
sin dar la cara de frente,
á Pizarro llamó aparte,
y resuelto así le habló:

«¿Su voluntad nos intima
la recién llegada audiencia,
para con toda insolencia,
seguir gobernando en Lima?
¡Escuchar esto da grima
de la boca de un rufian!
¿Y esa gente, come pan?
¡Juro por el negro averno,
que la daría el gobierno...
de los monos de Tetuán!

Os dan pelada la breva,
y licor la copa mana,
y ya tierna la manzana
os presentan, como á Eva:
la amiga suerte os eleva,
una corona irradiando;
y el porvenir despejando,
de flores la senda esmalta.
Decidme, entonces, qué os falta?
¡El querer subir al mando!

Echad inmediatamente,
si no sois un majadero,
á ese espía ó mensajero,
antes que aquí nuestra gente
le cueza en agua caliente.
¡No mostreis debilidad,
y el mando la demandad:
—que os lo entregue desde luego;
porque sino, á sangre y fuego
vais á entrar á la ciudad.»

De la Eva ó la serpiente
que á don Gonzalo tentó,
la voluntad se cumplió.
¡Sonar debe dulcemente
*la lisonja* seductora,
que mana pérfido labio,
cuando *hasta el hombre màs sabio*
del ignorante *la implora!*

Pasóle así á Pizarro
y Zárate partió;
y al oirle la audiencia,
consternada quedó;
y entonces recordó á Vaca de Castro,
y *su opinión* mandóle preguntar;
pero Castro, que nada la debia,
en términos ambíguos
aventuróse solo á contestar.

De *unos cuantos jinetes*
solo seguido, en tanto Carbajal,
para ningún temor y su desprecio
á la audiencia mostrar,
y su pronta respuesta demandarle,
penetró en la ciudad;
y en el acto la audiencia
entró á deliberar;
y el viejo Carbajal, para indicarla
como marchar *debía en adelante,*
y también á la vez *intimidarla,*
al alba hizo salir
de sus camas á *tres ricos vecinos,*
que en el Cuzco á Pizarro abandonaron,
y en sus mulas subir:
y bajo una arboleda de extramuros,
hízoles confesar para morir.

Colgado iba ya *el segundo,*
cuando al fiero Carbajal
*el tercero* demandóle:
—que tuviese caridad.—

Y el jefe mandó sonriendo,
la ejecución *aplazar.*
«Pues bien,—le dijo—os concedo
por vuestra clase y edad....
el que elijais *el ramaje*
en que os deben ahorcar;
pues también de carne y hueso
sois *un tronco;* pero ya
no da fruta ni verdece,
y ahora *se va á secar!*»

Y como era un pobre viejo,

á los pies del capitán
echóse, desconsolado,
á suplicarle y llorar.

«No lloreis, viejo traidor,
—le replicó Carbajal,—
que voy á elegir un árbol
*de nobleza y calidad.*»
Y de uno frondoso y alto,
al punto hízole colgar.

En *cinco minutos*
tal nueva corrió,
desde uno á otro extremo
de la población,
y entonces, la audiencia
*de miedo tembló.*

Invitóse *en el acto* á don Gonzalo
á entrar en la ciudad,
la audiencia declarando:
—que en obsequio al bien público y la paz,
debía don Gonzalo en el momento
*el gobierno aceptar.*— 185

De todo esto, bien claro se hizo ver,
que la audiencia no hubiérale mandado
el gobierno ofrecer,
si el fiero Carbajal
no hace á los tres traidores
á su entrada colgar;
pero ya don Gonzalo con sus huestes
llegaba á la ciudad.

El *veintiocho de Octubre*,
como *mil y doscientos veteranos*
su entrada hicieron, con solemne pompa,
y marcial continente;
y *doce mil* peruanos
á vanguardia llevaban lentamente
la gruesa artillería: 186
y con sus alabardas y arcabuces
marchando iba después la infantería;
y al frente de gallardos caballeros,
con lucientes aceros,
en un brioso corcel, bien enjaezado,
veíase á Pizarro que llevaba,
sobre tersa armadura,
rico sayo brocado,
que sus bordadas armas ostentaba,
y en sus hombros flotaba
una roja capilla,
toda cubierta con adornos de oro;
y el real estandarte de Castilla
iba delante de él, y á sus costados,
con las armas del Cuzco una bandera,
y otra con las armas, que el monarca
á la estirpe Pizarro concediera.

De todo el vecindario
llenáronse las calles y ventanas,
y las vibrantes músicas marciales,
avivando del pueblo el patriotismo,
de gozo por doquier daban señales:
sonaron las campanas
y oyóse del cañón el estampido,
que con alegres salvas saludaba
al que ya toda Lima proclamaba
como á su salvador noble y bizarro;
y solo un eco unánime se oía,
que desde uno á otro extremo repetía:
«¡Viva el gobernador! ¡Viva Pizarro!»

Al gran caudillo, en su salón la audiencia,
y ante un misal con su dorada cruz,
recibió el juramento acostumbrado,
y de todo el Perú
*capitán general* fué proclamado.

Y arrojándole *flores las mujeres*,
Pizarro se hospedó
en el triste palacio, abandonado,
del gran conquistador,
do aún manchas de sangre se veían,
*que con pena* el hermano contempló!

Y el pueblo, como niño alborozado,
se entregó *muchos días*
á *corridas de toros* y *torneos*,
y prolongadas fiestas y alegrías,
al cumplirse de todos los deseos;
pues todos esperaban una era
de dichas y quietud,
al ver en el gobierno á otro Pizarro,
cual augurio feliz para el Perú.

Desde que aquella tierra conquistaron,
solo un jefe ó caudillo conocieron,
y á él se acostumbraron,
y así ricos gozaron y vivieron:
eso allí se quería:
—y no ya que un despótico mandón,
codicioso á esquilmarles noche y día
les mandase su ingrato emperador!—
Eso el pueblo decía,
creyendo que sobrábale razón!

# LXXVII

## 1544 y 1545

A varios de esos, que habían
tomado en la guerra parte
contra el triunfante Pizarro,
los jueces, por adularle,
los condenaron á muerte;
pero él, político y hábil,
perdonó á todos, mandando
que á Chile *se desterrasen:*
llevó á la administración
á sus más firmes parciales,
y estableció su gobierno
sobre muy seguras bases:
mandó á sus viejos tenientes
á los pueblos principales
á organizar las milicias,
y que el mando se arrogasen;
y construir en Arequipa
hizo galeras y naves,
para tener el dominio
de aquellas costas y mares,
tratando así precavido,
de preparado encontrarse
contra cualesquier evento,
como jefe vigilante.

De nombre solo la audiencia
existía; porque nadie
á sus fallos apelaba,
pues hasta sus facultades
absorvió el gobernador,
sin que aún ella se quejase;
y hasta de hecho no existía,
porque en cama estaba Zárate
de mortal enfermedad;
Cepeda, viendo sus planes
de loca ambición frustrados,
descendió hasta presentarse
de Pizarro un instrumento,
con tal que se le otorgasen
esos respetos debidos
á su alto puesto y su clase,
tratando de hacer fortuna
para á su patria tornarse;
mandado antes por la audiencia,
en la isla hallábase Alvarez,
custodiando á Nuñez Vela;
y muy próximo á embarcarse
también estaba Tejada,
pues Pizarro, los detalles
de aquellos pasados hechos,
quería al monarca enviarle,
para *conquistar su gracia*
*y poder justificarse;*
mas Carbajal disuadióle
de que de eso se ocupase,
diciéndole bruscamente:
«Esas bajezas, cobardes,
empeorarán vuestra causa;
y no espereis, no, bondades,
cuando ya fuísteis *tan lejos!*
Esperad solo, arrogante,
en las lanzas y arcabuces,
que, como siempre, os amparen.»

En breve súpose en Lima,
que el buque donde se hallaba
en prisión Vaca de Castro,
*una noche* levando anclas,
del puerto despareció,
sin saber nadie la causa;
y esta era, que viendo Castro,
que no quedábale nada
ya que hacer en la colonia,
ni en qué servir al monarca,
desde que dueño absoluto
Pizarro en ella imperaba,
consiguió que el capitán
á Panamá le llevara;
y de allí cruzando el istmo,
embarcóse para España. 187

También se supo en seguida
otra nueva más adversa.
Al salir del puerto el buque
que llevaba á Nuñez Vela,
dióle Alvarez libertad;
ora ya porque temiera
el ir con él á la corte,
ó por pensar, que la audiencia.
al tomar esa medida,
procedió con lijereza;
y de su prisión culpando

á sus débiles colegas,
díjole:—que por salvar
del peligro su existencia,
hubo tan solo votado,
que preso se le pusiera
en tan críticos momentos;
y dábale de ello prueba
al ponerle en libertad
para irse donde quisiera.—

De verse libre el virey,
de gran contento dió muestras;
pues á su orgullo humillado,
atormentaba la idea
de presentarse en la corte,
no solo con causa abierta,
sino de no haber cumplido
la misión que se le diera:
pudo muy bien dirigirse
de Panamá á las riberas,
y á las colonias del Norte
pedir socorros y fuerzas
en nombre de su monarca;
mas tal paso también era
para su orgullo humillante,
y resolvió, pues á tierra
volverse y marchar á Quito,
donde alzando su bandera
contra el rebelde Pizarro,
decidiese la contienda.

En Túmbez desembarcó
en donde dió un manifiesto:
—revelando la conducta
de Pizarro y de sus hechos,
y á todo leal vasallo
su pronta ayuda pidiendo,
para conseguir salvar
del monarca los derechos.—

Y no en vano fué el llamado
á aquellos volubles pueblos,
pues fueron de San Miguel
de la costa y Puerto Viejo
llegando algunos soldados,
de Almagro varios dispersos,
de don Gonzalo enemigos,
y muchos aventureros;
y adquiriendo algunas armas,
empezó á formar su ejército.

Ibase ya Nuñez Vela
forjando planes risueños,
cuando tuvo la noticia:
—que algunos destacamentos
de las fuerzas de Pizarro
se encontraban no muy lejos;
y creyéndose cercado,
sin averiguar lo cierto,
presuroso partió á Quito;
y atravesando desiertos
y nevadas serranías,
no sin trabajos y esfuerzos,
vióse en fin en aquel punto,
do á auxiliarle halló dispuesto
al valiente Benalcázar;
y tornando al poco tiempo
á descender á la costa,
formó en San Miguel su centro,
y volvió á alzar su bandera
con más coraje y empeño,
reuniendo *quinientos hombres*
aunque escasos de armamento.

Ya el virey, con estas fuerzas,
pudo salir al encuentro
de algunas cortas partidas,
que de Pizarro se vieron;
y algunos parciales triunfos,
que sobre ella fué obteniendo,
alentaron su esperanza
de recobrar el gobierno.

No en Lima ocioso Pizarro,
en sus glorias se adormía,
conociendo, que aún no estaba
muy seguro en su alta silla;
y habiendo hecho vigilar
por sus diversas partidas,
del virey los movimientos,
y sabiendo, que tenía
organizadas ya fuerzas,
comprendió que su salida
á buscarle y á batirle,
era ya entonces precisa;
y una fuerte guarnición
con su jefe dejó en Lima,
saliendo *el cuatro de Marzo*,
con voluntad decidida
de dar muerte á Nuñez Vela,
si entre sus manos caía.

Con *unos seiscientos* hombres,
en Trujillo entró Pizarro,
para San Miguel siguiendo,
donde pensaba encontrarlo;
y aunque Nuñez Vela quiso
salir con su gente al campo,

toda ella se anonadó
al nombre de don Gonzalo,
ó mejor dicho, ninguno
quiso salir á pelearlo;
y tuvo el pobre virey
que partir apresurado,
marchando otra vez á Quito;
pero de cerca Pizarro
íbale activo siguiendo,
sin darle ningún descanso.

En las faldas de unas sierras,
pudo el virey acampar;
y como era noche entrada,
se apresuró Carbajal,
con un cuerpo de jinetes,
su retaguardia á picar,
y ver si allí conseguía
irle formando corral;
mas sonando sus trompetas,
no pudo seguir su plan;
porque del virey la tropa,
llegándose á despertar,
y haciendo nutrido fuego,
tuvo que volverse atrás,
y las otras se escaparon,
sin poderlas ya alcanzar.

Fué imperdonable descuido
en tan hábil capitán,
intentando una sorpresa,
dejar el clarín sonar;
y prevenir al contrario
que él en pos estaba ya;
y si otro, no él lo comete,
le hace Pizarro cortar
la cabeza, de seguro;
pero quiso Carbajal
que se olvidase esta falta
por su mucha actividad,
y perseguía al virey
sin dejarle merodear,
con los bríos y el coraje
de un mozo de poca edad.

De Cajas al valle agreste,
el virey siguió cruzando,
siendo penosa su huída
por las rocas y barrancos,
sin tener donde pastar
las mulas ni los caballos:
iba comiendo su gente
carne de animales flacos,
maiz, robado á los indios,
y las raíces y cardos,
que hallaban en su camino,
todos muertos de cansancio....
y Carbajal le seguía,
sufriendo iguales trabajos
y reforzando sus marchas,
mas sin poder alcanzarlos;
porque *el que huye* lleva siempre
el ciego impulso del dardo,
pues de veloz ligereza
sus alas le presta *el pánico*.

Las fuerzas de Nuñez Vela
al fin entraron en Paltos,
llano, extendido desierto,
por arroyuelos cortado,
y á la vez un tremedal,
por sus terrenos muy bajos,
do entraban y no salían
los escuálidos caballos,
teniendo los fugitivos
que irlos desgarretando,
para que no los tomaran
de Carbajal los soldados;
ó irse con ellos de prisa,
en su huida alimentando
por aquellos tremedales.
¡Y pobre del rezagado
á quien Carbajal tomaba
y mas, si fué partidario
del bando de su caudillo,
pues matábale en el acto!

Iguales penas sufría
de don Gonzalo la hueste;
mas los perspicaces indios,
con su instinto sorprendente,
dábanle ayuda y hogar,
al ver que él era el más fuerte,
para ya quedar amigos
de esa vencedora gente;
pues convencidos estaban,
desde que faltó su jefe,
que era en vano á tales hombres
por más tiempo el oponerse;
y así en pos de Nuñez Vela
ir pudo marchando siempre,
presumiendo el alcanzarlo,
con ese *valor paciente*,
que conduce hasta la gloria,
y orgullo fué de sus héroes,
que á porfía conquistaron
todo el nuevo continente. 188

# LXXVIII

## 1545

No solo á Nuñez Vela atormentaban
los contínuos trabajos materiales,
sino la desconfianza, que tenía
de varios de sus jefes principales;
así es que noche y día,
observando de todos las miradas,
en zozobra vivía;
tal vez razón tuviese,
ó fueran sus sospechas infundadas;
pero un día sus tropas encontraron
muertos *á tres de sus mejores jefes*,
y de las iras del virey temblaron,
mas que del enemigo, que sus huellas
seguía presuroso. 189

Al fin salir lograron
de aquel largo camino pantanoso;
y ya de *Tomebamba* en el distrito,
creyéndose salvados, penetraron
en la tranquila capital de Quito.

El virey, consternado,
contó sus fuerzas al llegar allí,
y *las tres cuartas partes* le faltaban....
entonces presintió su triste fin!

Y en Quito fué recibido
Nuñez Vela con frialdad;
porque es el medio mejor
para ser favorecido,
no tener necesidad
de recibir el favor.

Las crónicas refieren:
—que de ese pueblo se aumentó el temor,
al notarse fenómenos horribles,
desde que Nuñez Vela allí pisó:—
y dicen:—que en las noches, sin estrellas,
y en medio de profunda lobreguez,
se veían cometas, color sangre,
por los aires hender:
y en cuadrillas los perros por las calles,
empezaron á aullar,
augurando á ese pobre vecindario
negra fatalidad;
que todos se aterraron,
cual si viesen á un diablo ó jabalí,
pidiendo que al virey y sus soldados
se ordenase salir. 190

Y aquella flaca y agobiada gente,
tuvo al fin hacia *Pastos* que marchar,
buscando á Benalcázar,
prestigioso caudillo en *Popayán*.

Las fuerzas de Nuñez Vela
á Quito daban la espalda,
á ese pueblo maldiciendo
por su conducta inhumana,
cuando las de Carbajal
y Pizarro penetraban,
no encontrarlas lamentando,
después de fatigas tantas.

Y haciendo un breve descanso,
pusiéronse luego en marcha,
en pos de sus enemigos;
y al fin llegó su vanguardia
á encontrar á Nuñez Vela,
cuya gente descansaba
de un arroyuelo á la margen;
mas huyó precipitada
al mirar á la enemiga,
siguiendo su retaguardia.

Mandó hacer alto Pizarro,
cuando menos se creía,
y otra vez volvióse á Quito,
por no provocar las iras
del caudillo Benalcázar,
si se entraba en su provincia.

Y reposo hallando en Quito,
de las pasadas fatigas,
esperaba, como el tigre
que se agazapa y achica,
que al fin el virey volviera,
para dejar su guarida.

Escribiéronle á Pizarro:
—que Centeno, el capitán,
se habia alzado en La Plata

con algunos otros más,
impulsándolos tan solo
la envidia ó rivalidad,
que por Pizarro sentian,
y el querer ellos mandar;—
y Pizarro desde Quito,
con fuerzas mandó hasta allá,
á ajustarles bien las cuentas,
al terrible Carbajal.

En tanto Nuñez Vela,
acongojado estaba en Popayán;
pero dándole aliento Benalcázar,
prometióle ayudar;
no tan solo porque era
un soldado leal,
sino porque á Pizarro
profesaba profunda enemistad;
y él y también Cabrera, su segundo,
quisiéronle en la guerra acompañar,
llevando un buen refuerzo
de *cuatrocientos hombres* el total. 191

*Cerca de un mes* había transcurrido,
que Pizarro paciente
acechaba al virey,
y su ejército hallábase aburrido
de esperarle también;
y creyendo ese acecho permanente:
—pidió á Lima volver
ó ir al enemigo á pelear,
aunque preciso fuera
declararle la guerra á Benalcázar
y entrarse en Popayán.

Para salir Pizarro de ese apuro,
un nuevo plan siguió:
deja en Quito á Puelles,
con una guarnición,
y parte al Sud, diciendo:—que marchaba
á unirse á Carbajal;—
cuya resolución encontró modo
que llegara *á saberse* en Popayán.

Entonces, sí, partieron *prontamente*
Benalcázar, Cabrera y Nuñez Vela,
sobre Quito á caer;
mas á *quince kilómetros* de Quito,
del lado Norte y de una loma al pié,
salióle don Gonzalo al enemigo,
cuando iba á anochecer.

Tarde ya los aliados, sorprendidos,
conocieron su error;
pero al engaño urdido por Pizarro,
también otro el experto Benalcázar
oponer intentó:
do sus tropas estaban acampadas,
hizo hogueras poner,
y tomando á unos indios, como guías,
marchando en torno de la loma fué,
para la retaguardia
del artero Gonzalo sorprender;
mas sea que estos indios,
no aquel camino conocieran bien,
y las huellas perdiesen,
en medio de la densa lobreguez,
ó sea *que exprofeso* les hiciesen
esas horas brevísimas perder,
encontrándose al alba los aliados
á una distancia tal,
de no poder caer sobre Pizarro,
sin que antes se llegase á preparar.

Entonces presurosos,
penetraron en Quito de rondón;
mas Quito, como tumba solitaria,
inspiróles temor;
y antes Puelles, á unirse con su jefe,
sacó su guarnición:
y aunque algunas mujeres con sus chicos,
salieron al virey á recibir,
en vez de consolarle, le decían:
«¿Señor, á qué venís?
¿Acaso vuestro sino desgraciado
os trae á morir?»

Y al escuchar augurios tan fatales,
sintió el pobre virey,
que helándose su sangre entre las venas,
cesaba de correr;
y al fin no pudo menos
que doliente exclamar:
«¡Señor, señor, por qué á tus servidores
así dejas en mísera orfandad!»

Cabrera y Benalcázar,
también con la experiencia que tenían,
perdieron la esperanza de triunfar;
y de veras sintieron
haber tenido del virey piedad;
aunque haberle prestado
ayuda y protección,
no fué por socorrerle únicamente,
sino porque esperaban,
si en tal lucha triunfaban,
recibir del monarca el galardòn.

Mas no asi los soldados,
que muy rendidos de marchar á pie,
toda aquella angustiosa, larga noche,
buscaron en las casas que comer,
como buenos y viejos veteranos,
tratando cada cual
de ir luego agarrando, como dueño,
cuanto llegaba á hallar.

Conociendo Benalcázar,
que era una temeridad,
en tan trists situación
la batalla aventurar,
propúsole á Nuñez Vela:
—que iría de igual á igual
al campo de don Gonzalo
á proponerle la paz,
ó á conseguir á lo menos,
alguna trégua pactar,
así ganando algún tiempo
para meditar un plan,
procurando él á su vez
á don Gonzalo engañar;—
pero convencido Nuñez
de que no era tiempo ya
de obteuer algún arreglo,
sin mengua de dignidad,
decidido replicóle:
«Ya no hay nada que esperar,
pues pactos desventajosos
yo no aceptaré jamás,
ni en palabras de traidores
nadie debe de confiar,
ni menos en este instante,
que orgullosos estarán.
Salgamos, pues, á buscarlos....
y Dios haga lo demás!
Y os prometo, que mi lanza
en la batalla será
la primera que se empuñe,
contra ese enemigo audaz.»

Y en seguida Nuñez Vela
reunió á su estado mayor,
y preparando á su tropa,
esta arenga dirigió:
«Enfrente están los rebeldes
con su capitán traidor....
vosotros sois los leales,
cual todo buen español,
que defendiendo á sus reyes
centuplica su valor.
La justicia es nuestra causa,
porque es la causa de Dios,
y por ella triunfaremos
con hidalgo corazón.
¡Seguidme, pues, al combate....
porque al campo parto yo!»

Y los viejos veteranos
así al escuchar la voz,
que su deber recordaba
á todo buen español,
se sintieron dominados
de noble, bélico ardor,
dando vivas á su rey
al tremolar su pendón.

# LXXIX

## 1546

De Quito Nuñez Vela con sus tropas
el *dieziocho de Enero* al alba sale,
y apenas un kilómetro hubo andado,
cuando halla al frente á su contraria hueste,
que comenzó á formarse en una altura
de esas colinas, que en pendiente suave,
de las llanuras de *Añaquito* ascienden.

Alto las tropas del virey hicieron,
y formáronse en orden de batalla,
siendo *unos cuatrocientos y cincuenta*:
de arcabuceros un pequeño grupo
púsose á la vanguardia, y los restantes,
con los alabarderos, ocuparon
el centro, por los flancos protegido
por la caballería, que mandaban
Cabrera y Benalcázar, y sería
de *unos ciento y cuarenta* bien montados.
Y con *trece jinetes* Nuñez Vela,
el real estandarte puesto al frente,
á llevar el ataque preparóse.

Su ejército tambien formó Pizarro,
conforme al orden que el virey hiciera,

y *serían seiscientos* sus soldados,
que atacar á los otros anhelaban,
tras largo tiempo de buscar sedientos,
ese para ellos último combate.

En el rostro brillaba la alegría
de Gonzalo Pizarro y sus tenientes,
creyendo que esa acción y fácil triunfo
íbales para siempre á dar el mando
de ese imperio del oro y de la plata. 192

Viendo el virey que don Gonzalo espera
que el ataque le lleven,—demostrando
no abandonar la posición que tiene,—
y que la tarde á declinar comienza,
manda cargar á la enemiga tropa,
y sus arcabuceros hacen fuego,
el campo oscureciendo densas nubes,
y en pos siguen sus filas de alabardas;
pero las fuerzas de Pizarro, entonces,
hacen fuego también, marchando todas,
y sus alabarderos y escuadrones,
bajando al llano á los contrarios cargan,
y un muy violento ataque se produce,
y en ambas filas rápido desorden.

Por el choque un momento retroceden;
mas tornan á rehacerse con más brío,
y de Pizarro los jinetes bravos,
como furiosas olas bramadoras,
con tal vigor embisten á los otros,
que hácenlos detener y los envuelven,
hasta irse ellos mismos arrollando.
Chócanse las espadas y alabardas,
y entrelazadas rómpense en la lucha,
como quebrados juncos por el viento,
peleando hombre á hombre, encarnizados.
Mas del virey las fuerzas, extenuadas,
por la penosa marcha de la noche,
comienzan á ceder, y apenas pueden
irse reconcentrando y defendiendo.

Y cubierto muy pronto vése todo
de heridos, moribundos y caballos,
unos y otros mezclándose en montones,
como hacinados y en desorden se hallan
tras terráqueo temblor, restos y escombros.

Allí el jefe Cabrera *muerto* vése,
y no muy lejos y de heridas lleno,
Benalcázar, al pié de su caballo,
*como muerto* en el suelo, tambien yace.
Alvarez, el oidor, que se encontraba
del virey en las filas, *moribundo*
más allá se le mira, pues lidiando
de su rey por la causa, morir quiso.

Fiel á su palabra Nuñez Vela,
siendo el primero en enristrar la lanza,
la ala derecha con tesón sostuvo,
cual si siempre guerrero hubiese sido,
y dando un bote al oficial Montalvo,
derriba del corcel, y sigue abriendo
con furia insana á su escuadrón camino,
probando así á Pizarro y sus soldados,
que si antes cáuto huyera como jefe,
como jefe en el campo de batalla
guerrear y morir también sabía:
el último arrollado fué del grupo,
y mirando caer uno tras otro,
él también á su vez sintióse herido,
y dándole un soldado un golpe de hacha,
derríbale aturdido del caballo;
y con vida quizá escapado hubiese
entre muertos y heridos, pues llevaba
encima de su cota y las insignias
de la militar orden de Santiago,
*indiana alistonada* camiseta; 193
mas un soldado conocióle al verle,
dió aviso á otros, que á su lado estaban,
y á Suarez Carbajal, que era un hermano
del que el virey asesinó una noche,
en su propio palacio; y todos ellos
en cara le echan su atentado inícuo,
é iban por sus manos á inmolarle,
cuando allí don Gonzalo se presenta,
y sabedor de la intención que tienen,
impide con tal hecho se degraden,
y tranquilo, orgulloso y placentero
de al fin ver humillado á su enemigo,
ordena á un fiel negro, que le sigue,
que á Nuñez Vela *corte la cabeza*,
como á enemigo pérfido, implacable
de los conquistadores de ese imperio,
y su orden todos en redor aplauden.

Bájase del bridón el bravo negro,
saca su sable y por *el pelo* toma
del virey la cabeza, y *de un sablazo*
la alza ufano, del tronco dividida,
y luego en una pica fué enclavada,
acudiendo los grupos de guerreros
á mirar al virey, que aborrecían.

De esa tibia cabeza, cuyas canas
y blanca barba sacudía el viento,

varios soldados de brutal instinto,
*mechones arrancaron,* que en sus cascos,
como nobles trofeos ostentaban. 194

Aunque al fin decidida la victoria,
de Pizarro corona las banderas,
sin embargo, sus filas animosa
la infantería del virey sostiene
y á raya pone el furibundo ataque,
de alíjeros corceles, que atropellan
con sus pechos aquellas alabardas;
pero el nutrido fuego de arcabuces,
diezma de los infantes las columnas,
y dispersas se alejan en desorden,
libre el campo dejando á los de Lima.

No la persecución á los dispersos
sangrienta fué ni larga; porque oscuras
ya de la noche las tendidas sombras,
el irles persiguiendo fué impósible.
Y sonando en el campo de Pizarro
las dianas de victoria y las trompetas,
reunió de nuevo á su triunfante tropa.

Pero aunque de la acción fué corto el tiempo,
de la gente de Nuñez murió en ella
*una tercera parte,* y la enemiga
en proporción sufrió muy pocas bajas. 195

A Quito y sus iglesias penetraron
muchos dispersos, implorando asilo;
y unos á muerte y otros á destierro
fueron por tribunales condenados;
mas Pizarro magnánimo mostróse,
y otorgó *su perdón* á todos ellos. 196

Bien atendido en Quito y hospedado
el hidalgo caudillo Benalcázar,
restablecióse al fin de sus heridas:
de su antiguo rival permiso obtuvo
para libre tornar á su gobierno;
y aunque entonces mostróse agradecido
de Pizarro al favor, llegó á olvidarlo,
y también con el tiempo á combatirle.

Y por la afrenta, que al cadáver se hizo
del infeliz virey, en el combate,
sumo disgusto demostró Pizarro,
mandando que sus restos se enterraran
en la empezada catedral de Quito;
y *él mismo* quiso presidir el duelo,
de riguroso luto en las exequias.

*Tal acto nos demuestra la costumbre,*
que esta familia célebre tenía,
de honrar con su presencia las plegarias,
que mandaba ella misma que se hiciesen
por sus ilustres víctimas al cielo,
presumiendo tal vez, con tales actos,
así aplacar del cielo la venganza. 197

Este fué el triste fin de Nuñez Vela
ó *del primer virey,* que fué nombrado
para el deshecho imperio de los Incas:
desde que en Panamá pisó engreído,
ejerciendo medidas arbitrarias,
hízose repulsivo en las colonias:
llegó representando ley odiosa,
y más odioso se hizo todavía
por su pedante vanidad y orgullo
y demostrar inhábil é imprudente
á los conquistadores su desprecio:
no ese coraje ni talento tuvo,
al ver la oposición, que allí encontraban
esas para las Indias duras leyes,
de suspenderlas por su cuenta y riesgo,
para no hacer odioso á su monarca;
ni el país su poder desconociese,
dándole incontinenti exacta cuenta
de su conducta y situación presente,
y de lo que allí hacerse convendría:
no supo previsor aquel conflicto
prudente el evitar, sino que ciego
agregó combustibles á la hoguera:
y demostróse tan inepto en todo,
que hasta del mismo tribunal que trajo,
*depuesto* fué, por no comprometerse,
si su marcha política aprobada. 198

Ese pobre virey, vilipendiado
y de menguadas miras, aferróse
de la reciente ley al duro texto,
como el mulo inconsciente, que da vuelta
en el círculo estrecho de la noria,
al madero que mueve y va siguiendo:
ni es mérito el argüir, que por cumplirla,
hasta morir peligros arrostrase,
como vasallo de su rey sumiso;
porque todo español en esos tiempos,
por divisa llevaba de hidalguía,
*mi Dios, mi rey, mi dama,* sobre el pecho. 199

Y si antes de brillar hundióse ese astro
entre sanguinolentas, negras nubes,
en su cenit radioso levantóse
triunfante en Añaquito el de Pizarro,
cual si la heróica sombra de Francisco,
con fraternal aliento le amparase.

Verdad es que Gonzalo era un guerrero
de maneras hidalgas, generoso,
de franco corazón y nobles miras;
y teniendo confianza en sus amigos,
ellos así mostrábanse leales,
y contenta seguíale su gente:
gloria y poder le daba su apellido,
pues recuerdos gratísimos en todos
la gran conquista despertaba siempre
y la memoria de los héroes de ella;
y de la causa popular siendo eco,
hacerse supo el árbitro querido,
ya no existiendo los antiguos jefes,
que pudieran el mando disputarle.

Con júbilo cundió por las aldeas
y los nacientes pueblos y ciudades
el decisivo triunfo de Añaquito,
que celebraron todos á porfía,
el título á Pizarro confiriendo
de *gran libertador* de aquella patria,
que con su sangre conquistaron todos.

Pizarro en Quito se quedó *seis meses*,
queriendo organizar ese distrito
y adelantar también como á los otros:
nuevas tierras donó á sus partidarios,
y á otros mandó á hacer exploraciones,
todos así quedando satisfechos:
empezaron *á unírseles los indios*,
ya á sus conquistadores vinculados,
é hízoles dar educación cristiana:
y pidió á los colonos, *que pagasen*
de la real corona los derechos,
para que su monarca al fin propicio
las tan odiosas leyes *revocase;*
y supo administrar *con tal acierto*,
que hasta dijo después el mismo Gasca:
*fué un buen gobierno, para ser tirano.*

# LXXX

## 1546

Hacia *fines de Julio*
el triunfante Pizarro con su ejército
para Lima partió,
dejando en Quito á Puelles
una buena y probada guarnición.

Fué su feliz regreso
una marcha triunfal,
de los pueblos saliendo los vecinos
sus ofrendas y vítores á dar.

Y tal era el entusiasmo,
que hasta en Trujillo salió,
seguido del vecindario
y formando procesión,
todo el clero, que entonaba
antífonas, en honor
del *príncipe victorioso*,
diciéndole:—hágate Dios
feliz, bienaventurado,
y para gloria mayor
te mantenga y te conserve.—
*¡Clerical adulación!*

Así la gente cogulla,
así el clero vividor,
desde abinicio acostumbra
tributar adoración
al partido, bueno ó malo,
en la lucha vencedor,
entonando su *Te Deum*,
como el fin de la función.

Si el monarca es el que triunfa,
aclámale emperador,
como de origen divino
y predilecto de Dios:
ó si lo fuese el vasallo,
no le llama ya traidor,
sino *victorioso príncipe*,
como á Pizarro llamó,
sin importársele un bledo
de que un tirano feroz
sea el triunfante ó vencido,
con tal de elevar su voz
y conservar *su pitanza*
del encumbrado mandón.

¿Y hay quien crea, que un *Te Deum*
es dar las gracias á Dios,

por conceder la victoria
al que tuvo *la razón?*

Así por costumbre todos
los de vida conventual,
proceden por conveniencia,
sin pensar en los demás,
sino en la conservación
*de propia comunidad!*

Y es tan evidente y cierto,
como ese dicho vulgar
y los refranes lo son:
—que el hombre es un animal
de costumbres;—y se ve
en toda la sociedad,
que la educación y ejemplos,
que al tierno niño se dan,
su porvenir constituyen
y mas ó menos moral,
salvo una que otra escepción
de triste fatalidad.

Por eso vemos familias
*de honra tradicional*,
á las que el pueblo respeta
por su honradez y piedad,
y cuyo nombre *es un timbre*,
que tratan de conservar,
como el título más digno
de nobleza y dignidad.

Y fué tan grande el entusiasmo en Lima,
que demoler trató la autoridad
algunos edificios, y ancha calle
hasta la plaza pública formar,
poniéndola: *Pizarro*,
para su entrada espléndida y triunfal;
pero tales obsequios y proyectos,
en seguida supo él,
y suplicó modesto al municipio:
—que hiciera sus obsequios suspender.—

Mas no obstante, las calles se cubrieron
de hinojos y ramajes olorosos:
varios arcos triunfales se erigieron,
los frentes de las casas se adornaron
con indianos tapices de colores:
ventanas y balcones se llenaron
de ofrendas, de coronas y de flores,
para arrojar al jefe victorioso:
agolpóse en las calles y avenidas
el pueblo alborozado y presuroso;
y las autoridades, tropa y clero,
ya como á un rey reciben á Pizarro;
á pie dos capitanes,
con armadura de bruñido acero,
de su brioso corcel las bridas llevan:
cabalgan á su lado
de Lima el arzobispo, y los obispos
del Cuzco y Quito, y el recién llegado
de Bogotá, que allí iba á consagrarse
y á su diócesis luego á retirarse:
de las nuevas iglesias las campanas
échanse á vuelo, entre sonoros himnos
de la vibrante música guerrera:
se arrojan de balcones y ventanas
al vencedor las flores y coronas,
y á su triunfante ejército orgulloso;
y el gentío agolpado,
corriendo presuroso,
cual si fuera una voz cada latido,
da vivas y le aclama:—de su pueblo
libertador amado,
y protector del pueblo agradecido:—
y al alegre sonido
de las músicas, vivas y repiques,
caminando el cortejo, va despacio,
hasta que entra su jefe
de su hermano Francisco en el palacio.

Ya del Perú el gobierno se encontraba
de un Pizarro en las manos otra vez,
que allí de los Pizarro la familia
era como en España la del rey,
porque ya muerto Almagro y su progenie,
solo la de Pizarro quedó en pie.

Y de todos los centros conquistados
Pizarro recibió
obsequios, comisiones
y felicitaciones,
probándole esos pueblos su adhesión.

Y como casi siempre á los mortales
solas vienen las dichas ó los males,
Pizarro recibió la nueva grata:
que Carbajal había
la fracción, que Centeno dirigía,
*deshecho* en el distrito de La Plata.

Y de ese episodio haremos
un complemento ó relato;
ora fuese que Centeno
también aspirase el mando
de aquel lejano distrito,
todavía despoblado,
ora impulsárale á alzarse

el amor al soberano,
consiguió, con su prestigio,
el ver insurreccionado
todo el distrito de Charcas,
contra el poder de Pizarro,
quien á Carbajal mandó,
como á buen jefe probado,
á que batiera á Centeno,
sin darle tregua y descanso.

Solícito Carbajal
en cumplir su comisión,
de Quito con sus jinetes
á Charcas se dirigió,
y entrando en Lima y el Cuzco
aumentó su división,
y á encontrarse con Centeno
rápidamente marchó.

Y en cuanto Centeno supo,
que el terrible Carbajal
iba en Charcas penetrando,
como hambriento gavilán,
no se atrevió en campo abierto
un encuentro á presentar,
y fué ganando las sierras
y huyendo de su crueldad;
pero animoso, obstinado,
siempre en pos de él Carvajal,
ni de noche ni de día
dejábale respirar,
hasta rendir á sus tropas,
con aquella actividad
tan asombrosa y viril,
que fuéle siempre habitual;
y en esta persecución
tan sangrienta y tan tenaz,
comenzósele á Centeno
su ejército á desertar;
y á todos los enemigos
que atrapaba Carbajal,
los colgaba *de las ramas*,
por los bosques al pasar. 201

Así á Centeno siguió
*doscientas leguas* ó más,
dando vueltas y revueltas
con infatigable afan;
durmiendo sobre el caballo,
sin comer ni descansar,
como si tales fatigas
fuesen la vida normal
de esa vida vigorosa
en hombre de tanta edad.

El perseguido Centeno
y alguno que otro oficial,
del Pacífico á la márgen
pudieron al fin llegar,
buscando en esos desiertos
alguna seguridad;
y Centeno *en una cueva*
consiguióse refugiar,
en donde *por varios años*
mandóle un curaca el pan,
hasta que supo que Gasca
en el Perú logró entrar,
y salió de su escondite,
sin temor que Carbajal
consiguiese de una rama
llegar á colgarle ya. 202

Y como casi nunca á los mortales
solas vienen las dichas ó los males,
al volver Carbajal fué tan feliz,
que *una veta* riquísima de plata
encontró en Potosí;
y fué esta nueva mina
muy superior en plata y magnitud
á todas los que fueron
descubriéndose en Méjico y Perú.

En las arcas de Lima,
*inmensas cantidades* de oro y plata
viéronse, en poco tiempo,
reunidas *en montón*,
de aquellas que mandaba
el activo y feliz descubridor,
quien se puso *esa veta* y otras minas
á explotar con tesón,
haciendo á sus soldados y los indios
proseguir el trabajo abrumador,
para poder así en esos envíos,
deducir una pingüe comisión. 203.

# LXXXI

## 1546

El mando del Perú y sus dependencias
nadie á Gonzalo disputaba ya:
desde Quito hasta Chile se extendía,
y contento el país reconocía
su recta autoridad.

Tesoros en sus arcas le sobraban
del famoso filón de Potosí:
sus tropas y los pueblos le adoraban....
sumisos ya los indios le acataban,
y era entonces el hombre más feliz.

Su almirante Hinojosa
le había asegurado por el mar
la costa del Pacífico anchurosa,
y hasta el puerto también de Panamá;
y como si todo esto nada fuera,
atravesando el istmo consiguió
este experto marino,
que el poder del Perú reconociera
hasta el *Nombre de Dios*,
que iba notablemente adelantado;
y era entonces el puerto principal,
por donde con España
se llegaba el Perú á comunicar.

Bien pagadas las tropas y marina:
cundiendo en profusión
el mucho oro y la plata en el comercio:
llegando diariamente inmigración
de las otras colonias y de España
al oirse el aurífero rumor:
la agricultura y minas y las obras
con impulso mayor,
do quier todo brillaba y florecía....
y todo esto en gran parte se debía
al famoso filón de Potosí;
y contentos los pueblos y felices,
Pizarro, como un rey, mandaba así,
pues la paz, y el trabajo bien pagado,
y sin fraude el tesoro administrado,
traen al pueblo su dicha y bienestar;
y así pudo Pizarro
á su gusto vivir y gobernar.

La política, guerras y partidos
todo el mundo olvidó,
y cada cual en adquirir fortuna
afanoso pensó;
pues cansados se hallaban
de guerras, de vagar y de correr
aquellos aventureros por desiertos,
cuando oro ya llegaron á tener;
y todos anhelaban
á Pizarro en el mando *ver seguir;*
y ellos trabajando ó negociando,
ya dichosos vivir.

De la conquista la época luctuosa
comenzaba á pasar,
y entraba en la era venturosa
*de irse organizando y de poblar.*

Tras larga noche de perpétua guerra,
fué el *iris de la paz*
para esa ensangrentada, fértil tierra,
de Pizarro el gobierno popular.

Y no ya Gonzalo, no,
entre guerras y temores,
como sus antecesores,
precariamente mandó:
su voluntad era ley
que ninguno discutía,
y el Perú la recibía
como de un amado rey;
y por su inmenso caudal,
servidumbre, lujo y porte,
parecía ya su corte
la de un palacio real.

Escolta de ginetes
Llevaba don Gonzalo,
las veces que salía
en coche ó á caballo;
y una escojida guardia,
entre sus veteranos,
de *ochenta alabarderos*
tenía su palacio;
caballerizos, pajes,
intendente, empleados,
y todo el personal

y lujo necesario
para esa nueva corte,
que habíase formado.

En sus recibos, *todos*
besábanle la mano;
ninguno en su presencia
osaba *estar sentado*,
y en su abundante mesa
veíanse *de diario*,
muchísimas personas
y nobles convidados. 204

Ciertos autores dicen:
—que púsose Pizarro
engreído y soberbio,
al verse al fin tan alto;—
como el que en alta cima
se encuentra deslumbrado;
pero otros los desmienten,
y dicen lo contrario. 205

Y en verdad, no sería
para ninguno extraño,
que rápida subida
hubiérale embriagado;
y mas, al ser un hombre
de nacimiento bajo,
aunque en *la gran escuela*
*de la desgracia criado;*
mas no muy engreído
debía estar Gonzalo,
cuando en mandar pensaba
algún comisionado,
que á su rey explicase:
—los hechos, sin engaño,
y amnistía implorara
de todo lo pasado;
y como el sucesor
de su finado hermano,
pidiérale el gobierno;
pues como leal vasallo
servirle humildemente
juraba al soberano —

Y quien así conoce claramente,
que el gobierno que inviste es muy precario,
y que de amo arrogante, omnipotente
encuéntrase á merced,
no es muy posible, no, seguramente,
que tan pronto se llegue á envanecer;
aunque algunos amigos y adulones
insinuárale en varias ocasiones:
—que sin temor se proclamase rey.—

Comunicóle Pizarro
á su amigo Carbajal,
el proyecto que tenía
de una comisión mandar
de personas respetables,
de influjo y capacidad,
pidiéndole á su monarca:
—amnistía general
y el mando ratificara,
que tenía de hecho ya;—
pero al oirle, asombrado,
el altivo capitán,
cuyo espíritu atrevido,
no pudo dejar jamás
las cosas á medio hacer,
llególe así á contestar:

«Vos, que no habeis acatado
del emperador la ley,
desconociendo al virey,
y la guerra encabezado:
vos, que le habeis derrotado,
y muerto como un traidor,
*para ser su sucesor*,
y esta tierra gobernar....
¿pensais ahora alcanzar
misericordia y favor?

¡Necedad es suponer
tan solemne disparate....
lejos llevóse el embate,
para ya retroceder;
*y solo os falta que hacer*,
lo que faltó á vuestro hermano,
despues que venció al peruano,
para evitar civil guerra....
el que os aclame esta tierra,
*como único soberano!*

No con ecos lastimeros
demandeis *vanos perdones*....
aprontad vuestras legiones;
y hasta los indios flecheros,
ufanos y placenteros
seguirían la campaña,
si usaseis cierta artimaña
para adquirir esta joya....
el que os caseis *con la coya*
y así triunfareis de España!

Si el consejo *es atrevido*,
es el único y seguro
para salir del apuro,
con honra y engrandecido:

Dios os ha favorecido,
y todo el Perú *os estima*....
teneis le corona en Lima....
la debeis *con gloria asir*,
que lo contrario.... es morir,
al descender de la cima!»

Por melodiosos que los ecos fueran
de esas visiones, que flotar hacian
sobre sus sienes en dorados sueños,
regia corona;

De la ambición y la potente audacia,
no el crímen tuvo de extender la mano,
y á ese por todos ofrecido cetro,
ávido asirlo!

Tuvo el coraje de ponerse al frente
de sus legiones, defendiendo al pueblo,
cuando creyóse que las nuevas leyes
eran injustas;

Pero él sintió desfallecer su brazo,
cuando quisieron que lo alzase firme
de su monarca y de su patria en contra,
como un rebelde!

No fué traidor y dominarse supo,
y buscar quiso de su rey la gracia,
mas ya el destino y sus afanes todos
fuéronle adversos!

Y resistió de la ambición la prueba,
sin dar oidos á lisonjas gratas,
ni al entusiasmo general del pueblo,
que érale adicto.

Solo su vida defendió tranquilo,
contra un poder *que le rechaza ingrato;*
y así decirlo *y consignarlo justa*
*debe la historia!*

Hoy con los siglos y criterio recto,
así esos hechos *se destacan claros*,
no cual los trazan, *con serviles plumas*,
*regios cronistas!*

Bajar tristes los ojos
vió á Pizarro el astuto Carbajal;
pero antes, que intentase
su atrevido consejo desechar,
hizo el postrer esfuerzo
y prosiguió con firme voluntad:

«¡Seguid, Pizarro, al destino,
y que nadie os aventaje;
porque si os falta el coraje,
en la mitad del camino,
y vuestra anterior firmeza
para seguir en el juego,
déboos decir, desde luego....
*que os cortarán la cabeza!*»

Del previsor Carbajal
esta opinión imparcial,
*como cálculo aritmético*
llegóse exacto á cumplir,
y fué *su acento profético*,
la visión del porvenir!

Con su *muy sabio consejo*
fué el previsor Carbajal
el negro genio del mal,
que á Pizarro trastornó,
quien entra dudas fluctuando,
ó entre esperanza engañosa,
no hacer una ni otra cosa,
con arrojo se atrevió.

# LXXXII

## 1545 y 1546

Con inquietud seguíanse sabiendo,
y con bastante atraso en toda España,
del Perú las noticias alarmantes;
y en la corte causaron gran disgusto
esos disturbios, que las nuevas leyes
en todas las colonias produjeron;
del virey insensato la conducta,
la general sublevación del pueblo,
y de Pizarro los contínuos triunfos.

Se hallaba en Alemania Carlos quinto,
y el gobierno de España dirigía

su hijo don Felipe, que aunque joven,
ya su acierto y astucia desplegaba;
y reuniendo un consejo de prelados,
hombres sábios y viejos generales,
pedióles:—que indicasen algún medio,
que adoptarse pudiese en las colonias,
para que al orden otra vez volvieran,
y no entonces *llegaran á perderse.*—

De este consejo de notables miembros,
no pocos opinaron:—que á Pizarro
y de la insurrección á los autores,
debían castigar severamente,
vindicando el honor de la corona.—

Pero algunos más prácticos dijeron:
—que si todo eso realizable fuera,
sería lo mejor y conveniente...
mas que era entonces imposible cosa,
fundando sus razones de este modo:
—precisas eran tropas aguerridas.
en gran número y prontas al embarque,
que el océano cruzaran y siguieran
todo el gran continente atravesando,
hasta el último extremo de las Indias:
para llevarlas, respetable flota,
bajar luchando en los contrarios puertos,
vencer á veteranos, ya avezados
á ese cálido clima y á esas guerras,
y así llegar á las contrarias costas
y trasponer el istmo, entre fatigas,
para en el mar Pacífico encontrarse
con la rebelde escuadra de Pizarro,
sin tener la corona en tal paraje
escuadra alguna ni bajel amigo;
ó si por tierra hasta el Perú querían
emprender una marcha desastrosa,
de muchos meses ó de eternos años,
tendrían que cruzar vastos desiertos,
nevadas sierras y hondos precipicios,
profundos ríos en extrañas zonas
y que ir batiendo á las indianas tribus,
sin hallar poblaciones ni alimento;
mas dado caso que sus bravas tropas
tales portentos efectuar pudieran,
¿no en el Perú en masa se alzarían,
hasta morir peruanos y rebeldes?
¿No el oro y las promesas de Pizarro,
dueño de minas y el gobierno todo,
á las reales tropas tentarían,
si en la guerra vencerlas no pudiera,
la defección entre ellas produciendo?
¿Pero podrían en seguida enviarse
y aprontar una escuadra numerosa,
que esas tropas llevase y armamento,
cuando urgía tomar cualquier medida?
¿Con qué suma efectiva se contaba
para tropas y escuadra prepararse,
y seguir guerra haciendo á las colonias,
hasta que todas domeñadas fuesen,
cuando eran pocos todos los tesoros,
que con gran sacrificio toda España
á sus arcas llevaba cada día,
para atender sus guerras en Europa?—

Y para aminorar de aquellos pueblos
la culpable conducta que asumían
también se dijo:—que las nuevas leyes
fueran la injusta é incendiaria tea,
que entre ellos se arrojara, revocando
concesiones y leyes anteriores,
de adquiridos derechos, con su sangre. 206

A tales objecciones y preguntas
no hallóse solución satisfactoria;
y después de maduras reflexiones,
sometióse á la corte este proyecto:
—que á todos los rebeldes se amnistiasen
que al gobierno español reconocieran,
haciéndoles palpar cuan conveniente
obedecer les era á la corona.—

Para tal concesión, sin mengua alguna
del orgulloso trono y someterlos,
demostrando un perdón, digno de un padre,
y con honra cumplir tan grave asunto,
¿adonde estaba el hombre necesario
del carácter político y prudente,
astuto, previsor y venerable,
á quien confiar tan delicada empresa?

Como un brillante que de lejos luce,
muy pronto le encontró la mayoría,
y con aplauso todos le aceptaron:
distante de la corte y en Valencia,
bajo el sayal del sacerdote humilde....
era don Pedro Gasca ó de la Gasca.

Esta prudente decisión la corte
en seguida aprobó en todas sus partes;
y el mismo emperador de puño y letra
pidió á Gasca aceptase el nombramiento;
y en prueba de juzgarle idóneo y digno,
íbale á proponer al santo padre
para vacante sede de obispado.

Antes en Nuñez Vela mandó *un tigre,*
creyendo así asustar á los guerreros,

que tan grande epopeya realizaron,
y devorado fué por *los lebreles*:
y ya por el fracaso prevenido,
complúgose en enviar *un viejo zorro,*
que á las confiadas aves se comiese.

¿Quién era este varón, que recibía
del consejo y monarca honores tantos?
Nació en Castilla y de linaje ilustre,
y descender su biógrafo le hace
de aquel romano Casca, conjurado
en la muerte que dióse á Julio César; 207
y quedándose huérfano muy niño,
al lado fué de un tío, que llevóle
al seminario de Alcalá de Henares,
do recibe, discípulo brillante,
el grado de doctor en teología:
al estallar á la sazón la guerra
de las comunidades, toma el mando
de fuerte división, guarda las puertas
y la ciudad conserva á la corona:
después en Salamanca se distingue
en notables cuestiones escolares,
y su universidad, sabia y famosa,
disciérnele académicos honores:
y de la inquisición miembro es nombrado,
y como inquisidor pasa á Valencia,
do allí dudas resuelve, y esclarece
con tal penetración, que esos estados
visitador le nombran de aquel reino,
preclaro honor, que á su talento premia: 208
sábese, en tanto, en la española costa,
que franceses y turcos se preparan,
guiados por el terrible Barbarroja,
á invadir las Baleares y otros puertos,
do en ellos cunde general espanto;
Gasca, sereno, activo y animoso,
sintiendo hervir su sangre castellana,
alienta á los marinos y soldados
y levantar murallas y fortines
aconseja á los pueblos y á las costas;
hallan eco sus voces entusiastas,
dirigiendo las obras por do quiera;
y sus hazañas recordando al pueblo,
síguenle como á Pedro el ermitaño;
y Barbarroja, turcos y franceses
de los puertos son todos rechazados;
y de esta resistencia y su victoria
la iniciativa y los honores eran
del padre Gasca, humilde sacerdote.

Debió tener en vista tales hechos
el gran emperador, cuando anheloso
ofrecióle misión tan delicada,
que Gasca acepta *por servir al trono;*
y recibe instrucciones de la corte,
que por conciliadoras y benignas
á su honrado carácter satisfacen;
mas notando que estaban restringidas,
juzgólas á su objeto insuficientes
para cualquier extraordinario caso,
y la demora que en consulta hiciera,
al éxito quizá perjudicara;
y pidió:—que el monarca allá mandase
otra persona *más de su confianza*,
de tales facultades investido,
para dar cima á asunto tan difícil,
y fundaba su escusa de este modo:
«Porque yo para ir, quiero y reclamo
no solo al rey representar en todo,
sino *su misma autoridad y mando*
ejercer en mis actos libremente;
además, yo *no quiero recompensas,*
sueldos ni honores de ninguna clase,
*ni soldados ni escuadra....* nada de eso,
que *mi breviario y hábitos llevando,*
para *mi intento bastan,* si Dios quiere;
y acá ó allá vivir, ya me es lo mismo.
Enfermo *como estoy,* mi pobre casa
seríame en verdad más agradable,
que misión tan difícil y penosa;
mas loado sea Dios, *que así la acepto*
por servir al monarca y á mi patria.»

Sino de la pureza del intento,
*si del atrevimiento del pedido,*
el consejo quedárase admirado;
y no osando pedir á su monarca,
que á otro confiara su poder supremo,
aconséjale á Gasca:—que él lo hiciera;—
y en efecto, al monarca dirigióse.

En Flandes se encontraba Carlos quinto,
y como era, no solo por su cetro,
sino también por su alma, grande y noble,
no desconfianzas ni mezquinos celos
de su probado y fiel vasallo tuvo;
y comprendiendo el movil que abrigaba,
escríbele accediendo á su pedido. 209

Y Gasca, con el título modesto
de *presidente de la real audiencia,*
todo el poder real en sí asumía;
el judicial, civil, gubernativo
y militar; y como tal, pudiendo
hacer la guerra ó paz; y de sus cargos
separar y poner á otras personas:
conceder amnistías y perdones,

revocar las odiosas ordenanzas,
y conferir repartimientos nuevos:
auxilios demandar de gente y oro
á Méjico y á todas las colonias,
y podía al virey enviar á España,
llevando carta abierta para todo,
*y con firma real, pliegos en blanco,*
para que hiciese el uso que quisiera.
Como el brazo seglar no se extendía
á juzgar eclesiásticos ni frailes,
aunque solieran fomentar disturbios,
también *de desterrarlos* orden tuvo.
¡Era el mismo monarca, en cuerpo y alma!

Tantas ilimitadas facultades
excitaron en Gasca tiernamente
la más profunda gratitud al trono,
sin despertar la envidia de ninguno;
y antes que fuese con su humilde sayo
*y tanta autoridad* á las colonias,
quisóse *que el morado* revistiera,
y llevase de obispo el nombramiento;
mas Gasca á ello se opuso, replicando:
«Muy poco esos honores me valdrían
en la tierra do voy; é injusto fuera
que aceptase tal cargo de la iglesia,
*no aquí* pudiendo el atenderlo ahora,
y si de aquí á morir lejos llegase,
por orgullo *tal falta* cometida,
amargaría mi postrer momento.»
*Cuarenta años* tenía, entonces, Gasca.

A la sazón hallábase en la corte
don Alonso de Alvarado, aquel valiente
que acompañó en sus guerras á Pizarro;
y como precisar podría Gasca
de sus conocimientos en las Indias,
y su pericia militar notable,
pidióle: —que quisiera acompañarlo,—
y no rehusó Alvarado este servicio.

El *veintiseis de Mayo*, de San Lúcar
partió Gasca con pobre comitiva,
y llevando buen tiempo llegó al puerto
de Santa Marta *el veintitres de Julio.*

# LXXXIII

## 1546

Al bajar Gasca á tierra
recibió, sorprendido, estas noticias:
—conclusión de la guerra,
la muerte del virey en el combate,
el triunfo de Pizarro en Añaquito,
y que señor quedaba del imperio,
desde Chile hasta Quito.—

En conflicto tan serio,
indeciso un instante quedó Gasca,
el modo meditando
de poder afrontar esa borrasca,
y el como empezaría maniobrando.

A su nave volvióse,
y sin faltarle su ánimo potente,
el viaje prosiguió,
estudiando su plan maduramente
hasta Nombre de Dios.

Custodiaba á ese puerto Hernán Mejía,
de Pizarro oficial;
y al verse que el enviado
de un modo tan pacífico y modesto
llegóse á presentar,
allí á nadie inspiró temor alguno:
y Mejía salió con un piquete,
y los que habían clérigos allí,
al modesto enviado
de aspecto tan cuitado,
con el debido honor á recibir.

De esos puertos la gente acostumbrada
á ver á los enviados orgullosos
ostentar gran boato,
quedóse confundida y abismada
al mirar á un beato,
que más capaz creía
para entrar á ocupar algún curato,
en vez del alto puesto, que traía.

Y tomando al enviado por un necio,
ó algún de misa y olla pobre fraile,

con chistes y donaire,
haciendo de él desprecio,
el vulgo á sus oídos repetía:
«Si este es el interventor,
que el monarca nos envía,
no haya Pizarro temor,
que amanece bueno el día.»
y este y otros cantares,
que el vulgo y los soldados entonaban,
por entonces se hicieron populares.

Se hizo *el sordo* Gasca,
ante esa diaria burla impertinente,
como el corcel paciente,
que al sentir al jinete el freno tasca,
y á su capricho muéstrase obediente.

Conoció el padre Gasca en la entrevista
que tuvo con Mejía á su llegada,
que aunque adicto á Pizarro, era realista,
y vulgar y ambicioso:
y queriendo avivar sus esperanzas,
díjole entonces:—que misión traía
á todos de acordar indulto honroso,
y anular las fatales ordenanzas;
y facultad tenía
de premiar dignamente á sus vasallos
que al rey reconocieran,
y como enviado á él se sometieran.—

Creyó al punto Mejía,
que Gonzalo Pizarro
esa proposición aceptaría;
y él mismo ofrecióse
á ir á Panamá, ver á Hinojosa,
que era el gobernador y el almirante,
y allanar las propuestas del enviado:
contento aceptó Gasca,
y á Hernán Mejía acompañó Alvarado.

Era Hinojosa de Pizarro amigo,
y con jefes fieles
la escuadra del Pacífico mandaba
de *veintidos bajeles;*
y si Gasca atraerle conseguía,
hecha sin duda estaba
la mitad del camino;
así es que cual activo peregrino,
sin esperar la vuelta de Mejía,
su marcha prosiguió dificultosa,
queriendo ganar tiempo:
con deferencia le escuchó Hinojosa,
pero no en él, como en Mejía hizo
la palabra de Gasca igual efecto;
y á Gasca preguntóle,
como hombre fiel y recto:
—si la orden traía terminante
*de confirmar* el mando, que á Pizarro
dióle el pueblo triunfante.—

Eludió del consejo el presidente,
cuestión tan espinosa,
y no á esa conferencia pertinente;
y replicó á Hinojosa
tranquilo y simplemente:
—tengo de nuestro rey poderes amplios
para tratar de prevenir los males,
y acordar merecidas recompensas
á sus jefes leales,
como lo haré ver, llegado el caso;
y en tan vital asunto
nos conviene evitar cualquier atraso.—

Sin duda no Hinojosa convencido
de tal cosa quedó.
cuando en el acto le escribió á Pizarro
de Gasca la misión,
haciéndole notar:
—que creía que Gasca no tuviera
orden de conocer su autoridad.—

En la velera nave, que llevaba
tal comunicación,
también *un dominico* se embarcaba,
á quien el hábil Gasca se ganó,
pidiéndole sirviese al soberano:
¡bien conocía el corazón humano,
como hombre caviloso y confesor....!
y quizá *algún priorato ú obispado*
en premio de servicios le ofreció;
y en secreto una parte de sus planes
llegó á comunicar:
—encargóle que hiciese propaganda
entre el clero y la gente principal,
llevando para ellos, *cartas*, *pliegos*,
*proclamas y carteles* además,
que en las costas, los pueblos y conventos
debiéranse esparcir,
prometiéndose amplísima amnistía
á todo aquel país;
la abolición completa de ordenanzas;
y los puestos, los grados y encomiendas
también reconocer;
y á aquellos, que ayudasen al enviado,
recomendar al rey.—

Con peligro inminente de su vida
el pobre dominico se embarcó;

y convirtióse, en vez de misionero,
*en un conspirador*,
que era excelente á fe,
pues en aquellos tiempos *las sotanas*
tenían *gran poder!*

Aunque no había Gasca conseguido
convencer á Hinojosa,
no fué el tiempo perdido·
ganóse á otras personas importantes,
y cada nuevo día
su círculo político ensanchaba
y nuevas adhesiones recibía,
y con más firmes bases trabajaba.

Méjico, Guatemala, y otros puntos,
de Gasca recibieron instrucciones;
y con las costas del Perú insurgente,
*cortaron relaciones;*
y consiguió también del almirante,
que un bajel hasta Lima despachara,
conduciendo á Paniagua, un caballero,
que desde España su favor gozara.

Paniagua conducía
para Pizarro *un pliego* del monarca,
quien con benevolencia le decía:
—que la excisión pasada, un accidente
tan solo suponía
del proceder erróneo é imprudente
del violento virey: que en paz ya estando
esa vasta colonia,
fuese con Gasca el orden cimentando
y antigua lealtad,
quien *cual sabio varón* le espresaría
su régia voluntad.—

Y también Gasca le escribió á Pizarro,
haciéndole presente:
—que hallándose la guerra terminada,
faltaba en consecuencia
que volvieran fielmente
del rey á la obediencia,
como buenos hidalgos castellanos:
que habiendo ennoblecido
á don Francisco y él, dignos hermanos,
su ya ilustre apellido,
conservarlo debía
tan puro como el sol,
para gloria de España y su progenie,
como afamado súbdito español.—

Como Gasca sabía,
que Cepeda, el oidor, harto intrigante,
gran influjo en Pizarro ya tenía,
dirigióle otra carta semejante;
y aparentando cierta diferencia:
—consultábale el modo
de llenar las vacantes de la audiencia.—

Los días y semanas lentamente
en Panamá corrían y el enviado,
mas que un real enviado parecía
*prisionero de estado*,
y todo en inacción allí yacía,
esperándose ansiosa
la palabra del jefe consultado.

Su situación extrema y peligrosa,
impaciente Hinojosa
bien claro conocía;
pues no á Pizarro traicionar quería,
ni en la corte su duda hacer odiosa;
y esperaba impaciente,
que Pizarro aceptase la amnistía,
como jefe expertísimo y prudente;
pues era el modo digno y honorable
que Gasca en el gobierno le dejara,
con el decoro de ambos conciliable.

Muchos ricos vecinos,
algunos cabecillas principales,
realistas marinos,
y ambiciosos y osados oficiales
á Gasca propusieron:
—del remiso almirante apoderarse
*y entregarle la escuadra;*—
anhelando con Gasca congraciarse;
mas absortos oyeron:
—que Gasca tal violencia desechaba;—
pues las dudas del íntegro Hinojosa,
hidalgamente Gasca respetaba;
porque, para su intento,
no la traición quería ni buscaba,
que inspira desconfianza deshonrosa,
sino el convencimiento,
que alienta en su deber firme á los hombres,
cuando abrigan un noble sentimiento.

No quiso proceder villanamente,
y esperó de Hinojosa
la adhesión por un acto voluntario,
porque entonces sería
de corazón su adicto partidario.

El impasible Gasca poseía

*la rarísima ciencia*
de que los hombres públicos carecen:
*el don de la paciencia*
del que siembra, trabaja, y persistente
el momento oportuno espera astuto,
para arrancar de la feraz simiente
el *ya maduro fruto!*

# LXXXIV

## 1546

Todo para Pizarro *era ventura,*
antes de recibir aquella carta,
en que comunicábale Hinojosa:
—que había a Panamá llegado Gasca.—

El triunfo de Añaquito hizo á Pizarro
el ídolo del pueblo venturoso,
y su franqueza, profusión y lujo,
viviendo alegres admiraron todos.

Algunos ambiciosos le minaban,
y entre ellos llamábanle *el tirano;*
pero otros adulones le besaban,
ante él bajando la cerviz, la mano.

Y aquellos que á Pizarro mal querían,
su orgullo, vanidad y sus avances,
fingiendo patriotismo maldecían;
y otros, sus mil hazañas, en romances,
triunfos, empresas y amorosos lances,
do quier con profusión hacer corrían.

Pero en tanto, Pizarro vigilante,
en los mares tenía gran armada;
llevaba sus trabajos adelante,
la paz en sus dominios afianzaba,
y el astro de su vida era brillante!

La copa colmada de dulces placeres,
jardines y grutas, ornadas de flores,
riquezas, palacios é indianas mujeres
que imploran del héroe sus besos y amores;
amigos, que esperan benigna mirada,
amantes, que aguardan lasciva sonrisa,
serviles, que adulan con voces de miel:
la estrella felice mirar elevada,
las sienes besando la plácida brisa,
sentir los halagos, que brinda el poder;
todo esto tenía Pizarro delante....
todo esto tenía Pizarro á sus pies,
y tierno, anheloso, febril y jadeante
la copa á sus labios llevó del placer!

Con ánsia insensata la apura imprudente
el pobre soldado de mísera cuna,
creyendo que hallaba los goces del cielo
en esas orgías, que alumbra la luna;
mas su alma sensible encuentra el vacío,
y deja en sus labios dolor y amargura,
trozando sus fibras veneno sutil;
y siente el hastío, la pena y la duda,
y al verse encumbrado *se mira infeliz!*

¡Que hay algo *más grande*, más noble en la tierra,
que amores y guerra, beldad, juventud;
que triunfos y el oro, que himnos de gloria
de eterna memoria.... *la santa virtud!*

De su buen almirante
la carta al recibir,
despiértase arrogante
su espíritu enervado,
y torna á ser viril:
y súbito concibe:
—que un mensajero á España
es la mejor campaña,
que réstale seguir.—

Para esta misión elige
á don Lorenzo de Aldana
y al nuevo obispo de Lima,
amigos de gran confianza
y á dos caballeros más:
—para que haciendo al monarca
de los pasados sucesos
una relación exacta,
en nombre de la colonia
pidiéranle confirmara
á don Gonzalo Pizarro
en el puesto que gozaba,

y convirtióse, en vez de misionero,
*en un conspirador,*
que era excelente á fe,
pues en aquellos tiempos *las sotanas*
tenían *gran poder!*

Aunque no había Gasca conseguido
convencer á Hinojosa,
no fué el tiempo perdido·
ganóse á otras personas importantes,
y cada nuevo dia
su círculo político ensanchaba
y nuevas adhesiones recibía,
y con más firmes bases trabajaba.

Méjico, Guatemala, y otros puntos,
de Gasca recibieron instrucciones;
y con las costas del Perú insurgente,
*cortaron relaciones;*
y consiguió también del almirante,
que un bajel hasta Lima despachara,
conduciendo á Paniagua, un caballero,
que desde España su favor gozara.

Paniagua conducía
para Pizarro *un pliego* del monarca,
quien con benevolencia le decía:
—que la excisión pasada, un accidente
tan solo suponía
del proceder erróneo é imprudente
del violento virey: que en paz ya estando
esa vasta colonia,
fuese con Gasca el orden cimentando
y antigua lealtad,
quien *cual sabio varón* le espresaría
su régia voluntad.—

Y también Gasca le escribió á Pizarro,
haciéndole presente:
—que hallándose la guerra terminada,
faltaba en consecuencia
que volvieran fielmente
del rey á la obediencia,
como buenos hidalgos castellanos:
que habiendo ennoblecido
á don Francisco y él, dignos hermanos,
su ya ilustre apellido,
conservarlo debía
tan puro como el sol,
para gloria de España y su progenie,
como afamado súbdito español.—

Como Gasca sabía,
que Cepeda, el oidor, harto intrigante,
gran influjo en Pizarro ya tenía,
dirigióle otra carta semejante;
y aparentando cierta diferencia:
—consultábale el modo
de llenar las vacantes de la audiencia.—

Los días y semanas lentamente
en Panamá corrían y el enviado,
mas que un real enviado parecía
*prisionero de estado,*
y todo en inacción allí yacía,
esperándose ansiosa
la palabra del jefe consultado.

Su situación extrema y peligrosa,
impaciente Hinojosa
bien claro conocía;
pues no á Pizarro traicionar quería,
ni en la corte su duda hacer odiosa;
y esperaba impaciente,
que Pizarro aceptase la amnistía,
como jefe expertísimo y prudente;
pues era el modo digno y honorable
que Gasca en el gobierno le dejara,
con el decoro de ambos conciliable.

Muchos ricos vecinos,
algunos cabecillas principales,
realistas marinos,
y ambiciosos y osados oficiales
á Gasca propusieron:
—del remiso almirante apoderarse
*y entregarle la escuadra;*—
anhelando con Gasca congraciarse;
mas absortos oyeron:
—que Gasca tal violencia desechaba;—
pues las dudas del íntegro Hinojosa,
hidalgamente Gasca respetaba;
porque, para su intento,
no la traición quería ni buscaba,
que inspira desconfianza deshonrosa,
sino el convencimiento,
que alienta en su deber firme á los hombres,
cuando abrigan un noble sentimiento.

No quiso proceder villanamente,
y esperó de Hinojosa
la adhesión por un acto voluntario,
porque entonces sería
de corazón su adicto partidario.

El impasible Gasca poseía

*la rarísima ciencia*
de que los hombres públicos carecen:
*el don de la paciencia*
del que siembra, trabaja, y persistente
el momento oportuno espera astuto,
para arrancar de la feraz simiente
el *ya maduro fruto!*

# LXXXIV

## 1546

Todo para Pizarro *era ventura,*
antes de recibir aquella carta,
en que comunicábale Hinojosa:
—que había a Panamá llegado Gasca.—

El triunfo de Añaquito hizo á Pizarro
el ídolo del pueblo venturoso,
y su franqueza, profusión y lujo,
viviendo alegres admiraron todos.

Algunos ambiciosos le minaban,
y entre ellos llamábanle *el tirano;*
pero otros adulones le besaban,
ante él bajando la cerviz, la mano.

Y aquellos que á Pizarro mal querían,
su orgullo, vanidad y sus avances,
fingiendo patriotismo maldecían;
y otros, sus mil hazañas, en romances,
triunfos, empresas y amorosos lances,
do quier con profusión hacer corrían.

Pero en tanto, Pizarro vigilante,
en los mares tenía gran armada;
llevaba sus trabajos adelante,
la paz en sus dominios afianzaba,
y el astro de su vida era brillante!

La copa colmada de dulces placeres,
jardines y grutas, ornadas de flores,
riquezas, palacios é indianas mujeres
que imploran del héroe sus besos y amores;
amigos, que esperan benigna mirada,
amantes, que aguardan lasciva sonrisa,
serviles, que adulan con voces de miel:
la estrella felice mirar elevada,
las sienes besando la plácida brisa,
sentir los halagos, que brinda el poder;
todo esto tenía Pizarro delante....
todo esto tenía Pizarro á sus pies,
y tierno, anheloso, febril y jadeante
la copa á sus labios llevó del placer!

Con ánsia insensata la apura imprudente
el pobre soldado de mísera cuna,
creyendo que hallaba los goces del cielo
en esas orgías, que alumbra la luna;
mas su alma sensible encuentra el vacío,
y deja en sus labios dolor y amargura,
trozando sus fibras veneno sutil;
y siente el hastío, la pena y la duda,
y al verse encumbrado *se mira infeliz!*

¡Que hay algo *más grande*, más noble en la tierra,
que amores y guerra, beldad, juventud;
que triunfos y el oro, que himnos de gloria
de eterna memoria.... *la santa virtud!*

De su buen almirante
la carta al recibir,
despiértase arrogante
su espíritu enervado,
y torna á ser viril:
y súbito concibe:
—que un mensajero á España
es la mejor campaña,
que réstale seguir.—

Para esta misión elige
á don Lorenzo de Aldana
y al nuevo obispo de Lima,
amigos de gran confianza
y á dos caballeros más:
—para que haciendo al monarca
de los pasados sucesos
una relación exacta,
en nombre de la colonia
pidiéranle confirmara
á don Gonzalo Pizarro
en el puesto que gozaba,

como el hombre más querido,
y también, porque la España
á los Pizarro debía
esa joya tan preciada. —

Y al mismo tiempo llevaron
una petición á Gasca,
fecha *catorce de Octubre*,
por Cepeda redactada
y suscrita por vecinos
de conocida importancia;
y después de saludarle
por su muy feliz llegada
le exponen:—que solo sienten
que tarde efectuado se halla,
porque toda la colonia
ya completa paz gozaba:
que también para la corte
mandábase una embajada;
pero no á implorar perdón,
pues nadie faltó al monarca,
sino para que á Pizarro
en el mando confirmara,
pues por sus muchos servicios
era acreedor á esta gracia.— 211

Y díjose que Pizarro
facultó en secreto á Aldana,
para como cosa suya,
ofrecer al padre Gasca
*cincuenta mil pesos oro*
si resolvía irse á España;
porque su vida en peligro
en Panamá se encontraba:
que de Blasco Nuñez Vela
el triste fin recordara. 212

Aldana con sus despachos
se presentó en Panamá,
para proseguir su viaje
y su misión efectuar.
Con pena supo Hinojosa
la resolución fatal
adoptada por Pizarro,
de no contemporizar.

También de Lima el obispo
juzgó todo ineficaz,
desde la larga entrevista
y sorprendido mirar
los amplísimos poderes,
que aquel padre tan sagaz
fuéle mostrando con calma
y con paciencia ejemplar,
para que nada esperase
de la regia majestad;
y concluyó humildemente
por llegarle á aconsejar:
—que como obsequio á la iglesia
y esa su alta dignidad,
no siguiese á esa embajada,
que iba á ser perjudicial
para Pizarro y para ellos,
porque él podríales dar
cuanto en justicia quisiera,
tanto como el rey *ó más*.—

Y convencido el obispo,
á Aldana comunicó:
—que ir él ya desistía
á España en esa misión; —
y cuanto Gasca le dijo
y él con sus ojos miró,
fuéle revelando á Aldana,
con íntima convicción.

Y Aldana, bajo sus pies
la tierra temblar sintió;
y yendo á Gasca á buscar
para formar su opinión,
también él, como el obispo,
persuadido se quedó,
que iba á quedar desairado
en esa inútil misión,
si acaso no se exponía
á otro peligro mayor,
por no haber prestado á Gasca
*la debida sumisión:*
y Aldana y obispo, entonces,
creyeron que era mejor
desistir de su embajada;
y cada cual se acogió
á la espontánea amnistía
de su buen emperador;
y escribiéronle á Pizarro:
—que él también, sin dilación,
de ellos siguiese el ejemplo,
pues tal vez gobernador
así nombrado sería,
al demostrar sumisión.—

Con unánime contento
el pueblo de Panamá
aplaudió aquella conducta;
y la gente principal,
al obispo, Aldana y Gasca
se agolpó á felicitar.

Comprendió Hinojosa, entonces,
que había llegado ya
de decidirse el momento,
y era en vano el esperar
que don Gonzalo cediese
de su necia terquedad,
ni que de Gasca aceptara
la honrosa amnistía y paz;
y que él, habiendo cumplido
con su deber de amistad,
debía cumplir ahora
como vasallo leal,
y á todos sus subalternos
de toda traición salvar;
y reuniéndolos á todos,
así expresóles su plan:

«Amigos y oficiales,
el obispo y Aldana y este pueblo
aceptan del monarca la amnistía
y juran su mandato obedecer.
Nosotros, oficiales de Pizarro,
sin pasar por traidores, no podemos
la misma cosa hacer.
Tampoco, como buenos españoles,
debemos contra el rey
las armas empuñar, ni á sus mandatos
nadie rebelde ser.

Debemos, compañeros y oficiales,
con el rey y Pizarro ser leales....
voy á Gasca á entregar mi dimisión.
No dudo, que cual nobles caballeros,
también sereis vosotros los primeros
en hacer lo que os dicte vuestro honor.
Así sin mengua obramos,
y aptos así quedamos,
para acogernos al indulto ó nó.»

Los fieles oficiales
de su jefe aplaudieron la hidalguía;
y todos sus renuncias le entregaron
*en ese mismo dia.*

Y el día *diezinueve de Noviembre*
á Gasca presentándose Hinojosa,
le dijo respetuoso:
«El jefe de la escuadra y oficiales,
á su deber leales,
presentan su renuncia
al enviado de España.»
Y Gasca replicóle: «Solo os pido
que en la escuadra os quedeis hasta mañana.»

Pero al *siguiente día*
hallóse levantado
en la plazuela pública *un tablado*,
y proclamó un heraldo la amnistía,
teniendo á Gasca al lado;
y entre aplausos y vivas
fué Gasca por el pueblo saludado,
y todos al monarca y á su patria
juraron ser leales:
y entonces Hinojosa á Gasca dijo,
seguido de sus buenos oficiales:
«Señor, *ya es el mañana.*»
Y Gasca replicóle:
«Dignos marinos de la noble España,
de nuestro emperador en nombre os pido,
que volvais á aceptar el puesto ó grado,
que á cada cual Pizarro ha conferido;
porque habeis procedido,
con la nobleza del deber sagrado.»
Y entregó los despachos á Hinojosa.

Según en estos actos es costumbre,
tan política acción y generosa,
aplaudió veleidosa
la leda é impresionable muchedumbre,
como después de un drama,
*silva* al autor *ó aplaude*,
y al escenario llama.

Y antes que entre celajes descendiera
en el ocaso el sol,
mecíase en los buques de la escuadra
el lábaro español.

Y una salva y repiques en los templos
oyéronse sonar:
á España ya otra vez pertenecia
la fuerte escuadra y todo Panamá.

Gasca no quiso, que antes *la violencia*
le entregase la armada,
por medio de traición;
pues creía obtenerla *con paciencia*,
y que ella misma al fin desengañada,
jurase á su monarca sumisión.

Así los mismos brazos, que á Pizarro
hubieran sostenido en el poder,
el hábil Gasca, por honrosos medios,
contra él hizo volver.

La confianza en sí propio, el entusiasmo,

la ardiente fe y constancia,
despreciando las burlas, y el sarcasmo
de la envidia y estúpida ignorancia;
y el trabajo motriz *de la paciencia*
*y el saber aguardar*,
son la infalible ciencia
de la emprendida *obra realizar!*

# LXXXV

## 1546

Los manifiestos, cartas y proclamas
que el padre dominico,
en las peruanas costas esparció,
eco hallaron en muchos habitantes,
que habiendo ya *salvados sus derechos*,
no querían perder *esta ocasión*
de garantir sus bienes,
aceptando el indulto sin temor.

De Pizarro los buenos partidarios
llegáronse á alarmar;
y aquellos manifiestos incendiarios
mostraron á su jefe;
y después recogieron con afan
para ocultar las miras del enviado,
haciéndolos quemar.

Y aunque el jefe contaba con sus tropas
y escuadra en esos mares invencible,
hizo á su lado á Carbajal venir,
que explotando sus minas,
muy tranquilo se hallaba en Potosí.

Paniagua por entonces llegó á Lima,
y á Pizarro entregó
las cartas, que llevaba del enviado
y del emperador;
y á Carbajal llamando y á Cepeda,
don Gonzalo pidióles su opinión;
y Carbajal, con su acertado juicio,
así el suyo le dió:

«Decididamente creo
que os debo felicitar:
llegásteis gracia á alcanzar,
á medida del deseo.

Lo demás vendrá después,
que hableis al cura ó al fraile:
seguidle galante el baile,
cual pretendiente cortés.

Qué palabras halagüeñas,
atenciones y regalos
vencen á buenos y malos....
¡dádidas quebrantan peñas!

Conservad vuestro decoro
con el enviado ladino....
mas que alfombren su camino
ladrillos de plata y oro.

Esta, pues, es mi opinión....
Pizarro, este es mi consejo,
que sé *el por qué*, como viejo
pintan calva la ocasión!»

Cepeda, como miembro de la audiencia,
que al virey suspendió,
y plegándose luego á don Gonzalo,
á su rey fué traidor:
Cepeda, cuya toga se encontraba
con la sangre manchada del virey,
y que á su patria nunca
podía ya volver,
combatió decidido y exaltado
la acertada opinión de Carbajal,
diciendo: que ese fraile era un taimado
y venía el país á anarquizar,
el gobierno usurpando á don Gonzalo:
que echárase á Paniagua,
y veríase al fraile charlatán
venir, luego sumiso,
á darle el mando é implorar la paz:
que siendo esto lo digno y acertado,
no pudo presumir que Carbajal,
por tretas ó amenazas de congulla,
llegárase á asustar.—

Pero con sorna y despechado, entonces,
replicóle á Cepeda el viejo audaz,
clara alusión haciendo á su conducta
equívoca y falaz:

«¡Yo nunca *he sido traidor*,
y como amigo leal
doy mi consejo imparcial,
cual lo da un hombre de honor!

No me importa que no cedas,
mas por declarar empiezo,
que vale *más mi pescuezo*,
que el *de quinientos Cepedas!*

Yo no temo el resultado,
porque vivo *de prestado;*
ni ya me importa.... ¡Pardiez!
el espirar *hoy colgado*,
ó mañana *de vejez!*

Esta es mi pobre opinión,
y es inútil proseguir:
*el tiempo* nos va á decir
quien tiene ó no la razón!»

A esos dos sus queridos consejeros
don Gonzalo logró calmar al fin;
mas viendo Carbajal que á don Gonzalo,
mas gustaba el dictámen de Cepeda,
no quiso ya insistir;
y la oferta de gracia desechada,
Paniagua se marchó,
rompiendo así Pizarro *el postrer lazo*
que ligábale al rey y á la nación.

Se supo *á los pocos días*
de haber salido Paniagua:
—la defección de Hinojosa
y la entrega de la escuadra;
que Aldana y su comitiva
habíanse unido á Gasca,
y que todo Panamá
su obediencia le prestaba.—

A este tremenda noticia,
otras muy tristes llegaron:
—varias provincias del Norte
se alzaban contra Pizarro,
y que hasta en Quito se había
á Puelles *asesinado:*
que aquel militar Centeno,
que sepultóse en negro antro,
huyendo de Carbajal,
cual si corriérale el diablo,
al tener noticia cierta
del arribo del enviado,
salió de su oscura cueva
y uniendo á sus partidarios,
hízose dueño de Charcas,
en donde hubo derrotado
las fuerzas que allí existían,
y que esperaba á Pizarro
en el lago Titicaca
para vengar sus agravios.—

Así que iban llegando
estas nuevas alarmantes,
ú otras también semejantes,
que fuéronse comentando
de uno en otro corrillo,
y diciendo:—¡Vamos mal!
se acercaba Carbajal,
repitiendo su estribillo:
*«Estos mis cabellos, madre,
dos á dos se lleva el aire.»*

En situación tan extrema,
no perdió Pizarro el tiempo
en inútiles reproches,
aunque encontrábase lleno
su corazón de amargura
por la defección de aquellos
en quienes tuvo confianza;
sino que tranquilo y presto
escribió á los capitanes,
que aún estaban en su puesto:
—que sus tropas aprontasen
para el cercano momento,
en que reunidas, salieran
del padre Gasca al encuentro,
quien si de España salió
indulto del rey trayendo,
era porque allá ignoraban
del virey el fin sangriento;
y que por lo tanto Gasca
no podía concederlo,
pues consultándose al rey
no habría perdón para ellos.—

Esto Pizarro escribía
á sus jefes y á los pueblos,
para evitar que siguieran
de los otros el ejemplo;
aunque muy bien le constaba,
por cartas y documentos
de Aldana y el mismo obispo,
de que aquel cuitado clérigo
traía poderes ámplios
para hacer en ese reino
cuanto *le diere la gana*.
ya fuese *tuerto ó derecho*.

A su amigo Carbajal,
como jefe predilecto
comisionó ámpliamente
para formar el ejército;
y en poco tiempo encontróse
con *mil soldados* resueltos,
suntuosamente equipados
con escelente armamento
y caballos y cañones:
las banderas de los cuerpos
llevaban una corona,
y abajo ó en los extremos,
sus dos grandes iniciales,
ó de Pizarro el primero
el honorífico escudo.

Y díjose que gastó
en equipar este ejército
*un millón de pesos fuertes*,
suma enorme en esos tiempos....
pero no para el Perú,
*que oro brotaba su suelo!* 213

Cuando su dinero propio
hubo gastado Pizarro,
en aprestos militares,
y las cajas del erario,
de oro y plata antes repletas,
sin un peso se encontraron,
impuso contribuciones
á los ricos hacendados;
y en la casa de moneda
los reales sellos trozando,
mandó acuñar con su cifra
el preciso numerario. 214

Y adusto, triste y sombrío,
Pizarro palpa el vacio
y siente aunque tarde ya,
pero iracundo y callado,
no haber al punto aceptado
la opinión de Carbajal.

De sus jefes las traiciones;
de sus amigos queridos
la ingratitud, defecciones;
y sus votos fementidos
en desdenes convertidos,
en momento tan fatal:
su feliz suerte cambiada
en tenebroso sendero,
y la actitud reprobada
de rebelde caballero,
que acababa de abrazar,
irritaron sus pasiones,
y de noble, generoso,
hízose cruel, receloso
y de violentas acciones:
no sabe al fin de quien fiarse,
y do quier viendo el vacío,
despechado y con hastío
tornó al placer á entregarse;
mas sintiendo nuevo brío,
que todo su ser agita,
abandona á su palacio,
corre, se afana y medita,
y que pase tan despacio
el fatal tiempo le irrita:
hombre de lucha, alma fuerte,
por las tormentas mecida,
quiere una gloriosa vida
ó encontrar pronto la muerte;
y con ciega decisión,
como en otras ocasiones,
corre á aprontar sus legiones
y á espandir su corazón.

# LXXXVI

## 1547

En todo Lima reinaba
la mayor consternación,
y nadie de otro se fiaba,
temiendo una delación.

Y á nadie de la ciudad
permitíase el salir,
pues sin distinción de edad
era obligado á servir.

Estaba paralizado
el comercial movimiento,
esperando un resultado
definitivo y sangriento.

Muchos á los montes huian
y bosques á refugiarse,
porque no se decidían
*á ningún bando* á plegarse.

De menos todos echaban
aquella paz general,
que antes felices gozaban,
y el pronto fin anhelaban
de aquel estado anormal.

En circunstancias tan tristes,
urdió el ex-oidor Cepeda
una ridícula farsa,
para que ánimo allí diera,
y alguna legalidad
á las rebeldes banderas:
hizo formar un proceso,
por traer al Perú la guerra,
á Hinojosa, Aldana y Gasca,
á los que á muerte condena,
é invita á otros magistrados
á que firmen la sentencia;
pero *todos se negaron*
á aquella farsa grosera,
ó por temor, que triunfantes
los sentenciados volvieran.

Y Carbajal con su sorna,
á Cepeda preguntó:
«¿Qué objeto tiene el proceso,
activo señor oidor?»
«¿Qué objeto? ¡Buena pregunta!
—el oidor le replicó,—
El ahorcarlos, me entendeis,
evitando dilación....
cuando en nuestras manos caigan!»
«Pues perdeis tiempo, por Dios,
si no tiene ese proceso
alguna virtud mayor;
y aunque fuéseis *jettatores*,
no conseguiríais, no,
sin antes fijo mirarles,
el causar su perdición.
Yo, por mi nombre, os prometo,
que á ellos y *á todo traidor*,
con proceso ó sin proceso,
he de ahorcar sin remisión,
si acaso en mis manos caen....
porque *así procedo yo!*»

Aquí al hombre *de las formas*,
se veía en el oidor,
y al otro en el *de los hechos*,
dando al triunfo la razón.

Antes de resolverse el padre Gasca
con la escuadra á salir de Panamá,
mandó á Aldana *á mediados de Febrero*,
con *cuatro bergantines*,
auxilio á sus adictos á prestar;
y copia autorizada
de sus poderes le entregó también,
á fin de que Pizarro se acogiese
*al perdón de su rey*,
antes que de su gracia se cerrasen
*las puertas para él!*

Al llegar á Trujillo,
el vecindario todo entusiasmado,
prestóle sumisión,
y de varios caudillos, sometidos,
mensajes recibió;
y Aldana:—A Cajamalca señalóles,
como exclusivo punto de reunión,
en donde á ellos Gasca *se uniría*;—
y después, hasta Lima prosiguió.

En cuanto supo Pizarro,
que ya la enemiga escuadra
aproximábase á Lima,
ó con parte de ella Aldana,
mandó quemar *cinco naves*,
que en el puerto se encontraban,
para que el pueblo ó su gente
no de allí se desertara.

Por consejos de Cepeda,
tomó esta medida vana,
mientras Carbajal, ausente
por unos días se hallaba;
y cuando éste, á su regreso
halló las naves quemadas,
dijo impaciente á Pizarro:
«¡Por Dios, que es cobarde hazaña!
¿Por qué, en mal hora, quemásteis
vuestros ángeles de guarda?
¿No veis que esta acción demuestra,
que tenemos desconfianza,
sin que se haya conseguido
sacar ninguna ventaja;
porque los que quieran irse,
al frente tienen la escuadra?»

Seguro es que Carbajal,
si hubiese hallado en la rada

los cinco buques, con ellos
saliera á batir á Aldana,
y hasta todos los bajeles,
que componían la escuadra.

Parecía que Cepeda
ningún desatino erraba,
y creíale Pizarro
de ideas muy acertadas,
porque supo deslumbrarle
con su adulación y audacia;
aunque los recientes hechos,
y reflexiones sensatas
que hacíale Carbajal,
hicieron que le escuchara
en adelante más cáuto,
en su peligrosa marcha.

Retirar se hizo á la tropa
*como una legua* de Lima,
para evitarse que fuera
con promesas seducida,
é interpúsose una guardia
entre su campo y bahía;
mas antes que se efectuase
esta rápida salida,
ocurrióseie á Cepeda
otra idea peregrina:
reunió á todo el vecindario,
y entre una arenga pulida,
fué los servicios narrando,
que á Pizarro se debían;
y entrando luego en materia,
decidido así se explica:
—que cada cual era libre,
según su conciencia y vistas,
de pasarse al enemigo
ó de ponerse en seguida
al amparo de Pizarro,
y seguir su causa digna;
pero que antes juramento
prestarle todos debían
de fieles ser á su causa....
bajo pena de la vida.—

Y todos sin escepción,
en esas compactas filas,
alzando su diestra juran
cuanto Cepeda quería.

Y Carbajal á Cepeda,
después que se hubo disuelto
el sorprendido gentío,
díjole: «Buen compañero,
¿cuánto tiempo durarán
esos vanos juramentos?
¿No veis que es muy natural
el que unos juren por miedo,
y otros porque adictos son
y les va en ello el pescuezo?
¿No comprendeis que si sopla
por acá contrario viento,
muchos se irán presurosos
al favorable del puerto?
¡Pensemos en cosas serias
y que tengan pronto efecto,
y no en promesas tan vanas,
como tales juramentos!»

Aldana remitió á su antiguo amigo
las copias que traía;
y de su obstinación compadecido,
como sincero amigo le pedía:
—que digno de su nombre distinguido,
obrase al fin como español honrado,
y el mando tal vez conseguiría;
pues Gasca para todo
hallábase ámpliamente facultado;—
mas con desdén Pizarro, al recibirlas,
rasgó aquellos poderes, indignado.

Entonces los manifiestos,
por medio de sus agentes,
hizo Aldana circular;
y vióse que eran *pretestos*
y noticias *diferentes*,
las que hizo Pizarro dar.

Se había terjiversado
la concesión del enviado,
para no hacerla aceptar;
mas este descubrimiento
causó sumo descontento,
é indignación á la par.

De Lima la gente
al puerto corría,
buscando en los buques
refugio encontrar;
y del campamento
también los soldados,
trataban de noche
las guardias burlar.

Al puerto los unos
lograban llegar,
los otros vagando
de acá para allá,

ganaban los montes
en la oscuridad,
ó en chozas indianas
hallaban hogar.

Y á los desertores
que halló Carbajal,
los fué en sus jornadas
*haciendo colgar;*
pues era el alano
bravío y tenaz,
que á esos traidores
salía á buscar;
mas ya no alcanzando
su brazo ni afan
para perseguirlos
de acá para allá,
salieron partidas
con un capitán;

mas este remedio
produjo otro mal;
pues los que salían
el campo á cruzar,
no ya al campamento
volvian los más;
y cada vez que esto
llegaba á pasar,
se oía á sus solas
al buen Carbajal,
su viejo estribillo
con calma entonar:
«*Estos mis cabellos, madre,*
*dos á dos se lleva el aire.*»

Y al fin, entonces, conoció Cepeda,
que cualesquier forzado juramento,
es vano, inconsistente y fugitivo,
como las hojas, que se lleva el viento!

# LXXXVII

## 1547

Al ver triste Pizarro,
que su valiente ejército lujoso,
con el cual invencible presumía
ser otra vez el jefe victorioso,
iba de día en día,
al cruzar el espacio las tinieblas,
disminuyendo entre la sombra vana,
como se ven en pálida mañana
evaporarse las opacas nieblas:
al ver que sus amigos más queridos,
y de bienes colmara á manos llenas,
contábalos perdidos,
y á su amistad perjuros,
íbanse desertando por docenas,
la tortura sintió, desvanecido,
de comprimidas y angustiosas penas,
como en el pecho un dardo enrojecido:
era el padre infelice,
que tras horrible noche de vigilia,
siente sus desventuras estallar:
como mísera madre, desolada,
va empeñando en la Casa de piedad,
*sus postreros* recuerdos de familia,
para llevar á sus hambrientos hijos
un pedazo de pan!

¿Qué voz amiga á su dolor responde?
¡Tan solo Carbajal!
Pero ¡ay! ¿adónde refugiarse? ¿Adónde
en tan contrario y tempestuoso mar?

Hallábanse en el Norte
las provincias por Gasca pronunciadas;
y por el Sud, Centeno
á las otras tenía sojuzgadas.
¿Adónde refujiarse
para evitar un choque decisivo,
y poder prepararse?

Pero siempre animoso,
Carbajal á Pizarro participa:
—que aún fiel á su causa se encontraba
el puerto de Arequipa;
y que esta lealtad, si allá pasaba,
una propicia suerte le auguraba.—

Mucho halagó á Pizarro este proyecto;
y para darle Carbajal confianza,
y no perdiese tiempo tan precioso,
le dice sin tardanza:

los cinco buques, con ellos
saliera á batir á Aldana,
y hasta todos los bajeles,
que componían la escuadra.

Parecía que Cepeda
ningún desatino erraba,
y creíale Pizarro
de ideas muy acertadas,
porque supo deslumbrarle
con su adulación y audacia;
aunque los recientes hechos,
y reflexiones sensatas
que hacíale Carbajal,
hicieron que le escuchara
en adelante más cáuto,
en su peligrosa marcha.

Retirar se hizo á la tropa
*como una legua* de Lima,
para evitarse que fuera
con promesas seducida,
é interpúsose una guardia
entre su campo y bahía;
mas antes que se efectuase
esta rápida salida,
ocurriósele á Cepeda
otra idea peregrina:
reunió á todo el vecindario,
y entre una arenga pulida,
fué los servicios narrando,
que á Pizarro se debían;
y entrando luego en materia,
decidido así se explica:
—que cada cual era libre,
según su conciencia y vistas,
de pasarse al enemigo
ó de ponerse en seguida
al amparo de Pizarro,
y seguir su causa digna;
pero que antes juramento
prestarle todos debían
de fieles ser á su causa....
bajo pena de la vida.—

Y todos sin escepción,
en esas compactas filas,
alzando su diestra juran
cuanto Cepeda quería.

Y Carbajal á Cepeda,
después que se hubo disuelto
el sorprendido gentío,
díjole: «Buen compañero,
¿cuánto tiempo durarán
esos vanos juramentos?
¿No veis que es muy natural
el que unos juren por miedo,
y otros porque adictos son
y les va en ello el pescuezo?
¿No comprendeis que si sopla
por acá contrario viento,
muchos se irán presurosos
al favorable del puerto?
¡Pensemos en cosas serias
y que tengan pronto efecto,
y no en promesas tan vanas,
como tales juramentos!»

Aldana remitió á su antiguo amigo
las copias que traía;
y de su obstinación compadecido,
como sincero amigo le pedía:
—que digno de su nombre distinguido,
obrase al fin como español honrado,
y el mando tal vez conseguiría;
pues Gasca para todo
hallábase ámpliamente facultado;—
mas con desdén Pizarro, al recibirlas,
rasgó aquellos poderes, indignado.

Entonces los manifiestos,
por medio de sus agentes,
hizo Aldana circular;
y vióse que eran *pretestos*
y noticias *diferentes*,
las que hizo Pizarro dar.

Se había terjiversado
la concesión del enviado,
para no hacerla aceptar;
mas este descubrimiento
causó sumo descontento,
é indignación á la par.

De Lima la gente
al puerto corria,
buscando en los buques
refugio encontrar;
y del campamento
también los soldados,
trataban de noche
las guardias burlar.

Al puerto los unos
lograban llegar,
los otros vagando
de acá para allá,

ganaban los montes
en la oscuridad,
ó en chozas indianas
hallaban hogar.

Y á los desertores
que halló Carbajal,
los fué en sus jornadas
*haciendo colgar;*
pues era el alano
bravío y tenaz,
que á esos traidores
salía á buscar;
mas ya no alcanzando
su brazo ni afan
para perseguirlos
de acá para allá,
salieron partidas
con un capitán;
mas este remedio
produjo otro mal;
pues los que salían
el campo á cruzar,
no ya al campamento
volvian los más;
y cada vez que esto
llegaba á pasar,
se oía á sus solas
al buen Carbajal,
su viejo estribillo
con calma entonar:
«*Estos mis cabellos, madre,*
*dos á dos se lleva el aire.*»

Y al fin, entonces, conoció Cepeda,
que cualesquier forzado juramento,
es vano, inconsistente y fugitivo,
como las hojas, que se lleva el viento!

# LXXXVII

## 1547

Al ver triste Pizarro,
que su valiente ejército lujoso,
con el cual invencible presumía
ser otra vez el jefe victorioso,
iba de día en día,
al cruzar el espacio las tinieblas,
disminuyendo entre la sombra vana,
como se ven en pálida mañana
evaporarse las opacas nieblas:
al ver que sus amigos más queridos,
y de bienes colmara á manos llenas,
contábalos perdidos,
y á su amistad perjuros,
íbanse desertando por docenas,
la tortura sintió, desvanecido,
de comprimidas y angustiosas penas,
como en el pecho un dardo enrojecido:
era el padre infelice,
que tras horrible noche de vigilia,
siente sus desventuras estallar:
como mísera madre, desolada,
va empeñando en la Casa de piedad,
*sus postreros* recuerdos de familia,
para llevar á sus hambrientos hijos
un pedazo de pan!

¿Qué voz amiga á su dolor responde?
¡Tan solo Carbajal!
Pero ¡ay! ¿adónde refugiarse? ¿Adónde
en tan contrario y tempestuoso mar?

Hallábanse en el Norte
las provincias por Gasca pronunciadas;
y por el Sud, Centeno
á las otras tenía sojuzgadas.
¿Adónde refujiarse
para evitar un choque decisivo,
y poder prepararse?

Pero siempre animoso,
Carbajal á Pizarro participa:
—que aún fiel á su causa se encontraba
el puerto de Arequipa;
y que esta lealtad, si allá pasaba,
una propicia suerte le auguraba.—

Mucho halagó á Pizarro este proyecto;
y para darle Carbajal confianza,
y no perdiese tiempo tan precioso,
le dice sin tardanza:

«¿Qué, no sabeis el refrán:
—que cuando Dios se conmueve
con cualesquier viento llueve?—
¿Pues esperar.... *y en avant!*

Y la duda se disipa
de Pizarro, que al momento
levanta su campamento
y dirígese á Arequipa.

Aunque penoso, fué rápido
aquel viaje del ejército,
hasta entrar en la ciudad,
sintiendo todos más ánimo,
con los contínuos pronósticos
del activo Carbajal.

Allí parte de la gente
encontróse del refuerzo
que húbose al Cuzco mandado
de Centeno á protejerlo;
pero había sido tanta
la deserción de los cuerpos,
que unidos en Arequipa,
no llegaban *á quinientos;*
es decir, ni á la mitad
del lujosísimo ejército,
que *poco antes* tuvo en Lima,
al formar su campamento.

Mas á Pizarro y su tropa
poco á poco fué volviendo
ese espíritu animoso,
ese genio aventurero,
con que audaces conquistaron
todo ese enemigo suelo;
y sintiéndose Pizarro
el mismo firme guerrero,
que descubrió el Amazonas,
en no muy lejano tiempo,
dijo animoso á sus tropas:
«¡Oh, del Amazonas héroes,
bravos amigos y hermanos,
asombro del universo
y gloria de invicta España,
invocad vuestros recuerdos,
que aún, con vosotros solos
y diez jefes compañeros,
la tierra, que conquistamos,
he de conquistar de nuevo,
sin que en adelante nadie
conciba el atrevimiento
de venir á disputarnos....
lo que es solamente nuestro!»

¡Mujidos eran sus voces,
como toro en el desierto,
ó acosado ya en la plaza
por flacos, salvajes perros.

No bien salieron de Lima
las pocas rebeldes fuerzas,
cuando toda la ciudad
abrióle á Aldana las puertas,
quien de su monarca en nombre
posesión recibe de ella,
nombrándose autoridades
que al enviado respondieran.

Del previsor Carbajal
la predicción á Cepeda
no tardó mucho en cumplirse,
pues natural cosa era.

Con Gasca y su comitiva
y mucha gente resuelta,
de Panamá *el diez de Abril*
la escuadra hízose á la vela,
bien pertrechada é impelida
por buen viento y mar serena.

¿Cómo se explica este cambio
tan repentino y tan rápido,
cuando del Perú poco antes
era don Gonzalo el árbitro,
y después de la batalla
de Añaquito el amado ídolo?
¿Cual era la causa, el móvil,
que en este breve período,
el pueblo le abandonase,
cuando en el poder, benévolo,
su marcha á todos complugo?
¿Por qué de pronto era el réprobo?

Porque *antes* el interés
hizo á la colonia bélica,
al defender sus derechos,
insurreccionarse enérgica;
y un jefe necesitaba
de fama, prestigio y crédito,
que á su defensa saliera
y encabezase al ejército;
mas devueltos sus derechos,
*no quiso* guerras estériles,
que á quitárselos volvieran,
por defender á un satélite.

Además, que esos tiempos,
era por su rey fanático

todo el pueblo castellano,
ultramontano y monárquico;
y entre Pizarro y su rey,
corrió á defender alígero
á su venerado trono,
y no un poder nuevo, efímero,
contra su rey rebelado,
que unos creían anárquico;
y la gente timorata,
maldito y anti-eclesiástico.

De la escuadra de Gasca
flemean las alegres banderolas;
mas contrarias corrientes
muy en breve á sentirse comenzaron;
y las montañas de crispadas olas
á las naves cercaron;
los vientos tempestuosos,
preñados de relámpagos y rayos,
como volcán ignívomo, estridente,
agítanse furiosos,
y á los buques arrastran como á lamas;
y se sorprende la marina gente
al verse en medio de incesantes llamas. 216

Caída en proa y popa
la allí revuelta y mareada tropa,
volver á tierra intimidada pide,
con apagados y dolientes ecos,
que el escucharse el vendaval impide.

Pretenden los marinos
las velas dar á los contrarios vientos,
y no á la capa el sostener los buques;
pero queriendo Gasca
aprovechar los rápidos momentos,
que cedía en su furia la borrasca,
grita agitado: «¡Nadie
ose tocar las velas, por su vida,
que entre esas rojas luces centelleantes,
la muerte está escondida.»

Tiemblan todos y escuchan obedientes,
como buenos cristianos ignorantes;
y Gasca, entonces, con cristiano celo,
explica á sus creyentes,
las fabulosas luces mitológicas
y miles de accidentes,
que en el mar ven y en el rojizo cielo. 217

Hiciéronse señales á los buques:
—de á la isla Gorgona dirigirse;—
y los contrarios vientos ya calmados,
lograron todos arribar al puerto,
unos más y otros menos averiados.

Después de descansar algunos días
en tan triste paraje y tan desierto,
para Túmbez marcharon
donde *el quince de Junio*
entre adictos vecinos penetraron.

Recibió al momento Gasca
parabienes y mensajes
de aquellos vecinos pueblos,
y cartas de todas partes
de capitanes y jefes,
diciéndole:—que ordenase
en qué paraje debían
con sus fuerzas esperarle.—

Escribióles Gasca á todos
con agradecidas frases,
á Cajamalca indicando
que sus fuerzas acercasen:
y allá con las que traía,
mandó á Hinojosa, ordenándole:
—que cuando estuviesen juntas
el mando de ellas tomase,
y encaminándose á Jáuja
fuera con él á juntarse,
para donde iba á salir
con algunos oficiales,
después que todo en las costas
bien arreglado dejase.—

Con corto destacamento,
Gasca al fin de Túmbez sale,
y por la costa tomando,
estudia aquellos parajes,
hasta llegar á Trujillo,
do corren los habitantes
á recibirle á su paso,
y probar que son leales.

Detiénese allí algunos días,
y sus órdenes imparte,
sin olvidar cosa alguna;
y prosiguiendo su viaje,
cruza al Sud-Este las sierras,
como si en ellas morase,
y entra sin sufrir tropiezo,
de Jáuja hasta el fértil valle.

Allí del Norte las fuerzas

y sus pueblos principales,
esperábanle anhelosos,
para que el mando tomase
y la campaña emprendiera
contra el rebelde, cuanto antes,
sobrándole para ello
con esa sólida base.

# LXXXVIII

## 1547

De Jáuja en el valle ameno,
apenas Gasca se vió,
cuando alegre recibió
esta nota de Centeno:

«De nuestro rey al enviado
complázcome en avisar,
que todo el Sud, hasta el mar,
á su rey ha proclamado.
Con mis tropas esparcidas
de veteranos guerreros,
guardo los desfiladeros
y las ocultas salidas,
por donde el jefe traidor
piensa poder escapar,
para lejos ocultar
su miedo y su deshonor.
Son, pues, los intentos vanos
de ese caudillo insurgente,
porque él y toda su gente
pronto caerán en mis manos.
Esto os digo como bueno,
persiguiendo al criminal,
y cual vasallo leal
prométeos—Diego Centeno.»

Tan fausta noticia
con júbilo fué
por todos oída,
creyendo tener
el triunfo seguro....
¡mas solo se ve
después de la lucha
y sangre correr!

A Gasca sus amigos le pidieron:
—que hiciera parte de su fuerza unida
ya entonces disolver,
ahorrando dinero y esos brazos,
que á la industria debieran acrecer;—
mas Gasca no se hacía
pueriles ilusiones, como todos,
pues frío espectador,
mas que ellos comprendía,
que el éxito dudoso de las armas
es voluble turbión,
que va los cuatro vientos cardinales
recorriendo veloz;
y aunque oía paciente los consejos,
á ordenar se ciñó:
—que Méjico y limítrofes colonias
no hicieran *la pedida remisión*.—

Reconcentró sus fuerzas
en toda la ciudad,
resolviendo las últimas noticias
de Centeno aguardar,
para ver si después era preciso
el secundar su plan.

Pizarro y Carbajal, en tanto, tratan
*de salir* del Perú,
y hasta Chile pasar, do tomarían
*defensiva* actitud;
imposible creían,
que aunque al Perú el enviado sometiera,
intentara invadir
región tan apartada,
ciñéndose á arreglar solo el país;
y con el descontento de las tropas
contaban además,
después que Gasca, con severa mano,
llegara á gobernar,
sin acordarles el debido premio,
que merecer creería cada cual;
y casi de seguro presumían,
que otra vez volverían
á pedirles su antigua protección,
ó á colgar al enviado,
como al virey tirano se colgó.

¿Más por dónde pasar aquellas cumbres

y tortuosos senderos, que Centeno
hacía vigilar?
¿Cómo atraer al ofendido jefe,
á quien en una cueva á sepultarse
obligó Carbajal?

Pero ya que era imposible
el conseguir por las armas,
abrirse paso hasta Chile,
como la mejor campaña,
otros ardides trató
de poner Pizarro en práctica.

En dirección se encamina
al lago de Titicaca,
en cuyas inmediaciones
Diego Centeno se hallaba;
y cerca de él, escribióle
extensa amistosa carta,
en que tiempos más felices
con placer le recordaba;
y á nombre de esos recuerdos,
pedíale:—le dejara
el libre paso hasta Chile,
pues no quería sus armas
esgrimir como rebelde,
contra su digno monarca:
que era tan solo su objeto
el trasponer las montañas,
y dejar que libremente
el Perú siguiese á Gasca,
y después solicitar
como buen súbdito gracia,
y no en aquellos momentos,
en que tal vez se pensara,
que tan solo su impotencia
obligábale á aceptarla.—

Envanecido Centeno,
con esta prueba marcada,
de la situación penosa
en que Pizarro se hallaba,
no tuvo, no, la nobleza
de las generosas almas,
cuando ven al enemigo
luchando con la desgracia;
ni tampoco el patriotismo,
que la ocasión le brindaba,
de evitar el que corriera
entre ellos la sangre hermana;
ni menos esa prudencia,
que al azar de la batalla
no expone preciosas vidas
ni la suerte de su patria,
cuando sin peligro puede
hacer imperar su causa;
y vanidoso, pensando
en la promesa hecha á Gasca
y en sus pasadas ofensas,
guióle solo la venganza
al contestar á Pizarro
en una irónica carta:
—que su determinación
como español lamentaba;
y que le era ya imposible
el darle salida franca,
sin faltar á su deber,
y como jefe á sus armas;
y que debió á la amnistía
acogerse sin tardanza;
pero que si era su objeto
sinceramente aceptarla,
sirviendo al nuevo gobierno,
él le daba su palabra
de hacer todo lo posible
por conseguirla de Gasca,
aunque sus actos postreros
parecían rechazarla.—

Con sonrisa de desprecio
oyó la carta Gonzalo
del que fué su viejo amigo,
convertido en cortesano,
que le brinda protección
para herirle y humillarlo,
al suponerle caído
y de todo auxilio falto,
su amistad al recordarle;
y de ira dominado,
después de escucharla atento,
se la arranca al secretario
y exclama: «¡Qué miserable!»
convirtiéndola en pedazos.

Levantó el campo en seguida,
y siguió á cortas jornadas
hasta las verdes orillas
del lago de Titicaca,
donde usó otra estratagema
para evitar la batalla,
que sin temor Carbajal
dispuesto á aceptar estaba,
sino hallábase otro medio
para subir las montañas;
porque en sus arcabuceros
tenía suma confianza,
pues disciplinado había
á ese cuerpo con constancia

y en contínuos ejercicios;
y sin pasión opinaba,
que podría dirigirlos
al doble, con gran ventaja,
encontrándose también
con triple número de armas,
que condujo hasta Arequipa,
de aqnellas que abandonaban
los desertores de Lima,
al ir á buscar á Gasca.

Pizarro recurrió á la estratagema
de enviar sus batidores
en otra dirección;
y hacia Huarina, en la callada noche,
de clara luna y suaves resplandores,
su marcha apresuró,
para ir así, dejando á retaguardia,
la contraria facción.

Pero por sus espías,
del súbito secreto movimiento
Centeno aviso tuvo,
y alzó de Titicaca el campamento
y á enfrentársele fué;
y á la *siguiente tarde*
los centinelas de uno y otro campo
comenzáronse á ver.

Como *una semana* hacía
que encontrábase Centeno
de pleuresía atacado,
aunque su marcha siguiendo;
y *acababan de sangrarle*,
cuando á decirle corrieron:
—que la enemiga vanguardia
iba ganando terreno.—

La litera pidió al punto,
y saltando de su lecho,
hizo á sus jefes llamar:
—ordenandó que en su puesto
todos al alba estuvieran;
porque ya los densos velos
del crepúsculo cercaban
á uno y otro campamento.

Y Carbajal y Pizarro
idéntica cosa hicieron,
al ver, que empuñar las armas,
era el único remedio,
que para seguir tenían,
ya sus planes descubiertos.

Aunque rendido Pizarro
por esa marcha veloz,
no pudo atraer al sueño,
meditando el plan mejor
de atacar al enemigo
en cuanto saliera el sol;
pero no así Carbajal,
porque después que impartió
activamente sus órdenes
á la cansada legión,
sobre el verde y blando césped
se durmió como un lirón,
siguiendo al viejo refran:
—que el soldado previsor
tener debe adelantados,
en cualesquier ocasión,
*un sueño y una comida*
para pelear mejor.—

# LXXXIX

## 1547

Por collado onduloso y ascendente
vese oculta del lado de los Andes,
la verdosa llanura de Huarina;
y por el otro manso la rodea
de Titicaca el celebrado lago.
Aquí, en este paraje delicioso,
adorno y gala del antiguo imperio....
aquí fué la batalla *memorable*,
hasta entonces más lúgubre y sangrienta,
que sus vírgenes campos presenciaron!

El astro Dios de la región peruana,
brillante sale *el veintiseis de Octubre*,
y á iluminar comienza con sus rayos
cumbres, llanuras, ríos y desiertos,
y vida á dar á tan bendita tierra,

como aquellos sublimes panoramas,
que ven en sus delirios los amantes....
los del primer amor ledos edenes....
de feliz juventud, santos ensueños:
y despréndese el sol del horizonte,
cuando Pizarro y Carbajal al frente
hállanse ya de sus formadas tropas,
como también Centeno de las suyas,
quien después se retira en su litera
el choque á presenciar; porque doliente
no le es posible el empuñar su acero,
aunque segura cuenta la victoria.

Como *á unos mil soldados* ascendían
de Centeno las fuerzas; y compuestas
de *doscientos cincuenta* de á caballo,
do las mejores lanzas se encontraban,
que por siempre afirmaron la conquista,
y de *ciento cincuenta* arcabuceros,
mas no de municiones bien provistos;
y formábase el resto de reclutas,
de alabarderos, no disciplinados,
ni diestros en las armas por combates. 218

A caballo y en mano *un crucifijo*,
y llevando su séquito de iglesia,
va el obispo del Cuzco recorriendo
á la formada tropa, á la que exhorta
con bíblicas palabras y vehementes,
su deber á cumplir en la batalla;
y él mismo toma entre las filas sitio,
convertido en *realista furibundo....*
cuando antes, por los triunfos de Pizarro
cantaba en los *Te Deum* el primero!

¿Cuándo eran, pues, sinceros esos actos?
¿Cuándo al pie del altar y ante la hostia
al cielo gracias daba por el triunfo
de ese ya de su Dios *hijo bendito*,
ó ahora que de Dios y de los hombres
*enemigo infernal* le declaraba?
*¡Es su tradicional lógica, eterna!*

De Pizarro la hueste no alcanzaba
*ni á la mitad* de la contraria tropa:
eran *ochenta y cinco* los jinetes,
que á mandar iba él en el combate,
y *trescientos cincuenta* arcabuceros
de Carbajal al mando, y preparados
con suma disciplina por su jefe,
municiones llevando y dobles armas,
para hacer los disparos más seguidos,
y el resto un pelotón de alabarderos;
pero viejos soldados que seguían
por cariño á Pizarro en los combates.

Siempre Pizarro en el vestir lujoso,
sobre bruñida cota iba ostentando
túnica *carmesí, de terciopelo*
acuchillado y con adornos de oro:
ceñía ricas armas y montaba
un corcel arrogante, con jaeces
que aún de lejos lucían su riqueza,
haciéndole el jinete más notable,
que en las opuestas huestes descollaba.

El viejo Carbajal, cual veterano,
que solo antiguas cotas y armas tiene,
de grueso acero en la cabeza lleva
pesado casco con visera baja,
y camiseta *de color verdoso,*
á su armadura acribillada encumbre;
y apenas *este peso* aguantaría
de la presente edad fornido mozo;
monta una fea, pero *fuerte jaca*,
de gruesas patas y anchuroso pecho,
y ya probada á soportar, soberbia,
su hercúleo cuerpo en las ferales luchas:
y el táctico y terrible, octogenario,
rezagado guerrero parecía
por su aspecto pobrísimo y antiguo;
pero á través de la acerada reja,
que su rostro encubría, vivos rayos
centelleaban *sus ojos matadores!*

A *unos seiscientos pasos* avanzaron,
y hacen alto de pronto las dos huestes,
como esperando que la otra ataque;
mas *se sonríe* Carbajal, tranquilo,
su ojo de águila al ver al otro bando;
y su sonrisa muestra, que no teme
por esa doble gente ser vencido;
el muerto se hace, pues, y quieto espera
el que impaciente la facción contraria
hacia la suya jactanciosa avance;
pues no obligar á sus soldados quiere
con el peso atacar de dobles armas,
ni perder la ventaja de hacer fuego
con dobles tiros, cuando entonces era
el cargar esas armas tan moroso.

De Centeno creyéndose la hueste
más que la de Pizarro, poderosa,
*cien pasos más* avanza, y se detiene
al ver aún la de Pizarro inmóvil:
ordena, entonces, Carbajal que avancen

á unos cuantos soldados y que hagan fuego;
y de Centeno las furiosas filas,
por tal provocación medio burlesca:
«¡Nos están deshonrando!» gritan todos,
y enristran los de á pie sus alabardas,
al oir que Ruiz, fraile exaltado,
exclama: «A las manos los valientes!
¡Sucumban de una vez los filisteos!»
y hacen fuego también los arcabuces,
sin ralear las filas de Pizarro.

Mira contento Carbajal, que gastan
sus municiones en descargas vanas,
y manda contestar con otros tiros;
y al ver que algunos por arriba pasan,
sin hacer el estrago, que creía,
sus filas recorriendo así las dice:
«¡Ea, muchachos, apuntad al vientre!»
Porque por experiencia el viejo sabe,
que los tiros por alto son perdidos,
mientras hacen los bajos sus destrozos,
que si no horadan cuerpos, rompen piernas;
y fuera de combate van dejando
á las filas, que avanzan animosas.

La hueste de Centeno, enfurecida,
sigue avanzando sin temor alguno,
y al hallarse *á cien pasos* de distancia
ordena Carbajal hacerla fuego:
instantáneo resuena el estampido,
y tal es el acierto y puntería,
que ruedan muertos *más de cien* soldados
de la compacta línea de Centeno,
y *otro número igual* vése de heridos,
y antes que consiguieran recobrarse
de tan funesto y sorprendente fuego,
otra descarga Carbajal dispone:
alzan del suelo las cargadas armas
esos arcabuceros, que confían
en la pericia de su viejo jefe,
y otra nueva descarga y tan terrible
torna á abrir en los grupos apiñados
aún otros claros, que.... *llenar no pueden.*

La confusión entonces, es completa,
y de temor movidos vuelven caras,
el campo del combate abandonando,
y á sus muertos, heridos y armamento.

Hallábase Pizarro y sus jinetes,
antes que el tiroteo comenzase,
en uno de los flancos, y dejando
el frente libre para hacer descargas;
pero los escuadrones de Centeno
cargaron á la vez que los infantes,
y avanzando Pizarro algunos pasos,
á recibir la carga se adelanta;
mas fué tan impetuosa y decisiva,
que sus jinetes arrollados fueron,
cual de ovejas cortísimo rebaño;
y aunque trataron de ordenar sus filas,
no á su campo volver pudo Pizarro,
y derrotado fué en toda su linea,
y circuido también en su recinto. 219

Pruebas desesperadas de ardimiento
y de insano valor, que busca ansioso
ó la muerte ó el triunfo en el instante,
da don Gonzalo, y lívido de rabia
á las contrarias huestes acomete;
contra *cuatro guerreros* lucha solo;
reparte sus mandobles y lanzadas;
mata, atropella y las espuelas mete
á su altivo corcel, que aunque en las ancas
herido arroja sangre á borbotones,
corre y le salva de segura muerte;
pero no lejos desangrado espira,
y del de Garcilaso en ancas sube,
que á su lado combate y le defiende,
y hacia su campo penetrar procuran;
mas un jinete, que les sigue, alcanza
la riendas del bridón y los detiene;
y rápido Pizarro saca *un hacha*
que el caballo llevaba en el costado,
y tal golpe dió *al otro* en la cabeza,
que á caballo y jinete rodar hizo
y así de aquel peligro ileso salen. 220

El ex-oidor Cepeda, que á caballo
parte también tomaba en el combate,
y con ardor luchaba entre las filas,
recibe un gran sablazo *en todo el rostro*,
y entre su infantería busca asilo;
y muchos caballeros y jinetes,
muertos ó heridos en el campo quedan
como también caballos y pertrechos,
en sangrientos montones y en desórden,
cual si allí rencorosos enemigos
saciado hubiesen su guardada furia. 221

De entre los escuadrones de Centeno
óyense las trompetas resonando
el toque halagador de la victoria,
y los *vivas* salir con alborozo.

Pizarro siente el frío de la muerte,
y en sus sienes se enclavan esos ecos,
como el toque de fúnebres campanas;

porque le anuncian ellos la agonía
de su honor, de su gloria y su grandeza,
y el crimen de la sangre derramada:
el humo denso, como pardas nubes,
que la profunda calma va apiñando,
de los suyos le aleja y le circunda,
sin ver en donde está ni lo que pasa,
solo oyendo los ecos de victoria,
que repiten contrarios escuadrones:
clava su espada entonces en el suelo,
de su pecho sofócale la sangre,
mira á la altura y su furor provoca,
y extiende luego sus cansados brazos,
esperando la muerte, como un héroe.

# XC

## 1547

Otra escena también de esta batalla
realízase, entre tanto que Pizarro,
por más de triple número de fuerzas
que atácanle y rodean, es vencido.

Ante las dos descargas formidables
de los arcabuceros, que dirige
el viejo Carbajal, quedóse absorta,
como ya se ha descrito en el principio,
la contraria, diezmada infantería,
que luego el campo deja presurosa;
pero del ala izquierda de Centeno
á escape un escuadrón altivo sale
á apagar esos fuegos matadores,
que pusieron en fuga á sus infantes;
mas erizada nube de alabardas
hácela detener en su carrera,
mientras nutrido fuego de los centros
los arcabuces lanzan, y á su frente
caballos y jinetes van cayendo,
como apiñados grupos de gorriones.
Y viendo los jinetes que no pueden
la muralla romper de firmes picas,
rodean en desorden los costados
y pasan á tomar la retaguardia
y flanquear por ella al enemigo;
y únenseles también los escuadrones
que á Pizarro dejaban derrotado,
después de haber cantado la victoria.

No al ver aquellos grupos de jinetes,
que victoriosos vienen y se aumentan,
dando á sus compañeros nuevos bríos,
turbar de Carbajal la calma pueden,
ni hacerle vacilar en su esperanza:
manda dar media vuelta á sus soldados,
que rápida ejecutan, y en el acto
la retaguardia enfrente se convierte,
marchando la distancia necesaria
y á los alabarderos atrás dejan.

Y vuelven á cargar los escuadrones
más compactos, ligeros y orgullosos;
pero encuentran las picas erizadas,
como gruesa muralla inconmovible,
y granado fuego que los diezma,
y detiene y voltea á los caballos,
como el viento otoñal baja las hojas
de los mústios arbustos de los bosques,
cuando los truenos y primeras lluvias
del crudo invierno anuncian los rigores.

Mas pugnan por romper aquellas filas,
que con su acento Carbajal alienta,
en su jaca cruzando, como sombra,
en medio de su gente decidida

En vano quieren los jinetes bravos
resistir á las picas y descargas,
del denuedo esperando la victoria;
pero ven en sus filas los estragos,
y que en vez de cesar el fuego aumenta,
y que cayendo van sus compañeros;
y de vencer perdida la esperanza,
van haciendo dar vuelta á sus corceles,
que el peligro conocen por instinto,
y todos á la vez amedrentados,
abandonan *el campo, en disparada.*

Poco antes que esta escena se efectuase,
y en medio de cadáveres y heridos,
fué cuando oyó Pizarro las trompetas,
que el toque halagador de la victoria
hicieron resonar los escuadrones,
que al suyo destrozaron por completo:
siente entonces el frío de la muerte

y en sus sienes se enclavan esos ecos;
porque le anuncian ellos la agonía
de su honor, de su gloria y su grandeza
y el crímen de la sangre derramada:
clava la espada en el rojizo suelo,
de su pecho sofócale la sangre,
rojiza sombra cruza ante sus ojos,
mira á la altura y su furor provoca,
y sus cansados brazos extendiendo
la muerte espera de los grandes héroes.

Comienza poco á poco á evaporarse
el humo del combate; y don Gonzalo
vuelve en sí al escuchar igual sonido,
que en sus oídos repercute triste:
oye que sale de su campo, y mira,
ya de sí en torno el humo disipado,
que de él vencidos en tropel se alejan,
los que poco antes fueron vencedores.
Súbito de sus ojos desparecen
aquellas antes angustiosas sombras,
y ve á su infantería no muy lejos,
que entre marciales himnos, proseguía
entonando el clarín de la victoria.

Pizarro y unos cuantos caballeros,
que ilesos se encontraban, presto suben
en los caballos que vagando encuentran,
y á su campo volviéronse gozosos:
corre Pizarro á Carbajal buscando,
en sus brazos se arroja enternecido,
y vivas prodigándole así dice:
«¡Oh muy mas que mi amigo, mi buen padre,
á vos os debo la victoria y vida!»
«¡Es que yo tengo *pacto con el diablo*!»
dijo sonriendo Carbajal y alegre,
y su gracia las tropas aplaudieron.

«Pero no está concluida la batalla,
—en su jaca subiendo, dijo el viejo;—
síganme los jinetes que pudieren.»
Y partieron en pos del enemigo.

Al mirar disparar á sus lanceros,
cálmanse de Centeno los dolores,
que tiénenle postrado en la litera,
y vese *bueno y sano* por milagro,
y de ella sale lo mejor que puede:
arrójase ligero *cual pruebista,*
en el primer corcel que encuentra á mano,
intérnase en las sierras y en los bosques,
y haciendo mil rodeos y caminos,
llegar á Lima por ensalmo logra,
con algunos jinetes que le siguen;
y sorprendida esa ciudad se queda
de ver entrar, *como lijeros galgos,*
á esos bravos señores, fugitivos,
que apresar á Pizarro prometieron,
y al obispo del Cuzco *no distante,*
pasando iguales peripecias rudas
pues habiendo á Pizarro traicionado,
no sin razón temía y precavido
de Carbajal diabólica venganza.

Y Carbajal sañudo se encamina,
de su campo al salir con sus lanceros,
al que había Centeno abandonado;
encontrando vacía la litera,
como un tigre prorrumpe: «¡Miserable!»
¡Para entrar en combate *estaba enfermo,*
y para huir de mí *se encuentra sano!*»

Y á los dispersos todos que encontraba,
y que traidores á Pizarro fueron,
íbalos *en el acto ejecutando,*
sin recordar que fueron sus amigos.

Y fué tan grande el número de muertos,
en esa breve acción, pero reñida,
que al recorrer Pizarro la llanura,
exclamó horrorizado muchas veces:
«¡Jesús, Jesús Dios mío, qué victoria!»

De *trescientos cincuenta* no eran menos,
los tendidos cadáveres que hallaron,
y *casi igual el número* de heridos:
y entre estos fallecieron á la noche,
*como unos cien*, quedados en el campo,
por el helado y penetrante frío
de las cercanas sierras, aunque el clima
en aquella región es muy templado.

Y en un espacio reducido, muertos
*aún más de cien caballos* encontraron,
con un número igual de sus jinetes,
de ellos perteneciendo una gran parte
al vencedor ejército rebelde. 222

La gloria de tan célebre jornada,
y que hízola honorífica y famosa
por la desigualdad de aquellas fuerzas,
debióse á Carbajal y sus infantes,
á los que con razón el veterano
el éxito confiaba, harto seguro:
hábil mostróse, táctico y sereno
ese viejo soldado de las guerras
de Italia y Flandes y del nuevo mundo;
y á los *ochenta y cuatro años cumplidos,*

aún no en actividad le aventajaran
los bríos del doncel más vigoroso.

Intérnanse en las tiendas del vencido,
y abundante comida y suculenta
en grandes ollas y en el fuego miran,
que dejan, al huir, los cocineros;
pues estuvo Centeno tan iluso,
en creer asegurada la victoria,
que mandó preparar *esa comida*,
para obsequiar á jefes y soldados.

De todos los bagajes y riquezas,
que en las desiertas tiendas se encontraron,
como botín Pizarro *dueño se hizo;*
y en la que era espaciosa de Centeno,
hallóse un gran caudal de plata y oro,
calculado *en millón y cuatrocientos*
*mil pesos*, que de Charcas conducia
para gastos de guerra del enviado. 223

Pizarro ya con tan inmensa suma,
encontrada *do menos se supuso*,
ve que ayúdale el cielo en sus designios,
un elemento poderoso al darle,
para seguir su causa defendiendo:
á sus tropas regala y las alienta
con más grandes riquezas y laureles
al fin de esa campaña, ya postrera;
y la comida que las llenas ollas
al aire libre cuecen incitantes,
aún más de ellos aviva el apetito,
tan solo lamentando, *que un buen trago*
no refresque á sus fauces resecadas.

Vagas sombras esparce ya la noche,
y toda esa llanura enrojecida,
transfórmase en verdoso tinte oscuro:
va apareciendo alguna que otra estrella,
y los lácios soldados, fatigados,
tras un día de azares y de angustias,
ven llegar el momento del reposo,
como un placer ansiado largo tiempo.

Se ponen las precisas centinelas,
en todo el campo tócase *á silencio*,
los soldados agrúpanse en las tiendas,
y tiéndense á dormir como unos santos!

De la noche en el plácido silencio
oyeron murmurar los centinelas
al viejo Carbajal, que aún no dormia,
el su siempre estribillo favorito;
mas su segundo verso ya variado:
«*Estos mis cabellos, madre,*
*ya no se los lleva el aire.*»

Terminó de este modo, en breves horas,
la sangrienta batalla de *Huarina*,
que evitar pudo y provocó Centeno,
en un triunfo confiado, y anheloso
de pasadas ofensas ver vengadas;
y don Gonzalo que aceptarla tuvo,
para buscar á sus legiones paso,
antes que unidas las contrarias tropas,
hiciéranle imposible la defensa.

# XCI

## 1547

Dispuso *al siguiente día*
del combate inesperado
en los campos de Huarina,
el victorioso Pizarro:
que los cuerpos se enterrasen
de propio y contrario bando;
y los de nobles señores
á la iglesia se llevaron,
la que capilla era apenas
del villorrio despoblado;
pero sus deudos y amigos
no á esos muertos olvidaron,
y los odios extinguidos,
al trascurrir de los años,
de la Paz al nuevo templo
esos cuerpos trasladaron,
donde un digno monumento,
en breve fué levantado
*por general suscrición*
y de todos con aplauso;
porque todas las familias,
la pérdida lamentaron
de algún pariente ó amigo
en ese combate infausto,

que agredido por Centeno,
no pudo evitar Pizarro.

Y Pizarro ya triunfante,
mandó sus destacamentos
á las provincias del Sud,
á Arequipa y otros pueblos,
anunciándoles la nueva
del gran triunfo de su ejército,
que al Cuzco se encaminaba;
y á todos ellos pidiendo
fondos, tropas y bagajes,
y mandando al mismo tiempo
sus entusiastas proclamas,
para inspirarles denuedo;
y á los que á sus filas fuesen
prometía grandes premios,
después de aquella campaña;
y fué por do quier diciendo:
—que era menester ofensas,
ingratitud y desprecios
del monarca recibidos,
el vengar como guerreros,
y no cual pobres mujeres,
con vergonzosos lamentos.—

Y las pérdidas sufridas
en la reciente jornada,
contento miró Pizarro
resarcidas con ventaja,
por los vencidos dispersos,
que pasáronse á su causa
y las tropas y recursos
que los pueblos le mandaban;
y con tales elementos
siguió hasta el Cuzco su marcha;
porque siempre adicto el Cuzco
mostrósele en sus campañas,
pues esa antigua ciudad
de los Incas celebrada,
y que iba siendo el albergue
de las familias peruanas
y la gente enriquecida,
con orgullo veneraba
del conquistador Pizarro
los grandes hechos y fama.

Y ufano el Cuzco
por la victoria
de don Gonzalo,
á él y sus tropas
recibir quiere
con grandes honras:
vense los frentes,
plazas y calles
engalanadas,
y arcos triunfales;
y prepararse
alegres bailes.

Mil ovaciones
y fiestas públicas
y placenteras
alegres músicas
prepara el Cuzco,
ledo y solícito,
honrar queriendo
al huésped ínclito.

Pero Pizarro
aleccionado
por la voluble suerte de las armas,
á sus tropas
manda solas,
que ufanas en el Cuzco hacen su entrada;
y él *de incógnito* después,
con el viejo Carbajal,
y dos amigos ó tres,
penetran en la antigua capital,
y el *Te Deum* yendo á oir,
que el clero preparó en la catedral,
y luego á su palacio va á vivir,
do á los amigos,
que halla leales,
hace saber:
—que por entonces
va sus reales
en el famoso Cuzco á establecer. 224

Y en su retirada á Chile,
como refugio postrero,
no volvió á pensar Pizarro;
porque inflamado su pecho
con tan espléndido triunfo
suponía, que su efecto
hiciera á los vacilantes
incorporarse á su ejército,
y que una postrer batalla,
cual *nunca* esos campos vieron,
decidiera si él ó Gasca
del Perú sería el dueño.
Y, ó fuera por halagar
al vulgo ignorante y crédulo,
ó porque así lo creyera,
decía á cada momento:

«¡Ya no tendrá nadie duda
de que en mi triunfante huella,

constante y *propicia estrella*,
de torpe traición me escuda,
y á vencer siempre me ayuda!
El poder de Dios divino
alúmbrame en mi camino
con sus radiosos colores,
y nuevos triunfos mayores
me brindará ya el destino!»

En Jáuja por momentos esperaba
el padre Gasca, de confianza lleno,
al recibir noticias de Centeno,
haciéndole saber
de los rebeldes la total derrota;
así es que grande su sorpresa fué,
cuando supo:—el combate de *Huarina*,
y que había quedado destrozada
la facción realista,
de don Gonzalo ante la fuerte espada,
y que como cobarde bandolero
había el jefe huído,
sin ninguno saber su paradero:—

Entre la hueste de Gasca
esta noticia causó
un rápido desaliento
y una gran consternación;
pues nadie en ella dudaba,
que sabría con honor
cumplir el jefe Centeno,
lo que á Gasca prometió.

Y al saber que don Gonzalo
hizo frente sin temor,
con menos de la mitad
de la altiva división,
que en el valle de Huarina
Centeno le presentó,
le creían invencible
y protegido por Dios,
y que era inútil luchar
cometiendo una traición;
contra el venturoso hermano
del digno conquistador;
y muchos á fe sintieron,
sin justa causa y razón,
haber á su antiguo jefe,
que de bienes los colmó,
abandonado en la lucha....
quizá por un opresor;
y otros también se alegraron
de esa nueva situación,
presumiendo, que ya Gasca
conocería su error

de allí querer imponerse,
y por *una transacción*
dejaríale el gobierno,
que todo el Perú le dió.

Y Gasca, entre sus amigos,
sin ocultar su opinión,
como creyente cristiano,
sincero así se expresó:

«¡Justo Dios ha castigado
mi indisculpable confianza,
que al avivar mi esperanza
no debí ser tan confiado....
y buen aviso me ha dado!
¡Necio, pues, el que lo elude;
voy ya á seguir y me escude
este su mandato.... amén:
—ayúdate tú también,
si quieres que Dios te ayude!—

¡Mas también al criminal
elevar suele á la altura,
colmándole de ventura
y de incienso mundanal;
pero esa dicha fatal
y ese encanto de la vida
en alta cima florida,
disípanse en un momento,
como ráfaga de viento....
y hacen mayor la caída!»

Y el ya precavido Gasca
comenzó por alentar
á aquellos supersticiosos,
que sin gran dificultad
invencibles suponían
á Pizarro y Carbajal.

Mandadas por Alvarado
á Lima fuerzas envió,
para que así resistiese
cualquier rebelde invasión,
y los dispersos entrasen
en la ciudad sin temor.

En dirección á Guamanga
otro grupo hizo salir,
para evitar que los indios
alzáranse en el país,
ó al ver triunfante á Pizarro
fueran con él á servir.

Y de los bajeles hizo

cañones y armas bajar,
que fuéronle remitiendo
á su cuartel general,
do todo se organizaba,
con asídua actividad.

Como aunque mandado había
esas fuerzas con sus jefes,
le quedaban en su campo
para marchar suficientes
sin temer al enemigo,
con el grueso de su gente
partió en dirección al Cuzco
*en Diciembre veintinueve.*

# XCII

## 1548

Un tiempo harto lluvioso,
y un frío por las noches penetrante,
hicieron el camino más penoso
de la hueste real,
hasta que al cabo pudo
entrar en la provincia de *Andaguáilas,*
en cuyo valle hermoso
hizo Gasca á sus tropas descansar:
estableció hospitales de campaña,
y él mismo á los enfermos asistía
con cristiana piedad,
y ganándose fué la simpatía,
que logra siempre el mérito inspirar.

No en el Perú tampoco
todos se alusinaron
con el triunfo impensado de Huarina;
y á ver claro empezaron,
que la fuerza, justicia y patrias leyes
amparaban la causa realista;
y no daba el derecho de conquista,
derecho superior al de sus reyes:
no, pues, allí prevalecer podía
rebelde resistencia;
y comenzó la gente á conocer,
que la causa del fuerte triunfaría;
porque siempre á la larga es el triunfante
el que tiene la fuerza y el poder.

De aquella su enfermedad
restablecido Centeno,
quizá por el *susto magno*
que recibieron sus nervios,
el vengar su descalabro
fué su primer pensamiento;
y luego que pudo en Lima
ir juntando sus dispersos,
partió á incorporarse á Gasca,
de quien halló el campamento
en el valle de Andaguáilas;
y aunque el buen Gasca, discreto,
afable le recibió,
porque en aquellos momentos
de todos necesitaba,
no por eso su desprecio
dejaron los oficiales
de demostrarle á Centeno;
y hasta era mal mirado
en todo ese campamento,
no solo por su derrota,
sino por haber soberbio,
prometido una victoria,
sin quedar luchando muerto.

Tras el jefe derrotado,
también con otro refuerzo,
allí llegó Benalcázar,
infatigable guerrero
y fiel siempre al soberano,
como hombre caballeresco,
según así se entendía
en tales pasados tiempos:
y estos dos recién llegados
y firmes destacamentos,
de Gasca se incorporaron
al ya numeroso ejército,
donde la propia confianza
volvió á sentirse de nuevo;
y también iban llegando
de todas partes del reino
realistas y empleados,
hermandades, misioneros,
pretendientes y aspirantes,
y activos frailes y clérigos,
que iban del padre Gasta
aumentando siempre el séquito;

y aunque era fuerza pasiva,
causaba cierto respeto
por su *carácter sagrado*,
sus pláticas y sus rezos,
sus promesas de victoria,
y misas á campo abierto.

Como *dos meses* hacía
que estaban allí acampados;
y los enfermos salieron
de los hospitales sanos;
y siguiendo bueno el tiempo
con bellos días templados,
determinó Gasca, entonces,
ir hacia el Cuzco marchando.

Pasó revista á sus tropas,
y *más de dos mil* soldados
de las tres armas serían,
casi todos veteranos,
no teniendo más oficio
que el de vivir guerreando;
de ellos más de la mitad
de armas de fuego dotados;
la otra mitad de alabardas
y de gente de á caballo;
además, *once* cañones
de buen calibre y tamaño
tenía la artillería,
y pertrechos necesarios
para todas esas tropas,
tal vez para más de un año.

Y jamás húbose visto
un ejército formado
con fuerzas tan escogidas
y con tan poco trabajo,
pues los jefes prestigiosos
de consuno coadyuvaron
á reunirlo en poco tiempo:
dió Gasca á Hinojosa el mando,
y nombró, como segundo,
al mariscal Alvarado;
y se pusieron en marcha
*como á mediados de Marzo*.

Unos pocos días antes
llegó allí el conquistador
de Chile, que resistía
como nadie imaginó:
y entraba al Perú Valdivia
más reclutas á buscar,
para seguir su campaña
larga, sangrienta y tenaz;
pero en seguida que supo
el estado del país,
corrió á incorporarse á Gasca
como realista adalid,
olvidando de Pizarro
la antigua buena amistad,
que hasta entonces los ligaba
y no supo conservar:
por respetos al amigo
volverse á Chile debió,
y no declararle guerra,
sin tener obligación.

Gran contento causó á Gasca
y á todos en general,
el que Valdivia al ejército
se llegase á incorporar;
y si hubiera antes llegado,
aunque no tarde llegó,
él hubiera sido el jefe
por la unánime opinión;
pero á sus dos generales
hízoles Gasca saber,
que consultáranle en todo,
y en todo siempre lo fué;
y queriendo el padre Gasca
al conquistador probar,
cuanto estimaba su espada
y ayuda de general,
le dijo así: «Mas me huelgo
de veros, Valdivia, aquí,
que ochocientos combatientes
el llegar á combatir.» 226

Para impedir el paso á los realistas,
los rebeldes habían
el viejo puente de Abancay cortado;
mas como no existían
guardias algunos en opuesto lado,
improvisaron otro, hicieron balsas,
y así tropas, bagages y cañones,
pertrechos y bridones
consiguieron pasar,
con solo demorarse algunos días,
por el río Abancay.

Pero la opuesta márgen se internaba
entre huellas y sendas peligrosas,
en bosques, precipicios y barrancos
y regiones tortuosas,
aunque de vez en cuando se encontraba
algún valle frondoso,
que rico de vigor resplandecía,
y al viajero ofrecía

su escondida mansión hospitalaria,
como suele el marino, en mar undoso,
encontrar una isla solitaria.

Y las sinuosidades proseguían
como olas agitadas:
los Andes orgullosos,
de nieve sus cabezas coronadas,
encima, como nubes, se veían
con sus frígidos vientos tempestuosos,
que de hombres y caballos
los miembros de dolor entumecían;
pero aquellos guerreros superiores,
con su pie vacilante y tiritando,
apenas conseguían ir pasando
por esos precipicios,
en que la mula en tiempos posteriores,
de oro y plata cargada,
solía el ir rodando
hasta el abismo oscuro,
á pesar de su marcha tan pausada,
y de su firme paso, tan seguro!
Y apenas *diez kilómetros por día*
el ejército hacía,
con vacilante paso,
desde que el sol salía
hasta que iba á perderse en el ocaso.

No muy distante estaba
el límpido Apurímac,
cuyas corrientes, como blancas lonas,
que sus alas despliegan,
tranquilas corren y sus bordes riegan,
y se van á perder al Amazonas.

Supo Gasca, que cortados
los puentes, del Apurímac
por orden de don Gonzalo,
en algo su marcha iba
este imprevisto accidente
á demorarle en la orilla;
envió, pues, exploradores,
y algunas cuantas partidas
para estudiar el paraje
en que un puente construían;
y hallóse uno en Cotapampa,
próximo á una aldea india,
y á preparar comenzaron
todas las cosas precisas,
porque observaron, contentos,
que en las opuestas orillas
de las enhiestas barrancas,
ningunas fuerzas habían,
quizá el contrario confiado
en que esas barrancas mismas,
al pie del río anchuroso,
inexpugnable le hacían.

# XCIII

## 1548

El oficial, que acampado
encontrábase en la aldea,
al frente de su partida,
después que hizo á la ribera
conducir los materiales,
en vez de esperar en ella,
según órdenes de Gasca,
quiso que á él se debiera
el haber construído el puente,
y que tan grata sorpresa,
al llegar á Apurimac,
tuviesen Gasca y sus fuerzas

Esos puentes prodigiosos
y de grande resistencia,
los levantaban los indios
con ingeniosa destreza:
de gruesos haces de mimbres,
retorcidos como cuerdas,
formaban enormes cables,
entretegiendo sus hebras
para darle la largura,
que era preciso tuvieran,
hasta una y otra márgen,
en donde en postes de piedra,
ó en las naturales rocas,
los ligaban con firmeza;
sobre estos cables ponían
trasversalmente maderas,
y en algunos, pasamanos,
cuando eran de forma estrecha;
pero estos vibrantes puentes

y de frágil apariencia,
que sobre abismos profundos
mecían brisas lijeras,
podían cruzar confiados
hombres y cargadas bestias,
y aún á la artillería
ofrecer segura senda,
sobre ríos anchurosos,
sin que crujir se sintieran.

Pero cuando Gasca supo,
que hallábase la partida
el puente ya construyendo,
comenzó á marchar de prisa,
temiendo que los contrarios
tomasen la opuesta orilla
é impidiesen los trabajos,
lo que sucedió en seguida,
como pensábalo Gasca,
que al recibir la noticia,
con *unos doscientos* hombres
mandó á la aldea á Valdivia.

Y al llegar Valdivia al río,
supo:—que *veinte* soldados
del ejército rebelde,
los nueve cables cortaron,
volviéndose presurosos
á dar aviso á Pizarro.—

Entonces Valdivia hizo
algunas balsas de palos,
y con sus arcabuceros
llegar pudo al otro lado,
y los indios y rebeldes
hasta el Cuzco dispararon.

Y con su ejército Gasca
llegó al Apurímac en tanto,
*y hasta media noche todos*
estuvieron trabajando
en concluir un nuevo puente
que un descuido de Pizarro
dióles ese breve tiempo
para poder terminarlo,
antes que fuese Valdivia
por los rebeldes cercado. 227

Y á eso de la media noche,
concluida vieron la obra,
y el pasaje comenzaron
del armamento y las tropas,
los carros y artillería,
en medio de negras sombras:
hicieron á los caballos
cruzar á nado las ondas,
y *muy cerca de sesenta*
estrelláronse en las rocas,
agudas y verticales,
y como impelidas hojas
los arrastró la corriente;
pero al despuntar la aurora,
ya cientos de arcabuceros
encontrábanse en las lomas,
presumiendo que Pizarro
destacase sin demora,
para impedir el pasaje,
partidas exploradoras;
y después que allí reunida
vió Gasca á su gente toda,
dióla el preciso descanso;
pues de esa marcha penosa
ya vencidos se encontraban
los trabajos y zozobras.

Pizarro, cual soldado de fortuna,
á quien los triunfos sin cesar halagan,
sin previsión ninguna,
ni temer de la hueste los vaivenes,
ya del Perú creía
la corona ceñir sobre sus sienes,
y del buen padre Gasca se reía:
y ufano y sonriente
y en el Cuzco obsequiado,
á gozar afanoso del presente,
con lúbrica indolencia se entregaba;
y el aumento y cuidado
de su reunida gente
al incansable Carbajal confiaba:
Pizarro, de carácter impetuoso,
confiado y generoso,
*soldado de fortuna*, hombre valiente,
que surge de la nada y que descuella,
sin ser perseverante,
ora antes de triunfar era anheloso,
ora después del triunfo era indolente,
buscando los placeres y el reposo,
que hacen la vida marital tan bella;
y como hombre feliz, *supersticioso*,
fiábale todo de su buena estrella,
el poder anhelando visionario;
y así esperaba, entre el placer tranquilo,
que descendiese á su dichoso asilo.

Mas todo lo contrario
era el activo Carbajal astuto:
el triunfo de Huarina suponía
de la victoria efímero tributo,

y tan solo creía
que un combate postrer y decisivo,
do quedase Gonzalo ó Gasca vivo,
la suerte del Perú decidiría:
anciano material sin ilusiones
no en el falaz destino *se confiaba*,
ni de las armas en la incierta suerte
la victoria esperaba:
el cuidado eficaz y la constancia
eran para él el éxito inmutable;
y el arte, disciplina y el trabajo
lo seguro, constante y favorable,
y á ello se contrajo:
y con actividad infatigable,
en su mula montado noche y día,
la ciudad recorría,
y los varios cuarteles visitaba,
haciendo hacer contínuos ejercicios:
juzgaba á la ciudad un campamento,
y alegre entre las armas se encontraba,
como el pez en el líquido elemento. 228

Así, pues, sin descanso trabajando,
y á Pizarro en orgías contemplando,
el viejo Carbajal no se avenía
con la indolente vida de su jefe,
por mas que le quisiera;
y la común desgracia preveía,
al verle en la inacción,
é hízole presente:
—que antes de ver al enemigo al frente,
y hasta el Cuzco llegar, como invasor,
salir de allí debía en el momento
con todos sus recursos y tesoros,
dejando desprovista á la ciudad,
y decisivo encuentro
llegarle á presentar:
que también convenía
á los *trescientos hombres*, que tenía
pasados de Huarina en la derrota,
internar hacia el Sud;
*porque siempre el pasado era un canalla*,
de cobarde actitud:
que era fácil ganar una batalla,
como vióse en Huarina,
*con un puñado* de soldados fieles,
y no con indecisa multitud.—
«Y en fin, si acaso vemos,
—continuó Carbajal,—
que fuerzas suficientes no tenemos,
para poder vencer al capellán,
—pues así mencionaba al padre Gasca,—
las sierras y los montes ganaremos,
y de las fieles tribus ayudados,
en monte, llano y sierra
parcialmente le haremos
empecinada guerra,
hasta verlos á todos desbandados;
porque en la guerra, la constancia y arte,
arrojo y previsión,
imperar á la larga en cualquier parte,
y vencen siempre al número mayor,
que un *su número fía*,
y no de la disciplina y dirección.»

El consejo prudente
de su amigo y experto Carbajal
Pizarro oyó remiso;
y disgustado Carbajal, no quiso
extenderse en su plan;
pues Pizarro, orgulloso, prefería
de dudoso combate ó desigual
el peligro correr,
antes de dar la espalda al enemigo,
y su adquirida fama oscurecer.

Así las cosas se hallaban
en la antigua capital,
cuando llegó la noticia:
—que comenzaba á pasar
un corto destacamento
del ejército real
el anchuroso Apurímac,
por *un puente nuevo* ya.—

Entonces á don Gonzalo
dijo el viejo Carbajal:
«Dadme *cien arcabuceros*
y *cien caballos* no mas,
y yo, por Santiago os juro
el no dejarles pasar,
y traeros prisionero
al mañoso capellán,
pues para mi nada valen
su corona ni sayal....
y quizá antes de traerle
haríale ejecutar.» 229

«No, *mi padre*, yo no quiero,
—Pizarro le replicó,
pues llamarle así solía,
ó bien *su viejo mentor*,—
que os tomeis esta molestia,
ni separarme de vos.
Nombremos á Juan de Acosta,
oficial de pundonor,
para que vaya á cumplir
tan peligrosa misión,

y dadle las instrucciones,
que os parecieren mejor.»

Pizarro eligió á este joven,
porque en más de una ocasión
habíase demostrado
militar de gran valor,
y á su causa siempre adicto,
do quiera le acompañó.

# XCIV

## 1548

Llevaba don Juan de Acosta
*doscientos arcabuceros*,
que montados á caballo,
marchar pudieron bien presto,
porque dista solo el río
*cuarenta y cinco* kilómetros;
mas ya tarde al Apurímac
llegó este destacamento,
porque otros más numerosos
de la márgen eran dueños,
impidiéndole acercarse
mientras pasaba el ejército.

Intentó entonces Acosta,
antes que volverse atrás,
en emboscada nocturna
al enemigo atacar;
pero un viejo desertor
rebeló á Gasca este plan,
y tuvo que retirarse
y nueva ayuda esperar,
recibiéndola en seguida
de *trescientos hombres más;*
pero ya Gasca tenia,
debido á su actividad,
todo el pasaje efectuado;
y el animoso oficial
al fin túvose de prisa
al Cuzso que retirar.

Como una bomba
al estallar,
ó ráuda tromba
en alta mar,
infunde el pánico,
creciente, rápido,
y es todo entre la gente confusión,
asi la nueva,
que Acosta lleva,
en el Cuzco causó gran sensación.

El tránsfuga Cepeda,
el célebre ex-oidor,
que al virey Nuñez Vela traicionando,
luego por interés, por ambición,
al triunfante Pizarro,
como bajo y servil se le plegó;
aquel pobre letrado,
que en premio á su traición,
y por quererla echar de espadachin,
recibió en Huarina
una marca *en el pómulo y nariz*,
fué el primer cobarde,
que comenzó á Pizarro á aconsejar:
—que de Gazca debía
el perdón generoso ya aceptar;—
mas el noble Pizarro y sus amigos,
el tardío consejo rechazaron,
con hidalga altivez;
pues había algo grande y atrevido
con resistir, tenaces,
á tal perdón, al número y poder,
cuando antes dignamente no lo hicieron,
pudiendo concesiones obtener.

Y muchos se burlaron
del marcado ex-oidor,
cuando antes altanero aquel indulto
á aceptar se negó;
mas el servil Cepeda
aguardó de vengarse la ocasión:
el sablazo en el rostro recibido,
le hizo claro ya ver:
extinguió su entusiasmo, y en las garras
de Gasca verse al fin temió despues;
y traidor buscó el modo,
segun los hechos, de quedar de pié.

Volvió Pizarro á recobrar de nuevo
su brío y decisión,
como quien su letargo sacudiendo,

claros ve los objetos en redor;
y tras esa indolente corta tregua
mas fogoso sintió su corazón:
soldado de fortuna,
mimado por la suerte,
no quiere en su poder sombra ninguna,
ó perderlo tan solo con la muerte;
y reuniendo un consejo de oficiales,
de consuno el consejo resolvió:
—dejar en la ciudad
alguna decidida guarnición,
y de Jaquijazuana
al contrario esperar
en el vecino valle,
que *veinticinco kilómetros* distante
se encuentra de la antigua capital.—

Así quedó resuelto,
y apresuradamente
púsose don Gonzalo
de su ejército al frente,
que á su querido jefe victoreaba.

Triste y silencioso,
del Cuzco el vecindario contemplaba
la partida del jefe prestigioso;
y en su interior rogaba:
—porque otra vez volviese victorioso —

En el Cuzco existía,
como perla escondida entre los mares,
una joven preciosa,
de rizados cabellos, como azahares,
mecidos por el áura cariñosa:
era una tierna joven andaluza,
y de alma apasionada y soñadora,
y de encantos y amor enagenada,
como naciente aurora
de célica belleza:
hija de un viejo, muerto en los combates,
vivía triste y sola;
y ante la fama, el nombre y la grandeza
quedóse deslumbrada,
y al fin fué por Pizarro seducida,
y por ella adorado,
y de él la sola amante preferida:
y antes que subiese él á su caballo,
á su mansión llamóle, dolorida,
y recibióle en lágrimas bañada:
«Por qué lloras, mi vida?
¿No eres tú sola mi mujer amada,
y por quien siento esta fatal partida?
Así con voz doliente
Pizarro la decía,
besando triste la inclinada frente
de la joven, que muerta parecía
por la pálida luz de su semblante.
«¡Ay, déjame llorar! ¿Acaso ignoras,
—repúsola su amante,—
que á los grandes dolores
y sus santos amores
da benigno el cielo
estas tranquilas *lágrimas del alma*,
como remedio y bienhechor consuelo?
Toma,—le dijo esa mujer hermosa,
sacándose del cuello una cadena;—
esta toma, mi joya más preciosa...
esta cruz por mi madre bendecida,
que dióme al espirar; y Dios conserva,
oh gran Gonzalo, para mí tu vida!
Tú eres, como un astro rutilante,
como luciente estrella...
mas luego *en un instante*,
en los espacios piérdese su huella;
tal es el mundo, que apreciar *no sabe*,
ni hacer justicia, *en vida*,
al héroe, al genio, al sabio....
muerto, *le llora*... mas después, *le olvida!*
Solo tu nombre quedará *en mi labio*,
que noche y día en mis oidos zumba;
y yo, Gonzalo mío, sabré amarte...
mas allá de mis sueños de ultratumba!»

Y la infelice amante,
con sus preciosas manos
cubriéndose el semblante,
alejóse llorosa y vacilante,
cual si estallar sintiese la demencia,
«Adios, mujer sublime...
solo por tí deseo la existencia...!»
en lúgubre gemido
articuló Pizarro,
y partió presuroso, enternecido!

Pusiéronse en camino, con sus jefes,
*novecientos* soldados, *seis* cañones,
y carros con bastantes provisiones;
pero entre aquella gente, bien montada,
y mas, por Carbajal disciplinada.
una parte existía,
que causaba recelos y temores....
eran, pues, de Centeno
*los trescientos* soldados desertores!

El de Jaquijaguana,
hermoso valle de verdor brillante,
por el lado oriental circuído vese
de cerros elevados;

y en su centro un arroyo murmurante,
sendas y huertos deja entrecortados.

Allí los nobles indios,
por su benigno clima,
suelo feraz y bellos horizontes,
aún sus casas tenían y jardines,
en las suaves laderas y en los montes.

Allí tambien Pizarro, don Francisco,
en ardiente tarima,
quemar hizo al guerrero Chalcuchima,
á quien entre aquel disco,
morir sereno vió, con la grandeza
que al patriota sublima,
cuando da por la patria su cabeza!

Y hora llega también allí Gonzalo,
do decide asentar su campamento:
de rocas muro altísimo, sombrío,
defiende todo un flanco,
y por el otro el susurrante río
cierra el paso al ejército de Gasca,
poniéndose cañones,
y así quedando á retaguardia el Cuzco,
para ir obteniendo provisiones.

Allí, tranquilamente,
de sorpresas creyéndose al abrigo,
hizo Pizarro descansar su gente,
y esperó, harto confiado, al enemigo,
que entre tanto cruzaba lentamente
de las sierras difíciles pasajes,
con carros y cañones
y todos sus bagajes.

Y después de *dos días*
don Gonzalo mandó al campo de Gasca
á dos astutos frailes como espías,
con el fútil pretesto:
—de ir á examinar sus credenciales;—
mas Gasca, comprendiendo la jugada,
los detuvo *en arresto;*
y al rebelde contrario,
envía un emisario,
con el perdón brindándole *de nuevo,*
si las armas al punto deponía,
el indulto aceptaba
y al monarca imperial reconocía;
pero ciego Pizarro y obstinado,
rechazó el generoso ofrecimiento,
y despachó al enviado.

Marcha del padre Gasca la vanguardia
por entre espesa niebla,
que en laderas y valles
su vapor desmenuza;
y una avanzada de Pizarro al frente
encuentra de repente,
que destacada se halla,
y sus pasos detiene, el campo cruza,
y trábase ligera escaramuza,
preludio de la próxima batalla!

# XCV

## 1548

*El día ocho de Abril por la mañana,*
desde los picos de las altas sierras,
que de Jaquijaguana orlan el valle
el ejército vió del padre Gasca
*los blancos pabellones* de Pizarro,
como níveas palomas, que entre el verde,
tienden sus alas y reposan ledas;
y mas lejanas á las huestes indias,
apiñadas contemplan con sus dardos
y sus trajes de vívidos colores,
dispuestos á mezclarse en el combate.

Presto el bando real baja *en desórden,*
á pesar del esfuerzo de sus jefes,
y vulnerable ataque sus columnas
al descender presentan á las piezas,
que pudo haber Pizarro dirijido;
mas Pizarro, anhelando que bajasen
y le atacaran, do situado estaba,
en favorable posición y fuerte,
no detener á su enemigo quiso.

No obstante, destacó algunas partidas
para tomar un inmediato cerro,
del que podía Gasca molestarle;
pero viendo Hinojosa esta maniobra,

á la vez despachó un destacamento,
y despues de una corta escaramuza,
la posesión logró de la eminencia,
do coloca lijera artillería,
y de ella el primer tiro mata á hombre
y *al caballo ensillado* de Pizarro,
*y al paje,* que lo tiene de la brida.
Ve, pues, Pizarro que sus blancas tiendas
seguro blanco ofrecen á las balas,
y plegarlas ordena en el momento. 231

Baja al llano el ejército de Gasca,
al que en línea sus jefes van formando;
y Pizarro, que espérale en la loma,
prepara sus cañones, y dirije
*en el resto del día* unos disparos;
y la intención agrégase, que tuvo,
de sorprender á Gasca *por la noche*,
quien por un desertor recibió aviso;
y esa noche pasó sobre las armas;
mas ora fuese que Pizarro viera
por esa delación su plan frustrado,
ó porque de su gente desconfiase
al mandarle ese aviso en las tinieblas,
no tuvo efecto el meditado ataque;
y al desconfiar Pizarro de sus tropas,
se hallaba cual osado caballero,
de sus armas cubierto y anheloso
de imbestir temerario al enemigo;
mas que al verse montado en ruin jamelgo
desiste á su pesar de la árdua empresa.

Al pasar con sus armas en las manos
toda esa fría noche, amanecieron
los soldados de Gasca *entumecidos*;
mas antes que á los picos de las sierras
dorase el sol con sus nacientes rayos,
se forman los infantes en dos cuerpos,
para llevar el uno ataque al frente,
y el otro por el flanco, si es posible;
y la caballería en los costados,
y también una parte á retaguardia
con reserva de algunos tiradores,
do con sus frailes, clérigos y pajes
encontrábase Gasca, quien entrega
la dirección del próximo combate
á sus expertos jefes de confianza.

Y de esa hábil maniobra el buen acierto,
al viejo Carbajal exclamar hizo,
que ignoraba estuviese allí Valdivia:
«¡Vive Dios, que Valdivia ó bien el diablo
proteje al capellán y manda en jefe!» 232

Resentido este viejo con Pizarro,
por no haberle escuchado en sus consejos,
ni separado los trescientos hombres,
que después de Huarina se le unieron,
ó porque ya del éxito dudase
de esa batalla al comparar las fuerzas,
y no quisiera responsable hacerse,
de mandar los infantes *escusóse;*
*y solo,* cual soldado, lidiar quiso,
para probarle su amistad al jefe,
quien dió á Cepeda el mando de esas fuerzas,
poniéndole oficiales de confianza,
y la línea formó como en Huarina. 233

Un caballo *castaño, de gran brio*,
de largas crines y elevada talla,
arrogante montaba don Gonzalo,
cubierto de magnífica armadura
de fino acero y esmaltada de oro,
y capacete de oro en la cabeza;
y blandiendo su lanza poderosa,
al galope proclama á sus legiones,
con voz nerviosa y animado rostro,
seguido de sus jefes y ayudantes;
y así al verle, cual genio de la guerra,
seméjase á esos héroes de torneos,
que han inmortalizado en sus romances
de la edad media célebres poetas. 234

Manda avanzar Pizarro sus legiones,
indignado que Gasca le contemple,
sin que las suyas atacar hiciera,
mas del doble teniendo de soldados:
Cepeda entonces, se demuestra inquieto,
el querer elegir el mejor sitio,
al trote sale y desparece al punto
tras una roca, y á galope parte
*hacia el contrario campo:* sus soldados
míranle absortos, y después comprenden
que á la enemiga hueste va á pasarse;
en tanto, detras de él varios jinetes
á perseguirle corren, y Cepeda,
que montaba un trotón algo pesado,
y cargado además de gran maleta,
donde llevaba sus alhajas y oro,
fué alcanzado en terreno movedizo
por un lancero, que *le hiere el muslo*,
y atraviesa el costado del caballo,
y Cepeda y caballo *caen en tierra;*
mas del campo de Gasca pronto salen
algunos caballeros en su amparo,
que á los perseguidores deteniendo,
del pantano á Cepeda sacar pueden,

y en la hueste de Gasca es recibido
entre aplausos y vivas como un triunfo,
y el padre Gasca *tiéndele sus brazos*;
pues el fatal efecto bien comprende,
que va á causar en la legión contraria
tal deserción, aún antes del combate;
mas esta deserción, ya convenida
entre el prior de Arequipa y él estaba,
y en ella Gasca fiaba de antemano,
sino á Pizarro reducir podía
el perdón á aceptar tan ofrecido:
y el pérfido Cepeda elige astuto
el más fatal y decisivo instante
para perder al que llamó su amigo,
y quien confiado y generoso siempre,
de parte de sus fuerzas dióle el mando.

¿Mas por qué antes Centeno no alejóse
para su acción hacer menos odiosa?
Porque comprende que él nada valía,
si aislado antes hubiérase pasado,
exponiéndose á ser tomado preso,
y al desprecio de Gasca y sus legiones;
y para dar valor á *ese acto infame*,
decisivo é importante para Gasca,
y asegurar su huida sin peligro,
no en tan negra traición y felonía
vacila un punto, quien vendiera á todos.
Por eso del traidor *no debe fiarse*,
quien hábilmente sostenerse quiera,
sino alargarle de la venta el precio,
y como á criminal volver la espalda,
y al desprecio entregarle, merecido.

Y comienzan en grupos numerosos
á las filas de Gasca á irse pasando,
los que en Huarina fueron desertores,
tal cual lo había Carbajal previsto;
y el noble Garcilaso de la Vega,
*padre del escritor de la conquista*,
también sigue el ejemplo contagioso,
y en pos de él *unos doce* alabarderos,
mientras la gente de Pizarro avanza
y á la vez la de Gasca hace lo mismo,
desplegando guerrillas, y sus piezas
á hacer fuego preparan por momentos;
mas antes de lanzar el primer tiro,
*una columna* de las viejas tropas,
que fueron de Centeno, se adelanta,
sus filas deja, *pásase al contrario*,
y rendida en su campo se presenta;
y *un escuadrón*, que á perseguirla sale,
sigue su ejemplo, y sin temor se pasa.

Ordena Gasca, entonces, hacer alto,
y suspender el fuego y el ataque,
no queriendo que sangre se derrame,
al ver que se desgranan las legiones,
que el rebelde Pizarro le presenta;
y este caudillo y sus leales jefes;
al contemplar el rápido desbande,
de sorpresa y furor quedan absortos:
conferencian, vacilan y diversas
de unos y de otros son las opiniones,
como cuando el desastre vese encima.

La resistencia *inútil juzgan todos*,
y en pelotones los diversos grupos,
sus armas tiran y *ligeros huyen*:
*unos corren* al Cuzco, presurosos,
ó vanse á refugiar á las montañas,
leales siempre á su querido jefe,
y *otros* pásanse *al campo victorioso*,
perdón creyendo hallar por sus traiciones;
y sorprendidos los millares de indios,
que segura creían la victoria,
al ver que los rebeldes se desbandan,
ganan también sus sierras, como gamos,

En medio de unos cuantos oficiales,
que á mengua tienen huir como traidores,
Pizarro mira su desierto campo,
*y tarde, sí*, recuerda los consejos
del viejo Carbajal, tan sábio y ducho,
quien no lejos contempla, indiferente,
aquel desastre, con su calma estóica,
á la vez que sus versos favoritos
modulando: *estos mis cabellos, madre*,
montado en su caballo, como el reo,
que ávida muchedumbre mira en torno,
al ser hasta el cadalso conducido,
ó cual hombre, que en nada ya confía,
después de ver los consumados hechos,
que ya ni dudas ni remedios dejan,
sino al fatal destino *someterse!*

Y al ver Pizarro su desierto campo:
«¿Qué haremos?» dice al oficial Acosta,
que hallábase á su lado, como el perro
que la huella seguir del amo espera.
«¡Arremeter, señor, al enemigo
y morir cual romanos, sin rendirse!»
Replica el oficial pundonoroso.

«¡Ah, no!—exclamó Pizarro, tristemente,
que ya solo salvar *su alma desea*,
como firme creyente de su dogma;—

es mejor el morir como cristianos,
*cuando Dios nuestra hora nos señala*
y su suprema voluntad impone!
¡Acatemos sumisos su mandato!»

Y Pizarro á rendirse al trote marcha,
y en pos de él sus leales compañeros,
que hacia la misma huesa caminando,
heróicamente demostrarle quieren
de su nobleza *la postrer ofrenda!*

# XCVI

## 1548

Había apenas don Gonzalo andado
algunos cuantos pasos, cuando encuentra
que realista partida los detiene.
«Yo soy Pizarro que á rendirme vengo.»
Dice y sofrena á su *castaño brioso*,
y luego entrega al oficial la espada.

Alegre el oficial con tal hallazgo,
condúcele de Gasca á la presencia,
quien rodeado de sus jefes se halla,
los que al ver á Pizarro, sorprendidos,
*unos* se hacen á un lado, pesarosos,
por evitar en tan supremo instante
á su antiguo caudillo tal afrenta:
*otros* temiendo que á su rostro asome
vengadora vergüenza; porque fueron
al compañero y bienhechor traidores;
*y los más*, porque sienten humillados,
algún remordimiento aunque creyeran
con su patria y su rey haber cumplido.

Se acerca el prisionero al padre Gasca,
y ante él se inclina con respeto digno;
mas Gasca friamente le saluda
y severo interroga: «Por qué causa
dísteis muerte al virey y á esta colonia
sojuzgasteis, quitando sus derechos,
y rechazásteis repetidas veces
la gracia del monarca bondadoso?»

Y Pizarro, tranquilo le contesta:
«De Nuñez Vela la conducta insana
alzó el Perú, que auxilios demandóme:
derrotóle, señor, su desprestigio,
y murió en el combate *sin rendirse*.
Mi familia este reino ha conquistado,
y he creido tener á su gobierno
mas directo derecho *que otro alguno*,
y así el pueblo también lo ha comprendido
al exigirme que asumiese el mando;
y yo, su voluntad y mi derecho,
sin traicionar al rey he defendido.»

«¡Verdad es,—replicóle el padre Gasca,—
que vuestro hermano conquistó este reino;
mas colmóle de honores el monarca,
y á él y á su familia, *oscura y pobre*,
del polvo levantó, *los hizo ilustres;*
por eso vuestro hermano, agradecido,
*vivió y murió* leal á la corona,
y esto hace más chocante y despreciable
la baja ingratitud que habeis mostrado!»

Iba Pizarro á contestarle altivo;
pero sin escucharle el padre Gasca,
mandó:— que preso conducido fuese,
y vigilado con esmero sumo.—

A Centeno tocóle su custodia,
*ó demandóla él*, según se dijo;
mas no para vengarse de Pizarro,
sino para atenderle generoso,
cual si en su propia casa se encontrase,
y excepto libertad, *de todo tuvo*.

Cuando ve Carbajal desierto el campo,
y á Pizarro, sus jefes y ayudantes
caer rendidos, cual bajel deshecho,
que en medio de tormenta furibunda,
sumérgese en el mar, y ni sus palos
al marinero ofrecen ye guarida,
entona sus dos versos favoritos,
el segundo variando ya á su gusto:
*«¡Estos mis cabellos, madre,*
*ya todos se lleva el aire!»*

Cuando ve Carbajal desierto el campo,
comprende *que ya es hora de salvarse;*
pues no espera piedad sino venganza,
por sus muchas crueldades cometidas:
mete á su jaca espuelas, presuroso,
cruza veloz el campo, éntrase al río;
pero al querer subir la opuesta orilla,
que era alta y pedregosa, cae su jaca,
rendida por la rápida carrera
y el peso del jinete corpulento,
de muy pesada cota revestido,
la que quitarse Carbajal procura,
para poder nadar hasta la márgen;
pero *unos cuantos* de su propio bando,
al mirarle cansado y sin sus armas,
luchando por salvarse del peligro,
en la márgen le esperan y le cercan,
y entre puntas de espadas *le acorralan*:
«¡Debeis vosotros ser de los traidores!»
Grítales Carbajal y á ellos se entrega;
y en ofrenda al vencedor conducen
á ese viejo soldado, que valía
aún más de mil soldados, como jefe,
creyendo así obtener seguro indulto,
y algún premio tal vez por esa presa.

Vase aumentando en breve la custodia
con realistas, que corren á su encuentro,
y tienen que ajustar estrecha cuenta
con el temible viejo veterano,
á quien llenan de injurias y denuestos
y van amenazando con violencia,
cuyos actos cobardes, desafía
con burlas y reproches el cautivo,
hasta llegar de Gasca á la presencia.

«¡Carbajal! ¡Carbajal! ¡Aquí está el viejo!»
Empieza á repetirse en todo el campo,
y amontónanse todos á mirarle.
Sigue la soldadesca encarnizada,
injuriando al anciano, y aún queriendo,
sin respetar á Gasca, allí matarle,
cuando llega Centeno y reconviene
á aquella multitud, harto indignado,
por tan cobarde acción, con un vencido.

Entonces Carbajal mira y pregunta
con respetuoso tono:—á quien debía
aquella protección inesperada.—
Y un militar, que avanza, le contesta:
«¿Cómo, vuestra merced no me conoce?
Yo soy Diego Centeno.»—«¡Ah! perdone
vuestra merced,—el viejo le replica,
con sarcástico acento, y aludiendo
á sus huídas de Charcas y Huarina;—
pues como siempre le miré de espaldas,
ahora al ver á su merced de frente,
y tan de cerca no le conocía....
mas nunca es tarde, si la dicha es buena!»

Esta mortal injuria de un ingrato,
que de todo se burla y nada implora,
lanzada á un hombre generoso y noble,
que aun estando ofendido le proteje,
profundamente contristó á Centeno. 236

Del obispo del Cuzco, que allí estaba,
y en la batalla de Huarina hallóse,
un hermano en la fuga fué cautivo,
á quien dar muerte Carbajal dispuso;
y el obispo esta acción echóle en cara,
apostrofando al viejo de asesino;
mas Carbajal le mira, *se sonríe,*
y juntando sus manos le replica:
«Perdone su ilustrísima si digo,
que holgado más me hubiera en encontrarle,
que á ese su pobre hermano, que Dios haya,
pues no ahora dijérame tal cosa.»
Esta insolente irónica respuesta,
de tal manera exasperó al prelado,
que dióle *un bofetón;* y el viejo dijo:
«¡Vos dais al toro muerto gran lanzada!
¡Oh! que así sois vosotros los de iglesia!
¡Pero ya de esta afrenta limpio me hallo!»
Y pasóse las manos por su cara. 237

Quiso Gasca después interrogarle;
mas mirándole altivo el bravo viejo,
con desdén tuvo á menos contestarle,
y sentóse, volviéndole la espalda;
y entonces mandó Gasca, inalterable:
—que poniéndole grillos, se encerrase
en estrecha prisión, sin compañeros.—

Envió inmediatamente el padre Gasca
un prudente oficial, á que en el Cuzco
al partido realista se prohibiese
violencias cometer contra el vencido;
y allí apaciguando á unos y otros,
nombrase autoridades moderadas.

Del campo de batalla recogióse
riquísimo botín de provisiones;
tiendas, armas, bagajes y pertrechos
y mucha cantidad de oro y de plata;
pues costumbre tenían los soldados,

por esa errante vida que llevaban,
de en los carros llevar ó en sus maletas,
el oro y las alhajas que tenían.

Para corroborar esta costumbre,
cuéntase que un realista al ver vagando
con un fardo cargado á hermosa mula,
tiró al suelo la carga, presumiendo
fuera vieja armadura con su casco,
y subiéndose en ella la hizo propia;
y que otro más discreto, que observaba,
recogió esa gran bolsa y encontróse
que llena estaba *de ducados de oro.*

En aquella imprevista, gran derrota,
que realizóse sin haber batalla,
ó en aquel impensado gran desbande,
solo en la dispersión *quince murieron*
al ser por los realistas perseguidos;
y de ellos, por descuido, *uno tan solo.*

Nunca vióse victoria *más barata*
ni triunfo más completo y decisivo,
con sangre tan poquísima alcanzados,
cuando muchos pensaron que á torrentes
en aquel fértil valle correría,
dadas las fuerzas, que reunidas vieron. 238

Y creyóse este triunfo un homenaje,
que el Dios de los combates, complacido,
á la justicia y á la ley rendía,
entre la gente *antigua y timorata,*
que asi también se la llamaba, entonces,
á la que hoy por *fanática* juzgamos.

Y la *dominación* de los Pizarro,
allí, en Jaquijaguana, *para siempre*
sepultada quedó, como en la noche
la enrojecida tinta desparece,
que forma el sol con sus brillantes rayos,
al perderse en el límpido horizonte;
mas del conquistador el nombre ilustre,
su constancia, valer y eternas glorias
quedarán en las páginas eternas
de la Conquista del Perú famosa:
le alzará su grandeza monumentos,
*se inspirará el poeta en su epopeya,*
y de la cristiandad será su nombre
hasta el fin de los siglos aclamado,
por conducir *el lábaro divino*
á los lindes de un *mundo fabuloso....*
y que hoy, con el antiguo, *es solo un mundo!*

Acto continuo, y en el mismo valle,
ordenó Gasca á Alonso de Alvarado
y al licenciado Ciáuca, de la audiencia,
levantar el proceso á los rebeldes,
cuyo delito demostrado estaba
las armas en sus manos al hallarse;
y *en pocas horas* por concluido dióse.

Condenóse á Pizarro á ser sacado
de su prisión montado en una mula,
en tablado cortarle la cabeza,
y expuesta en Lima capital del reino,
con un amplio letrero que expresase
su crímen, su traición y tiranía;
y su palacio memorial del Cuzco,
*derribado y con sal todo cubierto,*
sin que nadie pudiese en tal paraje
levantar casa alguna, sin mandato
y terminante gracia del monarca,
al que pasaban las riquezas todas
de Pizarro y rebeldes condenados! 239

Y con saña más fiera condenóse
á Carbajal *á un bárbaro suplicio:*
era el que en un serón se le sacara
por dos bravías mulas arrastrado,
y que después *descuartizado fuese;*
y *a diez ó doce* jefes y oficiales
al castigo también de última pena.

# XCVII

## 1548

Perfectamente Gasca conocía
las profundas raíces,
que las dominaciones prolongadas,
logran echar en todos los países;
y que aquellos soldados,
que en su bando realista
hallábanse pasados,
*á mas de ser traidores,*

adictos á Pizarro seguirían;
y si con elementos le mirasen,
otra vez á su lado volverían.

Rápida reacción temieron todos,
después que del desbande
hubo pasado el crítico momento,
creyéndose inseguros;
pues fué tan inconsciente, fué tan grande
y tan sin fundamento,
que más bien parecía una celada
ó una estratégia de guerrera ciencia:
y Gasca, más que todos, la influencia
de Pizarro temió en su campamento,
no pudiendo con él tener clemencia;
así es que el cumplimiento
apresuró de la fatal sentencia;
y disponiendo todo,
notificóse á los confesos reos.

De hablar á algunos de sus buenos jefes
manifestó Pizarro los deseos,
mas á todos negóseles la entrada;
y díjole Centeno *aquella noche:*
—que su misión sentía,
mas que tuviese su alma preparada
para las *doce del siguiente dia.*—

Escuchó don Gonzalo esta noticia,
como un aviso que se espera ya;
y después que salió el triste Centeno,
echóse á descansar;
pero á las pocas horas trascurridas,
volvió á ponerse en pie,
y comenzó en su tienda á pasearse
*hasta el amanecer;*
mas apenas el alba macilenta
las sombras despejó,
hizo llamar, después de haber rezado,
á un fraile confesor,
y *hasta la misma hora de las doce*
encerróse con él;
los criados del verdugo
impacientes comiénzase á mover;
pero muchos soldados de Gonzalo,
movidos á piedad,
por la desgracia de su antiguo jefe,
hiciéronles callar.

Al salir don Gonzalo de su tienda,
con mesurado paso y faz tranquila,
ostenta igual lujo al que llevaba
de su opulencia en los felices tiempos:
sobre rico justillo resplandece
de terciopelo túnica amarilla,
con suma profusión bordada de oro,
así como el chambergo de anchas alas,
con finísima pluma engalanado.

A la bien ensillada y pronta mula,
sin que le ayuden sube, pues sus brazos,
relajándose el fallo, libres lleva,
que minorar su angustia todos quieren.

Gran número de clérigos y frailes,
con crucifijo en mano le rodean,
modulando oraciones y plegarias,
que repiten esbirros y soldados;
y él lleva entre sus manos *una imagen*
de la madre de Dios inmaculada,
á la que aplica con fervor sus labios,
pues desde niño de ella fué devoto;
y cuéntase que siempre sus adictos,
cuando alcanzar algún favor querían,
en nombre de la virgen le imploraban.

Subió al tablado como buen cristiano,
con modesto ademán y que comprende
que aquel acto postrero y tan sublime,
del mundo y sus miserias le desligan.

Lee luego el pregonero la sentencia
entre el profundo lúgubre silencio;
y en seguida Pizarro al comandante
pide y obtiene para hablar permiso;
y sin culpar á nadie, ni quejarse
de aquella muerte y deserción reciente,
enternecido á los soldados dice:
«Muchos, que fuísteis compañeros mios,
entre vosotros veo aquí presentes,
á quienes de mi hermano la largueza
y mi buena amistad hizo felices.
Y esto solo os recuerdo en el tablado
para á mi vez pediros una gracia.
Hora yo soy más pobre que ninguno....
nada de mis riquezas ya me queda,
y hasta la ropa, que mis carnes cubren,
no es ya mía, sino de mi verdugo.
Os pido, pues, como último servicio....
por el recuerdo *de mejores tiempos*....
de esos tiempos de glorias y de afanes,
el que me hagais por caridad, hermanos,
*una misa decir*, después que muera,
lo que también os servirá en descargo,
cuando la hora señalada os llegue!»

Saca la cruz, que pende *de su cuello*,
y del Cuzco al partir dióle la joven,

que un volcánico amor le consagrara:
la besa, estrecha, mírala y solloza,
y *á ella* también consagra su agonía:
mira al cielo y acércase al verdugo,
quien de un golpe *tan rápido y certero*,
troncha á aquella cabeza tan hermosa,
que el cuerpo *unos instantes quedó erguido!* 240

La fe profunda en otra eterna vida,
del Redentor las máximas sublimes,
y del alma inmortal santa esperanza,
que subir digna á su mansión presiente,
dan á Gonzalo el poderoso aliento,
para morir *sin odios y tranquilo*,
sin reproches lanzar, y perdonando
á verdugos y amigos, que le venden.
¡Dicha suprema, en el postrer instante,
que su carnal ropaje deja el alma!

Y aquellos desalmados veteranos,
pálido el rostro y en sus manos frías,
temblando y meciéndose las armas,
con profundo silencio le escucharon,
y luego *entre sollozos prorrumpieron*,
al ver tendido el cuerpo de su jefe:
y esa demostración tan bien sentida,
*aún antes de espirar, vengó á Pizarro!*

Y al encontrarse en su cuartel reunidos,
en un instante los soldados juntan
para mas de *cien misas y responsos*,
que decir hacen en el Cuzco y Lima!

No á la ignominia pública los restos
de Gonzalo Pizarro se entregaron;
pues rescató Centeno del verdugo,
como reliquia, su lujoso traje;
y ocultando *con sigilo el cuerpo*,
lo hizo enterrar en la Merced del Cuzco,
de los Almagro *en la misma huesa....*
cual si no hubiese en tan extenso reino,
*tierra bastante* para dar en ella
á sus conquistadores sepultura! 241

Fué conducida su cabeza á Lima,
donde en la plaza pública enclavóse,
con la de Carbajal *en otro lado*,
y púsose debajo este letrero:
—De Gonzalo Pizarro es la cabeza,
quien traidor á su rey alzó las armas,
queriendo defender su tiranía;
mas de Jaquijaguana en la llanura
la ley severa castigó al culpable;
y nadie osado sea de quitarla,
bajo la pena natural de muerte.—

Los manes de Pizarro en breve fueron
ampliamente vengados, y el destino
castigar justo quiso á los traidores.

Cepeda el criminal, cuya carrera
serie cobarde fué de villanías,
á punto estuvo de sufrir la muerte,
por los realistas jefes reclamada;
pero Gasca, al servicio agradecido,
que á la causa del rey prestó al pasarse,
pudo de ella librarle; mas envióle
preso á Castilla y espiró en la cárcel.
Centeno y Carbajal, el licenciado,
*como al año* después tristes murieron,
y luego *asesinado* fué Hinojosa,
y en el *martirio* feneció Valdivia;
y arrepentidos de traición tan negra
de aquel reino los viejos veteranos,
siguieron cada día echando menos
á su buen jefe, bienhechor y amigo,
bajo un nuevo gobierno, más severo.

Y de aquellos traidores militares
las muy trágicas muertes, tan seguidas,
supersticioso el vulgo, comentaba,
de Pizarro aumentando los recuerdos,
y á castigo del cielo presumía
esos contínuos hechos, misteriosos.

De *cuarenta y dos años*, y sintiendo
viril correr la sangre por sus venas,
el menor sucumbió de los Pizarro:
desde el momento que pisó ese reino,
su activa vida fué gloriosa serie
de lides, aventuras y ambiciones,
que sonriente fortuna protegía:
hallóse en la captura de Atahualpa,
y *en los diarios* encuentros con los indios,
y siempre triunfador sobresaliendo,
sin recibir jamás araño alguno,
cuando caían *otros* á su lado:
á dominar á Charcas contribuye,
y en empresas soñando sorprendentes,
á cabo lleva, con arrojo sumo,
la gran expedición al Amazonas;
*y su muy memorable y portentosa*,
entre inmensos desiertos, larga vuelta!

Su varonil belleza y galanura,
su brillante exterior, como guerrero,

su hábil destreza sobre el bruto altivo,
su perfecto manejo celebrado
en la espada, arcabuz, y lanza y sable,
y ese arrojo, que raya en temerario,
el peligro mayor siempre buscando,
*el primer caballero* andante le hacen,
entre esos héroes de gigantes hechos!

Sus notables hazañas numerosas
hácenle popular, desde que muere
su ilustre hermano, á quien reemplaza digno,
por su marcial franqueza y sus bondades:
pródigo y protector con todos era,
y de alma tierna y goces anheloso,
se entregaba indolente á los placeres,
después del triunfo y fatigosas lides;
y no de sus hermanos el talento,
ni el cálculo egoista y frío tuvo,
que despliega el político en el mando;
y su ambición y su constante suerte
muy superiores á su genio fueron;
y en sus hidalgos actos siempre vióse
*al hombre de corazón, no de cabeza;*
é incapaz de hacer mal, no desconfiaba
de sus falsos amigos encubiertos!

Del viejo Cerbajal sabias lecciones
no se atrevió á seguir, ni esa corona
en sus sienes hacer que depusieran,
ni á alejar de su campo á los traidores;
y resentido el viejo y ya dudando
un gran triunfo obtener como en Huarina,
rehusa dirigir sus viejas tropas;
*y de seguro*, que si al frente de ellas
se halla en Jaquijaguana, no se atreve
nadie á pasarse, si le mira al frente
y hubieran todos con furor luchado;
pero al mirarle retirado y solo,
presientes los rebeldes *la derrota,*
y antes prefieren entregarse á Gasca.

¡Tambien soberbio el viejo, resentido,
quiere hacer conocer á don Gonzalo,
cuanto valían *él y sus consejos,*
aunque para ello caiga su cabeza!

La grandeza, el poder y adulaciones,
que gozó don Gonzalo en su palacio,
llegáronle á infatuar hasta el extremo
de no ver, que si el pueblo, entusiasmado,
antes á él plegóse decidido,
y el gobierno rogóle que aceptara,
era porque del pueblo los derechos
y bienes adquiridos defendía;
y que después de haberlos conquistado,
no por un amo, que en peligro vieron
al afrontar la ira de sus reyes,
exponerse á perderlos ya querían,
ni perder su cabeza en un suplicio. 242

# XCVIII

## 1548

Acto continuo de morir Pizarro,
fué el verdugo á sacar,
con esbirros, serón y las dos mulas,
al viejo Carbajal;
mas su tienda de gente estaba llena,
por la curiosidad,
que sus crueles y ostensibles hechos
lograron despertar.

Con sarcasmos á todos recibiendo
y espíritu mordaz,
que estuviese inspirado parecía
*por el genio del mal.*

Entre los visitantes, un buen hombre
de contristada faz,
mostrando mucho anhelo por servirle,
expuso á Carbajal:
«De la muerte, señor, en otro tiempo
llegasteisme á librar;
y serviros ahora quiero en todo,
á vuestra voluntad.»
«¿Qué servicio decid, podeis hacerme,
*querido truchiman?*»
«El que os plazca, señor.»—«¿Podeis, entonces,
el darme libertad?—
«¡Eso nos es á todos imposible!»—
«¡Pues eso lo sé ya!
Y no pudiendo, entonces, hacer nada,
de aquí salid en paz,

que si os libré la vida en otro tiempo,
no fué, no, por piedad,
sino, porque el trabajo no valía....
de hacérosla quitar!»

Y á un piadoso cristiano, que le instaba
llamase un confesor,
fingiéndose contricto y santiguándose,
así le replicó:

«Solo á mi conciencia daña
crímen, que mucho lloré....
por un olvido dejé,
al alejarme de España,
de pagar *medio real*
á una bodegonera,
con quien bajo de higuera....
hice un pecado mortal!
Llamábase Marujilla,
era morena y salada,
y tenía su posada
en la ciudad de Sevilla.
Este es él único mal,
que recuerdo haber causado,
y deuda que no ha pagado
Francisco de Carbajal.
Mas si ni un medio la dí,
en pago, de un duro, á fe,
mi recuerdo la dejé....
y muy bien que la serví! 243

A todos esta respuesta,
tan cínica y deshonesta,
sorprendidos los dejó.
«Perdonad, hombres honrados,
si os sorprenden mis pecados.»
Riéndose el viejo exclamó.

Al fin hacen los peones
á los curiosos salir,
porque es hora de partir;
y sus primeras funciones
comienzan á practicar:
átanle brazos y pies,
y al serón quieren después
hacerle á la fuerza entrar,
porque el serón es pequeño;
y prorrumpe Carbajal:
«Seguid, gente servicial,
en vuestro afanoso empeño.
Chica para mí es la cuna;
pero nadie me ha de ver,
cuando se llegue á mecer,
el que haga mueca ninguna!»

Magullado
y arrastrado
fué llevado
Carbajal en el serón,
sin de dolor dar indicio,
hasta el lugar del suplicio,
donde con vida llegó.

Pidiéronle algunos clérigos,
que el *Pater noster* dijese;
y él, con acento sarcástico:
«*Pater noster*,» repitió;
rogáronle que siguiese,
y Carbajal replicó:
«¿No he dicho yo pater noster?»
Y después enmudeció.

Sacáronle la ropa los esbirros,
y de los cuatro extremos *cada cual*,
hasta del suelo levantar el cuerpo,
comienzan á tirar.

Luego el verdugo, con machete en mano,
una pierna del tronco separó,
y la otra después y los dos brazos,
y convulsivo el tronco se cayó.

Y por sus cuatro extremos aquel cuerpo,
hirviente sangre comenzó á manar,
sin que hubiese la víctima lanzado
en su martirio tan horrendo un ¡ay!

Dividióse del tronco la cabeza;
á la otra de Pizarro se juntó,
y á las dos, enclavadas en la plaza,
de Lima el vecindario contempló.

Esas olas de sangre y de conquistas,
allí en breve llegaron á arrastrar,
*Incas, conquistadores y rebeldes,*
*ídolos, momias y pagano altar,*
para erigir el rey, con brazo fuerte,
*su cetro, cruces y pendón real!*

Espíritu rebelde, *extraordinario*,
imágen de esos tiempos febricentes
de empresas, luchas, glorias y aventuras
fué Carbajal, guerrero consumado:
aún de la juventud la llama ardiente,
voraz en su existencia se expandía,
como esos viejos troncos del desierto,
exhuberantes vástagos arrojan,
que cubren y oscurecen á los otros,

que á florecer empiezan á la vida:
pasaba de la edad de *ochenta y cuatro;*
pero su erguido cuerpo y mente clara,
y la pujanza de su hercúleo brazo
para la guerra hacianle *el primero*,
ó para referir como un cronista,
con Francia é Italia las contínuas guerras.
De humilde techo y ambición sediento
por adquirir honores y fortuna,
abrazó de las armas la carrera,
y formóse cruel, avaro y duro,
sin creencia alguna ni querer á nadie.

Se cuenta, que con gusto presenciaba
de sus valientes víctimas la muerte,
odiando á los traidores y vendidos,
y que causaba horror por sus maldades;
mas tuvo *una virtud* muy señalada
y muy rara también en esos tiempos:
la de haber sido fiel á su partido,
y querer *como á hijo* á don Gonzalo.

A *todos asombró* su estóica muerte,
á pesar de la fama que tenía:
sus antiguos soldados *le lloraron*,
y Gasca vióse libre, en adelante,
de dos caudillos de prestigio sumo:
temible el uno por su *arrojo y nombre*,
y el otro por su *práctica y consejos.* 244

También los otros jefes y oficiales
la muerte *el mismo día* recibieron,
y *al alba del siguiente*, para el Cuzco
encaminóse Gasca con sus tropas.

Festeja el Cuzco ledo
la llegada triunfal
de Gasca y sus legiones
á la imperial ciudad,
como antes á Pizarro
lanzábase á aclamar,
al verle defendiendo
su vida y propiedad.

Así en todos los pueblos
es regla general,
dar vivas al triunfante
y al vencido olvidar.

El triunfo y la grandeza,
—como bella deidad,
que con radiantes ojos
nos llega á cautivar,—
deslumbran á los hombres;
y todos ó los más,
adoran y bendicen
al astro matinal,
y anhelan á sus rayos
elevarse y medrar.

Así todos los hombres,
desde la antigüedad,
que llámanse *políticos*,
han sido y lo serán.

Y allí encontrándose Gasca
con soldados y oficiales,
que á buscar fueron asilo,
después del ráudo desbande,
mandó que á los cabecillas
pronta causa se formase,
y condenáronse á muerte
á aquellos más principales,
y á galeras y destierro
á los insignificantes;
pero confiscados fueron
de todas las propiedades,
para premiar los servicios
de los soldados leales.

Motejóse al padre Gasca
esa severa conducta,
después del triunfo completo,
que no esperaba sin duda,
y dijeron los vencidos:
—que su venganza, *tan dura*,
ensangrentó la victoria,
que hubo sin sangre ninguna;—
mas mostrarles quiso Gasca,
que de ellos era la culpa,
pues á sus varias instancias
las llamaron *importunas*.

También Gasca conocía,
que esa soldadesca ó chusma,
hallábase acostumbrada
á una vida vagabunda,
y á seguir á los caudillos,
que amparase la fortuna
en sus planes temerarios,
tras del que iban en busca,
como viles avarientos
de oro, placer y aventuras:
que con gente tan rebelde,
para quien era una burla
la ley, derecho y justicia,
también era la blandura
y los perdones inútiles;

y que en tanta baraunda,
de la ley solo el rigor
podría dar paz segura
á un enviado del monarca,
levantando de la tumba
á esa infelice colonia
para libre ya de luchas,
poder presentar al mundo
sus riquezas y venturas.

# XCIX

## 1548

Si el cumplir las sentencias, condenando
á los rebeldes, para Gasca fué,
después de la victoria,
un penoso deber,
no lo era menos repartir los premios
con debida equidad;
pues en largos escritos ponderaba
sus prestados servicios cada cual;
y al acordarse, deberían muchos
disgustados quedar;
porque no habían tierras ni tesoros,
que alcanzasen á tanto memorial.

Y todos repetían
pedidos é importunos clamoreos,
presumiendo propicia la ocasión
de tierras adquirir, repartimientos
y de Gasca el favor;
pero este recogió sus memoriales,
y cansado de diarias peticiones,
al valle Guaynarina se marchó.

Tranquilo allí, y al lado de Soáysa,
arzobispo de Lima,
*tres meses* invirtió en examinar
aquellas peticiones,
queriendo proceder con equidad,
después de haber tomado los informes
de la gente entendida y principal;
y dejó al arzobispo facultado
para hacer las mercedes publicar.

Y Gasca para librarse
de quejas y compromisos,
á Lima se retiró,
do podía consagrarse
á los trabajos precisos,
después de tal confusión.

El arzobispo de Lima
convocó á la catedral
á los jefes y oficiales,
para la lectura dar
de los premios acordados
al ejército leal.

En el templo un gran gentío
con avidez se reunió,
como el día en que se juega
la lotería mayor,
invaden los jugadores
al atestado salón,
que en ella cifran los pobres
su esperanza, más que en Dios.

Predica el prior de Arequipa
un muy extenso sermón,
exhortando á los presentes
á acatar del superior
la voluntad, el criterio
é imparcial distribución;
pues ellos, los agraciados,
caer pueden en error,
como parte interesada,
al apreciar la cuestión;
y al excitado auditorio
inspirarle procuró
conformidad y mesura
y cristiana sumisión.

Bajó el prior, y el arzobispo
subió al púlpito en seguida,
con una carta de Gasca,
enviada de Guaynarima
*el diezisiete de Agosto*,
y en la que extensa exponía:
—haber con sumo cuidado
é investigación prolija,
examinado el asunto;
porque solo la justicia

y recta imparcialidad,
y no influencias indignas
fueron los móviles siempre
de los actos de su vida.
Que por lo tanto, esperaba
que si en todo equitativas
aquellas distribuciones
algunos no las creían,
el error disimulasen,
y que tuvieran en vista
solo su buena intención,
para ir dejando extintas
las disidencias y males
de una guerra fratricida,
y se aplacasen los ánimos;
pues era cosa sabida,
que no existe obra perfecta,
sino la de Dios divina.
Y que solo un sentimiento,
después de ese acto tenía;
el que hubiesen sido escasos,
para las gracias pedidas,
los bienes que á los rebeldes
confiscara la justicia.—

Después leyó el arzobispo
la lista de recompensas,
cuyo número ascendía
*á unas doscientos cincuenta,*
no haciendo á la vez lugar
á otra parte de aquellas
infundadas pretensiones,
que sin razones ni pruebas,
daban por grandes servicios
los que comunes solo eran.
Destinábanse á estos premios
las propiedades y haciendas
confiscadas, y que daban,
según inventario y cuentas,
*ciento treinta y cinco mil*
*pesos* anuales de renta. 245

Pero antes que el arzobispo,
conciliador y discreto,
á dar lectura llegara
hasta el fin del documento,
comenzó un débil murmullo,
como el de distante trueno,
que anuncia á la tempestad
y entolda rápido al cielo;
y concluyó por instantes
en general descontento:
y murmurando y airado
salió el gentío del templo.

Y hasta los que más ventajas,
sin esperarles tuvieron,
mostráronse disgustados,
porque á Hinojosa y Centeno
y Aldana y otros caudillos,
que de los rebeldes fueron,
adjudicó el padre Gasca
los más elevados premios,
y decían:—que era injusto
y falto de fundamento,
posponer á los leales,
por los que buscaron luego,
sacrificando á Pizarro,
salvarse de tantos riesgos.—

Pero Gasca discurrió
de contrario modo al de ellos:
—creía, que los realistas,
permaneciendo en su puesto,
cumplían solo un deber,
que no implicaba gran mérito,
para exigir recompensas;—
aunque acordólas á aquellos,
que en sus activos servicios,
mostraron más ardimiento;
mas de tales reflexiones
y principios prescindiendo,
hubiera sido imposible
conceder á todos premio,
so pena de fraccionarlos,
sin darles ningún provecho.
Solo, pues, tuvo presente
en aquel repartimiento,
los más ó menos servicios
de distinguidos sujetos,
y el de los jefes rebeldes,
que al prestar sus elementos
y adherirse á su partido,
un rápido fin pusieron
á una guerra, que creyóse
iba á durar mucho tiempo,
y á producir, entretanto,
graves hechos y sangrientos.

Intentó, sin embargo el arzobispo,
siempre conciliador,
secundado por otros caballeros,
calmar esa excisión;
mas estos buenos y oficiosos pasos,
la multitud juzgó
obra del miedo, y exigió arrogante:
—del acta del reparto anulación:
y amotinada luego,
al arzobispo y junta amenazó:

—con hacerse justicia por sus manos,
si no aceptaban esa petición.—

El comandante, entonces, de las fuerzas,
*á dos ó tres* á muerte sentenció;
condenáronse *á varios* á destierro,
y la ordenanza púsose en vigor.

Para poder mandar á esos soldados
del gran reino español,
en aquellos desiertos conquistados,
do cada cual creíase un señor,
eran precisas una mano férrea
y un duro corazón;
y del Cuzco el severo comandante
con su deber cumplió,
y aquel *motín* redújose *á la nada,*
al emplearse el militar rigor.

En tanto á Lima entraba el padre Gasca,
*en su mula montado,* y le seguía,
entusiasmado todo el vecindario,
dando *al libertador* seguidos vivas.

Gasca, alegre, los vivas aceptaba,
como del Dios de paz ecos benditos;
porque creía su alma agradecida
haberlos de su patria merecido.

Marchaba á su derecha un lindo potro,
ricamente ataviado, y conduciendo
el real sello, entre engastada caja
de adornos de oro y colores bellos.

Y de ese ayuntamiento los señores,
bajo un brillante *palic de brocado,*
y revestidos de lujosos trajes,
íbanle conduciendo hasta el palacio.

De las autoridades iba Aldana,
como correjidor, á la cabeza,
sin verse allí soldados, ni escucharse
salvas, tambores, himnos ni cornetas.

Solo echadas á vuelo las campanas,
y las calles *cubriéndose de flores,*
iban vibrando sus sonoros ecos
en bellos valles y lejanos montes.

Con fantásticos trajes,
varias cuadrillas
de jóvenes galanos,
camino abrían.

Unas iban tocando
flauta y guitarra,
y á sus blandos sonidos
otras danzaban.

De niñas lindo coro,
con dulces ecos,
seguía modulando
sonoros versos.

Y otro llevando flores
en canastillas,
á los lados de Gasca
las esparcía.

Y la gente alborozada,
repetía:
«¡Viva el pacificador!»
«¡Viva de la paz ansiada
el noble restaurador!» 246

## C

## 1548 hasta 1550

No era el sensato Gasca un hombre vano,
ni menos un tirano,
á quien el homenaje
en Lima recibido,
ni de lisonja el seductor lenguaje,
hiciéranle perder su buen sentido:
conoció sábiamente,
que no concluída estaba
su alta misión de paz y de consuelo;
y ese país hermoso precisaba
una base segura y permanente,
para rendir fructífero ese suelo:
que la administración y la justicia,
la paz, el orden y un gobierno honrado,
de esa colonia harían para España
el florón más preciado

de poder y grandeza,
*y mina inagotable*
*de colosal riqueza:*
así es que Gasca, firme, infatigable,
y como de la audiencia el presidente,
con sus otros activos compañeros,
con celo se ocuparon diariamente,
en despachar legajos empolvados,
de tiempos anteriores,
que estaban sin razón paralizados;
y haciéndose *justicia* á cada uno,
sin sentenciarse *no quedó ninguno*,
y cesaron los pleitos y cuestiones.

En todos los pueblitos y ciudades
estableció, con buenas ordenanzas,
municipalidades,
*controlando* los pagos y cobranzas.

En la pública hacienda,
distritos y demás reparticiones,
introdujo *reformas importantes*,
que hicieron deslindar atribuciones,
y despachar más pronto los asuntos,
por sus resoluciones.

La industria, agricultura y el comercio
fomentó *con sus leyes protectoras:*
diariamente las rentas acrecían,
y notables mejoras
de la paz á la sombra se veían:
de las otras marítimas colonias
las gentes acudían,
buscando el bienestar y la riqueza:
las minas se explotaban,
y las mulas, *cargadas de metales*,
en Lima penetraban;
y tantos bienes hizo
al dar á la colonia *nueva vida*,
que en breve satisfizo
del colonial tesoro
la deuda por la guerra contraída,
que habíase elevado
*á novecientos mil pesos* en oro. 247

Con paternal cuidado
contrájose á aliviar el triste estado,
que en *esas encomiendas*
soportaba el peruano esclavizado.

De todos los distritos las haciendas,
las granjas y las minas
ordenó examinar por inspectores
y piadosas personas, que anhelaban
el cumplir evangélicas doctrinas:
—y el modo averiguasen,
de cómo los señores
á los indios trataban,
y éstos debiendo ser interrogados.—

Y nombrando *una junta*
de rectos sacerdotes y letrados
y hombres entendidos,
la fueron remitiendo
los informes y datos recogidos.

Y quedaron las tribus
del pago *exoneradas*
de los fuertes impuestos anteriores;
y tan solo obligadas
á presentar tributos inferiores
á los que antes al Inca tributaban.

Y según los informes de la junta,
limitóse *el trabajo de los indios*,
que en las minas y haciendas se ocupaban,
obligando á los amos
á pagarles jornal *cada semana*,
y á darles *un buen trato y alimento*
*y educación cristiana;*
y quedaron nombrados inspectores,
para darse debido cumplimiento
á lo reglamentado.

Querido hubiera Gasca en sus reformas
haber extensamente realizado
del célebre Las Casas
*el plan humanitario y desechado*,
y tal fué su deseo;
pero bien comprendió que era imposible
en climas tropicales
y en cálidas regiones,
el trabajar la tierra al europeo;
y que sobrado hicieron sus legiones
con rendir al peruano
y tremolar altivos sus pendones:
que solo el africano
é indígena podían
labrar la tierra con su propia mano,
y á los fuertes trabajos resistían.

Pero sino en el hecho, en el derecho,
la palabra de *esclavo* suprimióse,
y al indio en adelante
*cual vasallo español consideróse;*
y aun consiguió después, ante sus reyes
y ordinarias justicias,
ya reclamar en sus favor las leyes. 248

En fin, Gasca empeñoso,
en poco tiempo realizó, incansable,
*todo* cuanto en reformas y adelantos
era en aquellos tiempos *practicable*;
y entre la población trabajadora
se bendecía de orden y progreso
su marcha bienhechora.

De Gasca estaba *la misión cumplida;*
la antiguo rebeldía *castigada,*
la anarquía *extinguida,*
*la paz asegurada,*
el país *floreciente*
y el pueblo *dedicado,*
en vez *de lucha ardiente,*
*al trabajo fructífero y honrado!*

Cansadas de escarmiento y reyertas
las díscolas legiones de haraganes,
quedáronse desiertas.
Las rentas en aumento
y el orden económico seguían,
y en la tesorería recaudados
á granel existían,
*mas de millón y medio de ducados*,
suma que fué por Gasca destinada
*como quinto,* á su rey correspondiente,
pues desde largo tiempo, sin mandarse
hallábase pendiente!

Impulsado de noble sentimiento,
no cobró *sueldo alguno á la corona,*
ni á la pública renta,
excepto su frugal mantenimiento,
del que pasó circunstanciada cuenta. 249

De Gasca estaba *la misión cumplida*,
y anhelando pasar al patrio suelo,
acordóse su próxima partida.
Dejó, pues, el gobierno encomendado
á sus colegas fieles *de la audiencia,*
mientras nuevo virey fuese nombrado,
dejándoles *por norma su prudencia!*

Una escena *patética y hermosa*
la víspera ocurrió de su partida:
*comisión numerosa*
de cercanos *curacas* presentóse
de su casa á las puertas, conduciendo,
gran cantidad de plata y de regalos
*y su anhelada bendición* pidiendo;
y Gasca, *enternecido,*
rehusando esos regalos y esa plata,
les replicó:—que para su alma era
esa demostración tierna y sincera,
*la sola apetecida y la mas grata!*—
Entrase luego y saca un crucifijo;
los indios se arrodillan,
y con acento paternal les dijo:
«¡Todos, buenos peruanos,
*en Dios somos hermanos!*
¡Adorad á este Dios, *único y santo,*
que es Dios de paz, de vida y de ventura,
y de todo infeliz *enjuga el llanto,*
donde su excelsa y divinal altura!»
Y los humildes indios, reverentes,
la cruz besaron y de Gasca *el manto,*
sintiendo no aceptase *sus presentes!*

También muchos señores principales
*cincuenta mil ducados* recaudaron,
que después que salió Gasca de Lima,
á su bajel enviaron,
pidiendo al capitán:—no se los diese
hasta después que hiciérase á la vela,
para que devolverlos no pudiese;—
mas Gasca antes lo supo,
y contesta en el acto agradecido,
devolviendo el dinero:
—que él solo había ido
*á servir á su rey:* que asegurados
su dominio y el orden
en aquellos estados,
*solo su deber hubo cumplido:*
que tanta distinción agradecía;
pero que honrosamente
aceptar no podía
tales demostraciones,
para que nadie á sospechar llegase
de sus buenas y honradas intenciones,
viendo vacías al llegar, sus manos!—

Mas sin saberlo Gasca,
dejaron los enviados en secreto
*veinte mil castellanos;*
y á Gasca parecióle ya importuno
el agregar razones redundantes,
después de las fehacientes;
pero al llegar á España
distribuyó esa suma *en los parientes*
de sus buenos amigos los donantes.

Y arreglados ya todos los asuntos
al orden y gobierno concernientes,
y después de deshecha la tormenta,
como en estío chaparrón ligero,
se embarcó *el mes de Enero*
*del año mil quinientos y cincuenta.*

Apiñado el gentío en su palacio,
siguióle hasta la playa en derredor,
como el hijo, la esposa y el amigo
siguen al padre, esposo ó bienhechor.

Y los indios y el pueblo y caballeros,
mezclados en la playa y en tropel,
con pañuelos, con vivas y ademanes
de Gasca saludaban el bajel.

A *principios de Marzo*
fondeó su escuadrilla en Panamá,
do se detuvo el tiempo necesario
para poder juntar
las mulas, que el tesoro condujeran,
confiadas á un piquete y oficial;
pues corrióse que andaba una gavilla
el tesoro dispuesto á arrebatar;
y poniéndose en marcha,
llegó á Nombre de Dios sin novedad.

Y supo *á los tres días*,
que no era infundado aquel temor:
—porque entrando la horda á Guatemala,
al obispo mató;
mas que después batida,
en sus filas entró la dispersión.—

Pertrechada su flota y todo pronto,
el tesoro embarcó,
y haciéndose á la vela para España
desde Nombre de Dios,
á la bellaS evilla
al cabo *de cuatro años* regresó.

# EPÍLOGO

Muy grata sensación causó en España
la llegada de Gasca, victorioso,
y el caudal que traía de las Indias.

¿Y como nó, si triunfador entraba,
después de haber vencido á los rebeldes,
extinguido del todo la anarquía,
libre de cabecillas prestijiosos
el orden sábiamente asegurado,
y regresando con tesoro inmenso,
cuando solo llevó como recursos
*sus hábitos, breviario y crucifijo,*
*la autoridad moral* de su monarca,
*y el real sello y órdenes en blanco?*

Partió, pues, sin un peso y sin legiones,
sin escuadra ni jefes ni ayudantes,
y entraba *vencedor* de los Pizarro,
y dispuesto á llenar las arcas reales,
exhaustas por las guerras infinitas
y los nuevos disturbios de Alemania,
donde el emperador estaba entonces,
quien cuando supo su feliz llegada,
en la corte mandóle presentarse.

Salió Gasca de España acompañado
de nobles cortesanos y señores:
se embarcó en Barcelona, llegó á Flandes,
y ante el monarca presentóse humilde,
quien recibióle en largas entrevistas,
con distinción y aprecio, y elevóle
al vacante obispado de Palencia,
á todos demostrando el buen acierto,
que en tan dura misión tuvo su enviado.

Después que salió Gasca, la colonia
á agitarse volvió, mas débilmente,
como olas largo tiempo sacudidas
por recios vientos, en calmarse tardan;
y sobre estos asuntos importantes,
de Gasca asesoróse el soberano,
hasta que el Perú la paz y el orden
sólidamente fueron afianzadas,
durante los gobiernos sucesivos
de ilustres dos vireyes, los Mendoza.

A Gasca promovióse al obispado
vacante de Sigüenza, donde el pueblo
sus notables virtudes admiraba:
murió en Valladolid ejemplarmente
*de sesenta y un años;* y sus restos
guarda Santa María Magdalena,
en monumento do su efigie se alza
en traje clerical, que aún existe,
y al que el viajero, amante de las artes,
por su maéstra ejecución admira;
y de Jaquijaguana las banderas,
que al pasarse llevaron los rebeldes,
como dignos trofeos se pusieron
en su marmórea tumba venerada....

¡pero ya el tiempo destructor, en polvo
esos trofeos convirtió de guerra;
mas de Gasca los actos memorables
*eternamente guardará la historia*
entre glorias de insignes españoles!

Aunque era Gasca de vulgar aspecto,
feo, de corto cuerpo y largas piernas,
tenía un fino y atrayente trato;
y si amable, paciente y bondadoso,
también en los momentos necesarios
enérgico mostrábase y severo:
y hasta muy económico en sus gastos
era para poder, caritativo,
ser con los otros franco y generoso.

No era hombre de genio, ni brillaba
como orador, letrado ni estadista,
ni tuvo de Las Casas las ideas,
*irrealizables para aquel entonces*
por su filantropía y su progreso;
pero era en todo práctico y sensato,
y el don de conocer tuvo á los hombres,
fiando á cada cual el desempeño
de aquello que entendía en su carrera;
é iba los sucesos preparando
con paciencia, providad y acierto,
*cual sabiamente en el Perú lo hizo!*

Si no era un genio, nó, *era un carácter,*
*ornado de notables condiciones,*
para salvar un pueblo y gobernarlo,
y encargarle negocios de importancia.

En los tiempos que el papa prepotente
y los reyes mandaban á su antojo,
y que el primer deber de los vasallos
era cumplir *la voluntad suprema,*
justos ó injustos sus mandatos fuesen,
supo Gasca cumplir gloriosamente
lo que entonces la iglesia y las naciones
un deber sagradísimo creían;
y Gasca fué de su época el apóstol,
cual *Washington*, el astro bendecido
de *santa libertad* y de progreso,
en el Norte del mundo americano,
y San Martín, Bolivar y otros genios,
en el del Sud, gigantes redentores!

República peruana, edén bendito,
hospitalario suelo, clima hermoso,
tierra de bellos valles perfumados,
de colosales cumbres y torrentes,
preclara cuna del amor, las gracias,
de clásicas bellezas peregrinas
y colosales vírgenes riquezas;
que al viejo mundo pródiga brindastes
á manos llenas y por largos siglos,
inagotables, mágicos tesoros,
y que aún más tienes en tus ricas minas;
á tí, espléndida tierra de ventura....
á tí consagro la leyenda mía,
en mal trazados, débiles renglones;
pero *en verdad histórica correcta,*
cual si hubiérala escrito en seca prosa,
como cronista escrupuloso y nimio!

¡Nobles hijos del sol, pueblo peruano,
plegue al Eterno, justiciero siempre,
vuestra patria colmar, desde su trono,
de la que mereceis, bendita dicha
*—y obtener lo que siempre será vuestro,*
volviendo al Cesar lo que aún es del Cesar!!!

República peruana, que contemplas
el pacífico mar entre sus aguas,
y¡ mansión de beldades y de encantos,
benigna acepta la espontánea ofrenda
del exacto poeta Demaría,
argentino, del Río de la Plata!

Buenos Aires, Noviembre 15 de 1886.

En prensa: Mis Obras Literarias.



# FE DE ERRATAS

| PÁG. | COL. | LÍNEA | DICE | LÉASE |
|---|---|---|---|---|
| VII | 1 | 1 | años | años, |
| VII | 1 | 20 | á | ó |
| IX | 1 | 27 | risueños | resueñas |
| 2 | 1 | 27 | derribada | derribada. I |
| 2 | 2 | 8 | daba | daban |
| 3 | 1 | 35 | sin oirlos— | sino irlos |
| 3 | 1 | 44 | eclesiatico | eclesiástico |
| 5 | 2 | 25 | fagoza | fangosa |
| 5 | 2 | 33 | cubiero | cubierto |
| 6 | 1 | 17 | aq ella | aquella |
| 11 | 1 | 32 | sncia | sucia |
| 15 | 1 | 4 | fné | fué tu |
| 16 | 2 | 34 | estoy viendo | viendo estoy.» |
| 18 | 1 | 22 | harta | harto |
| 18 | 2 | 26 | rápido | rápida |
| 18 | 2 | 44 | sembrados | sembradas |
| 20 | 1 | 2 | verguenza | vergüenza |
| 20 | 2 | 21 | norte | Norte |
| 23 | 1 | 4 | el | al |
| 24 | 1 | 27 | conquistar. | conquistar.— |
| 28 | 2 | 40 | tomar | tornar |
| 37 | 1 | 24 | edificios | edificio |
| 40 | 2 | 28 | á | la |
| 44 | 2 | 3 | los | las |
| 48 | 2 | 42 | ninoun | ningun |
| 52 | 2 | 2 | Vecino | Vecino.» |
| 54 | 1 | 35 | religion | religion, |
| 57 | 1 | 23 | ar a | área |
| 59 | 2 | 38 | ef tuarse | efectuarse |
| 60 | 2 | 14 | paciencia | existencia |
| 60 | 2 | 37 | animales | animales, |
| 60 | 2 | 44 | preciosos | precisos |
| 61 | 1 | 11 | granito | granito, |
| 63 | 2 | 33 | caudillo | caudillo! |
| 64 | 2 | 14 | el | al |
| 65 | 1 | 22 | ardiente | ardiente, |
| 65 | 2 | 14 | géneros | generosos |
| 65 | 2 | 18 | su | la |
| 66 | 1 | 15 | espedicion | expedicion |
| 75 | 1 | 42 | y raros | y raros y |
| 76 | 1 | 27 | al | ya |
| 82 | 2 | 15 | que tal | que á tal |
| 90 | 1 | 41 | ájaros | pájaros |
| 97 | 1 | 4 | valde | balde |
| 108 | 2 | 26 | todos idiomas | todos los idiomas. |
| 121 | 1 | 20 | ban | iban |
| 121 | 1 | 26 | trayendp | trayendo |
| 127 | 1 | 31 | Por | Pero |
| 137 | 2 | 24 | le hueste peruane, | la hueste peruana, |
| 139 | 2 | 30 | rosa | roca |
| 152 | 1 | 34 | y con | como |
| 156 | 2 | 10 | su | que su |
| 156 | 2 | 22 | crea | creia |
| 160 | 2 | 29 | Roda | Rada |
| 173 | 2 | 26 | cituando | sitiando |
| 176 | 2 | 22 | ella | ellos |
| 178 | 1 | 14 | feraces | feroces |
| 178 | 2 | 41 | el duro | duro |
| 180 | 2 | 3 | Mas | Eterno |
| 180 | 2 | 48 | Eterno; | Eterno |
| 180 | 2 | 50 | suelo. | suelo.— |
| 190 | 1 | 24 | lejos | legos |
| 192 | 2 | 45 | entusiasma | entusiasmo, |
| 193 | 1 | 31 | que de la | que la |
| 219 | 2 | 24 | encontrarle | enrostrarle |
| 220 | 1 | 45 | expuestas | expuesta |
| 229 | 1 | 28 | de Panamá | Panamá |
| 234 | 1 | 15 | banco | blanco, |
| 260 | 2 | 21 | desgarretando | desjarretando |
| 264 | 1 | 44 | el | al |
| 267 | 2 | 38 | siempre | nunca |
| 269 | 2 | 33 | Llevaba | llevaba |
| 292 | 1 | 1 | y que hagan | y hagan |
| 301 | 2 | 45 | fiábalo | fiabale |
| 304 | 2 | 15 | conserva | conserve |
| 311 | 1 | 45 | Comiénzase | comiénzanse |
| 314 | 1 | 6 | llamase un | llamase á un |



# NOTAS

(*) 1—En el párrafo de una nota, pasada por la corte española á Pedrárias, se le decía.

«El asiento que se oviese de hacer en el golfo de San Miguel en el mar del Sud, debe ser convenible para la contratación de aquel golfo, porque segun Vasco Nuñez escribe, sería muy necesario que allí haya algunos navios, así para descubrir las cosas del golfo y de la comarca de él, como para la contratación de rescates de las otras cosas necesarias al buen proveimiento de aquel: é para que estos navios aprovechen es menester que se hagan allá». Fernando Navarrete. *Colección de viajes y descubrimientos.*

2—Dice Prescott, en su *Historia de la conquista del Perú*: «que hasta 1522 no se envió una expedición formal y organizada hacia el Sud de Panamá, bajo las órdenes de don Pascual de Andagoya», como dando á entender, que fuese ordenada por Pedrárias; pero Quintana, en la *Vida de Francisco Pizarro*, no le da tal carácter, pues dice: «Precedieron al proyecto de esta compañía, (refiriéndose á la de Pizarro y Luque), otras tentativas, que si no da tanto nombre y consistencia, fueron bastantes á lo menos para tener noticias más positivas de la existencia de aquellas regiones, que se proponían descubrir. Ya por los años 1522 Pascual Andagoya, *con licencia* de Pedrárias, había salido á descubrir en un barco grande por la costa del Sud....» Se ve, pues, que á pesar de las prolijas investigaciones de ambos autores, no han encontrado claridad ó uniformidad en los antiguos, que han consultado; pues el uno dice, que fué mandado por Pedrárias, y el otro, que solo obtuvo su licencia, como si Andagoya hiciese el viaje por su propia cuenta.

Según Montesinos, en sus *Memorias históricas* y *Anales del Perú*, atribnye la enfermedad de Andagoya á una caida de caballo; pero éste, en la relación que dejó escrita de sus memorias, dice que fué por haberse caído al agua y que estuvo á punto de ahogarse.

3—También dice Andagoya, refiriéndose á las noticias de este viaje: «En esta provincia supe y hube relación ansi de los señores como de mercaderes é intérpretes, que ellos tenían, de toda la costa, de todo lo que después se ha visto hasta el Cuzco, particularmente de cada provincia la manera y jente de ella, porque estos alcanzaban por vía de mercadería mucha tierra.»

4—El insigne conquistador Francisco Pizarro nació en Trujillo, provincia de Cáseres y patria del hércules don Diego García de Peredes y otros notables varones: era hijo natural de don Gonzalo Pizarro, que murió de coronel de infantería, habiendo seguido al Gran capitán en las guerras de Navarra é Italia; y era su madre Francisca Gonzalez, á la que algunos autores dan cierta posición social, aunque otros dicen que era de humilde condición.

Gregoire, en su *Diccionario enciclopédico*, publicado en París en 1879, dice que nació Pizarro en 1475; la misma fecha indica Larousse en su *Diccionario universal*, y Prescott, por conjeturas, la fija en 1471, pues no hay conformidad en los autores de aquella época, respecto á la fecha de su nacimiento. Dice Herrera que tenía 63 años cuando murió en 1541: asegura Garcilaso de la Vega, que tenía más de 50 años en 1525; Pedro Pizarro, pariente del conquistador, que tenía más de 54 años en el mismo año 1525, y que en la época de su muerte tenía más de 80 años; pero esto me parece algo exajerado; y entre la fecha de Gregoire y Prescott, debe, en mi concepto, haber acaecido su nacimiento.

Fué arrojado al nacer á la puerta de un templo; y según Gomara, dióle de mamar varios días una puerca, hasta que se encontró piadosa nodriza, que le alimentara. Poco ó nada sábese de su niñez, ni de su juventud; pero se dice, que después le recogió el padre y ocupóle en cuidar una piara de cerdos, la que, desbandándose un día, hizo que el jóven expósito, por no poder dar cuenta de ella, se encaminase, como prófugo, para Sevilla, y embarcase para Santo Domingo: algunos autores aseguran y otros presumen, que sirvió en las guerras de Italia; pero solo se sabe de positivo, que en 1510 se embarcó en la expedición de Ojeda para Tierra Firma; que le dejó en San Sebastian, como jefe de la Colonia, durante su viaje

(*) La siguiente primera nota corresponde, que se ha omitido por descuido del cajista, á la página número 2, columna primera, línea veinte y siete, que dice: de un espléndido trono derribada.

á Santo Domingo; que le distinguía Balboa y llevó á la travesía del istmo y descubrimiento del mar Pacífico; que volvió luego á hacer esta travesía con don Gaspar de Morales, cuando el envidioso Pedrárias trató de anular á Balboa, á quien hizo luego aprehender por el mismo Pizarro, como el único capaz, por su valor y sagacidad, para lograr el éxito, cuando traidoramente le mandó llamar de la isla de las Perlas; y que Pedrárias llevóle consigo á Panamá, adonde dióle algunos indios y tierra, al lado de la ciudad, siendo esto, entonces, todo lo que poseía Pizarro, quien hízose también notable en Veragua en las refriegas con las salvajes tribus.

Solo Muñoz supone que Pizarro sabía leer y escribir; pero contestes están todos los demás autores, en que una y otra cosa ignoraba.

Dice Montesinos: «En este viaje trató Pizarro de aprender á leer; no le dió su viveza lugar á ello; contentóse solo con saber firmar, de lo que se reía Almagro, y decía: que firmar sin saber leer, era lo mismo que recibir herida sin poder darla. En adelante siempre firmó por sí y por Almagro su secretario».

Su compañero de armas Pedro Pizarro, dice terminantemente: «porque el marquèz don Francisco Pizarro, como no sabía leer ni escribir;» y Zárate, otro contemporáneo de ellos, confirma este aserto y dice: «siendo personas, (hablando de Pizarro y Almagro) no solamente no leídas, sino que de todo punto no sabían leer ni aun firmar, que en ellos fué causa de gran defecto..... Fué el marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacía, así de gobernación como de repartimienta de indios libraba, haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su secretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro».

Se ve, pues, que solo ponía su rúbrica á los lados de su nombre, escrito por Picado; y que solo trazó después una, cuando firmaba el marqués de Pizarro, como lo demuestran las copias que á su retrato se agregan.

Tan extraño era en aquella época saber leer y escribir, como lo es hoy ignorarlo; y hasta lo más distinguidos caballeros escribían tan malamente, como hoy apenas lo haría el chicuelo más pobre de aldea.

El adiestrar á los caballeros en el uso de las armas y el desarrollo físico, era en aquella época la educación más preferida y esmerada. Los nobles, que no eran políticos, y no se afiliaban en la carrera eclesiástica, seguían la de las armas, que los podía llevar á la gloria, á las riquezas y al poder.

Era Pizarro alto de estatura, bien repartido y de regular aspecto físico; sano, robusto y fuerte, como avezado desde su juventud á las luchas y materiales trabajos, y más adelante; en los eriales campos, inmensos desiertos y diarios combates: parco en la comida y bebida, sóbrio en sus propias necesidades, y levantábase al anochecer é incansable en el trabajo y sus deberes, siendo su único descanso y deleite el buscar nuevas ocupaciones y acrecentar su actividad; no habiendo conocido jamás el triste ignorado expósito los inefables placeres intelectuales, ni los consoladores goces del estudio; tenía gran afición al juego, pues no podía estar ni un momento en la inacción; y cuando elevado vióse á una alta posición, hacíase algunas veces el que perdía, para favorecer así, delicada y disimuladamente á sus necesitados subalternos; y con tal de jugar, no reparaba en la condición de las personas.

No agradábale á Pizarro la ostentación ni el lujo; era naturalmente, tal vez por haber tenido que sufrir, callar y obedecer, desde que naciera, poco comunicativo y modesto, condiciones, en verdad recomendables, y en todas contrarias entre nosotros los americanos, á las de aquellas personas, que dudando uno, si son de pura raza blanca ó alguna africana sangre circula por sus venas,—por sus irregulares y toscas facciones, el grueso pelo ensortijado y sin lustre, y sus vulgares y deformes extremidades,—ellos mismos se venden, por su osadía é impavidez, queriendo figurar en primera línea en todas partes, sean ó no acreedores á ello; y este característico signo del hombre de dudosa raza, puede infaliblemente disipar las dudas, del que las tuviere.

Cuando vióse Pizarro en la cumbre del poder, usaba solamente una capa negra y blanco sombrero, como queriendo imitar, según se suponía, al Gran Capitán; y el retrato, que de él existía en el palacio de los vireyes de Lima, representábale en traje de caballero, con espada al cinto y capa de marta, revelando su marcial continente.

Aunque era Pizarro persistente en sus ideas y atrevido en su acción, solía ser irresoluto, antes de decidirse; y conociéndose él mismo, tenía por costumbre el decir—no—á todos los que iban á solicitar algo, aunque después, si era posible, lo concediese; y á este respecto dice Pedro Pizarro: «Tenía por costumbre de cuando algo le pedían, decir siempre no. Esto decía él que hacía por no faltar á su palabra; y no obstante que decía no, correspondía con hacer lo que le pedían, no habiendo inconveniente; Don Diego de Almagro era á la contra, que á todos decía sí, y con pocos lo cumplía.»

Aquí diré,—de paso y cañazo,—porque se me viene á la memoria: que la semejanza de la conducta y proceder de Almagro, á que se refiere Pedro Pizarro, concuerdan admirablemente con las del prometedor doctor D. Dardo Rocha, ex-gobernador de la provincia de Buenos Aires.

No sería de encomiarse el temerario valor de Pizarro, en medio de todos aquellos aventureros, que igual á él lo tenían, si no hubiese descollado como Colón y Balboa, *por su constancia y fé* en el triunfo, á pesar de los desastres, reveses y peregrinaciones, cuando estuvieron todos para abandonarle, por repetidas ocasiones; y con verdad puede

decirse, que mucho aprendió al lado de Balboa, para ser un insigne caudillo.

En aquellos interminables desiertos y aterradoras montañas, no solo luchara como hombre con millares de hombres, sino con algo que es mucho peor: con la intemperie, los elementos, el hambre, la desnudez, la total carencia de todo lo muy necesario, los desastres, las sorpresas, lo desconocido, y por conservar la fé, la unión y el cariño de todos los indisciplinados y díscolos aventureros, que le siguieron, hasta realizar la gran conquista.

Manifiéstase su enérgica voluntad y decisión en los enfermizos pantanos de Choco, donde vió perecer á casi todos sus compañeros, antes que volverse á Panamá: en la isla del Gallo, donde trazando una línea con su espada, dijo:—que le abandonaran los que quisiesen, pues él se internaría solo al Perú, ó con los que quedasen;—y en la intuición y fé ciega en su destino, cuando salió á buscar, con menos de doscientoe hombres, á Atahualpa, en su misma capital, y rodeado de más de cien mil arqueros; y larga tarea sería enumerar todos los heróicos hechos realizados por Pizarro, en su memorable conquista.

Pero como verídico narrador, tengo también que señalar las sombras, que en algo oscurecen la radiosa figura de Pizarro, y que inseparables son de la incompleta organización moral, que jamás llegará á la perfectibilidad, desde que todas las encontradas pasiones convergen á que trate el hombre de realizar sus aspiraciones y ambiciones, sean ó no justas y lejítimas.

Casi todos los historiadores que hanse ocupado de la vida de Pizarro, califícanle de pérfido y una política innoble y egoista; y al estudiar su vida, no descúbrense en ella aquellos sorprendentes rasgos de abnegación y grandeza, ni aquellos sacrificios desinteresados y sublimes, que se ven en casi todos los que verdaderamente han sido grandes hombres; su pérfida ingratitud y envidia para con Almagro son evidentes; sus trabajos y empeños en la corte, solo buscaron siempre su propio beneficio y el de sus hermanos, y nunca el de sus companeros; su falta de lealtad en el compromiso con Atahualpa es indigna y reprochable: sin ninguna recompensa á los amigos, que ayudáronle en su magna empresa, es impolítica y demuestra su carácter egoista y receloso; la farsa de la proclamación del inca Manco, para que fuera su instrumento, es hipócritamente ridícula y salióle contraria á su objeto, pues solo consiguió que numerosas tribus, creyendo que fuera aquello verdad, sostuvieran luego al Inca denodadamente, y pusieron á las castellanas huestes en inminentes peligros, como cuando sitiaron al Cuzco y á todos los pueblos, donde estaban diseminados los españoles; y su tendencia á destruir el poder, civilización y monumentales edificios, allí encontrados, sin sustituirlos por otros, no mejores, ni siquiera equivalentes, fuè contraria á una pronta y conveniente organización.

¿Y cual fué en fin, la consecuencia de todo esto? Más que nadie, él mismo la sufrió: el que se le fueran separando sus compañeros; que las tribus, que reducir pudo con una paternal política, vengativas se le insurreccionaran, el que extinguiera las creencias y grandezas peruanas sin tener el talento de reemplazarlas por otras; y que muriese, en fin, asesinado por los vengadores amigos del hijo de Almagro, cuyo padre hizo llevar al patíbulo, sin comprometerse; que se evaporase á su muerte, todo el arbitrario puder que asumía, y se entregase á aquel reino á una espantosa guerra civil, cuando eran solo un puñado de hombres, embriagados en el oro y sedientos de lúbricos placeres, hasta atropellar los venerandos templos de las vírjenes tradicionales.

Sin embargo de todo esto, Pizarro, como guerrero, conquistador y personalidad política, predestinado por la providencia para cumplir en un desconocido mundo grandes acontecimientos en la humanidad, es una de las más culminantes figuras, que desde los más remotos y heróicos tiempos, puede, con orgullo, poner una nación en primera línea; legó á su patria, entre la universal admiración, un poderoso imperio muy más rico, extenso y vírgen, que el que gobernaba su emperador; redimió á ese conquistado imperio de la idolatría, para que en él se propagasen las consoladoras máximas de Jesucristo; y entregó su descubrimiento á la civilización, y á la explotada y envejecida Europa un florido eden, se pudieran asilarse los desvalidos del mundo y labrar un brillante porvenir para sus hijos; abrió á las ciencias un ignorado campo; atestó á la Europa entera con las barras de oro y plata, que lanzaban aquellos carros, como lanzan sus lavas y cenizas los estallantes volcanes; y su inmarcesible nombre es una de las glorias de su patria.

Si se consideran los oscuros principios de Pizarro, más disimulables se hacen sus faltas y errores: sin ninguna educación moral; maltratado desde el nacer por dura suerte, que al terminar sus años trocósele en propicia; arrojado del hogar materno y sin recibir en su infancia aquellas sonrisas y caricias, que nos forman la ternura del corazón y los dulces recuerdos y sentimientos, como al rocío, la brisa y el sol hacen abrir pomposas á las perfumadas flores: condenado, desde tierno niño, á buscarse el diario alimento, en denigrantes y penosos trabajos, agriando y contrariando los ensueños juveniles, y quizá haciéndole maldecir á los qne le dieron el sér y á su destino; y después, sin otros ejemplos, que la desordenada vida de los campamentos: la licenciosa de los salvajes y vagabundos, la avidez de adquirir oro,—por el conocimiento que desgraciadamente tenia, de que el oro disipa todas las necesidades y conduce á las más altas posiciones,—y la de satisfacer los materiales deseos en los continuos asaltos á las agrestas cabañas, ¿que altas condiciones morales puedénsele razonablemente exijir,

cuando otros grandes hombres, que suélennos presentar como modelos, rodeados desde el nacer de todos los más virtuosos ejemplos, llenos de comodides y con inculcado conocimiento de lo bueno y lo malo, han sido muchos peores que él; y sin embargo, ¿no prescinde de tales extravios la historia, y generalmente solo recuerda sus beneficios, proezas y glorias, como justa recompensa de sus merecimientos?

¡Sí! ¡Harto hizo el infelice y desvalido expósito: por sus propios méritos y sacrificios encumbróse á la gloriosa cima, donde irradian los más grandes hombres del universo!

Sus faltas, al lado de sus esplendorosas hazañas y de los trasendentales beneficios, rendidos á la humanidad, son como esa lijera y ténue nube, que casi nadie ve, en medio del más radioso día primaveral.

Creo que así debe juzgarse á Pizarro; y en prueba ys de admiración á su gloria y jénio, héle tomado como protagonista de este mi humilde trabajo; el que había pensado encabezarlo con su nombre,—como hícelo en otros con el de Balboa,—y concluirlo cuando es asesinado; pero como después varié ó prolongué mi plan, y decidíme á darle su terminación natural, que es cuando Gasca, ya pacificado el Perú, lo entrega á Carlos quinto, me ha parecido más propio el nombre que lleva.

Ese valor insensato, que nada teme; ese colmo de inaudita vanidad, que pierde á los hombres, perdieron á Pizarro; esa ciega fé, que suelen tener algunos en su buena estrella, como él ya debía tenerla, después de tantos obtenidos triunfos, hízole que désoyera todos los avisos, que hasta la víspera de su muerte le dieron, de esa tramad a conspiración para asesinarle; y parecióle como á Julio César, que nadie podría tener el pensamiento de realizar tal hecho; así es que fué sorprendido en su propio palacio, por unos cuantos hombres armados, que entraron en medio del día, y denodadamente peleó contra varios, hasta morir; y después que los conjurados dejáronle tendido en su propio cuarto, un fiel servidor y unos negros envolvieron el cuerpo en una sábana, y ocultamente lo condujeron á la catedral, temiendo que fuese arrastrado por las calles.

Pocos años después, y extinguida ya la guerra civil, hízose justicia al célebre conquistador; y en un suntuoso féretro, visible, fueron sus restos colocados en la catedral; y en 1607, cuando habíanse ya olvidado sus faltas y recordábanse solo sus esclarecidos méritos, trasladáronse con sagrado recogimiento á la nueva catedral, en caja forrada de terciopelo morado, con pasamanos de oro puro, y colocárónse al lado de los del digno y sábio virrey Mendoza.

El gran Pizarro murió soltero; pero de una hermana, de Atahualpa tuvo un hijo y una hija, que le sobrevevieron.

Ni Prescott ni los antiguos autores, que he leído para organizar este trabajo, dan el nombre de esa princesa peruana; pero Larousse, en su Diccionario, la llama doña Angélica, y este será el nombre que le daré á falta de otro; aunque Quintana, en la nota octava de la biografía de Pizarro, hablando de las principales concubinas indias que tuvo, dice que fué la hija de Huayna Cápac, hermana de Atahualpa; que se la puso doña Inés de Huaylles Nusta, y que de ella tuvo á don Gonzalo y doña Francisca, legitimados en su testamento.

Murió el hijo antes de llegar á la edad viril; y doña Anjélica ó doña Ines ó Huaylles Nusta, después de la muerte de Pizarro, casóse con un caballero español, llamado Ampuero, y se trasladaron á España, llevando á su hija de Pizarro, que allá contrajo matrimonio con su viejo tío don Hernando Pizarro, preso á la sazón en la Mota de Medina.

Ni el título ni las propiedades de Pizarro pasaron á su descendencia legítima ó natural; pero en la tercera generación y en el reinado de Felipe IV, concedióse el título de marqués de la Conquista y una gran pensión á don Juan Hernando Pizarro, como premio á los servicios de sus antecesores.

5—Don Diego de Almágro, segundo jefe en la conquista del Perú, era también expósito como Pizarro, y se ignora la época de su nacimiento: le da Quintana 63 años en la de su muerte, que fué en 1538, y por consiguiente, supone la de su nacimiento en 1474 ó 1475 que es la misma que fija Gregoire: dice Prescott *que no pasaba* de 70 años cuando murió, debiendo según su cuenta, haber nacido en 1468 y lo da por natural de Castilla la Nueva: pero Herrera dice que era de la Aldea del Rey, y Zárate de Malagón, y Gomara y Garcilazo de Almagro, cuyo nombre se puso á falta de otro heredad: y todos convienen en que era manchego.

Muy poco ó nada se sabe de la juventud de Almagro, mas todos suponen, que desde el principio siguió la carrera de las armas; y dice Quintana que fué á las Indias acompañando á Pedrárias, desde donde hizo amistad con Pizarro, como caudillos y de iguales hábitos de vida: de lo que no cabe duda es que era tan osadamente valiente como Pizarro, y tenía la cara y cuerpo llenos de cicatrices, lo que daba un desagradable aspectp á su fornido y bajo cuerpo, ágil y resuelto siempre á acometer las mas árduas empresas.

Cuando fué con Pedrárias a Panamá tuvo un hijo, poco más ó menos el año 1520, que después fué su vengador, habido en una india, á quien dejó como heredero, en condominio con el rey, de todos sus indivisos bienes en la sociedad con Pizarro, formada para la conquista.

Fué Almagro de vioientas pasiones y no acostumbrado á dominarlas: impetuoso y rápido en la ejecución de sus proyectos; mas pasados sus momentos de arrebatos, era

afable, igual oía consejos, se convencía y corregía sus desaciertos: caudillo prestigioso, popular entre sus soldados y compañeros, fiel con sus amigos, incapaz de desconfiar de nadie, y crédulo como un niño, revelábase así su noble corazón; y con todos franco y generoso hasta la prodigalidad, citaré como hecho corroborante, que cuando emprendió su campaña á Chile, prestó, ó mejor dicho, distribuyó entre sus compañeros y soldados, como cien mil ducados en oro; y manifiesta Herrera: «que mandó sacar de su posada más de ciento y ochenta cargas de plata y veinte de oro, y las repartió.» Y entendíase por una carga lo que fácilmente podía cargar un indio.

Contribuyeron en mucho, para que pudiera Pizarro realizar su conquista, los socorros y perseverancia, con que asiduamente le asistió en los primeros y más difíciles tiempos, en que tantas contrariedades tuvieron; y tal vez sin su decidida ayuda hubiesen sido estériles los trabajos del conquistador; la unión de ambos tuvo por objeto un fecundo y gran propósito; mas después de logrado no podía continuar, ni menos al tiempo del reparto del botin: el uno era confiado, franco, ardiente y sin ulteriores ambiciones políticas, mientras el otro, encumbrando solo á sus hermanos, de cuya sumisión no dudaba, era desconfiado, astuto, desleal y pérfido; así pues sucumbió el de más nobles sentimientos, y siguió imperando el más avieso y receloso.

Cansado Almagro de las deslealtades de su socio Pizarro, apoderóse del Cuzco, al volver de Chile, y cogió prisionero á Hernando Pizarro á otro hermano; y después de tratarlos con las mayores consideraciones, púsolos en libertad, á pesar de la tenaz oposición de Orgoñez, excelente general y consejero de Almagro, hombre de acertadas opiniones políticas: mandó enseguida Francisco Pizarro una fuerte expedición contra Almagro, dirigida por su hermano Hernando, que derrotó las fuerzas de Almagro, quien hízose llevar en andas para ser expectador de la batalla, pues no permitíanle ya su vejez y achaques el dirigirla; fué vencido y prisionero é hízole Pizarro levantar un proceso, confeccionado á su capricho y lleno de injustos cargos, y condenado fué á garrote vil en su propia prisión; complúgose antes Hernando en insultarle y escarnecerle, cebándose así, como una hiena, en el hombre á quien debía la vida y habíale puesto en libertad, contra la opinión de toda su hueste; llevósele despuésá la plaza pública y separóle el verdugo la cabeza del cuerpo.

Al siguiente día su amigo don Hernando Ponce de León trasladó el cuerpo del anciano Almagro á uua iglesia, y para mayor escarnio, dos Pizarros, hallándose Francisco en Lima, fueron acompañando el duelo: tal hizo también el conquistador en los funerales de Atahualpa.

Esta infame acción, esta envidiosa venganza, ejercida contra un antiguo y noble compañero, ya achacoso y viejo, es la más negra mancha del célebre Pizarro, porque sus hermanos no eran más que sus serviles instrumentos.

¡Digno por cierto de mejor suerte era el conquistador Almagro, que tantas glorias había dado á su patria y tan altos servicios había hecho á su rey en aquella famosa conquista!

6—Dice Quintana, que en esa expedición llevó Pizarro ochenta hombres y cuatro caballos, sin duda siguiendo á Herrera, que da ese mismo número; pero todos los demás historiadores de esa época, dicen que llevó más de cien; y el padre Navarro, que residió después en Lima, lo aumentó á 129.

7—Segúu Herrera, Zárate y otros autores del tiempo de la conquista, lo que dió el nombre del Perú al imperio de los Incas, fué la mala pronunciación de Birú, que llamaron Perú.

Debo prevenir aquí, aunque he debido hacerlo antes, que en esta obra, como en mis otras anteriores del mismo género, he usado indistintamente los abjetivos *indio é indiano*, dándoles un solo significado, y no haciendo la distinción, que hace de ellos la Academia, no solo por convenirme así para el verso, sino también por la misma razón, que como regla general, dispone que se llame, diga y derive de Varsovia, varsoviano; de Perú, peruano; de Chile, chileno; de Cádiz, gaditano; de Guipuzcoa, guipuzcoano; etc., así también, hasta en los derivados de continentes, como de Africa, africano; y de América, americanos; casi todos en *ano*, salvo algunos casos excepcionales, como más eufónicos para el lenguaje; ó llamarse así desde remotos tiempos, como de Inglaterra, inglés; de Francia, francés; de Malta, maltés; etc., acabados en *es*, ó en *an*, como alemán, musulmán; pero siempre dando un *solo adjetivo*, que exprese su nacionalidad, á todo individuo, de cualesquiera punto de la tierra, sin darle *dos*, uno que exprese si es *oriundo* y otro si es *meztizo*.

¿Por qué, pues, la real Academia solo hace *una unica excepción*, llamando á unos *indios*, como verdaderos indígenas, y á otros *indiano*, como á los mestizos, y dándole además á la palabra indiano otros significados, que repugnan al sentido común?

¿Qué razón tan poderosa, tan útil, tan necesaria, y de *tanto esplendor* para la lengua, ha obligado á la Academia á hacer tal cosa, tan incomprensible y tan falta de lógica, rompiendo así con lo generel, en todos los demás casos?

Llama la Academia *indio*, «al natural y originario de las Indias,» como si dijéramos, únicamente al indígena. (No sabemos si se refiere también a la India del antiguo continente, ó Indo-China, ó solo á las que se llamaron las Indias, del continente occidental.) Y llama *indiano*, «al natural de la india, pero no originario de ella.» «La persona que fué á la India y da vuelta luego á Europa:» y en otros, «que vuelve de ella rico.»

Pero el natural, ó nativo de un país, y originario, es lo mismo para ese mismo diccionario; así, pues, al sujeto nacido en Madrid, Galicia ó cualesquiera rincón de España, llámale español, aunque sea nativo y no originario, y sus padres sean rusos, turcos ó judíos; y la mismo á todos los sujetos de todas las naciones del mundo, sin diferenciar por otro nombre al hijo de extranjero, á quien por regla general dispone que se llame *mestizo.*

Luego la real Academia tiene diversa lógica, criterio y regla para un mismo caso, sin expresar cuál es la causa, que obligala á hacer tal excepción.

Volviendo la oración por pasiva, y siguiendo los americanos, en el caso ocurrente, el mismo precepto, que en el análisis de indio é indiano, porqué no han de poder decir también: «europeo ó europeano:» la persona que fué á Europa y da la vuelta luego á América; ó «que fué rica á ella y regresa pobre?»

También debería decirse: alemán, «el natural de Alemania y originario de ella», y alemano: «el nacido en Alemania, pero de padres extranjeros.»

Pero si me objeta, por decir algo, que indio se dice al indígena, è indiano á los hijos de los conquistadores, diré, que eso podía pasar hace cuatro siglos, para diferenciarlos; pero hoy no hay razón para ello: y preguntaré, por qué se hace esta única excepción con los nacidos en las antiguas llamadas Indias y no se ha hecho con ninguna otra nación, pueblo ó aldea del orbe; ni aún con los mismos americanos, que son los mismos ó verdaderos hijos de esas Indias?

Será por haberios tenidos en menos, aunque ya no hay indios ni indianos, en la excepción que da la Academia á estas dos palabras, sino americanos, quienes llaman *indios* á aquellas tribus salvajes, aún no conquistadas.

Pero por qué no se ha llamado y llama *africos* á los oriundos del Africa, y africanos á los mestizos é hijos de extranjero?

Podría extenderme largamente en otras oportunas observaciones; pero bástame con lo expuesto para mi objeto, que es manifestar, que á sabiendas y exprofeso he usado indistintamente de los dos adjetivos, á pesar de conocer la clasificación que hace la Academia de cada uno de ellos.

Pero ya, á Dios gracias, *no hay indios ni indianos,* como lo dice y entiende la Academia, sino solo América y americanos, libres é *independientes,* como tienen todos aquellos pueblos y naciones, constituídas ya, y no dependen de sus primitivos conquistadores.

8—Refiere Oviedo en su *Historia general,* la conferencia que tuvo Almagro con Pedrarias, y que él presenció, para separarle de la asociación en la empresa del descubrimiento del Perú.

«En el cual tiempo yo tuve ciertas cuentas con Pedrárias, y haciendo la averiguación de ellas en su casa, donde nos juntábamos á cuentas, entró el capitán Diego de Almagro, un día, é le dijo: Señor, ya vuestra merced sabe que en esta armada é descubrimiento del Perú teneís parte con el capitán Francisco Pizarro y con el maestre-escuela don Fernando de Luque, mis compañeros y conmigo, y que no habéis puesto en ella cosa alguna, y que nosotros estamos perdidos, é habemos gastado nuestras haciendas y las de otros nuestros amigos, y nos cuesta hasta el presente sobre quince mil castellanos de oro, é agora el capitán Francisco Pizarro é los cristiasos que con él están, tiene mucha necesidad de socorro é gente é caballos é otras muchas cosas para proveerlos, porque no nos acabemos de perder, ni se pierda tan buen principio, como el que tenemos en esta empresa, de que tanto bien se espera. Suplico á usía que nos socorrais con algunas vacas para hacer carnes, y con algunos dineros para comprar caballos y otras cosas de que hay necesidad, como jarcias y lonas é pez para los navíos, que en todo se toma buena cuenta y la hay de lo que hasta aquí se ha gastado, para así goce cada uno é contribuya por rata según la parte que tuviere; é pues sois partícipe en este descubrimiento, por la capitulación que tenemos, no seais, señor, cáusa que el tiempo se haya perdido y nosotros con él; ó sino quereis atender el fin de este negocio, pagad lo que hasta aquí os cabe por rata y dejémoslo todo. A lo cual Pedrárias, después que hobo dicho Almagro, respondió muy enojado é dijo: Bien parece que dejo yo la gobernación, pues vos decís eso: que lo que yo pagara si no me hubieran quitado el oficio, fuera que me diérades muy estrecha cuenta de los cristianos que son muertos por culpa de Pizarro é vuestra, é que habeis destruido la tierra al rey, é de todos esos desórdenes é muertos habeis de dar razon, como presto lo veréis, antes que salgais de Panamá. A la cual replicó el capitan Almagro é le dijo: Señor, dejáos deso; que pues hay justicia é juez que nos tenga en ella, muy bien es que todos den cuenta de los vivos é de los muertos, é no faltará á vos, señor, de que deis cuenta, é yo la daré á Pizarro de manera que el Emperador nuestro señor nos haga muchas mercedes por nuestros servicios: pagad si quereis gozar de esta empresa, pues que no sudais ni trabajais en ella, ni habeis puesto en ello, sino una ternera que nos diste al tiempo de la partida, que podrá valer dos ó tres pesos oro; ó alzad la mano del negocio y soltaros hemos la mitad de lo que nos debeis en lo que se ha gastado. A esto replicó Pedrárias, riéndose de mala gana, é dijo: No lo perderédes todo, é me dareis cuatro mil pesos; é Almagro dijo: Todo lo que nos debeis os soltamos é dejadnos con Dios acabar de perder ó de ganar. Como Pedrarias vido que ya le soltaban lo que él debía en la armada, que á buena cuenta eran más de cuatro ó cinco mil pesos, dijo: ¿Qué me dareis de mas deso? Almagro dijo: Daros he trescientos pesos, muy enojado; y jurando á Dios que no lo tenía, pero que

él los buscaría por se apartar dél é no le pedir nada. Pedrarias replicó é dijo: I aun dos mil me dareis. Entonces Almagro dijo: Daros he quinientos. Mas de mil me daréis, dijo Pedrarias; é continuando su enojo Almagro dijo: Mil pesos os doy y no los tengo, pero yo daré seguridad de los pagar en el término que me obligare; é Pedrárias dijo que era contento; é así se hizo cierta escritura de concierto, en que quedó de le pagar mil pesos de oro con que se saliese, como se salió, de la compañia Pedrarias, é alzó la mano de todo aquello, é yo fué uno de los testigos que firmanos el asiento é conveniencia, é Pedrarias se desistió e renunció todo su derecho en Almagro é su compañía, y de esta forma salió del negocio, y por su pequedad dejó de atender para gozar de tan gran tesoro como es notorio que se ha habido en aquellas partes.»

9—El siguiente instrumento público es la escritura de compromiso, que otorgaron los tres socios, y sirvió para el descubrimiento del imperio del Perú; y se encuentra en los *Anales* de don Fernando Montesinos, en 1526.

«En el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y de la santísima Virgen nuestra Señora, hacemos esta compañía.

Sepan cuanto esta carta de compañía vieren, como yo don Fernando de Luque, clérico presbítero vicario de la santa iglesia de Panamá, de la una parte; y de la otra el capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, vecinos que somos de esta ciudad de Panamá, decimos: Que somos concertados y convenidos de hacer y formar compañía, la cual sea firme y valedera para siempre jamás en esta manera: Que por cuanto nos, los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego Almagro tenemos licencia del señor gobernador Pedro Arias de Avila para descubrir y conquistar las tierras y provincias de los reinos llamados del Perú, que está, por noticia que hay, pasado el golfo y travesía del mar de la otra parte, y porque para hacer la dicha conquista y jornada y navíos y gente y bastimento y otras cosas que son necesarias, no lo podemos hacer por no tener dinero y posibilidad tanta cuanta es menester, y vos el dicho don Fernando de Luque no los dais, porque esta compañia la hagamos por iguales partes, somos contentos y convenimos de que todos tres hermanablemente, sin que hayan de haber ventaja ninguna más el uno que el otro, ni el otro que el otro, de todo lo que se descubriere, ganare y conquistare y poblare en los dichos reinos y provincias del Perú. I por cuanto vos el dicho don Fernando de Luque nos dísteis, y poneis de puesto por vuestra parte en esta dicha compañía, para gastos de la armada y gente que se hace para la dicha jornada y conquista del dicho reino del Perú, veinte mil pesos en barras de oro y de á cuatrocientos y cincuenta maravedís el peso, los cuales los recibimos luego en las dichas barras de oro, que pasaron de vuestro poder al nuestro en presencia del escribano de esta carta, que lo valió y montó; y yo Hernando del Castillo doy fé los vide pesar los dichos veinte mil pesos en las dichas barras de oro, y lo recibieron en mi presncia los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, y se dieron por contentos y pagados de ella. I nos los dichos capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro ponemos de nuestra parte en esta dicha compañía la merced que tenemos del dicho señor Gobernador, y que la dicha conquista y reino que descubriremos de la tierra del dicho Perú, que en nombre de su majestad nos ha hecho, y las demás mercedes que nos hiciere y acrecentare su majestad y los de su consejo de las Indias de aquí adelante, para que de todo goceis y hayais vuestra tercera parte, sin que en cosa alguna hayamos de tener mas parte cada uno de nos, el uno que el otro, sino que hayamos de todo ello partes iguales. I mas, ponemos en esta dicha compañía nuestras personas y el haber de hacer dicha conquista y descubrimiento con asistir con ellas en la guerra todo el tiempo que se tardare en conquistar y ganar y poblar el dicho reino del Perú, sin que por ello hayamos de llevar ninguna ventaja y parte mas de la que vos el dicho don Fernando de Luque llevaredes, que ha de ser por iguales partes todos tres, así de los aprovochamientos que con vuestras personas tuviéremos, y ventajas de las partes que nos cupieren en la guerra y en los despojos y ganancias y suertes que en la dicha tierra del Perú hubiéremos y gozáramos, y nos cupiere por cualquier vía y forma que sea, así á mi el dicho capitan Francisco Pizarro como á mí Diego de Almagro, habeis de haber de todo ello, y es vuestro, y os lo daremos bien y fielmente, sin desfraudaros en cosa alguna de ello, la tercera parte; porque desde ahora en lo que Dios nuestro Señor nos diere, decimos y confesamos que es nuestro y de nuestros herederos y sucesores, de quien en esta dicha compañía sucediere y lo hubiere de haber, en nuestro nombre se lo daremos, y le daremos cuenta de todo ello á vos y á nuestros sucesores, quieta y pacíficamente, sin llevar más parte cada uno de nos que vos el dicho don Fernando de Luque y quien nuestro poder hubiere y le perteneciere; y asi de cualquier dictado y de señoría perpetuo ó por tiempo señalado, que su majestad nos hiciere merced en el dicho reino del Perú, asi á mí el dicho capitan Francisco Pizarro, é á mí el dicho Diego de Almagro, ó á cualquiera de nos, sea vuestro el tercio de toda la renta y estado y vasallos que á cada uno de nos se nos diere é hiciere merced, en cualquiera manera ó forma que sea, en el dicho reino del Perú, por vía de estado ó renta, repartimiento de indios, situaciones, vasallos, seais señor y goceis de la tercia parte de ello como nosotros mismos, sin adición ni condición ninguna, y si la hubiere y ale-

gáremos, yo el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego Almagro, y en nuestros nombres nuestros herederos, que no seamos oídos en juicio ni fuera dél, y nos damos por condenados en todo y por todo, como en esta escriptura se contiene, para lo pagar y que haga efecto; y yo el dicho don Fernando de Luque hago la dicha compañía en la forma y manera que de suso está declarado, y doy los veinte mil pesos de buen oro para el dicho descubrimiento y conquista del dicho descubrimiento y conquista del dicho reino del Perú, á pérdida ó ganancia, como Dios nuestro Señor sea servido, y de lo sucedido en el dicho descubrimiento de la dicha gobernación y tierra he yo de gozar y haber la tercera parte, y la otra tercera parte para el capitan Francisco Pizarro, y la otra tercera parte para Diego Almagro, sin que el uno lleve más que él, así de estado de señor como de repartimiento de indios perpetuos, como de tierras y solares y heredades, como de tesoros y escondrijos encubiertos, como de cualquier riqueza ó aprovechamiento de oro, plata, perlas, esmeraldas, diamantes y rubíes, y de cualquier estado y condición que sea, de los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro hayais y tengais en el dicho reino del Perú, me habeis de dar la tercera parte. I nos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro decimos que aceptamos la dicha compañía y la hacemos con el dicho don Fernando de Luque de la forma y manera que lo pide él y lo declara, para que todos por iguales partes hagamos en todo y por todo, así de estados perpetuos que su majestad nos hiciere mercedes en vasallos ó indios, ó en otras cualesquiera rentas, goce el derecho don Fernando de Luque, y haga la dicha tercia parte de todo ello enteramente, y goce de ello como cosa suya desde el día que su majestad nos hiciere cualesquiera mercedes, como dicho es. I para mayor verdad y seguridad de esta escriptura de compañía y de todo lo en ella contenido, y que os acudiremos y pagaremos nos los dichos capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro á vos el dicho Fernando de Luque con la tercia parte de todo lo que se hubiere y descubriere y nosotros hubiéremos por cualquiar vía y forma que sea; para mayor fuerza de que lo cumpliremos como en esta escriptura se contiene, juramos á Dios nuestro Señor y á los Santos Evangelios, donde más largamente son escritos y están con este libro Misal, donde pusieron sus manos el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro, hicieron la señal de la cruz en semejansa de esta ✝ con sus dedos de la mano, en presencia de mí el presente escribano, y dijeron que guardarán y cumplirán esta dicha compañía y escriptura en todo y por todo como en ella se contiene, so pena de infames y malos cristianos, y caer en caso de menos valer, y que Dios se lo demande mal y caramente; y dijeron el dicho capitan Francisco Pizarro y Diego de Almagro: Amen, y así lo juramos, y le daremos el tercio de todo lo que descubriéramos y conquistáremos, y poblaremos en el dicho reino del Perú, y que goce de ello como nuestras personas, de todo aquello en que fuere nuestro y tuviéremos parte, como dicho es en esta dicha escriptura, y nos obligamos á acudir con ello á vos el dicho don Fernando de Luque y á quien en nuestro nombre le pertt eneciere y hubiera de haber, y les daremos cuenta con pago de todo ello cada y cuando que se nos pidiere, hecho el dicho descubrimiento y conquista y población del dicho reino y tierra del Perú; y prometemos que en dicha conquista y descubrimiento nos ocuparemos y trabajaremos con nuestras personas, sin ocuparnos en otra cosa hasta que se conquiste la tierra y se ganare, y si no lo hiciéramos seamos castigados por todo rigor de justicia por infames y perjuros, seamos obligados á volver á vos el dicho don Fernando de Luque los dichos veinte mil pesos de oro que de vos recibimos. I para lo cumplir y pagar y haber por firme todo lo en esta escriptura contenido, cada uno por lo que le toca, renunciaron todas y cualquiera leyes y ordenamientos y pragmáticas y otras cualquiera constituciones, ordenanzas que estén fechas en su favor y cualesquiera de ellos, para que aunque las pidan y aleguen, que no les valga. I valga esta escriptura dicha y todo lo en ella contenido, y traiga aparejada y debida ejecución, así en sus personas como en sus bienes, muebles y raíces, habidas y por haber; y para lo cumplir y pagar, cada uno por lo que le toca, obligaron sus personas y bienes habidas y por haber, segun dicho es, y dieron poder cumplido á cualesquier justicias y jueces de su majestad para que por tal rigor y más breve remedio de derecho les compelan y apremian á lo así cumplir y pagar, como si lo dicho fuere sentencia definitiva de juez competente pasada en cosa juzgada; y renunciaron cualesquier leyes y derechos que en su favor hablan, especialmente la ley que dice que general renunciación de leyes no vala. Que es fecha en la ciudad de Panamá á diez días del mes de marzo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos veinte y seis años: testigos que fueron presentes á lo que dicho es, Juan de Panés y Alvaro del Quiro y Juan de Vallejo vecinos de la ciudad de Panamá; y firmó el dicho don Fernando de Luque, y por no saber firmar el dicho capitán Francisco Pizarro y Diego de Almagro, firmaron por ellos en el registro de esta carta Juan de Panés y Alvaro del Quiro, á los cuales otorgantes yo el presente escribano doy fé que conozco.—Don *Fernando de Luque*—A ruego de Francisco Pizarro, *Juan de Panés*, y á ruego de Diego de Almagro, *Alvaro del Quiro*.—E yo Fernando dol Castillo, escribano de su majestad y escribano público y del número de esta ciudad de Panamá, presente fué al otorgamiento de esta carta, y la fice escribir en estas cuatro fojas con esta, y por ende fice aquí este mi signo á tal en este testimonio de verdad.—*Hernando del Castillo*, escribano público.»

Aunque en esta escritura se firma el cura Luque, *Fer-*

*nando*,—como así en realidad se llamaría,—tanto Prescott, Quintana y la mayor parte de los historiadores de aquella época, le llaman *Hernando*, como así debió llamarle entoncez la gente en Panamá, y lo hago yo también, siguiendo á mis predecesores.

Refiriéndose Quintana á la anterior escritura, dice lo siguiente, que manifiesta haber sacado de la obra inédita intitulada *Noticia general del Perú, Tierra Firme y Chile*, por Francisco Lopez de Caravantes, contador de cuentas en el tribunal de la contaduría mayor de las mismas provincias, y cuya obra estuvo antes en la librería del colegio mayor de Cuenca de Salamanca, y ahora existe en la particular de su majestad.

«Lo más particular que hay en este convenio, y que no se ha apuntado por ninguno de los historiadores, á lo menos que yo sepa, es que Hernando de Luque no era más que lo que comunmente se dice una testa de ferro en este caso, y que el verdadero contratista y asociado era el licenciado Gaspar de Espinosa, que se valió de su nombre para entrar á la parte de la empresa, y dió los veinte mil pesos de oro. Esto consta de una escritura otorgada en Panamá á 6 de agosto de 1531, ante el mismo escribano, por la cual Hernando de Luque, refiriéndose á la antecedente de 1526, «cede y traspasa la tercera parte, que por su virtud le toca, en el licenciado Gaspar de Espinosa (que está presente y acepta), porque así es verdad que hizo y efectuó la dicha compañía y contrato por mandato y comisión del señor licenciado Gasqar de Espinosa, que presente está; y los veinte mil pesos de oro de ley perfecta los recibió del dicho señor licenciado y son suyos, y hice la dicha compañía con ellos á su ruego para él y por su mandato. Testigos Alonso Quirós, Juan Diaz Guerrero, Juan de Vallejo, ve cinos de Panamá.»

10—Dice Herrera: «Todo era montañas, con árboles hasta el cielo.»

11—El secretarlo de Pizarro dice, tal vez exajerando en el triple el número de las casas: «En esta tierra había muchos mantenimientos y la gente tenía muy buena órden de servir, los pueblos con sus calles y plazas: pueblo había que tenía más de tres mil casas y otros había menores.»

12—Así dice una antigua relación: «Al tiempo de romper los unos con los otros, uno de aquellos de caballo cayó del caballo abajo; y como los indios vieron dividirse aquel animal en dos partes, teniendo por cierto que todo era una cosa, fué tanto el miedo que tuvieron, que volvieron la espalda, dando voces á los suyos, diciendo que se había hecho dos, haciendo admiración de ello: lo cual no fué misterio; porque á no acaescer esto se presume que mataran á todos los cristianos.»

13—«Metieron en un ovillo de algodón una carta firmada por muchos, en que sumariamente daban cuenta de las hambres, muertes y desnudez que padecían, y que era cosa de risa todo, pues las riquezas se habían convertido en flechas y no había otra cosa.» Montesinos.

Prescott llama Saravia al coplista; pero Gomara llámalo Saavedra y dice que era natural de Trujillo.

14—Estos trece denodados adalides fueron: el piloto Bartolome Ruiz, el tesorero Nicolás de Rivera, Cristóbal de Peralta, Domingo de Soria Luce, Pedro de Cándia, griego, Francisco de Cuéllar, Alonso de Medina, Pedro Alcon, García de Jerez, Antón de Carrion, Alonso Briceño, Martin de Paz y Juan de la Torre.

«Estos fueron los trece de la fama,—dice Montesinos;—estos los que cercados de los mayores trabajos, que puede el mundo ofrecer á los hombres, y los que estando más para esperar la muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo pospusieron á la honra, y siguieron á su capitán y caudillos para ejemplo de lealtad en lo futuro.»

15—Contestes y sin vacilar refieren este hecho, tal cual o describo, historiadores de aquella época, tan verídicos como Naharro, Cieza de Leon, Herrera y otros; y también el indio Garcilaso, quien dice estuvo en la escuela con el hijo de Cándia, y del cual quizá tuviera noticia del suceso.

16—Tratando el padre Naharro de que quería Pizarro dar á entender á los indios, que no era la codicia del oro, sino el deseo de visitarlos, lo que habíale llevado á tan emoto país, dice: «Sin haber querido recibir el oro, plata y perlas, que les ofrecieron, siuo el deseo de su bien el que les había traido de tan lejanas tierras á las suyas.»

17—Después de este suceso, nada dicen de Pedro Alcon los historiadores del Perú, pero es de suponerse que se le pasara tal arrebato, pues en la capitulación hecha por la reina con Francisco Pizarro, en Toledo á 26 de Juio de 1529, aparece Pedro Alcon entre los trece, que se nombran y hacía la reina hidaldos de solar á los que no lo fuesen.

18—Palabras textuales del padre Luque, recojidas por el historiador Herrera.

19—*Mama* significa madre: en el lenguaje peruano, tiene las mismas letras que en español é igual sentido al uso que se le da en Europa; y no es menos rara la coincidencia del nombre de *papa*, que daban los mejicanos á un sacerdote de gran jerarquía, y tiene el mismo significado con relación á la familia; esta palabra no es moderna, y los griegos y romanos, aunque con variación de letras, la daban la misma significación.

20—Algunos escritores atrasan esta fecha hasta 500 ó 550 años, antes de la invasión española. Según Ciera de Leon, Garcilaso y otros, *Inca* significa rey ó señor, y *Cápac* grande y poderoso, y *Jupanqui*, rico en todas las virtudes.

Insertamos á continuación el siguiente artículo sobre el lago de Titicaca,—ya que en este párrafo tratamos de él, aparecido en el *Argentino*, que se publicó en esta Capital de 5 de Enero de 1892.

## EL LAGO TITICACA

### OBSERVACIONES SOBRE LA DISMINUCIÓN PROGRESIVA DE SUS AGUAS

El lago Titicaca está enclavado en la gran meseta de los Andes, que se halla á los 7420 de longitud oriental del meridiano de Paris, y á los 14° de latitud Sud.

Su altura es de 12,550 piés sobre el nivel del mar, y ocupa un perímetro de 330 millas.

La meseta en que está situado el lago está inclinada hacia el Sud, á manera de una concha, cuyos bordes son los Andes. Este declive está probado por la dirección de la corriente de los ríos principales que son sus afluentes, tales como el Azangaro, Pucará y Huancané, que son los de curso más extenso, pues que recorren hasta 60 leguas, y que son afluentes del Ramis y estos cuatro corren de N. á S.

Los de Cabanillas y Lampa, afluentes de Suchis, se dirigen al SE. El llave, con sus afluentes, Angostura, Chullumpi, Tucsahaguira, Rio Hediondo, Collacachi y otros, se dirijen de NO. á SE.

El Escoma de N. E. á S. O., á escepción del Peñas, que baja del lago rápidamente de SE. á NO., desde las faldas del Sorata y á 8 leguas de la orilla del lago.

La parte más inclinada de esta meseta es la región S. por donde el lago hace su desagüe por el río Desaguadero.

II.

Las aguas del lago disminuyen de una manera palpable y sorprendente; y ello se comprueba con hechos irrecusables, que pertenecen al dominio de la observación y de la ciencia.

Así, por ejemplo, está bajo el dominio de la observación el hecho de que el lago va cediendo terrenos en su contorno, de los que se forman fincas y estancias productivas y exuberantes, que los dueños de los terrenos colindantes se los disputan en pleitos ruidosos que se ventilan ante los poderes administrativo y judicial, y que los sostienen á mano armada en luchas y conflictos que se convierten en contiendas comunarias cuyo recrudecimiento llega hasta el extremo, no raro, de choques sangrientos.

Entre estos conflictos frecuentes, podemos citar los que sostienen los comunarios de los distritos de Capachica y Pusi, en guardia de sus pretendidos derechos sobre los terrenos que va sucesivamente formando el decrecimiento del lago en sus respectivas circunscripciones.

Recordamos, además, que hace el espacio de 28 años, más ó menos, el lago bañaba los suburbios de esta ciudad de Puno, hasta cerca de la quinta de Pacheco, la cual dista hoy cinco cuadras de la orilla del lago, y en cuyo espacio intermediario existen en la actualidad fincas de cultivo. Iguales fincas hay formadas en los terrenoa abandonados por el lago en la punta de Guarisco, del distrito de Taraco, y en las pampas de Acora y llave, mucho más extensas hoy que en años anteriores.

III

Fuera de estos hechos, que caen bajo la acción de los sentidos, robustece nuestra tésis la autoridad de la tradición, sostenida por ancianos que han llegado á nuestros días.

Estos refieren que el lago Titicaca, estaba unido á la laguna de Umayo, á cinco leguas de distancia, y 50 pies de altura respecto de aquel, por medio del río Ilipa, formando al N. E. de este río una laguna llamada Hipa.

Dejando esta laguna el indicado río, seguía su curso por las pampas de Caracoto, Llungo, Ullagnachi y Machajmarca, hasta la laguna de Umayo, donde se encuentra la célebre y tradicional península de *Silustani*; la cual es notable por los monumentos ó *chulpas* construidas por los Incas, y cuya formación es de enormes piedras perfectamente pulimentadas y simétricamente colocadas, componiendo el conjunto de ellas troncos de conos invertidos y rematados en la parte superior con semi-esferas, cuyas secciones están elegantemente unidas con molduras que sobresalen, á manera de capiteles y que por sú consistencia se conservan casi intactos hasta hoy.

Esos ancianos cuentan tambien que todo ese trayecto estaba cubierto por las aguas del lago, y que las pampas de Moro, Pusi, Taraco, Ilave, Acora y Chucuito, no eran tan extensas como lo son ahora, y en las que existen innumerables cabañas que antes no existían.

IV

Sin embargo de que las observaciones expuestas no pueden menos que llevar al ánimo de nuestros lectores la íntima persuación de la exactitud del fenómeno de que nos venimos ocupando, vamos á penetrar en el terreno geológico, como fuente científica que lo confirma y lo explica.

Existen en los contornos del lago muchas colinas ó cerros verticalmente colocados, de rocas areniscas, de naturaleza deleznable y por consiguiente accesibles á la acción del roce de las aguas.

Así, por ejemplo, se nota en la peninsula da Chucuito, en Ichu, Chimo, Asiruni, del distrito de Puno; y en Huancané, y también en Peñas, Copacabana y otros puntos de Bolivia, que estas rocas están labradas y laminadas por el vaiven de las olas, y forman cavidades horizontales y sucesivamente paralelas hasta una altura considerable, y enteramente semejantes á las concavidades que hoy se encuentran al nivel del lago.

Yendo más lejos, á seis leguas de la orilla del lago, como por ejemplo, al distrito de Caracoto, y aún á otros puntos de mayor distancia, como Ayabaca, hacia el camino del Cuzco, hemos observado iguales fenómenos geológicos, y recogidos de ellos una infinidad de fósiles, compuestos de conchas de agua dulce, de las familias de los *limnitas, planorbes y amonitas*, iguales á las que actualmente se hallan á orilla del lago.

Entre las pampas de Moro y Chata se halla el vice distrito de Huata (que quiere decir *isla* en quichua) y á tres leguas del lago, un cerro, único en esa pampa, de seis leguas de perímetro, y en él se encuentran conchas petrificadas, exactamente iguales á las anteriores.

Como último comprobante de la exactitud de nuestras

apreciaciones, el profesor alemán, señor Luis Dahamen, del colegio de San Cárlos de Puuo, encontró, en 1877, una *boya* (pescado del lago), petrificada, en el lago de Huacsapata, á una altura de 130 pies sobre el nivel del lago y de esta ciudad do Puno.

No cabe, pues, duda de que en tiempos remotos el lago de Titicaca ha sido inmensamente grande, hasta ocupar, tal vez, toda la meseta comprendida entre las dos ramas de los Andes.

V

Probado como está, por la observación, por la tradición, por la presencia de las rocas y por los fósiles encontrados, que el lago decrece de un modo perceptible en su volumen de agua, pasemos á examinar las causas de este fenómeno.

Ello es muy fácil de explicarse conociendo su topografía, las condiciones geológicas del terreno que lo circunda y la fuerza de las estaciones lluviosas en estas regiones.

El lago de Titicaca se encuentra en la gran meseta de Bolivia (conocida por los geógrafos con este nombre) for, mada por los dos grandes ramales de los Andes, que se bifurcan en Bolivia. Yendo ambos hacia el Norte, el uno toma la dirección paralela á la costa occidental del Pacífico, y el otro se separa hacia el Oriente, para volverse á unir en el *Gran Nudo* (Cuzco), que se encuentra á los 74°"20 de longitud O del meridiano de Paris y á los 14° de latitud Sud.

Estas dos ramas contienen nevados elevadísimos y cerros numerosos, colocados en escalones, que descienden á la gran Meseta de los Andes de una manera caprichosa. Están formados eu su mayor parte de capas de tierra, arena y cascajo, deleznable, á la acción de las lluvias, que caen torrencialmente en la estación del verano. Esos copiosos aguaceros arrastran incalculables cantidades de esas materias; y de este modo, todas las innumerables quebradas que son secas ó que contienen pequeñas corrientes en las demás estacíones, se convierten en ríos caudalosos ó enesteros torrentosos, de aguas turbias y uniéndose unas con otras forman ríos, algunos de ellos navegables en parte, que recorren un trayecto considerable hasta de 60 leguas que median entre sus fuentes y el lago en que se derraman.

Inconcebible es el número de estos ríos, que se forman por las lluvias, fuera de los que emanan del deshielo de os nevados, que tienen agua peremante y que son los más caudalosos y susceptibles de ser navegables, como los anteriores, en una extensión más ó meuos considerable; tales como el Ilave, el Ramis, el Suchis y el Illpa en el Perú;; y el Escoma y el Peñas en Bolivia, aunque estos, con menos cantidad de agua que aquellos.

Este inmenso número de contribuyentes del Titicaca en los meses de Diciembre, Enero, Febrero y Marzo de cada año, arrastran una inconmensurable cantidad de mazamorra, barro y piedras quc se depositan en el fondo del lago, causando un desplazamiento, y el agua que antes ocupaba esa región, tiene que correr, por ley física, por su curso natural que es el río Desaguadero.

Es por esto que, despues de la estación de las aguas, crece aparentemente el volúmen del agua del lago, y tres ó cuatro meses despues disminuya hasta ponerse más bajo que el año anterior; es que el fondo se rellena más y más con los materles que las aguas arrastran de los cerros que los circundan.

Hay más en este órden:

Disminuida la profundidad del agua por las causas explicadas, hay mayor evaporación, y por consiguiente, mayor disminución de la masa de agua.

VI

Creemos, pues haber manifestado que las aguas del lago Titicaca disminuyen progresivamente, y deducimos, como cousecuencia natual, que este llegará á desaparecer con el trascurso del tiempo, hasta convertirse primero en lagunas pequeñas, y despues en un solo río que será considerado como fuente del Desaguadero.

Tovar.

21—«Otras cosas ay más que desir desde Tiaguanaco,—dice Cierza,—que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú. I assí se tiene que antes que los Ingas reinassen con muchos tiempos estavan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar á indios que los Ingas hisieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla ó pared que se vee en este pueblo».

Herrera menciona otras ruinas de la misma antigüedad: Garcilaso hace una maravillosa descripción de ellas, tomada de un eclesiástico, y M'Colloh cita el famoso templo de Pachacamac, cerca de Lima, como ejemplo de arquitectura, anterior á los incas.

22—«La imperial ciudad del Cuzco, que la adoraban los indios, como cosa sagrada.» Garcilaso.

«El Cuzco tuvo gran manera y calidad, y devió ser fundada por gente de gran ser.

Avía grandes calles, salvo que eran angostas y las casas hechas de piedra pura con tan lindas junturas, que ilustra el antigüedad del edificio, pues estaban piedras tan grandes muy bien asentadas.» Ciera de Leon.

Y el general, Miller decía en 1829: «Las paredes de muchas de las casas no han esperimentado cambio alguno durante siglos. El gran tamaño de las piedras, la variedad de sus formas y el trabajo inimitable, que en ellas se descubre, dan á la ciudad aquel aspecto interesante de antigüedad y poesía, que llena el ánimo de agradable, aunque triste veneración.»

23—El mismo Acosta, autor de la Historia natural y moral de las Indias midió esas piedras.

24—«La demolición de esta fortaleza, empezada en cuan

to se consumó la conquista, arrancó recomendaciones amargas á más de un español ilustrado, cuya voz, sin embargo, fué importante, contra el espíritu de avaricia y tiranía». Sarmiento.

Apoya decididamente Garcilaso la opinión de los españoles, que atribuían al diablo la construcción de la fortaleza.

25—«Tenía este templo en circuito más de cuatrocientos pasos, todo cercado, de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy escelente de fina piedra, muy bien puesta y asentada y algunas piedras eran muy grandes y soberbias; no tenían mezcla de tierra ni cal, sino con el betun que ellos suelen hacer sus edificios; y están tan bien labradas estas piedras, que no se les parece mezcla ni juntura alguna. En toda España no he visto cosa que pueda compararse á estas paredes y postura de piedra, sino á la torre que llaman Calahorra, que está junto con la puente de Córdoba, y una obra que ví en Toledo, cuando fuí á presentar la primera parte de mí Crónica al príncipe don Felipe. La figura del sol muy grande, hecha de oro labrada, muy primorosamente engastada en muchas piedras finas.» Sarmiento.

26—«Cercada junto á la techumbre de una plancha de oro de palmo y medio de ancho, y lo mismo tenía por dentro en cada bohío ó casa y aposento.» Sarmiento.

«Tenía una cinta de planchas de oro de anchor de más de un palmo, enlazada en las piedras.» Pedro Pizarro.

27—«El bulto del sol tenían muy grande en oro, y todo el servicio de esta clase era de plata y oro: y tenían doce honores de plata blanca, que dos hombres no abrazarían, cada uno cuadrados y eran más altos que una buena pica, donde echaban el maíz, que habían de dar al sol, según ellos decían que comiese.» Zárate.

Y Prescott agrega, vacilante ó asombrado: «Como esto pudiera parecer algo duro de creer á los más incrédulos, he preferido no echarme encima la responsabilidad de las dimensiones, y asi es, que no he indicado ninguna.

28—«Tenían un jardin que los terrenos eran pedazos de oro fino, y estaba artificialmente sembrado de maizales, los cuales eran de oro, así las cañas de ello como las hojas y mazorcas: y estaban tan bien plantados, que aunque hiciesen recios vientos no se arrancaban. Sin todo esto tenían hechas más de veinte ovejas de oro con sus corderos, y los pastores con sus ondas y cayados, que las guardaban, hecho de este metal. Había mucha cantidad de tinajas de oro y de plata y esmeraldas, vasos, ollas y todo género de vasijas todo de oro fino. Por otras paredes tenían esculpidas y pintadas otras mayores cosas. En fin, era uno de los ricos templos que hubo en el mundo.» Sarmiento.

29—«Que aquella ciudad del Cuzco era casa y morada de sus dioses, é ansi no había en toda ella fuente ni paso ni pared que no dixesen que tenía misterio.» «Había en aquella ciudad y legua y media á la redonda cuatrocientos y tantos lugares, donde se hacían sacrificios y se gastaba mucha suma de hacienda en ellos.» Ondegardo.

30—«Realmente formaban un ejército, si como dice Cieza de Leon, el número de sacerdotes y criados empleados en el famoso templo de los Bilcas, en el camino de Chile, ascendía á cuarenta mil. Parece que todo lo que pertenecía á esta casa del sol tenía dimensiones colosales; pero en cuanto á este número pueder ser un error y quizás debemos interpretarla por cuatro mil.» Prescott.

31—Segun Garsilaso, no se mantenían los sacerdotes á espensas de las grandes propiedades que tenía el sol, sino cuando estaban en ejercicio de sus funciones, y después del propio producto de sus tierras, pues dice se les adjudicaba como á las demás órdenes del estado.

32—En una novela de Marmontel. titulada *Los Incas*, se dan exactas relaciones de las religiosas fiestas peruanas.

33—«Ningun indio osaba pasar por la calle del sol calzado, ni ninguno, aunque fuese muy gran señor, entraba en las casas del sol con zapatos.» Zárate.

Dice Prescott, que Garcilaso de la Vega niega que los Incas hiciesen sacrificios humanos, y sostiene, que al contrario, los abolían en los pueblos que conquistaban, donde existian; pero Sarmiento, Montesinos, Cieza de Leon, Ondegardo, Acosta y otros autores de alguna autoridad, contradicen á Garcilaso, quien como descendiente de los Incas, trataba de defender á su pueblo de tan bárbaros actos; pero también sostienen dichos autores, que tales sacrificios eran muy raros, solo por algun gran acontecimiento se efectuaban.

34—«Llamábanse casas de escogidas, porque las escogian por su linaje ó hermosura.» Garcilaso.

La voz mamacona significa matrona: mama ó madre la primera parte de esta palabra compuesta.

Algunos escritores, como Gomara y Pedro Pizarro dicen que estas vírgenes no tenían muy justos derechos á que se las respetasen como púdicas vestales; pero sin fundarse en prueba ni antecedente alguno: y Garcilaso asegura, que jamás hubo ejemplo de un solo desliz, pues si lo hubiera habido, inexorable el Inca hubiera practicado la terrible ley.

35—Segun la letra de ley, dice Garcilaso, ninguno podía casarse sino con pariente; pero se interpretaba más ampliamente, considerándose como parientes a todos los de la misma ciudad ó distrito.

36—El protestante Prescott halla aquí una ocasión magnífica para zurrar á los cristianos, apostólicos, romanos, pues dice: «Lo mas admirable, segun el padre Acosta, en su presunción y odios á Satanás, es que no so-

lo dice que falsicaba en idolatría y sacrificios, sino también en ciertas ceremonias, los sacramentos instituidos por Jesucristo, y que usa la iglesia habiendo aspirado especialmente á imitar en cierto modo, el sacramento de la comunión, que es el más divino y superior de todos.»

Y agrega que Cieza de Leon:» no satisfecho con publicar muchas relaciones maravillosas sobre la influencia y aparición de Satanás en persona, en las ceremonias de los, indios, ha adornado su obra con multitud de viñetas, que representan el príncipe de las tinieblas con sus acostumbrados perfiles de rabos y uñas, como para dar fuerzas á las homilias del texto. El peruano creía que su ídolo era Dios. Su conquistador cristiano creía que ese ídolo era el demonio. Difícil es decir cuál de los dos daba pruebas más indudables de grosera superstición.» Y así concluye: «Piedrahita,—el historiador de los Muycas—está muy convencido de que este apóstol debió ser San Bartolomé, de quien se sabe que viajó mucho. Los anticuarios mejicanos creen que Santo Domingo fué el encargado de la misión apostólica para el pueblo de Anahuac. Parecía, pues, que estos dos apóstoles se habían repartido entre sí el Nuevo Mundo, á lo menos sus partes civilizadoras. Si vinieron por el estrecho de Behring ó línea recta, atravezando el atlántico, es cosa que nadie nos dice. Velazco,—y es cosa singular, escritor del siglo XVIII,—apenas duda que realmente fuesen esos apóstoles á América.»

37—Confundiendo Acosta la costumbre azteca con la peruana, dice que el hermano segundo sucedía al Inca; pero en el informe de la real audiencia, se dice solo que sucedía el hermano á falta de hijo. Garcilaso, Sarmiento y otros, dicen que siempre se casaba con una de sus hermanas.

38—«Cuanto mayor era el agujero más elebado era el rango.» Pedro Pizarro.

«Los caballeros de la sangre real tenían orejas horadadas y de ellas colgando grandes rodetes de plata y oro; llamáronles orejones los castellanos desde la primera vez que los vieron.» Montesinos.

«El adorno, que tenía forma de rueda, no colgaba de la parte superior de la oreja, sino el agujero del cartílago. La hacen tan ancha como una rosca de naranja; los señores y principales traían aquellas roscas de oro fino en las orejanes.» Conquista y población del Perú.

39—«Porque verdaderamente á lo que yo he averiguado toda la pretensión de los Incas fué una subjección en todas las gentes, cual yo nunca he oído decir de ninguna otra nación en tanto grado, que por muy principal que un señor fuese, dende que entrava cerca del cuzco en cierta señal que puesta en cada camino de los cuatro que hay, havía dende allí de venir cargado hasta la presencia del Inca, allí dejava la carga y hacía su obediencia.». Ondegardo.

«Porque el Inca daba á entender que era hijo del sol, con este título se hacía adorar y gobernaba principalmente en tanto grado que nadie se le atrevía; y su palabra era ley, y nadie usaba ir contra su palabra ni voluntad, aunque hobiese de matar cien mil indios, no había ninguno en su reino que le osara decir que no lo hiciera.» Zárate.

40—Dice Zárate que eran más de mil los nobles destinados especialmente á tener el honor de llevar la litera.

»Cuando en tiempo de paz salían los Incas con gran magestad, sentados en ricas andas sobre unos palos lisos largos, de madera excelente, engastados en oro y argentería; y de las andas salían dos arcos altos hechos de oro, engastados en piedras preciosas. Caían unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera que las cubrían todas, y si no era queriendo el que iba dentro, no podía ser visto, ni alzaban las mantas sino cuando entraba y salía, tanta era su estimación; y para que le entrase el aire y él pudiese ver el camino, havia en las mantas hechos algunos agujeros por todas partes. En estas andas havía riqueza, y en algunas estaba esculpido el sol y la luna, y en otras unas culebras grandes ondadas y unos como bastones que las atravesaban. Esto trahían por encima por armas, y estas ondas las llevaban en ombros los señores, los mayores y mas principales del reino, y aquel que mas con ellas andaba, aquel se tenía por más onrado y por mas favorecido. En rededor de las andas, á la ila iba la guardia del Rey, con ios arqueros y alabarderos, y delante iban cinco mil hombres, y detrás venían otros tantos lanceros con sus capitanes, y por los lados del camino iban corredores fides, descubriendo lo que había y avisando la ida del Señor, y acudía tanta gente por lo ver, que parecía que todos los cerros y laderas estaban lleno de ellas, y todos le davan las vendiciones, alzando alaridos y grita grande á su usanza, llamándole: *Ancha atunapo indichiri campa campalla, apatuco pacha campa balla Yulley!* que en nuestra lengua dirá: «¡Muy grande y poderoso Señor, hijo del Sol, tú eres Señor! ¡Todo el mundo te oya en verdad.» Y sin esto le decían otras cosas mas altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios. Todo el camino iban indios limpiándolo, de tal manera que ni yerba ni piedra parecía, sino todo limpio y barrido. Andaba cada día cuatro leguas ó lo que él quería. Paraba lo que era servido para entender el estado de su reino; oía alegremente á los que con quejas le venían remediando y castigando á quien hacía injusticias. Los que con ellos iban no se desmandaban á nada, ni salían un paso del camino. Los naturales proveían á lo necesario, sin lo cual lo havía tan cumplido en los depósitos, que sobraba: y ninguna cosa faltaba. Por donde iba salían muchos hombres y mujeres y muchachos á servir personalmente en lo que les era mandando y para llevar las cargas: los de un pueblo las llevaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban; y como era un día y cuando mucho dos, no lo sentían ni de ellos recivían agravios ninguno.

Pues yendo el Señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placía, viendo por sus ojos lo que pasaba y proveyendo lo que entendía que convenía, que todo era cosas grandes é importantes: lo cual hecho, daba la buelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.» Sarmiento.

41—«La ropa de la cama toda era de fraçadas de lana de vicuña, que es tan fina y regalada, que entre otras cosas preciadas de aquellas tierras, se las han traido para la cama del rey Fhelipe Segundo.» Garcilaso.

42—Cieza de León hace brillantes descripciones de los palacios del Inca; y Sarmiento dice: «Tanto que todo el servicio de la casa del rey, así cántaros para vino, como de cosina, y todo era de oro y plata, y esto no en un lugar ni en ninguna parte lo tenia, sino en muchas.»

¡Y cuántos miles de toneladas de oro y plata no serían los del Perú y Bolivia, que aún despues de los grandes cargamentos que se llevaron á Europa, se desparramaron por toda Sud América!

En Buenos Aires, capital de la República Argentina y en sus catorce provincias, casi todas las familias de una posición regular, tenían el servicio de la mesa y de las habitaciones de plata y oro, hasta muchos años después de principiado este siglo; y en muchas casas hasta los utensilios de la cocina, conservándose aún bastantes restos en las casas de los ricos, como reliquias de antigua opulencia y nobleza; pero guardados y sin uso; porque no son ya de moda, y reemplazados por la lujosa loza moderna. No era lujo entonces el ternerlos, porque duraban eternamente, sin economía, y siempre conservaban su valor: no así la loza, que era muy cara la buena; y que por su fragilidad hubiera sido necerario estarla anualmente, reponiendo. Un juego de té ó de café de porcelana, y esos de rico cristal y licoreras, de que están hoy atestadas todas las vidrieras, era entonces una novedad y adorno de lujo, que se ponía en las salas, como hoy un rico bronce de Barbedienne.

Recuerdo haber alcanzado en mi casa paterna, hasta dos orinales de plata, robados últimamente por un sirviente, cuando fueron desapareciendo *esos fieles negros esclavos*, que eran casi el único servicio de las antiguas casas: que con sus hijos vivían y morían en ellas, aunque se les diese la libertad, y en donde eran considerados, casi como miembros de la familia; y hoy casi ha desaparecido *esa raza fiel*, y la mayor parte de los sirvientes son extranjeros, que vienen ávidos de oro; se toma por la escasez el primero que llega, pero en seguida se sale, para entrar en cualquiera otra casa, donde le paguen algunos centavos más.

Y Sarmiento, con imparcialidad y admiración manifiesta: «Tenemos por muy cierto, que ni en Jerusalen, Roma ni Persia, ni en ninguna parte del mundo, por ninguna república ni rey de él, se juntaba en un lugar tanta riqueza de metales de oro y plata y pedrerío, como en esta plaza del Cuzco, cuando estas fiestas y otras semejantes se hacían».

43—Dice Prescott: Los peruanos escondieron estas momias de sus monarcas, después de la conquista, para que no las profanasen los españoles con sus insultos».

Y Ondegardo, siendo corregidor del Cuzco, descubrió cinco de ellas, tres de hombres y dos de mujeres. Las primeras eran de Vicocha, del gran Tupac Inca Yupanqui y de su hijo Huayna Cápac. Garcilaso las vió en 1560, y vestían el traje real, sin más insignia que el *llaucu* en la cabeza: estaban sentadas, y según dice, «en un estado perfecto de conservación, que no les faltaba ni un pelo de las cejas. Al llevarlas por las calles, cubiertas con mantas, los indios se incaban en señal de respeto, con muchas lágrimas y suspiros; y se enternecieron aún más, cuando vieron que algunos españoles no se descubrían al pasar los restos mortales de los que fueron sus monarcas.» Posteriormente se llevaron los cuerpos á Lima; y el padre Acosta que los vió veinte años después, dice: «que aún estaban perfectamente conservados».

44—«Dice Garcilaso: Que los Incas tuvieron otra lengua particular que hablaban entre ellos, que no la entendían los demás indios, ni les era lícito aprenderla, como lenguaje divino. Esta me escriben del Perú, que se ha perdido totalmente; porque como pereció la república particular de los Incas, pereció también la lengua de ellos.»

«Una sola gente hallo yo que era exenta, que eran los Ingas del Cuzco, y por allí al rededor de ambas parcialidades; porque estos no solo no pagaban tributo, pero aún comían de lo que traían al Inga de tódo el reino, y estos eran por la mayor parte los gobernadores en todo el reino y por donde quiera que iban se les hacia mucha honra». Ondegardo.

45—Cuando moría el curaca, se presentaba el sucesor al Inca para que le confirmase en el puesto; pero otras veces escogía el Inca al sucesor entre todos los hijos. Dice Ondegardo: «que no había regla de sucesión que no pudiese anular la soberana voluntad del monarca».

46—Dice Prescott, que lo importante obra del doctor Morton contiene varios diseños del cráneo Inca y del cráneo comun peruano, probando que el *ángulo facial* en el primero, aunque no muy grande, era mayor que en el segundo, que era extraordinariamente chato y escaso de caracter intelectual.

47—Segun Garcilaso, se castigaba el robo con menos severidad, si el que lo habia cometido era para subsistir. Llama la atención, que la ley peruana no estableciese diferiencia entre la fornicación y el adulterio; aunque parece que no estaba muy en uso la ley, pues se toleraban casas de prostitución en los arrabales de la ciudad. Y agrega este historiador: «El castigo era riguroso, que por la

mayor parte era de muerte, por liviano que fuese el delito; porque decian que no los castigaban por el delito que habian hecho, no por la ofensa agena, sino por haber quebrado el mandamiento y rompido la palabra del Inca, que lo respetaban como á Dios.»

Uno de los castigos más comunes por culpas leves, consistía en llevar una piedra á cuestas. Y como observa Culloch: «un castigo en que no se imponía padecimientos, sino el que resulta de la vergüenza, prueba sensibilidad y civilización.»

La real audiencia del Perú, en tiempo de Felipe II decía: «De suerte que los vicios eran bien castigados y la gente estaba bien sujeta y obediente; aunque en las dichas penas había esceso, redundaba en buen gobierno y policía suya. Los indios alababan la gobernación del Inga, y aun los españoles, que algo alcanzan de ello, porque todas las cosas susodichas se terminaban sin hacerles costas.»

48—«Si estas partes fuesen iguales ó cual fuese la mayor, yo lo he procurado averiguar, y en unas es diferente de otras; y finalmente, yo tengo entendido que se hacía conforme á la disposición de la tierra y á la calidad de los indios.» Ondegardo.

La cantidad que se adjudicaba á los recien casados, segun Garcilaso, subía á una fanega y media de tierra: igual cantidad se le daba por cada hijo varon que tenía y la mitad por cada hembra. La fanega era aquella cantidad de tierra que podía sembrarse con cien libras de maiz. En el fértil territorio del Perú era esto suficiente para el sosten de una familia. Tambien refiere Garcilaso, que Huayna Cápaz hizo ahorcar á un indio, porque labró la tierra de un curaca, pariente suyo, antes que la de los pobres, colocándose el cadalso en las mismas tierras del curaca.

49—«I tambien se tenía en cuenta, que el trabajo fuese moderado y con el menos riesgo que fuese posible. Era tanta la órden que tuvieron estos indios, que á mi parecer, aunque mucho se piense en ello, sería dificultoso mejorarla, conocida su condición y costumbres.» Ondegardo.

La esplotación de las minas, segun el presidente del consejo de Indias, estaba de tal manera arreglada, que ninguno sentía su peso, ni mucho menos contribuía á acortar la vida del trabajador.

50—«E asi esta parte de Inga no hay duda, sino que de todas tres era la mayor, y en los depósitos se parece bien, que yo visité muchos en diferentes partes é son mayores é mas largos que no los de religión sin comparación.» Ondegardo.

«E ansi, cuando no era menester, se estaba en los depósitos é había algunas veces comida para diez años; los cuales todos se hallaron llenos, cuando los españoles llegaron, desto y de todas cosas necesarias para la vida» Ondegardo.

«Todos los dichos tributos y servicios que el Inga imponía y llevaba, como dicho es, era con color y para efecto del gobierno y pro comun de todos, así como lo que se ponía en depósitos todo se convertía y distribuía entre los mismos naturales.» Documentos de la audiencia real.

Los depósitos estaban atestados de telas, productos y principalmente maiz, coca y quínua; y á este respecto dice Pedro Pizarro: «No podré decir mas de los depósitos que vide llenos de todo géneros de ropas y vestidos que en este reino se hacian y usavan, que faltava tiempo para ello y entendimiento para comprender tanta cosa, muchos de pósitos de barretas de cobre para las minas y de costales y sogas, de vasos de palo y platos de oro y plata que aquí se halló era cosa de espanto.»

51—Dice Prescot, hablando de este camino: «En una palabra, combatía y vencía todas aquellas dificultades, que existen en las regiones montañosas y que bien hubieran podido asustar al mas atrevido ingeniero civil de nuestros tiempos.»

«Este camino hecho por valles hondos y sierras altas, por montes de nieve, por tremedales de agua y por peña viva, junto á rios furiosos por estas partes, y ballano y empedrado por las laderas, bien sacado por las sierras, desechado por las peñas, socavado por junto á los rios sus paredes, entre nieves con escalones y descanso, por todas partes limpio, barrido, descombrado, lleno de aposentos, de depósitos de tesoros, de templos del Sol, de postas que había en este camino.» Cieza de Leon.

Velasco hace una animada descripción de este camino y de los obstáculos que hubo que vencer para llevarlo á cabo; y en Humbolt se encuentra una detallada descripción de los puentes, y dice: «Esta gran obra, construidas de grandes piedras, puede compararse con los mejores caminos de los romanos, en Italia, Francia y España. El gran camino de los Incas es una de las obras más útiles y gigantescas que han podido ejecutar los hombres.»

52—La voz *tamhos* del quichua ha degenerado completamente ó designa otros objetos, pues en vez de usarse como posada ó alojamiento, empléase en muchas partes de la América del Sud para designar el local donde se tienen las vacas mansas, en la ciudades, para el consumo de su leche: Tambien se llamaban tambos las casas en los arrabales, donde se reunian los domingos los negros para bailar; pero ya no existen; porque los negros con el progreso y libertad, han tratado de salir de sn esfera, abandonando sus inocentes diversiones: y porque hoy van ellos desapareciendo ó casi han desaparecido de la América del Sud, aunque todavía hay muchos en el Brasil, por estar prohibida hace muchos años su introducción y por la mezcla con los extranjeros, que va blanqueando su color.

53—Dice Montesinos, que chasqui significaba: «uno que recibe una cosa», y Garcilaso: «uno que hace cambio»; pero eran los que llamaban correos los españoles. Dege-

nerada ahora esta palabra en *chasque*, así llaman en muchas partes de la América del Sud al peon ú hombre á caballo, que se manda en el campo desde un establecimiento á otro, con alguna carta ó noticia.

54—«E así cuando el señor presidente Gasca passó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jáuja, estuvo allí siete semanas á lo que me acuerdo, se hallaron en depósito mas de quince mil hanegas de maiz de cuatro y de tres y dos años, junto al camino, é allí comió la gente y se entendió que si fuera menester mucho mas, no faltaran en el valle en aquellos depósitos, conforme la orden antigua, porque á mi cargo estuvo el repartirlas y hacer la cuenta para pagarlas.» Ondegardo.

55—«Aun la criatura no hubiere dejado el pecho de su madre, cuando le comenzasen á mostrar la lengua que había de saber, y aunque al principio fué dificultoso é muchos se pusieron en no querer aprender mas lenguas que las suyas propias, los reyes pudieron tanto, qne salieron con su intencion, y ellos tuvieron por bien de cumplir su mandato, y tan de veras se entendió en ello, que en pocos años se savía y usaba una lengua en mas de mil y doscientas leguas.» Sarmiento.

56—«Trasmutaban de tales provincias la cantidad de gente que de ella parecia convenir que saliese, á las cuales mandaban pasar á poblar tierra del temple y manera de donde salían, si fría fría, si caliente caliente, en donde les daban tierras, casas y campos, tanto y más como dejaron.» Sarmiento.

57—«En aquella ciudad se hallaron muchos viejos, oficiales antiguos de Inga, así de la religion como del gobierno, y otra cosa que no pudiera ver sino la viera, que por los hilos y nudos se hallan figuradas las leyes y estatutos, así de lo uno como de lo otro, y las sucesiones de los reyes y tiempos que gobernaron: y hallóse lo que todo esto tenía á su cargo no fué poco, y aún tuve alguna claridad de los estatutos, que en tiempos de cada uno se habían puesto.» Ondezardo.

Algunos pastores del Perú llevan la cuenta de sus rebaños por esta antigua aritmética; y en la República Argentina y otras secciones americanas; cuando se quiera contar la hacienda vacuna, yeguariza ú ovina, échase toda adentro del corral, y un hombre á la puerta, con una cuerda con muchos nudos ó un rosario, va dejando salir á los animales, y por cada cien pasa un nudo ó cuenta, y así sabe el total de sus haciendas.

58—El indio é historiador Garcilaso tradujo una lijera composición lírica de sus compatriotas; pero insuficiente para formar un juicio crítico de su literatura. Con justicia laméntase Sarmiento, que los conquistadores dejasen caer en desuso este idioma y agrega: «I digo que fué harto beneficio para los españoles haber esta lengua, pues podían con ella andar por todas partes, en alguna de las cuales ya se va perdiendo.»

«Sorprendiéronse los Ingas al llegar á Quito con sus legiones conquistadoras, al descubrir que allí se hablaba el dialecto quichua, aunque era desconocido en una gran parte de la región entermedia, hecho singular, si es ceirto.» Velazco.

59—Dice Cieza de Leon: «Sacaban acequias en cabos y por partes, que es cosa estraña afirmarlo; porque las echaban por lugares altos y bajos: y por laderas de los cabesos y aldas de sierras, que eetán en los valles; y por ellos mismos atraviesan muchas, unas por una parte y otras por otra, que es gran delectación caminar por aquellos valles, porque parece que se anda entre huertas y florestas llenas de frescura.»

60—Como los conquistadores llamaban, anden ó andenes á estas fajas de tierra, que hacían los indios en las montañas, y las cercaban con piedras, supone Miller, que esta palabra fué el origen para que á las cordilleras de la América del Sud se pusieran los Andes; pero dice Garcilaso, qu este nombre es anterior á la conquista y deriva de Anti, y de una provincia al Este del Cuzco.

Para el abono de esos bajos terrenos que bonificaban, empleaban una especie de sardina ó marisco pequeño, que cojían en las costas en inmensas cantidades.

Los restos de sus antiguos canales y acueductos, aún excitan la admiración de los viajeros, según Culloch y Steveson.

61—Los peruanos solo hacían pan del maiz, pero comíanlo frito, cocido y de otros varios modos, y servíales para hacer un licor del que parece abusaban bastante. El tabaco no lo usaban para fumarlo, sino mas bien como medicina y una especie de rapé. La *quinua* era para ellos lo que el *arroz* para los chinos; y con una bolsita de hojas de coca, como único alimento, emprendían viajes de un extremo á otro de su imperio.

Recuerdo yo haber visto los indios bolivianos, que llegaban desde su país hasta las márgenes del Río de la Plata á vender *sus yerbas medicinales*, solo manteniéndose de *coca*, durante la travesía de ida y vuelta, que hacían á pié y en grupos, y casi por medio de desiertos inmensos.

Tratando Prescott sobre estos productos del Perú, dice o siguiente: «Mientras que el Perú, bajo el imperio de los incas poseía estos magníficos productos indígenas, y entre ellos muchos conocidos de los europeos, carecía de otros de gran importancia, que después de la conquista han florecido allí, como si aquella fuese su tierra natural. Tales son el olivo, la parra, la higuera, el manzano, el naranjo, la caña de azucar, etc. Ninguno de los cereales del antiguo continente se encoutró en el nuevo. El primsr trigo fné importado por una señora de Trujillo, que hizo grandes esfuerzos para diseminarlo entre los colonos, cosa que tampoco descuidaba el gobierno, sea dicho en honra suya. El nombre de esta señora era María de Escobar. La historia

que tanto se ocupa en celebrar á los azotes de la humanidad, debe complacerse en conservar el nombre de uno de sus bienhechores verdaderos.»

62—En un curioso libro de Juan de Arfe y Villafane, escultor de oro y plata, titulado: *Varia comensuración*, impreso en la imprenta real de Madrid, en 1806, y hoy rarísimo y de gran valor, que conservo, y que trata de geometría, astronomía, relojes de sol, arquitectura, proporciones del cuerpo humano, anatomía pictórica, historia natural, objetos de oro y plata, destinados al culto, heráldica y otras materias, todas con sus correspondientes explicativas láminas, se encuentra lo siguiente, al hablar de la vicuña:

Este animal viene á ser del tamaño de una cabra, á la cual se parece mucho en la configuración de la espalda, de las uñas y de la cola; pero se distingue de ella en el cuello, que es de veinte pulgadas de largo, en la cabeza redonda y sin cuernos, en las orejas pequeñas, derechas y agudas, en el hocico que es corto y sin barbas, y en las patas, que son dos veces más largas que las de las cabras. Cúbrele el cuerpo una lana finísima de color de rosa seca, capaz de admitir muy bien todo género de tintes artificiales; se cría con abundancia en el reino del Perú, en las cordilleras de las provincias de Coquimbo y Copiapó: su residencia ordinaria es entre los riscos más ásperos de aquella montaña, donde en lugar de perjudicarles las nieves, parece por el contrario, serles muy útiles. Estos preciosos animales no son de un natural tan dispuesto á la domesticidad como el llama; pero se domestican, y de ello tenemos el ejemplo en los que han sido conducidos á España, y establecidos en la Real Casa de Campo de Madrid, donde los hemos visto en manadas, aunque no muy grandes; pero parece no serles este clima ó suelo propio para su existencia y propagación, mediante han perecido: si se reflexiona sobre las cualidades y temperamento del terreno en que se crían, no será infundado el opinar con alguna probabilidad, que el no haberse propagado su especie y subsistido aquí, ha sido por la notable diferencia de este clima con aquél; y que si como se establecieron en la Real Casa de Campo, que es un terreno sumamente templado, con respecto al de su nacimiento, se les hubiera, digámoslo así, radicado en uno de los parajes que en la sierra que nos circuye en gran parte están cuasi siempre cubiertos de nieve, puede ser que se hubiera logrado al fin con que fueron transportados. Sería muy conveniente y propio del celo de nuestro Gobierno, que no perdona medio, valiéndose cuantos pueden proporcionar el aumento de la industria y riqueza nacional, que se hiciesen nuevas tentativas, transportando á estos animales inestimables, y estableciéndolos en algunos de los muchos parajes, que en la sierra que tenemos á la vista, ú otras, no pueden menos de ser aptos para su multiplicación; pues aunque los pastos ó alguna otra circunstancia no sean absolutamente uniformes con el de su naturaleza, ¿cómo es posible que dejemos de conocer su mucha analogía?

La lana de estos animales es tan fina que compite con la seda más superior; y de la que se conduce á España se fabrican en las Reales Fábricas de Guadalaxara los paños más esquisitos, que exceden en calidad, belleza y duración á los fabricados de la lana más superfina, y se venden algunos á más de trescientos reales la vara. Este conjunto de circunstancias es tan digno de ser reflexionado con madurez por nuestro sabio Gobierno, como capaz de llamar la atención de toda nación ilustrada; por tanto, si después de haberse puesto en execución todos los medios dictados por la prudencia para conseguir la multiplicación de estos animales en nuestra península, no correspondiesen al fin deseado, al menos se debería procurar su conservación y propagación en los mismos parages de su naturaleza en nuestros dominios de América, prohibiendo con leyes penales, las más rigurosas, su exterminio en las cacerías tan impolíticas como inhumanas que practican aquellos naturales.

La vicuña es de un natural tan sumamente tímido, que sin embargo de tener en favor de su existencia la aspereza y lo escabroso de su domicilio, presta la mayor facilidad para cogerlas en manadas por un medio tan sencillo como el que se practica por la indios, el que consiste en hacer una especie de ojeo para encaminarlas á un paraje forzoso para su salida, en el qual ponen unos espantajos de retal colgados de una cuerda que atraviesa, los que movidos por el ayre infunden tal terror en estos animales, que sin atreverse á pasar adelante se dexan arrimar y agarrar por las piernas, degollándolas después inhumanamente con la ceguedad más agena de la buena política. En fuerza de unas razones tan juiciosas y fundadas como las que quedan expuestas, sería necesario limitar estas cacerías, permitiendo se hiciesen con algunas restricciones, como se practica en España respecto de los conejos, perdices, etc.; y teniendo en consideración el número y tiempo de sus crías, como también la mayor ó menor abundancia que de ellos se notase. Además, podian permitirse estas cacerías solo anualmente, con el fin de aprovechar de su preciosa lana, y en el tiempo en que les sea menos perjudicial despojarlos de ella, trasquilándolos solamente, y no privándolos de la vida sino solamente en los casos de ser excesiva su abundancia sobre lo qual celarían con vigilancia los Gobernadores y demás jefes de los distritos. Por unos medios tan poco dificultosos de poner en execución se evitaría el total exterminio de esos utilísimos animales, y se ampliaría un ramo de industria, que formando también un artículo de comercio de los más lucrosos, daría fomento á nuestras fábricas y sería un recurso más precioso para toda la nación, que los tesoros metálicos que de allí nos vienen.

La lana que pende del pecho de la vicuña es de tres

pulgudas y media de largo y de más de una la que cubre lo restante de su cuerpo: tiene el pié hendido y dividido en dos dedos que se separan quando camina y están vestidos con cascos negros, planos por debaxo y convexos por encima: su cola está guarnecida por la extremidad de lana larga: en lo demás nos remitimos al dibuxo que damos en la estampa.»

63—El traductor de la Historia de la conquista del Perú, de Prescott, agrega una nota que dice así: «*Nota del traductor.* Ahora se hace este *charqui* en Améric a con carne de vaca; se conoce bajo este nombre en la mayor parte del continente, y se exporta en grandes cantidades á la isla de Cuba, bajo el nombre de tasajo.

En Chile y en Buenos Aires se usó mucho más que en el Perú, donde está muy distante de poderse considerar como el principal alimento de las clases bajas.»

La palabra Charqui del quichua se ha españolizado hoy en toda la América por la de *charque*, que es la carne de vaca, dividida en delgadas y grandes tajadas, y puesta á orear, y que se hace en los establecimientos de campo, donde por sus pocos peones no puede consumirse una vaca en uno ó dos días, conservándose así la carne por algunos pocos más.

Hasta hace poco tiempo ha sido la carne el alimento exclusivo de toda la jente de campo de la República Argentina.

El charque es semejante á *la cecina* española, pero sin ponérsele sal.

El *tasajo* es diferente, aunque es carne dividida del mismo modo; pero no oreada, sinó salada; y cuyo producto exportan en grandes cargamentos las repúblicas Argentina y Oriental á Cuba y el Brazil para alimento de los esclavos; en la actualidad va decayendo este negocio; porque sustituyen el tasajo por legumbres y baratos comestibles.

En la repúblicas Argentina, Oriental, Chilena y Peruana nadie come tasajo; y principalmente en las dos primeras es tan abundante la carne fresca de vaca,

Cual son en España
garbanzos, frijoles,
y en toda la Italia
pulenta y sus coles.

64—Se espresa así Cieza de Leon, respecto á las ricas telas del Perú: «Ropa finísima para los señores Ingas de lana de las vicuñas.

Y cierto fué tan fina esta ropa, como avrán visto en España: por alguna que hallé fué luego que se ganó este reino. Los vestidos de estos Ingas eran camisetas desta ropa, unas pobladas de argentería y oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas y algunas de plumas de aves: otras de solamente la manta. Para hazer estas ropas tuvieron y tienen tan perfectos colores de carmesí; azul amarillo, negro y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.»

65—Copio á continuacion las sucintas biografías de Sarmiento y Ondegardo, escritas por Prescott, de cuyos autores manifiesta haber sacado mas antecedentes para su historia; y tambien otra de Garcilaso de la Vega.

**Sarmiento y Ondegardo**

Los dos escritores de quienes mas datos he sacado para la precedente introducción de mi obra son Juan de Sarmiento y el licenciado Ondegardo. Del primero no he podido alcanzar mas noticias que las que contiene sus propios escritos. En el título de su manuscristo se le llama presidente del consejo de Indias, empleo de altísima importancia, que indica tanta gravedad en el escritor y tantos medios de adquirir noticias, que sus opiniones sobre asuntos ultramarinos son dignos de la mayor consideracion.

Estos medios se ampliaron mucho mas con motivo del viaje que hizo Sarmiento á las colonias, durante la administracion de Gasca. Habiendo formado el plan de escribir una historia de las antiguas instituciones del Perú, pasó al Cuzco, según él mismo dice, en 1550, y allí obtuvo de los mismos indígenas los materiales para su narracion. Su posicion le permitía obtener las mas auténticas noticias, y de los labios mismos de los nobles Incas, los mas instruidos de la raza conquistada, recogió las tradiciones de sus instituciones y de su historia nacional. Los quipus, como hemos dicho, constituían un sistema especial que exigía una atención constante y muy inferior á los geroglíficos mejicanos. Solo mediante á un estudio asíduo podían servir para los fines de la historia; y este estudio se abandonó tanto después de la conquista, que los anales del país hubieran perecido con la generación que era su única depositaria, si no hubiese sido por los esfuerzos de algunos hombres inteligentes y estudiosos como Sarmiento, que conocieron en este período crítico la importancia de ponerse en comunicacion con los naturales y apoderarse de las noticias que conservaban.

Para dar autenticidad á su obra, Sarmiento viajó por el país y examinó con sus propios ojos los objetos mas interesantes, á fin de comprobar en todo lo posible, las relaciones de los indígenas por medio de sus observaciones personales. El resultado de sus trabajos fué la obra titulada: «Relación de la sucesión y gobierno de los Incas, señores naturales que fueron de las provincias del Perú, y otras cosas tocantes á aquel reino, por el Ilmo. señor don Juan Sarmiento, presidente del consejo real de Indias.»

Está dividida en capítulos y abraza unas cuatrocientas páginas en folio manuscrito. Ocupan la parte de introduccion de la obra los cuentos tradicionales del orígen é historia primitiva de los Incas, llenos segun costumbre en las antigüedades de un pueblo bárbaro, con leyendas fabulosas de lo mas monstruoso y disparatado que se puede concebir. Sin embargo, estas fábulas pueriles forman una mina inagotable para los trabajos del anticuario, que trata de

devanar la red alegórica que un sacerdocio astuto ha inventado como simbólica de aquellos misterios de la creacion, que no podía comprender. Pero Sarmiento felizmente se limita á referir las fábulas tradicionales, sin la quimérica ambicion de explicarlas.

De esta región de la poesía pasa Sarmiento á las instituciones de los peruanos, describe su antigua política, su religión, sus progresos en las artes, y especialmente en la agricultura; y presenta, en una palabra, un cuadro completo de la civilización que alcanzaron bajo la dinastía Inca. Esta parte de la obra, descansando, como descansa, en los datos más auténticos, confirmados en muchos casos por sus propias observaciones, es de gran precio y está escrita con un aparente respeto á la verdad, que desde luego inspira completa confianza al lector. La última parte del manuscrito trata de la historia civil del país. El autor describe con laudable laconismo los reinados de los primeros Incas, que no pertenecen al campo legítimo de la historia. Pero es más difuso al hablar de los tres últimos reinados y felizmente de los tres príncipes más eminentes que ocuparon el trono del Perú. Este era comparativamente terreno más firme para el cronista, porque los acontecimientos eran demasiado recientes para que los desfigurasen las leyendas vulgares, que como la hiedra de los edificios arruinados, se apresuran á crecer al rededor de todos los antiguos hechos. Su relación termina en la invasión española; porque sin duda creyó Sarmiento que esta parte de la historia podía confiarse á los que representaron un papel en ella, y que por su educación y hábitos no eran muy apropósito para explorar las antigüedades é instituciones de los indígenas.

El estilo de la obra de Sarmiento es claro y sencillo y no aspira á ostentación retórica demasiado comun entre sus compatriotas. Escribe con candor laudable, y mientras que hace completa justicia al mérito y capacidad de las razas conquistadas, habla con indignación de las atrocidades de los españoles y de la tendencia desmoralizadora de la conquista. Quizás se creerá que exagera algún tanto los progresos de la nación bajo el imperio de los Incas; y no es improbable que asombrado por los vestijios que le presentaba de una civilización original, se enamorase de su asunto, y lo revistiese de colores demasiado brillantes para presentarle ante la vista europea. Pero esto sería en todo caso una falta interesante, en que no incurrían por cierto los severos conquistadores, que destrozaron las instituciones del país y que veían en él pocas cosas dignas de admiración fuera del oro. Además, debemos reconocer que Sarmiento nunca trata ,de engañar al lector, y que tiene mucho cuidado de indicar lo que refiere en virtud de lo que se le ha contado, y lo que es fruto de su esperiencia personal. El mismo padre de la historia no separa estas dos cosas más escrupulosamente que él.

El historiador español no está enteramente libre de la superstición de su siglo, y muchas veces atribuye á la intervención inmediata de Satanás cosas que con más justicia podría atribuir á la perversidad del hombre. Pero este era defecto comun á los hombres más sábios de aquella época, y sería exigir demasiado á un hombre el que fuese superior á su generación. Bastante alabanza hacemos de Sarmiento si decimos que en un siglo en que la superstición se unía con demasiada frecuencia al fanatismo, él parece haberse librado completamente de esta mancha. No era fanático, puesto que su corazón estaba lleno de benevolencia para el desgraciado indígena; y en su lenguaje si no se descubre la llama abrasadora del misionero, se encuentra un rayo generoso de filantropía, que envuelve tanto al conquistador como al conquistado, considerándoles á todos como hermanos.

A pesar del gran valor de la obra de Sarmiento por las muchas noticias que da sobre el Perú, bajo el reinado de los Incas, es poco conocida; ha sido poco consultada por los historiadores, y aun está enterrada entre los manuscritos inéditos que, como metal no acuñado aun, guardan los receptáculos secretos del Escorial.

El otro escritor á quien he aludido, el licenciado Ondegardo, era un eminente jurisconsulto, cuyo nombre aparece muchas veces en los asuntos del Perú. No he podido fijar la época de su llegada al país; pero sé que ya estaba allí cuando llegó Gasca, y que vivió en Lima bajo el poder usurpador de Gonzalo Pizarro. Cuando el astuto Cepeda trataba de hacer firmar á los habitantes el documento en que se proclamaba la soberanía de su jefe, vemos á Ondegardo al frente de los de su profesión oponerse á ello. Cuando llegó Gasca tomó servicio en su ejército. Cuando terminó la rebelión, se le hizo correjidor de la Plata y luego del Cuzco, empleo honroso, que según parece, conservó muchos años.

En el ejercicio de sus funciones estuvo en contacto familiar con los indígenas, y tuvo ocasiones inmejorables para estudiar sus leyes y antiguas costumbres. Se portó con tal prudencia y moderación, que parece haberse atraído la confianza, no solo de sus compatriotas, sino también de los indios; y el gobierno supo aprovecharse de su vasta esperiencia para adoptar medidas encaminadas á la mejora de la administración de la colonia.

Las *Relaciones*, que tan amenudo se han citado en esta historia, fueron escritas por indicación de los vireyes; la primera está dirigida al marqués de Cañete, en 1561, y la segunda, diez años después, al conde de Nieva. Las dos juntas son poco más ó menos de la misma extensión que el manuscrito de Sarmiento; y en la segunda, escrita tanto tiempo después de la primera, parece descubrirse que ya era muy avanzada la edad del autor, segun sus descuidos y lo difuso de la composición.

Como estos dos documentos están en forma de respuestas á las preguntas dirigidas por el gobierno, parece que los asuntos de que tratan se encerrarían en límites más estrechos de lo que desearía el historiador moderno. Esas

preguntas se dirigían especialmente á las rentas, á los tributos, en una palabra, á la administración fiscal de las Indias, y sobre estos asuntos complicados la comunicación de Ondegardo es muy completa. Pero la ilustrada curiosidad del gobierno se extendía á un campo más vasto, y las respuestas indican necesariamente el conocimiento de la política doméstica de los Incas, de sus leyes, de sus hábitos sociales, de su religión, de su ciencia, de sus artes. Las memorias de Ondegardo ocupan por consiguiente todo el terreno que desea estudiar el historiador filosófico.

En el desempeño de estos diferentes asuntos, Ondegardo manifiesta tanta agudeza como condición. Jamás huye de la discusión, por difícil que sea; y al paso que presenta sus deducciones con modestia, se conoce que está convencido de haber bebido sus noticias en las fuentes más auténticas. Desecha lo fabuloso con desdén; examina la probabilidad de los hechos que refiere y habla con todo candor de la falta de evidencia irrecusable. Lejos de manifestar el sencillo entusiasmo del misionero bien intencionado, aunque crédulo, adelanta con la prontitud y cautela del abogado acostumbrado á los testimonios contradictorios y á la inseguridad de la tradición oral. Esta manera circunspecta de proceder, y el carácter templado de sus juicios, dan derecho á Ondegardo para ser considerado como una autoridad muy superior á la mayor parte de sus compatriotas, que han tratado de la antigüedades indias.

En sus escritos brilla constantemente un sentimiento de humanidad, que se manifiesta especialmente en la blandura con que trata á los desgraciados indígenas, á cuya antigua civilización hace entera, aunque no estravagante justicia; al paso que, lo mismo que Sarmiento reprueba enérgicamente los excesos de sus compatriotas y reconoce el borrón con que habían empañado el honor nacional. Pero mientras esta censura forma la más terrible acusación contra los conquistadores, ya que sale de los labios de un español, prueba también que España, en aquel siglo de violencia, producía hombres sabios y buenos, que se negaban á hacer causa común con la canalla corrompida que los rodeaba. Estas mismas memorias contienen pruebas abundantes de los constantes esfuerzos que hizo el gobierno colonial, desde la época del buen virey Mendoza en adelante, para proteger y asegurar el beneficio de una legislación templada á los desdichados indígenas. Pero los rudos conquistadores y los colonos, cuyo corazón no se ablandaba sino con el contacto del oro, oponían un obstáculo formidable á los adelantos.

Los escritos de Ondegardo están libres de esa superstición, que es el humillante rasgo característico de la época superstición que se manifiesta en la credulidad con que se recibía todo lo maravilloso; ya fuese en historias cristianas ó paganas; porque la credulidad descubría tan fácilmente el brazo del Todopoderoso en las primeras, como la intervención directa de Satanás en las segundas. Esta fácil creencia en una agencia espiritual, ya fuese para lo malo ó para lo bueno, es lo que constituye uno de los rasgos más notables en los escritores del siglo XVI. Nada puede ser más repugnante al verdadero espíritu de la investigación filosófica ni más irreconciliable con el criterio racional. Lejos de manifestar debilidad semejante, Ondegardo escribe con claridad, como hombre de negocios, apreciando las cosas según lo que valen, y sometiéndolas á la regla sencilla del sentido común. Siempre tiene la vista fija en el objeto principal de su argumento, sin extraviarse, como los charlatanes cronistas de aquella época, en mil episodios inconexos, que confunden al lector y no conducen á nada.

Las memorias de Ondegardo tratan no solamente de las antigüedades de la nación, sino de su condición intelectual y de los mejores medios de corregir los numerosos males que la aquejaban bajo el férreo cetro de los conquistadores. Las indicaciones que hace están llenas de sabiduría y de una política misericordiosa, que aspiraba á conciliar los intereses del gobierno con la prosperidad y la dicha del menor de los vasallos.

Así mientras que sus contemporáneos se ilustraban con sus observaciones sobre el estado de los negocios, el historiador de una época posterior no debe estarle menos agradecido por las noticias que le da sobre lo pasado. Herrera consultó mucho su manuscrito, y el lector al recorrer las páginas del erudito historiador de las Indias, ignora que está disfrutando de las investigaciones de Ondegardo. Así sus apreciables *Relaciones* sirvieron para la ilustración de las generaciones futuras, aunque jamás recibieron los honores de la impresión. Debo la copia que poseo, como igualmente la de la obra de Sarmiento, al activo bibliógrafo Mr. Rich; ambas formaban parte de la magnífica colección de lord Kingsborough, nombre digno de memoria eterna por los infatigables esfuerzos que hizo por ilustrar las antigüedades de América.

Debemos observar que los manuscritos de Ondegardo no llevan su firma; pero contienen alusiones á varios sucesos de la vida del autor que prueban hasta la evidencia que son obra suya. En el archivo de Simancas existe una copia duplicada de su *Relación primera,* aunque como la del Escorial, no tiene el nombre del autor. Muñoz se la atribuye á Gabriel de Rojas, uno de los más distinguidos conquistadores. Este es un error palpable; porque el autor del manuscrito prueba que es Ondegardo, declarando, en su contestación al quinto interrogatorio, que él fué quien descubrió las momias de los Incas en el Cuzco; hecho atribuído expresamente, tanto por Acosta, como por Garcilaso, al licenciado Polo de Ondegardo, cuando era corregidor de aquella ciudad. Si los eruditos de Madrid incluyen alguna vez estas *Relaciones* en la publicación de importantes manuscritos, deben tener cuidado de no incurrir en el error de Muñoz, quien, sin embargo se equivoca tan pocas veces.

**Garcilasso de la Vega**

De todos los que han escrito sobre la antigua historia del Perú, ninguno ha alcanzado tanta celebridad ni ha sido tan citado por los historiadores posteriores, como el Inca Garcilasso de la Vega: nació en el Cuzco en 1540 y era *mestizo*, es decir, de raza mezclada, siendo su padre europeo y su madre india. Su padre Garcilasso de la Vega pertenecía á aquella ilustre familia cuyos hechos, tanto en las letras como en las armas, dieron tanto lustre al período más magnífico de la historia de España. Fué al Perú con Pedro de Alvarado poco después de verificada la conquista de Pizarro.

Garcilasso se adhirió á este jefe, y después de su muerte siguió la varia fortuna de su hermano Gonzalo, siendo siempre fiel á éste durante todo el período de su rebelión hasta su derrota de Jaquijaguana, cuando Garcilasso siguió el ejemplo de los demás facciosos y se pasó al enemigo. Pero esta prueba de lealtad, aunque le libró la vida, fué demasiado tardía para salvarle la honra y acreditarlo con el partido victorioso; y la desconfianza que inspiró por la parte que tuvo en la rebelión, fué fatal para su fortuna en adelante, y según parece hasta para la de su hijo.

La madre del historiador pertenecía á la familia real del Perú. Era sobrina de Huayna Cápac y nieta del célebre Túpac Inca Yupanqui.

Garcillasso, al mismo tiempo que manifiesta su satisfacción porque corre por sus venas la sangre civilizada del europeo, siente mucho orgullo al considerar que desciende de la real dinastía del Perú, y daba prueba de esto al combinar con su apellido el título que distinguía á los príncipes peruanos, firmándose siempre Garcilasso Inca de la Vega.

Pasó Garcilasso sus primeros años en el país de su nacimiento, donde fué educado en la religión católica, y aprendió cuanto podía aprenderse en medio del constante ruído de las armas y de las constantes discordias civiles. En 1560, habiendo cumplido veinte años, se marchó de América, y desde entonces vivió en España. En la península tomó servicio y fué capitán en la guerra contra los moriscos, y después á las órdenes de don Juan de Austria. Aunque se portó honrosamente en su carrera, no parece haber quedado muy satisfecho con la recompensa que el gobierno dió á sus servicios. La traición del padre influía en la suerte del hijo, y Garcilasso nos asegura que esta circunstancia hizo inútiles todos sus esfuerzos por recobrar la vasta herencia de propiedad territorial perteneciente á su madre y que había sido confiscada en provecho de la corona. Tales eran las preocupaciones contra él, refiere él mismo, que no pudo recobrar sus derechos y abandonó el ejército tan pobre y con tantas deudas, que no creyó conveniente volver á presentarse en la corte, sino que determinó retirarse á una oscura soledad, en que pudiese pasar el resto de sus días, desengañado del mundo y sus vanidades.

La escena de esta oscura soledad, no era, como pudiera creerlo el lector engañado por este tono de resignación filosófica, el rincon de alguna selva solitaria, sino la ciudad de Córdoba, alegre corte en otro tiempo de la ciencia musulmana y entonces residencia de una numerosa y activa población. Aquí se dedicó nuestro filósofo á sus trabajos literarios, tanto más dulces y consoladores á su ánimo afligido, cuanto que tenian por objeto referir las ya ajadas glorias de su patria, y presentarlas en todo su primitivo esplendor á sus compatriotas adoptivos; «y no tengo motivo,—dice en su prefacio á su relación de la Florida,—para quejarme de que la fortuna no se me ha mostrado favorable, ya que esta circunstancia me ha abierto la carrera de las letras, en que espero alcanzar fama mas vasta y mas duradera que la que pudiera proporcionarme la mundana prosperidad.»

En 1609 publicó la primera parte de su gran obra los *Comentarios Reales*, consagrada á la historia de su país bajo el reinado de los Incas; y en 1616, pocos meses antes de morir, concluyó la segunda parte que abraza la historia de la conquista, que se publicó en Córdoba, al año siguiente. El cronista que así terminó sus trabajos con su vida, murió á la edad de setenta y seis años. Dejó una cantidad de dinero muy considerable para que se invirtiese en misas por su alma, probando así que la miseria de que se lamentaba, no se ha de tomar al pié de la letra. Enterrósele en la catedral de Córdoba en una capilla que lleva el nombre de Garcillaso; y se puso en su sepulcro una inscripción en que consta el respeto con que se le miraba, tanto por su carácter como por sus trabajos literarios.

La primera parte de los *Comentarios Reales* trata, como ya hemos dicho, de la historia antigua del país, presentando un cuadro mas completo que el de todos los historiadores. La madre de Garcilasso no tenía mas que diez años de edad cuando ascendió ó mas bien usurpó el trono, como dice el partido del Cuzco su primo Atahualpa. Tuvo la dicha de librarse de la matanza que, segun el cronista, sufrió toda la parentela, y siguió viviendo con su hermano en la antigua capital, después de la conquista. Sus conversaciones se referian naturalmente á los buenos tiempos del mando del Inca, que adornados por los gratos sentimientos que les inspiraban, no perderian nada de su brillante colorido, vistos al traves del prisma de lo pasado. El jóven Garcilasso escuchaba con ardiente interés las historias en que se refería la magnificencia y las proezas de sus reales antecesores, y aunque no hizo uso de ellas entonces, se grabaron profundamente en su memoria y allí se atesoraron para salir en otra ocasión. Cuando después de trascurridos muchos años se dis-

ponía en Córdoba á escribir la historia de su país, escribió á sus antiguos compañeros y discípulos de la familia del Inca, para obtener mas noticias que las que estaban á su alcance en España sobre varias materias de interés histórico. En su juventud había visto las antiguas ceremonias y usos de sus compatriotas; entendía la ciencia del quipus y conocía mucho de las antiguas tradiciones del país. Con el auxilio que le proporcionaron sus parientes del Perú, se familiarizó con la historia de la gran raza Inca y de sus instituciones nacionales, hasta un punto que nadie hubiera podido llegar, á menos que no se hubiese educado en el país, hablando el mismo idioma y sintiendo correr en las venas la misma sangre india. Garcilaso, en una palabra, era el representante de la raza conquistada; y es claro que debe dar á su pintura un colorido muy diferente del que le daban los conquistadores.

Esto es lo que hasta cierto punto sucede; y esta circunstancia nos proporciona un medio de comparación que por sí solo bastaría á dar un gran valor á sus obras, como guía para llegar al conocimiento de la verdad histórica.

Pero Garcilaso escribió en una edad avanzada, cuando ya la historia había sido referida muy amenudo por autores españoles. Naturalmente trató con mucha consideración á hombres altamente nobles, tanto por su saber como por su posición social. Su objeto al escribir, segun dice, no era tanto añadir por su parte nada nuevo, como corregir los errores y equivocaciones en que aquellos habian incurrido por su ignorancia del idioma y de las costumbres del pueblo peruano. Pero en realidad, para mucho mas adelante; y el vasto acopio de noticias que ha reunido es un depósito de que trabajadores portentosos en el mismo campo han sacado abundantes materiales. Escribe él con todo su corazón, é ilustra todos los asuntos que toca, con tal variedad y riqueza de pormenores, que no deja nada que desear á la curiosidad mas nimia. La diferencia que existe entre sus comentarios y las relaciones de los escritores europeos, es la misma que hay entre leer una obra en el original y leerla en una pálida traducción. Los escritos de Garcilasso son una emanación del espíritu indio.

Sin embargo, sus comentarios dan lugar á una gran duda, y una que se deduce naturalmente de su posición. Dirigiéndose el alto culto europeo, deseaba presentar las antiguas glorias de su pueblo y aun de la raza Inca, en su punto de vista mas importante.

Este fué sin duda alguna el gran estímulo que tuvo para escribir, ya que no le había dado elementos para ello su educación anterior, por buena que fuera para la época atrasada en que vivía. Escribió Garcilasso, pues, para alcanzar un objeto particular. Se presentó como abogado de sus desdichados compatriotas, defendiendo la causa de esa raza degradada, ante el tribunal de la posteridad.

El tono exagerado de panegírico que de este naturalmente resulta, se descubre en cada página.

Retrata un estado social que á un escritor utópico parecería exagerado. Sus rejios antecesores se convierten en modelo de todas las perfecciones imaginables, y vuelve á nacer el siglo de oro para una nación que, mientras que arde la guerra del proselitismo en sus fronteras, disfruta interiormente todos los beneficios de la paz y de la tranquilidad. Hasta el explendor material de la monarquía, ya por sí bastante grande en esa tierra de oro, se convierte bajo la ardiente pluma del cronista indio, en las deslumbrantes visiones de un cuento de hadas.

Sin embargo, hay un fondo de verdad en sus relatos incoherentes, y haremos al historiador indio la justicia de creer que él estaba muy persuadido de la verdad de todas las cosas maravillosas que contaba. No hay credulidad comparable á la del recien convertido al cristianismo. En las tinieblas del paganismo se han debilitado sus ojos, y cuando los abre á la luz de la verdad, no tiene la suficiente fuerza para calcular las exactas proporciones de los objetos, ni para distinguir lo verdadero de lo imaginario. Verdad es que Garcilaso no había sido convertido, puesto que desde su infancia se le educó en la religión católica; pero estaba rodeado de convertidos y neófitos, hombres de su misma raza, quienes despues de practicar toda su vida los ritos del paganismo, entraban por primera vez en el seno de la Iglesia. Oyó las lecciones del misionero, aprendió de él á creer implícitamente en las maravillosas leyendas de los santos, y las no menos maravillosas relaciones de sus propias victorias, que había alcanzado en sus combates espirituales para propagar la fé. Así, acostumbrado desde su infancia á estas exigencias de la credulidad, su razon perdió la facultad celeste de distinguir la verdad del error, y llegó á familiarizarse tanto con los milagros, que los milagros dejaron de ser para él milagrosos.

Pero á pesar de lo mucho que por estas razones debemos eliminar de sus crónicas, siempre hay en lo que dice un gérmen de verdad, que no es difícil descubrir, y aún despojarlo de los fantásticos adornos que lo cubren; y despues de conceder mucho á las exageraciones de la vanidad nacional, encontraremos gran abundancia de datos legítimos relativamente á las antigüedades del pais, que en vano buscaríamos en los escritores europeos.

La obra de Garcilaso refleja la imágen del siglo en que vivió. Diríjese á la imaginación más bien que á la razón fría. Nos deslumbra con el espectáculo brillante que siempre presenta, y nos deleita con la abundancia de pormenores divertidos y chistes animados, que salpican sus páginas. La historia de la acción alterna perpétuamente con discusiones sobre asuntos que ilustran su curso, de manera que se interrumpe la monotonía de la narración, y el lector se siente aliviado de un modo agradable. Esto sucede en la primera parte de su obra. En la segunda ya no había lugar para tales discusiones; pero ha suplido su falta con recuerdos, anécdotas personales, aventuras, incidentes, y una multitud de pormenores triviales, á lo menos

á los ojos de los pedantes, que los historiadores se han inclinado demasiado á menudo á apartar de sí, como indigno de la majestad de la historia. Vemos á los actores de este gran drama con su traje de todos los días, nos enteramos de sus hábitos personales, escuchamos sus dichos familiares, y en una palabra, recogemos esas bagatelas, que reunidas constituyen la vida y el carácter de las personas.

Esta confusión de lo grande y lo pequeño, mezclado así, sin arte, es lo que constituye una de las grandes excelencias de este cronista antiguo y pintoresco. En escritos de esta clase es en los que podemos tratar de encontrar el espíritu y la forma del siglo. Los documentos públicos, corroidos por el tiempo, la correspondencia oficial, son cosas útiles, indispensables á la historia. Constituyen la armazon en que esta ha de descansar; el esqueleto de hechos qne le dan fuerza y señalan sus dimensiones; pero son tan inútiles como los huesos secos de ese esqueleto, si no la revisten la forma y el traje de la humanidad, y sino respira el espíritu del siglo. Mucho debemos al anticuario que con exactitud y paciencia forma las anchas y sólidas bases de la verdad histórica; y no menos al filósofo analizador, que presenta al hombre con el traje de su vida pública, al hombre con máscara; pero no por esto debemos negar nuestra gratitud á hombres como Garcilaso, y como muchos novelistas de la edad media, que presentan el espejo á la humanidad, y hacen reflejar en él las interioridades de la vida, lo grande y lo bajo, lo hermoso y lo contrahecho, con todos sus accidentes naturales y con todo su legítimo colorido. Como obra artística quizá se creerá que un trabajo de esa especie no merece siquiera los honores de la crítica; pero aunque desafíe las reglas del arte en la composición, no por esto viola los principios del gusto; porque se conforma al espíritu del siglo en que se escribió. Y el mismo crítico que lo condena, apoyado en los severos principios del arte, encontrará un encanto en su sencillez, que le obligará á volver á hojear sus páginas mientras que deje á un lado olvidadas composiciones mas clásicas y correctas.

Esta obra adquirió tanta popularidad, que fué traducida al inglés por sir Paul Ricaut, é impresa en Londres en 1688. Se conoce que el traductor no entendía una palabra del original, y asi es que su obra está plagada de los mas ridículos errores. Pero aun así, tan interesante es el original, que esta malísima versión gozó de mucho favores el público inglés.

66.—Garcilaso de la Vega es el historiador que trae todos estos hechos estraordinarios, y refiriéndose á él, dice Prescott: «La situación de este escritor le abría la fuente de todas las noticias mas exactas, ventaja equilibrada por los defectos de su carácter, por su infantil curiosidad y por su deseo de abultar lo relativo á su clase, y aun á su nación. Su obra es el origen de casi todos los hechos y también de casi todas las mentiras, que han circulado en el mundo sobre los antiguos peruanos. Por desgracia en época tan remota no es fácil distinguir lo uno de lo otro.»

67.—«Yo he pasado por este pueblo y he visto el lugar donde dicen que esta batalla se dió, y cierto segun hay la osamenta, debieron aun morir mas gente de lo que cuentan.» Sarmiento.

68.—Y el mismo Garcilaso dice: A las mujeres, hermanas, tías, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa colgaban de los árboles y de muchas horcas muy altas que hicieron: á unas colgaron de los cabellos, á otras por debajo de los brazos y á otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: dábanles sus hijuelos, que los tuviesen en brazos; teníanlos hasta que se les caían y aporreaban.» Y agrega: «Las crueldades que Atahualpa en los de su sangre real hizo, diré de relación de mi madre y de un hermano suyo, que se llamó don Fernando Huayna Cápac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de diez años.»

Pero Oviedo expone: «que Huayna Cápac dejó al morir como cien hijos é hijas, y que vivían la mayor parte de ellos, cuando él escribía.» Y por una petición solicitando inmunidades, en 1603, aparecen como 607 indios de raza real de los incas.

Sin embargo, algo tal vez de verdad, pero muy exajerado, haya en lo que dice Garcilaso; porque estas cosas no se inventan, sin que tengan algun orígen; aunque Sarmiento, Oviedo, Pérez, Ciera de León, Zárate, Gomara ni otros autores de esos primeros tiempos, refieren tales matanzas de Atahualpa, si se esceptúan las cometidas en Pumebamba y sus distritos.

69.—Para justificar lo que he repetido tantas veces, al hacer la suscinta descripción del Perú, en la época de los Incas, *de que era un dilatadísimo imperio*, me permito copiar á continuación el capítulo sexto de la Historia de la República Argentina, que ha comenzado á publicar, con general aplauso por su competencia, el distinguido doctor Vicente F. López.

Esta obra histórica, por los dos tomos ya publicados, promete ser la más completa, exacta, extensa, erudita y filosófica de cuantas se han publicado hasta ahora; y llenará el gran vacío que tenía esta República de no poseer una historia digna de ella: hará honor al país y á las letras argentinas; y el autor hará imperecedero su nombre al consagrar sus desvelos y tributar á su patria tan valiosa ofrenda.

## VI

### Geografía histórica del territorio argentino

*Sumario:*—El imperio de los Incas, conquistador y colonizador del territorio argentino, mucho antes que los españoles.—Adaptación operada por ese imperio para la civilización europea, para la vida ci-

vil y para lo coherencia nacional.—Demostración por la topografía y nomenclatura.—La ruta y los caminos de la gran invación.—La primera información.—El modelo típico de la colonización quichua.—Sus cuatro pilares.—La casa del culto.—El municipio. — El campamento.—El labradío. (*Capitolium, civitas, castra, Ager*). — El Cuzco (*urbs et orbs.*)—La región de la oscuridad ó del sur; *Tucumán*. — El Cuzco colonial ó *Cosquin* (*Cuzco-inna,* ó *Cuzco nuevo.*)—Los caminos y las redes extratégicas.—Los puntos de asiento y de colonización al centro y uno y otro lado de la Cordillera de los Andes.—Manera civilizadora de conquistar y apropiarse el terreno.—La lengua.—La escritura.—Los *quipus*.—El testimonio del padre Acosta.—La instrucción pública.—La poesía y las letras.—Los establecimientos industriales y correccionales, probados por el nombre de los lugares.—La España se asimila lo que ya estaba adaptado.

Hasta los últimos años de la época colonial resaltaba en la carta topográfica del territorio argentino un hecho de grande importancia para la geografía histórica de esta parte de nuestro continente. La cultura y la vida civil se dividían en dos grandes porciones, unidas apenas por un itsmo estrechísimo sobre la costa de Santa Fé, que era el único camino que atacaba las comunicaciones entre *Buenos Aires* y el *Interior*, como entonces se decía. Al norte de este angostísimo trayecto quedaba el Chaco, seno oscuro de razas desconocidas: al oeste y al sur lindaban los bárbaros de la Pampa; y á veinte leguas del Río de la Plata los viajeros y las caravanas del comercio comenzaban ya á cruzar el territorio inculto y desierto, preparados á los asaltos de los indios y corriendo grandes peligros, hasta que lograban pasar el *Río Tercero* y entrar en la jurisdicción de Córdoba. De allí á Jujuy, todo era culto, todo era seguro.

Bien meditada esta grande y notabilísima diferencia entre las dos porciones del territorio, debía tener una cáusa mucho más profunda que la del simple acaso de su ocupación por los españoles. ¿Por qué razón el litoral había quedado bárbaro, y cuando no bárbaro, selvático; y por qué razon las campañas centrales de Córdoba para adelante, mostraban la vida sentada y civil del agricultor, con una población dilatadísima, que en todas partes se mostraba sumisa á las leyes y coherente con el gobierno general.

La razon era que todo el territorio argentino, desde Jujuy á Córdoba y á Cuyo, había sido ya transformado y asimilado á la vida civilizada por una conquista anterior á la de los españoles; y que estos al tomarla para sí, no habían hecho otra cosa que tomar asiento y constituir su autoridad en los centros mismos, creados por la conquista anterior de los quichuas, mientras que en el litoral la España había tenido que afrontar el desierto y la barbarie primitiva, contra la cual luchó por dos siglos y medio (de 1590 á 1810) sin que sus esfuerzos hubieran logrado en Buenos Aires, en Santa Fé y en el litoral consumar la obra que había encontrado hecha en el *Interior*.

El problema se esplica de suyo, si echamos una mirada sobre el mapa del interior y reparamos: que desde el norte de Jujuy hasta el sur de Córdoba, nuestra topografía no nos presenta nombre alguno que no pertenezca al idioma imperial de los Incas del Cuzco; mientras que de allí á Buenos Aires todos los nombres de los lugares pertenecen á las lenguas y á las razas bárbaras de la Pampa.

Así pues, cuando los conquistadores españoles descendieron de Bolivia al territorio que hoy nos pertenece, no hicieron otra cosa que establecer la autoridad de sus armas en los caminos y en los centros de vida civil que el imperio peruano había civilizado al país de antemano, y constituído en él una sociedad administrativa é industrial, que por su propio organismo y cultura se prestaba fácilmente al predominio de la raza conquistadora europea, pues estaba ya docilizada á trabajar sedentariamente bajo el imperio de la ley y del organismo público.

Pásmase uno, cuando al encontrarse con estos hechos se toca con las pruebas de la poderosa virilidad á que había llegado el imperio de los quichuas, desde lo que es hoy *Nueva Granada* hasta lo que es República Argentina, abrazando todas las regiones occidentales de la América del Sud, á uno y otro lado de las cordilleras; cuyo centro, como un trono de oro, sobre un sócalo de granito, tenía su pedestal en las opulentas alturas del Cuzco.

Desde allí, los quichuas habían estendido sus conquistas, su lengua y sus colonias, hasta mas allá del río *Magdalena* por el norte. Reinaban sobre *Quito*, y sus escuadras de grandes juncos, como los de la China, recorrían el *Futc-man Cocha*, (mar del Sur) recojiendo cada año el tributo de perlas, de pieles y de tejidos á que estaban obligados las tribus costaneras. (1)

Poseedores de una ciencia profunda á la manera de los pueblos asiáticos antiguos, consumados en las artes, en la astronomía, en la literatura, en la agricultura, en la administración, en la estratejia y en la política; su ambición se estendía sobre todos los horizontes del vasto continente cuyo centro ocupaban: y habían emprendido su conquista por entero, sobre el trazado de un plan tan jigantesco como hábil.

Descendiendo de *Chuquisaca* (2) hacia las tierras orientales, procuraban tomar por la espalda á los Guaranies; y con esa mira los Quichuas empezaron á derramar sus colonias por las tierras de los Chirihuanos, hasta tocar con el Pilcomayo. (3) Su lengua impresa por allí en todos

(1) Pedro Martyr.

(2) *Choke*, es una cosa apeñuscada, cerrania tupida, y *saca* es estéril, pelada.

(3) Igual á *Pillairca-Mayo* (*mayo* es rio, *pillairca* es abundante de pescado.

los lugares, va trazando por las riberas de ese río las huellas de una invación sólida y permanente, hasta sus confluencias con el Paraguay.

Pero como ese movimiento de frente, (si hubiese sido aislado) los habría obligado á largos años de lucha para penetrar al través de los territorios enemigos, nuevas y poderosas colonias, dotadas con todos los elementos que constituían la vida civil y la cultura teocrática de los grandes pueblos antiguos, descendían al mismo tiempo hacia el sur por la cordillera de Bolivía. Ellas marchan estendiendo su derecha por la falda de los Andes hasta Uspallata: apoyan su izquierda en el curso del Río Salado; y dentro de esos dos flancos adelantan su centro cubierto por el Río Dulce y por los declives de las sierras cordobesas, hasta el *abra* que allí dá entrada á los desiertos de la Pampa y del Chaco.

Con este orden admirable, que establecía una verdadera red sobre los vastos territorios que querían absorver, sientan el núcleo de la conquista en los lugares donde hoy se halla Córdoba; puesto admirablemente escojido para estenderse hasta el Paraná y para cerrar así, desde la cordillera hasta el *Carcarañá* la red en que querían sujetar á los Guaranies y á los Araucanos, bajo el centro del Cuzco—era Roma Americana, cuyo nombre significa también *urbs et orbs;* centro y corazón del mundo.

Muchos, quizás mal preparados por lo insustancial de las ideas europeas acerca de la etnología y la historia americana, desprovistos de antecedentes bastante sólidos para alcanzar la estensión de los problemas que conciernen á las civilizaciones sud-americanas, estarán no poco dispuestos á tomar como un cuadro de pura imajinación el que acabamos de trazar sobre la robustez jigantesca á que había llegado la nacionalidad de los Quichuas bajo el reinado de Huayna Cápac.

Pero cuando hayan seguido las pruebas concluyentes que arroja el idioma de la topografía argentina, cuando hayan reflexionado que una lengua no se estampa sobre la vasta estensión de un continente, nombrando los ríos, los cerros, los valles, y dejando en ellos el nombre de sus templos, de sus fortalezas y de sus ciudades, sin que la raza que lo habló haya dominado socialmente en todo él, será preciso que convengan en la magnificencia y en la verdad de los hechos.

En la naturaleza de las cosas está, que solo los pueblos dominadores por las armas y por su lengua sean los que puedan dar á la tierra que pisan el bautismo eterno de su gloria y de su espíritu. Y aunque de los romanos nada supiésemos, por los libros, bastaríanos seguir los rastros de su lengua en la geografía del mundo moderno, para que pudiésemos restablecer por entero el perfil de su génio y de su imperio.

Los Quichuas han desempeñado ese mismo papel en el continente sud-americano. Su gloria y su lengua se hallan estampadas con rasgos imperecederos en la tierra arjentina de que fueron los primeros civilizadores. Ellos fueron los que asimilando el territorio arjentino dentro de la vida social, la arrancaron á la barbarie primitiva y los que lo prepararon para sus destinos futuros. Y como la justicia de Dios es siempre grande y clara en las cosas humanas, cuando los siglos se acumulan á los siglos, y cuando el territorio ocupa en el mundo la plenitud de la opulencia á que se halla destinado, la lengua de los Quichuas vivirá incorporada á la celebridad de los lugares que hayan venido á ser famosos por las armas ó por las riquezas de nuestro país.

En el año 1840 paseábamos por la campaña de Córdoba acompañados del cura de la Cruz Alta.

Atravesando un lugar del mas hermoso paisaje, llamó nuestra atención hacia la colina y nos dijo:—«ALLÍ TENÍAN LOS INCAS UN TEMPLO.» Estábamos muy lejos entonces de haber sospechado siquiera el sistema de estudio que despues hemos hecho sobre las antigüedades y sobre lengüística americana. Pero interesados en todo hecho antiguo notable, é inclinados á estudiar el fondo de las tradiciones locales, nos detuvimos y preguntamos qué templo era el que allí había existido. El cura de la Cruz Alta lo ignoraba; sólo sabía, como toda la comarca, que aquel solemne lugar había conservado su nombre de INTI-HUASI, que quiere decir casa ó templo del Sol.

La existencia de un templo del Sol, situado á ocho leguas al norte de la ciudad de Córdoba, y perdurando así en la nomenclatura jeográfica del país, por mas de cuatro siglos, con ese nombre culminante en la lengua y en la historia de los Incas, es un hecho precioso que viene á anunciarnos la importancia que aquel lugar había alcanzado en aquellos remotos tiempos. El culto del Sol era el culto imperial: un templo era el santuario que la civilización de los quichuas llevaba al frente de sus colonias, como dogma de gobierno y como enseñanza de cultura científica, civil y moral, pues sobre él reposaban el calendario y la distribución del año.

El templo del Sol no podía caer en manos de los enemigos de los Incas. Sus hijos no podían abandonar el astro de quien descendían ni á sus sacerdotes al oprobio de la cautividad ni á las injurias de los paganos. Por eso el templo del Sol no se alzaba sinó donde la *ciudad* quichua, es decir, el municipio civil y religioso que formaba el núcleo vital de la colonia y de la asociación política, tenían un asiento bien dotado de poder, para proseguir, sin contrastes, las victorias y la propaganda de ese culto nacional.

Así también procedía la colonización romana: ese tipo acabado del espíritu antíguo de los Pelasgos (4).

La asociación romana, (digamos pelasga) era también centro administrativo *urbs*. La ciudad constaba de cuatro elementos vitales: el *Capitolio*, que era el templo; *Castra*,

(4) Ampare: hist. de Rome á Rome, vol. I, cap. III.

que era el campo atrincherado de la defensa; el *Foro*, que era el municipio; *civitas*, el lugar de la vida pública y el *Ager*, que era el campo labrable, la fuente de la agricultura y de la producción.

Singular es que esos mismos fuesen también los elementos de la sociabilidad de los quichuas.

La ciudad quichua es también *urbs* y por eso se llama Cuzco, que quiere decir *centro edificado del cuerpo social.* De aquí le ha venido la vulgar acepción *ombligo*, con que los españoles, incapaces entonces de comprender la lengua sacramental y simbólica de aquella asociación teocrático-civil, como la de los romanos primitivos, han materializado esa concepción de la lengua política sud-americana. CUZQUI ó mejor dicho *Kuskí*, es un verbo quichua que significa desmontar, limpiar el terreno, edificar con la piedra ó *sobre la piedra*, (5) y de ahí la leyenda de la varilla de oro con que Manco Cápac tocó el *ombligo de la ciudad*, que era el centro del gobierno imperial y la *capital* de la tierra. Debido al sentido político y social de raíz lengüística es que tanto entre los Pirhuas y los Incas antiguos se titularon *Cozquic*, constructores, con relaciones á los hechos históricos que los distinguieron. El Cuzco en el culto del Sol era lo que Roma es en el catolicismo,—la *ciudad santa*—el Orbe: el corazón de las colonias consagradas á la estensión de ese mismo culto, de sus dogmas y de su civilización.

La ciudad quichua, como la ciudad romana, debía tener también su capitolio; y del mismo modo que el sol se sienta en el centro del Universo, el templo del Sol—*Intí-Huassi*, debía levantarse en un centro civil: cuzco: (*urbs*) y ser el capítulo de la sociedad política.

La ciudad quichua, como la ciudad romana, tenía su campo atrincherado, (Castra), que los quichuas llamaban *Pukcará* ó *Bukcará*, como los asiáticos; y tenía por fin su *Ager* consagrado al sol y á los labradores con el nombre de *Pocho* ó más bien *Pochuk*.

Si queremos ahora fijar nuestra vista sobre los alrededores del Cuzco y determinar con los comentadores esos cuatro lugares típicos de la *ciudad* quichua, (6) encontraremos á cada instante la preocupación de los Pirhuas y de los Incas fija en el templo del Sol ó capitolio, llamado INTÍ-HUASI, en PUCCARÁ el campamento; en Cuzco, el municipio, la capital; y en el ager, POCHUC. No hay parte de su historia que no nos revele la coexistencia fundamental de esas cuatro columnas angulares de la asociación incana; (7) y sus nombres, como otros tantos restos óseos de un gran fósil, se conservan todavía al rededor del Cuzco y de los demás centros coloniales, como para marcar el alto destino que desempeñaron en aquel grandioso organismo del municipio incano.

Descendamos ahora á estudiar la topografía cordobesa; ó—para usar de las analojías quichuas,—digamos la topografía *tutcumana*, pues que ellos llaman TUTCUMAN á toda la parte del continente, hoy argentino, que queda entre las cordilleras, el mar, el estrecho austral y el Río de la Plata. Todo eso era para ellos el Tutcuman: voz compuesta de TUTUK, Y UMAN, gobierno del Sur, ó bien de la parte oscura del mundo: TUTUK.

En donde había un templo del Sol, un *Inti-huassi*, era necesario que hubiese tambien un *Cuzco*, es decir, un municipio colonial; era preciso que hubiera un *ager*, una área labrable oficial y consagrada, una tierra del sol; y que hubiese un Puccará ó campo atrincherado para los tesoros y para la defensa de la colonia. Bajo esa base estaba concebido y constituído el *Cuzco andino*, y así tenían que ser sus colonias: del mismo que en España y en Africa, cada ciudad ó municipio romano era un trasunto de la soberana del Tiber. Los puestos subalternos y de frontera tenían *Una huacas* y *Mancas*: es decir, cementerios y fortines. Al lado del Intihuassi era menester que hubiese colegios de *Amantas* y una jerarquía entera de VILLAC-UMUS ó sacerdotes encargados de asegurar el servicio del santuario y el estudio de los astros, con que la casta labradora transformaba la barbarie del suelo, mientras la casta guerrera transformaba por la conquista á los salvajes, asimilándolos á la civilización y al culto del Imperio romano.

Si Córdoba, (permítasenos este nombre moderno para localizar mejor los detalles de este estudio), tenía pues un Inti-huassi, era de toda necesidad que bajo el área designada á la propiedad del municipio colonial, donde se hallaba ese *capitolio incano*, coexistiesen tambien los otros tres pilares del cuadrilátero municipal, (*Roma cuadrata*) (8) y que su territorio nos presentase, como el del Cuzco andino, un *Cuzco nuevo* ó tutcumano, un puecará ó campo atrincherado, y un pocho ó *ager de labranza*. Y bien: ¿quien ignora que á esta fórmula de una deducción de mera analojía, responden los hechos con una verdad incuestionable? Córdoba nos ofrece bajo un área determinada por las circunstancias especiales del tiempo y del suelo,—un nuevo Cuzco con el nombre de *Cosquin*: un *puccará* y un *pocho*. Tenemos Cozquin en lugar de Cozco, porque *Cozquin*, es

(5) Véase el Diccionario de Ischudi, verb. *cuzqui*: véase González Holguin, verb. *Cuzqui-ni* (1ª persona:) Véase Mossi, verb.

(6) Tomamos la voz ciudad como los romanos; no en el sentido de conjunto edificado, que le dan los modernos, sino como asociación política, como *Capital municipal*, si es posible decirlo.

(7) Montesinos determina bien la situación del Pucurá en el Cuzco, campo atrincherado á cierta distancia del municipio civil y religioso, donde los reyes se asilaban al principio para defenderse de enemigos ó invasores. Todos los historiadores hablan de estas fortalezas, que á medida que fué agrandándose y fortificándose el imperio, fueron perdiendo su importancia primera, así como sucedió tambien en Roma á medida que su poder invadió á lo lejos y se consolidó en el centro.

(8) Ampere, cap. I, lib. I.

corrupción de *Cozco-inna,* que quiere decir—el *Cuzco nuevo,* colonia del Cuzco ó *dependencia* del Cuzco.

Al rededor del Inti-huassi, de Cozquin, de Puccará y de Pochuc, la lengua de los Quichuas florece en toda la extensión de la Provincia de Córdoba, como en las de Salta, Tucuman, Catamarca, la Rioja y San Juan, demostrando la prosperidad y el poderío de que gozaba aquel nuevo centro colonial, que los Incas habían cimentado en el territorio del sur.

He aquí las pruebas:—Cuchillacta (*Cuchicoral*) determina un puesto rural quichua: lo que llamamos hoy una cabaña. *Ayan-pitin* que quiere decir las *cortaderas,* (porque *pitin* es cortar y *ayan* es lastimar) es otra designación que procede de la misma lengua, y por consiguiente de la misma colonización. *Calamuchita* quiere decir *el presidio* de las *pedreras;* porque *muchugta* es trabajo forzado ó condena, y *cala* significa sacar y labrar piedras. *Asco-Chinga,* compuesto de *achco* (mucho) y *cochinga,* tigre, significa los tigres ó el tigre. *Pocho* es el lugar de los sembrados y de as cosechas, porque *pochúk* es participio del verbo *pochi*, sembrar y cosechar.

El *Totoral* es otra designación quichua; y los *Achiras,* sobre el Río Cuarto, marchan el estremo austral de la lengua quichua por este lado, que con mil otras acepciones propias, revela la presencia de los colonos peruanos al confin de las sierras y de su descenso á las Pampas.

Ese mismo nombre de las *Pampas* y el de la *Patagonia* son denominaciones provenientes de las colonias quichuas, que lindaban y amenazaban ya invadir al desierto, cuando fueron paralizadas por la conquista española. Son nombres que no tienen afinidad ninguna con las lenguas europeas, ni con las lenguas australes de las tribus de nuestros desiertos. *Pampa* es una palabra quichua que significa *llanura. Pata* significa *colina,* collado; y *cuna* ó mas bien *gunya* es la partícula característica de los plurales quichuas: *patagunya* por consiguiente significa las *colinas,* las *mesetas* ó las *grandes.* Cualquiera que conozca los acciden tes de aquellos terrenos dirá si están ó no admirablemente caracterizados con el nombre de *granaderías.*

La ocurrencia de que *pata-gonia* es una sostitucion de la palabra española *Patones,* por *Patagones,* es de suyo absurda, porque la lengua española no ha podido jamás convertir la palabra *paton* en *patagon:* es decir,—pasar de una palabra de sentido recto á otra sin sentido ninguno.

Establecidos así los quichuas en una posición admirable, que constituía en Córdoba el centro de poder militar y de organización civil y religiosa, estendieron su lengua y su brazo hasta el Carcarañá y hasta el Tio, otros dos nombres quichuas; mientras que circundando las pampas por el oeste y el nordeste, echaban á lo largo de esa frontera y de la de San Juan los puestos que se ligaban con Uspallata, (otro nombre quichua,) con sus establecimientos centrales de Aconcagua y de *Guillota* en Chile, que también son nombres de las mismas lenguas.

La civilización y la lengua de los quichuas se hallaban á las puertas de lo que es hoy Provincia de Buenos Aires, cuando los detuvo la conquista española. El plan estratégico de su invasión está marcado en las huellas que su idioma ha dejado en los lugares por donde marchaban.

Apoyándose en las cordilleras, venían echando una red sobre las pampas. Mantenían su frente, avanzando por el centro cordobés, con la lentitud majestuosa de un plan y una fuerza jigantesca.

Estendían su izquierda sobre el Paraná para envolver á los guaranies por la espalda, al mismo tiempo que por las colonias de Santa Cruz de la Sierra los tomaban por el frente, y que los cerraban entre los dos ríos caudalosos, donde procuraban someterlos.

Por el lado del norte, el territorio cordobés sigue demostrando con igual perfección los rastros de la ocupación peruana. Todos saben que uno de los rasgos más saltantes de aquel territorio es el que le dan las Salinas estensas, que aislan á Córdoba de Catamarca, de la Rioja y de los demás territorios occidentales. Esas salinas llevan ahora todavía el nombre de *travesia de Ambargasta;* porque careciendo absolutamente de aguadas ó ríos, y de toda posibilidad de hacerlos cavando pozos, no pueden ser ocupados por la raza humana; y solo pueden ser *atravesadas* por sus estremos con la rapidez y con el peligro consiguiente á su falta de agua, durante un trayecto necesario de treinta á cincuenta leguas por lo menos. De ahí su nombre de *travesía de Ambargasta.*

*Am,* en quichua, es negación, carencia: *Bara* ó *Para* significa agua, lluvia, rio: *gasta* es tierra seca, arcillosa, polvorosa; de modo que *Am-bar-gasta* dice literalmente en quichua: la tierra seca y sin ríos, la travesía. La filolojía es inexorable para dar la demostración de los hechos contenidos en las denominaciones.

Al oeste de la salina central argentina, tiene otro punto la provincia de Córdoba que pertenece también á la antigua colonización de los quichuas: *los baldes de* Nabor. Esta voz es una aglutinación de la prefija *na,* que significa *aquí,* del sustantivo *pur* ó *puru,* cubo ó vaso de beber, como en *pur-unku* ó *porongo,* calabaza de beber. Tratándose de un lugar desprovisto de agua, fácil es comprender la preciosa aplicación de la partícula *na,* ¡aquí hay!—*puru,* cubos ó baldes; y de aquí el nombre de *Baldes de Nabor.*

Retrogrademos ahora, y pongámonos á estudiar geográfica y lengüísticamente las líneas del itinerario, que desde las fronteras del Norte había traido la invasión incana. Esta odisea perdida, que las colonias quichuas, partidas del Cuzco, trazaron sobre el territorio arjentino, es digna de interesar á los hombres capaces de comprender las grandes leyes de la historia, que rijen la marcha y el destino de las razas predestinadas. Ante la prueba que ellas arrojan, caen forzosamente las preocupaciones de la rutina.

En 300 años, como dice Garcilaso, no se crea una sociedad prepotente en la guerra y en la paz, no se levantan monumentos de piedra colosales; no se tallan montañas enteras para criar ciudades (9) y para enlosar palacios, no se trazan caminos de centenares de leguas al través de las montañas para ligar las provincias; no se echan puentes sobre los torrentes; no se abren canales de irrigación para dotar de fertilidad á las montañas mismas: no se crea una agricultura floreciente; no se establece una administración civil y política completa, con correos, con postas, con finanzas y recursos; no se crea una lengua general ni se eleva á un grado sumo de cultura literaria; y por último, NO SE CONQUISTA NI SE COLONIZA UN CONTINENTE en toda su vastísima extensión.

Cuando los quichuas, (probablemente bajo las dinastias antiguas de los Pyr-huas) resolvieron emprender la conquista del territorio que ellos llamaban *Tutuc-Uman*, aglomeraron sus recursos sobre las alturas de Bolivia; y descendiendo por Tupiza y por la Quiaca, fundaron en la garganta de entrada, que nosotros llamamos la *quebrada*, una famosa Necrópolis con el nombre de *Una-Huaca* ó templo del Oráculo, la *cabeza que habla*. Adelantando su marcha hacia el sur, fundaron otros puestos, con el nombre de *Hucc-Huy* (Jujuy compuesto de *Huy*, frontera, lejanía: y de *Huccu*, de abajo ó de lo hondo. En seguida allí mismo, donde hoy está la ciudad de Jujuy, pusieron un pueblo con el nombre de *Llacta-Huayccu*, ó pueblo de la Quebrada; y después, en las inmediaciones de Salta, fundaron á *Samalao*, corrupción española de *Sama Llauk* ó *Lloc*, que quiere decir: descanso del Salto ó de la subida.

Las colonias primitivas descansaron poco tiempo, por cierto, en esa ribera; puesto que en todas las direcciones se encuentra el rastro de muchos otros puestos, en los que desparramaron los elementos de su vida civil, agrícola é industrial: *Chicoana* al sur, que quiere decir, *los telares*: *chic*, (flecos, hilos) *ahuana*, (telar): *Tola cachi*, (sal de piedra ó terrenos de sal), *tola*, (hueso,) *cachi*; (sal): *Ampas-cachi*, (agua salada, río salado,) compuesto de *ampas*, (rio) y de *cachi* (sal): *Guachispas* ó *Hua-Chispas*, (las tenazas), nombre dado á las confluencias de toda aquella red de ríos, que se anudan y que se estrechan como tenazas, al nordeste de Salta, con muchísimos otros nombres que caracterizan todo aquel terreno como territorio incano.

Después de haber establecido y concentrado, como lo demuestra la lengua, todos estos puntos de avanzada, apoyados en las gargantas de *Uma-huaca* y de *Hucc-huy*, los quichuas vuelven á tomar vuelo y se abren en cuatro grandes direcciones sobre el territorio tutcumano.

La primera toma á lo largo de la Cordillera del Despoblado; y trasmontándola, marcha por el Accay, (la Chichería) y por Fastilla, (*Phach-tila* ó arroyo mato), toma la dirección occidental para ponerse al habla con las colonias que echaban al mismo tiempo en el territorio de Chile; fundan en ese trayecto á *Puma-Cachu*, (cola de leon), á *Coman*, (los molinos), á *Uracato*, mercado de abajo, (*catu*, mercado, *ura* hondo,) y buscando de nuevo las cabeceras del Huachipas, fundan en ellas las colonias florecientes de *Callchayqui* ó *Callchaqui*, que quiere decir las sementeras ó las cosechas.

De allí remontan á Tolombon, corrupción de *Tolan-Punas*, cuyo sentido es *campo de túmulos* ó de pirámides. Pasan el valle de Andalgalá, que quiere decir *obra de las montañas*, y que se compone de *Anta*, (montañas, andes), Allca llá, fin, abertura ó desaparición.

Allí se abren de nuevo: haciéndose hacia la Sierra de Ambatu, (las ranas ó los zapos) fundan á Catamarca, es decir, los *fortines de la frontera*, *cata* y *marca*; y tomando á la Cordillera rectamente, fundan á Tinu-Casta, en el mismo portillo de pasaje al territorio de *Copiapó*.

*Tinu-gasta* es nombre compuesto de *tinu*, que significa *brecha* ó caida, y de *gasta*, cosa de *tierra*. Aquí quiere decir entrada ó pasaje; lugar de *junción*, de confluencia, garganta; porque servia de comunicación entre las colonias argentinas y las colonias chilenas. La aplicación y el significado son evidentes.

Entre *Anta alleu* y *tinu-gasta*, los quichuas habían fundado otros apostaderos ó etapas: *Antofa-gasta* y *Panipa*. El primero quiere decir *valle sordo* de los Andes, ó valle del sordo, *Anta-hupa*; y segundo *Pan-Ypa* compuesto de *pana*, (aglomeración) y de *Ypa*, (juncos,) equivalente á decir los juncales.

Desde Tino-gasta se estiende á lo largo de las cordilleras argentinas una serie de apostaderos quichuas, que por los diversos boquetes de la cadena central van á darse la mano con los apostaderos de Chile. Son, entre muchísimos otros que hemos visitado en 1841, *Copacabana* (*Cu-pac-avana*; de *cupac*, peletería, y de *avana* ó *ahuana*, telares,) ó bien los telares de lana: el nombre coincide con la parte de la Cordillera más abundante, aun actualmente, en rebaños de vicuñas. Otro es *Chaccana*, las escaleras ó subidas.

En este punto la serranía de *Famatina* (*Phatma-Tina*) viene á intercalarse en el gran Valle Oriental de la Cordillera, dividiéndolo en dos *mitades*: en la una está la meseta occidental que queda paralela á la gran cordillera; y en la otra los valles de la Rioja, que vienen descendiendo hasta las serrezuelas de Córdoba. La serranía de *Phatmatina* es gigantesca y uno de los picos ó nudos más encumbrados de los Andes; pero el rasgo especial que le da su fisonomía y que ha ocasionado la aplicación del nombre quichua, es su *doble espalda*, pues al verla levantada sobre las nubes y bañando sus nieves en la luz cristalina del espacio, presenta dos cumbres, ó más bien dicho, una sola

(9) Véase en Markham y en Squier los monumentos y canteras de Ollantay Tambo.

cumbre, partida en dos mitades de igualdad sorprendente. De ahí su nombre: *Phama*, quiere decir mitad: *tina*, reunión, como dijimos al hablar de Tinogasta.

Al occidente de Fhatmatina, y encajonados entre los cerros de *Pallquia*, (las Puntas unidas: véase *Pallca yá*,) tenemos á Nonogasta, el valle más rico de la República Argentina. Tenemos tambien á *Pach-gasta, Tut-qum, Asnun*, (*asna-una*) agua hedienda, que hoy se llama la *Hedionda*: *Polco y Simbolar* que tocan en la travesía de Ambargasta frente á los baldes de Nabor, de que ya hemos hablado.

Todos estos nombres son quichuas: *Nunugasta* quiere decir valle de las ánimas ó de los espíritus, (nunu.) *Bichigasta* quiere decir tierra de hermoso aspecto, ó mejor dicho: tierra misteriosa ó Buena vista. *Tut-q-unu* es aguada ó aguada ó bebedero del sud. *Pollco* ó más bien *Pullkuc* viene de *Pullcac* (puntiagudo,) y significa—la Punta; porque en efecto, es un apostadero situado en las puntas de las serrilladas que vienen á morir en el límite de los Llanos de la Rioja. Por allì, las colonias quichues se tocaban ya con los establecimientos de Córdoba.

Al oriente de *Fhatma-tina* se continúan los valles de las cordilleras; y por ellos va también la lengua quichua marcando en toda su estensión la marcha de las colonias peruanas que civilizarou la tierra. El primer punto, situado en la punta norte de Fhatma-tina, por el que hay que pasar necesariamente para tomar los valles occidentales, se llama *Anchu-llocsi*, denominación convertida por los españoles en Anchulus ó Aujelus. *Anchu-Mocsi* significa *separarse para salir*, y es en efecto la principal salida hacia Catamarca. Síguese *Vinchina*, que significa atadero, palenque ó corral: *vinchana*. Después *Vina*, los pozos, porque *Minani* quiere decir, llenar de agua. Después de Vina está *Guandacol*, (Huá *Anta Colli*), los Andes colorados, porque en efecto esa es la fisonomía de aquellas elevaciones, que se asemejan á paredones colorados, como ruinas caprichosas y pintorescas.

El río *Jachal* ó *Jachá*, quiere decir el río de la arboleda, ó mejor dicho, los Arboles: *hachá*. Síguese *Calingasta, Pachaco* y la Laguna de *Guanacachi*. Calingasta, es la tierra áspera ó fuerte: Pachaco ó Pachak, los manantiales; y *Huana-Cachi* significa, condena ó presidio de la sal ó para sacar sal.

Encuéntrase después Uspillata, compuesto de *Osya* ó *Uslla* y de *Pallata*, que significa la garganta preferida, es decir,—el mejor pasaje de la una á la otra banda de las Cordilleras: *pallatamu* quiere decir, escojer paraje. Por ese punto, es evidente en la lengua de la geografía, la íntima unión de las colonias argentinas con las colonias chilenas: Acconcahua ó *Accon-Cahuak* quiere decir, el vijía ó la centinela de piedra: Quillota ó *Quilla-uta* quiere decir el templo ó la gruta de la Luna: *Yllapill* ó *Yllapel* es la corona de fuego, á causa de su volcán. *Chaca-buco* es puente ó cuesta colorada. El nombre de Tupungato es un nombre quichua compuesto de *Tupu-n-catak*, la punta del techo, el pico de allá arriba.

De allí para el sur, los nombres cambian de fisonomía filolójica á uno y otro lado de la cordillera. Las raíces son diversas, como puede verse en los nombres de *Vichuquen, Chillan. Penguenes, Cauquenes*. Son sin embargo, dignos de atención los nombres de *Antuco* y de *Callaquí*. El primero parece ser *Hana-tuca*, el que acaba en el cielo, y el otro es la *Abra*, la quebrada de salida ó el porton. Estas dos raíces y su fonismo tienen un jenio enteramente distinto del de las lenguas araucanas y australes de nuestro continente, que son las que predominan en derredor por allá.

Demostrada por la lengua la existencia de la larga serie de colonias que los quichuas habían estendido á uno y otro lado de las Cordilleras, volvamos al punto de partida de Uma Huaccak para segnirlos por los apostaderos, que orillando el Río Salado y el Río Dulce, formaban el flanco izquierdo de su gran movimiento de invasión y de conquista sobre el Tut-c-uman.

Desde Salta, que entonces se llamaba *Samalao*, como ya dijimos, se dirijieron al Río Salado, llamado entonces, *Amjoas-Cachi*, (agua de sal), y en la parte que hoy llamamos el pasaje, junto al vado mismo, fundaron un apostadero ó *etapa* con el nombre característico de *Sivitara*, que quiere decir—ojo del anillo ó bien pasaje, porque en aquel lugar el *Hua-Chipas* y el Salado forman un anillo ó círculo, por dentro del cual hay que atravesar para descender á Tucumán. *Sivi*, (anillo), *tara*, (ojo, lo que atraviesa, hueco ó pasaje). El nombre, pues del *Pasaje*, que nosotros damos á ese lugar, donde el general Belgrano, á la cabeza del ejército argentino juró nuestros colores nacionales, no es otra cosa que una simple traducción del nombre que ya los quichuas le habían dado. Por allí fundaron también á *Caraguasi*, ó casas de cuero: *Cara* y *Huassi*.

A una y otra márgen del Salado establecieron muchos otros puestos, el de *Asogasta*, que basta por sí solo para probar que sus fundadores eran los mismos que habían colonizado las faldas de la Cordillera. Pusieron tambien á *Llactan* ó el corral: Sancho, (*los Sunchus*, una planta comible): á *Aratuya* ó *Hara-tuya*, el tuya cantor. (10) Mattara de *Mathe y Hara: Navicha*, que dice Buena vista, Aguara ó mas bien *Ahuara*, el tapir ö los tapices; y *Cayasta*, que significa el Puesto final; nombre compuesto de *Cay-Astak*, que quiere decir,—aquí se muda, se cambia: y que se toca por la derecha con el *Tío*, el arenal.

Desde el Pasaje ó *Sivitara* los quichuas tomaron el camino á Tucumán, ocupando por la derecha la serranía la *Aconquija*, divisora de las corrientes de los derrames: nombre compuesto de *Acun* (vomitar), y de *Hicha* (derramar); y por la izquierda siguieron la corriente del Río Dulce hasta la laguna de los Porongos, (*Purucá-Cochá*), y fundaron en su trayecto á *Manogasta, Silipica y Sumamba*, en la márgen derecha, hasta tocar con *Ambargasta*.

(10) El Tuya es una especie del jilguero, que figura mucho en el drama *Ollantay*; de *hara* viene Haravich ó Yaravi.

Puestos ahí se daban ya la mano con el Camino Central, que habían traído los apostaderos por el llano que media entre el Río Dulce y las pendientes de la Sierra de Córdoba, y tocaban así en *Inti-Huassi*, en *Cosquín*, en *Pocho* y en *Puccará*, conjunción vigorosa de todos los elementos del municipio colonial del Sur: el santuario, la ciudad, el campamento atrincherado y el *Ager*.

Sería por demás analizar la serie numerosa de puestos con que se ha eternizado aquella potente colonización, que permanece llena de vida en el bellísimo lenguaje familiar de los santiagueños y de las aldeas y granjas apartadas de las fronteras de Catamarca, de la Rioja y de Córdoba.

Es bien visible, pues, el majestuoso movimiento y la prepotencia con que las colonias incásicas se habían asimilado y civilizado las rejiones, que actualmente son argentinas, antes de que los españoles viniesen á conquistarlas.

Concentrados en las alturas de Bolivia, los ejércitos del Inca, siguiendo quizá las huellas de una raza anterior y conjénerea, cuyos restos pudieran ser los *Calchaquíes* descendieron á las tierras argentinas con un concierto admirable y con una habilísima estratejia, que por sí sola denota un alto desàrrollo social y administrativo, que estaba ya en posesión no solo de todos los recursos militares de los pueblos eminentemente civilizados, sinó en el conocimiento tambien de las matemáticas, para concentrar en un grande propósito las líneas estratéjicas y topográficas de un país estenso. No hay muchas naciones de quienes la historia pueda referir grandeza igual á la que se revela aquí por la lengua, en la concepción y en la ejecución de ese propósito. Las personas entendidas, que sepan comprender cuánta fuerza política, cuánta concentración de medios sociales, cuánta acumulación de grandes recursos militares y civiles se necesita para CONQUISTAR Y COLONIZAR un estenso continente, comprenderán tambien que esa es una obra que no puede haber sido llevada á cabo, sino por un pueblo fuerte y eminentemente civilizado.

Los quichuas, como se, no conquistaban á la manera de Tamerlan ó de Gengiskan: torrentes que se desprenden de un centro bárbaro y que barren á su paso el suelo, dejándolo yermo y yerto. Ellos por el contrario, llevaban el culto, la ley, la disciplina y los hábitos de la vida sedentaria que constituyen el orden civil y religioso de los pueblos civilizados, á la manera de los Fenicios y de los Romanos.

Al descender de las alturas bolivianas, apoyaron su derecha en las membraturas de los Andes para obrar de concierto con las colonias de Chile; adelantaron su centro cruzando el Salado; y cubrieron sus flancos con las colonias del Río Dulce y del mismo Río Salado. Parapetados así sobre esa grande estensión, adelantaron su marcha hasta poner al pié de las Punillas Tut-c-umanas, (hoy Córdoba), el asiento de un poderoso centro colonial, de un nuevo Cuzco; que llamaremos *Cozquín*.

Su propósito era tan evidente como grandioso é infalible. Desde allí podían derramarse sobre el Paraná hasta el territorio correntino, y absorver dentro del Imperio incano las razas guaraníticas, al mismo tiempo que por las cordillèras encerraban y sofocaban las tribus araucanas.

Esta sola concepción de la inmensa importancia política que daban al territorio cordobés, como centro de acción y de concentración social en las rejiones arjentinas, revelada en el establecimiento de su santuario y de un nuevo Cuzco, es una prueba concluyente del jenio político y militar á que había alcanzado su gobierno.

A ese desarrollo social correspondía necesariamente, según la fórmula trascendental del célebre Max Müller, un desarrollo igual y necesario de la lengua nacional; y una fijación de todos sus resortes, capaz de dar caracter y fisonomía á todos sus actos y á todas sus ideas. En efecto, lo uno es consecuencia de lo otro; porque ningún pueblo absorbe así, y se asimila de una manera permanente á los demás que ocupan un país, sin poseer ya una lengua trabajada, para dar fisonomía histórica á esa dominación. Los dos elementos son indispensables. El espíritu que consagra la conquista por la palabra escrita, y la fuerza social que la perpetúa con la disciplina duradera, son dos términos correlativos. Hé aquí porqué es qne la lengua de los quíchuas perdura y perdurará eternamente en la geografía arjentina. Ella perdura tambien incorporada á nuestro idioma; no solo por el acento dulce y por la cadencia que ha dado aquí á la lengua hispano-americana, sinó por el sinnúmero de raíces con acepciones precisas y bien caracterizadas, que le ha comunicado.

A un desarrollo social como ese, no solo corresponde una lengua hecha y fijada ya en todos sus resortes, sino tambien una *lengua escrita;* y los quíchuas la tenían por cierto, con una escritura completamente apta para espresar las ideas en toda la órbita de las combinaciones que pueden hacer la mente humana. Para la política y la conquista necesitaban y tenían la lengua del *censo*, la lengua *militar*, la lengua *oficial*, la lengua *legal*, la lengua *sacerdotal*, la lengua *financiera*, la lengua *científica*, la lengua *histórica*, la lengua *literaria*, la lengua *comercial*.

A todo ese sistemá de las necesidades indispensables de un pueblo CONQUISTADOR É INICIADOR, es preciso satisfacer por medio de una escritura; porque sin escritura no hay política ni conquista sedentaria, es decir, transformación.

Los quichuas tenían esa escritura en los *Quipus*, y en un sistema de combinar granos ó piedrecitas de color, con el que escribían y fijaban sus ideas en toda la extensión necesaria del raciocinio, y con todas las formas imaginables del pensamiento.

Al hablar de escritura y dar este nombre á los quipus, bien se comprende que no lo hago sino por analogía;

y no sin conocer la diferencia que hay entre la escritura de los sonidos de la palabra y la representacion simbólica del sentido de la palabra. Que una y otra forma sean análogas y se combinen; que no haya escritura figurativa que no esté combinada con una base fonética que no tenga formas figurativas, son puntos de cuestión científica, que no me promete elucidar aquí.

La historia de todas las escrituras nos enseña que de lo simbólico ó figurativo á lo fónico no hay sino un paso: y que el mismo signo, el mismo artificio que sirvió al primero, se convierte en signo de la segunda por un progreso necesario, que es simple paso de la inventiva humana.

Ninguna razón natural hay, para negar que los quipus hayan podido responder á todas las necesidades de la escrituración de las cosas de un gran pueblo, como era el que obedecía á los Incas. Y el aserto de que los quipus SERVÍAN PARA TODO, se halla aseverado y repetido por todos los historiadores primitivos de la América Peruana; por todos los testigos presenciales de la aplicación de ese método; y entre ellos, por el más sábio y el más verídico de todos, el padre José Acosta.

Este religioso, erudito y naturalista consumado para su tiempo, instruido en los archivos de la compañía de Jesús, en las cosas de la China, en la física y en la historia antigua: observador dilijentísimo, prudente y preciso, en todo lo que escribía, y sobre todo un verdadero santo por la elevación y la sinceridad de su caracter, da el testimonio más acabado en su *Historia Civil y Natural de las Indias*, acerca de la perfección MARAVILLOSA *á que los quichuas habían llegado en el arte de escribir*. « Además—dice—de la dilijencia con que conservaban « de tradición toda su historia, suplían la falta de es- « crituras y de letras, ya por la pintura, (que era grosera « y pesada,) y más comunmente por los quipus. Estos « quipus son memoriales ó registros, que ellos hacen de « ramales compuestos de diversos modos y de diversos « colores; y es de admirar todo lo que ellos expresan por « este medio. Pues que los quipus les sirvan por LIBROS « DE HISTORIA, DE LEYES, DE CEREMONIAS!! y de contabili- « dad para todos los negocios. Ellos tenían oficiales en- « cargados de la custodia de los quipus, y obligados á « dar cuenta de cada cosa, como los tabularios ó nota- « rios de entre nosotros; y en todo se les daba fé y cré- « dito por ello, en asuntos de GUERRA de POLÍTICA, de « CONTRIBUCIONES, de RITOS, de TIERRAS, pues cada cosa « tenía sus quipus. Y finalmente, tan diversos eran que « *del mismo modo que nosotros sacamos una infinidad de « palabras* con veinte y cuatro letras, así ellos sacaban « también significaciones innumerables de sus nudos y de « los diversos colores.»

El padre Acosta, entra aquí en detalles prácticos de las cosas asombrosas que ha visto decir y probar por los quipos, y de la *extraordinaria* exactitud con que se determinan por ellos hechos minuciosímos pasados *muchos años* antes; y sigue diciendo: « Yo he visto un puñado « de estos tejidos en los cuales un indio *me trajo escrita* « la confesión jeneral de toda su vida; y por ellos se « confesaba como yo hubiese hecho LEYENDO UN PAPEL ES- « CRITO; yo le pregunté qué significaban ciertos flecos, « que me parecían algo distintos de los demás, y me « contestó ciertas circunstancias que el pecado requería « para ser PROLIJAMENTE confesado. Además de estos « quipus de cuerda, ellos tienen cierta otra *manera de « escribir* con piedrecitas, por las cuales, acomodándo- « las á su entender, aprenden de memoria CUANTO quie- « ren, y REPITEN PUNTUALMENTE todas las palabras. Y « es cosa curiosa ver los ancianos y caducos, *como con « una rueda de piedrecitas* aprenden el *Padre Nuestro* « con otra el *Ave María*, el *Credo*, y saben qué piedra « quiere decir *fué concebido;* cuál *por el Espíritu Santo;* « cuál *que sufrió bajo Poncio Pilato*. Prueba acabadísi- « ma de que esa escritura era *silábica* y fonética. Más « curioso es verles correjir las faltas; y en cuanto á mí « digo que una sola de aquellas ruedas sería bastante « para hacerme olvidar de todo cuanto tengo en la me- « moria. *Hay muchísimos de estas rueditas en los cemen- « terios de las Iglesias*. Parece cosa de brujería lo que « hacen con otra especie de quipos, que ellos componen « con *granos de maiz;* pues que para hacer una cuenta « difícil, que daría que hacer á un buen aritmético con la « pluma para hacer particiones y subdivisiones, ellos sa- « can unos granos de un lado, los ponen de otro con « mil otras invenciones; ponen cinco de un lado, tres de « otro, ocho más allá, y cambian de un lado, tres á « otro, hasta que sacan su cuenta con un resultado tan « perfecto, que no le falta un punto; y se hacen las « cuentas unos á otros, quedando de acuerdo entre ellos « con tal precisión, como la obtendríamos nosotros con « la pluma. » (11)

Esta perfección en los medios matemáticos y esta aplicación tan estensa de semejante escritura, demuestran de una manera necesaria y forzosa la existencia de la INSTRUCCIÓN ESCOLAR pública y privada. No es posible sin ella llegar á resultados como esos en el artificio de la escritura y de los números; de modo que no puede atribuirse á error ó falsedad el aserto de los autores primitivos que nos hablan de los grandes colegios en que se distribuía la enseñanza á la juventud y sobre todo LA ENSEÑANZA DE LA GRAMÁTICA, que era la filosofía de los antiguos.

Suponer que una raza como la de los quichuas no había podido llevar el uso de los quipus á todas las perfecciones de la escritura fónica, es negar, pues, la evidencia y negar el testimonio *ocular* de los que la conocieron en los tiempos recientes de la conquista española.

(11)—Sin tener á la mano la edición española de la obra, me he valido de la traducción francesa, que á la vez he tenido que verter al español.

El padre Acosta concluye así su capítulo: «Por esto pue- « de juzgarse si estos hombres tienen agudeza de varón « ó si son béstias. Yo tengo para conmigo que ELLOS NOS « AVENTAJAN EN TODAS LAS COSAS Á QUE SE PONEN.

Después de estos asertos emitidos por persona de tan notoria competencia y verdad, sería trivial querer negar á la lengua quichua su desarrollo literario. Sin ese de. sarrollo no habría podido ser conquistadora ni coloniza dora. Si es cierto que ella ha estampado eternamente por el continente sud-americano las huellas de su predominio y de su concentración política en el Imperio del Cuzco, tiene que ser cierto su desarrollo literario, como es cierto el resultado aljébrico de las aplicaciones del binómio de Newton. La existencia de archivos *históricos* y de *cantares*, que aseguran el padre Acosta, Herrera y todos los historiadores más competentes, supone la existencia de un *estilo literario*. Un estilo literario unido á la *mímica instrumental* da forzosamente, y como consecuencia indispensable, el verso en todos sus metros, sino al principio, después al menos del progreso natural de las cadencias literarias.

El más insignicante versificador sabe, que la voz humana no puede cantar sin tomar un ritmo *preciso y riguroso*, convirtiéndose en un verso análogo al compas musical con que se acompaña. Por consiguiente, desde que los quichuas antiguos nos han dejado una série de yaravies indígenas, en los que la voz modula sus acentos á los sonidos del instrumento musical, (cosa que no hacen jamás las lenguas antes de poseer la versificación), no hay cómo negarle á la época de los incas la antigua posesión de la ritma y del verso. Los instrumentos á cuyo acorde cantaban existen aún y fueron indíjenas, como los yaravies de toda antigüedad.

Y en efecto, la historia y vocabulario nos hablan de esa poesía, dándoles nombres propios á todos sus jéneros. *Harahuec* (yaraví) era la elejía: *Huaylluy* era la poesía erótica: *Hailly* el himno guerrero y relijioso, y *Uillana* la leyenda, la poesía épica. El único monumento estenso que hasta hoy haya aparecido, salvado de la inundación de la conquista, es el famoso drama conocido con el nombre de OCLAN-TAY, ó el PADRE DE LA FAMILIA.

Este drama, cuya existencia, asi como la de otros, se conocía por tradición, ha sido estudiado con anhelo hace pocos años, por dos clases de partidarios: los defensores de su antigüedad y los incrédulos. El señor Markham lo tiene por antiguo, después de haber hecho un prolijo estudio de todas las copias que pudo obtener y que buscó con diligencia en las sierras, en los curatos y en los conventos del Perú.

Su versificación no es un argumento en contra de su antigüedad. No lo es tampoco para negar que haya sido escrito en quipus; puesto que en quipus se escribía el *Padre Nuestro*, el catecismo del padre Astete, con todas las elucubraciones del misticismo relijioso, que no entendían los mismos que lo enseñaban, y que eran misterios inexcrutables, según ellos, como lo son para nosotros. Si los quichuas los podían escribir con los quipus, sin *entenderlo*, con mayor razón podían escribir sus propios poemas y sus propios cantares.

Es tradición verídica é incontestable, que los quichuas practicaban el teatro con una vocación indíjena, antes y despues de la conquista. (12) Por consiguiente, no hay motivo de estrañeza en que los quipos contuviesen *escritas* las obras que representaban.

A todas estas dotes reunidas debe la lengua quichua el haber estampado en la geografía argentina el sello indeleble de su historia antigua. Lo que hemos dicho está muy lejos de agotar la riquísima nomenclatura de nuestro territorio; y me parece conveniente ampliar algo más en este sentido. El nombre de Querandís, con que eran designados los indios de la planicie litoral que hoy ocupa Buenos Aires, provenia del quichua, y quiere decir: *Cis Andinos* (*Quira*, gajo; y *Antis* ó *Anties*, de los Andes.) Ese nombre no designaba una tribu especial, sino todas las tribus orientales de las Cordilleras del Sur.

Entre estas tribus figuraban mucho dos caciques que Funes llama *Ascuycanant* y *Curullunculc*: *Ache-Coy-Canant*, quiere decir en quichua, animal bravío, indómito; y *Çara-Lluncuk* equivale á extranjero brillante y glorioso.

Ellos también llamaron en Córdoba *Hualphines* á un lugar que probablemente hallaron habitado por trogloditas; pues *hua-Alpi* significa cuevas. (13) Por allí mismo llamaron á otro lugar *Impira*, que equivale á decir: los cuerpos pintados ó teñidos con sangre, (compuesto de *ima-pira*; y todo el mundo sabe que es jeneral en todos los países en que hay salvajes que gusten de pintarse los rostros. El nombre de *Yana-Çones* dado á una tribu guaicurú ó charrua, significa, los negros; *cuna* ó *guna* es la partícula plural; y esos mismos nombres de *Huay-Cura-Char-Hua*, significan los gusanos voladores, ó mas bien las langostas, por su procedencia del Chaco; y los litorales ó ribereños, porque *Chara* quiere decir ribereño.

*Abangean*, en Catamarca, es *ahuan-c-quean*, nombre aimará, que significa los telares de algodón; y los que conocen la inmensa estensión que esta industria tuvo en aquella provincia, saben si el nombre es ó no oportuno. *Anguiman*, *(ang-imana)* quiere decir como águila. Funes

(12) Markham: Cuzco and Lima: carta citada. Véase también al padre Iturri, *Carta crítica contra Muñoz, in fine*.

(13) Y para que se vea la verdad con que la lengua reproduce aquí el hecho histórico y la existencia de trogloditas en esa sierra, copiamos al dean Funes, que no sabía una palabra de quichua y que no hace otra cosa que reproducir la traducción popular sin saber que se hallaba probada por la lengua y por la momenclatura de los lugares. «Estos eran los indios que habitaban la serranía de Córdoba. Creen que sus *moradas* eran unas cuevas subterráneas, formadas por la naturaleza. El ningún vestijio que se encuentra de estas cuevas hace inverosimil la noticia». Ens. Hist. vol. I, nota en la pág. 120.

dice que se daba el nombre de *Aucaces* á las indiadas Pehuenches de las pampas; y este nombre no han podido pronunciarlo ni fijarlo, sino los colonos y los *pioneros quichuas* de Córdoba, porque significan enemigos. *Oncativo* significa arenales enfermizos: *onccoy-tiu.* Un cacique de los pampas fué célebre, dice Funes, con el nombre de *Pivanti,* que es *Pi-hua-Anti,* el de los Andes; y otro cacique, según el mismo escritor, se llamaba Utimba, es decir, *Uti-n-pay,* el loco.

Esta irrupción de la lengua quichua en las Pampas y en el Chaco, no es un hecho ignorado de la historia, aunque haya sido olvidado y recordado solo por acaso. Funes dice,—página 30—31 del vol. 2,—que los Callchaquis, (tribus y colonias esencialmente quichuas,) *alcanzaban hasta Santa Fé,* en sus escursiones; y de ahí decimos nosotros, como un resultado preciso, la difusión del idioma.

En esta extensión de territorio los quichuas tenían puestos industriales, como se ha visto, y tenían mercados de exportación, por ejemplo: *Carapari,* mercado de cueros, *(cara).*

*Pichana,* las escobas, era puesto quichua: *Poman,* leon, grande, también lo era: *Llocabil, (llocha-pill,)* la corona elevada, (el volcan) también lo era. *Oran* puede ser español; pero también puede ser quichua:—*Uran,* el apostadero de abajo. Tarija es *tarik,* los sembradores, los sembrados, las sementeras; y Mata-guayos es *Matta-hua-ayuas,* tierra de mita, de guarnición ó de servicio *forzado* y temporal.

Estendernos más sería inutil.

Nos faltan en verdad y por desgracia los archivos de esta gloriosa parte de nuestra antigua historia colonial. Pero ella ha quedado estampada y escrita en el idioma con que las grandes razas escriben sus hechos. La de los quichuas está esculpida sobre las montañas, los valles y los ríos, que eternamente llevarán el nombre con que los bautizaron los grandes hombres, los guerreros y políticos que fecundaban aquella vida social.

Ese sublime mérito no pertenece por cierto á la sociabilidad española. Pertenece á la civilización incana. Es menester revindicarlo, porque es una justicia y una rehabilitación exijida por la verdad histórica. Si los quichuas no nos hubiesen preparado el terreno para recibir el jérmen de la vida social, hoy no tendríamos ese jérmen ni sus resultados, como no lo tienen los Pampas, ni Arauco ni el Chaco: cuya conquista ellos estaban en vía de realizar, cuando fueron detenidos por la mano y por los decretos inexputables del Destino.

La civilización española absorbió, devoró; y después de haberse opilado con las opulencias del banquete que halló servido, quedó, como las boas, en el sopor de una dijestión difícil y enfermiza. Ella empero nada creó, fuera de los puertos marítimos, improvisados por el comercio europeo, y cuyo desenvolvimiento verdadero no procede sino del movimiento dado por la guerra de emancipación. Los telares, la agricultura, la metalúrjia, la minería, la irrigación, la vida civil, las artes, las postas: todo estaba ya formado. Con la conquista, así en la América del Sur, como en el reino árabe de Granada, todo lo que era industria, libertad y labranza comenzó á desaparecer. El cristianismo fué el único elemento nuevo traído por la sociedad española; que vino como jérmen de vida á propiciarnos los medios de la rejeneración moral y comercial, en cuya senda entramos los descendientes de los colonos europeos, por la revolución de 1810.

Y no es solo la jeografía la que habla de la grandeza imperial de los Incas, sino que habla también de ellos la misma lengua argentina con las construcciones numerosísimas y bellas, con el acento dulcificado, que el quichua le ha incorporado, para darle una *fisonomía especial,* en el cuerpo mismo del habla española. El castellano en el Río de la Plata, como el inglés en Norte América, tomó un cierto tinte de ternura primitiva, en el acento característico y en el tono simpático de los yaravís. Ese es un rasgo nuestro y precioso, que debemos conservar en la lengua propia, para consagrar con él el tipo de nuestro estilo, y acabar de fundar así en todas sus faces la estructura completa y propia de nuestra nacionalidad.

Tal era el estado del país cuando entró en escena la conquista española.

70—Capitulación hecha por Francisco Pizarro con la Reina, en Toledo á 26 de Julio de 1529 para la conquista y población de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitán general de las provincias de Tierra Firme, descubrió cinco años antes á una con el capitán Diego de Almagro.

«La reina. Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestre-escuela y provisor de la iglesia de Darien, *sede vacante,* que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicísteis relacion que vos é los dichos vuestros compañeros, con deseo de nos servir é del bien é acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años poco mas ó menos, con licencia é parecer de Pedrárias Dávila, nuestro gobernador y capitan jeneral que fué de la dicha Tierra Firme, tomastes cargo de ir á conquistar, descubrir é pacificar é poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra á la parte de levante, á vuestra costa é de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudiéredes, é hicísteis para ello dos navios é un bergantin en la dicha costa, en que así en esto por se haber de pasar la jarcia é aparejos necesarios al dicho viaje é armada dende el Nombre de Dios, que es la costa del norte, á la otra costa del sur; como con la jente é otras cosas necesarias al dicho viaje

El padre Acosta concluye así su capítulo: «Por esto pue- « de juzgarse si estos hombres tienen agudeza de varón « ó si son béstias. Yo tengo para conmigo que ELLOS NOS « AVENTAJAN EN TODAS LAS COSAS Á QUE SE PONEN.

Después de estos asertos emitidos por persona de tan notoria competencia y verdad, sería trivial querer negar á la lengua quichua su desarrollo literario. Sin ese de. sarrollo no habría podido ser conquistadora ni coloniza dora. Si es cierto que ella ha estampado eternamente por el continente sud-americano las huellas de su predominio y de su concentración política en el Imperio del Cuzco, tiene que ser cierto su desarrollo literario, como es cierto el resultado aljébrico de las aplicaciones del binómio de Newton. La existencia de archivos *históricos* y de *cantares*, que aseguran el padre Acosta, Herrera y todos los historiadores más competentes, supone la existencia de un *estilo literario*. Un estilo literario unido á la *mímica instrumental* da forzosamente, y como consecuencia indispensable, el verso en todos sus metros, sino al principio, después al menos del progreso natural de las cadencias literarias.

El más insignicante versificador sabe, que la voz humana no puede cantar sin tomar un ritmo *preciso y riguroso*, convirtiéndose en un verso análogo al compas musical con que se acompaña. Por consiguiente, desde que los quichuas antiguos nos han dejado una série de yaravies indígenas, en los que la voz modula sus acentos á los sonidos del instrumento musical, (cosa que no hacen jamás las lenguas antes de poseer la versificación), no hay cómo negarle á la época de los incas la antigua posesión de la ritma y del verso. Los instrumentos á cuyo acorde cantaban existen aún y fueron indíjenas, como los yaravies de toda antigüedad.

Y en efecto, la historia y vocabulario nos hablan de esa poesía, dándoles nombres propios á todos sus jéneros. *Harahuee* (yaraví) era la elejía: *Huaylluy* era la poesía erótica: *Hailly* el himno guerrero y relijioso, y *Uillana* la leyenda, la poesía épica. El único monumento estenso que hasta hoy haya aparecido, salvado de la inundación de la conquista, es el famoso drama conocido con el nombre de OCLAN-TAY, ó el PADRE DE LA FAMILIA.

Este drama, cuya existencia, asi como la de otros, se conocía por tradición, ha sido estudiado con anhelo hace pocos años, por dos clases de partidarios: los defensores de su antigüedad y los incrédulos. El señor Markham lo tiene por antiguo, después de haber hecho un prolijo estudio de todas las copias que pudo obtener y que buscó con diligencia en las sierras, en los curatos y en los conventos del Perú.

Su versificación no es un argumento en contra de su antigüedad. No lo es tampoco para negar que haya sido escrito en quipus; puesto que en quipus se escribía el *Padre Nuestro*, el catecismo del padre Astete, con todas las elucubraciones del misticismo relijioso, que no entendían los mismos que lo enseñaban, y que eran misterios inexcrutables, según ellos, como lo son para nosotros. Si los quichuas los podían escribir con los quipus, sin *entenderlo*, con mayor razón podían escribir sus propios poemas y sus propios cantares.

Es tradición verídica é incontestable, que los quichuas practicaban el teatro con una vocación indíjena, antes y despues de la conquista. (12) Por consiguiente, no hay motivo de estrañeza en que los quipos contuviesen *escritas* las obras que representaban.

A todas estas dotes reunidas debe la lengua quichua el haber estampado en la geografía argentina el sello indeleble de su historia antigua. Lo que hemos dicho está muy lejos de agotar la riquísima nomenclatura de nuestro territorio; y me parece conveniente ampliar algo más en este sentido. El nombre de Querandís, con que eran designados los indios de la planicie litoral que hoy ocupa Buenos Aires, provenia del quichua, y quiere decir: *Cis Andinos* (*Quira*, gajo; y *Antis* ó *Anties*, de los Andes.) Ese nombre no designaba una tribu especial, sino todas las tribus orientales de las Cordilleras del Sur.

Entre estas tribus figuraban mucho dos caciques que Funes llama *Ascuycanant* y *Curulluncuk*: *Ache-Coy-Canant*, quiere decir en quichua, animal bravío, indómito; y *Cura-Lluncuk* equivale á extranjero brillante y glorioso.

Ellos también llamaron en Córdoba *Hualphines* á un lugar que probablemente hallaron habitado por trogloditas; pues *hua-Alpi* significa cuevas. (13) Por allí mismo llamaron á otro lugar *Impira*, que equivale á decir: los cuerpos pintados ó teñidos con sangre, (compuesto de *ima-pira*; y todo el mundo sabe que es jeneràl en todos los países en que hay salvajes que gusten de pintarse los rostros. El nombre de *Yana-Cones* dado á una tribu guaicurú ó charrua, significa, los negros; *cuna* ó *guna* es la partícula plural; y esos mismos nombres de *Huay-Cura-Char-Hua*, significan los gusanos voladores, ó mas bien las langostas, por su procedencia del Chaco; y los litorales ó ribereños, porque *Chara* quiere decir ribereño.

*Abangean*, en Catamarca, es *ahuan-c-quean*, nombre aimará, que significa los telares de algodón; y los que conocen la inmensa estensión que esta industria tuvo en aquella provincia, saben si el nombre es ó no oportuno. *Anguiman*, *(ang-imana)* quiere decir como águila. Funes

(12) Markham: Cuzco and Lima: carta citada. Véase también al padre Iturri, *Carta crítica contra Muñoz, in fine*.

(13) Y para que se vea la verdad con que la lengua reproduce aquí el hecho histórico y la existencia de trogloditas en esa sierra, copiamos al dean Funes, que no sabía una palabra de quichua y que no hace otra cosa que reproducir la traducción popular sin saber que se hallaba probada por la lengua y por la momenclatura de los lugares. «Estos eran los indios que habitaban la serranía de Córdoba. Creen que sus *moradas* eran unas cuevas subterráneas, formadas por la naturaleza. El ningún vestijio que se encuentra de estas cuevas hace inverosimil la noticia». Ens. Hist. vol. I, nota en la pág. 120.

dice que se daba el nombre de *Aucaces* á las indiadas Pehuenches de las pampas; y este nombre no han podido pronunciarlo ni fijarlo, sino los colonos y los *pioneros quichuas* de Córdoba, porque significan enemigos. *Oncativo* significa arenales enfermizos: *onccoy-tiu.* Un cacique de los pampas fué célebre, dice Funes, con el nombre de *Pivanti,* que es *Pi-hua-Anti,* el de los Andes; y otro cacique, según el mismo escritor, se llamaba Utimba, es decir, *Uti-n-pay,* el loco.

Esta irrupción de la lengua quichua en las Pampas y en el Chaco, no es un hecho ignorado de la historia, aunque haya sido olvidado y recordado solo por acaso. Funes dice,—página 30—31 del vol. 2,—que los CALLCHAQUIS, (tribus y colonias esencialmente quichuas,) *alcanzaban hasta Santa Fé,* en sus escursiones; y de ahí decimos nosotros, como un resultado preciso, la difusión del idioma.

En esta extensión de territorio los quichuas tenían puestos industriales, como se ha visto, y tenían mercados de exportación, por ejemplo: *Carapari,* mercado de cueros, *(cara).*

*Pichana,* las escobas, era puesto quichua: *Poman,* leon, grande, también lo era: *Llocabil, (llocha-pill,)* la corona elevada, (el volcan) también lo era. *Oran* puede ser español; pero también puede ser quichua:—*Uran,* el apostadero de abajo. Tarija es *tarik,* los sembradores, los sembrados, las sementeras; y Mata-guayos es *Matta-hua-ayuas,* tierra de mita, de guarnición ó de servicio *forzado* y temporal.

Estendernos más sería inutil.

Nos faltan en verdad y por desgracia los archivos de esta gloriosa parte de nuestra antigua historia colonial. Pero ella ha quedado estampada y escrita en el idioma con que las grandes razas escriben sus hechos. La de los quichuas está esculpida sobre las montañas, los valles y los ríos, que eternamente llevarán el nombre con que los bautizaron los grandes hombres, los guerreros y políticos que fecundaban aquella vida social.

Ese sublime mérito no pertenece por cierto á la sociabilidad española. Pertenece á la civilización incana. Es menester revindicarlo, porque es una justicia y una rehabilitación exijida por la verdad histórica. Si los quichuas no nos hubiesen preparado el terreno para recibir el jérmen de la vida social, hoy no tendríamos ese jérmen ni sus resultados, como no lo tienen los Pampas, ni Arauco ni el Chaco: cuya conquista ellos estaban en vía de realizar, cuando fueron detenidos por la mano y por los decretos inexputables del Destino.

La civilización española absorbió, devoró; y después de haberse opilado con las opulencias del banquete que halló servido, quedó, como las boas, en el sopor de una dijestión difícil y enfermiza. Ella empero nada creó, fuera de los puertos marítimos, improvisados por el comercio europeo, y cuyo desenvolvimiento verdadero no procede sino del movimiento dado por la guerra de emancipación. Los telares, la agricultura, la metalúrjia, la minería, la irrigación, la vida civil, las artes, las postas: todo estaba ya formado. Con la conquista, así en la América del Sur, como en el reino árabe de Granada, todo lo que era industria, libertad y labranza comenzó á desaparecer. El cristianismo fué el único elemento nuevo traído por la sociedad española; que vino como jérmen de vida á propiciarnos los medios de la rejeneración moral y comercial, en cuya senda entramos los descendientes de los colonos europeos, por la revolución de 1810.

Y no es solo la jeografía la que habla de la grandeza imperial de los Incas, sino que habla también de ellos la misma lengua argentina con las construcciones numerosísimas y bellas, con el acento dulcificado, que el quichua le ha incorporado, para darle una *fisonomía especial,* en el cuerpo mismo del habla española. El castellano en el Río de la Plata, como el inglés en Norte América, tomó un cierto tinte de ternura primitiva, en el acento característico y en el tono simpático de los yaravís. Ese es un rasgo nuestro y precioso, que debemos conservar en la lengua propia, para consagrar con él el tipo de nuestro estilo, y acabar de fundar así en todas sus faces la estructura completa y propia de nuestra nacionalidad.

Tal era el estado del país cuando entró en escena la conquista española.

70—CAPITULACIÓN hecha por Francisco Pizarro con la Reina, en Toledo á 26 de Julio de 1529 para la conquista y población de la costa de la mar del Sur, que con licencia y parecer de Pedrarias Dávila, gobernador y capitán general de las provincias de Tierra Firme, descubrió cinco años antes á una con el capitán Diego de Almagro.

«LA REINA. Por cuanto vos el capitan Francisco Pizarro, vecino de Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, por vos y en nombre del venerable padre don Fernando de Luque, maestre-escuela y provisor de la iglesia de Darien, *sede vacante,* que es en la dicha Castilla del Oro, y el capitan Diego de Almagro, vecino de la ciudad de Panamá, nos hicísteis relacion que vos é los dichos vuestros compañeros, con deseo de nos servir é del bien é acrecentamiento de nuestra corona real, puede haber cinco años poco mas ó menos, con licencia é parecer de Pedrárias Dávila, nuestro gobernador y capitan jeneral que fué de la dicha Tierra Firme, tomastes cargo de ir á conquistar, descubrir é pacificar é poblar por la costa del mar del Sur de la dicha tierra á la parte de levante, á vuestra costa é de los dichos vuestros compañeros, todo lo mas que por aquella parte pudiéredes, é hicísteis para ello dos navios é un bergantin en la dicha costa, en que así en esto por se haber de pasar la jarcia é aparejos necesarios al dicho viaje é armada dende el Nombre de Dios, que es la costa del norte, á la otra costa del sur; como con la jente é otras cosas necesarias al dicho viaje

é tornar á rehacer la dicha armada, gastásteis mucha suma de pesos de oro, é fuísteis á hacer é hicísteis el dicho descubrimiento, donde pasastes muchos peligros é trabajos, á causa de lo cual os dejó toda la jente que con vos iba en una isla despoblada, con solo trece hombres que no voz quisieron dejar; y que con ellos y con el socorro que de navios é jente vos hizo el dicho capitan Diego de Almagro, pasantes de la dicha isla é descubristes las tierras é provincias del Perú é ciudad de Tumbes, en que habeis gastado vos é los dichos vuestros compañeros mas de treinta mil pesos de oro; é que con el deseo que teneis de nos servir, queriades continuar la dicha conquista é población á vuestra costa é misión, sin que en ningun tiempo seamos obligados á vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hiciéredes, mas de lo que en esta capitulación vos fuere otorgado; é me suplicásteis é pedisteis por merced vos mandase encomendar la conquista de las dichas tierras, é vos concediese é otorgase las mercedes, é con las condiciones que de suso serán contenidas, sobre lo cual yo mandé tomar con vos el asiento y capitulación siguiente:

Primeramente doy licencia y facultad á vos el dicho capitan Francisco Pizarro para que por nos y en nuestro nombre é de la corona real de Castilla, podais continuar el dicho descubrimiento, conquista y población de la dicha provincia del Perú, hasta doscientas leguas de tierra por la misma costa, las cuales dichas doscientas leguas comienzan desde el pueblo que en la lengua de indios se dice Tenumpuela, é después le llamasteis Santiago, hasta llegar al pueblo de Chincha, que puede haber las dichas doscientas leguas de costa, poco mas ó menos.

Item: Entendiendo ser cumplidero al servicio de Dios nuestro señor, y por honrar vuestra persona, é por vos hacer merced, prometemos de vos hacer gobernador é capitan jeneral de toda la dicha provincia del Perú, é tierras y pueblos que al presente hay é adelante hubiese en todas las doscientas leguas, por todos los días de vuestra vida, con salario de setecientos é veinte y cinco mil maravedıs cada año, contados desde el día que vos hiciéredes á la vela destos nuestros reinos para continuar la dicha población é conquista; los cuales vos han de ser pagados de las rentas y derechos á nos pertenecientes en la dicha tierra que ansi habeis de poblar; del cual salario habeis de pagar en cada un año un alcalde mayor, diez escuderos é treinta peones, é médico é boticario; el cual salario vos ha de ser pagado por los nuestros oficiales de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced de título de adelantado de la dicha provincia del Perú, é ansimismo del oficio de alguacil mayor de ella; todo ello por los días de nuestra vida.

Otrosí: Vos doy licencia para que con parecer y acuerdo de los dichos nuestros oficiales podais hacer en las dichas tierras é provincias del Perú hasta cuatro fortalezas en las partes y lugares que mas convengan, pareciendo á voz é á los dichos oficiales ser necesarias para guarda é pacificacion de la dicha tierra; é vos haré merced de las tenencias de ellas para vos é para dos herederos é subcesores vuestros, uno en pos de otro, con salario de setenta y cinco mil maravedís en cada un año por cada una de las dichas fortalezas, que ansí estuvieron hechas; las cuales habeis de hacer á vuestra costa, sin que nos ni los reyes que después de nos vinieren, seamos obligados á vos lo pagar al tiempo que así lo gastárades, salvo dende en cinco años después de acabada la fortaleza, pagándoos en cada año de los dichos cinco años, la quinta parte de lo que montare el dicho gasto, de los frutos de la dicha tierra.

Otrosí: Vos hacemos merced, para ayuda á vuestra costa de mil ducados en cada un año por los días de nuestra vida de las rentas de las dichas tierras.

Otrosí: Es nuestra merced, acatando la buena vida é doctrina del dicho don Fernando de Luque, de le presentar á nuestro muy Santo Padre por obispo de la ciudad de Tumbes que es en la dicha provincia y gobernacion del Perú, con límites é diciones que por nos con autoridad apostólica serán señalados; y entre tanto que vienen las bulas del dicho obispado, le hacemos protector universal de todos los indios de dicha provincia, con salario de mil ducados en cada un año, pagado de nuestras rentas de la dicha tierra, entre tanto que hay diezmos eclesiásticos de que se pueda pagar.

Otrosí: Por cuanto nos habedes suplicado por vos en el dicho nombre vos hiciese de algunos vasallos en las dichas tierras, é al presente lo dejamos de hacer por no tener entera relacion en ellas, es nuestra merced, que entre tanto que informados proveamos en ello lo que á nuestro servicio é á la enmienda é satisfaccion de nuestros trabajos é servicios conviene, tengais la veintena parte de los pechos que nos tuviéremos en cada un año en la dicha tierra, con tanto que no esceda de mil y quinientos ducados, los mil para vos el dicho capitan Pizarro, é los quinientos para el dicho Diego de Almagro.

Otrosí: Hacemos merced al dicho capitan Diego de Almagro de la tenencia de la fortaleza que hay ú hobiere en la dicha ciudad de Tumbes, que es en la dicha provincia del Perú, con salario de cien mil maravedís, cada año, con mas doscientos mil maravedís cada año de ayuda de costa, todo pagado de las rentas de la dicha tierra, de las cuales ha de gozar desde el día que vos el dicho Francisco Pizarro llegárades á la dicha tierra, aunque el dicho capitan se quede en Panamá é en otra parte que le convenga; é le haremos home hidalgo para que goce las honras é preminencias que los homes hijodalgo pueden y deben gozar en todas las Indias, islas é tierra firme del mar Océano.

Otrosí: Mandamos que las dichas haciendas é tierras é solares que teneis en Tierra Firme, llamada Castilla del Oro, é vos están dadas como á vecino de ella, las tengais

é goceis, é hagais de ello lo que quisiéredes é por bien tuviéredes, conforme á lo concedido y otorgado á los vecinos, de la dicha Tierra Firme; y en lo que toca á los indios é naborias que teneis é vos están encomendados, es nuestra merced é voluntad é mandamos que los tengais é goceis é sirvais de ellos, é que no vos serán quitados ni removidos por el tiempo que nuestra voluntad fuere.

Otrosí: Concedemos á los que fueren á poblar la dicha tierra que en los seis años primeros siguientes desde el día de la data de esta en adelante, que del oro que se cojiese de las minas nos paguen el diezmo, y cumplidos los dichos seis años el noveno, é ansi descendiendo cada año hasta llegar al quinto; pero del oro é otras cosas que se hubieren de rescatar, ó cabalgadas, ó en otra cualquier manera, desde luego nos han de pagar el quinto de todo ello.

Otrosí: Franqueamos á los vecinos de la dicha tierra por los dichos seis años y mas, y cuanto fuere nuestra voluntad, de almojarifazgo de todo lo que llevaren para proveimiento y provision de sus casas, con tanto que no sea para lo vender; é de lo que vendieren ellos é otros cualesquier personas, mercaderes ó tratantes, ansimesmo los franqueamos por dos años tan solamente.

Item: Prometemos que por término de diez años é mas adelante, hasta que otra cosa mandemos en contrario, no impondremos á los vecinos de las dichas tierras alcabalas ni otro tributo alguno.

Item: Concedemos á los dichos vecinos ó pobladores que le sean dados por vos los solares y tierras convenientes á sus personas, conforme á lo que se ha hecho é hace en la dicha isla española; é ansi mesmo os daremos poder para que en nuestro nombre, durante el tiempo de vuestra gobernación, hagais la encomienda de los indios de la dicha tierra, guardando en ella las instrucciones é ordenanzas que nos serán dadas.

Item: A suplicación vuestra hacemos nuestro piloto mayor de la mar del Sur á Bartolomé Ruíz con setenta y cinco mil maravedís de salario en cada un año, pagados de la renta de la dicha tierra; de los cuales á de gozar desde el día que le fuere entregado el título que de ello le mandaremos dar, é en las espaldas se asentará el juramento é solemnidad que ha de hacer ante vos é otorgado ante escribano. Ansimismo daremos título de escribano de número é del consejo de la dicha ciudad de Tumbes á un hijo de dicho Bartolomé Ruíz, siendo hábil é suficiente para ello.

Otrosí: Somos contento é nos place de vos el dicho capitán Pizarro, cuando nuestra merced é voluntad fuere, tengais la gobernación é administración de la nuestra isla de Flores, que es cerca de Panamá, é goceis para vos é para quien vos quisiéredes de todos los aprovechamientos que hubiere en la dicha isla, así de tierras como de solares, é montes, é árboles, mineros é pesquería de perlas, con tanto que seais obligado por razón de ello á dar á vos é á los nuestros oficiales de Castilla del Oro, en cada un año de los que ansí fuere nuestra voluntad que vos la tengais, ducientos mil maravedís, é mas el quinto de todo el oro é perlas que en cualquier manera é cualesquier personas se sacare en la dicha isla de las Flores, sin descuento alguno, con tanto que los dichos indios de la dicha isla de Flores no lo podais ocupar en la pesquería de las perlas, ni en las minas del oro ni en otros metales, sino en las granjerías é aprovechamientos de la dicha tierra para provisión é mantenimiento de la dicha vuestra armada é de las que en adelante hubiéredes de hacer para la dicha tierra; é permitimos que si vos el dicho Francisco Pizarro, llegado á Castilla de Oro, dentro de dos meses luego siguientes, declarades ante el dicho gobernador ó juez de residencia que allí estuviere, que no vos querais encargar de la dicha isla de Flores, que en tal caso no seais tenido é obligado á nos pagar por razón de ello los docientos mil maravedís, é que se quede para nos la dicha isla, como agora la tenemos.

Item: Acatando lo mucho que han servido en el dicho viaje é descubrimiento Bartolomé Ruíz, Cristóbal de Peralta, é Pedro de Cándia, é Domingo de Soria Luce, é Nicolás de Ribera, é Francisco de Cuellar, é Alonso de Molina, é Pedro Alcon, é García de Jerez, é Anton de Carrion, é Alonso Briceño, é Martín de Paz, é Juan de la Torre, é porque nos me lo suplicásteis é pedistes por merced, es nuestra merced de voluntad de les hacer merced, como por la presente vos la hacemos, á los que de ellos no son hidalgos, que sean hidalgos notorios de solar conocido en aquellas partes, é que en ellas é en todas las nuestras Indias, islas y tierra firme del mar Océano gocen de las preeminencias é libertades é otras cosas de que gosan y deben ser guardadas á los hijos dalgo notorios de solar conocido dentro nuestros reinos, é á los que de los susodichos son hidalgos, que sean caballeros de espuelas doradas, dando primero la información que en tal caso se requiere.

Item: Os hacemos merced de veinte y cinco yeguas é otros tantos caballos de los que tenemos en la isla de Jamáica, é no las habiendo cuando las pudiéredes, no seamos tenudos el precio de ellas ni de otra cosa por razon de ellas.

Otrosí: Os hacemos merced de trescientos mil maravedís, pagados en Castilla del Oro, para el artillería é municion que habeis que llevar á la dicha provincia del Pirú, llevando fé de los nuestros oficiales de la casa de Sevilla de las cosas que ansí comprastes é de lo que vos costó, contando el interese é cambio de ello; é mas os haré merced de otros ducientos ducados, pagados en Castilla del Oro, para ayuda al acarreto de la dicha artillería é municiones é otras cosas desde el nombre de Dios so la dicha mar del Sur.

Otrosí: Vos daremos licencia, como por la presente os la damos, para que destos nuestros reinos é del reino de

Portugal é islas de Cabo-Verde, é dende vos é quien vuestro poder hubiese, quisiéredes é per bien tuviéredes podais pasar y paseis á la dicha tierra de vuestra gobernacion cincuenta esclavos negros, en que haya á lo menos el tercio de hembras, libres de todos los derechos á nos pertenecientes, con tanto que si los dejáredes é parte dellos en la isla Española, San Juan, Cuba, Santiago é en Castilla del Oro, é en otra parte alguna, los que de ellos ansí dejáredes sean perdidos é aplicados, é por la presente los aplicamos, á nuestra cámara é fisco.

Otrosí: Que hacemos merced y limosnas al hospital que se hiciere en la dicha tierra, para remedio de los pobres que allí fueren, de cien mil maravedís, librados en las penas aplicadas de la cámara de la dicha tierra. Ansímismo, á vuestro pedimento é consentimiento de los primeros pobladores de la dicha tierra, decimos que haremos merced, como por la presente hacemos, á los hospitales de la dicha tierra, de los derechos de la escubilla é relaves que hubiere en las fundiciones que en ellas se hicieren, é de ello mandaremos dar nuestra provisión en forma.

Otrosí: Decimos que mandaremos, é por la presente mandamos, que hayan é residan en la ciudad de Panamá, é donde vos fuere mandado, un carpintero é un calafate é cada uno de ellos tenga de salario treinta mil maravedis en cada un año dende que comenzaren á residir en la dicha ciudad, ó donde, como dicho es, vos los mandáredes; á los cuales les mandaremos pagar por los nuestros oficiales de la dicha tierra de vuestra gobernación, cuando nuestra merced y voluntad fuere.

Item: Que vos mandaremos dar nuestra provisión en forma para que en la dicha costa del mar del Sur podais tomar cualesquiera navios que hubiéredes menester, de consentimiento de los dueños, para los viajes que hubiéredes de hacer á la dicha tierra, pagando á los dueños de los tales navios el flete que sea justo, no embargante que otras personas los tengan fletados para otras partes.

Ansimismo, que mandaremos, é por la presente mandamos é defendemos. que destos nuestros reinos no vayan ni pasen á las dichas tierras virgenes de las personas de la prohibidad que no pueden pasar á aquellas partes, so las penas contenidas en las leyes é ordenanzas é cartas nuestras que de esto por nos é por los reyes católicos están dadas, ni los letrados ni procuradores para usar de sus oficios.

Lo cual que dicho es, é cada cosa é parte dello vos concedemos, con tanto que vos el dicho capitan Pizarro seais tenudo é obligado de salir de estos nuestros reinos con los navios é aparejos é mantenimientos é otras cosas que fueren menester para el dicho viaje y población, con duscientos é cincuenta hombres, los ciento y cincuenta destos nuestros reinos é otras partes no prohibidas, é los ciento restantes podais llevar de las islas é tierra firme del mar Océano, con tanto que de la dicha tierra firme llamada Castilla del Oro no saqueis más de veinte hombres, si no fuere de los que en el primero ó segundo viaje que vos tuvisteis á la dicha tierra del Perú se hallaron con vos, porque á estos damos licencia que puedan ir con vos libremente; lo cual hallais de cumplir desde el día de la data de esta hasta seis meses primeros siguientes, ellegado á la dicha Castilla del Oro; é allegado á Panamá, seais tenudo á proseguir el dicho viaje, é hacer el dicho descubrimiento é población dentro de otros seis meses luego siguientes.

Item: Con condición que cuando saliéredes destos nuestros reinos é llegáredes á las dichas provincias del Perú, hallais de llevar y tener con vos á los oficiales de nuestra hacienda que por vos están é fueren nombrados, é asimismo las personas relijiosas ó eclesiásticos que por nos serán señaladas para instrucción de los indios é naturales de aquella provincia á nuestra santa fé católica, con cuyo parecer, é no sin ellos, habeis de hacer la conquista, descubrimiento é población de la dicha tierra, á los cuales relijiosos habeis de dar y pagar flete, é matelaje é los otros mantenimientos necesarios, conforme á sus personas, todo á vuestra costa, sin por ello les llevar cosa alguna durante la dicha navegación; lo cual mucho vos lo encargamos que ansí hagais é cumplais, como cosa de servicio de Dios é nuestro; porque de lo contrario nos terminamos de vos por deservidos.

Otrosí: Con condicion que la dicha pacificación, conquista y población é tratamiento de dichos indios en sus personas y bienes, seais tenudos é obligados de guardar en todo é por todo lo contenido en las ordenanzas é instrucciones que para esto tenemos fechos é se hicieren, é voz serán dadas en la nuestra carta é provision que voz mandaremos dar para la encomienda de los dichos indios. E cumpliendo vos el dicho capitan Francisco Pizarro lo contenido en este asiento en todo lo que á vos toca é incumbe de guardar é cumplir, prometemos é vos aseguramos por nuestra palabra real que agora é aquí adelante vos mandaremos guarda é vos será guardado todo lo que ansí vos concedemos é facemos merced á vos é á los pobladores é tratantes en la dicha tierra; é para ejecucion y cumplimiento dello, vos mandaremos dar nuestras cartas é provisiones particulares que convengan é menester sean, obligándoos vos el dicho capitan Pizarro primeramente ante escribano público, de guardar é cumplir lo contenido en este asiento que á vos toca como dicho es.—Fecha en Toledo á 26 de Julio de 1529.—Yo la Reyna.—Por mandato de su magestad:—*Juan Vazquez*».

Esta capitulación está copiada literalmente del tomo XV de la Colección de Fernandez Navarrete.

71—«Caroli Cœsaris auspicio et labore, ingenio ac impensa ducis Pizarro inventa et pacata. Ofende la soberbia y se estraña la ingratitud que encierra en sí esta leyenda; pero no sé si todo esto desaparece con aquella

jactancia, ó llámase bizarría verdaderamente española, con que daba por logrado todo lo que no estaba emprendido, y como conquistado y vendido lo que no hacía mas que acabar de descubrir.» Quintana.

72—Prescott y otros autores manifiestan que eran *tres buques;* pero Quintana dice *que eran cinco*, en una irrefutable nota, que copio: «Este reconocimiento y probanza se hicieron en 27 de Enero de 1530; existe todavía el documento auténtico de todo ello, y de él se deduce, que eran cinco los navios que Pizarro llevaba para la jente y pertrechos de guerra, y que iba además uno de pasajeros, que no iban á la conquista. (Estractos de Muñoz, año 1530.»)

73.—«Con este miserable armamento, mas propio de pirata que de conquistador, se arrojó á atacar el imperio mas grande y civilizado del Nuevo Mundo. Hubo sin duda en esta empresa mucha constancia, valor grande y á las veces no poca capacidad y prudencia; pero es preciso confesar que hubo mas de ocasión y de fortuna, y á tener noticias mas puntuales de la estensión y fuerzas del país, es de creer que no se aventurasen á tanto con fuerzas tan desiguales. Mas los españoles entonces solo se informaban de las riquezas de una región y no de su resistencia; esta en su arrojo era nula: allá iban y allá se perdían, si no los ayudaba la fortuna, ó se coronaban de poder y de riquezas, cuando les era propicia: héroes en un caso, insensatos en otro».—Quintana.

74.—Era Coaque la región de las esmeraldas, y se dice que cayó en manos de Pizarro una tan grande como huevo de paloma. El fraile domínico Reginaldo de Pedraza les dijo, que las finas se probaban á golpes de martillo, aunque él no probó así las suyas, y se llevó una gran cantidad á Panamá.

Pedro Pizarro dice: «A lo que ha entendido en las esmeraldas oro gran yerro y torpedad en algunas personas por no conocellas, aunque quieren decir que algunos que las conocieron las guardaron. Pero finalmente muchos vieron esmeraldas de mucho valor; unos las probaron en yunques, dándoles con martillos, diciendo que si era esmeralda no se quebraría: otros las despreciaban, diciendo que eran de vidrio.»

Y hablando del oro cojido, dice el mismo autor: «El botín fué grande en verdad: valía doscientos mil castellanos de oro. Aquí se halló mucha chaquira de oro y plata, muchas coronas hechas de oro, á manera de imperiales, y muchas otras piezas en que avaluó montar mas de doscientos mil castellanos.»

Pero Herrera y Montesinos dicen que solo se enviaron á Panamá veinte mil castellanos.

75.—«En la batalla de Puna vieron muchos, ya de los indios ya de los nuestros, que había en el aire otro dos campos, uno acaudillado por el arcángel San Miguel, con espada y rodela y otro por Luzbel y sus secuaces; mas apenas cantaron los castellanos la victoria, huyeron los diablos y formando un gran torbellino de viento, se oyeron en el aire unas terribles voces que decían: ¡Vencístenos, Miguel, vencístenos!

De aquí tornó don Francisco Pizarro tanta devoción al arcángel, que prometió llamar la primera ciudad que fundase de su nombre; cumpliendo así, como veremos más adelante.»—Montesinos.

76.—«E mandábales notificar ó dar á entender con las lenguas el requirimiento que su Magestad mandaba que se les haga á los indios para atraellos en conocimiento de nuestra santa fé católica, y requiriéndoles con la paz é que obedezcan á la Iglesia apostólica de Roma, é en lo temporal den la obediencia á Su Magestad é á los reyes sus sucesores en los reinos de Castilla y de Leon; respondieron que así lo querían é harían, guardarían é cumplirían enteramente: é el gobernador los recibió por tales vasallos de Sus Magestades por auto público de notorios.»—Oviedo.

77.—«Esta es la fecha que pone Jerez á la salida y debe estarse á ella y no á la de Herrera que la señala en el 4 del mismo mes. La relación de Jerez es propiamente un diario de la expedición, y en esta diversidad de cómputos debe estarse mas bien á su dicho que al de otro alguno. También hay variedad sobre el número de los hombres que salieron con Pizarro de San Miguel, y esto aun en las relaciones de los testigos de vista: los unos dicen que ciento setenta; otros que los cientos setenta y siete espresados en el testo.

Pero ¿á qué estrañarlo, cuando Jerez y Herrera no están acordes ni aún consigo mismos? Las diferencias son cortas ni el objeto á la verdad es de mucha importancia; pero esto sería una prueba de que aún los autores más puntuales no están libres de estas lijeras inexactitudes, y que cuando la historia desciende á tales menudencias, es muy fácil equivocarse en ellas.

Hernando Pizarro, en su carta á los oidores de Santo Domingo, dice que eran sesenta de á caballo y noventa peones.» Quintana.

78.—Casi todos los autores están conformes que tal y tan mezquino fué el presente del Inca; y solo Garcilaso lo exagera, y con tal motivo dice:

Prescott: «Garcilaso nos dice que el enviado de Atahualpa habló á Pizarro de la manera mas humilde, llamándole hijo del Sol y del gran dios Viracocha. Añade que venía cargado con una asombrosa cantidad de presentes, de toda clase de caza, viva y muerta, de vasos de plata y oro, de esmeraldas, turquesas, etc., todo lo necesario para componer el capítulo mas brillante de las Mil y una noche. Es muy raro que ninguno de los conquistadores haga la menor alusión á esto; y eso que estaban alerta en tratándose de semejantes bocados. No puede dejarse de sospechar que el tío viejo se burlaba á espensas del sobrino; y

como después se ha visto, á espensas de casi todos los lectores, que reciben como si fueran hechos históricos los cuentos de hadas del Inca.»

79.—Dice Oviedo: «Era tan ancha la cerca como cualquier fortaleza de España, con sus puertas: que si en esta tierra oviese los maestros y herramientas de España, no pudiese ser mejor labrada la cerca.»

80.—«Es tanto el frío que hace en esta sierra, que como los caballos venían hechos al calor, que en los valles hacia, algunos de ellos se resfriaron.»—Jerez.

«E apostáronse los españoles en sus toldos ó pabellones de algodón de la tierra, que llevaban, é haciendo fuego para defenderse del mucho frío que en aquella sierra hace; porque sin ellos no se pudieran valer sin padecer mucho trabajo, y según á los cristianos les pareció y como era lo cierto, no podía hàber mas frío en parte de España en invierno.»—Oviedo.

81.—No saben ó no distinguen los indios el singular del plural; y siempre usan del tú, aunque se dirijan á una ó muchas personas.

82.—«I eran tantas las tiendas que aparecían,—refiere uno de los conquistadores,—que cierto nos puso harto espanto, porque no pensábamos que indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas ni á tal punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó á todos los españoles hasta confusión y temor, aunque no convenía mostrarse ni menos volver atrás, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismis indios, que llevábamos, nos mataran y ansí con animoso semblante despues de haber muy bien atalayado el pueblo y tiendas que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Cajamalca.»

83.—«Desde á poco rato comenzó á llover y caer granizo.»—Jerez.

Cajamalca, en el dìalecto indio significa;—lugar de hielo,—porque la temperatura, aunque generalmente suave y agradable, suele variar á veces por efecto de las heladas, vientos del Este, muy perjudiciales á la vejetación.

84.—Algunos autores dicen, que el primero que le dirigió la palabra al Inca fué Hernando Pizarro, y entre ellos Prescott, quien refiere: «Hernando Pizarro y Soto, solo con dos ó tres de los que les acompañaban, se acercaron lentamente á caballo para colocarse al frente del Inca; y el primero, haciéndole un respetuoso saludo, pero sin desmontar, dijo á Atahualpa que venía . . .» Pero Quintana, mucho mas escrupuloso, como historiador, que Prescott, al referir esta escena, dice: «Acercóse Hernando de Soto al campamento á vista de los indios, que contemplaban admirados la fiereza y docilidad del caballo, que montaba. Llegado allá y preguntado á qué iba, contestó que llevaba una embajada para el Inca . . . . Soto se bajó del caballo, y haciéndole reverencia, respetuosamente le dijo . . . .»

En caso de duda me atengo á Quintana, quien para escribir la prolija biografía de Pizarro, manifiesta haber consultado: Autores consultados, *Impresos*, Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Garcilaso Inca, Francisco Lopez de Gomara, Antonio Herrera, Pedro Cieza de Leon, *Inéditos*, Memorias históricas y anales del Perú, de don Fernando Montessinos, Gonzalo Fernandez de Ovido, Historia General de Indias, parte III, Las relaciones de Miguel de Estete, del padre Fray Pedro Ruiz de Navarro, mercenario y otra anónima del tiempo de la conquista.

Diferentes documentos de la misma época y otros apuntes respectivas de ella, comunicados al autor.»

Aunque se ve que Prescott ha consultado también todos los autores antiguos y obras inéditas, para su Historia de la conquista del Perú, que es la mejor que se ha escrito hasta la fecha, en todos conceptos, no puede tener esta su extenso trabajo la escrupulosa exactitud en los detalles, como existen en la Biografía de Francisco Pizarro, por Quintana. La obra de Prescott es un hermoso estudiado y detallado cuadro de una historia y una época: la de Quintana el de un episodio, perfectameate concluido y retocado, sin omitir trabajo alguno.

85.—Dice Balboa: «que el brioso caballo de Soto daba tales carreras y corcovos, que pasaba un espacio de veinte piés de un salto.» Y Zárate: «Y algunos indios con miedo se desviaron de la carrera, por lo cual Atabaliba los hizo matar.» Y Gerez: «que el mismo Atahualpa confesó este hecho en conversación con los españoles, cuando estaba prisionero.» Y Prescott: «que Atahualpa les hizo quitar la vida aquella misma noche por haber manifestado debilidad en presencia de los estranjeros.»

86.—Uno de los conquistadores dice. «Hecho esto y visto y atalayado la grandeza del ejército y las tiendas, que era bien de ver, nos volvimos adonde el dicho capitan nos estaba esperando, harto espantados de lo que habíamos visto, hablando y tomando entre nosotros acuerdos y opiniones de lo que se debía hacer, estando todos con mucho temor de ser tan pocos y estar tan metidos en la tierra donde no podíamos ser socorridos.» «Hicimos la guardia de la plaza, de donde se veían los fuegos del ejército de los indios, lo cual era cosa espectable, que como estaban en una ladera la mayor parte, y tan juntos unos de otros, *no parecía sino un cielo muy estrellado.*»

87.—«Los eclesiásticos y relijiosos se ocuparon toda aquella noche en oración, pidiendo á Dios el más conveniente suceso á su sagrado servicio, exaltación de la fé y salvación de tanto número de almas, derramando muchas lágrimas y sangre en las disciplinas que tomaron. Francisco Pizarro animó á sus soldados con una muy cristiana plática, que les hizo, con que, y asegurarles los eclesiás-

ticos de parte de Dios y de su Madre Santísima la victoria, amanecieron todos muy deseosos de dar la batalla, diciendo á voces: Exurge Domine, et judica causam tuam.» Navarro.

88.—Dice Pedro Pizarro: «que un espía indio informó á Atahualpa de que los blancos estaban reunidos en las cuadras de la plaza con gran consternación, lo cual no era enteramente inexacto.»

89.—Algunos historiadores del tiempo de la conquista dicen que no bajaban de cincuenta mil, y el secretario de Pizarro, que los vió acampados, que exedian de treinta mil.

90.—Dice un cronista de aquellos tiempos, que la plaza de Cajamalca era más grande que cualesquiera de las de España.

91.—Muchos historiadores de aquella época y Quintana están contestes en decir, que aquella mortandad fué de mas de dos mil indios.

Y Prescot manifiesta: «El autor de la relación del primer descubrimiento dice que algunos llevaban arcos y flechas y otros iban armados con martillos ó mazas de plata y cobre, las cuales sin embargo podían estar destinadas más para ornamento que para servirse de ellas en un combate. Pedro Pizarro y algunos escritores posteriores dicen que los indios llevaban correas para atar á los blancos, que pretendían hacer cautivos. Tanto Hernando Pizarro, como el secretario Jerez, convienen en que las únicas armas que tenían, las llevaban ocultas bajo los vestidos; pero como no dicen que hiciesen uso de ellas, y como el Inca anunció que iba sin armas, puede dudarse de la verdad de esa aserción y aun se la puede tener por inexacta. Todas las autoridades, sin escepción, convienen en que no hubo resistencia».

92.—Cualesquiera que sea la discrepancia que sobre otros puntos exista entre los antiguos escritores, todos concuerdan en el hecho notable, que ningún español salió herido, escepto el jefe. «Y el mismo Pizarro,—dice Jerez,— que vió en esto un motivo satisfactorio, para considerar á los españoles en aquel día como protegidos especialmente por la providencia.»

93.—Segun el padre Navarro.—«no asombró tanto á los indios el estruendo y el ímpetu del ataque de los españoles, aunque fué tal que el cielo se venía abajo, como una terrible aparición, que se presentó en el aire, durante la matanza. Consistió en una mujer y un niño, á cuyo lado estaba un hombre vestido de blanco, sobre un caballo de batalla color leche, sin duda el valiente Santiago, el cual con su brillante espada cargó sobre la hueste infiel é imposibilitó la resistencia.»

La existencia de este milagro apóyala el buen padre en el testimonio de otros tres de su órden, que se hallaron presentes en la acción y oyeran la noticia de boca de muchos indios. Y otro autor añade: «tenía en mi opinión buenas razones para así creerlo, pues solo la milagrosa intervención del cielo podía habernos salvado.»

94. Según opinión del conquistador que menciona este discurso: «tenía buenas razones el Inca para creer que podría haberlo hecho, pues solo la milagrosa intervención del cielo podía haberlos salvado.»

95. Así se espresa uno de los descubridores: «Todas estas cosas de tiendas y ropa de lana y algodón eran en tan gran cantidad, que á mi parecer fueran menester muchos navíos en que cupieran.»

96. Dice Jerez, el secretario de Pizarro: «que cada día se mataban más de ciento cincuenta animales.»

97. Dice Prescot en una nota: «Una chistosa errata de imprenta hay en el pasaje referente á esta espedición, en la excelente traducción de Jerez, hecha por Mr. Fernaux Compans.—*On se trouve sur toute la route beau—coup de porcs, de laines.* (Relatión de la conquéte du Pérou, pág. 157.) La sustitución de la palabra porcs por parcs podría inducir al lector á suponer erradamente que había cerdos en el Perú, antes de la conquista.»

98. «El camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa, en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos toda la mayor parte de calzada.»—H. Pizarro.

99. Uno de los conquistadores dice: «Aquel era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades, y á lo que allí se entendió, el demonio aparecía en aquella cueva á los sacerdotes y hablaba con ellos, y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venían en romería; que es cierto que de todo el señorío de Atabalipa iban allí, como los moros y turcos van á la Meca.»

100. «Era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que al parecer de los españoles se juntaban cada día en la plaza principal cien mil personas.»—Estete.

101. «Cuando todo quedó reducido á barras de igual valor, se procedió á verificar el peso en presencia de ios inspectores reales. La suma total de oro se halló que era de un millón trescientos veintiseis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro, lo cual teniendo presente el mayor valor de la moneda en el siglo XVI, vendría á equivaler en el actual á cerca de tres millones y medio de libras esterlinas ó poco menos de quince millones y medio de duros. Calcúlase la cantidad de plata en cincuenta y un mil seiscientos diez marcos. La historia no ofrece ejemplo de semejante botin, todo en metal precioso y reducible como era á dinero contante, ganado por una pequeña tropa de aventureros, como eran los conquistadores del Perú. El gran objeto de las expediciones españolas en el Nuevo Mundo fué el oro; y es notable, que tan completamente lo lograsen.

¡Si hubieran seguido las huellas de los ingleses, franceses ú holandeses en el continente del Norte, cuan distinto hubiera sido el resultado! Es igualmente notable que la riqueza tan repentinamente adquirida, apartándoles de las fuentes menos copiosas, pero mas segura y permanentes de la prosperidad nacional, se les escapace al fin de las manos, constituyéndoles en una de las naciones mas pobres de la cristiandad.»—Prescott.

Y téngase presente, que el cálculo anterior hízolo Prescott antes del descubrimiento de la nueva California, otro poco de oro que esparcióse por el mundo; y que si en la actualidad hubiera hecho su cálculo, sería cuando menos aumentando el doble ó triple de lo que hizo en su época.

Y Quintana dice: «Botin prodigioso; y si se atiende al corto número de soldados entre quienes se distribuyó, sin ejemplar en la historia de estas correrias y latrocinios, que se llaman guerras y conquistas. Si tal recompensa es debida al esfuerzo, á la constancia, á la actividad, á la audacia, sin duda aquellos castellanos la merecían, porque de todo esto habían hecho muestra en el grado mas alto; no ciertamente contra los hombres, que poca ó ninguna resistencia les podían oponer, sino contra la tierra y los elementos, que tantas veces pusieron su valor y constancia á las pruebas mas crueles. Pero la opinión humana, justamente guiada por la razón y la conveniencia pública, al paso que honra y respeta á la opulencia, cuando es hija de la aplicación, del talento y de la industria, ha marcado con el sello de su reprobación eterna estos frutos precoces y sangrientos de la violencia y de la rapiña.»

«A la verdad, esta adquisición de oro y plata en gran cantidad, no los hizo mucho más ricos, á lo menos á los que quedaban en América. Las cosas que anhelaban subieron á un precio proporcionado á la abundancia de los metales con que se habían de satisfacer. Una mano de papel valía diez pesos, un caballo, tres, cuatro y á veces cinco mil ducados. Los mercaderes solían comprar el oro de veinte quilates á catorce, el de catorce á siete; la plata valía también á este tenor; por manera que los poseedores de riquezas tan grandes, apenas podían adquirir con ellas las satisfacciones que en otras partes eran accesibles á la más mediana fortuna».

102.—Testimonio del acta de repartición del rescate de Atahualpa, otorgada por el escribano Pedro Sancho.

En el pueblo de Caxamalca de estos reinos de la Nueva bastilla, 17 días del mes de Junio, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1533, el muy magnífico señor Comendador Francisco Pizarro, adelantado, lugarteniente, capitan general y gobernador por su magestad en estos dichos reinos, por presencia de mí Pedro Sancho, teniente escribano general en ellos por el señor de Sámano, dijo: Que por cuanto en la prisión y desbarate que del cacique Atahualpa y de su gente se hizo en este dicho pueblo se hobo algun oro, y después que dicho cacique prometió y mandó á los cristianos españoles que se hallaron en su prisión cierta cantidad de oro, la cual cantidad se halló y dijo sería un buhío lleno y diez mil tejuelos, y mucha plata que él tenía y poseía, y sus capitanes en su nombre que habían tomado en la guerra y entrada del Cuzco y en la conquista de las tierras, por muchas causas declaró, como mas largo se contiene en el auto que de ello se hizo, que pasó ante escribano, y dello el dicho cacique ha dado y traído y mandado dar y traer parte dello, de lo cual conviene hacer repartición y repartimiento, así del oro y plata como de las perlas y piedras y esmeraldas que ha dado, y de su valor entre las personas que se hallaron en la prisión del dicho cacique, que ganaron y tomaron el dicho oro y plata; á quien el dicho cacique le mandó y prometió y ha dado y entregado, porque cada persona haya y tenga y posea lo que dello le perteneciere, para que con brevedad su señoría con los españoles se despache y parta de este pueblo para ir á poblar y pacificar la tierra adelante, y por otras muchas causas que aquí no van expresadas, por ende el dicho señor Gobernador dijo: Que su magestad, por sus provisiones é instrucciones reales que le dió para la gobernación de estos reinos y administración que le fué dada, le manda que todos los provechos y frutos y otras cosas que en las tierras se hallasen y ganasen lo dé y reparta entre las personas conquistadoras que lo ganasen, segun y como le pareciere y que cada uno mereciese por su persona y trabajo; y que mirando lo susodicho y otras cosas que es razón y se deben mirar para hacer el repartimiento, y cada uno haya lo que de la dicha plata que el dicho cacique ha dado y habido, y ha de ver y se les ha de dar como su majestad lo manda, él quería señalar y nombrar por ante mí el dicho escribano la plata que cada una persona ha de haber y llevar, según Dios nuestro Señor le diere á entender; teniendo conciencia; y para lo mejor hacer pedía el ayuda de Dios nuestro Señor, é invocó el auxilio divino.

E luego el dicho señor Gobernador, atento á lo que es dicho y va declarado en el auto antes de este, poniendo á Dios ante sus ojos, señaló á cada una persona los marcos de plata que le parece que merece y ha de haber de lo que el dicho cacique ha dado y en esta manera lo señaló.

Y luego en 18 de Junio del mismo año de 1533 proveyó otro auto el dicho señor Gobernador para que el oro se fundiese y repartiese; el cual se fundió y repartió en esta manera, como parece por los autos originales de donde lo he sacado y pongo con distinción el oro y la plata que cada uno recibió en las dos columnas siguientes por no haber mas de una vez la lista de la gente, aunque allí está en dos.

| | Marcos de plata | Pesos de oro |
|---|---|---|
| A la iglesia noventa marcos de plata, 2.220 pesos oro. | 90 | 2.220 |
| Al señor Gobernador, por su persona, y á las lenguas y caballo. | 2.350 | 57.220 |
| A Hernando Pizarro. | 1.267 | 31.080 |
| A Hernando de Soto. | 724 | 17.740 |
| Al padre Juan de Sosa, vicario del ejército. | 310. 6 | 7.770 |
| A Juan Pizarro | 407 .2 | 11.100 |
| A Pedro de Cándia | 407 .2 | 9.909 |
| A Gonzalo Pizarro | 384 .5 | 9.909 |
| A Juan Cortés. | 362 | 9.430 |
| A Sebastian de Benalcázar | 407 .2 | 9.909 |
| A Cristóbal Mena ó Medina | 366 | 8.380 |
| A Luis Hernando Brueno | 384 .5 | 9.435 |
| A Juan de Salazar | 362 | 9.435 |
| A Miguel Estete | 362 | 8.980 |
| A Francisco de Jerez | 362 | 8.880 |
| Mas al dicho Jerez y Pedro Sancho por la escritura de compañía | 94 | 2.220 |
| A Gonzalo de Pineda | 384 | 9.909 |
| A Alonso Briceño | 362 | 8.380 |
| A Alonso de Medina. | 362 | 8.480 |
| A Juan Pizarro de Orellana. | 362 | 8.980 |
| A Luis Marca | 362 | 8.880 |
| A Jerónimo de Aliaga | 339 .4 | 8.880 |
| A Gonzalo Perez | 362 | 8.880 |
| A Pedro de Barrientos. | 362 | 8.880 |
| A Rodrigo Núñez. | 362 | 8.880 |
| A Andrés Anades | 362 | 8.880 |
| A Francisco Maraver | 362 | 7.770 |
| A Diego Maldonado | 362 | 7.770 |
| A Ramiro ó Francisco de Chastes | 362 | 8.880 |
| A Diego Ojuelos | 362 | 8.880 |
| A Ginés de Carranca | 362 | 8.880 |
| A Juan de Quincoces | 362 | 8.880 |
| A Alonso de Morales | 362 | 8.880 |
| A Lope Velez | 362 | 8.830 |
| A Juan de Barbaian | 362 | 8.880 |
| A Pedro de Aguirre | 362 | 8.880 |
| A Pedro de Leon | 362 | 8.880 |
| A Diego Mejía. | 362 | 8.880 |
| A Martín Alonso | 362 | 8.880 |
| A Juan de Rosas | 362 | 8.880 |
| A Pedro Castaño. | 362 | 8.880 |
| A Pedro Ortiz | 362 | 8.380 |
| A Juan Morquejo | 362 | 8.880 |
| A Hernando de Toro | 316 | 8.880 |
| A Diego de Agüero | 362 | 8.880 |
| A Alonso Perez | 362 | 8.880 |
| A Hernando Beltran | 362 | 8.880 |
| A Pedro de Barrera | 362 | 8.880 |
| A Francisco Baena | 362 | 8.880 |
| A Francisco Lopez | 371. 4 | 8.660 |
| A Sebastián de Torres | 362 | 8.880 |
| A Juan Ruiz | 339. 3 | 8.880 |
| A Francisco de Fuentes | 362 | 8.880 |
| A Gonzalo del Castillo | 362 | 8.880 |
| A Nicolás de Azpétia | 339. 3 | 8.880 |
| A Diego de Molina | 316. 6 | 7.770 |
| A Alonzo Peto. | 316. 6 | 7.770 |
| A Miguel Ruiz | 362 | 8.880 |
| A Juan de Salinas Herrador | 362 | 8.880 |
| A Juan Olz ó Loz | 248 .7 | 6.110 |
| A Cristóbal Gallego, (no está en la repartición del oro) | 316 .6 | |
| A Rodrigo de Cantillana (tampoco) | 294 .1 | |
| A Gabriel Telor (tampoco) | 371 .4 | |
| A Hernando Sanchez | 262 | 8.880 |
| A Pedro Sa Páramo | 271 .4 | 6.115 |

INFANTERÍA

| | Marcos de plata | Pesos de oro |
|---|---|---|
| A Juan de Porras | 181 | 4.540 |
| A Cregorio Sotelo | 181 | 4.540 |
| A Pedro Sancho | 181 | 4.440 |
| A García de Paredes | 181 | 4.440 |
| A Juan de Valdivieso | 181 | 4.440 |
| A Gonzalo Maldonado | 181 | 4.440 |
| A Pedro Navarro | 181 | 4.440 |
| A Juan Ronquillo | 161 | 4.440 |
| A Antonio de Bergara | 181 | 4.440 |
| A Alonso Romero | 181 | 4.440 |
| A Melchor Berdugo | 135 .6 | 3.330 |
| A Martin Bueno | 135 .6 | 4.440 |
| A Juan Perez Tudela | 171 | 4.440 |
| A Iñigo Taburco | 181 | 4.440 |
| A Nuño Gonzalo (no está en la repartición del oro) | 181 | |
| A Juan de Herrera | 158 | 3.385 |
| A Francisco Dávalos | 181 | 4.440 |
| A Hernando de Aldana | 181 | 4.440 |
| A Martín de Marquina | 135 .6 | 3.330 |
| A Antonio de Herrera | 136 .6 | 3.330 |
| A Sandoval (no tiene nombre propio) | 135 .6 | 3.330 |
| A Miguel Estete de Santiago | 135 .6 | 3.330 |
| A Juan Bonallo | 181 | 4.440 |
| A Pedro Moger | 181 | 4.440 |
| A Francisco Perez | 158 .3 | 3.880 |
| A Melchor Palomimo | 135 .6 | 3.330 |
| A Pedro de Alconchel | 181 | 4.440 |
| A Juan de Segovia | 135 .6 | 3.330 |
| A Crisóstomo de Ontiveros | 135 .6 | 3.330 |
| A Hernan Muñoz | 135 .6 | 3.330 |
| A Alonso de Mena | 135 .6 | 3.330 |

| | Marcos de plata | Pesos de oro |
|---|---|---|
| A Juan Perez de Orma | 135.6 | 3.885 |
| A Diego de Trujillos | 158.3 | 3.330 |
| A Palomino, tonelero | 181 | 4.440 |
| A Alonso Jimenez | 181 | 4.440 |
| A Pedro de Torres | 135.6 | 3.330 |
| A Alonso de Toro | 135.6 | 3.330 |
| A Diego López | 135.6 | 3.330 |
| A Francisco Gallegos | 135.6 | 3.330 |
| A Bonilla | 181 | 4.440 |
| A Francisco de Almendras | 181 | 4.440 |
| A Escalante | 181 | 3.330 |
| A Andrés Gimenez | 181 | 4.440 |
| A Juan Giménez | 181 | 3.330 |
| A García Martín | 181 | 4.440 |
| A Alonso Ruíz | 135. 6 | 3.330 |
| A Lúcas Martínez | 135. 6 | 3.330 |
| A Gómez González | 135. 6 | 3.330 |
| A Alonso de Alburquenque | 94 | 2.220 |
| A Francisco de Vargas | 181 | 4.440 |
| A Diego Gavilan | 181 | 3.884 |
| A Contreras, difunto | 133 | 2.770 |
| A Rodrigo de Herrera, escopetero | 135. 3 | 3.330 |
| A Martín de Florencia | 135. 6 | 3.330 |
| A Anton de Oviedo | 135. 6 | 3.330 |
| A Jorge Griego | 181 | 4.440 |
| A Pedro de San Millan | 135. 6 | 3.330 |
| A Pedro Catallan | 93 | 3.330 |
| A Pedro Roman | 93 | 2.220 |
| A Francisco de la Torre | 131. 1 | 2.775 |
| A Francisco Carducho | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan Pérez de Gamora | 181 | 4.440 |
| A Diego de Narvaez | 131. 1 | 2.775 |
| A Gabriel de Olivares | 181 | 4.440 |
| A Juan García de Santa Olalla | 135. 6 | 3.330 |
| A Pedro de Mendoza | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan García, escopetero | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan Perez | 135. 6 | 3.330 |
| A Francisco Martín | 135. 6 | 3.330 |
| A Bartolomé Sánchez, marino | 135. 6 | 3.330 |
| A Martín Pizarro | 135. 6 | 3.330 |
| A Hernando de Montalvo | 181 | 3.330 |
| A Pedro Pinelo | 135. 6 | 3.330 |
| A Lázaro Sánchez | 94 | 3.330 |
| A Miguel Cornejo | 135. 6 | 3.330 |
| A Francisco Gonzalez | 94 | 2.220 |
| A Francisco Martínez (está en la lista del oro por Francisco Cozalla) | 135. 6 | 2.120 |
| A Carete (no dice nombre propio en ninguna lista) | 182 | 4.440 |
| A Hernandez de Loja | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan de Niza | 195. 6 | 3.330 |
| A Francisco del Solar | 94 | 3.330 |
| A Hernando de Jemendo | 67. 7 | 2.220 |
| A Juan Sánchez | 94 | 1.665 |
| A Sancho de Villegas | 135. 6 | 3.330 |
| A Pedro de Velva (no está en la lista del oro) | 94 | |
| A Juan Chico | 135. 6 | 3.330 |
| A Rodas, sastre | 94 | 2.220 |
| A Pedro Salinas de la Hoz | 125. 5 | 3.330 |
| A Anton Estéban García | 186 | 2.000 |
| A Pedro de Valencia | 94 | 2.220 |
| A Alonso Sánchez Talavera | 94 | 2.220 |
| A Miguel Sánchez | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan García, pregonero | 103 | 2,775 |
| A Lozano | 94 | 2.220 |
| A García Lopez | 135. 6 | 3.330 |
| A Juan Muñoz | 136. 6 | 3.330 |
| A Juan de Berlanga | 180 | 4.440 |
| A Estéban García | 94 | 4.440 |
| A Juan de Salvatierra | 135. 6 | 3.330 |
| A Pedro Calderon, (no está en la reparción del oro) | 135 | |
| A Gaspar de Marquina, (no está en la repartición de la plata) | | 3.330 |
| A Diego Escudero, (no está en la lista de la plata) | | 4.440 |
| A Cristóbal de Sosa | 135. 6 | 3.330 |

Asimismo el señor Gobernador dijo, que señalaba y nombraba para que se diese á la gente que vino con el capitán Diego do Almagro para ayuda de pagar sus deudas y fletes y suplir algunas necesidades que traían veinte mil pesos.

Asímismo dijo que á treinta personas que quedaron en la ciudad de San Miguel de Piura dolientes, y otros que no vinieron ni se hallaron en la prisión de Atahualpa y toma del oro, porque algunos son pobres y otros tienen necesidad, señalaba quince mil pesos de oro para los repartir su señoría entre las dichas personas.

Asímismo dijo que los ocho mil pesos que la compañía dió á Hernando Pizarro para que fuese á explorar las cosas de la tierra, y otras cosas así de barbero y cirujano, y cosas que se han dado á caciques, se saquen del dicho cuerpo ocho mil pesos.

Todo lo cual el dicho señor Gobernador dijo que le parecía que era bien y estaba bien señalado, y lo que cada una persona lleva declarado que ha de haber en Dios y su conciencia, teniendo respeto á lo que su magestad lo manda, y mandó que se les diese y repartiese por peso por ante mí el escribano á cada unó lo que lleva declarado. Fírmolo por mandato de su señoría—*Pedro Sancho.*

(Extractado de la obra inédita de Francisco de Lopez de Caravantes

103. El único de los historiadores coetáneos á la época de la conquista del Perú, que yo sepa, que refiere este suceso, es Garcilaso de la Vega.

104. Según Garcilaso, las doce preguntas que se formularon para el interrogatorio de los testigos, fueron las siguientes:

1°—Si conocían á Huayna Cápac y sus mujeres, y cuántas eran.

2°—Si Huáscar era hijo lejítimo y heredero del reino y Atahualpa bastardo, no hijo del rey, sino de algún indio de Quito.

3°—Si tuvo el Inca otros hijos, además de los referidos.

4°—Si Atahualpa heredó el imperio por testamento de su padre ó por tiranía.

5°—Si Huáscar fué privado del reino por testamento de su padre ó si fué declarado heredero.

6°—Si en la muerte de Huáscar había complicidad de parte de su hermano.

7°—Si Atahualpa era idólatra y obligaba y mandaba á sus vasallos á que sacrificasen hombres y niños.

8°—Si Atahualpa había hecho guerras injustas y muerto en ella á mucha gente.

9°—Si tenía Atahualpa muchas concubinas.

10—Si Atahualpa había cobrado, gastado y malversado los tributos del imperio, después que los españoles tomaron posesión de él.

11—Si sabían que Atahualpa, después de la llegada de los españoles, había dado á sus parientes y á sus capitanes y á otras personas distinguidas del imperio muchas dádivas de la hacienda real, y que tenía gastados y disipados los depósitos públicos y comunes.

12—Si sabían que Atahualpa, después de preso, había tratado con sus capitanes de rebelarse y matar á los españoles, para lo cual había mandado reunir gran número de gente de guerra y mucho aparato de armas y pertrechos.

Se dijo, que de los diez indios que interrogaron, siete eran sirvientes de los españoles.

105—Dice Gomara, que como contemporáneo puede saberlo por los mismos que trataron al Inca. «que era hombre bien dispuesto, sabio, animoso, franco, muy limpio y bien traido.»

Y Quintana agrega: «La idea que de él han dejado las relaciones antiguas, le es en verdad bien favorable, á pesar de los visos de artificio, crueldad, injuscicia y tiranía que han querido dar á su carácter. Estas cualidades odiosas se avienen mal con los premios y virtudes que manifestó en el largo tiempo de su prisión y que le ganaron el interés y el afecto de tantos castellanos, que á boca llena, como ya se ha dicho arriba apellidaban inícua é inhumana la sentencia dada contra él. Se avienen también mal los elogios que en estas mismas relaciones se dan, donde después de su muerte, apenas se le nombra con otros dictados que los del *gran monarca, el buen rey* y otros de la misma dignidad. Están finalmente en contradicción con el amor y con el deseo que dejó impresos en la nación peruana, la cual considerando por ventura reflejadas mas bien en él que en otro ninguno de sus príncipes, las grandes prendas de Inca Huayna Cápac, lloraba, cifrada en su deplorable muerte, la catástrofe de su imperio.»

Los historiados todos se han manifestado de la misma opinión. Manifiesta Herrera, bien claro, que si la muerte del Inca era disculpable en política, no lo era ni en jusicia ni en moral. Gomara, después de decir, que no fué enviado el proceso al emperador, como muchos querían que se hiciese, y que fué muerto á instancia de los de Almagro, añade: «No hay que reprender á los que le mataron, pues el tiempo y sus pecados los castigaron después, ca todos ellos acabaron mal.»

Oviedo es todavía más esplícito, pues en el capítulo 14 libro 46 de su *Historia general*, copia á la letra la relación de este acontecimiento, hecha por Francisco Jerez, y después en el capítulo 22, vuelve á tratar el asunto por sí mismo y manifiesta á la larga la injusticia y escándalo de semejante proceso y tan inícuo suplicio, y entre otras cosas dice: «Notorio es que el Gobernador le aseguró la vida, y sin que le diese tal seguro, él se lo tenía, pues ningún capitan puede disponer sin licencia de su rey y señor de la persona del príncipe, que tiene preso.» Y mas adelante: «Se levantaron que los quería matar, é todo aquello fué rodeado por malos é por la inavertencia é mal consejo del Goberuador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto é por escrito, seyendo uno de los adalides un inquieto, desasosegado é deshonesto clérigo y un escribano, falto de conciencia é de mala habilidad y otros tales que en la maldad concurrieron.»

Todo esto es cierto y ciertísimo; pero si Pizarro, cargando con la responsabilidad de *tan inícuo hecho*, no hubiérase atrevido á cometerlo, tal vez, y sin tal vez, aquellos arrojados aventureros hubieran muerto todos asaeteados por el ejército del imperio peruano. Hallábase Pizarro en el fatal caso de tener que optar entre la vida del Inca ó la de él y sus compañeros. Y esto quiere decir que sin el acto cometido por Pizarro, no hubiera ceñido Carlos V *la corona del Perú*, ni hubiera recibido *esos grandes cargamentos de oro y plata*; con los que él y sus sucesores *encumbraron* por entonces á la nación española y que contribuyeron luego á *su decadencia.*

Dice Oviedo que el verdadero nombre del Inca era Atabaliva y que los españoles lo pronunciaban mal; pero Garcilaso le llama Atahualpa.

106.—Segun el jesuita Velazco, en su *Historia de Quito*, Toparca se arrepintió de su apostasía y rasgó con desprecio la diadema que le diera Pizarro, muriendo de pena á las pocas semanas. Parece que ni aun las tropas llegaron á convencerse que tuviera Chalcuchima participación en la muerte de Toparca; y en una nota dirigida al emperador por el ayuntamiento de Jáuja, así se dice: «Público fué, aunque dello no ubo averiguación ni certidad, que el capitan Challconiman le abía dado ierbas ó á beber con que murió.

107.—Hablando los conquistadores del Cuzco y sus edificios dicen: «Los edificios eran generalmente de piedra comun. Lo que los españoles tuvieron por mármol, sería probablemente pórfido, con lo cual estaba mezclada la piedra de las canteras inmediatas». «Todo labrado de piedra muy prima, que cierto toda la cantidad de esta cibdad hace gran ventaja á la de España, aunque carecen de teja, que todas las casas, si no es la fortaleza, que era hecha de azoteas, son cubiertas de paja, aunque tan primorosamente puesta que parece bien». «Esta cibdad es la mejor é mayor que en la tierra se ha visto, y aun en Indias; é decimos á V. M. que tan hermosa y de tan buenos edificios que en España sería muy de ver; tiene las calles por mucho concierto empedradas de guijas pequeñas todas las mas de las casas son de señores principales, hechas de cantería. Está en una ladera de un zerro, en el cual sobre el pueblo está una fortaleza muy bien obrada de cantería, tan de ver que por los españoles que han andado reinos estraños dicen no haber visto otro edificio igual al della».

108.—«Un río del cual baja por medio de la cibdad, y desde que nace, más de veinte leguas por aquel valle abajo donde hay muchas poblaciones, va enlosado todo el suelo y las barrancas de una y de otra parte hechas de cantería labrada, cosa nunca vista ni oida». Relación del descubrimiento.

109.—En la conquista y población del Perú, se dice: «Esta ciudad era muy grande y muy populosa de grandes edificios y comarcas; cuando los españoles entraron la primera vez había gran cantidad de gente, sería pueblo de más de cuarenta mil vecinos solamente lo que tomaba la ciudad, que arravalles y comarca en derredor del Cuzco á diez o doce leguas, creo ío que havía doscientos mil indios, porque esto era lo mas poblado de todos estos reinos».

110.—«Pues andando yo buscando mahiz ó otras cosas para comer, acaso entré en mi buhío, donde hallé estos tablones de plata, que tengo dicho que heran hasta diez y de largo tenían veinte piés, de ancho de uno y de gordo de tres dedos; dí noticia dello al marqués y él y todos los demás que con él estavan entraron á vellos». Pedro Pizarro.

111.—«El producto de este saqueo, unido á los despojos habidos en el camino, y puesto todo en comun, segun la costumbre de aquella tropa, fué todavía mayor que el botin de Caxamalca. Pero ya eran muchos más á partir y no les tocó á tanto. Dícese que sacado el quinto del Rey, se hicieron de los demás cuatrocientos ochenta partes, y que cupieron á cada una cuatro mil pesos. Esta enorme masa de metales preciosos puestos en tráfico de repente en un solo punto, y falto de cosas y comodidades trocables con ellos, hizo su efecto natural, que fué el de envilecerlos. La plata no se estimaba por pesada y embarazosa, la pedrería se abandonaba á quien la quería tomar; por manera que aquellos hombres tan ansiosos de oro y plata, viendo rebosar el vaso de su codicia con el raudal inmenso que vino á henchirle de pronto, debieron conocer facilmente que aquel tesoro anhelado les servía más de carga y pesadumbre que de satisfacción y provecho». Quintana.

112—«Empezó á llover tierra de los cielos, que cazaba á los hombres y á los caballos, de tal suerte que los árboles y arbustos estaban llenos de polvo». Oviedo.

Atribuye Garcilaso la lluvia de cenizas al volcán de Quito, y Cieza de León dice únicamente que procedió de algunos de los volcanes de esa región. Humbolt admite la opinión general que era la erupción del Cotopaxi.

113—Dice Naharro, que la descabellada é injusta expedición de Alvarado al Perú, demostraba cuál era su caracter aventurero; y que de regreso á su gobierno de Guatemala se empeñó de nuevo en otras tan temerarias y desastrosas, que concluyeron con su vida.

114—Estos *dos nombres* solo han quedado escritos en los documentos de aquellos tiempos, triunfando sus indígenas primitivos, de Perú y Chile.

115—«Dióse por nombre á la naciente capital ciudad de los Reyes, en honor á la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de Enero de 1535 cuando, segun se dice, fué fundada, ó más probablemente, cuando se determinó el sitio que debía tener». Prescott.

Pero el investigador y exacto Quintana dice: «que fué fundada el 18 de Enero de 1535;» y en una nota agrega: »A los más ha engañado el nombre de los Reyes, puesto á la nueva ciudad, para deducir de ello que fué fundada el 6 de Enero. En el texto se sigue al padre Bernabé Cobo, que en su libro de la *Fundación de Lima* fija la fecha del 18 de Enero: la autoridad de este escritor en esta y en otras cosas del Nuevo Mundo es inexcusable.»

Y hace observar Prescott, que desde el principio se corrompió el primitivo nombre de Rimac por el de Lima, como llamaban á la capital, y en testimonio copia esto de Pedro Pizarro: «Y el marqués se pasó á Lima y fundó la ciudad de los Reyes, que agora es». Antiguos autores escribieron valle de Limac ó de Rimac.

116—En punto á disciplina presentaban los soldados, que fueron de Alvarado, un notable contraste con los conquistadores del Perú, si ha de creerse á Pedro Pizarro, que asegura: «que los que pasamos con el marqués á la conquista, no ovo hombre que osase tomar una mazorca de maíz sin licencia.»

«Se entraron de paz en la ciudad de Cuzco y los salieron todos los naturales á rescibir y los tomaron la ciudad con todo cuanto havía de dentro llenas las casas de mucha ropa y algunas oro y plata y otras muchas cosas; y las que no estaban bien llenas los enchian de lo que tomaban de las demás casas de la dicha ciudad, sin pensar que en ello hacian ofensa alguna divina ni humana, y porque esta es una cosa larga y casi incomprehensible, la dexaré al juicio de quien más entiende, aunque en el daño recibido por parte de los naturales cerca de este artículo yo sé harto por mis pecados que no quisiera saber ni haver visto.» Conq. i Pob. del Perú.

117—El siguiente documento, en que se ligan con solemne juramento los dos célebres conquistadores á los principios más comunes, que manda observar la honradez, da exacta idea de esa época y sus hombres. El original está en el archivo de Simancas.

«Nos don Francisco Pizarro, Adelantado, capitán general, y Gobernador por S. M. en estos reinos de la Nueva Castilla, é don Diego de Almagro, asimismo Gobernador de S. M. en la provincia de Toledo, decimos: que porque mediante la íntima amistad y compañía que entre nosotros con tanto amor ha permanecido, y queriéndolo Dios nuestro Señor hacer, ha sido parte y cabsa que el Emperador é Rey nuestro Señor haya recibido señalados servicios con la conquista, sujección, é población destas provincias y tierras, é trayendo á la conversión y camino de nuestra santa fee Católica tanta muchedumbre de infieles, é confiando S. M. que durante nuestra amistad y compañía su real patrimonio será acrecentado, é así por tener este intento como por los servicios pasados, S. M. tubo por bien de conceder á mi el dicho don Francisco Pizarro la governación de estos nuevos reinos, y á mí el dicho don Diego de Almagro la governación de la provincia de Toledo, de las cuales mercedes que de su real liberalidad hemos recevido, resulta tan nueva obligación, que perpetuamente nuestras vidas y patrimonios, y de los que de nos descendieren en su real servicio, se gasten y consuman; y la confianza de S. M. por nuestra parte no fallezca, renunciando la ley que cerca de los tales juramentos dispone, prometemos é juramos, en presencia de Dios nuestro Señor, ante cuyo acatamiento estamos, de guardar y cumplir bien y enteramente, y sin cabtela ni otro entendimiento alguno, lo expresado y contenido en los capítulos siguientes: é suplicamos á su infinita bondad, que á cualquier que fuese en contrario de lo así convenido, con todo rigor de justicia permita la perdición de su ánima, fin y mal acavamiento de su vida, destrucción y perdimiento de su familia, honras y hacienda, porque como quebrantador de su fee, la cual el uno al otro nos damos, y no temerosos de su acatamiento, reciva de tal justa venganza. Y lo que por parte de cada uno de nosotros juramos y prometemos es lo siguiente:

Primeramente, que nuestra amistad y compañía se conserve mantenga para en adelante con aquel amor y voluntad que hasta el día presente entre nosotros ha habido, no lo alterando ni quebrantando por algunos intereses, cobdicias, ni ambiciön de cualesquiera honrras é oficios, sino que hermanablemente entre nosotros se comunique é seamos parcioneros en todo el bien que Dios nuestro Señor nos quiera hacer.

Otrosi: Decimos, so cargo del juramento é promesa que hacemos, que ninguno de nosotros culumniará ni procurará cosa alguna que en daño ó menos cabo de su honra, vida y hacienda al otro pueda subceder ni venir, ni dello será cabsa por vias directas ni indirectas, por sí propio ni por otra persona tácita ni espresamente cabsándolo ni permitiéndolo, antes procurará todo bien y honra y trabajará de se lo llegar y adquirir, y evitando todas pérdidas y daños que se le pueden recrecer, no siendo de la otra parte avisado.

Otrosí: juramos de mantener, guardar y cumplir lo que entre nosotros está capitulado, á lo cual al presente nos referímos, é que por vía é causa, ni maña alguna ninguno de nosotros verrá en contrario ni quebrantamiento dello, ni hará diligencia, protestación ni reclamación alguna, é que si alguna oviere fecho, se aparta ó desiste della, ó la renuncia so cargo de dicho juramento.

Otrosí: juramos que conjuntamente ambos á dos, y no uno sin el otro, informaremos y escribiremos á S. M. las cosas que segun nuestro parecer mejor á su real servicio convengan, suplicándole, informándole de todo aquello con que mas su Católica conciencia se descargue, y estas provincias y reinos mas y mejor se conserven y gobiernen, y que no habrá relación particular por ninguno de nosotros hecha en fráude é cabtela y con intento de dañar i empecer al otro procurando para sí, posponiendo el servicio de nuestro Señor Dios y de S. M. y en quebrantamiento de nuestra amistad y compañía, y asimismo no permitirá que sea hecho por otra cualquier persona, dicho ni comunicado, ni lo permita ni consienta, sino que todo se haga manifiestamente entre ambos, porque se conozca mejor el celo que de servir á S. M. tenemos, pues de nuestra amistad é compañía tanta confianza ha mostrado.

Item: Juramos que todos los provechos é intereses que se nos recrecieren así de los que yo don Francisco Pizarro oviere y adquiriere en esta gobernación por cualquier vía y cabsas, como los otros que yo don Diego de Almagro he de haber en la conquista y descubrimiento que en nom-

bre i por mandato de S. M. hago, lo traeremos manifiestamente á monton y collacion, por manera que la compañía que en este caso tenemos hecha permanezca, y en ella no haya fráude cabtela, ni engaño alguno, é que los gastos que por ambos ó cualquier de nos se obieren de hacer se haga moderada y discretamente conforme, y proveyendo á la necesidad que se ofreciere, evitando lo escesivo y supérfluo, socorriendo y proveyendo á lo necesario.

Todo lo cual según en la forma que dicho está, es nuestra voluntad, de lo así guardar y cumplir so cargo del juramento que así tenemos fecho, poniendo á nuestro Señor Dios por juez y á su gloriosa Madre Santa María con todos los Santos por testigos; y porque ser notorio á todos los que aquí juramos y prometemos, lo firmamos de nuestros nombres, siendo presentes por testigos el Licenciado Hernando Caldera, Teniente General de Gobernador en estos reinos por el dicho Señor Gobernador, é Francisco Pineda capellán de su Señoría, é Antonio Picado, su secretario, é Antonio Tellez de Guzmán y el Dr. Diego de Loaisa: el cual dicho juramento fué fecho en la gran ciudad del Cuzco en la casa del dicho Gobernador don Diego Dalmagro, estando diciendo misa el Padre Bartolomé de Segovia, clérigo, despues de dicho el pater noster, poniendo los dichos govervadores las manos derechas encima del ara consagrada á 12 de Junio de 1535 años. Francisco Pizarro.—El Adelantado Diego Dalmagro.—Testigos el Licenciado Hernando Calderón.—Antonio Tellez Guzmán.

Yo Antonio Picado, escrivano de S. M. doy fee que fuí testigo y me hallé presente al juramento é solemnidad fecho por los dichos Gobernadores, y saqué este traslado del orijinal que queda en mi poder como Secretario del Señor Gobernador don Francisco Pizarro, en fe de lo cual firmé aquí nombre. Fecho en la gran Ciudad del Cuzco á 11 días del mes de Julio de 1535 años.—Antonio Picado, escribano de S. M.»

118.—«Cuéntanse muchos ejemplos de esta jenerosidad de Almagro: tenía un día junto así una carga de anillos, y un Juan de Lope le pidió uno: «Toma,—le respondió,—los que te quepan en las dos manos». Y sabiendo después que era casado, le mandó dar cuatrocientos pesos para que se fuese con su mujer. A otro que le presentó una adarga, le agasajó con cuatrocientos pesos y con una olla de plata y asas de oro, que valia mil ducados: al que le presentó el primer gato castellano que se vió en aquellas partes le regaló seiscientos pesos, etc.»—Quintana.

119.—«El marqués hizo encomiendas en los españoles, las cuales fueron por noticias, que ni él savía lo que daba ni nadie lo que rescibía, sino á tiento i á poco mas ó menos i así muchos que pensaron que se les daba poco se hallaron con mucho y al contrario».—Delgado.

«En fin, á otros muchos caballeros y soldados dió presentes de príncipe sin ostentacion y sin violencia, como convenía á un gran conquistador. Sabía dar también como particular con discrecion y silencio de manera que no fuesen humillados con sus dádivas aquellos á quienes socorría. De esta virtud se cuentan muchos rasgos suyos que le hacen grande honor. Solía jugar con menesterosos y se dejaba ganar para que se socorrieran de este modo y saliesen honrados con el lauro de jugar mejor que él. El pasaje del tejüelo llevado al juego de pelota para socorrer á un soldado es citado por todos los historiadores; el tejüelo pesaba, y él lo llevaba escondido en el seno para dárselo al soldado sin que nadie lo viese; mas no pareciendo, y ofreciéndose un partido de pelota que jugar, él se puso á jugarle sin desnudarse el sayo ni sacar el peso que llevaba, hasta que vino el soldado, que tardó más de tres horas; y llamándole aparte, le dió el oro, diciéndole, que mas quisiera haber dado tres tantos mas, que el trabajo que había padecido por su tardanza. Pero de todo lo que se cuenta para recomendar su afabilidad, su buen trato y su llaneza, nada le hónra mas que aquel paso de arrojarse al río de la Barranca á sacar por los cabellos á un indio yanacona suyo, que caído impensadamente al agua, se le llevaba la corriente: reñíanle los capitanes aquella temeridad, y él les contestó: que no sabían ellos qué cosa era querer bien á un criado.»—Quintana.

120.—«Es gente mi belicosa é muy diestra; sus armas picas, é ondas, porras é alabardas de plata é oro é cobre». Oviedo.

Jerez hace una buena descripción de las armas de los peruanos; y el padre Velasco, en su historia de Quito, añade otras muchas al catálogo de los que cita aquel autor. Dice que usaban espadas de cobre, puñales y otras armas europeas.

121.—«Pues junta toda la gente quel Inga avía embiado á juntar que á lo que se entendió y los indios dixeron, fueron dozientos mil indios de guerra los que vinieron á poner cerco». Pedro Pizarro.

122.—«Pues de noche eran tantos los fuegos que no parecían sino un cielo muy sereno lleno de estrellas». Pedro Pizarro.

123.—«I los pocos españoles que héramos aun no dozientos todos». Pedro Pizarro.

124.—Unas piedras redondas y hechallas en el fuego y hazellas asqua embolvíanlas en algodones y poniéndolas en hondas las tiravan á las casas donde no alcanzaban á poner fuego con las manos, y ansi nos quemavan las casas sin entendello. Otras veces con flechas encendidas tirándolas á las casas que como heran de paja luego se encendían». Pedro Pizarro.

«El templo fué dedicado á nuestra Señora de la Asunción. La aparición de la Virjen, fué manifiesta, no solo á los cristianos sino tambien á los guerreros indios, mu-

chos de los cuales refirieron el suceso á Garcillaso de la Vega, en cuya pluma lo maravilloso nunca perdía nada de su brillantez. Tambien lo atestigua el padre Costa, que llegó al país cuarenta años después de este suceso. Ambos escritores hablan del oportuno auxilio que dió á los españoles el apóstol Santiago, el cual con su escudo, desplegando la divisa de su órden militar y armado con su flamante espada, se precipitaba con su caballo blanco sobre las más espesas filas del enemigo. Siempre contaban los españoles con el auxilio de su santo patron, cuando su presencia era necesaria, *dignus vindice nodus*». Precostt.

«I era tanto el humo que casi los oviera de acgar i pasaron gran trabajo por esta cáusa i si no fuera de la una parte de la plaza no havía casas i estaba descoronado no pudieran escapar porque si por todas partes les diera el humo i el calor siendo tan grande le pasaron trabajo› pero la Divina Providencia lo estorbó». Pedro Pizarro.

Cuando el sitio del Cuzco estuvo ausente el padre Valverde; pero volviendo al año, escribe al emperador: «Certifico á V. M. que si no me acordara del sitio desde ciudad, yo no la conosciera, á lo menos por los edificios y pueblos della: porque cuando el gobernador don Francisco Pizarro entró aquí y entré yo con él, estaba este valle tan hermoso en edificios y población que en torno tenía que era cosa de admiración vello, porque aunque la ciudad en sí ternía más de 3 ó 4000 casas, ternía en torno quasi á 19 ó 20,000; la fortaleza que estava sobre la ciudad parescía desde aparte una muy gran fortaleza de las de España: agora la mayor parte de la ciudad está toda derribada y quemada: la fortaleza no tiene quasi nada enhiesso: todos los pueblos de alrrededor no tienen sino las paredes que por maravilla ai casi cubierta. La cosa que mas contentamiento me dió en esta ciudad fué la iglesia, que para en Indias es arto buena cosa, aunque segun la riqueza á havido en esta tierra pudiera ser mas semejante al templo de Salomon. 20 Marzo 1539.

125.—Este miligro de la Vírgen en su templo, además de Pizarro lo refieren algunos otros autores.

126.—Sabido es que los sud-americanos son habilísimos para enlazar cualquier clase de animales y boltearlos aunque vayan á carrera tendida. Las *bolas* es un arma terrible para cautivar á los que huyen á caballo, y es de la siguiente forma: se trenza una correa de cuero de más de dos metros de largo, y á cada estremo se une una piedra ó plomo del tamaño como el de un huevo de gallina, forrado en cuero: otra correa como de un metro de largo, teniendo en un estremo otra bola, y el otro estremo se une al centro de la de dos metros; se agarra la bola de la correa añadida y las otras dos se revoletean hasta darle gran impulso y las arrojan hasta una distancia de 80 ó 100 metros. Los hombres de campo de la América del Sud son diestrísimos en el manejo de las bolas, y las arrojan montados á caballo y á todo escape, á las patas de cualquier animal, aunque vaya también á escape; así hacen prisioneros en las derrotas á sus contrarios y cazan también á los avestruces en los desiertos y á cualquier animal, cuando quieren tener carne para comer: Las fuertes cuerdas con las bolas, enrédanse en las patas del animal, el que no puede correr y cáe.

127.—Refiriendo este pasaje, no un orgulloso inglés, sino el norte-americano Prescott, quizá con más justo motivo para tener orgullo y arrogancia patria, hace la siguiente generosa confesión: «Las animosas palabras y la bizarra conducta de los jefes avivaron el entusiasmo en el corazón de los españoles, porque el corazón del español fácilmente responde al llamamiento del honor, sino al de la humanidad».

128—En estas batallas se presentaron el Inca y otros nobles con caballos y armas cojidas á los españoles; y Herrera afirma: «que los peruanos usaron contra los conquistadores de sus mismas armas de fuego, obligando á los prisioneros á poner en su órden los mosquetes y fabricar pólvora para ellos.»

129—«Y mandó Hernando Pizarro, á los españoles que sabían, que nò matasen á este indio, sino que se lo tomasen á vida, jurando de no matallo si lo avía vivo.» Pedro Pizarro.

130—«Visto este orejón que se lo avían ganado y le avían tomado por dos ó tres partes el fuerte, se tapó la caveza y el rostro con la manta y se arrojó del cubo abajo mas de cien estados, y así se hizo pedazos.» Pedro Pizarro.

131—«Y estando batallando con ellos para echallos de allí Joan Pizarro se descuidó de cubrirse la cabeza con la adarga y con las muchas pedradas que tiraban le acertaron una en la cabeza que le quebraron los cascos y dende á quince días murió desta herida, ansi herido estuvo forcejeando con los indios y españoles hasta que se ganó este terrado, y ganado se bajaron al Cuzco.» «Hera valiente y muy animoso, gentil hombre, y magnánimo y afable.» Pedro Pizarro.

Y Zárate termina el panegírico de Pedro Pizarro, con estas palabras: «Fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bien quisto y amado de todos.»

132—Segun Garcilaso de la Vega murieron en estas expediciones unos cuatrocientos sesenta soldados; y calcula Cierra de Leon como setecientos el número de cristianos que perecieron durante esta insurrección.

133—Fácil es comprender cuál no sería entonces la crítica situación de Pizarro, cuando á don Pedro de Alvarado, á quien poco tiempo antes casi había arrojado del

Perú, escribió desde la ciudad de los Reyes el 29 de Julio de 1536: «E crea V. S. sino somos socorridos se perderá el Cuzco, que es la cosa más señalada y de más importancia que se puede describir; e luego nos perderemos todos, porque somos pocos é tenemos pocas armas, é los indios están atrevidos.»

134—«Tambo tan fortalescido que hera cosa de grima, porque el assiento donde tambo está es muy fuerte, de andenes muy altos y de muy gran canterías fortalecidos. El río Incay ques grande por aquella parte va muy angosto y hondo.» P. Pizarro.

135—«Pues hechos dos ó tres acontecimientos á tomar este pueblo, tantas veces nos hicieron bolver dando de manos. Ansí estuvimos todos este día hasta puesta de sol; los indios sin entendello nos hechaban el rrío en el llano donde estávamos y de aguardar más pereciéramos aquí todos.» P. Pizarro.

136.—«Y para castigarlos por la muerte destos tres españoles juntólos en un aposento donde estaba aposentado y mando cavalgar la gente de cavallo y la de á pié que guardasen las puertas y todos estuviesen apercividos y los prendió y en conclusión hizo quemar más de treinta señores vivos atados cada uno á su palo.» Conq. y Pob. del Pirú.

Oviedo, que siempre manifiesta en sus escritos el duro carácter del colono, disculpa este acto con la vieja escena de la necesidad, y dice *que fué necesario este castigo*, añadiendo: que después de verificado se podía enviar un mensajero de un extremo á otro del país sin temor de que le maltratasen.»

137—«Anduvieron como ciento cincuenta leguas; y muy cerca del fin del mundo, como le dijeron.» Oviedo.

138—Para que no se de mucho crédito á diccionarios enciclopédicos, etc., publicamos la definición que da de *Atacama*, el que lleva en su primera página este pomposo título: «Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig. Diccionario enciclopédico de la lengua española, con todas las vozes, frases, refranes y locuciones usadas en España y las américas españolas, en el lenguaje común antiguo y moderno; las de ciencias, artes y oficios; las notables de historia, mitología y geografía universal, y todas las particulares de las provincias españolas y americanas, por una sociedad de personas especiales en las letras, las ciencias y las artes.» Y sigue la lista de los nombres de veintidos personas, con todos sus títulos científicos y literarios.»

He aquí la definición: «Atacama. Geog. prov. de Buenos Aires, que tiene minas de oro, plata y cobre, que escasamente se benefician.»

En la provincia de Buenos Aires, que es una de las catorce que componen la República Argentina, no hay tal departamento, pueblo ni aldea que se llame Atacama, ni que produzca oro, plata ni cobre, por la sencilla razón que en toda esta provincia no hay ninguna mina de metales.

Un gran desierto de la República de Bolivia es el que se llama Atacama.

Si se llaman héroes, y con razón, al general San Martín y sus soldados por el pasaje de los Andes en 1816, para Chile, cuando la guerra de la emancipación de las repúblicas Sud-Americanas, y hace comparar este ejército á las legiones de Anibal, en su paso de los Alpes, ¿qué nombre daremos á Pizarro, Almagro, sus jefes y soldados que cerca de tres siglos antes, en disminuto número, en todo su inmenso imperio completamente hostil, en un verdadero nuevo mundo desconocido, que no sabían á dónde estaban ni á dónde iban; y que hambrientos, sedientos, sin vestuario ni calzado, pasan y repasan esas inmensas cumbres de los Andes, por diversas partes; esas abrasadas llanuras, como las de Quito y esos interminables desiertos como el de Atacama, que hoy mismo, con todos los recursos imaginables, casi son inaccesibles?

139.—«Pero la cuestión de jurisdicción no era fácil de arreglarse, pues dependía del conocimiento de las verdaderas paralelas de latitud, conocimiento que no era probable tuviesen los toscos soldados de Pizarro. El real decreto ponía bajo la jurisdicción de Almagro á todo el país situado á doscientas leguas al Sud del río Santiago á un grado y veinte minutos Norte del Ecuador. Doscientas setenta leguas en el Meridiano, segun nuestra medida, hubieran terminado los límites en un grado antes del Cuzco, y apenas hubieran comprendido la ciudad de Lima. Pero las eguas españolas de diez y siete y media por grado hubieran estendido los límites meridionales de la jurisdiccion de Pizarro á cerca de medio grado mas allá de la capital de los incas, la cual de este modo recaía dentro del término de aquella jurisdiccion. Sin embargo, la línea divisoria caía tan cerca del terreno disputado, que racionalmente podía dudarse del resultado verdadero, no habiéndose hecho minuciosas investigaciones científicas para obtenerlo, á pesar de que cada una de las partes aseguraba, como sucede siempre, en tales casos, que sus pretensiones eran claras é incuestionables.»—Prescott.

140.—«Dice Zárate, que no encontró Almagro en la capital señal alguna de fortificación y que esclamó:—que había sido engañado.

141.—«Ofendido Almagro de la prisión de sus emisarios se preparó á marchar contra Alonso de Alvarado y á adoptar otras medidas mas eficaces para conseguir su sumision. Su segundo Orgoñez le instó fuertemente antes de su partida para que hiciese cortar la cabeza á los Pizarros, alegando que mientras existiesen, nunca estaría la suya segura, y concluyendo con el proverbio español, de que el muerto no mordía. Pero el mariscal, aunque detestaba á Hernando, se opuso á tan violenta medida. Además de estas con-

sideraciones tenía presente el afecto que todavía conservaba á su antiguo socio Francisco Pizarro y no quería romper para siempre los lazos que les unían. Contentándose, pues, con poner á los presos bajo la custodia de una fuerte guardia en uno de los edificios pertenecientes á la casa del sol, salió á la cabeza de sus fuerzas en busca de Alvarado.»—Prescott.

«Cuando Almagro, pasados ocho días, vió que no volvían sus amigos, sospechó al instante lo que era y llamó á consejo á sus capitanes para determinar lo que debía hacerse en semejante coyuniura. Todos opinaron por la guerra, siguiendo el dictámen del general Orgoñez, el cual resueltamente opinó que empezasen dando muerte á los dos Pizarros presos, y luego fuesen á encontrar con Alonso de Alvarado, en cuyo ejército tenían ellos tantos amigos que al instante que viesen sus banderas, se pasarían de su parte, y así se pondrían en libertad aquellos caballeros, á quienes el Adelantado tenía tanta obligacion, pues estaban presos por su servicio. Esquivaba él todo derramamiento de sangre y le detenían todavía los respetos de su antigua amistad con el Gobernador, aunque aborrecía á los dos hermanos, especialmente al insolente Hernando. Por lo mismo no quiso que se tratara mas de aquellas muertes, diciendo que la grandeza se conservaba mejor con los consejos cuerdos y moderados, que no con los vehementes y violentos.» Mostraos en buen hora piadosa, replicó Orgoñez, ahora que podeis; mas tened entendido que si una vez Hernando Pizarro se ve libre, se vengará de voz á toda su voluntad, sin misericordia ni respeto alguno»: palabras que anunciaba al pobre Almagro la suerte que le aguardada, si al fin venía á caer en manos de aquel hombre inexorable y cruel».—Quintana.

142. La máxima de Orgoñez era que de los enemigos los menos, especialmente cuando eran caudillos, porque decía: «que perro muerto ni muerde ni ladra.» Cuando le llegó la órden de Almagro para que no se procediese á la rigurosa ejecuclón, contestó con ceño y desabrimiento: «Pues si así lo quiere así sea, y á él le pesará.»

143. «Fernando Cortés embió con Rodrigo de Grijalva en un propio navio suio, desde la Nueva España, muchas armas, tiros, jaeces, adereços, vestidos de seda y una ropa de mantas.»—Gomara.

144. Dice Espinal, tesorero de Almagro: «que el fraile probó con este fallo que era un verdadero demonio.» Y Oviedo, cita las palabras de un caballero, que dijo: «Que no se había pronunciado sentencia tan injusta, desde los tiempos de Poncio Pilato.»

145. Cayó enfermo y estuvo á punto de muerte de bubas y dolores. Calamidad grande fué que viniese á sufrir en aquellas circunstancias críticas el castigo de los pecados cometidos en su mocedad; pero

Del vicio que nos domina
ha hecho, por justa sentencia
la Divina Providencia
el móvil de nuestra ruina.»—Espinal.

146. Dice Herrera, que llegó la arrogancia de Pizarro hasta decir, que todo aquel territorio le pertenecía hasta el estrecho de Magallanes.

147. Llevaba Hernando Pizarro un penacho blanco, y sobre la armadura una túnica de terciopelo ó damasco color naranja, según lo dice Garcilaso, y que antes de la batalla hizo advertir á Orgoñez de esta circunstancia, para que pudiese distinguirlo de los demás; pero un caballero de los de Hernando llevaba también los mismos colores, lo cual parece fué la causa del error de Orgoñez.

148. La manera insolente con que se jactaba Samaniego de este crímen, indignó á la población de Puerto Viego, y cinco años después fué ahorcado por órden del gobernador.

149. «Murieron en esta batalla de las Salinas casi dozientos hombres de una y otra parte.»—Pedro Pizarro.

150. «Siguieron el alcance lo mas cruelmente que en el mundo se ha visto, porque mataban á los hombres rendidos é desarmados, é por le quitare las armas los matavan, si presto no se las davan é trayendo á las ancas de un caballo á un Rui Diaz viniendo rendido é desarmado le mataron, é desta manera mataron más de ciento é cincuenta hombres.»—Espinal.

En el sitio de la batalla erigióse una iglesia dedicada á San Lorenzo, en la cual fueron enterrados los cuerpos de los muertos en esta acción.

151. «Los indios viendo la batalla fenescida, ellos también se dejaron de la suia iendo los unos y los otros á desnudar á los españoles muertos y aun á algunos vivos que por sus heridas no se podían defender, porque como pasó el tropel de la gente siguiendo la victoria, no huvo quien se lo impidiese; de manera que dejaron en cueros á todos los caídos.»—Zárate.

152. «Pensar que Hernando Pizarro se había de ablandar con lástimas y razones era pensar en delirio.

Cuando antes de la batalla los tránsfugas de Almagro le decían, para congratularse con él, que el adelantado quedaba tan enfermo que sería ya muerto: no me querrá Dios tan mal, exclamaba él, que le deje morir, sin que yo le tenga en mis manos.»—Herrera.

153. «El obispo Valverde, según él mismo asegura al emperador, se presentó á Francisco Pizarro en Lima y reclamó se hiciese contra toda violencia al mariscal, diciéndole que su deber exigía imperiosamente que marchase su persona al Cuzco y le pusiese inmediatamente on libertad. «Era un asunto demasiado grave, añade justamente para confiarlo á terceras personas.» (Carta al

emperador.) El tesorero Espinal, que entonces se hallaba en el Cuzco, hizo también esfuerzos, aunque sin fruto, para disuadir á Hernando de su propósito.»—Prescott.

154. «La odiosidad de esta ejecución recayó al principio toda sobre Hernando, como instrumento inmediato y visible de ella; mas después se fijó con mas encono en el Gobernador, como principal autor de aquel desastre, hecho á su nombre y bajo su autoridad, sin que él, en tanto tiempo como duró el proceso, hiciese el menor esfuerzo para impedirle.»—Quintana.

Cometió además Pizarro la felonía de engañar á todos, principalmente al jóven Almagro á quien dijo: «que no tuviese ninguna pena, porque no consentiría que su padre fuese muerto.»—Herrera.

155. «Detúvose en Jauja cuanto le pareció necesario por ser desembarazado de su competidor, y la noticia de su muerte le cogió ya vuelto á poner en camino y cerca del puente Mancay. Sus amigos contaban que al oirla estuvo gran rato con los ojos bajos, mirando al suelo y derramando lágrimas: otros aseguran que cerrado el proceso, su hermano le envió á preguntar lo que debía de hacerse, y que la respuesta fué:—que hiciese de modo que el adelantado no le pusieseen más alborotos.

No se opone lo uno á lo otro, y estos grandes comediantes, que se llaman políticos, tienen á su mandato las lágrimas, cuando ven que les conviene». Quintana.

156.—«Muy ásperamente le respondió el gobernador don Francisco Pizarro diciendo que su gobernación no tenía término y que llegaba hasta Flandes». Herrera.

157.—«Viéndolos hoy día muertos de hambre, fechos pedazos é adeudados, andando por los montes desesperados por no parecer ante gentes, sino de ropa de los indios, ni dineros con que lo comprar. Espinal.

158.—«No consienta vuestra señoría que se junten diez hombres en cincuenta leguas alrededor de donde vuestra señoría estuviere, porque si los deja juntar le han de matar. Si á vuestra señoría matan, yo negociaré mal y de vuestra señoría no quedará memoria. I abrazando al marqués se partió y se fué». Pedro Pizarro.

«Antes de su partida aconsejó á su hermano que se guardase de los hombres de Chile, como se llamaban á los de Almagro; porque eran hombres desesperados que en nada repararían para vengarse. Díjole que no les permitiera reunirse en cualquier número que fuese, á distancia de cincuenta leguas de su persona; porque si lo hacía, su condescendencia le sería fatal.

Por último, le recomendó mucho que se rodease de una fuerte guardia, añadiendo: porque no estaré yo aquí para velar por vos. Pero el gobernador se burló de estos que él llamaba vanos temores, y le dijo que no temiese por su vida, pues cada cabello de los soldados de Almagro era una garantía de su seguridad». Herrera.

159.—«Pero todo lo atajó la repentina muerte de Diego Alvarado, que sucedió luego en cinco días, no sin sospecha de veneno». Herrera.

«Alvarado, mas acostumbrado á la pronta y decisiva acción de un campamento, que á las torturas intrigas de una corte, se irritó al ver la dilación y citó á Hernando para arreglar su disputa en singular combate. Pero su prudente adversario no tenía el menor deseo de esponer su cáusa á semejante prueba y el negocio terminó prontamente con la muerte del mismo Alvarado, acaecida cinco días después del desafío, muerte tan oportuna, que naturalmente sujirió la sospecha de haber sido efecto de un veneno». Prescott.

«Aveníase esto mal con la impaciente vehemencia de Alvarado, y no queriendo aventurar la venganza de su muerto amigo á medios tan inciertos y prolijos, apeló á las armas de caballero. Envió pues á Hernando un cartel de desafío en que le provocó á salir al campo, obligandole á probarle allí con su espada que en su proceder con el adelantado Almagro había sido hombre ingrato y cruel, mal servidor del Rey y fementido caballero. No se sabe lo que contestó Hernando; pero el bizarro Alvarado falleció de una enfermedad aguda de allí á los cinco días; y muerte tan oportuna, atendiéndose al carácter perverso que se le conocía en su adversario, no se creyó exenta de malicia. Así acabó víctima de su amistad y de sus bellos sentimientos (1540,) este hombre amable y leal, tan tierno y consecuente en sus cariños, tan franco y noble en sus ódios, y cuyo carácter, en medio de las atrocidades y alevosías que al rededor de él se cometen, sirve como de consuelo al ánimo aflijido con ellas, y vuelve por el honor de la especie humana envilecida». Quintana.

160.—Así viene á deducirse de la información hecha hacia los años de 1625 por un nieto suyo, para la verificación del título de marqués, que se halla entre los documentos de Muñoz». Quintana.

«El nieto de Hernando fué creado por Felipe IV marqués de la Conquista y obtuvo una gran pensión del gobierno». Pizarro y Orellana.

161.—«Se tomó una muger de mango ynga, que él quería mucho y se guardó, creyendo que por ella saldría de paz. Esta muger mandó matar el marqués despues en Jucay, haciéndola varear con varas y flechar con flechas por una burla que mango ynca le hizo que aquí contaré, y yo que entendiendo por esta crueldad y otra hermana del ynga que mandó matar en Lima, quando los indios pusieron cerco sobrella, que se llamaba Arcapay, me paresca á mí que nuestro Señor le castigó en el fin que tuvo». Pedro Pizarro.

162.—Tratando Cieza de León de la belleza y solidez de los edificios de Guamanga, dice: «En la que han edificado las mayores y mejores casas que ay en todo el Perú, todas de piedra, ladrillo y teja, con grandes torres, de manera que faltan aposentos. La plaça está llana y bien grande».

163.—Esta escena, con las mismas ideas, y casi con las mismas palabras, que en ella se profirieron, es, como todas las de esta historia, completamente orijinal, y que he procurado escribir en ciertos pasajes con minuciosidad y detalles para darla los pormenores necesarios y su peculiar carácter. Y esta advertencia sirva por todas á este respecto.

164.—La entrevista de Pizarro con Rada, no hizo más que inspirar á aquel más confianza, y después de referirla Quintana detalladamente, dice lo siguiente: «Esta escena en que los dos al parecer se explicaban con ingenuidad, y que acobó de un modo tan pacífico y amistoso, no produjo otro efecto que prolongar la confianza del gobernador y animar á los conjurados á precipitar su designio. Temían ellos ser destruidos, si el marqués volvía á sus rencores ó á sus sospechas, mientras que él, juzgando que ellos no trataban más que de defenderse, y no pensando por su parte hacerles mal ninguno, creía por esto solo tenerlos seguros. Llovían sobre él avisos de lo que los conjurados trataban principalmente en los dos días que precedieron á la catástrofe. Dos veces se lo advirtió un clérigo á quien uno de los de Chile se lo había descubierto; una de ellas cenando en casa de Francisco Martínez, su hermano; él respondió que aquello no tenía fundamento y que parecía dicho de indios ó deseo de ganar un caballo por el aviso; y se volvió á la mesa sin hacer más diligencias, aunque á verdad no volvió á probar bocado. Aquella misma noche al acostarse, un paje le dijo que por toda la ciudad se sonaba que al día siguiente le habían de matar los de Chile; y muy enojado le envió en mal hora, diciéndole: «Esas cosas no son para tí, rapaz». A la mañana siguiente, último día que había de vivir, le anunciaron lo que le tenía dicho el paje, y se contentó con decir tibiamente á su alcalde mayor, el doctor Juan Velazquez, que prendiese á los principales de Chile. Habíaselo mandado otra vez y con igual tibieza, como si no se tratara de peligro suyo personal. El doctor, que ya le tenía dicho que mientras él regentease la vara que llevaba en la mano no tuviese temor alguno, le volvió á dar la misma seguridad y le ofreció adquirir las noticias convenientes. Cosa por cierto bien digna de notarse, que ya que él tomaba este negocio con tanta indiferencia, ni su hermano Martinez de Alcántara ni su secretario Picado, á quienes tanto iba en ello, ni sus demás amigos, noticiosos como debían ya estar de estos rumores, no tratasen de reunirse, de acompañarle y de formar una guardia al rededor de su persona, que atajase los designios de aquellos hombres determinados. Mas la ciega confianza que él manifestaba, se comunicaba á los otros, y prosiguió cerrando los oídos á todos los avisos de la providencia, como si fuera mengua del valor ó descoro de la grandeza, suponer que alguno se le atreva. Asi en tales casos los hombres valientes se pierden por el exceso de su arrogancia, á la manera que los pusilánimes suelen precipitar su ruina por el exceso de sus temores.»

«Pues un día antes un sacerdote clérico llamado Benao fué de noche y avisó á Picado el secreptario y díxole»: Mañana domingo, cuando el marquéz saliere á misa, tienen concertado los de Chile de matar al marquéz y á vos y á sus amigos. Esto me ha dicho uno en confession para que os venga á avisar.» Pues sabido esto Picado se fué luego y le contó al marquéz, y él le respondió: «Ese clérigo obispado quiere.» Pedro Pizarro.»

165.—«Entraron en la plaza, y uno de ellos Gomez Perez, por no mojarse los piés en un charco de agua que acaso allí había derramado de una acequia, hizo un pequeño rodeo. Reparó en ello Juan de Rada, y entrándose por el agua, se va á él mal enojado y le dice: «¿Con qué vamos á mancharnos en sangre humana y rehusais mojaros los piés con agua? Vos no sois para el caso: ea, volveos;» y sin consentirle pasar adelante le hizo al punto retirar, y Gomez no asistió al hecho. Este hecho sin duda era atroz y criminal; pero no alevoso ni vil. A la mitad del día y gritando furiosos: «¡Viva el Rey! ¡Mueran los tiranos!» atraviesan la plaza y se abalanzan á las casas de su enemigo, como quien á banderas desplegadas y al eco de los atambores asalta una plaza fuerte. Nadie les salió al encuentro en el camino, y sea indiferencia, sea odio á la dominación presente, de cuantos á aquella hora estaban en la plaza, y quizá pasaban de mil, ninguno se opuso á su intento, y los veían y dejaban ir, diciéndose friamente unos á otros: Estos van á matar á Picado ó al Marquez.» Montesinos.

Es incidente entre Gomez Perez y Rada, agrega Montesinos; «que pinta muy al vivo la penetración y denuedo del protagonista de esta jornada.»

166.—Refiriéndose á la huida de Velauzquez, dice Zárate: «En la cual no parece haber quebrautado su palabra, porque después huiendo (como más adelante se dirá,) al tiempo que quisieron matar al marquéz, se hechó de una ventana abajo á la huerta con la vara en la boca.»

«No se olvidaron de buscar á Antonio Picado y iendo en casa del tesorero Alonso Riquelme, él mismo iba diciendo:—no sé adonde está el señor Picado,—y con los ojos le mostraba y le hallaron debajo de la cama.» Herrera.

167.—«Murió pidiendo confesión y haciendo la señal

de la cruz, sin que nadie dijese: ¡Dios te perdone! Gomara.

Pizarro y Orellana parece no tener duda que su pariente murió en olor de santidad y dice:

«Allí le acabaron los traidores enemigos, dándole cruelísimas heridas, con que acabó el Julio César español, estando tan en sí, que pidiendo confesión con gran acto de contricción, haziendo la señal de la cruz con su misma sangre y besándola murió.»

El día 3 de Abril de 1822, regaló la Municipalidad de Lima, como espresion de gratitud, al libertador general San Martin, el estandarte de Pizarro, símbolo ya de la autoridad real destronada.

168—«Sobrevino un gran terremoto, con temblor y tempestad de agua y relámpagos y rayos y grandes truenos, que habriéndose la tierra por muchas partes, se hundieron quinientas casas.» Zárate.

Y á esto agrega Prescott: «Nada más satisfactorio para el lector que el número preciso y redondo; y sin embargo, nada menos digno de crédito.»

169—Calculándose en metros 1.72, la longitud de los brazos estendidos del hombre, ó sean dos varas, hacen una circunsferencia de m. 27.53 ó sean 32 varas que es mucho más de lo que tiene el árbol más corpulento de Europa. El famoso jigante de los bosques que encontró Humboldt en Oajaca, en 1839, y midió con toda exactitud tenía m. 32.12 ó sean 37 1|3 varas, á la altura de más de un metro del suelo, que es también como medirían los conquistadores.

170—«Al cabo de este largo camino hallaron que el río hazia un salto de una peña de más de doscientas braças de alto: que hazía gran ruydo, que lo oyeron más de seys leguas antes que llegasen á él.» Garcilaso.

«Los viajeros modernos, de los cuales pocos han penetrado en estas regiones agrestes, nada dicen que pueda confirmar ni refutar la existencia de esta estupenda catarata. La altura que se le atribuye, aunque dos veces mayor que la que tiene, segun la medida de Humboldt, la gran catarata de Tequendama en el Bogotá, la más alta de América, segun se cree generalmente, no es tan grande sin embargo como la de algunos torrentes en Suiza. Con todo, no puede darse crédito con seguridad al cálculo de los españoles, porque en el triste estado en que se encontraban, lo terrible y lo sublime producía en ellos una impresión acaso exajerada de lo qne veian.» Prescott.

171.—«Finalmente Gonzalo Pizarro entró en Quito triunfando del valor i sufrimiento i de la constancia, recto é inmutable vigor del ánimo, pues hombres humanos no se hallan haver tanto sufrido ni padecido tantas desventuras.» Herrera.

Y Prescott, refiriéndose á este autor, agrega: «Este último escritor al terminar la historia de la espedición hace un panejírico del valor y constancia de sus compatriotas, panejírico que es preciso reconocer que era bien merecido.»

172.—«Siendo informado que andavan ordenando la muerte á Antonio Picado, secretario del marqués que tenian preso, fuí á don Diego é á su capitan general Joan de Herrada é á todos sus capitanes, i les puse delante el servicio de Dios i de S. M. y que bastase en lo fecho por respeto de Dios, humillándome á sus piés por que no le matasen: i no bastó, que luego dende á pocos días lo sacaron á la plaza desde ciudad donde le cortaron la cabeza.» Carta de Valverde, desde Tumbez.

«Que el señor obispo frai Vicente de Valverde, como persona que jamás ha tenido fin ni celo al servicio de Dios ni menos en la conversión de los naturales en los poner é doctrinar en las cosas de nuestra santa fée católica, ni menos en entender en la paz é sosiego destos reinos, sino á sus intereses propios, dando mal ejemplo á todos.» Carta del jóven Almagro á la Audiencia de Panamá.

173.—Segun Garcilaso, murieron dieziseis hombres de esta maravillosa descarga hecha por Almagro.

Y Zárate dice: «porque un tiro llevó toda una hilera é hizo abrir al escuadron, y los capitanes pusieron gran diligencia en hacerla cerrar, amenazando de muerte á los soldados con las espadas desenvainadas y se cerró.»

174.—Dice Herrera, que creyendo Almagro segura la victoria, gritaba: prender y no matar.

Una carta del Ayuntamiento de Arequipa elojia á Vaca de Castro por haber decidido de la suerte de la batalla y el arrojo que desplegó y no era de esperarse á su edad y profesión.

Y Zárate refiere; «Se arrojaron en los enemigos como desesperados, hirieron á todas partes, diciendo cada uno por su nombre:—Yo soy fulano, que maté al marqués; —y así anduvieron hasta que los hicieron pedazos.»

Varios de los escritores que narran esta batalla, estuvieron en ella; y casi no hay discrepancia entre ellos, ni en los detalles.

175.—Que las justicias dan cédulas de Anaconas que por otros términos los hacen esclavos á vivir contra su voluntad, diciendo: Por la presente damos licencia á vos Fulano para que os podáis servir de tal indio ó de tal india, é sacar donde quiera lo hallaredes.» Previsor Morales.

«Es general el vicio del amancebamiento con indias y algunos tienen cantidad dellas como en serrallo.» Morales.

«Muchos españoles han muerto y matan increible cantidad de ovejas por comer solo los sesos, hacer pasteles del tuétano i candelas de la grasa.» Morales.

«Ahora no tienen que comer ni donde sembrar, y así van á hurtallo como solían, delito porque han aorcado á muchos.» Morales.

El bachiller Luis de Morales, que vivió dieziocho ó veinte años en el Cuzco; y en 1541, por el tiempo de la llegada de Vaca de Castro en el Perú, preparó un memorial dirijido al gobierno que comprendía ciento nueve capítulos.

En él trata de la situación del país y de los remedios que su caritativo celo le sugería. Las notas del emperador puestas al márgen muestran que la corte lo examiné con atención. No hay razón, para desconfiar del testimonio de este autor, y Muñoz ha dado algunos estractos notables del memorial en su colección.

«Se puede afirmar que hicieron los españoles mas daño con solo cuatro años que el Inga en cuatrocientos.» Ondegardo.

«Todos los conventos de Dominicos y Mercenarios tienen repartimentos. Ninguno dellos ha dotrinado ni convertido un indio. Procuran sacar dellos cuanto pueden trabajarles en gragerías; con esto y con otras limosnas enriquecen. ¡Mal ejemplo! Además, no pasan frailes, sino precediente diligente exámen de vida i doctrina. (Relacion de las cosas que S. M. debe proveer para los reinos del Perú, enviada desde la ciudad de los Reyes 1542 por el licenciado Martel Santoyo.)

«Tengo en mi poder muchos de estos Memoriales ó Relaciones como se llamaban, redactadas por residentes en contestación á las preguntas propuestas por el gobierno. Estas preguntas, aunque su principal objeto era averiguar los abusos existentes é invitar á que se propusiera el remedio, versan muchas veces sobre las leyes y costumbres de los antiguos incas. Las respuestas, por tanto, son de gran valor para las investigaciones históricas. El mas importante de los documentos que poseo es el escrito por Ondegardo, gobernador del Cuzco, que comprende cerca de cuatrocientas páginas en folio, y que en otro tiempo formó parte de la rica colección de Lord Kingsborouh.

Es imposible recorrer estas concienzudas relaciones sin convencerse profundamente del celo con que procuró la corona averiguar los abusos introducidos en el gobierno interior de las colonias y del sincero propósito que tenía de remediarlos.

Por desgracia muchas veces los mismos colonos no secundaron tan laudable intento.» Prescott.

176.—Apresuró Las Casas la sanción del célebre código, manifestando al emperador: «que la santa sede solo concedía el derecho de conquista á los soberanos con la esclusiva condición de convertir á los infieles; y que el Omnipotente tomaría en cuenta todo el innecesario tiempo, que tardase en cumplir tal condición;» así, pues, fué sancionado en seguida por el monarca y publicado en Madrid en Noviembre de 1545.

Herrera lo publica íntegro en su Historia general de las Indias.

177.—En una carta dirigida por Benalcázar á Carlos V dirije una serie de invectivas á las nuevas ordenanzas ó código, esponiendo, que despojando á los dueños de sus esclavos, se reduciría el país á la miseria. Era Benalcázar uno de los caudillos mas respetables; y su carta e una buena muestra de los argumentos de su partido en contestación á los de Las Casas.

178.—«Que así me la havía de contar á mí i á todos los que havía leido notablemente, como él decía, culpados en la batalla de las Salinas i en las diferencias de Almagro, i que una tierra como esta no era justo que estuviese en poder de gente tan baxa, que llamaba él á los desta tierra porqueros i arrieros, (aludiendo al origen de los Pizarros,) sino que estuviese toda en la corona real.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.

179.—«Diciendo que no quería nada para sí, sino para el beneficio universal, i que por todos había de poner todas sus fuerzas.» Herrera.

«Aceptélo por ver que en ello hacía servicio á Dios, á S. M. y gran bien á esta tierra y generalmente á todas las Indias.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.

180.—«Porque llanamente él confesaba que así para su magestad como para aquellos reinos eran perjudiciales.» Zárate.

181.—«El visorrey les mandó comprar de la hacienda real treinta y cinco machos, en que hubiesen la jornada, que costaron mas de doce mil ducados.» Zárate.

182.—«Dióle en el pecho con la daga, segun dicen, pero el virrey lo niega.» Esto dice Zárate en un ejemplar *impreso* de su historia, (lib. V, Cap. XI.) En el manuscrito orijinal, que todavía existe en Simancas, refiere el hecho sin comentario alguno. «Luego el dicho virrey echó mano á una daga i arremetió con él, i le dió una puñalada, i á grandes voces mandó que le matasen.» Zárate. Esta era sin duda su leal convicción cuando escribía en el mismo sitio y poco después del acontecimiento. Pero sin duda juzgó político y prudente modificar sus impresiones antes de dar la obra á la estampa.

Otro autor contemporáneo, bien enterado de estos sucesos y amigo del virey, se expresa de este modo: «Dicen que le hizo varias heridas con la daga:» y no trata de refutar de ninguna manera el cargo. (Relación de los sucesos del Perú).

Esta versión parece en efecto ser la mas generalmente recibida en aquel tiempo por los que tenían los mejores medios de saber la verdad.» Prescott.

183.—«E hízose sin que muriese un hombre ni fuese herido, como obra que Dios la guiara para bien desta tierra.» Gonzalo Pizarro á Valdivia.

184.—El historiador Zárate fué mandado al Perú entre el séquito del virey Nuñez Vela,—y no hay que confundir-

le con el oidor,—para examinar el estado de la hacienda de esa colonia é informar á la corte.

Trae Prescott, respecto á los historiadores Zárate y Herrera y otros los siguientes datos:

ZÁRATE Y FERNANDEZ DE PALENCIA.

Agustín de Zárate, autoridad respetable y muchas veces citada en la última parte de esta obra, era *contador de Mercedes* en Castilla. Ocupó este empleo por espacio de quince años, al cabo de los cuales fué enviado al Perú para examinar el estado de la hacienda colonial, desorganizada á consecuencia de los recientes disturbios, é introducir en ella el orden posible.

Zárate salió, pues, con el séquito del virey Blasco Núñez y por las pasiones imprudentes de éste se encontró muy luego envuelto en el laberinto de las discordias civiles, y al acercarse don Gonzalo á Lima, le encontramos en aquella capital de donde salió comisionado por los jueces para intimar al jefe insurrecto que disolviese sus tropas y volviese á sus estados. El historiador ejecutó esta comisión, que parece no le agradó mucho y que no dejaba de ser arriesgada. Desde entonces raras veces hallamos su nombre entre los actores de las ajitadas escenas que siguieron. Probablemente no tomó mas parte en los sucesos que la que indispensablemente exigían sus circunstancias; pero sus observaciones desfavorables á Gonzalo Pizarro, indican que aunque desaprobó la conducta del virey, estuvo muy lejos de aprobar la criminal ambición de su rival. Los tiempos eran ciertamente poco propicios para la ejecución de las reformas que Zárate había llevado encargo de plantear en el Perú. Pero mostró tantos celos por los intereses de la corona, que el emperador á su vuelta le dió una prueba de su satisfacción, nombrándole superintendente de la hacienda en Flandes.

Poco después de la llegada al Perú parece que fué cuando concibió la idea de informar á sus compatriotas de los extraordinarios sucesos que pasaban en la colonia, sucesos que además presentaban notables pasajes al estudio del historiador. Aunque recojió notas y diarios, segun nos dice, para este fin, no se atrevió á aprovecharse de ellos hasta su vuelta á Castilla; porque dice: «haber empezado la historia en el Perú, habría sido lo bastante para poner mi vida en peligro; porque cierto capitan llamado Francisco de Carbajal amenazaba que se vengaría del que fuere bastante temerario para intentar las relaciones de sus hazañas, las cuales, mas que recordarse y escribirse, merecian condenarse á eterno olvido.» En este capitan el lector reconocerá fácilmente al veterano maestre de campo de Gonzalo.

A su vuelta á España, Zárate se ocupó en componer su obra. Primero pensó limitarse á referir los acontecimientos que siguieron á la llegada de Blasco Nuñez, pero pronto conoció que para que estos fuesen inteligibles tenía que remontarse hasta su origen. Estendió por tanto mas su plan, y empezando por el descubrimiento del Perú, presentó un cuadro completo de la conquista y subsiguiente ocupación del país, y terminó su narración con la misión de Gasca.

Para la primera parte de su historia se refiere á las relaciones de los que figuraron mas principalmente en los sucesos, siendo mas breve al contar estos que al referir aquellos de que fué á un tiempo actor y espectador, y en los cuales, consideradas las ventajas de su posición para adquirir informes, su testimonio es del mayor valor.

Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, dice que: «la obra de Zárate contiene mucho bueno, pero que no merece el dictado de exacta». Escribió en efecto bajo la influencia del espíritu de partido, que necesariamente separa un tanto á los mejores ánimos de sus naturales inclinaciones; y esto debemos tenerlo en cuenta al leer su narración. Pero no aparece en ella intención alguna de desfigurar la verdad por favorecer su cáusa, y la proporción que tenía para beber en las mejores fuentes, hace que se encuentren en su obra pormenores que no pudieron adquirir otros cronistas. Hállase además su relación sazonada con reflexiones y comentarios regulares, que ilustran algunos pasajes oscuros de aquel período fecundo en acontecimientos. Sin embargo, por su estilo no puede aspirar demasiado al láuro de la elegancia y de la corrección; al paso que sus sentencias llegan á tener á veces aquella estención fastidiosa é interminable que distingue las gárrulas composiciones de los cronistas medíanos de los siglos antiguos.

Las personalidades en que necesariamente había de incurrir en semejante obra, hicieron desistir al autor de su publicación, á lo menos durante su vida. «El celoso caballero castellano, dice, mira con indignación la censura por más leve que sea y aún la alabanza raras veces le parece bastante para lo que él merece. «Así manifiesta estar convencido de que obran sábiamente aquellos que conservan en manuscritos las historias de su tiempo hasta que haya pasado la generación cuya susceptibilidad puede afectarse con ellas. Su manuscrito, sin embargo, fué presentado al emperador y fué tan recomendado por el soberano, que Zárate, cobrando ánimo, consintió en darlo á la prensa. Apareció, pues, en Amberes en 1555, en octavo, y en 1577 se hizo en Sevilla una segunda edición en folio. Después ha sido incorporado en la preciosa colección de Barcia, y cualquiera que fuese la indignación ó desagrado que escitase entre sus contemporáneos, ya por que se viesen censurados, ya por que no hallasen en sus páginas los elogios que creyeron merecer, es lo cierto que la obra de Zárate ocupa un lugar permanente entre las más respetables autoridades para la historia de aquel tiempo.

El nombre de Zárate naturalmente recuerda el de Fer-

nandez, porque ambos trabajaron en el mismo campo histórico. Diego Fernandez de Palencia, ó el *Palentino*, según comúnmente se le llamaba, pasó al Perú y sirvió como particular en el ejército real, levantado para reprimir la insurrección que estalló después de la vuelta de Gasca á Castilla. En sus ocupaciones militares halló tiempo para recoger materiales para la historia de aquel período, para cuya composición fué instado además por el virey Mendoza, marqués de Cañete, que según el mismo autor nos dice, le nombró cronista del Perú. Esta muestra de confianza en su capacidad literaria prueba mayores dotes en Fernandez de las que se infieren de la humilde posición que ocupaba. Con el fruto de sus investigaciones el soldado cronista volvió á España, y al cabo de cierto tiempo completó su historia de la insurrección de Giron.

El presidente del consejo de Indias vió el manuscrito y quedó tan complacido con su lectura que escitó al autor á que escribiese de la misma manera la historia de la rebelión de Gonzalo Pizarro y de la administración de Gasca.

El autor fué además estimulado, según dice en su dedicatoria á Felipe II, por la promesa de una remuneración de parte de este monarca, cuando terminase sus trabajos; promesa muy conveniente y política; pero que inevitablemente sujiera la idea de una influencia no enteramente favorable á la severa imparcialidad histórica. Esta idea no está en efecto en desacuerdo con la verdad; porque al paso que la narración de Fernandez presenta con estudio la cáusa del rey bajo el aspecto más favorable, hace muy escasa justicia al opuesto bando. No era posible ciertamente que un escritor pensionado por la corona, disculpase la rebelión; pero hay siempre circunstancias atenuantes, que aunque condenemos el crímen, pueden servir para mitigar nuestra indignación contra los criminales; y estas circunstancias no se encuentran en las páginas de Fernandez. Es desgracia para el historiador de tales sucesos que sea tan difícil encontrar un escritor dispuesto á hacer justicia al rebelde vencido. El inca Garcilaso, sin embargo, no se ha desdeñado en hacerla en el caso de Gonzalo Pizarro; y aún Gomara, aunque vivía á la sombra, ó más bien al sol de la corte, ha aventurado algunas veces una protesta generosa en su favor.

La comisión dada á Fernandez le puso en disposición de adquirir los mejores datos, á lo menos por la parte tocante al gobierno, pues además de la comunicación personal que tuvo con los jefes realistas, pudo leer su correspondencia, diarios y comunicaciones oficiales. Aprovechóse bien de esta oportunidad, y su narración, tomando la historia de la rebelión desde su origen, continúa hasta su estinción final y hasta el término de la administración de Gasca. Así la primera parte de su obra vino á terminar en el principio de la segunda, y el todó presentaba un cuadro completo de los disturbios del país hasta que se introdujo un nuevo órden de cosas, restableciéndose de un modo permanente la tranquilidad.

La dicción es bastante llana sin aspirar á bellezas retóricas fuera del alcance del autor, ni guardar el carácter sencillo de crónica. Las sentencias están arregladas con más arte que en la mayor parte de las pesadas composiciones de aquel tiempo; y aunque no se advierten pretensiones de erudicción ni de filosofía, la corriente de los sucesos sigue su curso de una manera ordenada, bastante prolija, es cierto, pero dejando una impresión clara é inteligible en el ánimo del lector. Ninguna historia de aquella época puede compararse con esta en la abundancia de pormenores; y á ella han acudido historiadores modernos como fuente inagotable para llenar sus páginas, circunstancia que es por sí sola bastante testimonio de la general fidelidad y de la copia de detalles en la narración. La crónica de Fernandez, así arreglada en dos partes bajo el título de *Historia del Perú* fué dada á luz en vida del autor en Sevilla en 1571 en un tomo en folio, que era el tamaño del manuscrito.

Herrera, Lopez de Gomara y otros entre las noticias biográficas de los autores que han escrito sobre las colonias españolas, no debe omitirse ciertamente el nombre de Herrera, que es quien más que otro alguno ha trabajado en este vasto campo. La relación de los sucesos del Perú ocupa el lugar que le corresponde en su gran obra titulada *Historia general de las Indias*, segun el plan cronológico á que se halla arreglada. Pero no como sugiere reflexiones distintas de las que se deducen de las demás partes de la obra, me tomaré la libertad de remitir al lector al postscriptum del libro tercero de la *Conquista de Méjico*, donde habla con estensión de ella y de su entendido autor.

Otro de los cronistas á quien he citado frecuentemente en el curso de esta narración, es Francisco Lopez de Gomara. También encontrará el lector noticias relativas á este autor en el postscriptum del libro quinto de la *Conquista de Méjico*. Pero como mis observaciones sobre sus escritos se limitan en esta obra á la *Crónica de Nueva España*, bueno será añadir aquí algunas reflexiones sobre su *Historia de las Indias*, trabajo más importante y en que la historia del Perú ocupa una parte muy principal.

La *Historia de las Indias* tiene por objeto dar en una breve narración el cuadro de todas las conquistas que habían hecho los españoles en las islas y en el continente americano hasta mediados del siglo XVI.

Para esto Gomara, aunque no parece que haya estado en el Nuevo Mundo, se hallaba en situación de adquirir los mejores informes. Estaba bien relacionado con los principales personajes de su tiempo, y de sus labios recogió los pormenores para su historia, al paso que, viviendo en la corte podía saber la impresión que hacían

los sucesos, que iban ocurriendo en aquellos que eran más competentes para formar juicio acerca de ellos. Así pudo introducir en su obra muchos detalles interesantes que no se encuentran en otros escritos de la misma época. Sus investigaciones no se limitaron meramente á los actos de los conquistadores, sino que se estendieron á los recursos generales de los países que se proponía describir y especialmente á su aspecto físico y á sus producciones. El plan de su obra no menos que su dicción muestran que había cultivado las letras y era práctico en el arte de la composición. En vez de la naturalidad agradable, pueril, de los antiguos cronistas militares, Gomara al hablar de los diversos sucesos, emplea la crítica picante y aguda del hombre de mundo, y sus descripciones están hechas con aquella elocuente concisión que forma notable contraste con los largos y pesados párrafos de los clérigos analistas. Estas dotes literarias, unidas á la creencia general y fundada de que el escritor poseía los mejores datos, han librado sus producciones del olvido en que comunmente caen las obras manuscritas y le proporcionaron en su tiempo la satisfacción de ver más de una edición de ellas. Su obra sin embargo, no lleva el mayor sello de autenticidad. El autor admite fácilmente en sus páginas relaciones que no están apoyadas en testimonios contemporáneos, y lo hace, no por credulidad porque más bien era incrédulo, sino porque al parecer le faltaba el verdadero espíritu de investigación histórica. En su mismo tiempo se le tachó de descuidado en sus asertos, (para usar de la frase más templada;) y Garcilaso nos dice que cuando algunos caballeros peruanos le exijieron rectificarse algunos errores, que en agravio de ellos había cometido, el historiador dió explicaciones muy poco satisfactorias. Esta es una gran falta que hace que sus obras para el historiador moderno sean de menos valor que las de cualquier otro cronista más humilde, pero más escrupuloso.

Otra autoridad he citado en esta historia y es la de Gonzalo Fernandez de Oviedo, de quien he hablado en otro lugar. El lector que quiera satisfacer más ampliamente su curiosidad, me permitirá que me refiera á la noticia crítica de su vida y escritos que dí en el postscriptum del libro cuarto de la *Conquista de Méjico.*

Su historia del Perú forma parte de su grande obra titulada: *Natural é general historia de las Indias* y está comprendida en los libros XLVI y XLVII de su manuscrito, estendiéndose desde el desembarco de Pizarro en Tumber hasta la vuelta de Almagro de Chile, y abrazando todo lo que propiamente puede llamarse la conquista del país. Su estilo, correspondiente al resto de la obra, no ofrece para la crítica observaciones diferentes de las que ya he hecho en otro lugar sobre el carácter general de sus escritos.

Este eminente personaje fué á la vez erudito y cortesano. Vivió mucho tiempo en la corte donde estuvo relacionado con personas de la mayor distinción; pero tambien pasó gran parte de su vida en las colonias, y á los datos que había adquirido de boca de los demás, pudo añadir el fruto de su esperiencia personal. Su curiosidad infatigable se estendía á todos los ramos de las ciencias naturales, así como á la historia pública y privada de las colonias. Era á la vez su Plinio y su Tácito. Sus obras abundan en caracteres delineados con desembarazo y animación. Sus reflecciones son picantes y á veces se remontan á un tono filosófico mas superior que las preocupaciones de su siglo; y el curso de su historia está agradablemente interrumpido por infinidad de anécdotas personales, que permiten examinar profunda, aunque rápidamente, el carácter de los individuos que pone en acción

Con estas eminentes cualidades y con su respetable posición social, es estraño que por tan largo tiempo hayan permanecido inéditos tantos escritos suyos, como son la gran *Historia de las Indias* y sus curiosas *Quincuagenas.* Esto debe atribuirse en parte al capricho de la fortuna, pues la historia mas de una vez estuvo en vísperas de publicarse y aun se dice que preparada para entrar en prensa. Sin embargo, tienen graves defectos que pueden haber contribuído á que no se haya dado á luz. En su estilo cortado y episódico de composición, parece mas bien una colección de notas para una gran historia, que la historia misma. Puede ser considerada como comentarios, y en este concepto sus páginas son muy estimables y á ellas han recurrido frecuentemente muchos escritores, que se han apropiado con poco escrúpulo las palabras del antiguo cronista, sin el menor reconocimiento al autor.

Es lástima que Oviedo haya mostrado mas solicitud en referirnos lo que era nuevo que en averiguar lo que de esto era verdad. Entre sus buenas cualidades apenas se encuentra la exactitud histórica. Y sin embargo, esto tiene su disculpa hasta cierto punto en el hecho ya mencionado, de que sus escritos, mas bien que el carácter de composiciones acabadas, tienen el de notas sueltas, en las cuales tanto rumores como hechos, y aun los rumores mas contradictorios, están apuntados sin orden alguno, formando una masa heterogénea de materiales, que el discreto historiador puede aprovechar muy bien, para levantar una fábrica simétrica sobre fundamentos mas fuertes y sólidos.

Otro autor digno de mención particular es Pedro Cieza de Leon. Su *Crónica del Perú* podía llamarse con más propiedad Itinerario, ó mejor Geografía del Perú. En ella da una minuciosa descripción geográfica del país en tiempo de la conquista, de sus provincias y ciudades, tanto indias como españolas, de sus magníficas costas, de sus bosques, valles é interminables cadenas de montañas interiores, con muchos detalles interesantes sobre la población existente en aquella época, sus trajes, usos, restos arquitectónicos y obras públicas. Al mismo tiempo,

aunque esparcidas acá y allá, se encuentran en su obra noticias de la primitiva historia social y política del Perú. Es en suma una pintura animada del país en sus relaciones físicas y morales, segun se hallaba en tiempo de la conquista, y en ese período de trancisión en que quedó por primera vez sujeto á la influencia europea. La concepción es una obra en aquel siglo, y con arreglo á un plan tan filosófico, que nos recuerda el de Malte-Brun en nuestros días, *parva componere magnis*, demuestra por sí misma lo vasto del talento de su autor. Era esta tarea sumamente dificil cuando aun no había camino abierto á las investigaciones del anticuario, ni podía recurrirse á las noticias del viajero ni á las medidas del explorador científico. Sin embargo, las distancias de un punto á otro están cuidadosamente señaladas por el ingenioso compilador, y el aspecto de las diferentes poblaciones y sus caracteres particulares descriptos con suficiente precisión, atendida la naturaleza de los obstáculos que tuvo que vencer. Además la ejecución literaria de la obra es altamente recomendable, y su estilo á veces rico y pintoresco. El autor describe las grandes y magníficas escenas de las cordilleras con una sensibilidad que embelesa y que no se encuentra muchas veces en el desabrido topógrafo, y menos todavía en el tosco conquistador.

Cieza de Leon pasó al Nuevo Mundo según el mismo nos dice, á la edad de trece años. Pero hasta el tiempo de Gasca no hallamos su nombre entre los actores de las animadas escenas de la guerra civil, en que acompañó al presidente contra Gonzalo Pizarro. Su Crónica, ó á lo menos sus notas para ella, fueron complicadas en el tiempo que pudo robar á sus mas turbulentas ocupaciones, y al cabo de diez años de haberla emprendido, en 1550, completó la primera parte, (que es todo lo que tenemos,) cuando el autor llegaba á cumplir treinta y dos años. Esta primera parte apareció en Sevilla en 1553 y un año después en Amberes; y una traducción italiana impresa en Roma en 1555 demuestra la rápida celebridad de la obra. La edición de Amberes, que es una de las usadas por mí en esta historia, tiene la forma de 12°; está escelentemente impresa y adornada con grabados en madera, en que el demonio, (porque el autor tenía mucho de la credulidad de los antiguos), con su acostumbrado acompañamiento fantasmagórico, se aparece frecuentemente en figura corporal. En el prólogo Cieza anuncia su propósito de continuar la obra publicando otras tres partes para describir la antigua historia del país en tiempo de los incas, su conquista por los españoles y las guerras civiles que siguieron. Inserta también con curiosa minuciosidad los epígrafes de varios libros de su proyectada historia: Pero la primera parte, como ya he dicho, es la única que se completó; y el autor, habiendo vuelto á España, murió en este país en 1560 á la prematura edad de cuarenta y dos años, sin haber realizado parte alguna del magnífico plan que con tanta confianza se trazara. Muy sensible es esta falta, atendido el talento del autor y las ocasiones que tuvo de hacer observaciones personales. Pero hizo ya bastente para merecer nuestra gratitud. Con su animada descripción de la naturaleza y de sus escenas en toda su frescura, tales como se presentaban á sus ojos, nos ha dado el terreno para la pintura histórica: el paisaje, digámoslo así, en que los hombres de aquel tiempo pueden ser mas fielmente retratados. Habría sido imposible dar tan exatamente la topografía del país en una época mas moderna, cuando la antigua ha desaparecido, y cuando el conquistador, derribando las barreras de la antigua civilización, ha borrado muchas de las señales que mostraban el aspecto físico del país, como existía en tiempo de los Incas.

185—Según Gonzalo Pizarro, la audiencia hizo esta invitación, obedeciendo á las exijencias de los representantes de las ciudades.

«Y á esta sazon llegué á Lima; y todos los procuradores de las cibdades destos reinos suplicaron al audiencia me hiciesen gobernador para resistir los robos á fuerzas que Blasco Nuñez andava faciendo; i para tener la tierra en justicia hasta que S. M. proveyese lo que mas á su real servicio convenía. Los oidores, visto que así convenía al servicio de Dios i al de S. M. i al bien de estos reinos.....» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.

«Pero la relación de Pizarro respecto á este punto debe recibirse con mas desconfianza que la ordinaria. Su carta dirijidà al célebre conquistador de Chile contiene una relación completa del orígen y progresos de la rebelión; es la mejor vindicación de su conducta que puede hacerse, y como contrapeso á lo que dijeron sus enemigos es también de inestimable valor para el historiador.» Presscot.

186.—Tal es el número de indios, que dan algunos historiadores de ese tiempo; pero lo creemos escesivo.

187—«Después cruzó el istmo y se embarcó para España. Habíanle ya precedido rumores de su llegada, y no faltaron cargos contra él suscitados por algunos de aquellos á quienes su administración había descontentado. Fué acusado de haber adoptado medidas violentas y arbitrarias, sin consideración á los derechos del colono ni á los del indio; y principalmente de haberse apropiado los caudales públicos y volver con cofres llenos de riquezas. Esto último era una calumnia imperdonable.

No bien puso el pie en su país fué preso y conducido á la fortaleza de Arévalo; y aunque después le trasladaron á mejor prisión y le trataron con las consideraciones debidas á su clase, todavía no dejó de pasar doce años detenido como preso de Estado, que fué lo que tardaron los tribunales de Castilla en pronunciar sentencia á su favor. Al fin fué absuelto de todos los cargos suscitados contra él; lejos de probarse de que había usurpado los caudales públicos, se probó que no había vuelto á España mas rico que cuan-

do salió de ella; le pusieron, pues, en libertad, devolviéndole sus honores y dignidades; volvió á ocupar su silla en el consejo, y gozó el resto de sus días de la consideración á que sus méritos le hacian acreedor. El mejor elojio de su entendida administración fueron las turbulencias que su sucesor escitó en el país. La nación fué conociendo gradualmente el mérito de sus servicios, aunque debe confesarse que el modo con que fueron recompensados por el gobierno no da una idea muy elevada de la gratitud de los reyes.» Prescott.

188.—«Caminando, pues, comiendo algunas yerbas que cocían en las celadas, quando paraban á dar aliento á los caballos.» Herrera.

«Y en cansándose el caballo le desjarretaban i le dexaban, por que sus contrarios no se aprovechasen de él.» Zárate.

«Y sin que en todo el camino los unos ni y los otros quitasen las sillas á los caballos. Aunque en este caso estaba mas alerta la gente del visorei, porque si algun pequeño rato de la noche reposaban eran vestidos i teniendo siempre los caballos del cabestro, sin esperar á poner toldos ni aderezar las otras formas que se suelen tener para atar los caballos de noche.» Zárate.

A no haber sido por Gonzalo Pizarro, muchos mas hubieran sido ahorcados por Carbajal, el cual decía chanceándose, *que de los enemigos los menos.*» Fernandez.

189.—Fernandez, escritor verídico y amigo del virey, dice que los oficiales á quienes mandó matar le habían servido hasta entonces con sus vidas y haciendas; y termina su comentario sobre este hecho con la reflexion, de que fueron diversos los juicios formados acerca de él; pero Gomara dice terminantemente que fué reprobado por todos.

190.—«En esta lamentable i angustiosa partida, muchos afirmaron haver visto por el áire muchos cometas, y que cuadrillas de perros andaban por las calles dando grandes y temerosos aullidos i los hombres andavan asombrados y fuera de sí.» Herrera.

191.—Los pormenores de la retirada del virey hasta Popayán hállanse descritos con bastante estension por Zárate.

Respecto de ella dice Prescott: «Puede indudablemente compararse, sino en duracion, á lo menos en magnitud de padecimientos, con cualquiera de las espediciones del Nuevo mundo, escepto la de Gonzalo Pizarro al río de las Amazonas.

192.—Aunque era corto el número de combatientes de una otra parte, difieren los autores respecto á él; pero Pizarro dice qne las suyas eran seiscientas, y las contrarias calcula en cuatrocientos cincuenta.

193.—«Vistióse este traje, para no tener mejor suerte que un soldado cualquiera y sufrir lo que cupiese á todos los demás.» Garcilaso.

No cree Pizarro que tuviese tan magnánima intencion, y dice que tomó este disfraz para poder escapar mejor, no siendo conocido. Debe confesarse que jeneralmente tal es el motivo que conduce á disfrazarse. «Y Blasco Nuñez puso mucha diligencia por poder huirse si pudiera, porque venía vestido con una camiseta de indios, por no ser conocido, i no quiso Dios, porque pagase quantos males por su cáusa se havían hecho.» Carta de Gonzalo Pizarro á Valdivia.

194.—«Aviendo algunos capitanes y personas arrancado y pelado algunas de sus blancas y leales barvas para traer por empresa; y un Juan de la Torre los traxo después públicamente por la ciudad de los Reyes.» Fernandez.

195.—«Como de costumbre, los autores no están de acuerdo en el número de muertos y heridos que hubo en esta accion. Algunos hacen subir la pérdida del virey á doscientos hombres, y Gonzalo Pizarro dice que la suya fué de siete muertos y muy pocos heridos. ¡Pero cuan raro es que los que han tomado parte en una accion den fiel cuenta de sus pérdidas!» Prescott.

196.—«Nunca Pizarro, en ausencia de Francisco Carvajal, su maestre de campo, mató ni consintió matar español, sin que todos los mas de su consejo lo aprobasen, i entonces con proceso en forma de derecho i confesados primero.» Gomara.

197.—«Gonzalo Pizarro parece considerar la batalla como una especie de *juicio de Dios*, en que el cielo señaló con la victoria de qué parte estaba la razon.» Prescott.

«Por donde parecerá claramente que nuestro Señor fué servido, que este se viniese á meter en las manos para quitarnos de tantos cuidados, i que pagase cuantos males había hecho en la tierra, la qual quedó tan sosegada y tan en paz i servicio de S. M. como lo estuvo en tiempo del marqués mi hermano.» Carta de Pizarro á Valdivia.

198.—Blasco Nuñez caracteriza á los cuatro jueces de la audiencia del modo mas conciso que lisonjero. «Decía muchas veces Blasco Nuñez que le havían dado el emperador y su consejo de las Indias un mozo, un loco, un necio i un tonto por oidores, que así lo havían hecho como ellos eran. Mozo era Cepeda, i llamaba loco á Juan Alvarez i necio á Tejada que no sabía latín.» Gomara.

199.—«Así acabó este buen caballero por querer porfiar tanto en la execución de lo que ni á su rey ni á aquel reyno convenía, donde se causaron tantas muertes y daños de españoles i de indios; aunque no tuvo tanta culpa como se le atribuye, porque llevó preciso mandato de lo que hizo.» Garcilaso.

«Los hechos relativos á Blasco Nuñez se apoyan principalmente en la autoridad de escritores de su partido, algunos de los cuales escribieron despues de su vuelta á Castilla. Por consiguiente, era natural que se inclinasen mas al lado del verdadero representante de la corona que en favor de un rebelde. En efecto la única voz que se levanta decididamente en favor de Pizarro es la suya propia, autoridad bastante sospechosa. Pero con todo este *prestijio* á su favor, la administración de Blasco Nuñez, segun el testimonio universal, fué una serie no interrumpida de desaciertos, y hay poco que nos interese en la historia de ese hombre, si se exeptúan su desventura sin igual y la firmeza con que la sobrellevó.» Prescott.

200.—El clero de Trujillo, al salir á recibir á Pizarro, le dijo: «Victorioso príncipe, hágate Dios dichoso i bienaventurado, él te mantenga y te conserve.» Herrera.

201.—«Iba poblando los árboles con sus cuerpos», dice Fernandez, aludiendo al modo que el feroz capitán tenía de ahorcar á sus prisioneros, colgándoles de las ramas.

202.—Es imposible dar en una página ó dos idea exacta de las fatigas estraordinarias que sufrió Carbajal y de los grandes peligros á que espuso, no solo de parte del enemigo, sino de parte de su misma jente, de cuyas fuerzas abusó en la persecución. Unas y otras rivalizan con los del célebre Scanderberg y con los del coronel Boone, el héroe de Kenturky y aun fueron mas admirables que estos, porque el capitan español había llegado á una edad en que generalmente nuestras facultades pierden su enerjía y buscan reposo. Pero el cuerpo del veterano parecía tan insensible como su alma.» Prescott.

203.—«El filon nuevameete descubierto en el Potosí era tan rico, que casi quedaron deciertas las otras minas para laborear esta.» Herrera.

Y dice Garcilazo, como muestra del afecto que hizo en el pais esta repentina riqueza, «que en aquella época una herradura llegó á valer casi su peso en plata.»

204.—«Traía guardia de ochenta alabarderos i otros de caballo que le acompañaban: i ya en su presencia ninguno se sentaba i á muy pocos quitaba la gorra.» Zárate.

205.—Dice Prescott: Garcilazo tuvo ocasiones de enterarse personalmente del modo de vivir de Gonzalo Pizarro, porque cuando niño era algunas veces, segun nos dice, admitido á su mesa. Esta cortesía tan rara en los conquistadores, con un individuo de la raza india, produjo su efecto en el historiador de los Incas, el cual pinta á Gonzalo Pizarro con colores mas favorables que la mayor parte de sus compatriotas.

Molina ha escrito una escena de muy buen efecto entre Carbajal y Pizarro en su comedia *Las Amazanas en las Indias*, donde se toma alguna licencia poética en el homenaje que tributa al modesto mérito de Gonzalo. El mismo Julio César no fué mas magnánimo que Pizarro, segun lo pinta el poeta en estos versos:

Sepa mi rey, sepa España,
que muero por no ofenderla,
tan facil de conservarja,
que pierdo por no agraviarla,
cuanto infame en poseerla,
una corona ofrecida.

206.—«Que aquello era contra una cédula que tenía del emperador que les daba el repartimiento de los indios de su vida, y de hijo mayor, que no teniendo hijos á sus mujeres, con mandarles espresamente que se casasen, como lo habían ya hecho los mas de ellos; y que tambien era contra otra cédula real que ninguno podía ser despojado de sus indios sin ser primero oido en justicia y condenado.» Historia de don Pedro Gasca.

207.—«Pasando á España vinieron á tierra de Avila y quedó del nombre dellos el lugar y familia de Gasça; mudándose por la afinidad de la pronunciación que hay entre las dos letras consonantes c y g el nombre de Casca en Gasca.» Historia de don Pedro Gasca.

208.—«Era tanta la opinión que en Valencia tenían de la integridad y prudencia de Gasca, que en las cortes de Monzon los estados de aquel reino le pidieron por visitador, contra la costumbre y fuera de aquel reino, que no puede serlo sino el que fuere natural de la corona de Aragón; y consintiendo en que aquel fuero se prorrogase, el emperador lo concedió á instancia y petición dellos». Historia de don Pedro Gasca.

209.—«Carlos no era tan tenaz ó á la menos tan celoso de su autoridad como sus ministros: hacía demasiado tiempo que era poderoso para tener semejantes celos; y antes de muchos años, oprimido por el peso de su poder, debía resignarle enteramente en las manos de su hijo. Su sagaz talento comprendió además facilmente las dificultades de la posición de Gasca; y conoció que en aquella crisis estraordinaria, solo las medidas estraordinarias podían dar fruto. Cedió, pues, á la fuerza de los argumentos de su vasallo, y en 16 de Febrero de 1546 le escribió otra carta de aprobación, anunciándole su voluntad de conferirle todos los poderes que había pedido.» Prescott.

210.—«El licenciado Cepeda, que tengo yo ahora por teniente, de quien yo hago mucho caso y le quiero mucho.» Carta de Pizarro á Valdivia.

211.—«Porque perdón ninguno de nosotros lo pide, porque no entendemos que hemos errado, sino servido á su

majestad, conservando sus derechos, que por leyes reales á sus vasallos es permitido.» Fernandez.

«Porque él por sus virtudes es muy amado de todos y tenido por padre del Perú.» Fernandez.

212.—«Dicen que es muy buen cristiano i hombre de buena vida i clérigo, i dicen que viene á estas partes en buena intención y no quiso salario ninguno del rey, sino venir para poner paz en estos reinos con sus cristiandades.» Carta de Pizarro á Valdivia.

« Y agora que yo tenía puesta esta tierra en sosiego embiara su parte al de la Gasca, que aunque arriba digo que es un santo, es un hombre el mas mañoso que havía en toda España á más sabio, é así venía por presidente é gobernador é todo cuanto él quiera; é para poderme enviar á mí España, i al cabo de dos años que andávamos fuera de nuestras casas quería el rey darme este pago, mas yo con todos los cavalleros deste reino le embiávamos á decir que se vaya, sino haremos con él como con Blasco Nuñez.» Carta de Gerardo Pizarro á Valdivia.

«Es un hecho curioso que Valdivia, el conquistador de Chile, á quien esta epístola iba dirijida, poco después de baberla recibido, abrazase abiertamente la cáusa de Gasca, y que sus tropas formasen parte de las fuerzas que combatieron contra Pizarro en la batalla de Huarina. ¡Tal era el amigo en quien Gonzalo confiaba!» Poescott.

213. Fernandez, Zárate, Herrera y otros, dicen que gastó tal suma.

«Mil hombres tan bien armados i aderezados como se han visto en Italia, en la mayor prosperidad, porque ninguno havía demás de mas de las armas que no llevase calzas i jubon de seda, i muchas de tela de oro i otros bordados i recamados de oro i plata, i mucha chapería de oro i por los sombreros, especialmente por frascos i caxas de arcabuces.» Zárate.

214. «Así mismo echó Gonzalo Pizarro á toda la plata que gastava i distribuía su marca, que era una G rebuelta con una P, i pregonó que so pena de muerte todos recibieren por plata fina la que tuviese aquella marca, sin ensayo ni otra diligencia alguna. Y desta suerte hizo mucha plata de ley baja por fina.» Fernandez.

215. «Aunque siempre dixo que con diez amigos que le quedasen havía de conservarse i conquistar de nuevo el Perú.» Gomara.

216. Y los truenos i relámpagos eran tales i tantos, que siempre parecía que estavan en llamas y que sobre ellos venían rayos, (que en todas aquellas partes caen muchos.» Fernandez.

217. «Y con lo poco que en aquella sazon el presidente estimava la vida si no avia de hacer la jornada, i el gran deseo que tenía de hacerla, se puso contra ellos disiendo que qualquiera que le tocase en abaxar vela le costaría la vida.» Fernandez.

«Las luces fosfóricas que algunas veces se ven en el mar durante la tempestad, aparecieron entonces sobre los mástiles y jarcias del buque en que iba el presidente, el cual, segun Fernandez, entretuvo á los marineros esplicándoles el fenómeno y diciéndoles las fábulas á que había dado orijen en la antigua mitolojía. Esta pequeña anécdota nos da la clave de la popularidad que tenía Gasca aun entre las clases más humildes.» Prescott.

218. No estan conformes los autores en el número de las fuerzas de Centeno, que hacen ascender desde setecientos á mil doscientos: pero con más seguridad Zárate, le da mil soldados.

219. «Los de Diego Centeno como ivân con la pujanza de una carrera larga, llevaron á los de Gonzalo Pizarro de encuentro i los tropellaron como si fueran ovejas i cayeron cavallos i cavalleros.» Garcilaso.

220. «Segun muchas autoridades, el caballo de Pizarro no solo quedó herido, sino muerto en el combate, supliendo esta falta su amigo Garcilaso de la Vega, que le hizo subir en el suyo. Este oportuno auxilio dado al rebelde perjudicó después al jeneroso caballero, á quien sus enemigos se lo echaron en cara, como un crimen. Su hijo, el historiador niega decididamente el hecho, y parece deseoso de librar á su padre de esta honrosa imputación, que perjudicó á ambos para sus ulteriores adelantos.» Prescott.

221. El sablazo que recibió Cepeda le abrió de arriba abajo la nariz; y la cicatriz que luego le quedó era tan horrible, que hubo de cubrirla con un parche, segun dice Garcilaso, que muchas veces le vió en el Cuzco.

222. «La más sangrienta batalla que uvo en el Perú.» Fernandez.

Hay algunas discrepancias en los autores, respecto á detalles; pero todos convienen en que hasta entonces fué la más reñida y sangrienta, y que á Carbajal debióse el triunfo.

223. «El saco que ubo fué grande: que se dixo ser de más de un millón cuatrocientos mil pesos.» Fernandez.

224. La entrada de Pizarro al Cuzco, presencióla el historiador Garcilaso, que era entonces niño; y por la clase á que pertenecía su padre, tenía libre entrada en el palacio de Pizarro; y tanto por esto, como por ser contemporáneo y testigo ocular, débesele dar completo crédito al tratar este asunto.

225. «Cuando el señor Presidente Gasca pasó con la gente de castigo de Gonzalo Pizarro por el valle de Jáuja, estuvo allí siete semanas, á lo que me acuerdo, y se hallaron en depósito maíz de cuatro y de tres y de dos años,

mas de 15.000 hanegas junto al camino é allí comió la gente.» Ondegardo.

Pero Prescott objeta: «No deja de ser extraño que estos depósitos hubiesen sido por tanto tiempo respetados por los hambrientos conquistadores.»

226. Los historiadores dicen lo que va referido; pero vanidosamente espone Valdivia: «Luego me dió él la autoridad toda que traía de parte de S. M. para en los casos tocante á la guerra, i me encargó todo el ejército i le puse bajo mi mano rogando i pidiendo por merced de su parte á todos aquellos caballeros, capitanes é gente de guerra, i de la de S. M. mandándoles me obedesciesen en todo lo que les mandase acerca de la guerra, i cumpliesen mis mandamientos como los suyos.» No era hombre Gasca de trasmitir á nadie su autoridad ni facultades, ni menos rogar que las admitiesen; y con mucha razón dice Prescott: «Debe confesarse que Valdivia nada deja de decir por modestia: toda su carta está escrita en un tono de jactancia, que sería estraño aun en el más vanidoso hidalgo de Castilla.»

227. «La gente que estaba de la una parte y de la otra todas tiravan y trabajavan al poner y apretar de las criznejas, sin que el presidente ni obispos, ni otra persona quisiese tener privilegio para dexar de trabajar.» Fernandez.

228. «Andava siempre en una mula crescida de color entre pardo y bermejo, yo no le ví en otra cavalgadura en todo el tiempo que estuvo en el Cuzco antes de la batalla de Sacsahuana. Era tan contínuo y diligente en solicitar lo que á su escrito convenía, que á todas horas del día y de la noche le tapavan sus soldados haziendo su oficio y los agenos.» Garcilaso.

229. Paresceme vuestra señoría se vaya á la vuelta de callao y me deje cien hombres, los que yo escogiere, que yo me iré á vista de este capellán, que así llamaba él al presidente.» Pedro Pizarro.

230. «Recuerdo que leí en mi niñez una novela peruana, en la que poco más ó menos se describe la escena que intercalo, sin saber ni asegurar si es histórica ó novelesca, pues todos los autores de esa época solo se ocupan de los hombres de la conquista como guerreros y no como individuos.

Y aquí diré de paso, por creerlo oportuno, y este solo episodio, ajeno á los encadenados sucesos militares lo demuestra, que á pesar de ser magníficos y altamente poéticos para la epopeya todos esos heróicos sucesos, tienen á la verdad un inconveniente, para que nada haya perfecto en la vida· *la falta de variación.*

Habiéndose ceñido esclusivamente esos historiadores á narrar las conquistas, descubrimientos, guerras, etc., y los hechos de la *vida pública,* como hoy se diría, han olvidado ó no han creído conveniente, importante ni necesario ocuparse de la *vida privada* de sus personajes, la que como es sabido, da también una clara idea de su carácter, moral y condiciones, como hombre público.

Así es, que por interesantes que sean los hechos de los conquistadores, como no son más que una igual y continuada relación, se hacen monótonos para el lector, al irlos seguidamente leyendo.

El poeta, el épico y el novelista, notarán, al ocuparse de este asunto, que se les presenta tal obstáculo, grande á fé para ellos, por verse obligados á faltar á la historia, inventando hechos, que ella no narra, si quieren dar á su obra el interés y amenidad que inspiran las pasiones y sentimientos, como el del afecto, el amor, la abnegación y demás situaciones de la vida, y constituyen el principal interés de tales obras. El autor, que siga por esta senda, se encontrará al fin con que su obra es mixta, es decir, *histórico-novelesca.*

A pesar de conocer esos graves obstáculos, no he querido separarme *un ápice* del asunto, sacrificando la parte novelesca á la estricta narración histórica. No sé si he hecho bien ó mal.—Doctores tienen la santa madre iglesia.

Esa falta de no referir los sucesos de la vida privada de sus héroes, aunque fuera ligeramente, no se les puede inculpar á aquellos historiadores. Era, si me es permitido decirlo, otra especie de literatura, y creían que bastaba con referir los hechos públicos.

Además, no eran ellos ni tenian las comodidades y recursos del moderno historiador, que escribe tranquilamente en su gabinete, consultando manuscritos: faltos de todo, llevando una vida agitada, rodeada de peligros, y quizá hasta de papel y tinta, tenian ligeramente que escribir sus impresiones y antecedentes; y asi es que solo se ve que procuraron *salvar del olvido y legar á su patria la historia de los mas culminantes hechos de la conquista,* sin tener tiempo de ocuparse de la vida privada de sus protagonistas; y aunque hubieran tenido tiempo para ello, probablemente hubieran guardado el mismo silencio, tanto algunos por creer una infidencia y deslealtad hacer pública la vida privada de sus mismos compañeros, con quienes vivian; cuanto otros por no exponerse á venganzas particulares é inmediatas, y desacreditarse como falso amigo, y creer perder á la vez la altura y circunspección del historiador.

231.—«Porque muchas pelotas dieron en medio de la jente y una dellas mató junto á Gonzalo Pizarro un criado suyo que lo estaba armando y mató á un page y un caballo, que puso gran alteración en el campo y abatieron todas las tiendas y toldos.» Fernandez.

232.—«Y assi quando vió Francisco de Carvajal el campo real, pareciéndole que los escuadrones venian bien ordenados, dixo Valdivia está en la tierra y rige el campo ó el diablo:» Fernandez.

233.—«Por que el maese de campo Francisco de Carvajal, como hombre desdeñado de que Gonzalo Pizarro no huviesse querido seguir su parecer y consejos, (dándose ya por vencido) no quiso hacer oficio de maesse».—Gomara.

234.—Iba muy galan y gentil hombre sobre un poderoso caballo castaño, armado de cota y coracinas ricas con una sobre ropa bien golpeada y un capacete de oro en la cabeza con su barbote de lo mismo». Gomara.

235.—«Ca según pareció, Cepeda lo huvo avisado con Fray Antonio de Castro, prior de Santo Domingo de Arequipa, que si Pizarro no quisiesse concierto ninguno, él se pasaría al servicio del emperador á tiempo que le deshiciese.» Gomara.

236.—«Luego llevaron antel dicho Licenciado á Carvajal, maestre de campo del dicho Pizarro, y tan cercado de gentes que del havían sido ofendidas que le querían matar, el qual diz que mostrava que olgara que le mataran allí». Relación de Gasca.

«Diego Centeno reprehendía mucho á los que le ofendían. Por lo cual Carvajal le miró y dixo: señor, ¿quien es vuestra merced, que tanta merced me haze? á lo cual Centeno respondió: Qué, ¿no conoce vuestra merced á Diego Centeno? Dixo entonces Carvajal: Por Dios, señor, como siempre ví á vuestra merced de espaldas, que agora teniéndole de cara no le conocía». Fernandez.

237.—Fernandez y otros autores refieren este hecho pero Garcilazo, que conocía personalmente al Obispo del Cuzco, poniéndolo en duda, dice que por su carácter era incapaz de cometer un acto tan indecoroso.

238.—«Temíóse que en esta batalla moriría mucha gente de ambas partes, por haver en ellas mil y cuatrocientos arcabuceros y seiscientos de acaballo y mucho número de piqueros y diez y ocho piezas de artillería; pero plugo á Dios que solo murió un hombre del campo de S. M. y quince de los contrarios como está dicho». Relación de Gasca.

239.—Setencia de Gonzalo Pizarro en Caquixaguana á 19 de abril de 1548.

Vista é entendida por nos el mariscal Alonso de Alvarado, maestre de campo deste real exército, el Licenciado Andrés de Ciauca, oidor de S. M. destos reinos, é subdelegados por el muy ilustre señor el Licenciado Pedro de la Gasca, del consejo de S. M. de la santa Inquisición, presidente destos reinos é provincias del Perú, para lo infra escripto, la notoriedad de los muchos graves é atroces delitos que Gonzalo Pizarro ha cometido é consentido cometer á los que le han seguido, después que á estos reinos ha venido el visorrey Blanco Nuñez Vela, en de servicio é desacato de S. M. é de su preminencia é corona real, é contra la natural obligación é fidelidad que como vasallo tenía é debía á su rey é señor natural, é de personas particulares, los cuales por ser tan notorios del dicho no se requiere órden ni tela de juicio, mayormente que muchos de los dichos del'tos consta por confesión de dicho Gonzalo Pizarro é la notoriedad por la información que se ha tomado, é que conbiene para la pacificación destos reinos é exemplo con brevedad hacer justicia del dicho Gonzalo Pizarro.

Fallamos atento lo susodicho junta la disposición del derecho, que debemos declarar é declaramos el dicho Gonzalo Pizarro haber cometido crímen la esas magestatis contra la corona real de España en todos los grados é cáusas en derecho contenidas después que á estos reinos vino el Virey Blasco Nuñez Vela, é así le declaramos é condenamos al dicho Gonzalo Pizarro por traidor, é haber incurrido él é sus descendientes, nacidos después quel cometió este dicho crimen é traición los por línea masculina hasta la segunda generación, ó por la femenina hasta la primera, en la infamia é inabilidad é inabilidades, ó como á tal condenamos al dicho Gonzalo Pizarro en pena de muerte natural, la qual le mandamos que sea dada en la forma siguiente: que sea sacado de la presión en questá caballero en una mula de silla atados piés é manos, é traido públicamente por este real de S. M. con voz de pregonero que manifieste su delito, sea llevado al tablado que por nuestro mandato está fecho en este real, é allí sea apeado é cortada la cabeza por el pescuezo, é despues de muerta naturalmente, mandamos que la dicha cabeza sea llevada á la ciudad de Los Reyes como ciudad mas principal destos reinos, é sea puesta é clavada en el rollo de la dicha ciudad con un rótulo de letra gruesa que diga: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro que se hizo justicia en el valle de Aquixaguan, donde dió la batalla campal contra el estandarte real; queriendo defender su traicion y tiranía; ninguno sea osado de la quitar de aquí so pena de muerte natural». E mandamos que las casas que dicho Pizarro tiene en la ciudad del Cuzco.... sean derribadas por los cimientos é aradas de sal; é á donde agora es la puerta sea puesto un letrero en un pilar, que diga: «Estas casas eran de Gonzalo Pizarro, las cuales fueron mandadas derrocar por traidor, é ninguna persona sea osado dellas tornar á hacer y edificar sin licencia espresa de S. M. so pena de muerte natural» E condenámosle mas en perdimento de todos sus bienes, de cualquier calidad que sean é le pertenezcan, los cuales aplicamos á la cámara é fisco de S. M. é en todas las otras penas que contra los tales están instituidas. E por esta nuestra sentencia definitiva juzgamos é así lo pronunciamos é mandamos en estos escritos é por ellos. Alonso de Alvarado.—El licenciado Ciauca.

240.—«Al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traía, que era muy rica y de mucho valor, que tenía una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda

cubierta de chapería de oro i un capeo de la misma forma.» Zárate.

«El egecutor de un revés le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algun espacio en caer en el suelo.» Garcilaso.

241.—«Y las sepolturas una sola aviendo de ser tres: que aun la tierra parece que les faltó para averlos de cubrir.» Garcilaso.

242.—«Decían que no era falta de entendimiento, pues los tenía bastante, sino que devía ser sobra de influencia: de signos y planetas que le cegaban y forzavan á que pusiese la garganta al cuchillo.» Garcilaso.

243.—«En esso no tengo que confesar: porque juro á tal que no tengo otro cargo sino medio real que devo en Sevilla á una bodegonera de la puerta del Arenal, magüer prenda dejé.» Fernandez.

244.—«Era muy lenguaz: hablaba muy discreptamente i á gusto de los que oían: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra. Este Carbajal era tan sabio, que decían tenía familiar. Murió como jentil, á lo que dicen, que yo no le quise ver, que ansi le di palabra de no velle; mas á la postrer vez que habló llevándole á matar le decía el sacerdote que con él iba que se encomendase á Dios y dijese el Pater Noster, y dicen que dijo Pater Noster y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro.

La guerra civil separó á Pedro Pizarro de Carbajal, pero este no olvidó las obligaciones que le debía; y dice Prescott, que varias veces le eximió de la suerte de los prisioneros, que caían en sus manos.

Dice Fernandez que de las trescientas cuarenta ejecuciones que hubo en esa guerra, fueron dispuestas trescientas por Carbajal; y Zárate se estiende hasta decir que fueron quinientas.

245.—«Entre los cavalleros, capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasion repartió el presidente Pedro de la Gasca 135.000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millon y tantos mil pesos como dice Diego Fernandez, que escribió en Palencia estas alteraciones, y de quien lo tomó Antonio Herrera: y porque esta ocasión fué la segunda en que los beneméritos del Perú fundan con razon los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguró la corona de Castilla las provincias mas ricas que tiene en América, pondré sus nombres para que se conserbe con certeza su memoria como parece en el auto original que proveyó en el asiento de Guainarina cerca de la ciudad del Cuzco en diez y siete de Agosto de 1548, que está en los archivos del Gobierno.» Caravantes.

346.—«Fué recibido muy solemnemente con universal alegría del pueblo, por verse libre de tiranos y toda la gente á voces bendecía al Presidente i le llamaban Padre, Restaurador ó Pacificador, dando gracias á Dios por haber vengado las injurias hechas á su Divina Magestad». Herrera.

247.—«Recogió tanta suma de dinero, que pagó novecientos mil pesos de oro que se halló haver gastado desde el día en que entró en Panamá hasta que se acabó la guerra, los quales tomó prestados». Zárate.

248.—El Presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimiento desde reino, nombrando para ello personas de autoridad y de quien se tenía entendido que tenian conoscimiento de las tierras que se les encargaban, que ha de ser la principal calidad que se ha de buscar en la persona á quien se comete semejante negocio despues que sea cristiano: lo segundo se les dió instrucción de lo que havían de averiguar que fueron muchas cosas: el número, las haciendas, los tratos y grangerias, la cantidad de la gente y de sus tierras y comarcas y lo que davan de tributo.« Ondegardo.

249.—«Aviendo pagado el Presidente las costas de la guerra, que fueron muchas, remitió á S. M. y lo llevó consigo 264.422 marcos de plata, que á seis ducados valieron 1.686.532.» Caravantes.

«No tuvo ni quiso salario el Presidente Gasca, sino cédula para que á un mayordomo suyo diesen los oficiales reales lo necesario de la real hacienda, que como parece de los cuadernos de su gasto fué muy moderado.» Caravantes.

«El Presidente á la audiencia dieron tales órdenes, que este negocio se asentó de manera que para adelante no se platicó mas este nombre de esclavos, sino que la libertad fué general en todo el reino.» Herrera.

250.—«Fué tan recatado y extremo en esta virtud, que puesto que de muchos quedó mal quisto quando del Perú se partió para España, por el repartimiento que hizo: con todo esso jamás nadie dijo ni sospechó que en esto ni en otra cosa se viese movido por codicia.» Fernandez.

«Era muy pequeño de cuerpo con extraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquier hombre alto, y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando á cavallo parescía aun mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que la naturaleza le negó de las dotes del cuerpo se lo dobló en los del ánimo». Garcilazo.

«Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la iglesia de la advocación de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad, donde se pusieron las banderas que ganó á Gonsalo Pizarro.» Caravantes.

«No he podido encontrar relación alguna que diga en

qué año nacio Gasca; pero en una inscripción puesta sobre su retrato en la sacristía de la iglesia de la Magdalena en Valladolid, se lee que murió en 1567 á la edad de sesenta años. Esto está perfectamente de acuerdo con la edad que podría tener cuando estudiaba en Salamanca en 1522.» Prescott.

«La memoria de sus hechos no ha quedado enteramente al cuidado del historiador. No hace mucho tiempo que el carácter y administración de Gasca fueron objeto de un elocuente panegírico por uno de los mas distinguidos individuos del parlamento inglés. (Véase el discurso de lord Brougham sobre el mal trato de las colonias norte-americanas, febrero 1838.) El ilustrado español moderno que contemple con dolor los escesos cometidos por sus compatriotas en el siglo XVI en el Nuevo Mundo, puede sentir un honrado orgullo al ver que entre los hombres de tan ciego espíritu se hallaba uno en quien la generación actual se puede fijar con complacencia como en el modelo más brillante de la integridad y de la sabiduría.» Prescott.

FIN DE LAS NOTAS

